Julio Aróstegui

LA HISTORIA VIVIDA

SOBRE LA HISTORIA DEL PRESENTE



alianzaensayo

LA HISTORIA VIVIDA

SOBRE LA HISTORIA DEL PRESENTE

Julio Aróstegui

LA HISTORIA VIVIDA

SOBRE LA HISTORIA DEL PRESENTE

Alianza Editorial



Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; télef. 91 393 88 88
www:alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-4200-2
Depósito legal: M. 19.511-2004
Composición: Grupo Anaya
Impresión: Fernández Ciudad, S. L.
Printed in Spain

ÍNDICE

CONSIDERACIÓN PRELIMINAR 9

PRIMERA PARTE
LA HISTORIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA

1. SOBRE LA «HISTORIA DEL PRESENTE» 19
Los orígenes institucionales y la cuestión terminológica 21
La *contemporaneidad*, raíz intelectual de la historia del presente 31
Las dificultades de definición 45
Una previsible renovación conceptual 52
Historia vivida e historia escrita 57

2. EL PRESENTE, TIEMPO REAL DE LA HISTORIA 63
Tiempo, tiempo antropológico y tiempo histórico 64
El presente, construcción (socio)cultural 77
El acontecimiento y la duración, conformadores del presente 91
La delimitación pragmática del presente histórico 101

3. HISTORIA DEL PRESENTE E INTERACCIÓN GENERACIONAL 109
Generaciones y cambio histórico 111
Generaciones, sucesión e interacción 121

Presente histórico y coetaneidad 126
La historia de un presente, biografía colectiva generacional 134

4. LA HISTORIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA 143
La naturaleza de la experiencia 145
Experiencia, memoria e historia 156
Historicidad y biografía 171
La historización de la experiencia 178
Síntomas e indicadores de la historización 187

SEGUNDA PARTE
LA HISTORIA DE NUESTRO PRESENTE

5. LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA DE NUESTRO TIEMPO 197
La comprensión historiográfica del presente 200
1989: «matriz histórica» de nuestro tiempo 208
Cambio permanente y «crisis estable» 220
Comunicación, globalización, unilateralismo e identidad 226
¿Un nuevo tiempo histórico? 231

6. BUSCANDO UN NUEVO ORDEN 239
La disolución del sistema bipolar y sus consecuencias 241
Los nuevos espacios estratégicos y políticos 249
Persistencia y diversificación de los conflictos 263
Buscando un nuevo orden: de la bipolaridad a la unilateralidad 277

7. UN MUNDO LLAMADO GLOBAL 289
Mito y realidad de la globalización 291
La hiriente disparidad del desarrollo 298
De la revolución industrial a la revolución digital 304
De la sociedad postindustrial a la sociedad informacional 313

8. CULTURAS, SUJETOS E IDENTIDADES 333
Cultura, mercado y comunicación de masas 335
Ideologías y ciencia en la posmodernidad 349
Sujetos e identidades como nuevos «agentes históricos» 359
La cultura y la nueva rebelión de las masas 368

NOTAS 375
BIBLIOGRAFÍA 409
DIRECCIONES DE INTERNET 430
ÍNDICE ONOMÁSTICO 433
ÍNDICE ANALÍTICO 439

CONSIDERACIÓN PRELIMINAR

En este libro se reúnen un conjunto de propuestas y, en su segunda parte, de ejemplificaciones, acerca de lo se viene conociendo ya como *historia del presente.* La historia del presente es para nosotros la transcripción en un discurso historiográfico de la categoría *historia vivida* y, como tal, constituye un objeto peculiar, cada vez más frecuentado últimamente y, sin embargo, poco conocido aún, rodeado todavía de la aureola de algo en balbuceo.

El texto de este estudio es el resultado provisional, como es provisional siempre cualquier elaboración de este género, del trabajo sobre un tema al que he dedicado atención desde hace ya años. En razón de esa provisionalidad, lo que se escribe aquí, lejos de significar una propuesta cerrada, redonda y conclusa, no debe tenerse más que por lo que me parece a mí mismo: una síntesis apta ya para servir de primera aproximación al asunto y, por tanto, al debate, la matización, la rectificación y la recomposición, además de una incitación a la elaboración de posibles alternativas. Las propuestas que aquí se hacen constituyen una visión personal cuyos perfiles han ido cambiando, y sería grato también poder decir que madurando, en estos últimos años, en contacto con gentes diversas interesadas como yo en una empresa de este tipo. En ese sentido, contienen una primera síntesis más estructurada, com-

pleta, sistemática, de escritos y prácticas docentes, que han visto la luz o se han expuesto oralmente en estos años a los que me refiero. No obstante, la mayor parte de los pasajes de esta obra han sido elaborados justamente ahora por vez primera.

La preparación de un texto complejo como es éste no ha sido tarea fácil ni breve y lo digo sin ánimo alguno ni de autovalorar ni, menos, de sobrevalorar lo que contiene. Sería reconfortante poder explicar aquí las dificultades que han ido apareciendo a medida que el texto tomaba forma. Pero me temo que ello no sería clemente ni, tal vez, útil para el lector interesado en su contenido pero no en la forma en que ha ido construyéndose. Habrá que dejar esa explicación, pues, para otro momento. Sin embargo, dada la índole misma de lo que el libro contiene, y teniendo en cuenta las peculiaridades de una propuesta como ésta, estoy convencido de que una consideración preliminar no es enteramente ociosa.

El libro tiene dos partes convergentes, con distinto propósito y enfoque: la primera trata de fundamentar esa categoría de la *historia vivida* y, en consecuencia, lo que de ella puede derivarse como *historia del presente.* La segunda es un intento muy provisorio de poner en práctica una *escritura* de algo como el *presente histórico.* Me preocupa más esa segunda parte que la primera, aunque puede que no pocos lectores la encuentren más asequible. La razón de esa preocupación no parece difícil de entender. Y es que nadie podría pretender que es posible escribir una historia de nuestro *tiempo vivido* en alrededor de cuatrocientas páginas. Por ello es preciso tenerlas, y ruego que así se haga, por lo que estrictamente son: una *aproximación*, un inventario de las cuestiones, a mi modo de ver, esenciales de la historia que vivimos, pero en modo alguno un *tratado* sobre ellas. Como puede suponerse por su extensión y disposición, se trata de una *introducción*, una guía de los asuntos y, también, de un ensayo sobre la forma de abordarlos, pero no pueden tenerse por un relato de nuestra *historia vivida.* ¿Por qué, pues, enfrentarse a ello? Porque creo, primero, que en este terreno es hora ya de pasar de las consideraciones del deber ser a intentar mostrar qué y cómo podría ser esa escritura de una historia presente y, después, porque esa historia tiene primero que ser desbrozada de una forma tentativa como se propone aquí.

En lo que respecta a la primera parte, la que podría tenerse por un ensayo teórico y una reflexión pragmática, su contenido y el orden argumental que se han pretendido desarrollar, son, en el fondo, sencillos. O, al menos, así me lo parece. Si la expresión *historia del presente* choca algo como rotulación poco usual, el choque sería sólo momentáneo si se consigue mostrar que plantear la *historia vivida* como una propuesta historiográfica tiene un sentido sostenible. Por tanto, nuestra intención ha estado dirigida a probar que eso que

llamamos *presente* tiene, entre otros muchos y complejos significados, uno *histórico*, perceptible e irrenunciable, y que puede hacerse de él una construcción historiográfica. Cualquiera que conozca, aun cuando sea someramente, la historia de la historiografía contemporánea, la de los siglos XIX y XX, y la identificación que la nueva «historia científica» hizo siempre de lo histórico con *pasado*, comprenderá perfectamente que una argumentación como la que se propone aquí no es, en modo alguno, ociosa, pero tampoco fácil de introducir, presumiblemente, ante escepticismos de diverso origen y diversa expresión también.

Por ello mismo, diría yo que la primera parte completa de este texto está dedicada a demostrar que existe un presente histórico, que puede ser definido y demarcado y que el presente como historia es una percepción *real* de los sujetos sociales y no una elucubración de filósofos o ensayistas. Que, consecuentemente, la historiografía debe asumir esas dos realidades, si quiere estar a la altura de su tiempo. La cuestión léxica pasa así a ser semántica, de significado, porque la lógica, es decir, la confusión lógica que parece derivarse de que la expresión «historia-presente» constituye, para quienes entienden por Historia algo irremediablemente ligado al pasado, un oxímoron descomunal, puede precisamente ser dilucidada desde esa semántica. Demostrar que la expresión *historia del presente* no es simplemente una contradicción es el empeño fundamental de lo que presentamos aquí como reflexión argumental.

Que esa argumentación nos parezca, en el fondo, sencilla, no equivale, sin embargo, a pretender que su exposición en este libro haya conseguido hacer un buen servicio a su sencillez. Las proposiciones sencillas de formular pueden resultar complicadas de argumentar. A primera vista, podría pensarse que la necesidad de explicar que haya algo como un «presente histórico» no debe tener mucho más sentido, distinto sentido, que la pretensión de hacer lo mismo en relación con un «pasado histórico». No obstante, aunque pueda haber algo en una y otra de tales expresiones que, efectivamente, deba ser explicado del mismo modo, no puede decirse que estemos ante dos necesidades y dificultades equivalentes. Y ello por dos razones. Una, de fondo: porque el *presente* es el más agudo de los problemas, que no son pocos, de orden físico, filosófico, psicológico, sociológico y, fundamentalmente, histórico, que se acumulan en la realidad del tiempo y, en consecuencia, en la del tiempo histórico. La segunda, más pragmática: porque existe, según decimos, toda una larga tradición del entendimiento y lenguaje comunes, y de una gran parte de los menos comunes —los historiográficos, justamente, en el centro—, que ha identificado la *historia* con el *pasado.*

Fue, precisamente, Marc Bloch, uno de los más lúcidos críticos de aquel esfuerzo metodológico decimonónico tópicamente llamado positivista, el

que señaló con énfasis que «es absurda la idea de que el pasado, considerado como tal, pueda ser objeto de la ciencia». «Porque —añadía— ¿cómo puede ser objeto de un conocimiento racional, sin una delimitación previa, una serie de fenómenos que no tienen otro carácter común que el no ser nuestros contemporáneos?» [1]. ¿Cómo podría aceptarse, pues, podríamos concluir, que la Historia está constituida por todo aquello que no es precisamente nuestro presente? Sin embargo, ¿cuántas veces se nos ha propuesto como dogma esa definición tan gratuita...?

Y no ya sólo la explicación del pasado y del presente como momentos históricos ha de ser recíproca, como dijese también Bloch, sino que no hay historia posible si se excluye de ella el presente porque sea algo «externo» a la historia misma, porque se le entienda como la plataforma desde la que se enfoca el pasado, precisamente por su misma distinción con él. La explicación recíproca del pasado y el presente, y, más aún, la inclusión del Presente en la Historia han quedado enmarañadas desde el siglo XIX en una red de falsos o mal planteados problemas. Es, pues, hora de plantear correctamente los verdaderos.

Titular este libro *La historia vivida* dista mucho de ser un recurso literario. Yo diría que es, más bien, una reclamación: justamente la de la *historia vivida* frente a la *historia heredada*. Una reclamación de que lo que entendemos como Historia no es sólo la herencia recibida, sino la conciencia formada a partir de la experiencia de nuestro propio actuar. Una reclamación que, creo yo, encaja muy bien en las reivindicaciones más urgentes de nuestro tiempo. La historia no es el fardo soportado, sino el registro de una experiencia que no tiene solución de continuidad y en la que confluyen la memoria directa con la memoria adquirida. La historia es antes que narrada *vivida* y la herencia histórica no hace sino orientar mejor nuestra propia vivencia. La historia del presente es primordialmente la *historia* experimentada frente a la tradicional historia recibida. En cualquier caso, ello no debe hacernos olvidar que historia vivida e historia heredada forman, indeleblemente, un *continuum*. Y no otra cosa se expresa originalmente en la palabra griega *istorie*.

Precisamente en la Grecia de cinco siglos antes de nuestra era, Heródoto de Halicarnaso llamó *istorie* a una investigación sobre *su propio tiempo* que con el paso de los siglos ha demostrado ser capaz de convertirse en una actividad que cada época emprende de una manera particular. Así, cada época tiene su *istorie* y con mayor probabilidad, más allá de una manera de hacer *istorie,* tiene, en una palabra, su forma peculiar de entender la *Historia*. Lo que ocurre es que los sucesivos *heródotos* han ido siempre algo a remolque de su mismo tiempo. Si para el de Halicarnaso la *istorie* era la investigación

del presente, de la historia fluente, sus herederos la han convertido en la del pasado.

Por tanto, la *historia vivida* no hace sino recuperar, entre otras cosas porque nuestra época lo pide, esa investigación de la historia fluente como *nuestra propia* historia. Los hombres han creído y han querido siempre interpretar y asimilar, en un sentido u otro, la Historia. Sólo en raras ocasiones, seguramente en aquellas que han impactado con más fuerza en la configuración de sus conciencias, han sido plenamente conscientes de que la heredan, están obligados a asumirla, la falsifican o la inventan, pero que también la construyen, es más, *la viven.* Es por ello también que las épocas más críticas son las que mayor número de preguntas hacen a la Historia. La nuestra, para bien o para mal, hace de ello una tarea más difícil que lo fuese nunca para ningún Heródoto. En efecto, en esas dos proposiciones, medulares o nucleares, a nuestro entender, que hemos formulado y que se refieren tanto a la comprensión de la *historia vivida* como a su transcripción como *historia registrada*, como historiografía normalizada, no se nos oculta la presencia de puntos oscuros y problemas pendientes, y a ellos hemos intentado dar respuesta en esta obra.

No es extraño tampoco que, puesto que vivimos un presente más problemático que otros anteriores, sea preciso «inventar» una Historia más comprehensiva que la de antes. Porque, según pretendemos decir, la relación entre Presente e Historia ha cambiado también. La contradicción aparente entre ambos términos ha dejado de existir si es que, en la realidad de las cosas y no en las mentes de ciertos preceptistas, existió alguna vez verdaderamente. La memoria tiene hoy un nuevo papel. Tal vez porque ya existen otras memorias que no son la humana, sino las memorias mecánicas. Y así cobra nueva actualidad y se muestra más iluminadora la aseveración del padre Sigüenza de que la Historia es «la vida de la memoria».

Si algo tiene de atractiva, a nuestro juicio, esta aventura de intentar explorar los perfiles de un nuevo modo historiográfico, la atracción se apoya en el convencimiento de que por ahí nos adentramos en un camino a cuyo través la vieja función y utilidad de la *istorie* sale al paso y se hace cargo de una mutación de las formas de conciencia en este mundo global cuyo cambio percibimos día a día sin poder llegar a explicarlo del todo. La historia del presente no sustituye en modo alguno a otras. Pretende atender a un hecho histórico del que las otras no se ocupan. Sencillamente, digámoslo una vez más y para finalizar, el de que la historia es también *vida.*

La elaboración de este libro, decíamos, ha sido larga y, en muchos momentos, dificultosa, más de lo que, en principio, pudimos suponer. Como ocurre siempre —afortunadamente, digamos—, a lo largo de un empeño como éste se van contrayendo deudas no sólo por lo dilatado de su curso, sino también, en cierto modo, por su propia desmesura. Esas deudas son comúnmente impagables, pero no necesariamente innumerables. Por ello es justo enumerarlas. Para el acreedor al que no se puede pagar, la única gratificación que cabe es el reconocimiento de lo debido. Y ello es lo que quiero hacer aquí, en unas breves líneas que ni siquiera estoy seguro de que acierten a expresar bien la magnitud de la deuda.

Antes que nada, quiero expresar mi agradecimiento, difícilmente equiparable con su gesto, a quienes, sin recostarse sobre un cómodo escepticísmo, han honrado este empeño con el reconocimiento de su plausibilidad. En segundo lugar, quiero reconocer también mi deuda con quienes de una manera u otra «sufrieron» los pedregosos caminos intelectuales que han conducido al texto final. Entre ellos figuran de forma destacada los alumnos de diversos niveles a quienes he expuesto repetidamente muchos de los pasajes que aquí figuran, puede que con más aristas que las que la limadura posterior haya conseguido suavizar. Tengo una especial deuda con los alumnos de doctorado o maestría que me han escuchado estos años en las universidades Complutense, Carlos III, Universidad de Chile y las argentinas de La Pampa (Santa Rosa) y Tucumán. Este libro se ha hecho, sobre todo, con ellos y para ellos.

Elena Hernández Sandoica, Glicerio Sánchez Recio, Eduardo González Calleja, Juan Andrés Blanco e Ismael Saz leyeron el texto completo. Muchos vericuetos torpes e innecesarios pudieron rectificarse con su juicio. Los que aún quedan no son en absoluto responsabilidad de ellos. Quiero destacar y agradecer lo mucho que aprendí sobre esto en mis conversaciones con el ya desaparecido François Bédarida en el IHTP y en otros encuentros. Y el no menor aprendizaje de muchas cosas nuevas en mis intercambios y debates durante el tiempo que permanecí en la Universidad Carlos III de Madrid con Carlos Thiebaut, Jenaro Talens, Jorge Urrutia, Antonio Rodríguez de las Heras, Antonio Valdecantos, Montse Huguet, y bastantes otros. Estoy agradecido de manera especial a mis amigos y colegas en Argentina, Jorge Saborido, Jorge Saab y Cristián Buchrucker, por su disponibilidad, interés, y oportunidades de oír su opinión que me ofrecieron siempre sin limitación. Y en Chile, a Ángel Soto Gamboa y Jorge Hidalgo. Igualmente, siempre conté con el aliento y apoyo de Carlos Navajas, Mario P. Díaz Barrado, Juan Sánchez, Inés Mudrovic, Sergio Gálvez, también entre otros muchos.

Por último, hay un par de renglones de agradecimiento que deben ser escritos con letra especial. Uno para las personas de mi familia a las que soy

consciente de haber robado mucho del tiempo que les debía para verterlo en las líneas que siguen a esta Consideración. Otro para la infinita, auténticamente, paciencia que en Alianza Editorial mostraron con mis constantes dilaciones Cristina Castrillo y Juan Pro. Sin esa paciencia ni estos ni los demás renglones podrían haberse escrito. Me gustaría que pudieran sentirse con ellos, si no enteramente, al menos algo recompensados.

Madrid, abril de 2004

PRIMERA PARTE

LA HISTORIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA

CAPÍTULO 1

SOBRE LA «HISTORIA DEL PRESENTE»

El verdadero «tiempo presente» no comienza sino con la conciencia de vivir en el mundo. Evidentemente, incluso el más joven investigador está impregnado de información histórica, pero no es la misma cosa que la historia vivida.

Eric J. HOBSBAWM, *Un historien et son temps présent, 1993*

La historia del presente es una bella expresión pero un concepto difícil.

Reinhart KOSELLECK, *Los estratos del tiempo, 2000*

El presente histórico, la *historia vivida*, es un momento más de la Historia común de los hombres, pero para integrarlo plenamente en esa Historia es preciso construir una historiografía específica y tal es lo que se propone el modelo historiográfico que hemos venido a llamar *historia del presente*[1]. Este libro intenta aportar algunos materiales y argumentaciones que contribuyan a la fundamentación suficiente de la propuesta de escritura de esa historia como dedicación historiográfica particular, que, no obstante, conservará siempre algunas especiales peculiaridades derivadas de su objeto y los condicionantes que éste impone.

Antes de entrar en una exposición más de fondo sobre lo que, a nuestro modo de ver, son los rasgos constitutivos de la percepción del presente como historia y las particularidades de su escritura, parece conveniente fijar un «estado de la cuestión» disciplinar de lo que comúnmente ha venido conociéndose como Historia del Tiempo Presente —término de origen francés— y denominaciones análogas en otra lenguas, desde que surgió como nueva orientación historiográfica hasta sus desarrollos más recientes. Ello permitirá que el lector se oriente más cómodamente a la hora de afrontar las consideraciones básicas que se harán en los capítulos siguientes.

Lo que se ofrece en este primer capítulo pretende establecer en qué bases reales o, también, sobre qué producciones previas, se apoya hoy la pretensión de establecer que la categoría *historia del presente* puede adquirir una institucionalización disciplinar cada vez más perfilada, puede convertirse en un *modelo historiográfico* con rasgos propios y distintivos. Además de una somera historia de lo que se ha producido hasta ahora, se intentará construir aquí una «teoría disciplinar» de la materia, para abordar, en los capítulos sucesivos, los extremos que fundamentarían igualmente una «teoría constitutiva»[2]. Obviamente, en ese intento no partimos en manera alguna de la nada. La historia del presente es una propuesta que tiene ya unos veinticinco años de antigüedad, un nombre aceptado, tiene su propia historia y ha dado frutos tangibles. Sin embargo, es también un hecho cierto que no estamos sino ante un modelo historiográfico aún en construcción[3]. Por ello se abordará aquí, primero, la situación actual en la perspectiva adecuada y se intentará después aportar algunos materiales más para ilustrar el modo en que la historia vivida puede ser convertida en un discurso histórico normalizado.

El descubrimiento de nuevos temas para la actividad del historiador se ha venido acelerando desde que la historiografía se constituyó en el siglo XIX como una investigación autónoma y profesional de lo histórico y ha ocurrido así, en particular, a lo largo del siglo XX. No obstante, aquí no hablamos propiamente de un *tema* nuevo, sino de algo más importante: de un *campo* o *ámbito histórico* no explorado hasta hace poco. De hecho, cuando aparecen movimientos historiográficos renovadores, su presencia se explica como respuesta al advenimiento de un cambio más amplio de las condiciones históricas reales. Lo predecible entonces es que esas nuevas creaciones historiográficas acaben instrumentando formas de acceso apropiadas a la nueva situación de la vida social. Ejemplos de ello pueden verse en empresas como las de la historia sociocultural, la microhistoria, la historia oral, la de la vida cotidiana y la de las relaciones de género, como las actualmente más relevantes. Todas ellas son respuesta a cambios de la cultura, la mentalidad y la percepción histórica producidos, al menos, desde los años setenta del siglo XX. La historia del presente y la renovación que implica son, seguramente, antes que otra cosa, síntoma de uno de esos cambios, en este caso el de la conformación sociocultural de nuestra época. Pero un síntoma es algo anterior a una prueba. La prueba de que un nuevo tiempo exige una nueva historia es lo que intentaremos aportar en los capítulos sucesivos de esta obra.

Los orígenes institucionales y la cuestión terminológica

La *histoire du temps présent* fue en su origen una iniciativa francesa. Fue en Francia donde encontró sus primeras formulaciones conceptuales y, también, las primeras materializaciones institucionales en sentido estricto. En buena parte, esto fue producto de unas circunstancias históricas propicias y de una tradición historiográfica que explicarían la primacía francesa en esos comienzos. Según han explicado algunos de sus introductores, la expresión «historia del tiempo presente» tuvo un origen coyuntural, impuesto por simples necesidades de diferenciación del trabajo dentro del estudio de la contemporaneidad y por la necesidad también de diferenciar esta de otras rotulaciones administrativas dadas anteriormente a organismos dedicados al estudio de la II Guerra Mundial, pero se ha convertido en la denominación «canónica». Volveremos luego sobre el problema del término y su adecuación.

La tendencia historiográfica a interesarse cada vez más por el análisis de lo «muy contemporáneo» —una expresión francesa también— se vio incrementada considerablemente después de la II Guerra Mundial, a medida que empezaron a manifestar su inutilidad los tenaces prejuicios que, desde finales del siglo XIX, impuso la historiografía de tradición positivista acerca de la historia más reciente, o sea, la de la práctica imposibilidad de construirla por la falta de documentos, inexistencia de «perspectiva temporal» adecuada e implicación personal del historiador. El convencimiento cada vez más claro de la necesidad de abordar la historia de la guerra mundial y sus consecuencias con un espíritu y unos métodos diferentes de los de la historiografía tradicional y en unos términos distintos de los «oficiales», contribuyó en no poca medida a esa orientación. Ahora bien, semejante perspectiva, que ha hecho que se aborden por la investigación histórica específica multitud de asuntos de la vida social actual que poco antes en forma alguna podrían haber sido considerados «Historia», no ha conseguido aún, justo es decirlo, un desarrollo paralelo de los instrumentos de análisis en esa historiografía de lo «muy contemporáneo». Hoy todavía nos enfrentamos en este campo a problemas de acercamiento y de interpretación, sin duda, pero también epistémicos y metodológicos, de perceptible profundidad y dificultad.

Tal vez, es la aparición de la propuesta de institucionalización de una *Historia del Tiempo Presente* la que mejor nos hace comprender el impacto que sobre las concepciones historiográficas vigentes[4] tuvieron realidades históricas nuevas, surgidas, más o menos abruptamente, en los umbrales de la segunda mitad el siglo XX. De hecho, tanto la propuesta como el nombre original del proyecto, Historia del Tiempo Presente, fraguaron en el último

cuarto del siglo, aunque, naturalmente, puedan rastrearse precedentes bastante anteriores. El nacimiento de este nuevo horizonte historiográfico no puede desvincularse tampoco del decisivo cambio de época para la historia de la historiografía que se materializó en los años setenta del siglo XX. Sin embargo, los orígenes del término y los objetivos mismos que, en principio, se diseñaron para la Historia del Tiempo Presente se han revelado, quizá, más modestos y limitados de lo que esta situación histórica nueva ha demostrado después necesitar para su comprensión más completa.

Se fundamenta este juicio en el hecho de que una historia enormemente cambiante y acelerada como la que caracterizó la segunda mitad del siglo XX no propiciase una historiografía suficientemente pertrechada para abordar con todas sus consecuencias un desarrollo donde la clave fue —y sigue siendo— la historia *fluyente* y que hasta momentos muy recientes no se tomase conciencia clara de la necesidad de enfocar con nuevos instrumentos del análisis histórico un cambio de la magnitud del producido a escala mundial por los sucesos del periodo 1989-1991 [5]. Es preciso reconocer que el contenido de la historia del presente fue entendido al principio de forma bastante convencional también, incluso por los propios impulsores de los primeros pasos, en Francia y en los demás países. François Bédarida, figura destacada entre los historiadores a quienes se debe el primer y más importante impulso institucional para esta Historia del Tiempo Presente, habló en su momento, avanzados los años setenta, de un objetivo limitado a las peculiaridades del periodo de la historia mundial comprendido entre los años treinta y los ochenta, para fundamentar sobre él la conceptuación de esa supuesta nueva historia. En algún sentido, la aceptada idea que puso en circulación Eric Hobsbawm de un «corto siglo XX», a pesar de su evidente acierto, marcha en esta misma dirección de exclusión de hecho del «tiempo presente» [6]. Ha tardado mucho en gestarse y difundirse la idea de que la «historia periodo» puede y debe ser superada y, lo que es más importante, que no constituye una categorización imprescindible de lo historiográfico. Pocos historiadores tomaron realmente en serio que el verdadero «tiempo presente» no puede ser entendido como un periodo más, en este caso el que correspondía al mundo posterior a 1945.

De hecho, la historia del mundo en los años noventa, es decir, en la *posguerra fría*, cuando las condiciones históricas que impuso el final de la guerra mundial habían empezado a experimentar una decisiva modificación, dispone de escasa bibliografía inequívocamente historiográfica, de nivel analítico adecuado, con análisis globales inspirados en una visión plenamente histórica. Hasta ahora, la historia contemporánea del siglo XX suele cerrarse por los autores al comenzar la década de los noventa, aunque se trata, indudablemente, de una convención en retroceso. Abundan, ciertamente, los estudios

sobre problemas y fenómenos concretos, pero por lo general no de carácter histórico ni producidos por historiadores. Historiar *lo coetáneo* ha sido hasta ahora una tarea tomada con exagerada cautela por los historiadores, quedando ocupado, con mucha más dedicación, el espacio histórico presente por el «periodismo de investigación» y sus sucedáneos, por los sociólogos empiristas y los analistas de la nueva cultura —desde lo laboral a lo sexual, pasando por lo político—, los encuestadores, los economistas, los politólogos y los antropólogos y, a veces, por los políticos en ejercicio o en el retiro, o sus asesores. Parecería, pues, como si en tal terreno nadie acusara la ausencia de la historiografía[7].

Fue en 1978 cuando se creó en París el centro llamado Institut d'Histoire du Temps Présent, enmarcado en el CNRS francés[8]. El primer número del *Bulletin* que el Instituto empezó a publicar apareció en junio de 1980. No deja de ser significativo, en todo caso, que el IHTP surgiese como la continuación o la transformación de dos entidades anteriores ligadas al estudio de la II Guerra Mundial, las que primitivamente se llamaron *Commission d'Histoire de l'Ocupation et la Libération de la France* (CHOLF) y después *Comité d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*. A este último precisamente, en su sección francesa, sustituyó el IHTP. El nombre dado al nuevo organismo, según los testimonios que existen, no tenía un preciso contenido como propuesta de una historia nueva, más allá del significado que como tal tenía la propia historia del gran conflicto, sino que se trataba de evitar al empleo del rótulo «Historia Contemporánea» que se habría solapado con el nombre de otros centros de investigación ya existentes. Y es que el IHTP francés nació simultáneamente con otro centro de investigación histórica, el Institut d'Histoire Moderne et Contemporaine. Esta anécdota es fundamental para entender el nombre de «Tiempo Presente» que se adjudicó al que nos ocupa[9]. Parece, no obstante, que el proyecto fue coetáneo de otras proposiciones más audaces, y más fundadas, sobre lo que debería contener una «Historia del Presente»[10].

La idea de una historia de ese tipo apareció también en otros países después de la guerra mundial, con los nombres de *Contemporary History, Zeitgeschichte*, *Current History*, u otros referentes a desarrollos históricos más precisos, sin ninguna apelación de periodización específica, atendiendo más bien a crear instituciones centradas en el estudio de los grandes hechos históricos sucedidos en el periodo más conflictivo del siglo XX. En Italia proliferaron los estudios sobre el inmediato pasado fascista y en Alemania sobre la época del III Reich como temas centrales de esa nueva historia. Lo evidente es que en el nacimiento de la nueva historiografía, y en la concepción misma de un «tiempo presente» para la historia, la huella del gran conflicto mundial

de la mitad del siglo XX ejerció una influencia decisiva. En el caso de España, cualquier posibilidad de desarrollo de ese tipo se encontraría trabada por la existencia del régimen franquista, que fundó de manera específica alguna institución oficial para el estudio de la guerra civil, en los años sesenta [11], y donde circunstancias muy peculiares, como el gran exilio en el exterior o la penuria de una historiografía ligada en buena parte al régimen, hicieron imposible una empresa semejante.

La iniciativa aparecida en Alemania tiene aspectos llamativos. Creación paralela allí al IHTP francés fue el Institut für Zeitgeschichte, algo anterior en la fecha y con sede en Munich, que nació estrechamente ligado a las peculiaridades de la historia alemana reciente. Su nacimiento fue más complicado que en Francia y su precedente fue un Instituto Alemán para el estudio de la Época Nacionalsocialista [12], pero el nombre derivó luego hacia la expresión *Zeitgeschichte*, que, al contrario de lo sucedido en Francia con la de *Temps présent*, que no fue discutida, sí indujo una polémica historiográfica [13]. La institución francesa y la alemana son las dos únicas existentes hasta hoy, en lo que sabemos, que de manera programática están dedicadas a la historia del tiempo presente. Sin embargo, es preciso reconocer que ambas mantienen proyectos de investigación que no se refieren en sentido estricto a historias *vividas* sino a historias *recientes*, dos objetos que no siempre son coincidentes, cuestión sobre la que volveremos después.

En Gran Bretaña se crearía en 1986 un organismo semejante, aunque no homólogo, el Institut of Contemporary British History, aun cuando en aquel país existían desde antes instituciones no propiamente universitarias para el fomento del estudio de la «historia reciente». Ese organismo llevó a cabo, entre otras, la iniciativa de la creación de los *witness seminars*, dedicados a la historia oral testimonial. Y en Italia se pondrían en marcha proyectos de una intención muy semejante [14]. En la historiografía del otro lado del Atlántico, donde el impacto historiográfico de la II Guerra Mundial fue también importante, la renovación no trascurrió por la vía de la atención a la historia recién vivida, porque las tradiciones allí eran bien distintas. Caso peculiar también es el de la historiografía soviética en la que el estudio de la «Gran Guerra Patria» tuvo connotaciones estrechamente ligadas a la naturaleza misma del régimen soviético y a su decidido control de toda la producción historiográfica. El nacimiento de una nueva historiografía tras la guerra mundial, ligada a ese evento mismo, fue, en definitiva, un fenómeno universal pero tuvo en cada caso muy diversas orientaciones y consecuencias [15].

En sus orígenes, por tanto, los centros dedicados a la historia que hemos llamado después «del presente» respondían al afán de dedicar una especial atención a la historia de la catástrofe europea y mundial de 1939-1945. Es-

taban marcadas, desde luego, por la intención de crear una parcela específica de la investigación histórica dedicada a la guerra y sus consecuencias. En cada país, ese empeñó derivó hacia el análisis de sus peculiaridades propias, y así, en el caso de Francia, la atención se polarizó prontamente hacia cuestiones muy particulares, como el régimen colaboracionista de Vichy, la Resistencia clandestina frente a la ocupación nazi o, como en el de Alemania, hacia la explicación del nazismo, sus actuaciones y su significación en la historia alemana. Todo ello, bajo el denominador común de «devolver» esta historia a los historiadores, de prescindir de los «comités» oficiales y de promover el uso masivo de la inmensa documentación existente. Una orientación que, evidentemente, no era posible en España con respecto a la guerra civil de 1936-1939, el suceso clave del siglo XX, bajo el régimen de los vencedores de ella [16].

Los planteamientos originarios fueron, en general, evolucionando. Desde la temática estricta referida a la guerra y todas sus implicaciones directas, se pasó al análisis de los grandes eventos de los años cincuenta y sesenta: las cuestiones coloniales y de la descolonización, los movimientos intelectuales, el crecimiento económico, las nuevas políticas, etc. [17]. Las huellas del conflicto de 1939 permanecían muy vivas, como demostró entonces y ahora la persistencia histórica, cultural y política del tema del Holocausto de los judíos centroeuropeos. Y todo ello en una historiografía que parecía poder alumbrar un nuevo paradigma metodológico basado en las nuevas posibilidades que aportaba el recurso a lo *testimonial*, a los testimonios vivos. La historia del presente tendió así paulatinamente, aunque de manera muy tímida, a identificarse cada vez más con la «historia actual», con una historiografía plenamente ligada a la actualidad, aunque cargada siempre de una atención creciente a la *memoria*, cuando en su origen, como hemos visto, encerraba otras perspectivas.

En bastantes ocasiones, no fueron las instituciones académicas especializadas las que apostaron por esa historia muy actual. El caso está ejemplificado bien en la colección de libros historiográficos «La Historia Inmediata» llevada adelante por el periodista Jean Lacouture, en los años sesenta, que se proponía hacer una historia de personajes vivos y de sucesos muy recientes prácticamente vividos por los lectores a los que se dirigían estas obras [18]. Lacouture, biógrafo de De Gaulle o de Ho Chi-Minh, entre otros, dio un paso que los historiadores no dieron, si bien el reto fue recogido después por algunos autores que hicieron de la historia inmediata un proyecto de historia de «lo reciente» [19].

En sus diversas versiones nacionales, la trayectoria de la historia reciente hacia su formalización más o menos acabada y su paso a la enseñanza y la

formación profesional de los historiadores ha sido tardía o muy tardía. En Francia, sólo en 1962 se impuso que los programas de enseñanza de la historia contemporánea llegasen a la II Guerra Mundial [20], mientras que en España hay que esperar a 1967 para que el estudio de la guerra civil de 1936-1939 adquiriese estatus académico más honorable al incluirse en los programas de oposiciones al profesorado [21]. Más allá de ello, en Francia, el estudio autónomo de la historia inmediata no se consagra hasta las reformas de los años 1982 y 1988 y en España hasta las reformas de los planes de estudio universitarios de los primeros noventa.

En todos sitios, una de las rémoras más importantes con las que el proyecto se enfrentó siempre fue la práctica carencia de estudios rigurosos, detenidos y bien pensados, sobre la *naturaleza* conceptual misma de esa historia nueva que habría de ocuparse del meollo cronológico del tiempo vivido, más allá de su mera referencia a una situación histórica que, por definición, afectaba directamente a una parte mayoritaria de la población, y para cuyo estudio podía recurrirse al testimonio directo. La posibilidad real de hacer esa historia, su diferenciación con otros campos, su encaje dentro de las historiografías más «canónicas», su metodología, que necesariamente había de ser construida con instrumentos no convencionales, y la propia relevancia social e histórica de su aparición en un momento de profundo cambio, fueron asuntos que estuvieron, y siguen estando, necesitados de un trabajo persistente de definición y delimitación.

Sin embargo, aunque señalar la escasez de estudios *teóricos* no equivale, de todas formas, a mantener la absoluta ausencia de ellos, pues existen ejemplos de lo contrario en Francia, Alemania y también en España, sí es ostensible su insuficiencia. Son raros los textos que se han adentrado en la discusión del problema mismo de la categorización del tiempo presente, al que nunca se ha prestado la atención que han tenido otros aspectos de la categorización del tiempo histórico u otros conceptos históricos importantes, como los de «modernidad», «contemporaneidad» o «posmodernidad», Renacimiento o Ilustración, por ejemplo. Tampoco han recibido atención los aspectos más estrictamente disciplinares, como los suscitados por la fijación de especialidades relativamente nuevas, como la historia cuantitativa o la sociocultural. Se da el caso, además, de que, a veces, han sido historiadores que no han cultivado directamente este campo de lo presente los que han hecho las más atinadas observaciones sobre sus posibilidades y sus dificultades.

Por todo esto, las reticencias e, incluso, los equívocos, no han dejado de manifestarse hasta hoy mismo [22]. En líneas generales, la profesión historiográfica no entendió la orientación nueva, al menos al principio, sino como prolongación de una «historia contemporánea» ya cultivada desde antes. El más

visible elemento real de distinción empezó siendo localizado, según hemos dicho, en la posibilidad del uso de recursos testimoniales de manera normalizada. De ahí que se entendiese que la clave real del tiempo presente era la posibilidad de una historia basada en la *fuente oral*[23]. No obstante, siempre tuvo peso la duda surgida de la interrogación acerca del *comienzo* y del espacio cronológico en el que se desarrollaría una historia tal: ¿cuál es exactamente el campo *cronológico* del tiempo presente? De todas formas, si se aceptan con todas sus consecuencias las implicaciones de la idea de un presente histórico que es posible convertir en una historiografía normalizada, esa pregunta tiene escaso sentido.

En efecto, el tiempo presente es una categoría ajena a la de periodo histórico. Como habremos de ver después, desde el punto de vista conceptual los límites temporales de una historia del presente son el resultado de una *decisión social*, materializada por un proyecto intelectual concreto, ligada al fenómeno generacional y a la delimitación de la *coetaneidad* y, en su aspecto más técnico, a la posibilidad de captar un tiempo histórico homogéneo a partir de un cambio significativo. En este último sentido, la historia del presente no puede basarse, como muestra el propio origen de su desarrollo actual, sino en la conciencia de un gran cambio, en la determinación del *gran acontecimiento* del que toda «época» parte o cree partir. ¿Quién puede dudar en los comienzos del siglo XXI que el gran acontecimiento de referencia es *por ahora* el cambio en el sistema mundial operado en 1989-1991, o que en el caso de España es *todavía* la trascendente mutación operada entre 1975 y 1982?

Lo incuestionable es que hoy debemos seguir hablando de que el proyecto no tiene sus líneas fijadas y de que sigue siendo objeto de dudas y de reacomodaciones. Si se trata de la «historia vivida», de la «historia coetánea», lo que constituye, a nuestro modo de ver, la propuesta más nítida, el problema es el de la delimitación de sus más adecuados enfoques. G. Noiriel se ha referido a la colisión posible con los periodistas por parte de los historiadores, a la presión mediática y a los peligros que todo ello acarrea de rebajar improcedentemente el índice de rigor de cualquier investigación histórica sobre el presente[24].

Estas opiniones, y otras muchas semejantes, expuestas con mayor o menor pretensión de autoridad, reflejan un desconocimiento preocupante de la verdadera entidad de la propuesta. Porque la consideración que debería servir de punto de partida para cualquier pronunciamiento es que la historia del presente ha sido, y sigue siendo, respuesta —cuya adecuación es otro problema— al impresionante cambio en las sociedades que sobrevivieron las catástrofes del siglo XX y a la continuidad de ese cambio hasta desembocar, hoy, en el gran *tournant* al que se asiste en el umbral del siglo XXI, particularmente

bajo la forma del acceso a las sociedades de comunicación de masas y de la presencia tanto de nuevos problemas como del desequilibrio y amenaza de progresivo distanciamiento entre unas áreas y otras y entre las civilizaciones del planeta, que en la historia mundial de épocas anteriores tenía una trascendencia muy distinta. Pero es indudable, asimismo, que buena parte de todas estas dudas y reticencias tienen como origen no ya las dificultades de definición conceptual, sino mayormente las posibilidades de su práctica tanto como el lugar a ocupar junto a otros empeños, no historiográficos, de explicar el presente.

En definitiva, Francia, con el IHTP, y Alemania, con el Institut für Zeitgeschichte, son los únicos países donde hasta el día de hoy, con independencia de otras creaciones nacionales en curso, puede decirse que existen centros de investigación específicos dedicados a la historia del presente como objetivo central y ambos concentran sus trabajos en las temáticas que arrancan de la II Guerra Mundial y se adentran en los tiempos posteriores. Esta necesidad fáctica de arrancar de tal época continúa teniendo el inconveniente, sin embargo, de propiciar la frecuente asimilación indebida entre una historia del presente y la «historia posterior a la II Guerra Mundial», con la derivación añadida de que, como ocurre en el caso español, se sustituye su nombre por el mucho más ambiguo y problemático de «historia del mundo actual»[25]. En distorsiones como éstas es donde se nota más la falta de una reflexión detenida sobre la naturaleza específica de este proyecto.

Junto al *Bulletin* que publica el centro francés citado, apareció la revista *Vingtième Siécle*, dirigida y alentada por Jean-Pierre Rioux, dedicada a estos temas, mientras que en Alemania se publican los *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, en Munich, donde se encuentra la sede del Instituto, que tuvieron como editores a dos especialistas de la talla de Karl Dietrich Bracher y Hans-Peter Schwarz, desde que en 1988 se adentró en una nueva época. Esas publicaciones se han visto después acompañadas de algunas más dedicadas también específicamente a la historia del siglo XX.

La cuestión terminológica

Un segundo aspecto importante del asunto es el relacionado con el nombre más adecuado para este pretendido nuevo objeto historiográfico. La cuestión terminológica suele considerarse, en muchas ocasiones, y no sólo en esta materia, una disquisición intrascendente, de ociosa discusión y hasta de contraproducente tratamiento. Podría interpretarse, en efecto, que se trata de un asunto menor, puesto que las rotulaciones empleadas no diferirían más que en

su capacidad mayor o menor de reflejar el propio objeto de estudio y al que no merecería la pena prestar mayor atención. Desgraciadamente, en esta discusión se implica un aspecto semántico nada despreciable, cuya trivialización puede conllevar no escasas consecuencias negativas de variada índole. El término que haya de emplearse para designar la historiografía del presente histórico no es indiferente. La realidad actual muestra, precisamente, cuánto puede determinar la orientación de esa historiografía el nombre con que se la designe.

Desde los años setenta para acá se ha venido hablando de *Historia del Tiempo Presente*, *del Presente*, *Inmediata*, *Reciente*, *Actual*, *Fluyente (Current)* o *Coetánea*, presuponiendo que esos términos serían en líneas generales sinónimos y cuyos recovecos semánticos no afectarían, en todo caso, al fondo de lo estudiado. Pero no nos parece que deba minusvalorarse la posibilidad de tomar el asunto en serio, de manera más cuidadosa, entendiendo que los términos aplicados no son en manera alguna ni sinónimos ni inocentes y que su elección implica opciones de mayor calado. En el caso de existir un cierto consenso sobre el valor conceptual de la «historia del presente», el problema terminológico sería intrascendente; pero tal consenso no se corresponde con la situación actual.

Es evidente que los términos o adjetivos inmediato, reciente, fluyente, presente o, en definitiva, coetáneo, no tienen un significado análogo ni tampoco unívoco. Aun así, la cuestión terminológica tampoco tendría importancia decisiva si no fuese porque está estrechamente ligada a la más rigurosa definición de la tarea de una historia de «lo fluyente», lo inacabado o lo que carece de perspectiva temporal, es decir, de una historia de los procesos sociales que están aún en desarrollo, y, también, de la coetaneidad del propio historiador, que son las dos cuestiones que creemos que se incardinan, de manera intrincada, en esta forma de historia y que debería recoger su denominación.

El término, en todo caso no difundido en exceso, de *Historia Reciente* parece en la actualidad enteramente inadecuado[26]. No añade nada a la terminología convencional, como ocurre también con el de *Inmediata.* Sin embargo, es cierto que los términos de la discusión han perdido, tal vez, sus aristas más agudas al imponerse generalmente las denominaciones *Tiempo Presente / Zeitgeschichte*, que parecen enteramente correctas. El problema es que tales términos dan cobijo de hecho a investigaciones históricas que difícilmente se adecuan a tal nombre. Siguen presentándose como historias «del presente» líneas de trabajo que realmente no lo son[27]. Y, así, no sería improcedente una llamada de atención sobre la necesidad de pensar la denominación que recogería con un más adecuado contenido semántico el proceso del presente histórico. En nuestra opinión, la expresión que mejor reflejaría el espíritu de esta historia sería aquella que incluyera en su rotulación el término *coetánea*, por razones que se verán más claras en algunas partes posteriores de este texto.

La idea de *coetaneidad* descansa sobre el presupuesto de que hay un estadio, un modo, diferenciado del tiempo histórico en concreto que es el *presente.* En su referencia social, y también en la psíquica, en la experiencia, la idea de presente en la historia sólo puede ser definida desde la de coetaneidad. Por ello, la Historia de lo Presente y la de lo Coetáneo podrían ser consideradas formulaciones prácticamente sinónimas. Pero la de coetáneo expresaría mejor la idea clave de esa coincidencia entre historia vivida e historia escrita, a la que nos referiremos después. La expresión *coetáneo* es antigua y de uso común, pero, desgraciadamente, contiene también condicionantes negativos que es preciso tener en cuenta. El adjetivo *coetáneo* tiene el problema práctico y nada baladí de la falta de correspondencia exacta de su uso en los idiomas más comunes. En francés o inglés no existe propiamente y su significación es recogida por el término «contemporáneo», lo que tal vez es una de las claves de la necesidad de hablar de «tiempo presente» para distinguirlo suficientemente de la connotación de época histórica que tiene la palabra contemporáneo. La palabra existe en italiano (*coetáneo*) y, relativamente, en alemán (*Gleichaltig, Zeitgenössich*). Pero, en cualquier caso, la voz alemana *Zeitgeschichte* tiene, sin duda, su mejor traducción como «historia coetánea» y no la literal absolutamente indeterminada e inexpresiva de «historia del tiempo».

Por su parte, la expresión «tiempo presente» resulta seguramente demasiado alambicada, retórica, y no está exenta en su origen de implicaciones ideológicas, como ha señalado sagazmente Michel Trebitsch[28]. Aceptar esta rotulación sin más, aun reconociendo que es lo más fácil de hacer hoy, significaría dar la impresión de aceptar las implicaciones exclusivamente francesas que, sin duda, contiene. A su vez, las rotulaciones ya mencionadas de Historia «Inmediata» o «Reciente», con la remisión de su significado al pasado más cercano, no recogen bien el proyecto de historiar la vida coetánea.

Pese a todo lo dicho, somos conscientes de que la ventaja, hoy por hoy, de la denominación *historia del presente*, una vez descartada la artificiosidad de *tiempo presente*[29], estriba en su corrección básica, en su mayor precisión, que sólo tiene ribetes de contradictoria en el lenguaje común que asimila historia a pasado, y en su posibilidad de ser vertida con facilidad a las lenguas más empleadas. Por ello nos pronunciaríamos, sin más, por el mantenimiento de esa expresión.

En España, a su vez, las denominaciones menos afortunadas que circulan están relacionadas con otro hecho y, tienen, por desgracia, una clara relación con el intento, confesado o no, de delimitar parcelas de carácter gremial. La inadecuación de la denominación que circula aquí de *Historia Actual* para una empresa que se pretende análoga a la de historiar el presente parece incuestionable, lo que no opta para que su uso, a partir de esa supuesta analogía, se extienda en nuestro país[30]. El término *historia actual* no resulta sólo inadecuado

por la inconsistencia de su supuesta sinonimia con presente, sino, sobre todo, porque bajo su paraguas se hace una historiografía que en muchas ocasiones poco tiene que ver con la historia del presente, una crítica que creemos quedará aún más clara con lo que diremos más adelante en este mismo capítulo. Se llama hoy Historia Actual no a la historia vivida sino a esa historia con la que ya nos hemos encontrado «posterior a la II Guerra Mundial».

La discrepancia de ese espíritu con lo propuesto en este libro y con las más recientes sugerencias renovadoras aparecidas en otros ámbitos es palpable. La Historia del Mundo Actual no es más que la continuación, y por motivos que poco tienen que ver con la búsqueda de la precisión científica, de la convencional historia contemporánea. La palabra *actual* presenta todos los inconvenientes de las otras, amplificados. La tendencia a considerar historia del presente algo que es historia del pasado en sus términos convencionales es una distorsión que no favorece la fundamentación de la disciplina formalizada que hoy se propugna.

La **contemporaneidad**, *raíz intelectual de la historia del presente*

Si intentásemos encontrar una genealogía histórica, intelectual y profesional, de esto que ha venido a ser la historia del presente, sin olvidar el contexto político y social mismo de donde surgieron sus primeras tendencias, sería preciso recorrer un lapso de tiempo más prolongado que nuestra propia coetaneidad e, igualmente, bucear también en niveles distintos del meramente institucional. Una cosa es, en efecto, la formalización de este tipo de estudios historiográficos en la actualidad, cuyo punto de partida se sitúa dos decenios y medio atrás, y otra los precedentes contrastables del interés y la necesidad de historiar el presente. La segunda es bastante más antigua y no es inusual encontrarle ilustres predecesores en la historiografía griega, desde Heródoto hasta Tucídides, en la romana, la cristiana primitiva, la renacentista o la ilustrada del siglo XVIII. La consideración, aun de forma breve, de esa trayectoria podría ayudarnos mucho a fijar de qué hablamos cuando lo hacemos de historia del presente.

Pero nuestro esbozo histórico no se ocupará aquí de ese prolongado proceso en su totalidad. De hecho, los antecedentes históricos más interesantes de la atención a una historia de lo coetáneo, a una nueva categoría de Historia, la realmente *vivida*, cabe situarlos en el momento de la aparición, justamente, de la idea de *contemporaneidad* como un nuevo tiempo susceptible de ser historiado en la inmediatez de los acontecimientos, o referida a acontecimientos vividos directamente. Y a ese momento, que se sitúa en las conmociones

revolucionarias que recorrieron el mundo occidental en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX, es al que atribuimos convencionalmente el nacimiento de una «historia contemporánea».

Lo destacable es que el nacimiento de la Historia Contemporánea tiene no pocos puntos en los que aparece prefigurada ya en buena parte la trayectoria que luego hemos visto reproducirse con la aparición de la idea de una historia del presente. Por ello resulta interesante este recorrido por los condicionantes que hicieron posible aquel nacimiento. Sin embargo, es cierto que la aparición de la idea de contemporaneidad, de tiempo histórico contemporáneo, con la aparente carga contradictoria que esa idea llevaba en sí, no significaron la introducción inmediata de una «Historia Contemporánea» como disciplina académica. Esa aparente contradicción pesó como una losa durante prácticamente un siglo. Por tanto, hemos de prestar atención a ambos procesos por separado.

Reparemos primero en lo especialmente notable que resulta, en efecto, la analogía, la similitud, entre la transformación de las categorías históricas e historiográficas producida en el curso de las grandes revoluciones burguesas de finales del XVIII que abrieron la contemporaneidad y la renovación que, con ese mismo significado, empezó a producirse casi dos siglos después, en el último cuarto del siglo XX, marcada por otro suceso extraordinario: la gran catástrofe de la II Guerra Mundial. De la misma forma que el impacto de la Gran Revolución en la Francia de fines del XVIII, y su expansión europea y extraeuropea, introdujeron en el territorio de lo histórico la idea de *contemporaneidad* para expresar una nueva percepción del tiempo histórico, es decir, la conciencia de que se abría entonces una época radicalmente distinta, la guerra mundial de mediados del siglo XX, y la definitiva transformación del mundo a la que ella misma contribuyó, volvieron a poner en primer plano tanto la percepción, en alguna forma, de un «tiempo nuevo» como su captación bajo la forma de una *contemporaneidad* distinta.

El tiempo de la revoluciones de fines del XVIII fue percibido por sus contemporáneos como «otra historia», o como una historia nueva[31]. Sin embargo, hubieron de pasar casi cien años para que la «historia contemporánea» se introdujese en el sistema educativo en Francia por obra de los programas de historia adoptados en la reforma llevada a cabo por el ministro Victor Duruy, en torno a 1865[32]. Esa historia, sin embargo, sufrió el menosprecio cuando no el rechazo del mundo académico, el de la historiografía establecida y conservadora del siglo XIX avanzado, con argumentos que no dejan hoy de parecer peregrinos[33]. Aquello no le pareció realmente «Historia» al mundo académico «oficial». Hubo de pasar mucho tiempo para que esa historia contemporánea quedase establecida como disciplina académica, pero, para

entonces, como ha acertado a expresar con penetración Pierre Nora, «la historia contemporánea no era ya *contemporánea*», en el sentido literal de lo que este término quiere expresar.

Hace, por tanto, algo más de cien años, en este caso, la historia contemporánea era rechazada por la historiografía encuadrada en la escuela documental y metódica, la historiografía académica de tradición rankeana, la «Gran Historia» fundada en el siglo XIX, en definitiva, que en modo alguno podía aceptar una Historia-Presente del mismo rango intelectual y profesional que la Historia-Pasado. *Historia* y *Contemporaneidad* eran rigurosamente contradictorias. No deja de ser extremadamente significativa la sentencia atribuida a un intelectual y político francés en la que se dirimía con decisión este embrollo: «el pasado a la Historia, el presente a la Política y el porvenir a Dios»...

Curiosamente, se trataba de argumentos cuya analogía con los que han alimentado las reticencias hacia la historia del presente a fines del siglo XX no puede ser más llamativa también. El escepticismo ante la historia contemporánea tardó mucho en diluirse; sin embargo, fueron, paradójicamente, algunos señalados «positivistas», guardianes de la historia-pasado, los que prestaron en Francia una atención nueva y especial a la historia más próxima. Tales fueron los casos de H. Lavisse o de Ch. Seignobos que escribirían historias de Francia cuyo relato se prolongaba casi hasta la víspera misma de la fecha en la que se escribieron. La Historia contemporánea no se aceptaba como «nueva historia», pero comenzó a ser escrita como continuación de la antigua. La semejanza con fenómenos de hoy es también destacable.

En Francia podría hablarse, pues, de que entre los años 1865 y 1885[34], se produjo una «mutación ideológica» con respecto al sentimiento que despertaba la época abierta por las revoluciones que había llevado al rechazo de la historia contemporánea. En ello tuvo un destacado papel la derrota de 1870 ante Prusia, que introdujo una conmoción intelectual notable. En efecto, el desastre militar ante Alemania convenció a muchos intelectuales de la inferioridad francesa y ello tuvo una influencia destacada en la percepción de las revoluciones del XVIII como un momento «fundador» de una historia nueva. El republicanismo francés que construyó la III República desempeñó un papel impulsor de ese cambio de mentalidad. La ideología republicana laica y nacionalista captó bien las virtudes educativas de lo que ya se llamaba historia contemporánea. Y aunque entonces se empleaba el rótulo escolar de «histoire moderne et contemporaine», tal como lo empleaba Lavisse, él mismo, dándose cuenta de la dificultad de enseñar bien lo contemporáneo, daba consejos sabios sobre cómo hacerlo[35].

Antes de todo esto, no obstante, la percepción de la contemporaneidad como nueva historia había tenido en Francia otros episodios. La primera ge-

neración de historiadores de la Revolución Francesa, Lamartine, Michelet, Blanc, Mignet, que escribirían en torno a mediados de siglo, y, después, Tocqueville o Guizot, veían el siglo XIX a la luz de aquella revolución que todos entienden como origen de la contemporaneidad. Y no otra cosa ocurrió en España, donde el referente para el nacimiento de esa contemporaneidad acabaría siendo «la revolución española». Tocqueville, por ejemplo, comprendería bien que, más allá del aparente caos de los acontecimientos, podía hacerse una síntesis y una explicación superiores, que ligarían el pasado con el presente y que constituirían la verdadera razón de la historia. No puede tenerse a Tocqueville, de todas formas, por un verdadero historiador del tiempo presente, pero sí se acerca a tal tipo el François Guizot que escribe las *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, aparecidas en 1858.

Aun así, los ensayos de «historia inmediata» hechos en el siglo XIX fueron en general decepcionantes, dice J.-F. Soulet, entre ellos los que se refieren a los sucesos de 1870 o a la Comuna[36]. Puede que ello tuviese su origen más directo en la idea positivista de que la única fuente de la historia era el *documento*, el escrito y archivado, quedando así descalificada duraderamente, o marginada, cualquier otro tipo de documentación, tanto como la transmisión oral. En 1902 se renovarían otra vez los programas de enseñanza de la historia en los que la contemporánea, que se hace arrancar de la Revolución, pasaría a tener su propio lugar. El caso español sería bastante análogo a éste, como veremos. La historia contemporánea quedó bendecida académicamente como aquella que arrancaba del momento histórico abierto por las revoluciones, pero es evidente, como dijimos, que para entonces la idea de lo «contemporáneo» en historia había perdido su primer significado de «coetáneo».

Pues bien, las semejanzas y las reminiscencias de todo esto que pueden verse en el gran cambio de la sensibilidad y del paradigma historiográfico de «lo contemporáneo» operados desde los años setenta del siglo XX, casi otros cien años después, parecen, como señalábamos, innegables. Así lo ha señalado Michel Trebitsch muy gráficamente en lo referente a la historia nacional francesa: «La comparación entre la función de la historia nacional en los años 1880 y la de la memoria nacional en los años 1980, reenvía a las dos cesuras de la historia contemporánea y de la historia del tiempo presente»[37]. Es difícil no coincidir con esta apreciación ilustrativa porque, por lo demás, su paralelismo con lo sucedido en España es también relevante. Las reformas del programa de la enseñanza de la historia hechas en Francia en tiempo ya muy reciente, en 1983, fueron consideradas una «revolución conceptual» al introducir el estudio de una historia prolongada hasta el día.

Todo parece, en consecuencia, conducirnos a la consideración de que los precedentes más inmediatos del profundo movimiento que ha llevado desde

la *historia contemporánea* hasta la *historia del presente* han de encontrarse en la mutación historiográfica que introdujo la II Guerra Mundial. Desde entonces, en toda la segunda mitad del siglo XX y bajo la presión de compromisos pero también de auténticas y acuciantes necesidades intelectuales y morales, se fue extendiendo una percepción nueva del *presente como historia*, casi a los cien años justos de que aquella «historia contemporánea» primera pasara a convertirse en la vida académica de Francia, y poco después en los restantes países que siguieron su huella, en una *materia* y un *periodo.*

La II Guerra Mundial actuó como coyuntura o encrucijada, y se ha dicho también que como «matriz», según veremos, de la que arrancó una historia intelectual que ha conducido directamente a la situación de hoy con la introducción de un tiempo presente histórico, sobre el que, por otra parte, parece reabrirse de nuevo la confrontación de posiciones, como veremos también. Lo importante es que los orígenes intelectuales de la conceptuación de un tiempo presente como materia «historiable», campo de una historiografía nueva, si bien tienen sus precedentes remotos en esa trayectoria que hemos visto de la historia contemporánea, no se convertirían en propuestas concretas hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX.

Precedentes más recientes se encuentran también en el crucial periodo histórico que transcurre entre 1914 y 1945, los «años de entreguerras» o la «era de las catástrofes», sobre todo en función de la necesidad sentida entre los historiadores de adentrarse en un tipo de historia a la medida del notable cambio de los tiempos, las ideologías y las preocupaciones sociales, y que respondiera también a la variación profunda en la percepción misma de lo histórico. Precedentes que, de nuevo, presentan de hecho no pocas semejanzas morfológicas con el fenómeno operado en la época de convulsiones revolucionarias vividas al final del siglo XVIII, que no encontró nuevas resoluciones de estabilidad sino con la derrota definitiva de la aventura napoleónica. La similitud con que en ambos momentos de convulsión surge la idea de un «tiempo nuevo» también es significativa y la manera en que en ambos momentos se gesta una nueva historiografía.

No resulta extraño, según se ha destacado, que el descubrimiento de la *contemporaneidad,* o de las contemporaneidades, como categoría de lo histórico suela venir ligado a grandes acontecimientos, convulsiones y rupturas sociales y políticas, del orden mundial o de los fundamentos culturales o tecnológicos. De modo más general, parece contrastada también la idea de que son los acontecimientos que cambian profundamente el estado de cosas existente los que dan lugar a nuevos tipos de entendimiento de la historia. La sensación de estar ante un tiempo nuevo acompaña siempre a las consecuencias y los intentos de resolución de las grandes crisis históricas.

Así ocurrió a fines de los siglos XVIII, XIX y XX. En el siglo XIX, lo mismo que en el XX, cada uno de los grandes derrumbamientos del orden mundial despertó siempre una gran atención intelectual y de ahí surgieron movimientos historiográficos nuevos.

La II Guerra Mundial es uno de los grandes acontecimientos de ese tipo, con efectos comparables a los de la Revolución Francesa o de la soviética en Rusia, con una «onda histórica» que, sin embargo, tiene en cada caso una amplitud, y un sentido, específicos. Se trataba ahora de una tremenda catástrofe bélica, saldada con más de medio centenar de millones de muertos, enraizada en una crisis política, social y moral de amplitud inusitada, en el «fin de un mundo», y en el enfrentamiento de proyectos históricos incompatibles. Una Europa en ruinas, una experiencia de persecuciones y violencias sin precedentes, y un temor vivo ante la existencia también de un nuevo poder de destrucción masiva. Junto a ello, una colosal crisis moral e intelectual y el convencimiento de la inutilidad, la inadecuación, de muchas ideas puestas a prueba en la época del conflicto. La Historia no se repite, nos han enseñado, pero es verdad también que sus procesos tienen siempre una lógica equiparable.

Sin embargo, como hemos visto, entre la aceptación de la existencia de una historia contemporánea y los esfuerzos por la formalización de una nueva categoría como la historia del presente, después de 1945, se interpuso el largo periodo de predominio de esa concepción de lo histórico que acostumbramos a llamar, aunque de manera poco matizada, el «positivismo» historiográfico, la «historia historizante» que dijese Lucien Febvre. Y es que, según señaló también Pierre Nora, cuando empezaba a sugerirse una concepción del presente histórico como cosa al alcance del quehacer historiográfico, cuando parecía viable una historia de lo coetáneo, advino justamente la expulsión de ese presente de la Historia por obra de la ortodoxia dominante. Y ello prueba, *a contrario*, que cuando se habla de una historia de lo coetáneo no puede entendérsela simplemente como un apéndice temporal de la historia que ya se acepta, sino como «otra (categoría de) historia». Los positivistas sólo concebían la creación de una ciencia de la historia en cuanto ella se refiriera al pasado acabado y se distinguiera netamente del presente, lo que era, les parecía, condición inexcusable de su inteligibilidad.

Los precedentes nacionales

El caso francés resulta paradigmático igualmente para el análisis de esa percepción de la necesidad de una historia más de acuerdo con lo que las gentes querían realmente conocer del pasado que empezó a surgir después

de 1945. La crisis de la sociedad francesa que precedió a la derrota fulminante frente al ataque alemán en 1940, las condiciones de la ocupación nazi y tanto las heroicidades como las debilidades de la resistencia, la instauración de un régimen político colaboracionista como el de Vichy, etc., condicionaron la vida social e intelectual del país durante bastante tiempo con posterioridad a 1945[38]. La II Guerra Mundial y sus consecuencias políticas, sociales e ideológicas, la fractura social que hizo posible la derrota, fueron un tema clave y traumático en el pensamiento francés de posguerra. Las derrotas coloniales de los años cincuenta, el cambio de la posición de Francia en el mundo como consecuencia de la desaparición definitiva de los imperios coloniales, acabaron de rematar ese proceso de revisión de la propia historia. Y la historiografía no podía ser ajena a tales crisis. La «Historia del Tiempo Presente» fue en sus orígenes un proyecto institucionalizado en el ámbito científico y universitario para responder a esas inquietudes y las preguntas a las que daban pábulo.

También aquí, como en el caso de casi todas las empresas historiográficas francesas posteriores a la guerra mundial, se ha querido encontrar ahora el largo y multiforme magisterio de la escuela de los *Annales*. El caso es, sin embargo, que a tal magisterio no podría calificársele, cuando menos, sino de ambiguo. La historiografía francesa había apuntado ya desde la época de entreguerras, especialmente en los años veinte, una ruptura decisiva con la tradición existente que tuvo su plasmación más visible en la fundación de la revista *Annales*, en 1929, y la materialización en torno a ella de una escuela de historiadores. Pero, de todas formas, la relación de esa novedad con el nacimiento posterior de la nueva historia del tiempo presente parece bastante indirecta.

Es indiscutible que al más ilustre de los fundadores de la escuela, Marc Bloch, no se le escapó la importancia que para cualquier investigación histórica tenía un conocimiento cabal del presente. Bloch dedicó algunas brillantes páginas a argumentar la necesidad de que el historiador parta siempre del presente en su tarea[39]. Él mismo dispuso de una ocasión, trágica sin duda, de ejercer como historiador del presente, de narrador de su propia experiencia y de expositor de un juicio sobre la historia vivida, lo que llevó a cabo en su texto *L'étrange défaite*, escrito durante su cautiverio bajo los nazis. Otro de los fundadores, Lucien Febvre, llamó a la Historia «ciencia del pasado, ciencia del presente». Pero el reverso de la medalla no es tampoco menos nítido. En *La Nouvelle Histoire*, por ejemplo, que puede considerarse el prontuario más autorizado de las ideas de la escuela ya en su segunda, o, quizá, tercera generación, no aparecen referencias a la «historia del tiempo presente» —aunque sí una valiosa definición de la voz «presente», debida a Pierre Nora.

Y es que la tradición de los *Annales* está lejos de haberse preocupado por esa historización del presente, pues es conocido, además, el poco espacio

que la escuela dedicó a la historia contemporánea[40]. Bien es verdad que los epígonos han hablado ya de la «historia inmediata» y se han referido a una historia del presente como objeto historiográfico, y, de aceptar el testimonio de P. Nora, habrían creado ellos mismos el término. Seguramente, habría que adjudicar a este solo historiador, a Pierre Nora, el mérito de estos adelantos. Entre las primeras generaciones de la escuela no hubo de hecho contemporaneístas y el tiempo de la historia más reciente se concibió como difícilmente abordable fuera de lo *evénémentiel*, de una historia de sucesos que no cabía en otra de estructuras y de larga duración.

En los años cincuenta, René Rémond, uno de los pioneros en la atención académica y rigurosa a la historia de la política francesa reciente, indicaría la necesidad de enfocar el asunto desde una nueva perspectiva histórica menos preocupada por la prohibición canónica de adentrarse en el espacio del presente. En 1957 publicó un artículo en la *Revue Française de Science Politique* titulado «Plaidoyer pour une histoire delaissé, la fin de la IIIe République» en el que expresaba la preocupación por el abandono francés de una época crucial, la del comienzo de la guerra y la derrota francesa de 1940, historia que estaba siendo desvelada por autores británicos o americanos. Ese artículo tenía una doble lectura: llamaba la atención sobre el vacío historiográfico en la historia inmediata o reciente de Francia, pero también era una constatación de la renuencia de los intelectuales y la sociedad francesa en general a traer a la memoria un episodio negro de su historia que empieza en 1940 y que se desenvuelve después en hechos como la ocupación alemana, las deportaciones, la colaboración y la resistencia.

En 1963, Jean Lacouture lanza al mercado la colección «L'Histoire Immédiate», de la que ya hemos hablado, con obras históricas en tono divulgativo sobre el proceso descolonizador, la Guerra Fría y otras historias de actualidad y el propio René Rémond publicaría entonces una gran obra sobre la derecha francesa en una visión que se adentraba ya en el tiempo más inmediato. Era visible entonces que esta historia del presente *avant la lettre* iba perfilándose con una gran inclinación hacia la política. «Los historiadores de la política han constituido la vanguardia de la historia del tiempo presente»[41].

Las vicisitudes del nacimiento de la historia del tiempo presente en Francia y de su institucionalización permiten aún otras interpretaciones sagaces como la de Michel Trebitsch. En el trasfondo del nacimiento de esta historia en Francia, dirá este autor, se escondían dos «cuarentenas». La más simple, la impuesta a la consulta de los documentos de archivo por las disposiciones legales; la más compleja, representada por el trauma de la década de 1940 que imponía una censura psicológica e intelectual. Se estaba así «entre la 'quarantaine' des délais archivistiques et le traumatisme de l'an 40»[42]. La

historia del tiempo presente aspiraba, entre esa especie de nuevas Scila y Caribdis, a dar respuesta científica a cuestiones fundamentalmente ideológicas y políticas.

Y es que en la noción de tiempo presente y en su expansión se implicaron en Francia varios discursos. Se trataría de clarificar, primero, si una tal historia no era más que un apéndice cronológico de lo que se ha llamado historia contemporánea o bien si debería entenderse como una ruptura radical que ponía en causa la idea misma de historia contemporánea. Al final, las posiciones no se decantaron ni por lo uno ni por lo otro, sino por una *vía media* entre las dos cuarentenas... Prueba de ello es el compromiso sobre el propio nombre del Institut d'Histoire du Temps Présent que debería haberse llamado en realidad «Instituto de Historia del Mundo Contemporáneo», un nombre que acabó designando a otro organismo para la investigación, de objetivos más convencionales. Igualmente se descartaba para el IHTP la denominación «Historia Inmediata». Se deduce de todo ello que el tiempo presente pasó a ser considerado «otra historia» sujeta a esa doble cuarentena de la que habla Trebitsch. El primer director del IHTP, François Bédarida, afirmó ya que la expresión «tiempo presente» «se había adoptado porque la de 'contemporáneo' era ambigua»[43]. Pero al propio Bédarida se debe, como hemos visto, la noción de un tiempo presente ocupado precisamente en historiar un lapso de historia francesa tan extenso como el comprendido entre los años treinta y los ochenta del siglo XX.

El nacimiento de la historia del presente en Francia estuvo sujeto, en fin, a otros condicionantes ideológicos y sociales a los que se ha referido Jean François Soulet[44]. En ese nacimiento se plasmaba con claridad la necesidad de hacer una historia oral de la resistencia francesa bajo la ocupación alemana. Pero no es menos evidente que la recepción social de las diversas temáticas implicadas en esa dirección de la investigación condicionaron grandemente el progreso de la empresa. Había cosas sobre las que se volcaba mucha pasión por su conocimiento, pero otras en las que esto sucedía mucho menos. Dependía de la forma en que la «memoria histórica» de lo reciente removiera traumas personales y colectivos. Tal memoria en modo alguno permanecía estática. La *colaboración* o la *resistencia* eran situaciones que discriminaban fuertemente entre héroes y traidores, y todo ello sobre el fondo del inevitable oficialismo chauvinista impuesto a todo este recuerdo. Apetecía mucho hablar de la resistencia pero muy poco del declive y fin de la III República, como observó Rémond, y muy poco también de las últimas guerras de descolonización. En consecuencia, la historia del tiempo presente no pudo formalizarse verdaderamente hasta la superación de un cierto temor a la memoria.

En cuanto a la expansión de la historia del presente en Alemania, hemos comentado ya algo relacionado con el proceso institucional reciente, pero sus orígenes intelectuales son también antiguos y R. Koselleck ha dado de ellos una versión muy atrayente de la que importa hacerse eco aquí[45]. Señalaba Koselleck que mientras el término *neue Zeit (tiempo nuevo)*, como expresión acuñada desde el siglo XVI para diferenciar un periodo posterior y opuesto a la Edad Media no había tenido variaciones sustanciales cuando se llega a 1800, la expresión *neueste Zeit (tiempo novísimo)*, como tiempo más nuevo aún, aparecida en el siglo XVIII, contiene significaciones más complejas y entre ellas la de referirse a una «última generación», a una comunidad de generaciones convivientes, siendo las exigencias del periodo final de las Luces y los acontecimientos de la Revolución Francesa lo que dieron a esa expresión una «actualidad enfática», «una intensidad política y social»[46]. En consecuencia, la «historia más reciente», *die neueste Geschichte*, «se distinguiría por el hecho de que el término adquiriría rápidamente el umbral que marcaba una nueva época —según la conciencia de quienes la habían vivido— que había sido abierta esencialmente por la Revolución Francesa»[47]. Era, pues, el fenómeno enteramente paralelo al experimentado en otros países con la introducción de la idea de «contemporaneidad».

Koselleck encuentra asimismo huellas de la percepción de un tiempo histórico presente en ciertos pasajes de Goethe. Siempre en su búsqueda de la historia del concepto, encuentra antecedentes de él aún más tempranos, en siglo XVII, y en la poesía barroca, no enteramente convincentes, es cierto, pero que apuntan interesantes sugerencias. El concepto se afianza al comenzar el siglo XIX para no dejar de cambiar desde entonces. Esa *historificación* del presente corresponde siempre a la atención a «las historias de los que viven el mismo tiempo», en la que se encuentran reminiscencias de Heródoto y Tucídides, de Polibio y Tácito y también de la primitiva historiografía cristiana. Además de ello, la idea del tiempo presente en la tradición alemana es igualmente subsidiaria de las rupturas y conmociones, de las catástrofes que introducen el sentimiento de estar ante una nueva época.

La idea de tiempo presente tenía siempre un cierto contenido de «historia sincrónica», pero igualmente de diacronía. Así ocurría con la introducción por Stieler en su diccionario de 1691 del término *Zeitgeschichte / Chronologica*, o con la definición que hacía Schwann en 1800 de la propia *Zeitgeschichte* como «la historia que cuenta los acontecimientos del tiempo en que se está»[48]. De esta forma, la concepción antigua de un tiempo presente incluía los análisis sincrónicos y las secuencias diacrónicas, en una trayectoria que cristalizaría a partir de 1800, en que el concepto de tiempo presente se convierte en algo actual, aunque todavía no estuviese acrisolado del todo el de

«propio tiempo» como el que introdujo la Revolución Francesa. Y ello era, además, una consecuencia del hecho de que la concepción fijada por la expresión «Tiempos Modernos» no tenía entonces un final determinado, no era un periodo cerrado, lo que imponía la necesidad de pensar en un tiempo más reciente aún, es decir, en una *neueste Geschichte.* La influencia de la revolución fue también aquí determinante.

El siglo XIX acuñó, dice Koselleck, bajo la influencia de las revoluciones, una idea precisa de la historia del *propio tiempo*. Es falsa, pues, dice el mismo autor, la pretensión de que la «Gran Historia» alemana no estuviese vertida también a la historia del tiempo presente, siendo ejemplos de lo contrario el propio Ranke, junto a Droysen y Von Sybel. También sería ese el caso de Niebuhr o de Burckhardt, que creían encontrar en los tiempos posteriores a la revolución «una sucesión acelerada de acontecimientos». Si desde el siglo XVII se había abierto paso la idea de unos Tiempos Modernos, en el XVIII y, sobre todo, en el XIX se insinuaría frente a ellos la noción de una «edad contemporánea».

En esta perspectiva histórica en el largo plazo, no es extraño que las catástrofes alemanas del siglo XX dieran un paso más en la idea de tiempo presente «como un concepto sistemático cuya formalidad permitía que fuera empleado en cada época»[49]. Así como en la Francia de la segunda mitad del siglo XX tal paso estuvo ligado al gran problema histórico de la guerra mundial, de la ocupación y de la resistencia o las colaboraciones, como ejemplificarían el régimen de Vichy o los movimientos de la Resistencia, en Alemania es ese mismo periodo el que se encuentra en el origen del tiempo presente con la atención polarizada en una peculiar problemática: el origen y la trascendencia del nacional-socialismo en el contexto de la historia alemana, el problema del exterminio judío o la respuesta de las nuevas generaciones. Si bien todos estos problemas han sido tratados también ampliamente fuera del círculo de los historiadores del presente.

El caso del mundo anglosajón es, a su vez, singular. Como empresa diferenciada, la historia del presente no ha encontrado un hueco en su historiografía, como en general en toda la de lengua inglesa, en la que Eric Hobsbawm especialmente, mucho más receptivo, representa un caso particular. La razón de esta ausencia puede ser buscada en la propia tradición historiográfica en la que ha existido una *Contemporary History* cuyo campo venía a ser prácticamente el mismo que primitivamente abordó la historia del tiempo presente continental. La historia de la contemporaneidad continental, que partía de las revoluciones del siglo XVIII, ha equivalido siempre en el mundo anglosajón a la *Modern History.*

En la tradición británica, las grandes revoluciones continentales de fines del XVIII no marcaron conciencia de un nuevo tiempo, no introdujeron la

contemporaneidad, y la propia morfología de la historia de Gran Bretaña explica perfectamente el hecho. La revolución de la modernidad se había producido allí en el siglo XVII con la derrota del absolutismo. La *Modern History* británica sólo percibió un cambio decisivo en su perspectiva cuando en torno a 1914 se alteraron profundamente las condiciones del equilibrio europeo, introduciéndose sólo entonces la noción de una época contemporánea. Hasta muy reciente fecha no ha existido allí la temática de lo «muy contemporáneo», entre otras cosas porque la historiografía británica nunca dejó de enfrentarse a ella en una producción claramente teñida de un empirismo con visos de superficialidad, muy cercana a la buena y sagaz descripción periodística, en una tradición que sigue absolutamente viva al día de hoy, lo que no ha sido óbice para su respetabilidad académica. Sin embargo, es muy reseñable el intento que hizo Geoffrey Barraclough de definir una «historia contemporánea» cuyo espíritu se acercaba mucho más al del tiempo presente continental: proponía este autor una contemporaneidad nueva cuyo arranque fijaba él en los años sesenta del siglo XX, lo que no era en modo alguno un despropósito[50]. El periodo de introducción a esa nueva época creía que podía hacerse partir de la Europa de Bismarck.

Los precedentes y la trayectoria de una historia de lo coetáneo en España no son menos ricos, aunque, como es, por desgracia, habitual, hayan merecido mucha menos atención. Ciertamente, el caso español tiene sus propios rasgos específicos, pero que encajan sin dificultad en los parámetros europeos de la mutación histórica hacia la contemporaneidad que hemos descrito y que llevarían más tarde a diferenciar una nueva historia del presente. Es precisamente a comienzos ya del siglo XX cuando en España lo *contemporáneo* pasa a identificarse en el mundo académico con la historia propia y específica del siglo XIX, para separar la de este siglo de la historia anterior conocida como «moderna». Esta llamada contemporaneidad entra en el discurso normal de lo histórico justamente «porque el siglo XIX ha muerto» y entonces se convierte en la parte final de la cronología al uso en los programas de enseñanza de la historia. El influjo del llamado positivismo fue aquí también notable como explicación de este retraso.

Pero la de *historia contemporánea* era igualmente una noción existente en España desde mucho antes y en nada discordante con la cronología del mismo fenómeno en el resto de Europa. Lo que empezaría a conocerse como historia contemporánea, desde el primer tercio del siglo XIX, estuvo mucho tiempo al margen de la «historia oficial», la de la Academia de la Historia, fuente de la ortodoxia en la España del siglo XIX[51] y así permanecería, con la notable excepción en ciertos historiógrafos académicos que se atreven ya con la historia de la Guerra de la Independencia, hasta finales de aquel siglo. Encontramos también aquí un indiscutible precedente, entre aquellos que

hemos calificado como más remotos, de lo que es nuestra concepción actual de una historia del tiempo presente.

La importancia de nuestra *analística contemporánea* en el siglo XIX, que es el verdadero origen de la investigación de la contemporaneidad, la hemos destacado ya en otro sitio, por lo que no vamos a reincidir en ello aquí[52]. Destaquemos sólo que los escritores de historias de la España reciente desde la invasión francesa fueron los *analistas*[53], señalando ya el cambio decisivo de las condiciones históricas al llegar el reinado de Isabel II, y acuñaron de hecho el concepto de una «revolución española», ligada a la guerra antinapoleónica y al nacimiento del régimen liberal. Ellos introdujeron la palabra «contemporánea» para designar un tipo de Historia escrita que ni cronológica ni estilísticamente se parecía a la Historia ilustrada y erudita de hechos memorables del pasado traída por el romanticismo. Contemporánea era justamente la «historia coetánea», pero también una historia nueva, popular, basada muchas veces en documentos vivos u orales, y exenta, por lo común, o más libre, de convencionalismos retóricos en el lenguaje.

Los primeros contemporaneístas españoles, entre los que pueden recordarse a Pirala, Alcalá Galiano, Conde de Toreno, Fernández de los Ríos, Fernando Garrido y muchos más, fueran o no historiadores consagrados, quisieron hacer una historia de su tiempo vivido. Bien es verdad que esa historia tenía las mismas debilidades de fondo que las que ya arrastraba la Historia-Discurso Literario, la Historia General o «gran Historia» cultivada hasta entonces. Era una historia de la política, de los acontecimientos, de los personajes, que puede resultar decepcionante para algún autor moderno, como hemos visto. Sin embargo, la Historia de lo contemporáneo no podía ser entendida en pleno siglo XIX de otra forma que ésta. Era también una historia *documental,* aunque en un sentido nuevo, que utilizaba los documentos privados, que por vez primera no son sólo de archivo, sino, en ocasiones, transmitidos al historiador por sus protagonistas, sus custodios o sus referentes, y que admite el testimonio oral.

Es a fines del siglo cuando esta «historia contemporánea» empieza a identificarse no ya con la *coetánea* en sentido estricto, sino con la historia posrevolucionaria como un todo, con la historia del siglo XIX en conjunto, hasta ir adquiriendo progresivamente el sentido que luego ha conservado hasta hoy, el de ser una historia de la revolución liberal y su posterioridad hasta bien avanzado el siglo XX. Historiadores ligados a la Institución Libre de Enseñanza como Rafael Altamira fueron los primeros en entender bien la novedad de la historia del siglo XIX[54], de la misma manera que muchos años después, en la transición posfranquista de la España de los años setenta del siglo XX, se ha empezado a entender el sentido de una historia del presente.

Pero en cuanto a los antecedentes más recientes, en España, por razones, una vez más, ligadas a la historia del país bajo el régimen de Franco, la vocación hacia la historia del tiempo presente tenía que estar necesariamente ausente en el contexto de una creación cultural y científica sometida a estrecha vigilancia. La historia del régimen apenas ha podido ser hecha mientras aquél existió. El momento de la aparición de proyectos de historia del presente en España coincide casi estrictamente con el desencadenamiento de la *transición posfranquista*. La demanda de una historia del presente está ligada en España al fin del franquismo, la politización intensa del país en los años inmediatamente posteriores, la vuelta de la libertad de expresión, la existencia de jóvenes interesados en la política, la construcción de un nuevo régimen, los profundos cambios económicos y sociales operados y la llegada al poder de la generación de los años sesenta.

No es sorprendente que esta historia nazca en España muy ligada a la memoria de la guerra civil y a la significación del «franquismo» como continuación de aquélla, mientras que la historia misma de la transición tardó mucho más tiempo en entrar en el campo de trabajo de los historiadores. La destrucción de la democracia de los años treinta en una guerra civil, la creación posterior de un régimen de mimetismo fascista y fuertemente represivo y el propio salto económico, la transformación social y el estilo desarrollista del país en los años sesenta, son los tres elementos históricos claves que condicionan toda nuestra historia del presente y que desempeñan aquí el mismo papel que la guerra mundial, la derrota francesa, los horrores del nazismo o el desarrollo vertiginoso en la posguerra hacia una nueva Europa.

En resumen, somos conscientes de que lo expuesto en este parágrafo no puede tenerse sino por algo que difícilmente podríamos llamar más que «prehistoria» de la historia del presente. Lo ocurrido desde finales de la década de 1970 en todos aquellos países, ambientes universitarios y científicos o centros de investigación donde se ha seguido desarrollando el trabajo y la producción de historia del presente, o lo que ha venido teniéndose por ello, sería ella misma ya una historia del estado actual de la historia del presente. Aunque el interés y hasta la decisiva importancia, tal vez, de la descripción y explicación más extensa de esa prehistoria, cuando va a cumplir un cuarto de siglo de antigüedad la formalización de algo parecido a una disciplina, no parecen cuestionables, no es este el lugar para llevarla a cabo. El desarrollo de la tarea de historiar el presente ha sido muy desigual y ha atravesado vicisitudes diversas. Al hacer más adelante nuevas precisiones sobre la conceptuación de la disciplina, tendremos ocasión de referirnos a algunos desarrollos nuevos, nuevas propuestas y nuevas pautas de debate.

Las dificultades de definición

Tiene toda la razón R. Koselleck al advertir que «la historia del tiempo presente es una bella expresión pero un concepto difícil»[55]. Es cierto que en una parte considerable tanto de los presupuestos como de las proposiciones que jalonan este proyecto hay, cuando menos, tanta retórica como argumentación fundada. Hoy por hoy, no cabría decir sino que lo que caracteriza mejor la conceptuación de una historia del presente es precisamente la escasez de aquélla. No estaría de más insistir en que, aunque la historia del presente ha dado ya lugar a investigaciones importantes, sobre todo en el seno de esas instituciones que hemos nombrado, sigue siendo *joven*, tal vez en exceso, sobre todo si concedemos a esa calificación su contenido de cosa no lograda, aunque haya atisbos de su logro.

Los problemas reales de esta nueva historiografía apenas han sido abordados con la asiduidad y la amplitud debidas, al margen de los balances que suelen hacerse de lo investigado y de la autosatisfacción comprensible derivada de ellos. Siguen siendo en exceso frecuentes las circunlocuciones generalmente inútiles sobre falsos problemas, como el perenne de la objetividad, u otros colaterales, el de la reducción de lo presente a lo político, la repetición circular de la presencia de dificultades tales como las fuentes, la falta de perspectiva o la implicación personal del historiador. Con la particularidad de que en la relativa clarificación de la nómina de problemas a veces resulta mucho más decisiva una observación breve, lúcida, intuitiva y sin retórica, hecha por algún profesional buen conocedor de su oficio, que cientos de líneas dogmatizando sobre lo que todos sabemos.

Los propósitos de configurar una disciplina —o, tal vez, una *sub-disciplina*— de la historia del presente son, en todo caso, tan antiguos como el nacimiento de las instituciones que habrían de poner en marcha el proyecto. En cualquier caso, partamos del hecho cierto de que, hoy por hoy, no existe verdaderamente ningún texto fundamental sobre el asunto. Según podremos ir comprobando, estas impresiones, por más pesimistas que parezcan, son compartidas por muchos de los especialistas más reputados en este terreno. En el mundo historiográfico francés, por ejemplo, en que, como decimos, surgió la más temprana y clara orientación hacia la historia de lo «muy contemporáneo», se reconocía no hace mucho tiempo, en efecto, que en este campo «Il n'y a pas d'outil de reference, tout reste à faire»[56]. Existe alguna bibliografía dedicada a recapitular trabajos y puestas en común en seminarios y encuentros, y alguna breve obra de conjunto, introductoria y discutible. Otras son producto de la recolección de ideas conocidas. Mientras, importantes reflexiones sobre el presente histórico se producen en muchas oca-

siones en el seno de disciplinas cercanas pero distintas de la historiografía. Los casos de la sociología o la antropología son destacables[57].

Antes de concluir la década de 1970, lo que comenzó a llamarse *Historia del Tiempo Presente* era algo que se confundía con esa historia muy contemporánea, es decir, la más reciente, que «se desenvuelve como un simple comentario de la actualidad», diría, lamentándolo, Pierre Nora[58]. Junto a la crítica de la idea simplista de que una historia del presente no significaría otra cosa sino una exploración de los desarrollos más cercanos en el desenvolvimiento histórico, figuraba también la más concreta acerca de la orientación hacia una simple exégesis de la política reciente o actual. Obviamente, son abundantes los ejemplos que justificarían estas críticas. No pocos pretendidos especialistas en esta nueva historia no la entendieron sino como una cierta, una más, historia-periodo, el más inmediato de todos[59]. Algo que, como sería fácil de ejemplificar, ha ocurrido asimismo en España. Ninguna de esas distorsiones ha sido, efectivamente, superada del todo hasta ahora.

El *Bulletin* del IHTP francés, así como sus *Cahiers* periódicos, han sido muy parcos siempre en la publicación de trabajos de fundamentación conceptual y disciplinar. Un libro con pretensiones de «estado de la cuestión» como fue *Écrire l'Histoire du Temps Présent*, aparecido en 1992, donde se contiene el homenaje a uno de los grandes pioneros, François Bédarida, ofrece un conjunto de trabajos que en un elevado porcentaje son inútiles por su escasa relación con el asunto central o porque son sencillamente de mala calidad[60]. Prácticamente sólo en Francia, y de forma mucho más limitada en Alemania, se ha prestado una específica atención a la posibilidad y problemas reales de una «historia actual».

Denis Pechanski, M. Pollack y H. Rousso, investigadores en el IHTP, notaron por su parte que hay un déficit teórico importante en la disciplina, «una desconfianza instintiva más neta aquí que en otros sectores de la historiografía francesa en relación con toda forma de conceptualización o modelización»[61]. Frente a la pregunta «¿puede ser el tiempo presente objeto de historia?», los historiadores franceses, «faltos de haber recibido como sus colegas anglosajones, alemanes o italianos, una formación filosófica suficiente —dirá un especialista tan estimable como Jean-Pierre Rioux—, han contorneado tranquilamente la provocación y le dan con demasiada frecuencia una respuesta de orden más metodológico que epistemológico»[62]. Pero este parquedad, reconozcámoslo, en modo alguno es sólo cosa de los historiadores franceses.

Aun así, debe señalarse que ciertas definiciones sintéticas para el objetivo de esta historia que, en todo caso, empezaba a adquirir una cierta autonomía, aparecieron pronto también. Marcel Roncayolo fue uno de los primeros en adentrarse en ese terreno con un pronunciamiento sagaz en una de las prime-

ras publicaciones concernientes a la materia. Para él, la historia del presente era «*la historia de la generación a que pertenecemos*», una posición que, como tendremos ocasión de ver, recibirá un amplio tratamiento en este texto. El punto de vista fundamental en esta tarea sería el de aquel que ha vivido los sucesos y tiene el deber de historiarlos[63]. Luego se sucedieron las fluctuaciones entre las propuestas de tono pragmático propias del «oficio», las más frecuentes, y algunas elaboraciones de mayor profundidad analítica.

Pierre Nora insistió, en diversos textos, en que la condición de la historia habría de estribar en ser «escrita por quienes la viven». En general, las definiciones han llamado la atención acerca de un factor determinante que sería el que hace de esta historia *la vivida por el historiador*[64], susceptible de ser testimoniada en vivo por testigos directos. Una fórmula afortunada fue asimismo la que entendía que se trataba de «la posibilidad de análisis histórico de la realidad social vigente, que comporta una relación de coetaneidad entre la historia vivida y la escritura de esa misma historia, entre los actores y testigos de la historia y los propios historiadores»[65]. Pero las definiciones han casado mal por lo general con la práctica efectiva.

Muchos asuntos presentados bajo la rúbrica de una historia del presente se referían en la realidad a la historia «reciente». Sólo una obra de notable impacto se ha presentado como producto de una experiencia vivida, la debida a Eric Hobsbawm titulada originalmente «La edad de los extremos» («Historia del siglo XX»), cuyo autor la presentaba como tal. Sin embargo, la prueba de que el concepto no estaba enteramente asimilado es que el esfuerzo de historiar un presente que el autor inglés lleva a cabo en su obra se detiene en 1991, en el umbral mismo de lo que él ve clarividentemente que es el comienzo de un presente distinto. Por lo común, lo que se ha hecho institucionalmente ha sido insistir en la historia muy reciente, pero sin conceptualizar adecuadamente la idea de una forma nueva de entender la coetaneidad histórica.

En estas condiciones, hasta ahora no ha parecido suficientemente justificada la adopción de un nuevo rótulo o fórmula disciplinar, la inclusión de una materia específica en los planes de estudio[66] y, menos aún, la creación generalizada de instituciones nuevas de investigación, dado que la propuesta más común no pasaba de seguir cultivando una «historia contemporánea», *contemporary history*. La posición verdaderamente innovadora habría de pasar necesariamente no sólo por el fomento decidido de nuevas formulaciones conceptuales y de método, sino por el abordaje decidido de esa historia que es *coetánea* del historiador, que no se limita a una indeterminada «historia actual» centrada en el mundo que siguió a la guerra mundial. La historia de la segunda mitad del siglo XX tiene todas las especificidades que quieran encontrársele, podría considerársele un momento distinto de la contempora-

neidad, pero *no es* en cuanto tal una historia-presente, una historia de nuestro presente. Michel Trebitsch ha dicho con claridad que «la historia del tiempo presente continúa dudando entre considerarse a sí misma como una simple extensión del campo histórico (definición disciplinar), o insistir en la originalidad del presente»[67]. Trebitsch rechaza con toda razón que lo que se dilucida aquí se una cuestión de periodización o de cronología.

De nuevo, Pierre Nora debe ser reconocido como uno entre los autores que, hasta ahora, incluso en escritos meramente ocasionales, han hecho observaciones más agudas acerca del significado de una historización del tiempo presente y de la relación de ello con la Historia Contemporánea, extremos en los que hemos venido insistiendo en las páginas anteriores. En efecto, este autor se pronunció en su momento por la formulación de una definición propia para la *historia de lo presente* que la colocaría muy lejos de ser una especificación cronológica, diferenciándola claramente de lo propuesto por aquellos que, como François Bédarida incluso, consideraban que se trataba de una «démarche» pero también de un periodo[68].

Nora señaló en relación con todo ello que la historia contemporánea tal como se venía entendiendo desde el nacimiento de ese concepto académico a fines del siglo XIX, es decir, como aquel tracto de las periodizaciones cronológicas que abarcaba el tiempo transcurrido entre las revoluciones del siglo XVIII y los tiempos actuales, se había quedado ya «sin objeto, sin estatuto, sin definición»[69]. Una historia que ya no era realmente de «lo contemporáneo» no acababa tampoco de encontrar el verdadero fundamento historiográfico para enjuiciar un momento a todas luces distinto de la «Edad Contemporánea» convencional como el que se vislumbraba ya entonces. Por ello mismo, el sentido de una «historia contemporánea» ha cambiado profundamente. El pensamiento historiográfico habría evolucionado desde el descubrimiento de la idea de lo contemporáneo hasta la de presente histórico y cómo una cosa y otra han ido diferenciándose progresivamente en el curso de los siglos XIX y XX[70]; «la historia contemporánea es... una historia *distinta* y la exclusión de lo contemporáneo fuera del campo de la historia es precisamente lo que le otorga su carácter específico a esa historia»[71].

Cuando Nora emplea el término «contemporánea» está designando muy precisamente una «historia de lo presente», una historia de lo coetáneo. Este sentido de una historia presente difiere en profundidad de la contemporaneidad como época. El mismo tipo de reflexiones ha ocupado brillantes páginas de E. H. Hobsbawm[72]. Justamente porque lo que llamamos historia contemporánea no es ya una historia de nuestra coetaneidad, aquella rotulación ha dejado de ser útil para denominar una historia del presente. La contemporaneidad es ahora un momento de la historia, aunque no haya dejado de ser una categoría cultural.

El caso alemán, en relación con sus propias creaciones institucionales, se ha encontrado inevitablemente ligado a connotaciones muy peculiares derivadas de la experiencia del régimen nacionalsocialista, como es igualmente el caso italiano en relación con la era fascista. Las historias del fenómeno del fascismo y el nazismo, no ya como movimientos, sino como momento crucial de la historia europea y extraeuropea en el siglo XX, han mostrado dos realidades aparentemente distintas pero entrelazadas en el fondo. Que el presente siempre vive pendiente de «ajustar las cuentas» con el pasado y que por *presente histórico* nunca debe entenderse un periodo sino una sensibilidad y unas preocupaciones vigentes. Un destacado especialista, Martin Broszat, apuntando a uno de los más punzantes problemas teóricos con el que nos encontramos, podía decir en 1985 que el nacional-socialismo estaba todavía sin «historizar», sin ser tratado como un objeto de historia, justamente por permanecer como problema muy vivo, presente[73]. El caso de la que se llamó «disputa de los historiadores» en relación con el fenómeno nazi y su significación en la historia alemana probó realmente la visceralidad que el asunto alcanzaba aún en Alemania por esos mismos años. Y no cabe duda alguna de que en España cabría decir algo parecido con respecto a la guerra civil de 1936-1939.

La controversia sobre la trascendencia histórica del nazismo, en la que intervinieron historiadores de posiciones diversas y encontradas —Nolte, Stürmer, Heillgrüber, Hildebrand, Fest, Mommsen— o filósofos como Jürgen Habermas, daba cuenta de que la trascendencia del asunto desbordaba con mucho los límites de una disputa académica, constituyendo más bien un agudo problema ideológico, ético y cultural[74]. Walter L. Bernecker ha mostrado cómo, más recientemente, desde 1989, la cuestión de la Alemania del Este y de la unificación de las dos Alemanias, su historia y los problemas incardinados en la dinámica de la integración, han adquirido una especial actualidad en la historiografía alemana que se ocupa de la historia vivida[75]. Pero la cuestión del nazismo y la deriva hacia su entendimiento en relación con otro gran fenómeno, el estalinismo, ha mostrado que el presente sigue buscado justificaciones en el pasado, sigue «construyéndolo» en función de sí mismo[76].

Como ya hemos señalado al hablar de los precedentes del tema en España, la notable «anomalía» de la persistencia de un régimen de inspiración fascista en este país, progresivamente reconvertido durante treinta años tras la derrota mundial del fascismo en 1945, ha condicionado decisivamente la aparición de una opinión española interesada por la historia del tiempo presente. La guerra civil, repitámoslo, ha desempeñado aquí un papel determinante sobre el que no cabe extenderse ahora[77]. En alguna manera, la guerra civil ha funcionado como la «matriz» de nuestro tiempo presente durante decenios.

Pero hoy cabe decir que esa función la desempeña la transición democrática comenzada en 1975. Aunque nuestra intención no es hacer aquí, en manera alguna, ni una historia de la historiografía del tema en España ni, menos aún, una valoración de lo producido, no es dudosa la necesidad de mostrar, cuando menos, un somero esbozo de lo que han sido hasta ahora algunas de las actividades y los esfuerzos en esa dirección, corriendo el inevitable riesgo de incidir en alguna omisión o minusvaloración involuntarias.

En realidad, sólo tras el final del régimen de Franco se ha hecho notar en España la atención al nuevo modelo historiográfico. Los primeros balbuceos mostraron siempre la impronta del modelo francés y podría señalarse que esa influencia tuvo una particular presencia en ámbitos como la Universidad de Salamanca o la de Barcelona, principalmente. El magisterio fundamental lo ejercieron en principio, en lo que sabemos, las obras de Pierre Nora y de François Bédarida, mientras que diversos investigadores españoles han mantenido contacto continuado con el IHTP francés[78]. Desde la década de 1980 se han registrado aportaciones como la propiciada en la Universidad de Extremadura por Antonio Rodríguez de las Heras y sus colaboradores, las de Carlos Navajas desde el IER de Logroño, animador de sucesivas reuniones científicas, y a ello habrían de sumarse las incursiones en el tema de Javier Tusell y algunos de sus colaboradores y las del propio autor de este texto, contando con los auspicios de algunas otras universidades más (UNED, Carlos III de Madrid). No han faltado en España los trabajos de fundamentación y el abordaje de temáticas específicas[79].

Seguramente, lo más valioso de lo producido en España se encuentra en las publicaciones colectivas surgidas de esos encuentros científicos citados, a los que han aportado trabajos varias decenas de autores, en ponencias o en comunicaciones, cuyo número prueba el interés despertado, aunque tampoco escasean las reticencias más o menos activas. Los sucesivos «Simposio de Historia Actual» auspiciados por el IER en Logroño, comenzaron a celebrarse en 1996 y han alcanzado ya su cuarta convocatoria, habiéndose publicado las Actas de todos los celebrados hasta el momento[80]. La rica actividad de la Universidad de Extremadura, en la que se constituyó un «Seminario de Historia del Presente», que ha tenido como animadores principales a A. Rodríguez de las Heras y a Mario P. Díaz Barrado, dio como fruto, entre otros menores, la publicación de una obra también pionera *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología*, producto de los trabajos de un seminario realizado en noviembre de 1997[81]. En ese mismo año tuvo lugar en la Universidad Complutense un seminario con participación internacional cuyo objetivo fue la fundamentación de la historia del presente, del que surgió también una publicación[82].

Realización de notable importancia para el caso ha sido la de la publicación de alguna revista de temática estrechamente relacionada con la historia

del presente. El caso más destacado es el de la que comenzó llamándose *Historia y Fuente Oral*, nombre sustituido ahora por el de *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, en cuya realización tuvo siempre un destacado papel Mercedes Vilanova y que ha alcanzado ya su tercera época[83], si bien la mayor parte de sus autores no son españoles. De aparición muy reciente es la titulada *Historia del Presente*, editada en la UNED, cuyo equipo editor entiende, no obstante, que la historia del presente en España es la que se comprende desde el episodio de la guerra civil[84]. Y existen otras como *Memoria e Historia*, etc.

Por otra parte, sería difícil dar ahora cuenta detallada de la nómina de investigadores españoles que han tratado temáticas directamente relacionadas con la historia del presente desde la transición española hasta la actualidad. Se ha señalado entre nosotros, igualmente, que las razones históricas que hicieron posible esa vuelta de la atención al tiempo presente podrían encontrarse en «la propia aceleración del tiempo histórico... y el considerabilísimo volumen de información que se recibe a fines del siglo XX»[85]. No obstante, se sigue pensando que «la frontera cronológica de la historia 'presentista' se sitúa en la II Guerra Mundial», al tiempo que «la historia del presente se convierte así en un vehículo para la construcción del futuro»[86].

Se han hecho también apreciaciones de interés acerca del modo de inserción de la historia política en el marco de la historia del presente, una cuestión, sin duda, merecedora de atención. Así, se ha reparado en la importancia de la intermediación de la memoria en ese proceso, para concluir con el aserto de que «la noción de memoria histórica y no sólo la noción de experiencia vivida resulta decisiva para delimitar el tiempo presente», una propuesta con la que es difícil no estar de acuerdo[87]. Y, en fin, no debería dejar de destacarse la resonancia que en algunos países de Latinoamérica, en espacial en Chile y Argentina, ha tenido el tema a través, precisamente, de las exposiciones hechas allí por autores españoles, pero en algunos casos también por influencia directa del magisterio francés[88].

En el caso español, pese a todo lo expuesto, resulta preciso recoger la impresión general, hoy por hoy, de que la «construcción» de una historia del presente como actividad historiográfica autónoma encuentra, por desgracia, serios obstáculos institucionales, de actitud e, incluso, de volatilidad o falta de consistencia de ciertas propuestas que necesitarían de mucha mayor claridad. A la falta de una investigación verdaderamente cualificada, de la que los autores franceses se quejaban también en el caso de su propio país, se une lo que consideramos que es, quizás, el mayor problema al que nos enfrentamos: el de pretender pasar como una «historia del presente» producciones historiográficas que en manera alguna lo son. En el menos desfavorable de los casos, semejante terminología no representa sino una versión desac-

tualizada ya de lo que fue en sus orígenes ese proyecto de historia del presente como prolongación de la historia contemporánea posterior a 1945. Lo menos que cabe decir es que en España faltan hoy proyectos claros de formalización disciplinar capaz de orientar un tipo de investigación específica.

Una previsible renovación conceptual

Las aportaciones llevadas a cabo en los años finales del siglo XX y las que les han seguido recientemente en el campo de la reflexión básica sobre el sentido y la práctica de la historia del presente apuntan, afortunadamente, en la línea de una decisiva y necesaria renovación, tanto en el concepto como en el campo propio de su investigación. Normalmente, la nueva reflexión parte de la valoración positiva de lo que ha representado el afianzamiento de una *sub*-disciplina, la mayor atención que recibe en el contexto de la historiografía actual y el volumen creciente de sus aportaciones. A ello habríamos de añadir el incuestionable hecho de la relevancia, el interés y la atención que la historia del presente va concitando en la opinión común, no en la académica, como hecho social y cultural. Se valora su progresiva orientación hacia una historia realmente vivida, cada día más en sintonía con el notable papel de la memoria del pasado inmediato en las vivencias de las gentes de hoy.

En el momento actual parece afianzarse la impresión de que la historia del tiempo presente como proyecto puesto en marcha en los años ochenta del siglo pasado ha cubierto un ciclo que ha llegado a su fin. Esa consideración incluye, en consecuencia, el convencimiento de que es preciso replantear sus fundamentos. Efectivamente, el modelo de *historia del tiempo presente* concebido en principio, según hemos podido ver, en función de la idea de que tras la II Guerra Mundial había nacido un momento inequívocamente distinto de la contemporaneidad, que dejaba atrás las categorías con que ésta había sido definida al menos hasta 1914, y de que era preciso «historiar» ese nuevo tiempo de otra manera, fue válido pero no resulta hoy en modo alguno suficiente. El entendimiento del presente histórico, cuando se ha vivido ya un largo trecho de la *posguerra fría*, y cuando ésta, incluso, como época «nueva», parece adentrarse en derroteros distintos y desoladoramente inciertos, ha empezado a cambiar de forma inevitable.

En esa línea, Pieter Lagrou ha podido emitir una sentencia, en el año 2000, tan provocadora como lúcida: *la historia del presente es el pasado* (*«le temps présent, c'est du passé»*), expresión atinada que debe ser entendida en el contexto de las realizaciones historiográficas en las que hasta ahora se había desenvuelto su actividad. Dicho en otros términos: la historia del presente

que se ha practicado hasta ahora es ya cosa del pasado... Lo cual ratifica la idea de que el difuso concepto de tiempo presente con el que se operó en la segunda mitad del siglo XX está enteramente obsoleto, pertenece él mismo al pasado, y de que las posiciones sobre el asunto menos «oficiales», menos ligadas a instituciones académicas, han resultado ser las más atinadas. Hay que coincidir forzosamente, por consiguiente, con este diagnóstico [89].

Una idea barajada asimismo por P. Lagrou, cuyo acierto es evidente aunque su formulación no sea enteramente precisa, es que «el tiempo presente es una noción evolutiva», lo que quedaría más claro, seguramente, si se hiciera hincapié decidido en que lo que funda el tiempo histórico presente es su carácter de *categoría temporal*, noción, por tanto, que dista mucho de poder ser reducida a la de «siglo XX», «Guerra Fría», ni a ninguna otra de tipo cronológico. Una cuestión esta que nos ocupará debidamente en capítulos sucesivos. Algunas veces, al preguntarse por la especificidad posible de esta historia distinta se busca la respuesta por un camino ajeno al conceptual, para incluir cuestiones de tipo técnico o pragmático; se trataría de «una historia hecha a partir de testimonios orales, una historia del que vive y de los vivientes». Sin embargo, no deja Lagrou de observar que una definición de ese tipo ha de tener en cuenta que la noción y las prácticas de la «historia oral» o la «historia con fuentes orales» son cuando menos multivalentes y se dirigen a objetivos no coincidentes.

Además de ello, existe el problema de que la definición satisfactoria de una historia del presente no puede estar ligada a la originalidad de las fuentes ni mismamente a una orientación metodológica determinada por más decisiva que ésta sea. Aunque puede estarlo, en mayor grado, al hecho de que el concepto clásico de *fuente* para la historia ha sufrido una espectacular mutación, al quedar subsumida la fuente misma en las nuevas determinaciones impuestas por la era de la comunicación de masas. A pesar de esa importante revolución en la concepción de las fuentes, se ha producido un proceso de «rápido abandono de la definición de la historia del tiempo presente como aquella de la cual quedan supervivientes», que fue una idea incisiva e innovadora en los años setenta cuando las nuevas metodologías se presentaron, en especial la historia oral, como una revolución [90]. Aun con la importancia que tiene el hecho de basar una reconstrucción histórica en el testimonio *directo* de las gentes que viven tal historia, la definición de historia del presente por ese camino pragmático no podía ser satisfactoria.

La noción de tiempo presente ha de coincidir necesariamente con la de una *ruptura temporal*, frente a la comodidad de pretender que «el siglo XX» representa una referencia válida como escenario para ella. De otra parte, en los años noventa han aparecido rupturas que se han convertido en potentes

referencias: la caída del muro de Berlín, la disolución de la URSS o la reunificación alemana, por no hablar, añadamos, de algunos sucesos medulares del comienzo del siglo XXI. «En 1989 se termina el periodo que se había tomado habitualmente, durante casi cincuenta años, como la época presente, como una larga posguerra ininterrumpida desde 1945»[91]. Evidentemente, semejante ruptura tiene una importancia fundamental para la historia del presente, o, mejor, para la historia de *nuestro* presente.

La II Guerra Mundial ha funcionado con la imagen de «una matriz del tiempo presente», como la raíz última del nacimiento de la historia del presente y de su práctica, según muestra la propia evolución de ella. La historia del presente practicada comúnmente ha estado ligada al hecho crucial de que aquella guerra significa el parto de un mundo nuevo con una nueva historia. Ahora bien, insiste Lagrou, esa matriz «como justificación de la actividad de los historiadores del tiempo presente ha quedado, hoy sobre todo, obsoleta». Desde hace un decenio la historia del tiempo presente se encuentra en una situación nueva. Parece confirmarse que «el presente comienza cada vez con la última catástrofe (advenida) hasta la fecha»[92]. En consecuencia, hasta 1989 se ha vivido un presente de cincuenta años, cuya duración ha quedado definitivamente rota. El *nuestro* presente tiene ya una nueva «cronología». Para concluir: «dicho brevemente, a partir de ahora, *lo que se había tenido la costumbre de llamar el "tiempo presente" pertenece al pasado*»[93].

Las posiciones de P. Lagrou, que nos hemos permitido utilizar en extenso, no necesitan mayor exégesis y hemos de decir que nuestra coincidencia con ellas es prácticamente total. Insiste, por lo demás, en que lo propio de la historia del presente consistiría «en lo que se podría llamar la unidad temporal de sujeto y objeto», criterio ya conocido, expresado por la coetaneidad de ambos, y en ese carácter esencial de tiempo, digamos por nuestra parte, «móvil» que el presente histórico tiene. La historia del siglo XX es remitida así en su casi totalidad a ser una convencional historia-pasado vista desde hoy, y sólo la gran ruptura producida en la bisagra entre los años ochenta y noventa de ese siglo puede constituir la base de una real historia del presente para el siglo XXI.

Existen, sin embargo, posiciones que aunque menos decididas que éstas, no son menos interesantes. En el trasfondo de las nuevas concepciones del tiempo presente se encuentran la expansión universitaria de la historia del presente, hablando del caso de Francia, un hecho que, convendría añadir, seguramente no puede generalizarse a otros países, con la excepción quizá de Alemania, y que sí tiene una inevitable vertiente de «banalización» por su éxito mismo, que estorbaría la reflexión crítica. Sin embargo, creemos, la nueva situación tiene más ventajas que inconvenientes. Una expansión ligada a la explosión misma

de los acontecimientos en el tránsito entre los noventa y el nuevo siglo —a lo que se podría añadir algo de la historia de los ochenta— y a la sensibilidad generalizada de nuevo corte ante la memoria del pasado recién vivido, es otro de los datos fundamentales. Como ha señalado Henri Rousso: «la historia del tiempo presente está hoy amenazada por las razones mismas que han fundamentado su éxito: la proximidad y el peso de los temas estudiados en la conciencia colectiva...»[94].

Ahora bien, si se acepta que el presente histórico es un tiempo móvil, que no puede confundirse con una «época» ligada al siglo XX, ni a su segunda mitad, evolutivo (o sea, *categorial*), que es el tiempo mismo del historiador que lo registra, su práctica hasta ahora, deberá reconocerse, ha sido poco fiel a esos presupuestos. Tomando algunos términos de H. Rousso, y yendo más allá de algunas de sus reticencias, puede aseverarse que es precisa una renovación que afirme definitivamente que la historia del presente es siempre una «temporalidad» y no una «historia concreta», que defina «una secuencia de la historia que es a la vez singular y universal (la duración de una vida humana)» y, desde luego, que considere que como tiempo presente ha de entenderse historiográficamente «una historia cuyos límites serán permanentemente móviles». Lejos de que ello «pueda impedir toda inteligibilidad del tiempo estudiado», como teme en parte Rousso, es la única manera de aprehender un *presente histórico*, una categoría que tiene poco o nada que ver analógicamente con especificaciones como «Edad Media» o «Renacimiento» o mismamente «época contemporánea»[95].

Las adherencias que la idea de tiempo presente ha arrastrado hasta ahora de la concepción del «periodo histórico» es, a nuestro modo de ver, el mayor de los obstáculos que pueden presentarse para una comprensión cabal de lo que representa esa categoría histórica y el correspondiente modelo historiográfico basado en ella. De hecho, el progreso efectuado se ha basado en la aceptación plena de que existe «una singularidad de la historia cercana en cuanto tal, y más todavía de la manera de observarla por parte del historiador». La definición histórica e historiográfica del tiempo presente o presente histórico no tiene otra opción que su absoluta antropologización y, subsidiariamente, su socialización, asunto sobre el que también habremos de volver. Y de forma paralela, su remisión a la acción histórica de los sujetos en el curso de una vida, al lapso generacional, y su ubicación en el espacio de la coetaneidad historia/historiador. Todo lo demás es remitir el problema del presente histórico a la creación de periodos históricos e historiográficos sucesivos que no cambian la sustantividad de una historia basada en cronologías convencionales.

Se ha dicho también que la historia del presente gira ahora en torno a un dispositivo conceptual y metodológico que comprende cuatro grandes

elementos: el testigo, la memoria, la demanda social y el acontecimiento[96]. Nada más cierto; la historia del presente ha girado realmente en torno a ellos desde su nacimiento. Pero encontramos que esa enumeración atiende igualmente mucho más, digamos, a recursos metodológicos, o al contexto social, a extremos y problemas que se incardinan en la base del trabajo de historiador del presente, que a la disección en profundidad del problema mismo de la definición del presente como historia. Es cierto que nunca será ociosa la clarificación, amplia y reiterada, de las formas de trabajo del historiador del presente, cuya tarea se enfrenta casi continuamente a equívocos, suspicacias, minusvaloraciones y asimilaciones indebidas con otros análisis de cualquier realidad sociohistórica en curso. Equívocos y suspicacias que se manifiestan de forma muy patente en su asimilación al periodismo, aunque no únicamente en ella[97], si bien ése no es el problema principal. En definitiva, la historia del presente será una empresa historiográfica más creíble, en la línea apuntada por Lagrou, en la medida en que sea capaz de definir nítidamente un objeto, aunque sea con límites abiertos, y no por la sutileza de sus métodos, aunque ello no sea tampoco indiferente.

El concepto genérico de tiempo presente, y sus delimitaciones epistemológicas más fundamentales, debe ser matizado y concretado hasta ponerlo firmemente en condiciones capaces de apoyar investigaciones particulares y directas. Para conseguir esto, lo más importante es seguramente enfrentarse a los muchos problemas, reales o falsos, que se suscitan a propósito de la posibilidad misma de esa historia. Tales propósitos acusan su particular interés en relación con el debate acerca de la naturaleza de *categoría* de lo histórico que tiene la historia de lo presente o de lo coetáneo, como transcripción de la *historia vivida*. La caracterización válida del tiempo presente en cada momento no puede partir sino del presupuesto inamovible de que el tiempo presente *nunca es un periodo*. La cuestión real es, por tanto, la de articular una forma de tratamiento histórico del presente que es, por definición, una construcción social y cultural, algo ligado naturalmente a las *fechas*, pero no definible en último extremo por ellas. En conclusión, el tiempo presente no se definirá nunca como espacio cronológico definitivamente acotado, sino como un tipo o categoría de tiempo sociohistórico.

La «posibilidad de historias» del presente, aceptando el preciso lenguaje de R. Koselleck, no puede sostenerse sino sobre la realidad de la experiencia vivida por los sujetos. En realidad, eso no constituye, en manera alguna, la particularidad de este tipo de historia, sino que el proceso entero de la Historia humana se basa en tal presupuesto. «Todas las historias se dan en los *tempora*». No hay ninguna historia sin relación con el tiempo y «toda la historia tiene que ver con el tiempo presente» porque es el *tiempo real* en que aquélla

se consuma. «Así como el presente desaparece entre el pasado y el futuro, la idea se puede invertir hasta el extremo: todo tiempo es presente en sentido propio»[98]. Si el hombre vive la historia en presente, puede hacer de ese vivir una historiografía en cuanto su experiencia vital forma ya parte de la historia misma, cosa de la que toma conciencia mediante la historización de aquella experiencia. Todo presente histórico es definido y limitado por quienes lo viven a través de una «comunidad temporal» plasmada en la pertenencia a una edad biológica y social, a una generación en continua interacción con la precedente y la sucesora.

A pesar de todo lo dicho, es preciso dejar claro que afirmar que la historia del presente no es historia de una época no pretende mantener que el presente no pueda delimitarse o acotarse como lapso histórico de perfiles cronológicos inteligibles. No quiere decirse que cada historia de un presente no tenga su «matriz» establecida justamente por un acontecimiento decisivo que la abre. Sin tal matriz y sin un tiempo efectivamente medido no habría posibilidad de historia. Lo importante es que al hablar del presente se lo haga siempre desde su debida relativización, desde su remisión a la percepción de los sujetos que lo viven: quienes lo viven delimitan *su* presente y nadie vive un tiempo que no sea el presente, mientras que el propio pasado queda aprehendido en él. La historia del presente define siempre el tiempo desde un *nosotros*, desde un *nuestro tiempo.* Tiene diversas cronologías estratificadas en función de los individuos que la hacen, que la escriben y que la asumen. La cronología no agota nunca la realidad histórica que lleva el tiempo en sus propias entrañas.

Historia vivida e historia escrita

Es innegable que la propuesta, imaginada y argumentada, de construir una historia del presente es atractiva y, más que eso, es seguramente plausible. Pero, como ya señalara Koselleck, es una bella propuesta de realización difícil. François Furet destacó acertadamente la dicotomía «historia contada/historia vivida» como discriminadora entre una historia del tiempo presente y otra que no lo es[99]. Es una distinción de extremada fuerza, a nuestro juicio. Pero tal vez la verdadera dicotomía no se establece estrictamente en tales términos. Para que la historia vivida sea una historia registrada, lo que constituye la forma más inteligible del discurso histórico, tiene que llegar ella misma a ser «historia contada». La recíproca, como es obvio, no es igualmente verdadera. En todo caso, la historización de la experiencia, de la que hablaremos más adelante, no podría satisfacer por sí misma las exigencias de una historia del

presente si no se produjese, al tiempo, su transcripción en una historia escrita, como registro y perpetuación de aquélla.

El fundamento último de una historia del presente reside en la posibilidad de existencia de un discurso histórico en el que el historiador busca y encuentra la imagen o el reflejo colectivo de su experiencia vital. La historia vivida tiene que hacerse así historia escrita, verdadera historiografía. No hay historia del presente que se limite a la mera subjetividad, de forma que no podemos hablar de esa historia sino bajo la forma de discurso histórico o, lo que es lo mismo, de historia pública y «anónima». El proceso de historización de la experiencia tendrá su vertiente como investigación historiográfica, acorde con nuestro propio tiempo y sus realidades, en la medida en que pueda ser convertida en una historia construida por el historiador, sujeta a método, es decir, en una forma particular de discurso histórico e historiográfico.

Subsiste, sin embargo, el problema de hacer que las experiencias muy dispares a que nos somete nuestro tiempo puedan emerger como experiencias colectivas, adquieran el carácter de historia y consigan integrarse en un discurso coherente. Historia del presente existe en todas las coetaneidades que puedan ser definidas como lapso temporal inteligible. De otra parte, cada historia crea sus propias maneras de historiar. Con la historia del presente no se está proponiendo, en rigor, una empresa radicalmente nueva. Lo más necesitado de prueba es el hecho mismo de que nuestra contemporaneidad tardía, nuestra coetaneidad propia, exija nuevos modelos historiográficos, algunas nuevas formas de historias, para responder a un tiempo de radicales novedades.

La más notable y luminosa referencia de la posibilidad de escritura de una historia del presente nos la da ya lo ocurrido con el nacimiento de la *historia contemporánea* aparecida ella misma, según hemos intentado probar, como una historia-presente pero devenida después historia-periodo. El riesgo de una repetición de ese mismo fenómeno es más que evidente. De tal devenir dio cuenta sagazmente también Eric Hobsbawm al señalar que «la paradoja de la historia contemporánea es su no-contemporaneidad»[100]. Y lo había hecho con anterioridad Pierre Nora diciendo que cuando la historia de la contemporaneidad se convierte en una disciplina, a fines del siglo XIX, no es ya una historia «contemporánea». Por ello, la condición inexcusable de toda historia del presente es no devenir una historia-periodo.

La historia contemporánea fue también una historización nueva de la experiencia antes que una historia escrita. Con la revolución liberal, lo «contemporáneo» como concepto histórico irrumpió en el vocabulario de la política, del arte, del periodismo y, desde luego, en el de la escritura de la Historia. De hecho, contemporaneidad era una nueva forma de modernidad, en cuan-

to que era desembocadura y resultado de la modernidad ilustrada, del proyecto de racionalización ilustrado. Sin Ilustración no habría Revolución, sin Modernidad no habría Contemporaneidad como conciencia nueva de lo moderno en el sentido orteguiano de ese término.

La Ilustración y luego la Revolución trajeron «un nuevo tipo de conciencia histórica, tanto refleja como universal... los hombres y las mujeres de Occidente se embarcaron en una comprensión de su época en términos de su calidad como producto de la progresión histórica del mundo...»[101]. Es decir, fue la Ilustración la que trajo de forma explícita la idea de una historia en desarrollo, la comprensión histórica de una época a partir del sujeto mismo que la vivía, que plasmaría en una nueva historiografía. La autocomprensión histórica está presente también en el proyecto de filosofía de la historia de Hegel y las filosofías de la Historia desde entonces han servido para reflejar la comprensión histórica de su propia época.

A partir de los componentes que introduce la Revolución en la conciencia europea, la contemporaneidad se convirtió en una acepción aplicada a la experiencia temporal en un doble sentido: como contenido de conciencia, en la que aparece por vez primera la noción de una historia vivida, por una parte, y, también, aunque más tardíamente, como determinación precisa para un cierto tipo de historiografía. Ése es nuestro ejemplo. La conciencia de asistir al nacimiento de un mundo nuevo fue inseparable de la experiencia revolucionaria europea y americana en el tránsito desde el Antiguo Régimen, como deja ver con nitidez, entre otras, la obra entera de Alexis de Tocqueville. Ese nuevo mundo era justamente la contemporaneidad, que vivió todavía alguna vacilación antes de convertirse propiamente en Historia, en una historia nueva.

Hoy, al comenzar el tercer milenio, nos enfrentamos a la premonición de que comienza una historia que tendrá un tiempo y un *tempo* nuevos. Un tiempo que no será otro sino «el tiempo real» de la comunicación instantánea en la vida cotidiana. Por tanto, lo que está cambiando es algo tan profundo como la producción misma de la historia. La historia es más planetaria por cuanto el acontecimiento y el cambio son transmitidos por la comunicación en tiempo real. La historia se va tejiendo en una trama que los sujetos viven al día, bajo la propia vista. En el tiempo venidero, la Historia, con seguridad, no tendrá que ser necesariamente mediatizada por el *documento*, en la acepción que hoy le damos, con la necesidad de ser más tarde rescata como reconstrucción por huellas.

En cuanto creadora permanente de nuevas situaciones y nuevos escenarios, en cuanto resultado de la acción —aunque no podamos decir lo mismo en cuanto producto de intenciones y decisiones que pueden quedar

veladas mucho tiempo— lo histórico se revelará en cada instante, se registrará a la vista y se reconocerá a través del nuevo noúmeno: la *red*. Con la historia en tiempo real, el registro memoria-historia será presumiblemente distinto. Ello pondrá en juego la sustancia misma de lo histórico, al estarlo todas sus determinaciones sociales y culturales, el modo de su producción y el espacio de su desarrollo. Y no sólo ha cambiado el tiempo, sino correlativamente con él también el espacio.

Hoy está ya sujeta a profunda transformación asimismo la forma de *distribución*, de *apropiación*, la recepción del componente cultural e identitario de la Historia. Si, como resultado del «giro lingüístico» en los procesos de conocimiento, la Historia ha podido ser introducida como un producto más en el marco de las creaciones del lenguaje, esta ubicación adquiere un nuevo sentido porque la Historia vale lo que vale el presente y su lenguaje. No hay más lenguaje de lo histórico que el de su momento final, es decir, el del presente. Pero sería un notable error la suposición de que pueda existir un *corte*, una tajante ruptura de lo histórico entre *pasado* y *presente*, que la historia del presente pueda quedar ella misma sin relación con el pasado. Justamente, el pasado opera en ella como origen y como perspectiva. La Historia no admite soluciones de continuidad como no las permiten las experiencias humanas.

Como una primera gran conclusión de lo expuesto hasta ahora, podría establecerse que el punto de partida para el entendimiento de que el tiempo presente es una parte inseparable de la Historia sería la no confusión de ese tiempo con lo que puede llamarse una «historia inmediata», «reciente» o del «mundo actual» entendido éste como periodo cronológico, y la determinación de que se trata, más bien, de la historia que cada época escribe de sí misma. La historia de la historiografía muestra que la negación de que la historia se agote en su referencia al «pasado» no es reciente sino antigua. Junto a la historiografía nacida en el siglo XIX, que pretendió constituir una ciencia de la historia, se desarrolló paralelamente la idea de que había «otra» historia, la de lo contemporáneo, aunque, en principio, quedó excluida de esa ciencia. Ahora bien, el pensamiento de que en cada momento histórico se vive *un* tiempo presente no debe hacernos caer en el error de creer que su escritura se confunde con la mera recopilación de los «testimonios», con la *crónica*, con los escritos de cualquier género en los que los coetáneos enjuician su mundo.

En la renovación del concepto de historia del presente deberá tener un papel esencial la consideración de que sólo puede constituirse como tal en cuanto que es una verdadera construcción intelectual, sujeta a método y objetivadora. Su condición específica es la de tratarse de una verdadera historiografía con sus reglas de método, de un proyecto verdaderamente

historificador, articulado y explicativo, aunque esté siempre integrado y sea dependiente, como no puede ser de otra forma, de las propias creencias y concepciones historiográficas de cada tiempo. Por tanto, no podemos suscribir la afirmación de algún tratadista que asegura, con referencia al viejo concepto, que «es preciso distinguir definitivamente aquello que representa una verdadera investigación histórica y aquello que no lo es aún de forma completa: la historia de lo inmediato pertenece a esta segunda categoría» [102]. Lo que no es una investigación «de forma completa» no puede en manera alguna llamarse *Historia.*

Y como colofón de todo lo dicho, insistamos en que lo presentado aquí no debe ser entendido sino como una propuesta más entre otras posibles. Los capítulos que siguen recogerán el intento de fundamentar la existencia perceptible por el hombre de un *presente histórico* y la posibilidad de hacer de ello una historiografía normalizada, es decir, escrita al tiempo que es vivida. Todo debate suscitado por un proyecto en curso es la mejor comprobación de la certeza de su marcha. La destacada actividad suscitada en torno a la historia del presente, característicamente en Francia, pero también en otros países, como es el caso de España, muestra la viveza de sus proposiciones y la renovación del pensamiento y la práctica historiográficas que representa. Una renovación y una práctica que no pueden abrirse paso, a nuestro modo de ver, sino en la pugna por perfilar sus conceptuaciones y ampliar la práctica concreta de la investigación, aunque sin perder de vista en ningún caso, que estamos ante una *tarea historiográfica*, y no otra cosa. De todo ello se hablará, esperamos que suficientemente, en este texto, lo que redundará, esperamos también, en beneficio de una mayor posibilidad de comprensión de la historia del presente. E igualmente de su escritura.

CAPÍTULO 2

EL PRESENTE, TIEMPO REAL DE LA HISTORIA

> Al comprender el presente como un momento de la serie toda del pasado, se empieza a comprender lo vivo de lo eterno...
>
> Miguel de UNAMUNO: *En torno al casticismo,* 1895

> El presente ha tomado un color histórico; antes de toda elaboración crítica, antes de toda matización, es vivido directamente como historia.
>
> Pierre NORA: *Pour une histoire contemporaine,* 1974

El hombre imagina la Historia como pasado, pero la vive necesariamente como presente. En cuanto que es el registro de toda la experiencia humana, la Historia recoge «los hechos de los hombres», hechos que no pueden haber tenido lugar en otro modo del tiempo que no fuese, indefectiblemente, el *presente.* Otra cosa es que, durante siglos, cuando el hombre ha asumido su historia en plenitud, es decir, como algo que trasciende la vida misma del individuo, y la ha escrito, tales hechos fueran ya, para él, *pasado.* Por esto, la imagen de lo histórico nos ha remitido comúnmente al pasado. Pero el tiempo *real* de toda historia es el presente, porque la acción, el actuar, no puede estar constitutivamente más que en el presente. La acción misma es la más originaria determinación de lo presente. Presente es *presencia,* es el tiempo de la acción. Sólo lo que ha sido ya realizado, consumado, lo que «ha sido actuado», es pasado.

La entraña radical de lo histórico reside en las acciones *in fieri,* es decir, las que están produciéndose o están en curso. Una parte importante de esa realidad histórica queda hurtada cuando en el recuerdo y en el registro de sus actos el hombre refleja la historia sólo como pasado. Pero si no comprendemos la acción histórica «como un presente» tampoco será posible adquirir nuevo

conocimiento al volver sobre ella como pasado. Los contenidos de experiencia que el ser humano acumula conservan su primera apariencia de presente, lo que puede decirse también de otro modo: cuando tienen su verdadera ubicación en el pasado son representados, *traídos* a la mente y hechos allí presentes. «El presente del pasado es la memoria», aseveró san Agustín, y la experiencia no sería posible sin la memoria. Al ir consumando su presente, el hombre va reconstruyendo también el pasado y de ahí puede inferirse que lo histórico se hace en el presente pero subsume en sí mismo el pasado.

Ahora bien, la historiografía positivista se construyó «sobre la distinción entre el pasado y el presente» y ella misma «expulsó» al presente de la historia, según afirmó acertadamente Pierre Nora. La convención creada por la historiografía del siglo XIX redujo la Historia sólo a los «hechos» consumados (*res gestae)* sin atender propiamente a la «acción» (*gestus*) y la identificó en exclusiva con una categoría parcial del tiempo. Esto ha constituido un persistente error y, a la vez, una de las mayores rémoras para el entendimiento cabal de la Historia, según la imagen que de ella construye la historiografía.

En definitiva, toda acción histórica sucede, pues, constitutivamente como un *presente*, aun cuando el registro escrito de ella la categorice como *pasado*. Y en cuanto el tiempo en que todas las cosas suceden es, naturalmente, el presente, y, en el caso humano, en un presente no identificable con el físico, nada impide, por tanto, que las acciones históricas pasen a ser registradas en su tiempo *real*, en el que la historia sucede. Consecuentemente, es posible hablar de una relación no contradictoria entre los términos *presente* e *historia* y, también, de una *historia del presente*.

El presente es el *tiempo real de la historia*, ciertamente, pero es también un tiempo *difícil* de ella porque es el más problemático momento de la serie temporal, el núcleo de las mayores dificultades que el análisis del tiempo ha presentado tradicionalmente. La definición de la historia del presente lleva en sí todas las dificultades que tiene la definición del presente mismo. Por tanto, es preciso abordar, antes que nada, esa dificultad primera.

Tiempo, tiempo antropológico y tiempo histórico

Ni que decir tiene que el problema, o lo que se ha calificado también de *aporía*, del tiempo ha preocupado al pensamiento y a la percepción del mundo externo del hombre, según lo que sabemos, desde las primeras huellas históricas de la cultura[1]. En la filosofía, el problema del tiempo ha sido abordado desde los pensadores presocráticos, pasando por la filosofía griega clásica, con la Física de Aristóteles como eje —que nunca ha dejado de ser citada por trata-

dista alguno, lo que ocurre también con san Agustín—, siguiendo con el pensamiento moderno e ilustrado europeo, hasta las aportaciones de la física del siglo XX y las más recientes propuestas de la filosofía de la ciencia. La cuestión del tiempo ha estado presente siempre en todos los sistemas de pensamiento y, lo que es seguramente más importante, la especulación filosófica se ha entrelazado también, desde la Antigüedad griega al menos, con la consideración del tiempo desde la concepción física del mundo. Prácticamente, todas las ciencias sociales nacidas en el siglo XIX se han ocupado igualmente del problema.

No existe, pues, ninguna concepción filosófica, ni ninguna teoría global del universo, lo mismo que ninguna religión, que no haya debido considerar la dimensión universal del tiempo. Y en todas las épocas se han producido explicaciones de la naturaleza y el curso del tiempo desde la teología, la cosmología, la ciencia física, la matemática o la astronomía. Como es natural, el origen del universo se encuentra estrechamente implicado con el problema del «origen» del tiempo, que no es menor problema, ni en realidad distinto, del de su «naturaleza», de forma que la conocida teoría física del big-bang para explicar el origen del universo, que sigue siendo hoy la ortodoxia fundamental en el tema, es igualmente una teoría del tiempo[2].

Es posible afirmar, incluso, que algunas de las grandes especulaciones sobre este problema, que siempre ha preocupado al hombre, pertenecen simultáneamente a la filosofía y a la ciencia. El tratamiento filosófico y científico aparece simultáneamente en la obra de algunos grandes pensadores y científicos. Ése sería el caso de Leibniz, y lo es en alguna manera también de Newton y de la filosofía y la ciencia positivistas, mientras que en la primera parte del siglo XX, con la revolución misma de la física, la contraposición primera entre ésta y la filosofía tiene ejemplos tan notables como la que enfrentó a Einstein y Bergson[3]. Filosofía y ciencia de la naturaleza han hecho, en definitiva, las indagaciones de mayor alcance en el desentrañamiento del tiempo cosmológico o tiempo universal[4].

Cuestión de suma importancia es la cualidad casi común de todos los acercamientos al problema, sea desde la filosofía o la ciencia natural, de considerar que el tiempo es la dimensión universal que de manera más primigenia condiciona todo lo que existe, de forma que la otra gran dimensión que es el espacio ha podido ser referida ella misma al tiempo. Esa cualidad del universo de estar ligado a la temporalidad, una de las grandes convicciones de la filosofía y la ciencia modernas, engloba y homogeneiza tanto al mundo inanimado físico en escala cosmológica como igualmente al de los seres vivos y al del hombre. La temporalidad sería así la más primigenia cualidad de todo tipo de criaturas. Un planteamiento de ese género subyace a todo el pensamiento moderno, desde Newton en adelante, y cualifica sustancialmente las ideas de

científicos o filósofos destacados en el siglo XX, Einstein, Schrödinger, Reichenbach, Bergson, Husserl o Heidegger.

Las ciencias sociales más desarrolladas, de la sociología a la lingüística, por ejemplo, se han ocupado igualmente, desde su constitución, del lugar del tiempo en la naturaleza de lo humano. Tampoco es posible detenernos aquí en las aportaciones particulares de estas ciencias, que, en todo caso, son las que interesan al historiador de forma más cercana y especialmente en la cuestión del tiempo presente. Son bien conocidos los estudios sobre la aprehensión psíquica del tiempo[5] y dentro del campo psicológico no han faltado los intentos de analizar la percepción del tiempo desde las teorías cibernéticas y cognitivistas basadas en la analogía del cerebro humano y el funcionamiento del ordenador[6]. La antropología o la sociología del tiempo —sobre todo en algunos campos específicos, como el trabajo, la organización industrial, el ocio o la construcción de los mitos— son preocupaciones de las que existe un amplio tratamiento[7]. Sin embargo, cosa que debería resultar aleccionadora, es muy raro que los enfoques de estas ciencias sobre el tiempo reparen en él como dimensión constitutiva esencial de lo histórico.

El análisis del tiempo desde las ciencias sociales no puede tenerse, en todo caso, entre los más productivos y satisfactorios. El problema fundamental reside, posiblemente, tanto en la falta de teorías básicas como en la dispersión de los puntos de vista: «desarrollar un lenguaje formal serio para hablar de la temporalidad en los procesos sociales significaría desarrollar una completa teoría social procesual. Y nadie lo ha hecho»[8]. Precisamente el centro del problema del tiempo histórico, que es, en definitiva, del que se ocupan las ciencias sociales, reside justamente en eso: en la captación de los procesos sociales desde su determinación temporal. Un psicólogo social, Elliott Jaques, escribió que el haber dejado subsistir sin resolución muchas preguntas formuladas respecto a la entidad del tiempo «es uno de los principales obstáculos que han impedido elaborar una comprensión del hombre y de la sociedad»[9]. Mientras que, por el contrario, los avances hechos desde antiguo en la conceptualización tanto del tiempo como del espacio, desde Galileo, fueron la clave del progreso de la concepción mecánica del universo.

Junto a todo ello, el caso de la historiografía parece más indigente aún y bastante paradójico. El tiempo histórico ha sido comúnmente una cuestión que ha preocupado mucho más a los filósofos y los científicos que a los historiadores. Constituyendo el tiempo, la dimensión temporal, la trama esencial de lo histórico, en la disciplina historiográfica el problema de la naturaleza del tiempo, del tiempo social y del histórico, ha sido poco abordado, aunque no se carezca enteramente, como veremos, de estudios sobre ello. ¿Por qué los historiadores se han ocupado tan poco de reflexionar sobre el problema del

tiempo? A veces, esa falta de atención a un tema absolutamente central para la historiografía ha sido comentada de forma bastante contundente y descalificadora desde ámbitos externos al historiográfico al afirmar, por ejemplo, que

> extrañamente, la naturaleza y el estatus de las categorías temporales en la historia han sido, comparativamente, temas descuidados, circunstancia que milita en contra de la aceptación de las extendidas pretensiones, frecuentes entre los historiadores, sobre su supuesto monopolio en el interés por, o el acceso privilegiado a, el tiempo en los asuntos humanos, cuando no de la propia centralidad del tiempo[10].

Esta afirmación acerca de algo que es difícil negar obliga aún más a insistir en que la investigación del tiempo histórico es un asunto preliminar en la fundamentación de cualquier tipo de proyecto historiográfico y, por consecuencia, en el de una historia del presente. El intento de captación plena del sentido temporal y sus manifestaciones en las acciones humanas, la atribución subjetiva del tiempo o la objetivación de su significado, la reflexión sobre él como urdidumbre de toda realidad histórica, el esfuerzo por ir más allá en su análisis de las simples atribuciones cronológicas o la fundamentación de las periodizaciones, son tareas, en efecto, que el historiador no puede declinar. Sólo así es posible explorar el sentido profundo del tiempo histórico, sin que ello presuponga abordarlo filosóficamente.

Si bien el tratamiento historiográfico del problema del tiempo es ciertamente escaso, es de resaltar que lo producido por los historiadores suele ordenarse en general según dos orientaciones distintas. Si se atiende a toda la historiografía que registra nuestra tradición cultural, resultaría plausible la convencional división que suele establecerse entre los historiadores que han pensado el tiempo como «hilo temporal... con un futuro abierto» y los que lo entienden «como algo recurrente y circular»[11]. Sin embargo, los problemas de linealidad o circularidad en la concepción del tiempo tienen un interés bastante indirecto para el problema fundamental de la naturaleza del tiempo histórico. Los dos polos cruciales y efectivos parecen ser otros que tienen mayor alcance explicativo.

En uno de ellos, el historiador suele ocuparse del problema general del tiempo en cuanto éste es una dimensión social y simbólica de todas las formas de civilización que han existido o, lo que es lo mismo, en cuanto existen expresiones y representación del tiempo —o meramente de su medida, incluida la cuestión de los calendarios— distintas entre pueblos y épocas diversas, es decir, como un aspecto más de la historia cultural. De ahí que la atención se centre, en estos casos, en la percepción del tiempo y las formas culturales que

se derivan de ello en civilizaciones de distintas épocas y espacios. Ese objetivo tienen tratamientos como los de Withrow, Momigliano, Pomian, Toulmin, Goodfield, o Le Goff, por hablar sólo de algunos, que estudian el tiempo y su percepción humana como un tema histórico más, y no abordan problemas de fondo sobre la naturaleza del tiempo, ni se considera su significación crucial en la configuración de la propia historia[12]. Es decir, el centro de interés es la integración del tiempo y las formas de su medición en cada cultura, las concepciones de su transcurso lineal o circular, el uso de cómputos y calendarios y su conformación en las mitologías. En todo caso, se trata de la literatura más abundante sobre el tiempo en el campo historiográfico[13].

Mucho menos común es el tratamiento del tiempo desde el punto de vista de la segunda de esas orientaciones, la que incluye con todas sus consecuencias el problema del tiempo dentro de una teoría de lo histórico y de la práctica concreta de la investigación histórica —y no, desde luego, de la filosofía—, aunque se trate de un ejercicio relacionado y cercano tanto a algunos planteamientos filosóficos como a los de ciencias sociales del tipo de la antropología, la psicología o la sociología. Es más raro aún que los historiadores intenten analizar qué es lo que significa la percepción subjetiva de un tiempo específicamente histórico. Sin embargo, tal percepción subjetiva, que obliga a echar mano también de conceptos de ciencias vecinas, es de conocimiento inexcusable para adentrarse en cuestiones como la generación de la conciencia histórica, la *historicidad*, la construcción de identidades, la percepción del progreso y la función de la memoria histórica. Y es, en definitiva, en lo que aquí importa, inexcusable para pronunciarse sobre las peculiaridades de la historia del presente o de la *coetaneidad*, de su naturaleza y manifestaciones.

En este terreno, el estudio más citado, y que puede considerarse clásico, es el de Fernand Braudel publicado en 1958[14]. Junto a este y otros textos de Braudel pertinentes al caso, podrían citarse, producidos por historiadores, los no menos importantes y más recientes de S. Kracauer, Ch. G. Starr, R. Koselleck, algunos de P. Nora, y el clásico que dedicó G. Kubler al estudio del tiempo en relación con los estilos artísticos[15]. En más de un estudio también se ha abordado una especulación sobre la prolongación del tiempo cósmico en el tiempo histórico, un enfoque donde se entrelazan lo cosmogénico y lo antropológico, considerando un tiempo en tres niveles: cósmico, planetario o biológico y humano [16]. A todo lo cual podrían añadirse también los intentos de sistematizar periodizaciones históricas globalizadoras, de lo que serían buenos ejemplos los de Spengler o Toynbee, por hablar sólo de lo hecho en el siglo XX, hasta llegar a los estudios más recientes y puntuales sobre la relación del tiempo histórico y antropológico con el tiempo universal, la significación

del acontecimiento, etc., en trabajos que, a veces, no proceden del campo historiográfico mismo[17].

En suma, si nos hemos detenido en este exordio sobre la importancia de la realidad del tiempo en cualquier especulación sobre la naturaleza del mundo y la sociedad y hemos dedicado algunos párrafos a destacar los campos tan diversos en que la temporalidad resulta crucial, es para fijar con más énfasis un punto que nos parece central en toda especulación sobre el tiempo humano y el tiempo histórico, especialmente en el pensamiento actual. Y ese punto no es otro que el que alude a la necesidad de una visión integrada, en todos los niveles posibles de la exploración, de la realidad del tiempo para proyectarlo después sobre su significación humana. En palabras del sociólogo Norbert Elias,

> el problema del tiempo tiene características tales, que no es posible esperar resolverlo mientras se investigue el tiempo físico y el social como entidades independientes[18].

No es preciso insistir en la importancia y fecundidad de esta forma de ver el problema. Ésta es, en efecto, una cuestión que nos parece clave: cualquier enfoque del significado del tiempo, aunque parta de un interés científico concreto, que olvide que la temporalidad es una dimensión *única y global* —como lo es también el espacio— en la que están integrados lo cósmico, lo biológico y lo específicamente humano, estará condenado a una estéril unilateralidad. El problema del tiempo sólo puede ser abordado con garantías de productividad desde la colaboración de la filosofía y las ciencias natural y social —por no hablar de otras dimensiones, como la religiosa o la artística—, hasta llegar a la más compleja de todas las concreciones del tiempo, la del *tiempo histórico*.

Y es que el universo está sujeto a una dimensión temporal global, que ha sido comprendida en su más elevado grado de definición por la ciencia física moderna. Esta observación de la fundamental *universalidad* del tiempo no es ociosa en razón de la orientación tomada por algunas especulaciones sobre el *tiempo histórico*, contemporáneas de la aparición de la «ciencia de la historia», pero lo es aún menos frente a la creencia de ciertos científicos naturales de que el tiempo es únicamente una magnitud o variable cuantitativa y cuantificable más del mundo físico. Lo que importa sobremanera destacar, en todo caso, es que no pueden considerarse un tiempo natural y un tiempo humano como realidades separadas y mucho menos incomunicables.

El tiempo es, por tanto, una cualidad universal, aunque se presenta en las cosas y los fenómenos con apariencias diversas. De ahí que su imagen y su

apariencia hayan estado siempre envueltas en el mito y la metáfora, y formen parte de todas las cosmogonías religiosas. Existen, naturalmente, diversas apariencias o *manifestaciones* y, junto a ello, diversas *percepciones* del tiempo. Y, en lo que aquí nos incumbe, no sería inútil insistir en que el *tiempo histórico* es una de esas manifestaciones y apariencias del tiempo, pero no una dimensión *sui generis* de él. La historia tiene un tiempo propio pero que se inserta en el «tiempo universal», un asunto filosófico del que se ha ocupado Paul Ricoeur con cierta insistencia y acierto[19].

La dicotomía entre tiempo «físico» y tiempo «humano», entre el tiempo del cosmos y el de la psiquis, o entre el tiempo matemático y el social, en definitiva, entre un tiempo de la naturaleza y uno del hombre es, medida en términos de su utilidad para una concepción suficiente y global de lo histórico, irreal, errónea. Pero ello no implica que deba dudarse de que la «dimensión física» del tiempo, es decir, del tiempo-magnitud constitutivamente *reversible*, tenga manifestaciones distintas de las que puede aducirse desde la percepción humana esencialmente *irreversible*. Con lo dicho, pues, queremos alertar, en el curso de unas reflexiones que pretenden aportar luz sobre la naturaleza del *presente histórico*, acerca de la inconsistencia de la fragmentación arbitraria de la noción de tiempo justamente por las dificultades de su comprensión como condición universal.

De otra parte, desde comienzos del siglo XX y, sobre todo, desde que apareció la obra del físico E. Mach, se ha tendido a desechar la idea newtoniana de la existencia de un tiempo, y un espacio, *absolutos*. El tiempo y el espacio como dos dimensiones exteriores, dos *continentes*, donde se desarrollan los fenómenos, ha sido sustituida, especialmente desde que la relatividad dio sólidas bases para ello, por la de que en los fenómenos naturales el espacio-tiempo no funciona como continente frente a contenido; que son los fenómenos los que *crean* y explican el tiempo y el espacio, y que la realidad en la que encaja el mundo no es la de estas dos magnitudes absolutas separadamente, sino que responde a un complejo *espacio-tiempo* indisociable[20]. El tiempo es visto hoy por la ciencia como una *relación*. Después de las grandes aportaciones de la ciencia del siglo XX se ha impuesto definitivamente el criterio de que el tiempo no es un flujo universal independiente de las cosas, los fenómenos y el espacio, lo que era la clave de la teoría newtoniana, sino que se trata más bien de una dimensión *construida*, inserta en las cosas mismas, y que no es uniforme. La importancia de esa tesis para la concepción del universo no necesita ser destacada, pero su trascendencia es mayor aún, si cabe, para la concepción del mundo histórico[21].

Junto a esta idea de la temporalidad constitutiva de todo lo que existe, y de su naturaleza relacional, otra de las posiciones del pensamiento actual de

innegable trascendencia es la que insiste en la irreversibilidad del tiempo. Para el problema del tiempo humano e histórico, la noción de un tiempo irreversible, es decir, la identificación del flujo temporal con la llamada «flecha del tiempo»[22], tiene seguramente una importancia aún mayor que la universalidad. No entraremos aquí en los problemas científicos que plantea esa visión ligada al análisis de la entropía, opuesta a la del tiempo reversible como una dimensión mecánica, y nos limitaremos a señalar que el principal mantenedor en los últimos años de esta tesis, con amplias argumentaciones en la frontera entre lo científico, lo filosófico y lo antropológico, fue el profesor de química, premio Nobel, Ilya Prigogine, autor de una extensa y variada obra sobre el asunto, a quien volveremos a referirnos.

En efecto, una buena parte de las posiciones científicas de hoy tienden, justamente, a mostrar la relatividad del tiempo, su asociación indisoluble con el espacio y, en ciertos tipos de procesos fundamentales, su *irreversibilidad*, y esto es lo que fundamenta la idea de «flecha», es decir, su marcha en un solo sentido y su imposible vuelta atrás. Ha sido seguramente el citado Ilya Prigogine quien, partiendo del campo de la ciencia natural, ha señalado con más fuerza que en la física se ha llegado a una nueva concepción del tiempo, distinta de la de tiempo *reversible* de la mecánica y, apoyándose en la formulación del segundo principio de la termodinámica y el principio de entropía, ha señalado con énfasis que la característica común a todo tiempo es justamente la de su irreversibilidad. «Debemos comprender la idea de un tiempo productor, un tiempo irreversible que ha engendrado el universo en expansión que conocemos»[23]. Lejos, pues, de las posiciones de la mecánica clásica, que incluye también el tiempo de la relatividad y el de la mecánica cuántica, en las que aún prevalece la idea de reversibilidad (por cuanto las leyes deterministas pueden predecir lo mismo el futuro que el pasado —un eclipse, por ejemplo— y dado que «las trayectorias celestes no tienen historia»), el tiempo histórico-antropológico es el de la irreversibilidad, el de la flecha, donde todo *futuro* es una consecuencia del *pasado*, sin posible vuelta a su estado anterior.

No cabe duda de que, a partir de ello, la existencia del tiempo del hombre como un ámbito, derivación o, mismamente, dimensión particular de un tiempo universal, se percibe ahora con mucha más claridad. El tiempo físico, cósmico o universal *incluye* en sí, primero, al tiempo biológico en su conjunto y luego, dentro de éste, al tiempo humano o social. El tiempo social e histórico, y el tiempo psicológico también, no pueden ser entendidos fuera del tiempo de la naturaleza, sino en relación con él. En ese sentido, la conciencia histórica que el hombre elabora, o sea, la *historicidad*, tiene entre sus connotaciones la de asumir en sí el tiempo pasado y la de que todo futuro sea

una expectativa que no podemos calibrar sino desde el tiempo ya vivido[24]. La conciencia humana del tiempo se fundamenta tanto en la idea de la existencia de cambio como en la de su irreversibilidad y su asimetría[25], una concepción de suma importancia para la comprensión de carácter del tiempo histórico.

La especificidad del tiempo histórico

El tiempo histórico, o sociohistórico, condicionado por las concepciones antropológicas y sociológicas pero más rico que ellas, tendría como cualidad específica la de ser siempre *acumulativo*, *reflexivo* e *irreversible.* Y, en definitiva, lo que esta introducción que hacemos al problema del tiempo quiere mostrar es que el tiempo que podemos denominar *histórico* no es desligable del «tiempo universal», en expresión de Paul Ricoeur. Dicho esto, nuestro objetivo directo sería ya la cuestión de los *tiempos* o los *modos temporales*, la percepción humana del pasado y del futuro y, como condicionante de ambas, justamente, la del presente, la más difícil y determinante de las percepciones del tiempo.

Existe un «tiempo social» que se construye en las relaciones sociales mismas y que pasa a ser ingrediente constitutivo de éstas. El tiempo organiza el funcionamiento de las *rutinas* de la vida cotidiana, vertebra las actividades y las distribuye, como ocurre en la separación entre ocio y trabajo, por ejemplo. A su vez, el ritmo de las actividades crea las propias pautas de la medición del tiempo. Pero, también, entre las dimensiones que la percepción del tiempo por el hombre puede adquirir, existe una específica que es el *tiempo de la historia*, ligado, a su vez, a la praxis social, a la memoria y a la construcción del tiempo que es presente, posibilita y da sentido a la continuidad básica de las experiencias y sitúa al hombre en relación con la naturaleza y el entorno. El tiempo histórico es, posiblemente, la más sofisticada concreción de todo el tiempo del hombre porque en ella confluyen todos los demás. En la percepción del hombre de hoy, además, el tiempo como fundamento de la *historización* adquiere ese sentido histórico aplicado también al mundo físico. Puede sostenerse de esa forma que existe una historia del universo que se constituiría como el «régimen ecológico» en el que es posible la historia del hombre, que habría atravesado, a su vez, varios «regímenes ecológicos» desde que aparece en el planeta[26].

El tiempo histórico tiene, en consecuencia, un carácter específico, pero es erróneo hacer de él una categoría aislada de todas las demás realidades o percepciones temporales, empezando, justamente, por las cosmológicas según las posiciones aceptadas hoy por la ciencia natural. La especificación histó-

rica, por su parte, es acumulativa y, por tanto, irreversible. En ella, los tres «estadios» del tiempo tienen distinto valor. En ese sentido, nada hay, pues, que esté sujeto al tiempo histórico sino los seres que son capaces de adquirir conciencia de ello y conciencia de su fin, que son capaces de reflexionar sobre sí mismos. Es también esa condición de un tiempo que se alimenta a sí mismo la que fundamenta igualmente la idea de progreso. La propia *historización* del mundo físico, en la línea analizada por Prigogine, representa el abandono de la idea de los tiempos reversibles que tiene la física mecanicista para situarnos en el tiempo de la entropía y sus leyes de irreversibilidad, a través de la comprensión más detallada de los procesos naturales que se han alejado del equilibrio, pero que no están en el caos[27].

De lo expuesto, podrá deducirse fácilmente que la naturaleza del *tiempo histórico* no es precisamente el más sencillo de los problemas que se esconden en la percepción del tiempo del hombre. Las acciones humanas son *históricas*, en su fundamento más primario, por pertenecer necesariamente a un tiempo, a una serie temporal, por tejer o contener el tiempo y, lo que es más, por «configurarlo» ellas mismas. Por consiguiente, las acciones del hombre no son históricas, ni mucho menos, porque alcancen el honor de quedar registradas como un «pasado memorable». No se puede hacer ciencia alguna del pasado como tal, según señalara lúcidamente Marc Bloch, porque la presunción de que la condición común de un cierto tipo de hechos se basa en su pertenencia al pasado es absolutamente insuficiente para establecer entre ellos ninguna conexión lógica. La Historia, pues, no puede ser «la ciencia de los hechos del pasado». No existen hechos «constitutivamente» del pasado; ello sería incompatible con su realidad en la serie temporal.

Pero los actos humanos son históricos también, como diría, a su vez, Ortega y Gasset, porque poseen una determinación intrínseca que forma parte inseparable de su ontología: la de tener una *fecha*, o, lo que es lo mismo, la de estar insertos indefectiblemente en esa serie temporal, o la de configurarla ellos mismos. La íntima pertenencia de los actos humanos a las dos series del tiempo (según el lenguaje introducido por McTaggart, a las que nos referiremos después), a la fecha, hace que haya dimensiones del hombre como la experiencia, el recuerdo o el olvido, la reelaboración en la memoria, la expectativa, la intención o el deseo, que no se conciben sin su relación con el tiempo. Pero el tiempo es, igualmente, un orden y un flujo unidireccional, de forma que nadie podría «recordar» el futuro ni «prever» el pasado[28].

La constatación de que la especificidad de lo histórico no descansa en que la historia misma se constituya sobre un tipo especial de hechos —como lo son los biológicos, los psíquicos, los sociales o los geológicos—, sino en la cualidad de universal de poseer *fecha* ha tenido la doble consecuencia de

levantar muchas dudas sobre la posibilidad misma de una «ciencia» de la historia, y, en segundo lugar, de consagrar durante largo tiempo la falsa idea de que la *fecha histórica* sólo puede pertenecer al tiempo que percibimos y sentimos como *pasado*. Por tanto, se ha entendido que la historia sólo es explicable desde un *tiempo futuro* en relación con la fecha de los acaecimientos mismos. De tal forma, se ha hablado de la *retrodicción* como la esencia misma de la capacidad explicativa de la historia, o de la *perspectiva temporal* como la condición *sine qua non* de todo juicio sobre la historia, o bien se ha considerado al historiador como «profeta de lo pasado», precisamente por la suposición de que no hay otra historia explicable sino la que se escribe desde el futuro de ese pasado mismo.

Entre las producciones que mayor impacto y difusión tuvieron y que más nos interesan aquí, para el estudio más preciso, y más operativo, de la naturaleza del tiempo histórico desde la historiografía, destacan, como hemos señalado, las de F. Braudel con su diferenciación de tres tiempos históricos construidos sobre el devenir mismo: el largo, o *larga duración*, el corto y, entre ambos, el medio, que, por ampliamente conocidas, bastará aquí con su simple mención. La aportación de Braudel debía no poco a las concepciones de Henri Bergson sobre la *duración*, y de ella se derivaron otras elaboraciones de integrantes de la escuela de los *Annales* como la del género de historia «inmóvil» —de muy larga duración y estabilidad en sus procesos—, propuesta por Le Roy Ladurie, o la de las estructuras temporales que formarían un sistema, de F. Morazé, junto a la distinción en el análisis histórico, fuertemente asentada desde entonces en la historiografía, del desarrollo temporal diferenciado entre unos procesos sociales y otros.

Las ideas de Braudel prefiguraban algunas de las expuestas después por R. Koselleck, especialmente la de los «estratos» del tiempo histórico. Las observaciones de Reinhart Koselleck sobre la naturaleza del tiempo, si bien poco sistematizadas, tiene el interés nuevo de su insistencia en los cambios semánticos que denotan en el lenguaje la idea del tiempo. La historia del lenguaje mismo, la «historia de los conceptos» que el hombre acuña y su variante significación, son una denotación del tiempo histórico. Tiempo, tiempo histórico, tiempo presente, la experiencia y el concepto mismo de historia, son sometidos por Koselleck a ese tipo de análisis. Una idea central de su estudio es, asimismo, la de que al hablar de tiempo histórico no podemos referirnos sino a «tiempos múltiples»[29], de ahí su concepción también de un tiempo histórico en estratos: «los tiempos históricos constan de varios estratos que remiten unos a otros y sin que se puedan separar del conjunto»[30]. La diferencia entre pasado y futuro es la clave para la concepción del tiempo histórico, y la determinación que se opera en la idea de tiempo histórico en

los Tiempos Modernos estriba en que, contrariamente a lo impuesto por la escatología cristiana, eclesiástica, sobre un fin de la Historia, «el futuro no se situará al final de un tiempo concebido como lineal», sino que quedará siempre abierto[31].

En buena medida, esta concepción del tiempo histórico centrada en su carácter estratificado resulta más acabada que la de Braudel acerca de los tres tiempos que son captables siempre en toda estructura histórica. Para Koselleck, el primer dato de experiencia sobre el tiempo histórico es su unicidad, pero, añade, eso sólo es cierto en parte porque «la historia descansa al mismo tiempo sobre estructuras de repetición que no se agotan en la unicidad»[32]. Por tanto, el entendimiento del tiempo histórico como compuesto por *estratos* tiene la ventaja de «poder medir distintas velocidades, aceleraciones o demoras, y hacer así visibles distintos modos de cambio...»[33].

El tiempo histórico funciona, además, por la acumulación de la experiencia de individuos o de *generaciones*, cosa a la que nos referiremos más extensamente después. Hay, sin embargo, tipos de tiempos históricos que sobrepasan la experiencia personal de quienes viven coetáneamente, tiempos cuya cualidad seguirá persistiendo después de la vida de una generación, lo cual es, a nuestro modo de ver, una manera de aludir a la *duración*. Junto a esta persistencia de ciertas formas históricas que hablan de un tiempo largo, la historia no se entiende tampoco sin repeticiones y recursividades. El lenguaje cotidiano, según Koselleck, incluye definiciones del largo, medio o corto plazo, pero la idea de los «estratos del tiempo histórico» sólo puede entenderse, en definitiva, por su «trascendencia», su desborde, de las experiencias de las generaciones presentes, cosa que tiene también una determinación biológica.

La más conocida de las construcciones de Koselleck sobre el problema del tiempo es su propuesta de entendimiento del movimiento temporal de la historia a través del par de categorías entre las que se mueve toda la percepción del tiempo histórico: las de *campo de experiencia* y *horizonte de expectativas.* Toda categorización del tiempo histórico se basa en las historias posibles que se deducen de las categorías que aplicamos. Se trata de categorizaciones formales, del mismo nivel que las de espacio y tiempo en general, que tienen, por tanto, la función esencial de fijar las condiciones de las «historias posibles», que son «categorías de las condiciones de la posibilidad de historias».

Lo histórico se mueve así desde la experiencia efectiva de los sujetos hacia lo que se espera, lo que cabe esperar de esa experiencia misma. Desde lo que sabemos del pasado hasta lo que esperamos del futuro. Las resonancias fenomenológicas y heideggerianas de estas ideas parecen también claras. El pensamiento de Koselleck se manifiesta más sintéticamente en la proposición

de que «experiencia y expectativa son las dos categorías, que entrecruzando como lo hacen pasado y futuro, son perfectamente aptas para tematizar el tiempo histórico..., ellas guían las acciones concretas en la consumación del movimiento social o político»[34].

Se define así un tiempo histórico completamente antropologizado, ligado a la presencia consumada de la experiencia humana y al impulso a la acción histórica por lo que se espera del futuro. Se trata, pues, explícitamente, de premisas antropológicas que hacen posible el movimiento histórico. El *presente* se halla inserto sustancialmente en aquel «cumplimiento» preciso a cuyo través se hace posible la relación entre experiencia y expectativa: el movimiento del pasado al futuro. El paso del tiempo es explicable por el movimiento entre experiencia y expectativa, pero, sobre todo, porque tales categorías no son, en modo alguno, *simétricas*, no expresan conceptos antónimos y perfectamente contrapuestos. La presencia del pasado es bien distinta de la del futuro y el futuro no es jamás un contenido de experiencia.

«El curso único del tiempo se transforma en una dinámica de estratos múltiples vividos simultáneamente», afirma lúcidamente Koselleck[35]. La vivencia del tiempo se hace cada vez más compleja entre la experiencia de la aceleración y la no previsibilidad del futuro, entre el cambio de los ritmos del tiempo y su diferencia percibida con el tiempo natural. Todo el campo semántico de la experiencia y la expectativa está afectado de una permanente tensión. Cuanto menor es el campo de experiencia más crece la expectativa. La idea de progreso está asimismo contenida en esta disimetría y esto es producto de la propia interpretación que los tiempos modernos han dado de tal disimetría.

Como consecuencia de lo expuesto, podría decirse que la dificultad que los historiadores han tenido de forma permanente para entender que la historia no está ligada en exclusiva a un momento *pasado* del tiempo no ha derivado, por lo común, de consideraciones filosóficas, ni de ideologías sobre la historicidad, y ni siquiera, aunque esté más cerca de ello, de la errónea idea que la disciplina historiográfica naciente elaboró y difundió acerca de la naturaleza profunda de lo histórico. De hecho, la dificultad real tiene un origen más sencillo y epistemológicamente más humilde: se ha derivado, sobre todo, de la especial y persistente manera de concebir el trabajo del historiador ligado indisolublemente al *documento*, por cierto, a una concepción estérilmente estrecha de lo que es el documento mismo.

Naturalmente, un acaecimiento jamás puede tener como su tiempo propio el pasado, sino el *presente.* El *tiempo real* de la historia es el *presente* y la explicación *real* de la historia tiene, pues, que reconstruir el presente de unos actores históricos, aunque para quien lo reconstruye al estilo de historiografía

tradicional no será sino *su* pasado. Pero ello revela igualmente una de las más íntimas connotaciones, y de las contradicciones, que la existencia del tiempo impone a los fenómenos: éstos sólo son percibidos cuando se produce su *consumación*, es decir, en cuanto se presentan como suceso. Y ésa es también la aporía esencial inserta en la idea de presente como algo más que el *instante* en que el futuro se hace pasado. Pero sobre ello volveremos después.

Nunca una acción histórica podrá comprenderse si no se la tiene como una experiencia vivida por sus actores y no como algo que tiene que ser juzgado *retrodictivamente*, y en función de sus consecuencias, o sea, cuando ya se conoce su futuro. Y así se hace también más inteligible la afirmación de Ortega de que «si el porvenir no ofreciese un flanco a la profecía, no podría tampoco comprendérsele cuando luego se cumple y se hace pasado». Y añade: «ciertamente que sólo cabe anticipar la estructura general del futuro: pero eso mismo es lo único que en verdad comprendemos del pretérito o del presente».

El presente, construcción (socio)cultural

En el contexto de ese complejo múltiple de realidades objetivas y de percepciones subjetivas del tiempo, ¿qué es realmente el *presente* en cuanto un momento de la serie temporal y cómo es percibido por los sujetos? No es esta una pregunta de respuesta sencilla, como cabe suponer. A las dificultades ya señaladas en la concepción, o concepciones, del tiempo, se añaden ahora aquellas que se refieren específicamente a la noción de presente. En consecuencia, todas las argumentaciones que sean posibles, fundamentadas e ilustradas por juicios de variada procedencia, deberán tender a clarificar la naturaleza de un *tiempo presente*, sin cuya elucidación no es posible hablar de una historia del presente. La pauta más adecuada para ello, creemos, habría de ser la que empezase por un intento de mostrar cómo es analizado el presente, profundizar luego en el significado de la conciencia de «estar en él» y, por fin, discutir la posibilidad de su conversión práctica en un tiempo de la historia. Ulteriormente, será preciso discutir la posibilidad, conceptual y práctica, de construir un *discurso historiográfico del presente*. En ese orden procederemos justamente en los párrafos que siguen.

De hecho, las posiciones sobre el problema del presente son quizá las que más divergen entre los tratadistas del tiempo. Por ello, en el intento de delimitar de manera pragmática qué puede entenderse por *presente* desde un punto de vista histórico, son más útiles algunos tipos de aproximaciones que otros, aunque ninguno sea enteramente desaconsejable. La discusión podría comenzar

con el comentario de algunas de las más conocidas y utilizadas de las propuestas sobre la idea de presente elaboradas por los clásicos de la filosofía del tiempo. Podría recordarse, por ejemplo, cómo Aristóteles, relacionando el tiempo con el movimiento, desde el punto de vista de lo *anterior* y lo *posterior*, encontraba ya problemática justamente una noción nueva, la del *ahora*, es decir, el momento medular inserto en la noción de presente. En el capítulo 10 del Libro IV de su *Física*, decía Aristóteles que «el "ahora" no es una parte (del tiempo) ya que la parte mide el todo y es necesario que éste se componga de las partes. El tiempo, en cambio, no parece componerse de "ahoras"». Y, añadía después: «no es fácil saber si el "ahora", *que evidentemente establece el límite entre lo pasado y lo por venir*, permanece siempre uno y lo mismo o bien es siempre uno diferente»[36].

Tampoco vendría mal una referencia, aunque sea breve, a las posiciones tantas veces recordadas de la clásica obra de san Agustín, en la que al referirse al problema de la dificultad de expresar lo que es el tiempo, se detenía en la que particularmente presentaba la idea de presente: «en la eternidad nada cambia pues todo está presente». También afirmó ya el obispo de Hipona que «el presente del pasado es la memoria, el presente del futuro es la espera, el presente del presente es la intuición (o la atención)», de forma que hay un triple presente que es el principio organizador de la temporalidad»[37]. Añadía, sin embargo, que «el tiempo no puede existir todo él como presente»[38].

La tensión entre un presente concebido como instante o como un lapso con una específica duración, o bien, el problema de saber cómo se puede concebir y vivir el *ahora* o hasta dónde se prolonga un presente entendido como tal, ha dominado frecuentemente la especulación sobre este modo del tiempo y ha suscitado también pronunciamientos no filosóficos que han permitido hablar de una «inquietud del tiempo». Éste es el caso de la conversación mantenida con Einstein por el filósofo Rudolph Carnap, según la cual el físico habría confesado que: «el problema del Ahora le preocupaba intensamente... Explicó que la experiencia del Ahora significa algo especial para el hombre, algo esencialmente diferente del pasado y del futuro, pero que esta importante diferencia no tiene, ni puede tener, un sitio en física... existe algo esencial acerca del Ahora que escapa al dominio de la ciencia»[39]. Una confesión que justifica plenamente hablar de esa «inquietud» por el tiempo.

Otra manera de abordar el análisis de la difícil cuestión del «tiempo presente» podría partir de la distinción entre *dos series del tiempo* que fue introducida, dando lugar a una prolongada controversia, por el filósofo J. M. E. McTaggart al sostener en los años veinte del siglo pasado la imposibilidad filosófica de pensar la existencia del tiempo[40]. En esencia, y simplificando todo lo que es posible su formulación, la tesis de McTaggart sobre la inexistencia del tiempo arranca de la proposición de que conteniendo el tiempo la fundamental idea

de *cambio*, su realidad se dispondría en dos series distintas. La serie A lo identificaría con la existencia de los tres modos de su aparición: el *pasado*, *presente* y *futuro*; la serie B es la que lo capta bajo las especificaciones de lo *anterior* y lo *posterior* con referencia a un suceso. Esta distinción es, probablemente, lo más útil de toda su especulación.

La distinción en cuestión ha sido aceptada, de hecho, por todos los tratadistas posteriores. Así, mientras la serie A contiene realmente el cambio de las cosas, la B no da en realidad ninguna indicación sobre tal cambio. La primera es el tiempo *flujo*, la segunda es el tiempo *permanencia*. Para McTaggart, la serie A *comienza realmente en el futuro*: el primer estado real de todo lo existente ha sido el futuro, es decir, lo no existente aún. El momento de la existencia sería el *presente*, el del abandono de ella el *pasado*. Es como si el tiempo de todas las cosas pasase siempre por tres fases sucesivas: preexistencia, existencia en acto y desaparición. Al admitir dos formas del tiempo, o dos series en su denotación, se formula una teoría bidimensional que lo representa como flujo y como «tiempo de reloj». La A es el flujo constante; la B es estática y sólo adquiere realidad si se puede mostrar su nexo con la A.

Una cuestión más es, sin embargo, que McTaggart creía poder demostrar que sin la serie A el tiempo no puede existir porque la serie B realmente es incapaz de denotar cambio alguno. Y el problema es que el filósofo creyó poder demostrar también la inexistencia de la serie A en cuestión, la del futuro-presente-pasado. Afirmaba que «si algo puede ser llamado correctamente pasado, presente o futuro, tendrá que ser porque está en relación con otra cosa. Pero esa otra cosa debe ser algo fuera de la serie del tiempo»[41]. Remitir el tiempo a algo exterior a él sería absurdo. Sin embargo, este intrincado problema filosófico, del que podemos prescindir en adelante, no resta un ápice al interés de la proposición acerca del flujo del tiempo en sus modos en el sentido del futuro al pasado y, de paso, agudiza el problema de la exacta realidad del presente. Un fenómeno o realidad que aparece realmente lo hace como presente; antes sólo era un futuro. Llegará a ser pasado porque deje de existir o porque aparezcan otros presentes (un libro, por ejemplo aparece en un momento del tiempo y es presente; seguirá existiendo, pero pasará al pasado porque aparecen después otros libros, ejemplifica el propio autor).

De otra parte, destacan las percepciones de lo *anterior* y lo *posterior*, sobre las que giraba esencialmente la idea aristotélica del tiempo. E. Jaques, interpretando a McTaggart, señaló que el flujo que va del futuro al pasado es producto de una experiencia compleja que tiene como eje fundamental precisamente esa situación de percepción de lo temporal a la que llamamos *presente*, la experiencia inmediata del entorno. Una idea que no ha dejado de ser potenciada por todos los que han afirmado que la esencia del tiempo percibi-

do no es, y no puede ser, otra que la de presente. El presente, del que se ha dudado que pueda ser incluido en este caso como un modo del tiempo, es, sin embargo, desde este punto de vista, la clave de todo tiempo y de su comprensión. «El pasado es la experiencia del fluir de la memoria; el presente lo es de la percepción y el futuro de la expectativa y el deseo»[42]. La proposición de que existe esta doble serie del tiempo se basa, según Jaques, en la presencia de objetos discontinuos sobre un fondo de flujo. En definitiva, existiría un tiempo de los objetos diferenciados y otro del campo o flujo continuo. Sólo este último puede dar una verdadera idea del tiempo.

De esta forma, el presente nos aparece como uno de los tres modos del tiempo, con una contextura propia, pero es, sin duda, el más complejo de las tres porque es el modo del «tiempo en construcción». Como «instante» o como «ahora», el presente no puede ser entendido sino como *el acto que crea el pasado y el futuro* a la vez, y ahí reside la dificultad que su pensamiento crea y ha creado siempre al hombre, ahí está su *aporía* fundamental. Pero en el plano del hombre como ser cuyos actos crean *cultura*, al paso que se enriquecen continuamente sus percepciones y su conocimiento del mundo interior y exterior, el presente es un *lapso* del tiempo que es conscientemente diferenciado del pasado y del futuro y que se convierte, por tanto, en una «estructura temporal».

Ahora bien, según hemos apuntado antes, el presente es el tiempo más difícil de captar y de explicar; es el tiempo real de la experiencia *vivida* por el hombre, desde el cual imagina el futuro y se representa el pasado[43]. Hay, a nuestro juicio, dos razones fundamentales que justifican la calificación de *difícil* para la percepción del presente. Una de ellas, de índole conceptual, estriba en que, según vemos, es el modo de existencia del tiempo estrictamente ligado a la experiencia humana inmediata y el más alejado de la concepción puramente física. Existen varios presentes posibles, que se extienden entre el *ahora* o el instante y la *duración*, que ligan consigo a los demás modos temporales en formas que se diversifican desde la de presente-pasado hasta la de presente-futuro, admitiendo otra amplia serie de percepciones complejas sobre el flujo temporal, hasta llegar a la percepción más extensa que es el «presente continuo».

La segunda dificultad se halla ligada a la cualidad *histórica* del presente. Con la expresión «histórico» queremos significar exactamente que ningún tiempo del hombre —y según admite la ciencia actual tampoco el de la naturaleza— es desligable de los demás. Para el hombre, lo posterior recoge lo anterior. El presente está afectado y dirigido por el pasado. Es decir, el tiempo es acumulativo e irreversible. No hay paso de un tiempo a otro que no sea, a la vez, ruptura y continuidad. El problema, además, para quienes piensan que es posible definir y delimitar un «presente de la historia» y no sólo un pasado, es a qué puede llamarse en sentido estricto *presente histórico*.

Un presente histórico será siempre algo necesariamente construido por el hombre, como una cuña en el tiempo total o como una convergencia de los tiempos, donde se instala y se desenvuelve toda la experiencia. El presente es una *construcción social*, que se desenvuelve como un elemento de la cultura, justamente el que más se aleja del sentido «natural» del tiempo. Por ello existen diversos presentes que denotan percepciones distintas del momento que se vive. El presente no es, pues, un lapso temporal delimitable por la mente humana con la precisión que puede serlo el pasado —ya transcurrido— o el futuro —lo no venido, pero que es expectativa cierta—. Ninguno de los tiempos es perfecta y nítidamente delimitable, pero es el presente el que muestra mayor dificultad. El presente es, si se quiere, el modo del tiempo más «intemporal», pues sólo desde él mismo, y desde la abstracción de un momento temporal que es el *ahora* como eje y como centro, se produce en el hombre la percepción de lo temporal. Los demás tiempos, el pasado y el futuro, se vierten en él y adquieren su existencia con referencia a él.

Sólo desde él puede pensarse en los límites temporales de lo pasado o lo futuro. Por esa ausencia real de *fronteras* entre pasado y presente y dado que el futuro se hace presente en cada instante, el presente mismo puede entenderse en sentido amplio o restricto, puede hacer referencia a alguna acción o proceso que lo delimita y que tiene un cierto espesor temporal o puede ser simplemente el *instante*. De ello se obtiene la impresión de que más aún que en el problema general del tiempo, de su vacío, la verdadera *jaula de hierro* de la historiografía, como la llamó A. Heller[44], es ese tiempo misterioso y decisivo que es el presente. La naturaleza del modo presente es, en todo caso, la que mejor manifiesta la *construcción* personal que el hombre hace de la experiencia del tiempo. Esa experiencia empieza justamente con la propensión a buscar un desarrollo y unos límites al propio presente. Y ello constituye otra de las bases posibles para la fundamentación de un presente-historia. El ansia de su permanencia, por la propia visión que el hombre hace del transcurso de su vida como un «todo», es lo que fundamenta, seguramente, que pueda ser sentido como *historia*.

Pero, ¿dónde empieza y acaba, pues, la *historia del presente* y qué relación tiene ello con la fecha o la cronología, o con la noción aún más convencional de *periodo?* Y, en el caso de que lo que llamamos presente se admitiese como momento también de la historia, ¿qué es posible y correcto ubicar históricamente como presente? El contenido cultural de la noción de presente, su realidad como construcción simbólica y social, es el extremo que importa aquí sobre cualquier otro y por ello la historia y, en especial, la historia del presente, ha de basarse para su definición en criterios que son sustancialmente socioculturales. Sobre todo esto, de lo que hasta ahora no hemos hecho

sino una enunciación introductoria, habremos de ocuparnos a continuación con algo más de detención.

En el plano de la consideración filosófica y ensayística sobre la captación del presente histórico, resultan muy sugerentes, y lo son más aún por el tiempo en que fueron escritas, las reflexiones que el problema suscitó en Miguel de Unamuno. Se trata de sus apreciaciones sobre la percepción del presente como historia en un pasaje de su obra dedicado a la entidad del *tiempo vivido* y a la experiencia presente convertida en historia, en las que merece la pena detenerse aunque sea con brevedad[45]. Unamuno hablaba, por una parte, de la *tradición*: aquello que pasa de uno a otro; «pero lo que pasa queda, porque hay algo que sirve de sustento al perpetuo flujo de las cosas». Hay una tradición *eterna*, legado de los siglos... como hay una tradición del pasado y una tradición del presente». La tradición es la sustancia de la historia, dice, su sedimento, y más: «la revelación de lo intrahistórico, de lo inconsciente en la historia», el discurrir acumulativo del tiempo del hombre. El presente, pues, es susceptible por sí de dar lugar a una tradición, significa ya una fluencia o, como diría años más tarde Bergson, una cierta *duración*.

Otra de sus precisiones se refería a la expresión «el presente momento histórico», de frecuente uso para denominar justamente las situaciones históricas que aparecen en el presente cotidiano y estricto. Cualquier momento histórico, entendía Unamuno, no puede ser desligado de la *tradición*, es decir, del paso acumulativo del tiempo histórico en su totalidad. De ahí su radical pronunciamiento por la *historicidad* de cualquier presente. La idea de presente histórico que Unamuno elaborara se basaba, por tanto, en que el presente es también sustancialmente historia. La expresión fundamental de esa idea es la que se muestra en una cita de su texto, larga pero insoslayable, y que hemos transcrito en parte como frontispicio de este capítulo:

> Al comprender el presente como un momento de la serie toda del pasado, se empieza a comprender lo vivo de lo eterno, de que brota la serie toda, aun cuando queda otro paso más en esta comprensión (que) es buscar la razón de ser del «presente momento histórico», no en el pasado, sino en el presente total intra-histórico; ver en las causas de los hechos históricos vivos revelaciones de la sustancia de ellos, que es su causa eterna.

El presente, pues, no sería sino «un momento» de la serie toda del pasado. Pero algo seguramente más profundo aún representa mantener que tal «presente momento histórico» tiene su razón no en un pasado concreto, sino en lo que él llama un «presente total» que constituye esa historia profunda, *intrahistórica*. Y esa proposición de que existe algo como un «presente total»

que puede ser percibido por el hombre resulta clave para definir lo que nosotros llamamos *historización de la experiencia,* cuestión a la que nos referiremos en extenso más adelante.

La consideración de la tradición como el proceso acumulativo de la historia que condiciona siempre todo presente y la concepción de éste como «un momento» absolutamente inseparable de la serie toda de lo histórico son, a nuestro juicio, ideas particularmente penetrantes que, por lo demás, permanecen hoy vigentes en su plenitud. Si el presente se entiende como *un momento en la serie toda (total) del pasado*, es decir, del tiempo realmente vivido, que excluye el futuro, no sólo no existe una separación radical entre presente y pasado, porque ambos *modos* del tiempo no son sino momentos de una serie completa, sino que la serie completa se identifica, a su vez, con la tradición eterna, es decir, con una historia que no admite fragmentaciones. Así, de lo que Unamuno entendía con sutil penetración habría de deducirse que este presente histórico es la expresión del *ahora extendido.*

En definitiva, una cuestión profundamente ligada con el problema de la naturaleza y percepción del presente es, justamente, el de la *duración* de ese presente mismo. ¿Es el presente el mero *instante* o tiene un determinado grosor o *duración*?, ¿qué es lo que delimita como entidad temporal diferenciada al presente?, ¿cuándo empieza y acaba un presente dado?, ¿es el presente mismo algo más que la revelación de lo dificultoso de nuestra confrontación cognoscitiva con la intuición común del tiempo? Un filósofo y epistemólogo conocido, Gastón Bachelard, partía de su convencimiento de que «el tiempo es lo más difícil de pensar en forma discontinua»[46]. Y, sin embargo, los modos del tiempo, el presente, pasado y futuro, son el reflejo de la discontinuidad en una realidad que parece o se intuye continua. El presente es la discontinuidad más aguda del tiempo, a la vez que, paradójicamente, el modo temporal de más imprecisos límites. Bachelard pensaba, por otra parte, que el tiempo sólo tiene una realidad, la del *instante*[47]. El acto-instante comienza y acaba, pero no todos los instantes son iguales, pueden prolongarse. El flujo histórico lo entendemos *por el transcurso de una serie de actos:* «la vida es lo discontinuo de los actos»[48].

Pero el instante, deberíamos añadir, es, sin embargo, sólo una de las formas posibles del tiempo presente. El presente es connatural con la *presencia.* Presencia como acto de estar presente implica, en alguna manera, la aparición de algo pero puede representar también su *permanencia.* Pasado implica *paso* e indica, por el contrario, una no-presencia, el fin de toda permanencia. Estas matizaciones complican la relación recíproca entre percepciones como la de instante, la de presente y la de duración. Todo lo que ya es pasado es algo no dado de inmediato, deja alguna huella y es, por tanto, algo que tenemos que

inferir. Tal es la eterna debilidad de lo histórico: su base en inferencias. Existe, no obstante, una referencia, la de la permanencia del presente, que permite hablar de la polaridad contraria: la de que cada presente contiene en sí igualmente el pasado. Ello muestra que el mundo del hombre va en realidad, como va el tiempo mismo, de la *presencia* al *pasado*, lo que parece dar la razón a la visión del flujo temporal de la serie A del tiempo en la que reparó McTaggart. Tal flujo tiene, no obstante, una vertiente limitativa que lo hace mucho menos lineal: el mundo como tiempo fluye pero también permanece.

Podría concluirse, y esto es lo importante, que la percepción del tiempo no tiene otro punto de partida ni otro orden que el que le da su *anclaje en el presente*. Desde el presente, y sólo así, se opera cualquiera de las construcciones temporales que el hombre incorpora a su conocimiento del mundo. Y la divisibilidad del tiempo en *instantes* añadiría, en realidad, unas adicionales dificultades a la delimitación del presente. Es cuestión importante, por tanto, no sólo cualificar el presente como la fundamental referencia temporal, sino considerar que en su delimitación se incluye también el problema de establecer cuándo algo presente deviene ya pasado, cuándo algo pertenecerá ya sólo a la memoria porque no tiene vigencia. El presente, identificado en sentido estricto con el «ahora», es, pues, la más huidiza de las especificaciones temporales. El presente y el pasado ofrecen siempre dificultades para su delimitación, siendo, en cambio, el futuro el tiempo que acusa menos esa problemática.

Existen entre las argumentaciones actuales procedentes del campo filosófico, pero no lejanas de las preocupaciones estrictas de la ciencia social, algunas que han tenido influencia y que es preciso considerar aquí. Tal es el caso de la extensa y conocida obra de Agnes Heller, discípula del filósofo G. Lukacs, en la que se encuentran disquisiciones sobre el problema del presente que pueden considerarse especialmente útiles desde el punto de vista histórico e historiográfico. Al enfocar el modo temporal presente, Heller parte de la afirmación de la existencia de un *presente histórico* como realidad autónoma y diferenciada. Existen tres presentes distintos, señala, que se expresan según la percepción del «ahora», del «ahora mismo» y del «mientras tanto»[49]. De ellos, el «ahora mismo» es, según Heller, el presente «ontogénicamente principal», el que incluye un más amplio espectro de acciones que como presentes podrían considerarse pertenecientes a él. El ahora sería el presente-instante, mientras que también es siempre nuestro «mientras tanto», nuestra percepción de la simultaneidad. «Nuestro pasado es el futuro de otros (pasados) y nuestro presente es el pasado de otros (presentes). Somos los otros y la historicidad es la historia»[50]. La relatividad del presente y su situación de frontera entre pasado y futuro, la *historicidad* misma de ese presente, como momento

de un flujo o curso, son, según parece, señalados acertadamente en este texto. Futuro, presente y pasado sólo pueden entenderse desde una referencia central que les da sentido.

Heller afirma con rotundidad que «el presente histórico *no* es un presente absoluto sino una *estructura*: más exactamente, se trata de una *estructura cultural*»[51]. Esta idea es tanto más aceptable por cuanto podemos encontrar en ella el más sólido fundamento para poder hablar de *historización del presente.* Podríamos afirmar entonces que la existencia de una real *construcción del presente*, de forma que éste viene a ser como una estructura que se genera y se modifica en el espacio cultural, simbólico, normativo y socializado que da cohesión al grupo humano, es uno de los fundamentos más explícitos sobre los que puede basarse la delimitación de una específica historia del presente. El presente es siempre una construcción, sujeta a las referencias y limitaciones que caracterizan las condiciones generales de la percepción de lo temporal. El porte y las fronteras de esa construcción los establecemos de hecho nosotros mismos. El presente es el tiempo más *subjetivo* de todos. «Que algo "pertenezca" o no a nuestro presente, no es más que una cuestión de puntos de vista, de experiencia, que depende de nuestra percepción del flujo temporal en el que estamos inmersos. Por el contrario, la permanencia misma del presente es en sí dudosa: cada día desaparecen realidades e instituciones y surgen otras nuevas. Todo acontecimiento supone un cambio verdadero: no hay sino cambio»[52].

Quizá podría aún profundizarse en la idea de una *pertenencia* de experiencias al presente, haciéndola depender no ya de un mero punto de vista, sino de las formas que adquieren en la memoria las configuraciones de la experiencia personal o la colectiva, de la persistencia y la transmisión de tales experiencias. En algún sentido, el presente puede entenderse también como producto de una *decisión* y siempre, en todo caso, como configuración y ordenación propia de la memoria, lo que pertenece a la conformación más profunda de la personalidad. No hay estructura cultural sin conciencia de sí misma, añade Heller, y habiendo conciencia del presente éste no puede dejar de ser captado como historia. «Si no hay presente histórico, no hay tampoco pasado histórico ni futuro, sólo el vacío del "tiempo". Es este vacío —el tiempo— lo que ha sido, es y será la jaula de hierro de la historicidad», concluye Heller.

Se ha dicho que cada presente, es decir, la «construcción» de cada presente, comienza relegando realidades al pasado en el momento en que determinadas cosas ocurridas o procesos que han venido desarrollándose dejan ya de tener actualidad, o bien, «cuyas consecuencias no representan una alternativa». Pero también se ha afirmado, añadamos por nuestra parte, que «el presente...

no disuelve la historia: su condición de momento temporal de la misma asegura su propia libertad y trascendencia frente a toda positividad establecida»[53]. El pasado es, pues, una especificación que no se limita ni se confunde con su contenido cronológico. Así existiría un momento presente-pasado que asumiría el pasado histórico que es aún comprendido en el presente, aquellas cosas sucedidas que son aún *significativas* para nosotros.

El tiempo presente constituye también un referente medular de la vida cotidiana. Heller señala que el tiempo cotidiano percibido tiene carácter antropocéntrico, como el espacio. Mientras que la referencia inmediata del espacio cotidiano es el *aquí*, la del tiempo lo es el *ahora*. De esta forma, «el sistema de referencia del tiempo cotidiano es el *presente*»[54]. El presente es, pues, el tiempo de referencia y en ese sentido es el que «separa» el pasado del futuro, volviendo a una idea que ya hemos visto expresada por otros autores. En nuestra opinión, la vida cotidiana introduce también en el tiempo, no obstante, una percepción distinta del ahora y que es prácticamente su contraria: la de *duración*, como una categoría de la experiencia temporal interior. La duración equivale en la percepción cotidiana del sujeto a un presente continuo, a un «estoy viviendo» como percepción fundamental de la historia-presente.

«El mundo de la vida cotidiana —dirán otros autores— se estructura tanto en el espacio como en el tiempo»[55]. El tiempo de la vida cotidiana se fija intersubjetivamente y en ella la estructura temporal se articula en diversos niveles que siempre están correlacionados empíricamente y allí se encuentran el tiempo cósmico y «las secuencias temporales de la naturaleza» con el tiempo interior «y su calendario establecido socialmente»[56]. El pasado resulta siempre *incluido* en un presente que lo asume como tal pasado pero lo liga a él en la forma de un presente-pasado. Sin embargo, pensar que el pasado no pueda ser algo más que una representación mental incluida en el presente no da cuenta de su verdadera dimensión histórica, como determinante, además, en alguna medida, del presente mismo. De ahí que siempre haya que diferenciar entre las apreciaciones psicosociológicas del tiempo y aquellas que atienden en lo esencial a su dimensión histórica, a través de la cual las cosas portan en sí mismas el tiempo.

Otro tratamiento señalable es el llevado a cabo por Paul Ricoeur, un pensador de incuestionable riqueza de matices y con un conocimiento encomiable de la tarea de las ciencias sociales y de la historiografía en particular. Trabajando a partir de muy diversas influencias, entre la fenomenología y la hermenéutica— , Husserl, Heidegger y Gadamer, además del sociólogo Schütz—, Ricoeur aporta visiones del tiempo histórico indudablemente sugerentes, con independencia de que su tesis central que supone la *re-figuración* del tiempo en la *narración* resulte más discutible. Su tesis de que el

tiempo histórico representa el enlace entre el *tiempo vivido* y el *tiempo universal* es probablemente lo que más interesa aquí del largo tratamiento que el autor hace del tema, que no pierde de vista esa realidad del *continuum* formado por el tiempo del universo y el tiempo humanò. El tiempo histórico, o el tiempo crónico, como le llama también Ricoeur, es, precisamente, el que hace de mediador.

Existe una noción fenomenológica de presente basada en la percepción de él como distinto del instante cualquiera, pero que deriva, a su vez, del carácter segmentable a voluntad del continuo temporal uniforme, infinito y lineal. «Si no tuviéramos la noción fenomenológica del presente, como el hoy en función del cual hay un mañana y un ayer, no podríamos dar ningún sentido a la idea de un acontecimiento nuevo que rompe con la era anterior y que inaugura un curso diferente de todo lo que ha precedido»[57]. «No hay presente —añade—, por tanto, tampoco pasado ni futuro, en el tiempo físico, hasta que un instante no sea determinado como "ahora", como hoy, o sea, como presente»[58]. Una idea, como vemos, sobre la que hemos reflexionado ya aquí, compartida por quienes han enfocado el mismo problema, que insiste en hacer del presente el punto de referencia ineludible en la percepción del tiempo, pero que convierte en más problemático aún ese *ahora* objeto de las dudas de Aristóteles o de Einstein.

No es menos significativa la suposición de la existencia de un «cuasi-presente», expresada en la de que «todo instante rememorado puede ser calificado como presente»[59]. El hecho de que el contenido de la experiencia pueda ser rememorado como un presente, de que sea un cuasi-presente, tiene también fundamental importancia para el proceso de la percepción del presente históricamente. La memoria permite que el hombre individual pueda re-vivir su trayectoria entera como un presente. Ricoeur hace uso de las enseñanzas del lingüista Benveniste al señalar la importancia del «momento axial» fundador de cada presente histórico. El presente es, igualmente, un acto de enunciación, una decisión del lenguaje: «el presente es entonces señalado como la coincidencia entre un acontecimiento y el discurso que lo enuncia»[60]. En ese sentido, el presente es autorreferente.

En coincidencia con lo que Unamuno había puesto de manifiesto casi un siglo antes, Ricoeur señala que «hasta la idea de tradición —que incluye ya una auténtica tensión entre perspectiva sobre el pasado y perspectiva del presente— no se deja pensar como sola ni como primera, pese a su innegable capacidad mediadora, sino gracias a la perspectiva de la historia por hacer a la que remite»[61]. Estamos así ante una manera más de llamar la atención sobre la ligazón entre los tiempos, el papel central del *presente* y el enlace que la tradición hace entre ellos. Luego echa mano también de las categorías de

campo de experiencia y *horizonte de expectativas*, propuestas por Koselleck, ya comentadas, para dilucidar los problemas que se encierran de forma específica entre la percepción del pasado y la espera del futuro.

Relacionado más precisamente con el *presente histórico*, el autor escribe que «es en el presente donde este espacio (de experiencia) se reúne y donde puede ensancharse o restringirse»[62]. La naturaleza del presente histórico se fundamenta en la *iniciativa*. Así, según él, se sustrae el presente «al prestigio de la *presencia*»[63] y se le acerca al concepto heideggeriano de «hacer-presente». El presente es un comenzar. Comenzar, no obstante, para continuar. Esto apoya algunas afirmaciones nuestras anteriores en el sentido de que el presente sería así una cuestión de decisión, la decisión de *hacer*, de construir, siendo el acontecimiento el que construye. La idea de presente incluye también, a través del acontecimiento, la de ruptura o *intervención* —término tomado de Von Wright— en un sistema, con lo que el presente se liga así estrechamente al acontecimiento («axial») que interrumpe el estado precedente de un sistema.

En un segundo círculo, dirá Ricoeur, la percepción del presente se encuadra como «ser-afectado-por el-pasado», lo que lleva esta disquisición al terreno propio del presente cualificado de *histórico*, al problema de la continuidad histórica. La fenomenología habría abierto un abismo entre «el instante sin espesor, reducido al simple corte entre dos extensiones temporales y un *presente*, cargado de la inmanencia de un futuro próximo y la proximidad de un pasado apenas transcurrido»[64]. Ricoeur concluirá afirmando, siguiendo a Nietzsche, que «cierta actitud iconoclasta respecto de la historia, *en cuanto encerramiento en el pasado*, constituye así una condición necesaria para refigurar el tiempo»[65]. Y esta sería la ocasión para añadir por nuestra parte que esa misma actitud es la condición también para refigurar el presente histórico, es decir, para fundamentar un presente-historia.

Las ciencias sociales, en general, han aceptado la necesidad de destacar en el análisis del tiempo su carácter de un «doble flujo» según las perspectivas ya vistas de la serie A y la serie B. Se piensa que la perspectiva de un campo fluyente con objetos difuminados es la que proporciona al hombre los elementos para marcar los límites del comienzo y terminación de cualquier episodio[66]; da lugar a la interpretación del fluir en la historia, como ha mostrado el psicoanálisis. Discierne discrecionalidad, intención y predicción. Es seguramente esta concepción del tiempo la que es esencial para construir un presente y para la percepción de la experiencia como *historia*.

La doble percepción del tiempo en la experiencia como un cambio que pertenece a dos órdenes de hechos fue también analizada por Edmund Leach desde la antropología. En la primera de esas direcciones, percibimos la con-

tinuidad y, en concreto, la repetición: el tictac de un reloj o la cadencia de las estaciones; sabemos que las cosas cambian pero parecen tener siempre un enlace con las que le han precedido. Por la segunda se adquiere por el contrario la experiencia de la no-repetición, de la ruptura, la de actos que han alterado nuestra vida de manera irreversible, la de que todos los seres vivos nacen, envejecen y mueren. Así, mientras ciertos fenómenos de la naturaleza se repiten, el cambio de la vida es irreversible. En consecuencia «esta irreversibilidad del tiempo es psicológicamente muy penosa»[67]. El tiempo histórico participa plenamente de esa doble percepción, a la que aún se sumaría una tercera: la del ritmo con el que transcurre. El tiempo biológico es irregular. La noción de regularidad del tiempo no es parte intrínseca de la naturaleza, sino una noción ideada por el hombre[68].

Desde la teoría social es particularmente interesante la perspectiva abierta por Niklas Luhmann que comienza unas interesantes precisiones sobre el problema del tiempo presente con una rotunda afirmación: «hacer abstracción del tiempo es desde luego totalmente legítimo como procedimiento científico, pero en tal caso deberíamos abstenernos de usar nociones temporales al presentar los resultados»[69]. Provisto de este inapelable presupuesto se adentra en el análisis concreto de la cuestión del presente planteando «si es adecuado tratar al presente como uno de los modos del tiempo», lo que, según él, puede tenerse por el «problema principal» en el tratamiento sociológico de lo temporal[70]. Se trata de la misma duda que había asaltado ya a Aristóteles, según hemos visto. «¿En qué sentido puede el tiempo ser presente? Una posible interpretación podría ser que la frase "tiempo presente", al añadir énfasis a la noción del presente, compensa una pérdida de significado y duración en el mismo presente».

La idea expuesta por Luhmann de que la «instanteidad» del presente provoca una cierta desazón es, a nuestro juicio, de suma importancia. El anhelo de una «duración» del presente, lo mismo que esa desazón por su inminente desaparición, tienen seguramente su más inmediato fundamento en la realidad observada por el mismo Luhmann, según la cual «disponemos de un pasado histórico casi infinito, estructurado y limitado tan sólo por nuestros intereses actuales y, si disponemos de un futuro abierto, el *presente* se convierte en *el punto crítico que cambia el proceso del tiempo del pasado al futuro*»[71].

La construcción del presente tiene, por lo demás, expresiones y creaciones características en cada momento histórico. «La transformación de las perspectivas temporales empezó con la reconceptualización del presente», insiste Luhmann, y aunque ése es un fenómeno propiamente «moderno», de la modernidad europea, es también la contemporaneidad tardía, la nuestra, añadamos, la que vuelve a remodelarlo. Si es el desarrollo de la sociedad burguesa

moderna el que ha transformado el propio concepto de tiempo, «esperemos que tal cambio tenga su impacto sobre cualquier estructura social y cualquier concepto. Nada retendrá su antiguo significado».

El presente «se ha acabado por especializar en la función de integración temporal; pero carece del tiempo necesario para realizar tal tarea», como muestra justamente el desarrollo histórico de los últimos doscientos años[72]. La comunicación social define el presente para los actores porque los compromete a la premisa de la simultaneidad, una razón más, creemos, para ratificar el aserto de la construcción social del presente. Y, además, proporciona «*la oportunidad para una extensión no temporal del tiempo*»[73]. La idea, por tanto, de que el presente significa una *convergencia de temporalidades* es la que seguramente debe ser destacada como la consecuencia más clara de las lúcidas observaciones de Luhmann. Aun así, el futuro es para él algo con su propia entidad, que no puede entenderse como prolongación temporal del presente, sino como algo distinto.

Tanto este texto como otros que podrían aducirse de G. H. Mead o de A. Schütz (quien cree, además, que el problema subjetivo del significado y otros factores de la relación social están siempre ligados a la «vivencia del tiempo o sentido interno del tiempo»)[74], destacan siempre la relación entre las estructuras sociales y la percepción o la construcción de estructuras temporales. Indudablemente, la construcción del tiempo, su conversión en tiempo histórico, es una función realizada socialmente. George H. Mead al referirse al concepto de pasado señalaría que existe un «transcurrir del presente», justamente por la fluidez de éste, en el que pueden encajar hechos que serían cronológicamente un pasado o, incluso, previsiones del futuro. A la realidad creada por ese fenómeno le llamaría un presente prolongado o «presente especioso»[75].

El presente encajaría, pues, dentro de las percepciones que pueden llamarse del tiempo «subjetivo» como tiempo construido en la conciencia y en el que interviene también la memoria. Esto es lo que se expresa adecuadamente al señalar que «todos mis recuerdos acontecen *ahora*, no en el momento en que ocurrieron los sucesos recordados»[76]. Los contenidos presentes de mi mente, que, mediante la expectación, pueden ser extendidos al futuro, podrían recibir el nombre de «tiempo subjetivo». Este contenido de memoria que informa el tiempo presente hace difícil la relación del tal contenido con el tiempo objetivo, el tiempo cósmico. Correlativamente, lo que entendemos del pasado en el sentido histórico lo hacemos «en virtud de la experiencia de la sucesión dentro de nuestro presente especioso». La relación entre presente y pasado se muestra así con la entera dificultad de su separación, de su frontera.

La enseñanza que puede derivarse de la concepción del presente como «convergencia de temporalidades» es la más provechosa para fundamentar una idea de presente histórico. Pero la dificultad estriba en la advertencia también insistente de una *ruptura* entre presente y futuro, precisamente porque el paso del presente al futuro no es en sí mismo algo que pueda registrarse en la experiencia. El paso del presente al futuro es prácticamente indistinguible de aquel otro del presente al pasado; pero este último queda recogido como un contenido de conciencia.

El acontecimiento y la duración, conformadores del presente

El presente, como tiempo social construido por el hombre, contiene en sí la noción del instante, del *ahora*, de la ruptura; pero, aunque parezca paradójico a primera vista, comporta igualmente la connotación de la duración, del *siempre* y de la permanencia. ¿Cómo es posible esto? En principio, porque la idea de presente es necesariamente relativa y porque se funda en buena parte en la conjunción de percepciones del cambio junto con las de simultaneidad, recursividad y acumulación. Y así, la vida entera de una persona puede representarse en la memoria bajo la forma de presente, del ahora, si esa vida es rememorada en una secuencia comparativa con las vidas de los otros y si se entiende como el despliegue de una historia que siempre tiene un fondo de permanencia en la identidad. Por ello, es rechazable la asimilación del presente al *acontecimiento*, y la historia del presente a la «historia de acontecimientos». No pertenece necesariamente al tiempo corto, ni excluye la permanencia, el tiempo largo y el presente extensivo. En el presente se enlazan, en una dialéctica intrincada pero discernible, el *instante* y la *duración*, dos realidades temporales que, por lo demás, han estado íntimamente relacionadas desde los orígenes de la construcción de una ciencia de la historia con todo intento de perfilar la entidad de un supuesto «hecho histórico».

Instante y duración son dos percepciones que van más allá de lo físico, en relación con las cuales el *ahora*, como ya hemos comentado, se presenta siempre problemático. Por una parte, el presente histórico se encuentra ligado a lo que antropológicamente es, quizá, la transcripción más inmediata de ese ahora siempre volátil, el *acontecimiento*. Y, de otra, el presente como lapso temporal socialmente construido y delimitado o como elaboración cultural tiene también su propia dimensión de duración y, en consecuencia, de *estructura*. Esta dialéctica entre acontecimiento y duración, que equivaldría en alguna manera a la establecida entre acción y estructura[77], añade algunas dificultades

más de comprensión a la idea de presente, pero ayuda a delimitar el carácter *relativo* que ésta tiene siempre.

Sin duda, ambas concepciones, las de instante y duración, cuyo análisis ha sido abordado desde una numerosa variedad de enfoques, en un espectro interpretativo que va de lo metafísico a lo psicológico, tienen una importancia indudable para la concepción de *presente* como un modo peculiar del tiempo. Ninguna de esas dos relativizaciones del tiempo con las que el hombre opera (instante y duración) puede ser excluida de cualquier tratamiento del tiempo histórico y menos aún del tiempo presente. Para la fundamentación de la idea del presente como historia, este par de realidades ligadas dialécticamente resultan imprescindibles. Y aún lo son más cuando en nuestro mundo actual, con la profunda transformación de muchos de las formas sociales propias de la contemporaneidad, parece extenderse una sensación, y hasta una cultura, de lo *efímero*, como consecuencia de la presencia *permanente* del cambio cada vez más acelerado. Es esa una realidad que engendra, en aparente —pero sólo aparente— contradicción, otra cultura que anhela lo *perdurable.* Hacer perdurable el tiempo efímero que se vive constituye justamente algo medular de su *historización*, el intento de hacer permanecer como presente, de reinventar continuamente, la experiencia acumulada en la memoria. En definitiva: el tiempo histórico presente integra en sí el *acontecimiento y la duración.* O dicho de otra forma: el presente histórico no puede ser asimilado al instante o al ahora, sino que tiene su propia duración.

Un autor al que ya hemos recurrido, G. Bachelard, intentaba argumentar que la esencia del tiempo residía en el instante, e insistía igualmente en que la duración es una idea que sólo puede ir ligada a la de progreso e innovación. Parece cierto que la duración sólo puede ser construida antropológicamente sobre la conciencia de un progreso, es decir, de un cambio que puede ser percibido porque opera siempre, a pesar de todo, sobre un sustrato de permanencia que se distiende debajo de él, sobre una especie de presente continuo; algo que siempre cambia no elimina algo que siempre queda. En cualquier caso, la idea de progreso es insustituible si se quiere hacer de la duración algo distinto de la mera inmovilidad. Pero, según Bachelard, la duración se construiría como una sucesión de instantes unos junto a otros, sin que se toquen. No se podría hablar de una uniformidad pura y simple. «La sola duración uniforme real es una duración uniformemente variada, una duración progresiva»[78]. El ser no tiene modo de conservar un pasado inactivo. «Duración, hábito y progreso sólo son agrupamientos de instantes, de los más simples de los fenómenos del tiempo»[79]. La idea de Bergson[80]—según la interpretaba el propio Bachelard— de que al hacer abstracción de los acaecimientos, o la conciencia de ellos, se llegaría a la idea de la *duración pura*, sería inasumible:

«nosotros sólo podemos sentir el tiempo multiplicando los instantes conscientes»[81].

Ahora bien, si el problema de la duración tiene uno de sus más precisos referentes en la obra de Henri Bergson, de la que derivan planteamientos historiográficos como los que en su momento propuso Braudel, y con los que se relaciona muy estrechamente también la idea de *estructura* histórica, el problema del instante ha tenido, según nos parece, su transcripción sociológica e histórica más común en la de *acontecimiento*. No obstante, la naturaleza del acontecimiento ha permanecido durante mucho tiempo oscurecida por el fatal error en que cayó la ciencia historiográfica de los siglos XIX y gran parte del XX de asimilar el concepto de «hecho histórico» al de acontecimiento. De ahí que la cuestión del acontecimiento no haya dejado de tener un tratamiento complejo, cambiante y hasta contradictorio, que ha influido en concepciones historiográficas definidas muchas veces en torno justamente a la naturaleza y función atribuidas al acontecer como sucesión de acontecimentos, enlazados o no causalmente.

La aclaración del concepto preciso de acontecimiento, y de su carácter de denotación fundamental del movimiento histórico, parece cosa previa para la discusión de la naturaleza del presente y para la comprensión cabal y dialéctica de lo que el presente tiene también de duración. Tras un largo tiempo de devaluación conceptual, en el último cuarto del siglo XX la historiografía reparó, apoyada ahora en un indudable progreso de sus instrumentos conceptuales, en el sentido profundo que tiene el *acontecimiento* como génesis de lo histórico, aunque en este caso la nueva concepción tuviera como eje ineludible la contemplación del acontecimiento «desde el sistema». Los paradigmas historiográficos en boga durante todo el segundo tercio del siglo XX, después de que la escuela de los *Annales* superase su prevención contra lo *evénémentiel*, las posiciones del marxismo y del estructuralismo y los enfoques sistémicos posteriormente, contribuyeron a la nueva visión del acontecimiento histórico. Así, el acontecimiento ha pasado a ser entendido como un momento temporal preciso en la generación del cambio sociohistórico que no coincide con el «hecho» ni con el ahora.

La idea de acontecimiento, que es ya por sí misma una construcción del conocimiento y no algo dado inmediatamente, poco tiene que ver con la de hecho histórico y ambas nociones deben ser cuidadosamente separadas, porque ese tipo de hecho no tiene una referencia inexcusable en el lapso de su duración —momento o proceso—, sino en su naturaleza de generador esencial del cambio. El acontecimiento es, sin duda, el mecanismo decisivo y el elemento determinante del proceso histórico y, por tanto, del llamado hecho histórico, noción de una ambigüedad que la hace prácticamente inutilizable.

Retomando y reacomodando aquí algunas de las consideraciones que hemos expuesto ya en otra parte[82], deberíamos repetir que el acontecimiento es, metafóricamente hablando, el *factor articulador de lo histórico*. Pero es preciso limpiar y desbrozar su propio concepto de muchas adherencias equívocas que, desde siempre, han hecho confusa su percepción y su valor.

En los años setenta se asistió, en la historiografía francesa especialmente, al surgimiento de lo que Edgar Morin llamó un «nuevo eventualismo», aunque ese nuevo modo de ver, hacía notar el propio Morin, «no tiene sentido sino en, y en relación a, un sistema de referencia»[83]. Tal sistema de referencia es un elemento sin el que la dialéctica entre estructura y acontecimiento o, si se quiere, perduración y cambio, no son en modo alguno inteligibles. El retorno del acontecimiento a la teoría social e histórica se ha apoyado en una nueva concepción de la materia socio-histórica[84]. Pierre Nora escribió ya en 1974 sobre *le retour de l'"événement*, y se refirió después al «acontecimiento monstruo», como ese evento capaz de dar sentido nuevo a una realidad y, desde entonces, dos instrumentos precisos han entrado sistemáticamente en la reflexión historiográfica, en forma de «regreso»: la del acontecimiento y la del sujeto[85]. Ahora, como ha dicho M. Trebitsch, «la cuestión del acontecimiento es casi constitutiva en toda elaboración teórica sobre la historia del tiempo presente»[86].

Por otro lado, el verdadero sentido y contenidos del acontecimiento como denotación del curso histórico se han abierto paso de nuevo con la progresiva consolidación de una «sociedad de la comunicación» y con ciertas aportaciones sociológicas decisivas también. De acuerdo con sociologías que insisten en el proceso de «estructuración» social o de la construcción personal de lo social, como pueden ser las de Giddens o Bourdieu, o las anteriores de Schütz, Wright Mills o Berger y Luckmann, sin olvidar tampoco las aportaciones sistémicas de Luhmann, el acontecimiento, producto de la «actuar» humano, es el cotidiano constructor de estructuras. Para los sujetos, el presente se constituye a través de un «sistema de acontecimientos», que no es sólo una sucesión, sino precisamente una modificación continua, y hasta vertiginosa, de la textura de lo cotidiano. El tiempo es una sucesión de acontecimientos, muchas veces imposibles de cimentar y de fundamentar por quienes los viven porque no hay hermenéutica capaz de seguir el ritmo de la «noticia» y de la influencia global de los acontecimientos particulares.

Conviene, pues, preguntar directamente qué es un acontecimiento, evento o suceso[87] y establecer en qué sentido el presente es fundamentado por el acontecimiento. Es evidente, en todo caso, que hacer sinónimas esas tres expresiones o vocablos —acontecimiento, evento, suceso— puede inducir a una abusiva simplificación del problema al no considerar que la idea de cam-

bio, si bien puede ser entendida genéricamente, tiene especificaciones que la determinan y la cualifican en muy diversas tipologías. El evento o suceso parece tener su adecuada aplicación más en el mundo físico o natural que en el social, mientras que un acontecimiento es algo más complejo que induce a ser pensado mucho más en el terreno del cambio social e histórico, ligado además indefectiblemente al hecho de su «comunicación», de su conocimiento universal[88].

Definir el acontecimiento, por tanto, no es fácil, pero no es inadecuado partir de la idea precisa y clara que la ciencia natural se hace de lo que es un *suceso* y del medio o contexto en el cual se produce y sin el que no es inteligible, es decir, el *estado.* Acontecimiento y estado son nociones que no pueden separarse. Hagamos, pues, uso de aquella formulación lógica y física que con sobriedad y elegancia empleó G. H. Von Wright al decir que «un acontecimiento consiste en un par de estados sucesivos»[89]. Esta sencilla definición enseña más sobre el carácter primario de todo acontecimiento que muchas páginas de disquisiciones más o menos retóricas. El acontecimiento, viene a decir Von Wright, «puede analizarse (definirse) mediante la noción de estado de cosas». En consecuencia, «estado» y «acontecimiento» son dos situaciones correlativas que podemos considerar dialécticamente entrelazadas al no tener significado la una sin la otra. Acontecimiento es también, en ese caso, la verdadera línea de ruptura, la solución de continuidad que revela el paso de un estado a otro. Es el punto final de la *permanencia,* y el comienzo del problema de la *duración.*

En sentido lógico, el acontecimiento podría ser asimilado al «instante», pero el concepto de acontecimiento incluye más cosas que el de instante, puesto que, en buena manera, el acontecimiento parte de la atribución de unidad al tiempo y materializa una ruptura cuyo equivalente temporal no es fijo[90]. Evento o acontecimiento en este sentido serían tanto la caída de un cuerpo, el aumento de un conjunto en una unidad, el salto de un segundo de la aguja de un reloj, un cambio puntual de cualquier género como una catástrofe natural, un cambio de gobierno, una batalla, una revolución, la publicación de una novela o la muerte de una celebridad. Es decir, se producen acontecimientos, como «hechos», a los que convendría más propiamente la caracterización de «procesos». El acontecimiento tiene, pues, mucho de construcción en el seno de la explicación del cambio y de ahí deriva en la práctica su extraordinaria complejidad, la desmesurada polisemia de su significación a la que sólo da unidad, precisamente, la idea de cambio.

De hecho, todo movimiento se compone de un conjunto de acontecimientos. El tipo de movimiento que llamamos *proceso* es, en realidad, una secuencia de acontecimientos que, hablando rigurosamente, están sujetos a

una determinada ley de comportamiento. La existencia del acontecimiento y, como consecuencia, del movimiento, es, sin duda, la condición necesaria y suficiente del cambio, aunque el acontecimiento *no es* el cambio mismo, sino su inductor. Casi la misma dificultad que presenta el análisis del tiempo o del presente la tiene el análisis del acontecimiento porque, no es preciso insistir, el acontecimiento es también el factor primordial de la «construcción» del tiempo y del tiempo presente.

Von Wright hizo notar también que el evento tiene por lo general un matiz de aleatoriedad, de azar[91]. Esa caracterización es, si cabe, más nítida en el caso de los acontecimientos que marcan el cambio sociohistórico. A veces, el acontecimiento no se entiende justamente sino como producto del azar, del movimiento no regulado. En consecuencia, el movimiento que está «incluido en las reglas de un sistema» no puede ser tenido siempre por un acontecimiento, justamente por estar previsto y ser de alguna manera «necesario». Y, sin embargo, sin la consideración de alguna forma de recurrencia, de repetición, el movimiento sociohistórico no es inteligible tampoco. Ésta es otra vertiente de la máxima importancia en la conceptuación del acontecimiento como expresión de la temporalidad histórica y social. En efecto, un problema a despejar es el tipo de movimiento o de cambio que puede llamarse *acontecimiento histórico*. Lo común es que tal expresión remita a dos connotaciones precisas: la de ser un suceso «pasado» y la de ser «aleatorio», cuando no «singular». Pero el movimiento histórico no se limita a los acontecimientos con esas connotaciones.

Está claro que acontecimiento es siempre movimiento pero sólo aquel tipo de él *que engendra cambio de estado*. De la idea de acontecimiento debe excluirse, por tanto, una gama notable de los movimientos que llamamos *recurrentes*, movimientos cíclicos, recursivos, repetitivos, rutinizados, que tienen una función clara de mantenimiento de la estructura, pero que no producen alteraciones que permitan hablar de cambio de estado. No obstante, el movimiento recurrente no es ahistórico en sí mismo, sino que está incluido en la estructura misma de la historia y de la experiencia personal. Con una metáfora que podemos inducir de la concepción física, cabe decir que no hay estado de la naturaleza ni de la sociedad que equivalga a absoluto reposo.

En sentido sociohistórico estricto, en consecuencia, acontecimiento es cualquier tipo de cambio pero no cualquier tipo de movimiento. Ocurre un acontecimiento cuando podemos denotar un cambio de estado. En caso contrario tenemos movimientos recurrentes[92]. Pero de la misma manera cabe decir que la historia no se compone sólo de cambios de estado, es decir, no sólo de acontecimientos y ése es el fundamento de la concepción historiográfica de la larga duración. Tal diferencia entre dos tipos de acontecimientos,

conformadores ambos de lo histórico, y, más aún, su confusión, ha sido el origen de los múltiples malentendidos en los que ha embarrancado el desentrañamiento de lo histórico.

Pero si lo dicho hasta ahora es aplicable a la idea general, física o social, de acontecimiento o evento, al trasvasar esa noción al campo antropológico o histórico no puede prescindirse de la presencia del «sujeto» y de la identificación del acontecimiento con la «acción» humana. El acontecimiento ha sido definido, por tanto, de forma más antropológica como «la acción del sujeto individual o colectivo, en la medida en que dicha acción es conocida y está interpretada por un sujeto ajeno al primero»[93]. En el plano de las cosas humanas, el acontecimiento brota, aparece en, y modifica decisivamente, la cotidianeidad de la existencia, es una alteración de las reglas de reproducción del sistema. Es un elemento de la experiencia cuya explicación sólo encuentra significado si lo integramos en la estructura misma de la «realidad a la que modifica».

El acontecimiento histórico se ha interpretado también diciendo que constituye el más pequeño elemento de la realidad social, la más primaria manifestación del actuar humano. Porque el átomo indivisible, diríamos, de la realidad social lo componen los *sucesos*[94]. El acontecimiento implica «la posibilidad de descomponer hasta el infinito el actuar colectivo en una microunidad de actos singulares, que como tales ocurren una sola vez, en un espacio temporal dado, y que son irreversibles, en el sentido de que una vez llevados a cabo no pueden volver a ser considerados como si nunca hubiesen sucedido»[95]. La sociedad está compuesta de sucesos sociales, porque ellos se localizan en el cruce de los ejes que organizan las experiencias humanas. Toda la experiencia social converge en los sucesos y en ellos esta experiencia se hace histórica.

Sin embargo, la acción humana que produce el acontecimiento no es cualquier forma de actuar, sino aquella que posee un significado, la que es integrada en un sistema de significados. De ahí que pueda distinguirse entre «acción» y «comportamiento» y pueda decirse que sólo las acciones significativas son susceptibles de ser consideradas acontecimientos históricos. En efecto, la vida cotidiana se compone siempre de un *continuo movimiento*, de un «ir y venir» de la actividad humana normalizada, individual o colectiva: la reproducción biológica de la especie, el trabajo diario, la relación laboral y afectiva, las operaciones del mercado, el acopio de recursos, el conocimiento, etc., es decir, todo aquello que podemos entender como «normal» en el desenvolvimiento de cualquier grupo, es siempre movimiento, no reposo. Se trata exactamente de lo que Anthony Giddens ha llamado, en su teoría de la estructuración, la «rutinización» de las actividades de los sujetos, que

es condición indispensable para la existencia de vida social y la creación de estructuras, de relaciones[96]. Acontecimiento es, pues, una realidad que no puede separarse tampoco de la idea de reproducción.

Pero ese conjunto de actividades son comprensibles dentro de unos comportamientos reglados que «reproducen» la realidad. Por el contrario, el acontecimiento es inseparable del acto intencionado determinante de un tipo de movimiento que modifica más o menos profundamente la estructura de lo existente y, también, su estructura temporal, como observó Luhmann. Se trata de acciones o alteraciones extraordinarias por no ser habituales y que, en ciertos casos, son absolutamente singulares, es decir, no pueden tener lugar más que una vez en la experiencia humana: el nacimiento o la muerte, por ejemplo. Los acontecimientos «extraordinarios», la forma más común de los acontecimientos «monstruo» de los que habló Pierre Nora, tienen también diverso valor en sí mismos, presentan una gradación en cuanto a los resultados que producen. No todo movimiento es creador de relaciones sociales en la misma medida, en cuanto tiene un mayor o menor contenido de comportamiento rutinizado. El acontecimiento, en lo que tiene de creador de situaciones nuevas, es de una importancia decisiva; en él puede fijarse el punto de partida de cada estado que puede definirse temporalmente como *presente.* Es ese momento axial, al que se refería Benveniste, que hace nacer una realidad nueva.

R. Nisbet ha afirmado que el acontecimiento en sentido histórico —que evidentemente él relaciona con acontecimiento en sentido de *cosa importante*— es aquello «que tiene el efecto, por breve que sea el tiempo, de suspender, o al menos de interrumpir, lo normal. Todo acontecimiento representa una intrusión»[97]. Sin duda, aquella forma temporal de la que la historia del presente está obligada siempre a partir, al menos en su superficie, el «tiempo corto», da al acontecimiento una especial relevancia, pero no cambia su permanente carácter de eslabón de todo proceso. El acontecimiento mismo, insistimos, es la más radical denotación de lo que es un *presente* e igualmente de su nacimiento. En el sentido en que el presente pueda ser identificado con el «ahora», cada acontecimiento inaugura un presente nuevo. «Cada acontecimiento cambia totalmente el pasado, el futuro y el presente por el solo hecho de otorgar la calidad de presente al siguiente acontecimiento y de convertirse para éste (es decir, para su futuro) en pasado... Cada acontecimiento realiza en este sentido una modificación total del tiempo»[98]. El presente extensivo, a su vez, es el suceder de esos acontecimientos en la experiencia del individuo o del grupo, cuando tal presente es entendido como una situación que permanece vigente en unos límites socialmente definidos.

En contraposición con esto, la idea de *duración* podría ser abordada, en principio, invirtiendo la definición dada por Von Wright para el aconteci-

miento: la duración es la persistencia en su ser de un estado dado. La ausencia de acontecimientos, pero no en modo alguno la ausencia de movimiento. Si el acontecimiento ha podido ser definido, en efecto, como la ruptura del estado de un sistema y el paso a otro nuevo, puede parecer que recíprocamente cabe considerar la duración como la persistencia en su ser de un sistema. La importancia de los movimientos de recurrencia y repetición para la vida histórica, el significado propiamente histórico de la duración, ha sido también destacada por algunos pensadores. Aparece ya en los escritos de Marx sobre la producción material en las sociedades[99], entendida como una creación de relaciones estructurales. Es clave en el pensamiento de Bergson, en el de Heidegger, e, igualmente, en las concepciones de Braudel o Koselleck acerca de una historia con ritmos diferentes, uno de los cuales es, precisamente, el de la «larga duración». Con ello la tesis de las distintas «velocidades» del tiempo se ha erigido como el presupuesto de todo análisis del tiempo histórico.

El pensamiento clásico en la definición de la duración desde la «filosofía de la vida» es, sin duda, el de Bergson. El filósofo de la duración dice que «nuestra concepción ordinaria de la duración tiende a una invasión gradual del espacio en el dominio de la conciencia pura... (porque) para arrancar al yo la facultad de percibir un tiempo homogéneo, basta con separar de él esa capa más superficial de hechos físicos que él emplea como reguladores»[100]. Esta proposición, que sería luego profundamente discutida por Bachelard, según vimos, tiene, a nuestro juicio, una primera exégesis sencilla. La idea de duración resulta de la asimilación de la noción de tiempo a la de espacio, justamente como el ámbito de la extensión en la que se desenvuelven las «cosas». La duración sería ese tiempo enmascarado que fluye bajo los acontecimientos físicos que son sus reguladores. El panorama entrevisto por Bergson sería así el de un espacio ocupado por cosas y un tiempo perturbado por hechos.

La duración, en ese sentido, representaría su asimilación a la idea de tiempo fluyente sin influencia exterior o «tiempo recipiente» —paralela a la de espacio absoluto— que concebía Newton. Pero esa visión no resulta del todo aceptable. Bergson mismo destaca el absoluto error de «quienes consideran la pura duración como algo análogo al espacio». La duración está atravesada de momentos heterogéneos: «cuanto más profundicemos en la naturaleza del tiempo, tanto más comprenderemos que duración significa invención, creación de formas, elaboración continua de lo absolutamente nuevo». La duración tiene, pues, mucho que ver con un presente continuado, con «el tiempo percibido como indivisible»[101]. Así se intenta superar el problema que se presenta al tratar de dar un exacto contenido a la idea de *permanencia*, porque esta visión, que parece contener la presuposición de que la duración equivale al reposo, adolece de no tener un sentido claro. Y, desde luego, física-

mente no lo tiene. La duración no puede excluir, según decimos, la presencia continua de los movimientos sociales de recurrencia. El tiempo no puede construirse sobre la persistencia de los estados en sí mismos. La duración tiene en sí, pues, toda la apariencia de una aporía, que desaparece si se introduce una concepción dinámica de ella.

El sentido de lo que sea la *duración histórica* resulta aún más complejo, pues desborda claramente la percepción de la permanencia, o alguna forma de permanencia, de las cosas en su ser. La duración tiene que ver con la posibilidad de discernir espacios de inteligibilidad en el desenvolvimiento de procesos que mantienen estables algunos de sus componentes. Procesos que abarcan la vida de más de una generación. No existe tampoco una duración absoluta en lo histórico. Como advirtió Braudel, la larga duración se manifiesta sólo en algunas instancias del desarrollo social, porque justamente lo histórico es la convergencia de tiempos distintos. La larga duración afecta a procesos de fondo como la relación ecológica, las estructuras sociales, los modos de producción, los sistemas de aprovechamiento del espacio y la extracción de recursos. Pero la economía en sí misma se desenvuelve en el tiempo medio, mientras que la política lo hace en el tiempo corto.

La duración en sí misma como una noción dinámica, no estática, tiene una relación perceptible con la *estructura* en cuanto ésta es una dimensión de la realidad social y cuanto que puede hablarse también de una estructura de lo temporal. «Mientras el acontecimiento de la acción se da una sola vez en el tiempo, la estructura es la cristalización de los significados» y es esa cristalización la que permite «los procesos de reproducción de la acción»[102]. La estructura, como la duración, se compone de acontecimientos, aunque, sin embargo, nunca equivale meramente a la suma o sucesión de éstos. La duración es una reproducción, pero incluyendo siempre en ella elementos nuevos.

Lo deducible de todo esto, lo que nos importa aquí en grado máximo, y puede ser presentado como conclusión de todo lo dicho, es que el presente es una *permanente dialéctica entre acontecimiento y duración*. Al existir esa dialéctica, o relación inseparable entre ambas percepciones, la trayectoria temporal que *pertenece* propiamente a *un* presente no puede definirse simplemente por la relación o la sucesión de los instantes que constituyen la duración. En el presente, duración y acontecimiento son inseparables, son, quizá, construcciones elaboradas desde distintas plataformas de observación. Y esto da su peculiaridad el tiempo histórico presente distinto del tiempo pasado que acaba siendo pura duración y distinto del futuro al que sólo podrá hacernos llegar el acontecimiento, momento en que dejará de ser una espera o *expectativa*. La realidad del pasado y del futuro son de índole dis-

tinta, de la misma forma en que lo son también experiencia y expectativa, según ha visto Koselleck con penetración[103].

El presente es duración por la persistencia de un movimiento homogéneo que integra sucesivos *ahora,* pero que no los suma como instantes distintos sino que los engloba. «La pura duración podría muy bien no ser más que la sucesión de cambios cualitativos que se funden, que se penetran», diría Bergson. «Dentro de la duración hay un transcurrir, pero es un transcurrir presente. El pasado surge con la memoria», escribió, por su parte, George H. Mead[104]. Por su manera de pertenencia al tiempo, el sujeto histórico vive siempre personalmente un presente para el que el pasado se resiste a pasar...

La delimitación pragmática del presente histórico

«El tiempo histórico se realiza en el presente»; toda la carga de lo temporal se vuelca en él y el pasado es un presente en deslizamiento... Estas reflexiones fueron hechas por un gran historiador de nuestros días, Bernard Lepetit[105], y muestran bien cómo el historiador, y el teórico o filósofo de la historia, repara hoy en que la clave del tiempo histórico es el presente. Igualmente, el presente no puede entenderse sino como aquello que Unamuno acertara a expresar con ejemplar lucidez: «un momento en la serie toda del pasado». El presente es, pues, el momento de la *historia vivida* por cada uno de nosotros en el curso de la serie histórica completa. Más bien la concepción del presente histórico tiene las connotaciones absolutas y abstractas de una *categoría histórica* en sí mismo que se aplica a caracterizar los múltiples momentos sucesivos en que las sociedades atraviesan una situación única: el momento de la *coetaneidad.* Puestas las cosas en estos términos, la pregunta común acerca del comienzo y el final de toda historia tiene en nuestro caso una respuesta inevitable e incuestionablemente singular: la de que carece completamente de sentido...

Un presente histórico es identificable en *cualquier momento de la historia.* La cuestión es cómo delimitar cada uno de esos momentos y para ello necesitamos otro tipo de instrumentos pragmáticos bien distintos de la cronología. Pues, ¿es posible identificar el presente histórico a través del establecimiento de una *cronología*? La respuesta contundentemente negativa no debe dejar lugar a dudas: un presente histórico no representa en ningún caso una *cronología específica* o singular en el curso de la historia. No tiene un comienzo ni un final convencionales. No guarda relación alguna con la idea de *periodo histórico* establecido. Y, dado que la que aquí exponemos es una idea que figura

entre las que más chocan con la posición ortodoxa que mantiene que el curso singular de la historia tiene que ser entendido a través de periodizaciones, con principio y final ligados a la *fecha* precisa, no debemos temer su reiteración al intentar definir adecuadamente qué entendemos por presente histórico.

El presente histórico es siempre un tiempo relativo, que coincide con la experiencia vital y con la experiencia intergeneracional de cada hombre, un tiempo de cronología *móvil*, que es lo que la idea de presente categoriza de manera fundamental. Es fluyente y está indisolublemente ligado a la vida vivida por los sujetos históricos, que lo identifican en relación con ese momento axial de su partida. En caso contrario, habríamos creado un nuevo periodo histórico. Pero el tiempo presente no puede ser categorizado así. No es un periodo. La de tiempo presente, se ha dicho también, y lo hemos comentado en nuestro primer capítulo, «es una noción evolutiva»[106]. Adquiere su realidad desde la experiencia de lo coetáneo y se materializa como cultura desde el discurso que lo recoge en una historia objetivada.

Un presente es la *historia vivida* por cada hombre y por el colectivo social al que él mismo pertenece, que se extiende asimismo a la percepción de *su* pasado y a la expectativa de *su* futuro. De ahí que la *memoria* y el *presente* estén unidos también en una indestructible dialéctica. En determinados recovecos de la representación simbólica, desde el punto de vista de su experiencia global, el individuo y el grupo perciben como un presente el curso entero de su existencia. Por ello resulta de sumo interés que la historia del presente sea, en fin, la única capaz de establecer lo histórico con un contenido, al mismo tiempo, de *prospectiva*. La idea misma de la vivencia de un presente histórico no tendría sustento sin una tensión hacia el futuro.

Fue Niklas Luhmann el que señaló la variabilidad, la historicidad misma de la percepción de lo temporal; los cambios en las estructuras de la sociedad imponen cambios en la estructura de la temporalidad[107]. Por su propia naturaleza, el sujeto histórico vive, ha vivido siempre, varios presentes simultáneos, o, por decirlo de otra forma, los sujetos perciben que la noción de presente es ella misma inasible en su totalidad, variable en su duración, sujeta a los acontecimientos y recorrida, en realidad, por tiempos que pasan con velocidades distintas. Es esta una conciencia que aparece en el mundo de hoy con mayor evidencia por lo mucho que han cambiado las condiciones del desenvolvimiento histórico y las de su conocimiento.

El contenido del presente histórico que cada hombre percibe es, pues, siempre variable, pero se despliega en lo que Heller denominaba el *ahora extendido* o presente extenso. En el presente puede incluirse más o menos tiempo, más o menos *duración*. Es una cuestión de biografía. Por ello también en cada época de la historia que consideramos *presente* se pueden encontrar

entreverados distintos pasados y futuros en ámbitos diversos de la estructura social. Hay un tiempo para cada cosa. El solapamiento de las generaciones, o las simples distinciones de edad, están en el origen de este entreverado y veremos en su momento cómo el presente histórico es definible asimismo por la relación, la interdependencia y la contradicción también, entre las generaciones *vivas*, coetáneas. Nos encontramos así con que las sociedades atraviesan presentes que son vividos por los coetáneos con una muy distinta carga de pasado y también con expectativas distintas de futuro. El presente no tiene la misma significación para todos los miembros de una sociedad en razón misma de la edad biológica y social de cada uno de ellos.

Existen, sin embargo, dos puntos de ruptura, al menos, para esa idea de presente. El límite inferior e indivisible, primario o primordial, de la noción de presente, de un presente histórico, es indudablemente lo que en la teoría historiográfica llamamos *acontecimiento.* Pero el límite superior, la frontera de la solución de continuidad en la amplitud del presente histórico que el hombre percibe es el realmente difícil de determinar. Es indudable que la representación máxima que podemos hacernos de la extensión de un presente está ligada a la *duración*, que para el individuo no puede exceder de su misma vida personal biológica. Sin embargo, no es menos claro que la vida personal se compone de un flujo de presentes que van derivando en pasados. El presente del hombre está siempre repleto de pasados.

Es la memoria la facultad que tiene aquí la función primordial de convertir el tiempo de cada hombre en un presente extendido. La memoria contiene la potencialidad de hacer revivir como presente, de conceder su profundidad en el tiempo, en el sentido de la duración, justamente, la trayectoria vital completa de cada persona. Lo que no implica que tal presente-duración, o presente-total, no contenga en su interior importantes modulaciones temporales. Sin embargo, ello no obsta para que sea percibido como un proceso que tiene, en todo caso, una unidad perfectamente inteligible: la de pertenecer a una experiencia infragmentable.

La remisión del presente histórico a la duración de la vida humana se efectúa por un doble camino, a través del individuo y a través del grupo, resultando que el grupo más conspicuo para esa medida es la generación, o mejor, el sistema de relaciones que se establece por la acción intergeneracional. Pero hay también algo quizá más profundo: el hecho de que el hombre no puede explicar su presente sino por *los pasados que le han precedido.* Como expusiera con penetración Ortega, somos «lo que hemos sido». La serie de los pasados precedentes es lo que da sentido al presente que se vive. En realidad, imaginamos la historia como sucesión desde un *primer presente* hasta el *ahora* y la construimos por la articulación de presentes sucesivos. Convertimos así

el discurso lógico de la historia en un recorrido por los sucesivos presentes desde el anterior al posterior con la última referencia siempre de este mismo que vivimos. Porque aunque el tiempo sea realmente *irreversible,* el hombre puede funcionar con la lógica virtual de su reversibilidad mediante la memoria, como lo hace la física mediante la medida.

El presente es el punto de ruptura entre pasado y futuro. El pasado fue y el futuro llegará a ser, respectivamente, presentes históricos. Por ello, desde el punto de vista de la historicidad, y, por tanto, desde una historia del presente, la expectativa de futuro explica el presente tanto como el pasado. A su vez, la diferencia entre presente y pasado, la disimetría entre ambos, se funda en que en el presente la Historia se forja, es activa, se imagina y se construye, cosa que caracteriza precisamente lo presente, mientras que el pasado es ya un ingrediente de lo histórico sobre el que no podemos actuar, y si bien es siempre interpretable —y en ese sentido el pasado histórico es siempre una reconstrucción, nunca algo absolutamente dado—, su existencia es como el sustrato inalterable, irremediable, modelado y acabado, inamovible, de la realidad social, porque la inamovilidad es, justamente, lo que representa el pasado.

De qué forma se conciba la *historia* del presente o se convierta el *presente* en Historia depende de esa conjunción de los presentes diversos, desde el extenso al instantáneo que hemos analizado y que conviven en cada sociedad casi como única forma, o la principal, en todo caso, de percibir el tiempo vivido. La memoria del individuo dibuja un presente siempre continuo, en el que no faltan, desde luego, los cambios y las rupturas, pero que está también enlazado y ordenado. La memoria de los grupos, las formas colectivas de la memoria, pública o no, se utilizan justamente para poner un orden preciso en ese pasado.

Ahora bien, si la historia del presente es una reconstrucción de la vida social desde lo temporal en el momento en que cada sociedad «hace» esa historia, una cuestión básica para su fundamentación es la de intentar delimitar *historiográficamente* también a qué equivale un presente como tiempo sobre el que el historiador trabaja, sobre el que aplica su descripción y su análisis. De manera convencional cabe pensar que la primera dificultad a abordar para el establecimiento sobre el presente histórico de un presente historiográfico reside en la fijación del «espacio temporal» —por decirlo de alguna manera, que no es rigurosa pero sí intuitiva— que tal presente, construcción sociocultural siempre, según hemos discutido ya ampliamente, abarcaría. Y también hemos insistido en que la determinación de ese espacio mediante el uso de una cronología que lo fijara de forma inalterable es un procedimiento decididamente inadecuado. En todo caso, una primera respuesta tendría que considerar que

tal espacio cronológico equivaldría al representado por la distancia extrema entre la edad y trayectoria de la generación más antigua y la de la más neófita que sea posible considerar en una sociedad dada con el punto de referencia en el ahora. Habremos de volver también sobre esto.

El lingüista Émile Benveniste, al repasar los problemas del lenguaje y la experiencia humana, señalaba que el origen de todo presente percibido es un acontecimiento o *momento axial* que se supone que da a las cosas un nuevo curso[108]. El momento axial puede no comenzar un presente percibido cronológicamente, pero sí es lo que da *sentido* al comienzo de un presente como historia. La posición de las cosas en el tiempo presente se mide por su relación con este momento axial. Un momento que es asimismo asimilable a la concepción de un *acontecimiento monstruo* introducida por Pierre Nora. Pero ambos conceptos equiparables distan de ser fáciles de objetivar. Los «acontecimientos decisivos» en la historia son una realidad extremadamente cuestionable y siempre relativa. Por lo común, no son captados de la misma forma por quienes los viven que por quienes los juzgan una vez convertidos en pasado. Lo decisivo es que en cada generación de hombres, en cada relevo en los sujetos que viven historias, ellos mismos identifican tal momento axial o acontecimiento monstruo.

Obviamente, para que algo pueda ser percibido como «pasado» ha debido antes ser real como presente. Nuestro verdadero objetivo aquí es precisamente el de encontrar una adecuada respuesta, historiográficamente válida, a la pregunta sobre la ubicación de cada presente como un momento de la historia. Dada la subjetividad con que los hombres sienten la temporalidad de sus acciones, es imprescindible establecer los límites de un fragmento de historia que fluctúa siempre entre la reja externa de la cronología y el *tempo* o la «velocidad» relativa con que los hombres viven los acontecimientos. De la misma manera que distinguimos efectivamente entre pasado y presente, aunque no podamos definir muy bien la frontera entre ambos, sus límites, podemos distinguir mejor entre una historia de lo presente y una historia de lo pasado. Es verdad que en la historia-ontología o en la historia-conciencia *no hay* una verdadera distinción entre pasado y presente porque el «ahora» extensivo y el «ahora mismo», según la terminología de Agnes Heller, están incluidos también en la Historia. Pero por ello mismo, la historia-discurso, la que hacen o escriben los historiadores, no puede contener tampoco una ruptura en la sucesión del tiempo.

Sin embargo, si lo que el hombre vive no es, y no puede ser, históricamente otra cosa que el presente, ¿por qué esa continua referencia hecha por la ciencia historiográfica a una historia que sólo podría ser pasado? Tal vez la explicación más inmediata no resida sino en que la vida humana es una serie

continua de presentes que van haciéndose pasados. La percepción de la historia como pasado es la remisión que los hombres hacen al tiempo largo, a la duración, a los procesos que desbordan la vida de una generación, de la idea de que cada presente se *consuma* precisamente cuando se ha convertido en pasado. Fue, justamente, y por paradójico que parezca, el empeño del siglo XIX, «el siglo de la historia» al decir de muchos, en convertir la historiografía en una respetable actividad *científica*, metodológicamente caracterizada y fundamentada, lo que llevó a reducir la Historia al «tiempo pasado».

El historiador ha sido por lo común educado en un universo de presuposiciones dirigidas a obviar siempre el presente como «momento histórico» en sí mismo. Y, en ocasiones, ha sido el filósofo el que ha llamado la atención sobre esta inconsecuencia. Cada historia tiene su historiografía y el discurso histórico de la historiografía occidental en los dos últimos siglos se ha tenido siempre por un discurso *sobre el pasado* y no sobre el *presente*, lo que en forma alguna está justificado en las raíces más antiguas de la tradición occidental misma. Pero, como ya hemos señalado también, la historia no cabe concebirla sino como el conjunto de unas experiencias que sus sujetos naturalmente vivieron como presente.

La función de *historiar* no está ligada por definición al pasado, sino que, por ser una forma de análisis social de la temporalidad mediante los indicadores empíricos que nos proporcionan las acciones humanas mismas, ha de ocuparse de esa temporalidad entera del hombre, de todo tiempo *posible* del hombre. Por ello, el *historiar* no se identifica en modo alguno con el conocimiento del pasado desde el presente, ni aún con el conocimiento de las consecuencias del pasado para el presente, sino que la verdadera función de lo historiográfico es explicar, antes que nada, las *decisiones* de los hombres, en aquel *presente* en que fueron tomadas y puestas en práctica, para poder entender después sus consecuencias. Así, aunque la historia trate de nuestro pasado, está, de hecho, reconstruyendo nuestro presente. De esta forma, si lo que se intenta es explicar el presente desde el presente mismo, la cuestión adquiere, sin duda, un nuevo carácter y se abre justamente la posibilidad de construir una historia del presente.

En todo caso, y resumiendo todo lo expuesto, la cuestión que parece clave es que el *presente de la historia* es esencialmente, como lo es el presente mismo como modo del tiempo, una construcción *cultural*; que el presente empieza y acaba allí donde decidimos según el curso de los acontecimientos que jalonan la experiencia; y que históricamente ocupa el espacio mismo de nuestra memoria directa. El presente histórico es una determinación de la propia marcha de la historia, pero en alguna medida es también el producto de una *decisión* y la historia que se construye sobre él contiene la hecha por nosotros mismos

y no la de nuestros antepasados. La lección última de todas estas disquisiciones no es más que una: el presente es historia por nuestra voluntad de *historiarnos*. La Historia, como recuperación y análisis del pasado, como bien cultural que el hombre adquiere y reproduce, no es sino una *dimensión del presente*, uno de los contenidos de la cultura de cada presente.

Por lo expuesto hasta aquí, habría también de concluirse que si la idea misma de presente es, según se ha visto, muy polivalente y responde en buena medida a una construcción (socio)cultural, es cierto asimismo que, como construcción humana, ha de tener necesariamente, como cree una buena parte de la historiografía de hoy, una dimensión *histórica*. No obstante, para mostrar inequívocamente que el presente tiene su historicidad propia, que la percepción de un presente histórico es uno de los rasgos más patentes de la historicidad misma, es preciso mostrar que objetivamente existe tal percepción, para pasar luego a algo más pragmático como es la reconsideración de un presente *reflexivo*, campo real de una historiografía. Lo que abordamos de hecho son, pues, dos tareas complementarias: mostrar que hay un presente histórico subjetivo percibido, y también que existe la posibilidad de construir objetivamente un presente del que la historiografía hace un discurso particular.

CAPÍTULO 3

HISTORIA DEL PRESENTE E INTERACCIÓN GENERACIONAL

> El de las generaciones es un problema importante que hay que tomar en serio... Su significado práctico se ve inmediatamente cuando se intenta comprender con exactitud la acelerada transformación de los fenómenos del presente inmediato.
>
> Karl MANNHEIM: *El problema de las generaciones*, 1928.

> En nuestro tiempo hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a la otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica.
>
> Ch. WRIGHT MILLS: *La imaginación sociológica*, 1959

Hasta ahora, nos hemos referido a un proceso que creemos fundamental para la conceptuación del presente histórico: el de la construcción social del presente mismo. Un paso más para perfilar ese concepto y, en consecuencia, para la escritura de la historia del presente, es, a nuestro juicio, la consideración de otro factor general que no es menos importante: el de la estructuración de todas las sociedades, desde el punto de vista de su devenir temporal, en grupos de edades, en *generaciones* y, por tanto, el de la existencia de una *interacción generacional* y de un «espacio histórico» definido por tal interacción.

La noción de *generación* y el ritmo del cambio generacional han ocupado la atención de los estudiosos desde antiguo. Sin embargo, de los dos fenómenos principales que se insertan en la realidad generacional, a saber, el de la *sucesión* generacional y el de la *interacción* entre generaciones vivas o coexistentes, es esta segunda realidad, la de la interacción, la que interesa especialmente a la fundamentación de la historia del presente. En efecto, considerando que las generaciones o los grupos de edad son identificables en sí mismos, en mayor o menor medida, según expondremos, la convivencia biológica entre generaciones distintas, y el hecho sociohistórico de su implicación en una historia

común, son los factores con suficiente entidad para contribuir muy decisivamente a la delimitación de un presente histórico.

No obstante, es preciso reconocer, como lo hacía uno de los grandes tratadistas del asunto, Karl Mannheim, que, muchas veces, se valora mucho menos de lo debido que los hombres viven con *edades* distintas una historia común; que viven esa historia, los acontecimientos y las duraciones, en momentos distintos de su desarrollo biológico y social, porque pertenecen a generaciones distintas; que el hecho generacional, en definitiva, condiciona en alguna manera la participación social y de él se derivan ciertas solidaridades y rechazos. Se trata de una infravaloración de realidades sociobiológicas que, por lo demás, afectan también a otras dimensiones sociales palmarias, como la diferenciación de sexos, por ejemplo. En el conflicto, la innovación, la competencia y la cooperación, el poder y la dominación, la difusión y el contacto de las culturas, que caracterizan el movimiento histórico, hay un componente generacional que no puede obviarse.

En cualquier caso, la importancia fundamental del hecho de la interacción generacional para la definición del presente histórico radica, a nuestro juicio, no solamente en lo que hemos expuesto, sino en una consecuencia más: la de que un determinado presente histórico queda definido también por *el curso de la existencia de una generación de hombres.* Una generación tiene *su* presente propio, que no queda definido, sin embargo, sino *en interacción constante con las otras generaciones coexistentes.* Es justamente el hecho de esa coexistencia, sea cual sea el signo que adquiera —conflicto o cooperación, reconocimiento o rechazo, solidaridad o ignorancia mutua—, definido desde la experiencia de la generación central, la *generación activa,* la que nos permite, mejor que cualquier otro criterio, establecer los límites existenciales y empíricos de cada presente histórico. De estas consideraciones, relativamente sencillas, se deriva lo que, a nuestro juicio, puede aportar a la conceptuación de la historia del presente el movimiento histórico generacional.

No es ocioso, de todos modos, advertir desde este momento que estamos muy lejos de suscribir cualquier orientación de este tema hacia la construcción de una teoría de lo histórico o teoría historiográfica basadas en la realidad generacional, ni nada semejante a lo ensayado alguna vez como «método histórico» de las generaciones. Ambas faenas se nos antojan particularmente estériles. El aporte generacional, lo que se ha llamado la *entelequia* que cada nueva generación introduce en la vida sociohistórica, tiene una notable importancia en cada época, pero no puede explicar por sí solo el cambio histórico, un asunto que, por lo demás, no es nuestro objetivo aquí.

La realidad de la interacción, y los fenómenos histórico-sociales a los que dan lugar las generaciones, nos hablan del «ritmo» con el que los presentes

históricos se mueven en el tiempo. No existe, pues, nada como una sucesión de los presentes generacionales que determinarían periodos históricos, sino el encabalgamiento temporal y la convergencia de historias entre las generaciones que se suceden y que en cada momento de su trayectoria conviven con otras. Al observar esta realidad, la categoría *presente histórico* está más cerca de poder ser materializada en historias concretas.

Generaciones y cambio histórico

Las *generaciones* son un fenómeno biológico y social, especialmente en lo que tienen de «sucesión» en la continuidad del género humano, en el que, según decíamos, se ha reparado desde la antigüedad. En la Grecia clásica, las generaciones fueron objeto de la atención de Hesíodo y Heródoto y, después, de Platón y Aristóteles, que las tuvieron en cuenta al explicar el conflicto en la sociedad y los cambios en las formas de pensamiento. La atención a las generaciones «en la historia», como fenómeno biológico-demográfico, sociológico, psicológico, político y cultural, a un tiempo, se renovó luego con la Ilustración, siendo ya en el siglo XIX cuando aparecieron los primeros intentos sistemáticos de dar una descripción y una explicación pormenorizadas de su significación e influencia en el discurrir histórico y en el cambio social. Esos intentos fueron contemporáneos de hecho del nacimiento mismo de la sociología, la psicología y, también, de la fundamentación científica de la historia.

Las más citadas de las aportaciones hechas a su estudio son la de Mill, Comte, Dilthey, Dromel, Mentré, Pinder, Ortega y Mannheim (estos últimos escribiendo casi simultáneamente), como tratamientos más característicos y clásicos en los siglos XIX y XX[1], en los que no podemos detenernos aquí en profundidad. Algunos autores han intentado elaborar realmente una «teoría de las generaciones», bien en el ámbito general de la interpretación del cambio histórico y social, en la teorización del «progreso», o, como ocurre con la muy citada obra de Pinder, en relación con el desarrollo de las corrientes artísticas europeas[2]. Un fenómeno de carácter más general es el de la distribución de los miembros de una sociedad en «grupos de edad» y las características que tales grupos suelen ostentar, las cuales, si bien no pueden ser adscritas a la ejecución estricta de determinados roles sociales, sí dan lugar a la definición de «tipos humanos»[3]. Los grupos de edad son un fenómeno que liga estrechamente lo biológico con lo social y lo cultural, existente en muchas sociedades antiguas y modernas, primitivas o desarrolladas, y que tiene alguna relación con los grupos generacionales aunque no se confunden

con ellos, pues la idea de generación tiene un fundamental sentido dinámico-temporal, al tiempo que una más difusa integración en las relaciones sociales de las sociedades desarrolladas.

En la segunda mitad del siglo XX, no obstante, los estudios sobre generaciones y grupos de edad perdieron ese impulso hacia el tratamiento general o teórico y el análisis generacional se ha constituido más bien en un recurso heurístico y explicativo para fenómenos sociológicos —especialmente los referidos al conflicto, los comportamientos juveniles, etc.—, políticos o artísticos, de alcance más concreto[4].

La primera constatación que las generaciones sugieren es la naturaleza del hecho mismo que da nombre al fenómeno. Alude a la sustitución biológica de unos hombres por otros de tal manera que aquélla puede ser percibida como un movimiento recurrente cada cierto tiempo, en alguna forma semejante a «ondas» u «oleadas», más allá de la mera ocurrencia individual de la aparición y desaparición de los hombres en la sociedad. Esas apariciones se producirían con simultaneidades o coincidencias más o menos estrictas en las que se agruparían los nacimientos y los decesos en los colectivos humanos, que seguirían el ritmo no de la «fecha exacta», sino de las «zonas de fechas», como diría Ortega y Gasset. Es por ello que las simultaneidades o coincidencias en la sustitución de unos hombres por otros han sido percibidas como la sucesión, no de personas, sino de grupos o *generaciones*. La idea que en demografía expresa con mayor precisión esa coincidencia en la aparición es la de *cohorte*[5]. El ritmo de las muertes y de los nacimientos no es enteramente azaroso en ninguna época y admite el cálculo de las posibilidades de sustitución de unos hombres por otros.

El primario hecho biológico básico acarreó de inmediato la percepción de que la coincidencia de fechas, más o menos aproximativas, en los nacimientos de grupos de personas daría lugar a una específica situación que tiene mucho más carácter social: el de la *contemporaneidad* o *coetaneidad* entre los afectados por tal coincidencia, que más allá de la implicación biológica del asunto, al producirse un desarrollo paralelo, daría lugar a paralelismos también en el desenvolvimiento psicológico, sociológico, cultural y, en todo caso, histórico. Por ello, con independencia de las vertientes puramente demográficas, el hecho de la coincidencia de edad en grupos de sujetos o de colectivos sociales, ha dado lugar a la investigación de ciertos tipos de afinidades sociales, culturales, de experiencia y concepción del mundo, en definitiva, *históricas*[6], que dan un sentido mucho más que biológico a tal contemporaneidad o, según el lenguaje por el que optamos aquí, *coetaneidad*.

Pero existe un fenómeno más de notable importancia derivado de esta realidad también que ha recibido, no obstante, mucha menos atención que los

de la sucesión generacional o el de la solidaridad entre los miembros de una generación, aunque no haya pasado en modo alguno inadvertido. Y es que al primer contenido de coincidencia en el desarrollo biológico y cultural de determinados grupos humanos, y al derivado también de la *sucesión* y sustitución temporal de unos hombres por otros, se añade el hecho no menos notable de que las comunidades humanas no se renuevan, obviamente, de raíz por la muerte de una generación y la inmediata aparición de otra, sino que la vida de una generación está ligada al alumbramiento de otra por ella misma y, en consecuencia, a la convivencia de ambas en una parte de su vida.

Esto quiere decir que todas las sociedades globalmente, y numerosas manifestaciones particulares dentro de ellas, se encuentran entreveradas en cada momento por la coexistencia, convivencia o coetaneidad, de individuos que pertenecen a *generaciones distintas* y si el hecho de pertenecer a cada una de ellas en concreto tiene implicaciones culturales e históricas, debe tenerlas también la realidad misma de la existencia de disparidades generacionales dentro de un grupo humano concreto, dando lugar a fenómenos particulares derivados de la *interacción.* Ocurre así que las características sociológicas de un nivel o categoría de edad «no pueden ser enteramente comprendidas sino en relación con las de las otras edades»[7]. El hecho de la convivencia de edades biológicas distintas llevó en primer lugar el intento de establecer *cuántas* son las generaciones que conviven en una determinada coyuntura, de tiempo delimitado, de la historia. Pero a este primer problema, al que dedican atención, y suelen aportar solución propia, todos los tratadistas de las generaciones, se añade lo que esa convivencia tiene, a su vez, específicamente, de interacción.

La generación como entidad sociológica e histórica suele definirse sobre la base de que ciertos grupos de individuos han vivido hechos históricos determinados a una misma edad, de lo que puede inferirse una socialización común, lo que les distingue, separa de —o quizás enfrenta con— otros conjuntos constituidos, a su vez, por individuos nacidos en zonas de fechas anteriores o posteriores a la considerada. El proceso de la interacción en sí ha sido captado por lo común desde la conceptuación del *conflicto intergeneracional*, como hipótesis explicativa para determinados fenómenos. El conflicto generacional es, quizás, el tema sociológico ligado al hecho de las generaciones al que más atención se ha dedicado con mucho, sobre todo en la sociología reciente.

La historiografía empírica en general ha prestado una escasa atención al fenómeno generacional en el esfuerzo por explicar cambios sociales e históricos[8], o en el de imputar orígenes o causas a ciertos acontecimientos históricos de importancia de los que hayan derivado cambios de duraderas

consecuencias. Sólo ciertas investigaciones específicas de la historia de las artes plásticas, de la literatura o de las ideologías —como fue el caso de Pinder ya referido, o el de Laín Entralgo en España en torno a la «generación del 98»[9]— han hecho uso de la conceptuación de los movimientos generacionales para explicar cambios y tendencias históricas.

E. Hobsbawm ha expuesto algunas observaciones sobre la dificultad que la presencia de impulsos generacionales plantea al historiador. Incluso entre tratadistas de una misma generación hay diferencias de percepción, pero las diferencias generacionales agudizan aún más la visión contrapuesta de lo histórico[10]. No obstante, la *interacción generacional* como un proceso productor de realidades históricas perceptibles, como origen y vehículo de acciones históricas, en la política, las instituciones culturales, el mundo laboral o las formas de vida y como un instrumento de explicación posible de cambios históricos, no ha sido utilizada prácticamente nada por el análisis historiográfico.

El estudio de las generaciones ha ocupado especialmente a la sociología y, en menor medida, a la filosofía y la antropología, pero, por lo común, los estudios de esa procedencia han buceado siempre en la significación histórica del fenómeno. Como ya señaló en su momento Karl Mannheim, el sociólogo que con más detención analizó el asunto y que mayor influencia ha ejercido, la concepción positivista de las generaciones y su problema, sobre la base casi siempre del biologismo, estuvo ligada estrechamente al intento de encontrar una «ley de la historia», es decir, al

> afán por encontrar una *ley general* del ritmo de la historia y de encontrarla a base de la ley biológica de la limitada duración de la vida del hombre y del hecho de la edad y sus etapas. La meta es comprender el cambio formal de las corrientes espirituales y sociales inmediatamente a partir de la esfera biológica; aprehender la configuración del progreso del género humano partiendo del sustrato vital[11].

Esta atinada observación puede ponerse en relación asimismo con el mismo sustrato vitalista que ha condicionado las visiones historicistas, cuyo modelo español es el de Ortega y Gasset, formulado algo antes que el de Mannheim. En cualquier caso, las conclusiones en el estudio de las generaciones han sido de lo más variado. No procede detenerse aquí en un estudio pormenorizado de la historia de la «idea de generación» en la filosofía y las ciencias sociales, historia larga y rica, por otra parte. Nuestro objetivo es, más modestamente, aportar sólo aquellos elementos de análisis que pueden contribuir a la mejor delimitación del concepto histórico preciso de *tiempo presente*.

Los tratadistas de las generaciones, siguiendo una formulación alemana original de Pinder, han aceptado siempre que la fundamental aportación de

una generación es su *entelequia*, es decir, la concepción y el ideal de vida, la interpretación del mundo, que cada nueva generación introduce. La entelequia es la expresión más íntima de la unidad de una generación —aunque el término estuviese tomado de los movimientos artísticos—. Algo que podría asimilarse a lo que Ortega llamaría un «estilo vital». La *entelequia* era, pues, un ideal, relacionado en alguna forma con el «espíritu del tiempo», el *Zeitgeist*, que se convierte en algo más concreto: el espíritu de una generación.

En el siglo XX fueron los estudios de Karl Mannheim y, en menor medida, los de José Ortega y Gasset los que mayor influencia ejercieron y a ellos nos vamos a limitar en nuestro comentario introductorio al asunto. El problema de las generaciones, sostendría Mannheim, debe ser tomado en serio. Pensaba que su análisis podía aclarar con más exactitud «la acelerada transformación de los fenómenos del presente inmediato» —escribía en 1928—. El tema era, según él, esencialmente sociológico, pero marcaría el paso a una «sociología histórica aplicada». De manera muy lúcida, aseguraba que las generaciones no pueden entenderse como «el desarrollo de grupos concretos». La conexión generacional, justamente, es distinta y contrapuesta al desarrollo específico del «grupo social» delimitado por parámetros mucho más fáciles de identificar y definir. No se trata, pues, de algo como las familias, tribus o grupos de creencia. No constituye una comunidad ni una asociación, según la terminología de Tönnies[12]. En este sentido, un concepto como el de «situación de clase» sería ejemplo de situación de grupo mucho más concreta que la de «grupo generacional». No obstante, éste tiene propiedades que pueden ser comprendidas y descritas.

La pertenencia a una generación, a su vez, sitúa también al individuo en una «posición» o «situación» social particular. Se pertenece a una generación, como se está integrado en un estrato social o se vive en un momento histórico determinado, aunque no se haya generado una conciencia particular sobre ello. No obstante, mientras la clase se fundamenta en la existencia en la sociedad de una estructura económica y de poder en continua transformación, la generación se basa primordialmente en el «ritmo biológico del "ser ahí" del hombre», dirá Mannheim, utilizando una terminología tomada de Heidegger. Sin embargo, su relevancia es, en definitiva, algo que está fuera completamente de la esfera biológica y el olvido de esto es el error fundamental de las teorías naturalistas y, añadiríamos por nuestra parte, también de todas las teorías «exclusivistas» del cambio histórico que pretenden explicar éste tomando como eje el cambio generacional. En todo caso, para Mannheim, la «situación de clase» y la «situación generacional» tienen algo en común. Cada una de estas posiciones tiene una «tendencia inherente».

Las generaciones se renuevan. «Nuevos portadores de cultura» irrumpen continuamente en la sociedad, mientras que, inversamente, salen también otros de forma constante. La renovación generacional y, por consiguiente, de las formas culturales, es permanente. Por el contrario, los cambios o rupturas generacionales no son un fenómeno constante, o del mismo valor siempre. Además, el mero hecho de la contemporaneidad cronológica no crea por sí mismo las afinidades generacionales; la clave está en las experiencias históricas comunes. Hay aquí una coincidencia básica con las posiciones expresadas casi al mismo tiempo por Ortega. La sucesión generacional queda condicionada también por la necesaria transmisión constante de los bienes culturales. Ello lleva al nacimiento de una *tradición*[13], lo que hace que las nuevas generaciones se eduquen en el universo de valores creado por aquellas que las reciben. Ahora bien, se genera siempre un momento en el que existe una clara posibilidad de que ese universo de valores que una generación construye sea puesto en cuestión y puede que hasta rechazado. Es entonces cuando la nueva generación «está verdaderamente *presente*».

Mannheim insistiría luego en la diferencia entre la «posición» generacional y la efectiva «conexión» generacional[14], de la misma manera que debe distinguirse entre posición de clase y clase constituida. La conexión le parecía que debía dilucidarse a partir de «la participación en el destino común», una conceptuación que nuestro autor había tomado igualmente de Heidegger. Sin embargo, ésta es, a nuestro juicio, la parte menos convincente de todo el estudio, que no aporta, además, ninguna evidencia empírica. La participación en tal destino no es como tal una «necesidad» histórica. Por el contrario, es interesante la idea de que, dentro de las conexiones generacionales efectivas, pueden distinguirse «unidades generacionales» que son los conjuntos de individuos unidos en la conexión generacional, pero que, de forma particular, «siempre emplean las vivencias» en un determinado sentido. Esto podría explicar, puede añadirse, por qué en el seno de una misma generación se dan, por ejemplo, posiciones políticas dispares. Lo que condiciona esa unidad generacional son «las fuerzas formativas que la configuran» y, lógicamente, una acción histórica concreta, un «agitarse juntos». Tales unidades generacionales son las que seguramente se configuran en forma de grupos cohesionados por otro tipo de fuerzas extrageneracionales.

Por último, es de destacar que Mannheim no creía en modo alguno en el determinismo de las generaciones. «Cada posición generacional no tiene por qué corresponderse con una configuración y una tendencia formativa que le sean propias»[15]. El error de la mayoría de las teorías de las generaciones es el de pretender encontrar una correlación determinante entre uno y otro hecho, el natural y el social. La inevitabilidad del recambio generacional biológico

sólo acarrea la posibilidad, no la necesidad, de «enfrentarse genéricamente con las *entelequias* generacionales». Es la dinámica social, la que resulta determinante. Mannheim insistía enfáticamente en la necesidad de distinguir entre *posición, conexión* y *unidad* generacionales. «El investigador sólo puede hacerse cargo de las transformaciones atribuibles al factor generacional cuando previamente ha distinguido todas las modificaciones atribuibles al dinamismo histórico-social»[16]. Nada más clarividente.

Como otros tratadistas de las generaciones, Mannheim no dedicaba, sin embargo, la atención deseable, aunque los señalase, a los efectos que se derivan de la *contemporaneidad* o *coetaneidad* de generaciones diversas. No se detenía en las formas de interacción, el conflicto, la solidaridad o la ruptura intergeneracional, ni en el movimiento relativo de las generaciones mientras coexisten, es decir, en un presente concreto, habida cuenta de la posición que cada una de ellas ocupa en ese momento: *sucesora* —es decir, la más joven— para pasar luego a ser plenamente *activa* y de ahí a *antecesora.* Por el contrario, Mannheim individualizaba perfectamente el fenómeno del «cruce» de realidades sociales como la clase, la ideología y la generación, y otras, sin profundizar, sin embargo, en las múltiples consecuencias sociales e históricas de tal cruce.

El autor volvería de nuevo al tema, aunque de manera mucho más breve, en su obra más conocida, *Ideología y Utopía.* Insistiría allí en que son la clase y la generación las dos profundas bases sociales determinantes del pensamiento y la ideología. Si, de una parte, la clase mantiene a las personas unidas «por las circunstancias semejantes de vida sobre la esfera social extensiva», de otra, una «concepción racionalizada de la historia... dota de continuidad a las generaciones que crecen de continuo en condiciones sociales semejantes»[17]. Entre las muchas bases posibles de la existencia colectiva «de las que pueden nacer interpretaciones del mundo diferentes» se puede señalar la «correlación entre las generaciones cuya situación es diferente». La «dialéctica de las ideas» se convierte «en el movimiento rítmico de la historia al ser afectada por la competencia y la sucesión de generaciones»[18]. Es aquí, pues, donde Mannheim repara en el problema de la correlación, la competencia, la interacción, en suma, de las generaciones.

El otro de los grandes planteamientos del tema de las generaciones en la primera mitad del siglo XX fue, sin duda, el de Ortega y Gasset, ampliamente difundido también, de origen algo anterior al de Mannheim pero completado posteriormente[19]. La tesis de Ortega podría calificarse de visión generacional de la historia o bien de visión historicista de las generaciones. Una de sus tesis clave es que «la generación, compromiso entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne

sobre el que ésta ejecuta sus movimientos»[20]. Otro de sus pronunciamientos centrales es que «el conjunto de los que son *coetáneos* en su círculo de actual convivencia es una generación. El concepto de generación no implica, pues, primariamente más que estas dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital»[21].

En otro sentido, la concepción orteguiana tiene la originalidad de considerar que lo que caracteriza a una generación no es estrictamente una fecha, con lo que rechaza también el criterio estrictamente biológico y cronológico, sino su aparición en una «zona de fechas», es decir, en un espacio cronológico que tiene su propia entidad y que determina una convergencia de experiencias históricas. Los miembros de una generación tienen una fisonomía común, tienen ciertos caracteres típicos que la diferencian de la generación anterior. Ortega se esfuerza en sus tratamientos en definir la significación de las generaciones como causa y como sujeto de las «sensibilidades vitales» distintas con las que las épocas históricas se presentan. Las generaciones constituirían, además, las «retículas» a través de las cuales la cronología de la Historia sería algo más que mera expresión de fechas para ser una sucesión de «épocas».

El papel histórico de cada generación, cuyo momento de efectividad máxima en cada una de ellas, lo situaba Ortega en torno a unos *quince años* —tanto Dilthey como Mentré, por ejemplo, estimaban el periodo efectivo de influencia de una generación en unos treinta años—, es definido con claridad: «el sistema de vigencias en que la forma ambiente de la vida humana consiste, dura un periodo que casi siempre coincide con los quince años. Una generación es una zona de quince años durante la cual una cierta forma de vida fue vigente». Ésa sería, pues, la época de vigencia de la entelequia de una generación activa. La generación sería, pues, la unidad concreta de la auténtica cronología histórica o, dicho de otra forma, la historia avanza y procede por generaciones[22]. La sucesión de las generaciones es, por tanto, según Ortega, fundamental para explicar la vida histórica.

Para Ortega, era una cuestión sustancial, en consecuencia, la existencia y la función de las generaciones en la Historia como un hecho natural, constitutivo, objetivo e inmediato, de forma que el cambio histórico se explica muy ceñidamente en función de la existencia, la sucesión y la actividad de las generaciones como proceso o situación necesarios y universales. En ciertos seguidores de las posiciones de Ortega, esta visión llega a extremos de absoluta unilateralidad y, en consecuencia, de absoluto mecanicismo[23].

En nuestra opinión, sin embargo, coincidente en general con las posiciones de Mannheim sobre el caso, considerar que la generación es un hecho central como motor del devenir y del cambio histórico es una proposición

desacertada. El motor de la historia, si es que esa expresión tiene sentido, no es la sucesión generacional porque ésta sólo en lo biológico tiene el sentido de «cambio necesario», mientras que el cambio sociohistórico es aleatorio, no necesario. La sucesión de las generaciones como entidades históricas no puede elevarse a la categoría de «ley histórica», como ya discutió Mannheim. Hay en el lenguaje de Ortega resonancias del pensamiento positivista también en la búsqueda de una ley histórica, junto a una filosofía vitalista y elitista, escasamente atenta a las determinaciones sociales, que habla de «sensibilidad vital», «estilo de vida» o «espíritu de una época», conceptos etéreos con escasas posibilidades de conversión a constataciones empíricas.

La idea de *experiencia común* como sustrato que hace inteligible la entidad histórica de la generación es, ahora sí, útil y operativa para delimitar un espacio histórico, aunque los protagonistas rara vez tienen una conciencia explícita de ello, y nos suministra un criterio más dinámico y susceptible de comprobaciones concretas. Pero no puede afirmarse sin más que «el periodo de los cambios históricos» esté determinado por la edad, como asevera Ortega. La edad de los sujetos no puede ser tenida en forma alguna como determinación causal de los cambios, lo mismo que el protagonismo en éstos no puede atribuirse tampoco a un determinado grupo de edad. Su importancia comprobable estriba en que la edad o la generación inducen determinados componentes de «conciencia histórica» diferenciados.

En definitiva, después de estas precisiones sobre el concepto de generación y sus derivaciones, se hace ya inevitable una pregunta central: ¿cuál es la utilidad heurística de la realidad de las generaciones para el análisis del *cambio histórico*? ¿Son, tanto las generaciones como la acción intergeneracional, realidades que puedan ser puestas en el mismo plano científico que otros factores explicativos de las acciones históricas? Cabe decir que entre esos otros factores del cambio figurarían el progreso económico, la innovación tecnológica, las necesidades «ecológicas», la disputa del poder, la hegemonía de grupo o clase, o la mutación cultural. Y que, por supuesto, toda impulsión al cambio histórico tiene su raíz en un cambio de los significados que individuos y grupos atribuyen al mundo que viven[24].

El cambio generacional no puede tenerse sino por un factor aleatorio, contingente, en todo proceso de cambio sociohistórico más o menos global. No parece sostenible que el mecanismo de las generaciones pueda tenerse, en manera alguna, por el soporte principal, ni menos aún único, de una teoría explicativa de los cambios sociales e históricos[25]. Y ello, fundamentalmente, porque las diferencias generacionales como variables biológicas no son factores *necesarios* de cambio en el mismo grado en que lo podrían ser los otros enumerados. Ni tampoco podrían serlo las generaciones sociales, dado que la

eficacia histórica de éstas es, como dijera Laín Entralgo, un *suceso*, aleatorio por tanto, y no la expresión de una *ley*[26].

La categoría social e histórica de *generación* ni suplanta, ni oscurece o elimina, otras situaciones y dimensiones presentes en la trama o estructura de las relaciones sociales que son decisivas para entender el funcionamiento de la sociedad. La pertenencia a edades distintas y, eventualmente, la conciencia generacional, es una más entre las dimensiones y fuerzas que contribuyen a dar su carácter preciso a las estructuras y relaciones sociales en una determinada coyuntura. La situación generacional es un factor entre los muchos que pueden y deben aducirse a la hora de explicar procesos sociales e históricos. Se combina y cruza con otros, como la clase, el género (dentro de una generación siguen existiendo, obviamente, diferencias entre los géneros), la religión, la procedencia territorial, la riqueza, el poder y la influencia, que atraviesan toda sociedad. Como advirtiera Mannheim, la generación demográfica desempeña, y la social puede desempeñar, un papel vertebrador pero siempre junto a otros distintos factores sociales.

La generación interviene también como una dimensión posible en la creación de identidades. Puede hablarse de una cultura generacional y es una fuente de experiencia al tiempo que una forma de contraste de las experiencias mismas, de la relación, solidaria o conflictiva —«conflicto de generaciones»—, entre sectores o agrupamientos sociales que tienen también, desde luego, otras formas de confrontación no menos importantes. Junto a otros tipos de categorías, la de generación es quizá menos evidente y delimitada, pero es la que parece contener una superior *referencia a lo temporal*, superior, sin duda, a la de aquellas otras determinaciones sociales que están enteramente al margen de los condicionamientos biológicos del individuo.

Pero si, en último extremo, las generaciones no son capaces por sí mismas de sostener una explicación global del cambio sociohistórico y no constituyen más que un mecanismo entre otros para analizar determinados procesos temporales localizados, conviene refinar la pregunta de la que partíamos: ¿dónde reside, pues, la utilidad o la operatividad de la idea de generación aplicada más en concreto a la clarificación de la naturaleza precisa del *presente histórico?* Creemos, por el contrario, que en este caso el auxilio del recurso a la explicación generacional si presenta una particular eficacia. Ahora bien, y esta precisión es importante, tal utilidad no estaría basada en la relevancia del hecho de la sucesión generacional, sino que lo que debe establecerse desde ahora también, de manera definitiva, es que las generaciones sociales aportan especialmente a la fundamentación de la historia del presente una realidad relevante sobre todas: la de *coexistencia intergeneracional*, al tiempo que es mucho menos importante, aunque no indiferente, la *sucesión de las generaciones.*

Mientras la aparición o desaparición de generaciones son fenómenos insoslayables, sin duda, pero de cuya presencia sucesiva pueden esperarse efectos de cambio de forma sólo aleatoria, el hecho de que en cada momento histórico *conviven necesariamente* generaciones distintas es, por el contrario, una realidad de la que se derivan efectos *necesarios* también, aunque se trata de un fenómeno que ha llamado menos la atención de los estudiosos. De la misma forma, es también sumamente importante que cada generación demográfica, y más aún cada generación social, vive un presente *propio*, ligado siempre, no obstante, al presente de las otras, con el que durante un lapso de tiempo —mensurable por la propia vida media de la generación— se solapa. Este hecho es el que aporta la máxima ayuda para la percepción del presente histórico, que tiene siempre como fundamento la convivencia temporal de generaciones distintas y con presentes particulares. Un presente histórico es, pues, en último extremo, el resultado del entrecruzamiento de presentes generacionales.

Generaciones, sucesión e interacción

Para que las generaciones desempeñen un protagonismo histórico deben percibirse en alguna manera como realidad social que afecta y homogeneiza a un colectivo particular y, en consecuencia, deben manifestarse explícitamente en la vida social e histórica y diferenciarse en su posición relativa frente a las que les precedieron o les sucederán. De esta manera, se crea un peculiar engarce entre dos fenómenos distintos en cuya realidad hemos insistido, *sucesión* e *interacción*. En efecto, las generaciones se suceden unas a otras, pero igualmente conviven entre sí en un largo lapso temporal de la existencia de cada una. Como ya hemos señalado, la atención de los tratadistas de la filosofía, sociología o psicología de las generaciones —y de los historiadores que se han inspirado en todo ello— se ha dirigido mucho más hacia el hecho de la sucesión generacional como creadora de cambio que al de la coexistencia e interacción como definidoras de un cierto espacio histórico, que no puede ser otro que el espacio del presente.

Tras los estudios de Mannheim o de Ortega, las generaciones han sido enfocadas también desde la filosofía y la sociología de inspiración fenomenológica, con aportaciones que interesa aquí destacar al tiempo que discutir. Nuestra posición es que para la definición del presente histórico importa analizar a fondo el hecho de la convivencia de generaciones en cada espacio temporal, pero ello no puede hacerse tampoco desligándolo del todo del asunto de la sucesión.

Una tesis importante sobre el papel de la sucesión generacional y su derivación histórica fue la formulada en la obra sociológica ya comentada aquí de Alfred Schütz. Si las elaboraciones de Schütz, que nunca enfocó la cuestión generacional por sí misma sino en el contexto de la construcción de los *actos sociales significativos*, interesan aquí es, sencillamente, por dos extremos precisos: por su peculiar idea de la *contemporaneidad* y por el contraste que sus posiciones representan respecto de las mantenidas por nosotros, puesto que las suyas llevan a considerar imposible que pueda hablarse de un presente que sea histórico, precisamente en función del mecanismo de sucesión generacional.

Schütz juzgaba que en el mundo social se produce una articulación de situaciones temporales de los sujetos en torno a los *contemporáneos,* los *predecesores* y los *sucesores*[27], lo que nos lleva a la idea de la convivencia de *tres* generaciones. Pero, de hecho, lo que ocupaba directamente su análisis era la sucesión, dando la impresión de que la creía un fenómeno absoluto marcado por la discontinuidad y la ruptura: los contemporáneos tienen unos predecesores por el hecho de que «cuando una generación deja su lugar a la siguiente, los *consociados* se transforman en predecesores y los sucesores en consociados»[28]. Los consociados son, precisamente, los miembros de una generación que tienen entre sí unas relaciones particulares, unas vivencias comunes. El movimiento de las generaciones, de forma que cada una va ocupando en el tiempo la situación de la que le precedió —en el orden sucesora-consociada-predecesora—, es expuesto de manera luminosa, pero ese «dejar su lugar» sugiere que no hay una referencia clara a la idea de convivencia. Otra noción importante de Schütz es la de que una relación generacional sólo podría producirse mediante la relación cara-a-cara entre sujetos. La relación con los contemporáneos no pertenecientes a la generación es «anónima».

El problema fundamental del planteamiento de Schütz es su insistencia en que los predecesores son cosa absolutamente del pasado, lo que parece representar que una generación no deja paso a la siguiente sino cuando desaparece. La comunicación entre generaciones es asimétrica. Ninguna generación puede influir en su predecesora, si bien, por el contrario, «cualquier experiencia de mi predecesor está abierta a mi interpretación en función de las características de la experiencia humana *en general*»[29]. De esta forma, sólo se plantea la sucesión de generaciones en su efecto histórico a largo plazo. Por ello es posible la Historia, pero el *presente* no podrá formar parte nunca de la historia, porque nunca podrá haber una relación fluida con los predecesores. El conocimiento del mundo de los predecesores llega a través de los signos, nunca de forma inmediata, sostiene. Sólo los predecesores quedan efectivamente en el mundo de la historia. Pero lo mismo que el individuo interpreta sus vivencias de maneras diferentes en momentos diferentes, el historiador

mira la historia «desde su propia experiencia del mundo social». Schütz no es en forma alguna una ayuda para una concepción de la *historia del presente*, pero sí lo es para la exploración del mundo de la experiencia.

Por su parte, Paul Ricoeur, en los pasajes que dedica en su extensa obra al tema de las generaciones, recoge la influencia de Schütz aunque recurre también a Mannheim. La «idea de la *sucesión de las generaciones*» es para él uno de los elementos de la refiguración del tiempo que produce la Historia, a través de la conexión que se opera en el «triple reino de los contemporáneos, los predecesores y los sucesores» [30]. Los integrantes de ese reino actúan de conectores o mediadores entre el tiempo vivido y el tiempo universal, o tiempo físico. Ricoeur concede también atención al planteamiento, tomado de Schütz, del mecanismo para el paso de la experiencia personificada a otra anónima, siendo las generaciones el vehículo de tal traspaso. Según él, «el sucederse de las generaciones sirve de base, de una u otra manera, a la continuidad histórica, con el ritmo de la tradición y la innovación» [31].

Una vez más, se refleja aquí igualmente la valoración del fenómeno de la sucesión de generaciones, por encima de la coexistencia de ellas. De Mannheim tomará Ricoeur igualmente la idea de situación generacional, de pertenencia a una generación, afirmando que aquel autor habría introducido el criterio *durativo* de las generaciones a través del juego constante entre la estratificación y la sustitución, que Mannheim identificaba con la entrada y salida en el mundo de portadores de cultura[32]. Señalará, por último, que la contemporaneidad entre los hombres no significa compartir experiencia: del simple contemporáneo no se posee experiencia inmediata[33]. Tal experiencia inmediata sólo se tiene del congénere o consociado, es decir, de quien comparte la misma generación. Una idea que, desde el punto de vista histórico, no es compartible.

Desde ese punto de vista en concreto, los planteamientos más interesantes son seguramente los de R. Koselleck. Afirma este autor que los estratos del tiempo se encuentran referidos «a la experiencia acumulada de individuos o generaciones contemporáneas» [34]. Sin embargo, hay tiempos históricos que sobrepasan en su duración la experiencia de una generación. Las experiencias en el largo plazo pueden ser transmitidas y conforman concepciones del mundo que cambian lentamente. *Generatividad* es el término empleado por Koselleck para designar el hecho de «la realidad y la actividad de las generaciones en su sucesión diacrónica» [35].

Koselleck apunta también la aportación nueva que cada generación hace al proceso histórico, lo que acarrea exclusiones, es decir, rechazos de obras anteriores. «Sin esas exclusiones ninguna historia es pensable», añade; «los cambios y choques generacionales son constitutivos por antonomasia del

horizonte temporal finito». Aunque el autor tiende también a absolutizaciones que no compartimos, es aceptable su afirmación de que «las experiencias son específicas de cada generación y, por tanto, no transmisibles inmediatamente», lo que supone que se producen fracturas. En el sentido afirmativo de la ruptura, las fracturas entre generaciones son susceptibles de superación mediante el establecimiento de puentes, pero no siempre sucede así. Existen muchos procesos institucionalizados para que las generaciones nuevas se acoplen a una socialización dirigida por las ya instaladas. Pero «el rechazo generacional constituye uno de los presupuestos elementales de toda historia que va madurando»[36].

Estas reflexiones abren una vía en la cual no parece aventurado mantener que ciertos «impulsos generacionales» cobran gran relevancia cuando se dirigen precisamente a la discusión de la experiencia clave de la generación anterior. Suele hablarse entonces de la presencia de un «relevo generacional». Pero, por no tratarse de grupos articulados, y menos aún institucionalizados, las generaciones no necesitan que esa identidad que las individualiza se base especialmente en la coincidencia de intereses ideológicos o de otro tipo, ni, por supuesto, en solidaridades de clase. Una generación puede presentarse escindida por diversos tipos de rupturas. La identidad posible de una generación tiene raíces *temporales, vivenciales, históricas*, en definitiva, en las que suelen basarse tal tipo de construcciones identitarias.

El impulso generacional, en fin, puede promover solidaridades entre los individuos y condicionar sus relaciones, pero es una más, y seguramente no la más potente, de las intermediaciones posibles. El motor generacional de la acción es, desde luego, un extremo mucho más mencionado que estudiado a fondo. Ciertos comportamientos de las relaciones sociales, sobre todo aquellos que se presentan en la instancia de la cultura, pueden aclararse a través de movimientos generacionales, pero nunca de forma aislada ni exclusiva, como ya hemos señalado antes. El funcionamiento del mercado, la situación de clase, la lucha por el poder, los movimientos nacionales, las formas de la comunicación y la construcción de identidades, tienen, sin duda, importantes componentes generacionales, que no siempre son fáciles de detectar e individualizar.

Ahora bien, el hecho de que un presente histórico recoja realmente la experiencia de una generación y sus relaciones, en lo que insistiremos más adelante, y de que el punto culminante de ella esté representado por el testimonio de la *generación activa* en cada uno de esos presentes, el hecho de que el sistema de coexistencia en cada una de las situaciones por las que discurre la generación sea una perpetua dinámica de sucesiones, obliga a detenerse algo más en el problema mismo de la *sucesión generacional*, que hemos menciona-

do, porque, como decimos, tampoco es posible entender la coexistencia sin la idea correlativa de sucesión. Y es que, como consecuencia de ello, la sucesión generacional adquiere su sentido en otra dimensión del presente histórico: en la *sucesión* o sustitución misma de unos presentes por otros.

Cuando una generación vive la etapa primera de su vida, la que la caracteriza como generación sucesora, o generación más joven, convive con otras dos, la activa y la antecesora. Cuando aquella primera pasa a ser activa, la que era antecesora en la etapa anterior habrá normalmente desaparecido, y la que era activa pasará a ser ahora antecesora y habrá aparecido una nueva generación sucesora. Cuando la primera de la que hablamos llegue a la situación de antecesora, la anterior sucesora será activa y habrá aparecido una nueva sucesora. Este flujo será permanente y el sistema de coexistencia de generaciones estará sometido a una perpetua dinámica. Una misma generación conocerá tres sistemas de coexistencia, pero el recorrido por los tres constituirá la historia de *su* presente. La configuración generacional decisiva que un hombre adquiere, que tenderá a la permanencia pero que no será inmutable, desde luego, comienza a dibujarse con los sucesos de juventud, desde los que se crea una especie de «imagen natural del mundo».

Inevitablemente, como ley de vida, toda generación antecesora en una determinada situación histórica acabará desapareciendo y en ese flujo la estructura existente de la convivencia generacional experimentará un decisivo cambio. Ahora bien, la sucesión no es nunca *absoluta*, como decimos, ella misma es un flujo continuo. Por ello, una generación concreta, sus componentes, «sólo participan en un periodo del proceso histórico temporalmente delimitado», diría Mannheim[37], observación de la que pueden extraerse dos lecturas. Primera, que la vida de una generación es el lapso más comprehensivo de una historia del presente, desde el momento mismo en que la historización de la experiencia es capaz de hacer funcionar *como* presente una experiencia total distendida en la duración completa de una vida. Segunda, que toda generación tiene también un tiempo limitado en su condición de generación *activa*, aunque ésta sea una conceptuación que Mannheim no maneja. En ese tiempo limitado vive unos mismos sucesos.

En todo caso, es necesario señalar en relación con ello que el fenómeno clave en lo que nos importa no es, seguramente, la *sustitución* de las generaciones sino la permanente dialéctica entre ellas. Es un hecho estructural evidente que las generaciones, expresión acabada de la sustitución biológica de unos hombres por otros según el ciclo vital, y de la sucesión del tiempo histórico, no son de manera absoluta *sucesivas.* No tienen sentido si se las piensa como oleadas de hombres que reemplazarían enteramente a la oleada de una «zona de fechas» anterior. Por el contrario, las generaciones, con independencia de

encerrar un ritmo estadístico de sustitución, *conviven*, *coexisten*, se solapan e interactúan. El hecho de que en cada momento histórico convivan varias generaciones tiene consecuencias históricas, y de otra índole, de importancia nada desdeñable.

Tales consecuencias son, entre otras, la de que tal coexistencia y sus modalidades, el exacto juego entre coexistencia y sustitución y el trasvase de experiencias entre generaciones *vivas*, así como la producción de acontecimientos en que se manifiesta esa relación, nos auxilian decisivamente para cualificar la idea de *presente histórico*. Pero antes de adentrarnos en explicar en qué manera puede definirse de forma operativa el presente histórico a través de la interacción generacional, debemos prestar alguna atención de nuevo a la categoría histórica de la *coetaneidad* definida también por las generaciones, dado que la historia de «lo coetáneo» es correlativa a la percepción de ese presente histórico.

Presente histórico y coetaneidad

En lenguaje algo más preciso, la expresión *coetaneidad* recoge el sentido de categoría temporal bajo la que se agrupan quienes *viven* una misma historia. En efecto, esa misma historia la comparten en comunidad sujetos que tiene experiencias temporales de distinta duración en lo vital y lo histórico. La historia *vivida* por la sociedad global implica, pues, con carácter discriminatorio, el hecho de ser una historia de grupos en los que se incluyen las generaciones coexistentes, mientras quedan excluidas las de los predecesores ya efectivamente desaparecidos y los sucesores no aparecidos aún. Los predecesores y sucesores son tal cosa en sentido absoluto sólo en cuanto están insertos en historias distintas de la de los coetáneos. La de los primeros es la historia-pasado, y, en tal sentido, son nuestros ancestros o antepasados. La de los segundos es una historia por venir, una historia que aún no es. *Coetáneos*, sin embargo, no son sólo los *consociados* o miembros de la misma generación, sino que, en el orden histórico, lo son los que pertenezcan a generaciones distintas en cuanto que conviven con las demás bien formen parte de la generación *activa* o central, o bien de la predecesora o la sucesora existentes en una coyuntura histórica precisa.

Parece pertinente preguntarse ahora qué debe entenderse exactamente por coetaneidad como forma particular de la experiencia de la temporalidad. El adjetivo «coetáneo» nos habla, en efecto, de la estricta simultaneidad temporal en el desenvolvimiento o en la presencia de dos o más realidades distintas que tienen entre ellas alguna forma de relación, contacto o correlato[38]. Los

hombres, las cosas y los procesos tienen una *aetas*, y entre diversos hombres, cosas y procesos, puede darse la *co-aetas*, la coincidencia de edad histórica. Esa coincidencia, la de las realidades que viven un mismo tiempo, nos lleva a lo coetáneo en el sentido social e histórico, es decir, a la coincidencia de varios procesos sociales, y de sus sujetos, en el tiempo.

Pero en la vida social es evidente que la mera simultaneidad no es suficiente para definir la coetaneidad, sino que ésta se materializa cuando hay coincidencia de contenidos más sustantivos que ligan entre sí las realidades sociales coincidentes en el tiempo. Y esto es lo que abre la posibilidad de una «historia de lo coetáneo», concediendo a la coetaneidad, que es siempre una percepción relativa y relativizada, el significado de un momento histórico entre otros, pero ligado siempre a un presente. La pretensión de instituir una historia de lo coetáneo tiene, a su vez, dos vertientes. La que tiende a consolidar la idea de que existe una *historia vivida* y no únicamente una historia-pasado heredada, no vivida; la idea de que lo coetáneo es también historia. La otra orientación atiende más a la cultura pública de la historia: es posible una *historia construida*, registrada, que está siendo objeto de discurso historiográfico al tiempo que se vive, que se escribe en el presente y sobre el presente.

La *coetaneidad* como forma de discurrir de una historia mantiene su carácter plenamente categorial al aplicarla a la *historia vivida*. Cuando se habla de historia del presente sólo es operativo el concepto de *coetaneidad* en su preciso significado de *participación en una misma historia* con independencia de la generación a que se pertenezca. Coetaneidad es, en definitiva, el concepto que expresa la percepción clara que tienen los sujetos, primero, del «acortamiento del tiempo» y, después, de una cierta forma de solidaridad entre las generaciones. No obstante, en una consideración de mayor profundidad histórica, se refiere al hecho de que un presente, lejos de ser una determinación cronológica, es una categoría basada en la experiencia de sujetos que viven juntos un mismo tiempo al que cualifican las mismas referencias culturales exteriores e interiores y relativismos y conexiones de todo orden.

Lo coetáneo es ahora una especificación más precisa de lo contemporáneo, es una restricción del sentido de ese vocablo para aplicarlo a una realidad más delimitada y más inmediata. Coetáneo es aquello de lo que existe una experiencia directa en cada sujeto, algo no transmitido sino vivido. Es siempre por su naturaleza una realidad relativizada, referida y medida por algo externo, una definición temporal nacida de lo subjetivo, pero objetivable. Lo que se expresa de esta forma es más que un tiempo vivido una cultura compartida. Los presentes tienen una definición biológica, pero también, en mucha mayor medida, cultural. Al asumir su propia historia, el individuo, en realidad, la hace coetánea, «ajusta sus cuentas» con el pasado, personal y colectivo, se

procura una identificación y pretende singularizarla inventando su propia biografía.

En términos generales, puede hablarse de la convivencia de tres generaciones, que si no equivalen exactamente a las tres zonas de los 20, 40 y 60 años precisadas por el propio Ortega, sí representan una presencia social a través de tres formas de intervención en las relaciones sociales: la generación *en formación*, la generación *activa*, y la generación *inactiva* o de ciclo activo periclitado (*pasivo*). La virtualidad histórica de una idea de presente que tiene en cuenta la coetaneidad de generaciones distintas descansa sobre la presencia de esas tres posiciones de edad. Sólo estas generaciones vivas y coexistentes constituyen el objeto de una historia de lo coetáneo. Coetaneidad es un término de adecuada claridad en su significación al referirse a la simultaneidad del tiempo compartido *entre generaciones*, a la coexistencia temporal de tres generaciones al menos, que es la realidad generacional que, en último análisis, interesa tener en cuenta. La coetaneidad, sin embargo, tampoco presupone ni permite la ruptura con el pasado no vivido de forma directa; más bien lo integra necesariamente.

Para la identificación de un presente histórico con una precisa coetaneidad de individuos y generaciones, hay que tener en cuenta que el término coetáneo por sí mismo no discrimina a los sujetos por sus edades o generaciones. La coetaneidad es un fenómeno referido a una temporalidad global que aúna en sí temporalidades diversas, sobre la que se construyen múltiples relaciones sociales e históricas. Por tanto, si era plenamente atinada la observación de que la mera coetaneidad entre individuos (en el sentido de similitud de la edad biológica) «no basta para constituir posiciones generacionales afines»[39], también lo es de que tampoco está referida a una única generación. Lo importante es, en nuestra opinión, que el concepto de coetaneidad se basta a sí mismo para expresar perfectamente la idea que consideramos aquí básica: la existencia de una situación histórica caracterizada por la convivencia de generaciones anteriores y posteriores y en la que se produce, por tanto, una *estratificación de la vivencia*, como diría Schütz. Las vivencias no son, obviamente, independientes de la edad y se estratifican según aquélla.

La edad, que conlleva una diferenciación obvia en los contenidos de experiencia, en las «mentalidades» y en las capacidades para la acción social, sobre la que descansan muchos procesos específicos y temporalizados de las relaciones sociales, como dijese Eisenstadt, determina en mayor o menor grado los comportamientos personales y sociales y se encuentra en el origen de algunos movimientos sociales potentes. El caso de los movimientos juveniles es el más evidente, aunque también afecta a las corrientes intelectuales y a un importante número de comportamientos pautados. Unas generaciones

y otras pueden vivir conjuntamente ciertos hechos, pero éstos no son igualmente recibidos o interpretados por cada una de ellas. La «memoria generacional», de la que hablaremos más adelante, es otro componente explícito de esta situación. El espacio de una generación no es nunca algo aislado, sino siempre relativo a las generaciones convivientes. La conciencia de presente de la generación activa se crea en una dialéctica más o menos tensa con las otras generaciones, con la anterior y la posterior. El presente es coetaneidad no sólo en cuanto que temporalidad, sino tanto o más en cuanto que es relación directa. En cualquier caso, debe entenderse que hablamos en el terreno de la aproximación indicativa. Con esta descripción no se trata de definir momentos históricos de cada generación, sino de estudiar la composición de la sociedad desde el enfoque del *cruce de generaciones.*

La coetaneidad es, pues, una categoría demográfica pero también histórico-social que, a fin de cuentas, desborda claramente el campo de lo generacional y nos presta ayuda, puesto que representa una especificación útil en cuanto soporte de una determinada percepción del tiempo social. El relativo distanciamiento entre la simbología de lo coetáneo y la actividad de las generaciones no hace sino potenciar tal utilidad. Ello espolea a insistir aún en que un presente no tiene contenido *cronológico* sino *coexistencial.*

La idea de coetaneidad, en resumen, definida en el sentido que exponemos, no es separable de la existencia de edades y generaciones distintas en cada *presente histórico*, pero su utilidad no se refleja sólo en el sentido en que la hemos destacado hasta ahora, sino también en otro de pareja importancia: el de su presencia también en la historia *registrada.* Una historia del presente *escrita*, para ser tal, deberá ser coetánea de la historia vivida. O, en otros términos: será escrita por los mismos que la viven y al tiempo que es vivida, o que se integra en la experiencia total del sujeto. Por aquellos que pueden entender como historia, como *su* historia, su propia experiencia de convivencia y que son capaces de hacer de ella una construcción intelectual, cultural y moral.

En este sentido, la historia del presente ha sido definida con mucha pertinencia como «la compuesta por acontecimientos o fenómenos sociales que constituyen recuerdos al menos de una de las tres generaciones que comparten un mismo presente histórico»[40]. Se trata de una formulación que, si bien imprecisa en algún respecto (el concepto mismo de *recuerdos*), tiene una excelente virtualidad: la de fijar un campo suficientemente explicativo de lo que constituye el presente histórico, es decir, el espectro de los contenidos de experiencia de las tres generaciones que conviven en un presente, el más amplio de los cuales será, naturalmente, el de la generación de mayor edad. Lo que abarca un presente, y aquello que debe ocupar el discurso histórico

que lo registra, es la amplitud temporal de la experiencia de las generaciones vivas, contenida en el reservorio de la memoria. En la delimitación de ese campo temporal, *cronológico* por analogía, si se le quiere llamar así, es donde la idea de generación y más aún la de coexistencia de generaciones cumple su más importante función.

Pero esta realidad decisiva, a nuestro juicio, puede ser vista desde una vertiente distinta que desarrollaremos después con mayor amplitud: el tiempo que dura una determinada coexistencia de generaciones tiene que ser medido *con referencia central a una de ellas.* Un presente histórico es también, como ha reflejado justamente algún autor, *el tiempo de la vida de una generación*, marcado, sin embargo, indefectiblemente, por la convivencia con, al menos, otras dos: la que le precede y la que le sigue. Esta generación vivirá en coetaneidad con la que le precedió, la que la engendró, durante un lapso de su trayectoria y empezará a vivir, a su vez, en un determinado momento, otra coetaneidad con la que está llamada a sucederle, la que ha engendrado ella misma. Desde estas perspectivas es posible definir de forma operativa para el historiador cuál sea el campo y el objeto historiográfico de la historia del presente, de la historia de los coetáneos.

La idea recogida por la historia del presente contiene el sentido de las palabras *contemporáneo* y *coetáneo* en su significación originaria y etimológica y se olvida de la idea de contemporaneidad como una etapa histórica de cronología determinada, la europea especialmente. Muchos tratadistas de las generaciones han elucubrado ampliamente sobre la distinción entre los dos términos, como fue el caso de Ortega. Lo único que interesa retener de ellos es la idea, introducida por Pinder, de la no-contemporaneidad de los contemporáneos, es decir, el hecho de que quienes viven en común no coinciden en sus edades y tampoco, por tanto, en los contenidos temporales de sus experiencias. Pero el contenido de la palabra «contemporáneo» es hoy tan polisémico, sobre todo en el lenguaje historiográfico, que hace recomendable prescindir de su uso para el establecimiento de la naturaleza de la *historia vivida.* En consecuencia, se introduzcan matizaciones de lenguaje o no, y se distinga o no estrictamente entre contemporáneo, es cierto que la idea recogida por la historia del presente contiene el sentido de las palabras *contemporáneo* y *coetáneo* en su significación originaria y etimológica. Contemporaneidad y coetaneidad se convierten aquí en sinónimos.

El asunto de la sucesión generacional nos lleva, a su vez, al del cambio histórico y, por tanto, al de la *sucesión de los presentes* que es el tema que debemos abordar ahora. En sus términos más precisos, los presentes históricos son espacios no definidos cronológicamente, pero necesitan alguna forma de definición temporal. El ritmo de la sucesión de las generaciones es una prime-

ra forma de abordar el problema. Un presente permanecerá vivo mientras esté vigente el predominio de una generación concreta, es decir, aquella que ejerce como generación activa. Sin embargo, el ritmo de la sucesión generacional no es algo dado, ni en el sentido biológico ni, menos aún, en el sociohistórico. Una de las peculiaridades de las sociedades de nuestra época es la aceleración del cambio a que se ven sometidas, lo que afecta a la propia naturaleza de la sucesión. Una sola generación puede ser testigo de un intenso cambio como muestra bien el movimiento histórico operado en el último cuarto del siglo XX, entre los sesenta y los noventa.

Como expresase bien Mannheim, no puede probarse que el cambio generacional implique con necesidad cambio histórico decisivo, al contrario de lo que han creído otros tratadistas. Nuestra posición se acerca decididamente a la de este autor. ¿Hasta qué punto las generaciones jóvenes crean necesariamente situaciones históricas y sociales nuevas, crean nuevos *presentes*? Es cierto que la juventud, la generación de los sucesores, aparece en un mundo «que nunca ha existido antes»[41]. Se trata del mundo que ha hecho madurar, que ha modelado según su «entelequia», la generación anterior. Por ello, el propio Mannheim señalaría que cada generación nueva aparecida empieza ocupando el lugar que la generación anterior le asigna. Tal es la clave de la socialización.

El mundo es, en un grado que debe ser determinado históricamente en cada caso, distinto para cada nueva generación. De ahí que las generaciones se diferencien y hasta se enfrenten. La generación joven, mientras permanece como tal, no conoce más que un mundo. Cuando empieza a cambiarlo, y luego cuando lo ha cambiado efectivamente, ha conocido ya dos: aquel al que se incorporó y este que ha producido ella misma. Entonces se ha cumplido el proceso de su conversión en generación activa, ha experimentado el cambio histórico, puede tomar conciencia de ello y construir desde ahí una identidad y una conciencia generacional, en su caso. Pero hay que evitar caer en el tópico común de que la generación joven se identifica con el progreso, el cambio, la innovación y la consolidada con el conservadurismo, la permanencia y la tradición. Las mentalidades no están adscritas en modo alguno a la posición generacional y ni siquiera al hecho estricto de la edad. Hay buenos ejemplos históricos que desmienten semejante asociación.

La situación histórica en que una generación entra en la vida social no la ha creado ella, obviamente; está ya dada. Lo determinante para el hombre es que se socializa en esa situación existente a su llegada que, por lo regular, no será la misma que aquella en que fue socializada la generación de sus padres. Esta generación que nace introducirá cambios, actuará como portadora de una cultura nueva, pero tal vez no la asimilará enteramente en el curso de su

vida porque su mente sigue estando en la tensión entre lo recibido y lo creado. Por eso diría Ortega que todo cambio generacional tiene una preparación y que sólo es consumado por la generación siguiente a la que lo introduce. La siguiente aparece, en efecto, en un mundo ya diferente y no concederá al cambio efectuado un valor pleno de novedad sino de situación existente. Tal vez en ello resida también la razón profunda por la que se ha creído que los protagonistas mismos de los cambios rara vez son conscientes de su importancia, y puede que se encuentre ahí la clave de aquella intuición de Marx de que los hombres hacen la historia sin ser conscientes de que la hacen. Lo que puede ponerse también en relación con lo afirmado por Mannheim acerca de que los hombres no suelen ser conscientes de los significados de sus acciones y de que las ejercitan no siendo conscientes de la funcionalidad de ellas para el sistema. Se trata, por otra parte, de observaciones que tienen tan ilustres precedentes como Mandeville o Adam Smith, discutibles tanto como sugerentes y susceptibles de lecturas diversas.

De hecho, quien introduce realmente el cambio histórico en su caso no es la generación que se encuentra en posición de sucesora sino la que ya ejerce como activa. No se impone en principio otro cambio sino el que introduce esa generación. La innovación juvenil carece de «proyecto» madurado. Su primera situación generacional es más bien un diálogo con el mundo al que se incorpora y una exploración de él. Cuando posee tal proyecto, se convierte ya en generación activa. Parece más bien sostenible, pues, que todo cambio sociohistórico decisivo en vez de estar ligado como efecto a una causa como el relevo generacional, actúa más bien como causa, o puede hacerlo, de cambios de actitud generacionales.

El cambio del que una generación sea protagonista no puede romper enteramente, como en ningún proceso histórico, con la situación heredada en la que ha vivido una buena parte de su experiencia anterior al momento de máxima actividad. Existe también la certeza de que el cambio acumulativo *objetivo*, del entorno, que crea situaciones históricas nuevas, en cuanto es un proceso *anónimo*, en el sentido de Ricoeur, es más fácilmente asimilable que el cambio *subjetivo*, por la propia disposición y funcionamiento de la memoria. El presente tiene por ello algo de mestizaje, de acarreo. Es verdad que el pasado de una generación es distinto también del de la anterior, se diferenciarán en ellos las memorias directas y las heredadas. Al sucesor le falta un buen trayecto de la memoria del antecesor, por más flujo que se produzca entre ellas. Ello condiciona las experiencias históricas de forma decisiva.

Cada generación lega un mundo cambiado en el que aparece la siguiente, de forma que la situación al nacer ésta es distinta de la que vivió su progenitora. Pero ello no implica que la sucesión generacional lleve siempre aparejadas

verdaderas *rupturas* históricas. La vida entera de un hombre es incapaz de sacar las consecuencias absolutas del cambio que su generación provoca; quien sacará las más absolutas consecuencias será la generación siguiente. En este sentido, el concepto de generación activa se identifica con la que protagoniza el cambio de ambiente, en la terminología orteguiana, del que surgirá un mundo nuevo, una nueva situación histórica en la que nacerá justamente la generación que le suceda.

De todo esto se desprende necesariamente que la sucesión de los presentes, estando, en principio, ligada al cambio generacional, no se explica, en modo alguno, en su totalidad por ese cambio. La sucesión de los presentes está ligada también al propio curso del cambio histórico en función de los momentos axiales o de los acontecimientos monstruo que en la larga duración pueden encontrarse ligados a los procesos de sustitución de las generaciones, pero que en el plazo corto tienen determinaciones ligadas a factores coyunturales. Una vez más, hay razones para mantener que el movimiento generacional no explica el cambio histórico, mientras que es la coexistencia de generaciones la que cualifica cada coyuntura histórica.

Sin embargo, después de lo dicho, cabe aún una última interrogación: ¿cómo se justificaría, en definitiva, la insistencia en definir el *espacio histórico presente* recurriendo aparentemente en exclusiva a la realidad generacional y no dando entrada a otro tipo de experiencias individuales o a otro tipo de parámetros? ¿En qué sentido es obligado el recurso a lo generacional? La primera respuesta a estas interrogantes debe precisar que el recurso a la realidad generacional para definir el presente no debe hacerse, en efecto, en un régimen de exclusividad. Existen también otros puntos de apoyo. No obstante, la penetración por esta vía en la difícil definición del presente tiene la ventaja de que la interacción generacional es el fenómeno que reúne en sí dos de las condiciones más adecuadas para fijar un presente siempre fugaz: su posición como marcadora de un tiempo que puede ser medido así sin recurrir exclusivamente a lo cronológico y, después, porque sitúa a los sujetos de esa historia como un colectivo en adecuada relación con un entorno histórico más amplio.

La conjugación de sucesión e interacción entre las generaciones es la que mejor expresa, estableciendo entre esos dos fenómenos relaciones y limitaciones mutuas —cambio o flujo efectivo limitado por la necesidad de su coexistencia—, las características de un presente histórico posible: ser definible operativamente, aunar flujo y duración, ser él mismo un marco temporal para el estudio de relaciones sociales activas, arrastrar una experiencia del pasado hacia expectativa de futuro, como modos del tiempo antecedente y consecuente absolutamente abiertos. El presente queda caracterizado así como una especie de *sistema de coexistencia* de generaciones.

Igualmente, cada presente está delimitado por la referencia al curso vital completo de una generación desde que es sucesora o expectativa hasta que llega a la situación de antecesora, predecesora o transmisora, como quiera que se la llame, habiendo pasado por el periodo central de generación activa. Pero nunca puede descuidarse la perspectiva de que cada generación participa durante un tiempo, alimentado también por su memoria, que es el de *su presente total*, de la coetaneidad con las demás. Es presente histórico todo aquello que forma parte de esa experiencia. Para explicarla habrá de bucearse en el pasado tanto cuanto sea preciso en cada momento para tomar cuenta de la experiencia de la generación más antigua.

Ortega y Gasset, abundando en esto, había dicho que la vida presente *es como es* en función de que sobre ella gravitan los hechos de las generaciones anteriores. «En ese sentido —diría— cada generación humana lleva en sí todas las anteriores y es como un escorzo de la historia universal. Como consecuencia, es preciso reconocer que el pasado es el presente, somos su resumen, que nuestro presente está hecho con la materia de ese pasado, el cual, por tanto, es actual —es la entraña, el entresijo de lo actual»[42]. Aun reconociendo lo extremadamente sugerentes que son estas afirmaciones sobre el sentido del presente y su incontrovertible derivación del pasado, la participación e integración de ese pasado en la conformación del presente histórico tiene, en todo caso, sus límites. No todo el pasado importa y decide en la percepción inmediata y en la vivencia del presente, o no todo él interviene en la misma medida.

La historia de un presente, biografía colectiva generacional

La historia del presente es, según decimos, la que registra la trayectoria histórica particular de una generación, así como la relación intergeneracional a la que vive sujeta. Es aquella historia que se fundamenta en la experiencia de, al menos, una generación de las coexistentes. Pero nunca esa experiencia es, de todas formas, independiente de aquella otra de las generaciones con las que convive. Toda historia del presente tiene que ser definida, por tanto, en el contexto y en la perspectiva de un *nosotros*. En algún sentido, muestra una especie de foto fija de ese espacio generacional. Pero hay algo más en lo que insistir: la generación que interpreta y escribe la historia del presente no es una cualquiera de las coexistentes, es precisamente la *generación activa*. O dicho de otra forma más sencilla y más gráfica: la historia del presente es aquel espacio histórico en el que seres humanos conviven generacionalmente, pero representa de forma eminente la historia de la generación activa, la generación central.

Jean-Pierre Rioux ha señalado que en la aparición misma de la historia del presente como empresa intelectual de nuestro tiempo ha de verse un fenómeno generacional. En el caso francés al menos, ello parece cierto. Desde su formalización como disciplina plausible se han sucedido ya dos generaciones de historiadores interesados en ella[43]. La historia del presente no es ajena a la controversia que en los años sesenta del siglo XX se produjo entre visiones cristianas y marxistas, y la convergencia de ellas, a veces, en la interpretación del mundo de posguerra que se alejaba ya[44].

El presente histórico en cada momento se construye sobre la imagen que aporta, y pretende imponer, la generación activa. Pero de manera pragmática, como plasmación en una historia *escrita*, la del presente se caracteriza por ser aquella historia de los individuos y grupos en cuya coetaneidad se desenvuelve el *historiador* que registra la historia y escribe su discurso. Es la historia de la contemporaneidad en su sentido original, o de «una» contemporaneidad, en su sentido primario, escrita por esos mismos contemporáneos entendiéndola como «su presente» y no como su pasado, porque su escritura misma es también contemporánea.

Preguntábamos líneas arriba la razón por la cual la idea de presente histórico había de ser cerradamente adscrita a la del movimiento y la acción intergeneracional. La misma pregunta puede ser repetida en relación no ya con el concepto de presente, sino por lo que atañe a la escritura misma de su historia. Nuestra respuesta aquí implica una proposición de cierto riesgo frente a pensamientos convencionales sobre la función de historiar en razón de que el discurso de la historia del presente es el que construye en cada tiempo precisamente, en términos orteguianos, la generación *en vigencia*. La historia del presente es el registro por la generación activa o vigente de la historia coetánea y representa la *historización de su propia experiencia.*

El presente histórico equivale así a las coyunturas que se suceden en la historia modeladas en cada caso por la experiencia que resulta más relevante, bien pertenezca a la generación activa, lo que constituye la normalidad, o a la generación antecesora participante de ese presente; nunca puede tratarse de una experiencia de la generación sucesora que realmente no ha ocupado aún el ápice de su vida histórica. Se entiende así mejor la proposición de que la historia del presente es aquella que atañe al menos a dos generaciones de las tres que conviven en cada momento. El tipo de experiencia histórica de que se trate marca la diferencia o modula las vicisitudes diversas de un solo presente. Establece, quizás, unas determinadas coordenadas en la relación intergeneracional e introduce la diferenciación en el curso de las historias vividas.

Decíamos también que la historia del presente, en su caracterización seguramente más pragmática, significa aquella historia que es vivida y, a la

vez, *registrada* y *escrita*, por la generación que la protagoniza. Los sujetos reales de esa historia pertenecen a generaciones distintas, ciertamente, pero la que se apropia más directamente de ella es esa generación en vigencia. La historia del presente viene a ser así la *autobiografía* o, quizá, la prosopografía de una generación. Es esta caracterización la razón fundamental de que la historia del presente signifique una categoría historiográfica profundamente diferenciada respecto de aquellas otras historias que se ocupan de un periodo cronológico único e irrepetible fijado en un momento preciso del curso histórico. Es necesario, pues, dedicar alguna atención previa a la caracterización sociohistórica más precisa de esa generación que llamamos activa, que *historiza* su propia experiencia y memoria como historia-presente cuando se encuentra en la plenitud de su ciclo histórico.

¿Qué es una generación activa? La generación activa, vigente, es justamente aquel conjunto de sujetos que puede determinar con plena claridad una posición entre sus coetáneos, que se halla colocada, digámoslo así, temporal y socialmente después de una generación anterior de antecesores y en anterioridad a otra posterior de sucesores. Es la generación que posee el máximo de potencialidades y de recursos sociales e ideológicos en cada momento histórico para poder imponer como hegemónica su propia percepción del mundo. En un determinado presente histórico se producen siempre fenómenos, juegos y movimientos de búsqueda de precedencias, privilegios y hegemonías sociales, predominios ideológicos y acaparamiento de los recursos de poder. Esos movimientos no sólo tienen como sujetos a grupos sociales abiertos, más o menos instituidos, que parten de unas precisas y favorables posiciones en la estructura social, en el mercado y en los resortes de poder, sino que significan también la acción de colectivos, cuya situación está a veces jurídicamente sancionada, que tienen que ver con las edades biológicas de los individuos, pero de la misma manera con sus edades sociales y con la densidad de su experiencia histórica.

Es decir, las formas y las interpretaciones o mediaciones simbólicas que acompañan a la actividad social y que imponen su hegemonía principal en un momento histórico están más o menos ligadas, aunque en nuestras sociedades lo están cada vez menos, a una edad, pero más aún a una experiencia histórica, una tendencia histórica[45]. Es por ello que hoy aún podemos decir —cosa que seguramente el futuro no podrá hacer— que la interacción social y generacional más significativa en cada momento histórico muestra la existencia predominante de una *generación activa*, la que ocupa la zona central en la pirámide demográfica, a partir de los treinta y cinco o cuarenta años, que es la que acapara la mayor parte de las posiciones de precedencia social, controla la política e impone ese «estilo vital» al que sutilmente se refería Ortega.

Mientras una generación se mantiene en esa posición activa impone sus formas de dominación ideológica y social, con un grado de sutileza y de intermediación, no obstante, como para hacer viable la absorción de posibles rupturas internas. En efecto, las generaciones engendran también contradicciones en su seno, pues no en vano las relaciones sociales están determinadas por muchas más variables que la pertenencia generacional. Hablamos, por tanto, de una dominación, y éste es el asunto central, que no tiene sólo, ni fundamentalmente, un carácter generacional, que no se agota en la pertenencia a una generación pero que cuenta con ella. Ése no es sino uno de los factores a tener en cuenta, aunque su introducción resulte de particular interés para el análisis del movimiento histórico como historia presente.

No se habla aquí tampoco de la dominación de individuos concretos, sino de *complejos*, fracciones sociales que son definibles desde diversos ángulos que se entrecruzan: junto a lo generacional, existen *situaciones* o posiciones compartidas en el mercado, en las creencias, en los intereses, necesidades y expectativas, en los gustos estéticos, en la visión política y no menos en su interpretación del pasado como lección para el porvenir. Todos estos factores pueden contribuir a la vertebración de grupos de actuación ligados a homologías de intereses, de recursos económicos, de situación laboral, de información, de apropiación, en una palabra. La generación activa no está caracterizada, por tanto, sólo ni fundamentalmente por ser la que con arreglo a su precisa zona de fechas se encuentra en la plenitud de la edad activa —puede decirse que entre los treinta y cinco y sesenta y cinco años[46]—, sino por poseer precisamente el mayor número de los resortes de la preeminencia social, los puestos de dirección y de producción ideológica.

Sin embargo, esa pertenencia generacional no se manifiesta normalmente sólo en los fenómenos de hegemonía. Aparece también en las posiciones alternativas y contrapuestas. Los grupos de edad desarrollan funciones que pueden ser integradoras o de desviación en la conformación y estabilidad de una sociedad dada[47]. Las rupturas en el seno de una generación muestran que las concepciones históricas no están ligadas exclusivamente a lo generacional. Por ello, además, es imposible una visión única y exclusiva de una historia del presente, que no es posible tampoco en ningún otro tipo de historia. Hay ejemplos históricos a los que nos referiremos después. La visión orteguiana de la generación activa o *en vigencia* resulta así revestir un notable interés y responder a un movimiento real, empíricamente registrable, de protagonismo de notable influencia sobre el discurso histórico del presente, aunque ella misma no agote el asunto del protagonismo en una determinada acción histórica.

De acuerdo con la idea de la «vigencia generacional», las generaciones son ellas mismas también «sistemas de vigencias». Una generación es la hegemónica y activa mientras permanece vigente el sistema de valores que ella encarna y que consigue imponer mayoritariamente. En esa vigencia habríamos de decir que se incluyen las cuentas rendidas acerca de la interpretación histórica de su tiempo. Una vez más, se trataría de la generación que se «encuentra viviendo», la que porta las soluciones que se presentan como vivas y centrales en un momento histórico dado. De ahí que, en nuestra propia formulación, pueda decirse que la historia del presente es, en último análisis, la construcción de la historia de sí misma que hace la generación vigente, una autohistoria o *egohistoria*.

La percepción del presente histórico como el momento de realización vital de individuos y grupos tiene siempre una carácter inevitablemente subjetivo, por lo mismo que el presente es esencialmente el tiempo «construido» por los sujetos, como ya hemos señalado repetidamente. Sin embargo, esta subjetividad no invalida en ningún caso la posibilidad, y la realidad, de la «objetivación» de la historia vivida ni de ninguna otra historia. En consecuencia, el conjunto de los coexistentes o coetáneos coincide en estar viviendo un *presente*, pero desde, y a través de, unos contenidos de memoria recogidos en la experiencia singular propia, lo que comporta, primero, que en un presente histórico temporalmente definido puedan coexistir varios presentes particulares y, segundo, que los presentes cambien cualitativamente a lo largo de la historia. Un mismo presente no tiene por qué representar idéntica significación ni valor para las tres generaciones que interactúan. De la misma manera, los presentes en la historia manifiestan ellos mismos situaciones históricas *irrepetibles*, sin lo que no se explicaría el curso mismo de la historia común.

La «conciencia de presente», la presencia histórica, de la generación de los predecesores en una historia dada estará impregnada normalmente por el sentimiento de su «momento ya pasado»; la de los sucesores no vive sino su preparación para un momento futuro. La historia vivida «pertenece», pues, en un grado eminente, a la generación vigente y ésta intentará imponerla como visión universal. En épocas de fuerte impulso y tensión intergeneracional se podrá llegar a la identificación de la generación activa, a la creación de su *entelequia*, con un «momento axial» o un «acontecimiento monstruo». Los sucesivos momentos históricos presentes siguen por lo común la vida de las generaciones activas y se simbolizan desde un acontecimiento clave. El hecho generacional, pues, no tiene siempre la misma fuerza ni presencia histórica.

Podría pensarse y defenderse, tal vez, que el registro del presente como historia ha de ser obra de la generación de los predecesores, y no de la vigente, porque, siendo su experiencia más completa, aquélla podría dar el testi-

monio más pleno y omnicomprensivo. Sin embargo, lo que puede registrarse como hecho real, comprobable históricamente, no es exactamente eso. El registro de la experiencia como historia puede presentarse, a veces, como obra construida en el interior de esa generación predecesora, pero en ese caso la historia que ello produce no es la de esa generación fuera ya de su momento de plenitud, sino que refleja el testimonio de su vigencia, de cuando estaba en vigencia, aunque ahora ya no lo esté. El testimonio de una generación como historia nunca tiene como centro y eje el momento final de su propia trayectoria —es decir, ese momento en que es posible que el discurso histórico se construya—, sino que necesariamente versará sobre aquel momento que es o fue de creatividad, de *plenitud generacional.* De ello puede deducirse una doble consecuencia. La historia del presente contiene siempre la trayectoria vital de una generación que incluye, por supuesto, toda su interacción con la generación *transmisora*, la anterior a ella, y con la generación *expectativa*, la siguiente. Y, por consiguiente, en esa historia nucleada en torno a la generación activa se reflejan igualmente tractos históricos de las dos que conviven con ella.

Las experiencias tempranas del individuo son básicas para que éste asuma la idea de que es la «historia completa» de una vida la que constituye una historia del presente. Es de ahí de donde arranca la constatación de que una historia del presente es también, en cierto modo, una «historia de vida» colectiva. En la memoria de cada individuo hay una especie de «película» del tiempo, retomada o reasumida siempre como actual, presente. Las etapas de la vida se engarzan siempre en forma de presente globalizado, en esa continuidad del yo que ya hemos comentado, aunque la memoria sea capaz de diferenciar y ordenar estratos temporales. La historia del presente es así también un espejo de la identidad de las gentes que hacen y escriben su historia propia. La identidad de los individuos y sus problemas tiene una fácil transcripción en el hecho de que la *identidad colectiva*, para que sea plenamente reconocida, ha de reflejarse plenamente como producto historiográfico.

Los presentes históricos sucesivos tienen siempre, por lo demás, un anclaje en el acontecimiento, pero la valoración de éste será discutible y discutida, porque el acontecimiento está ligado o no lo está a cambios históricos decisivamente significativos, a los que les será atribuida una significación distinta, con lo que se separa la teoría del cambio histórico y social de la teoría misma de las generaciones. Ciertos notables acontecimientos históricos pueden marcar con claridad este «ritmo de los presentes», pero no siempre sucede así.

Es posible ejemplificar todo esto en un momento histórico trascendente como ha sido el de la transición española posfranquista a la democracia, que, como se sabe, es un proceso que suele situarse entre 1975 (o 1973) y 1982

o 1986, que nos suministra elementos de gran interés para la mejor comprensión de bastantes de los fenómenos que hemos intentado describir. Los protagonistas de aquella historia, cuya vigencia generacional, por cierto, se encuentra hoy, al comienzo del siglo XXI, en el límite de su agotamiento, bien la vivieran desde el liderazgo o en la masa social, fueron, sin duda, las gentes que se habían incorporado a la vida activa, incluida la política, entre los años 1965 y 1967, después de un cuarto de siglo de existencia del régimen surgido de una guerra civil. Una generación, por tanto, que no había conocido la guerra y que se incorporaba a la vida política con una experiencia carente de esa carga traumática[48].

Pero los años sesenta habían cambiado intensamente el panorama español de posguerra. El paisaje histórico era muy distinto del que había acogido a la generación anterior. La generación de los sesenta apareció en un acto de confrontación y sería la *protagonista* de la transición a la democracia, en una acción histórica en la que podrían verse elementos de autoconciencia de carácter genérico de cierto nivel de abstracción: la aspiración a la libertad, a la homologación con los países democráticos, a la superación de viejos enfrentamientos[49]. La influencia externa tuvo, en cualquier caso, un papel bastante decisivo. Sin embargo, aquella generación, cuya *entelequia* fundamental era clara, en forma alguna actuó políticamente de manera uniforme, más allá de esos presupuestos básicos. La generación de los sesenta se fragmentaría a lo largo de la acción histórica concreta que culminó la transición: daría vida al reformismo nacido en el propio régimen y a la oposición a éste extramuros de él, proponiendo ambos grupos estrategias distintas. Todo este mecanismo se puso en marcha tras el «suceso monstruo» de la muerte del general Franco y sólo alcanzó su velocidad de crucero años después de la irrupción efectiva de una generación nueva. La transición posfranquista española en el último cuarto del siglo XX sigue siendo hasta hoy un proceso histórico de enorme capacidad ilustrativa sobre lo que es una historia del presente basada en la biografía de una generación. Y cuyo estudio está por hacerse.

La irrupción generacional no provoca, pues, en sí misma el cambio, pero lo hace más factible, visualiza de una nueva forma las contradicciones en el seno de la sociedad, especialmente si su acción es facilitada por grandes cambios que son previos. En la historia española sucede así en momentos como la invasión francesa de 1808, la derrota de 1898 o la muerte del general Franco en 1975, entre otros. De otra parte, en el hecho histórico de la transición, que tiene, sin duda, un sentido histórico, en última instancia, unívoco, se prueba que un concepto como el de «unidad generacional» puede ser mantenido a ciertos niveles, tal vez a los más profundos, pero se encuentra atravesado por un alto número de contradicciones en muchos otros de esos

niveles —procedencia social y política, socialización, objetivos, visiones históricas, intereses.

Hoy puede asegurarse que la generación de españoles que hizo la transición a la democracia, ha empezado ya a ser sustituida como *activa* por otra que es la que aparece al final de los años ochenta y que resulta dominante en los noventa. El ritmo básico generacional parece quedar reflejado aquí de nuevo. Del mismo modo, la generación de «los 68», los hijos del mayo francés, ha sido relevada por la de «los 89», la de la caída del muro de Berlín[50]. Y aunque estas constataciones deben ser más elaboradas, profundizadas y matizadas, suministran ya algunas enseñanzas básicas sobre la visualización del relevo generacional, sobre el ritmo de los presentes generacionales y sobre su no coincidencia necesaria con grandes cambios históricos protagonizados generacionalmente. La generación de los sesenta vivió un cambio histórico cercano como fue la transición, pero en la escala propiamente española la de los noventa sigue aún inserta históricamente en la situación creada precisamente por aquellos acontecimientos de los años setenta.

El relevo generacional es productor de nuevos presentes, pero ello no coincide exactamente con la presencia necesaria de grandes *cambios históricos.* Cada generación no cambia necesariamente la historia, aunque puede hacerlo. Son precisamente los relevos de generaciones activas los que marcan ese ritmo de los presentes históricos y convierten cada presente en una nueva prosopografía de generaciones coetáneas. Las sustituciones generacionales no tienen, evidentemente, un carácter «acontecimiental», sino más bien el de un proceso de desarrollo temporal variable. Por ello, el hecho clave no es el de la sustitución, sino el de coexistencia. El ritmo de la sustitución real depende en cada caso de la interacción de los sujetos con el entorno estructural.

En resumen, y pese a la ya larga argumentación presentada aquí, no pretendemos que la afirmación de que la escritura de la historia del presente sea siempre obra de la generación activa tenga más fuerza o valor que la de una hipótesis, para la que existen, sin embargo, a nuestro juicio, algunos elementos de prueba. La historia del presente se define desde el núcleo de la generación activa en cada momento, y testimonia su confluencia con otra que es la generación anterior, la que facilita habitualmente el testimonio oral balance de su actividad, y, lo que resulta más arriesgado, ofrece su escritura a la generación sucesora, la que no ha alcanzado aún la plenitud de su actividad.

El escritor de la historia del presente, que se convierte en aquel *ístor* cuya figura hizo arquetípica el viejo Heródoto, el historiador de cada presente, podrá o no pertenecer a esa generación activa a la que se refiere esencialmente su historia —aunque lo más probable es que efectivamente pertenezca a ella—, pero el eje de su *historia* será el de esa generación. El historiador es en esto

comparable al «instrumento», al vicario, tal vez al Hermes o al Prometeo, de una generación, para establecer conciencia y testimonio de ella, para materializar el relato en el que se reconoce a sí misma. En cualquier caso, se tratará de escritura con inevitables orientaciones autobiográficas, pero que fracasará si no muestra una insobornable capacidad objetivadora. El relato puede y debe tener un significado enteramente objetivable y la consecución de su eficacia equivaldrá a ser *objetivo*, distanciado.

Es por eso que la historia del presente representa, para terminar, la única empresa historiográfica capaz de establecer lo histórico con un contenido, al mismo tiempo, de prospectiva. La experiencia adquiere su pleno sentido en cuanto genera expectativas de futuro, en esa dialéctica que tan atinadamente describió Reinhart Koselleck. Por el juego entre la experiencia cumplida y la expectativa, que es el sitio donde se ubica el presente, es historia esencialmente significativa para la generación activa, o si se quiere, más propiamente, para las formas de imbricación en cada presente entre *generación activa*, *generación transmisora* y *generación expectativa*. Semejante imbricación es el objetivo inmediato del historiador del presente. Con las mismas condiciones formales y con los mismos instrumentos epistemológicos puestos a prueba en otros contextos donde el asunto es el *pasado*. Con la diferencia sólo de que ahora cada sujeto y cada colectivo deben identificar su propio presente que, desde luego, nunca podrán separar enteramente tanto de su pasado conservado en la memoria como de su pasado heredado no conocido existencialmente.

CAPÍTULO 4

LA HISTORIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA

> No es en la historia aprendida sino en la historia vivida en la que se apoya nuestra memoria.
>
> Maurice HALBWACHS: *La mémoire collective,* 1959

> Una vida es inseparablemente el conjunto de los acontecimientos de una existencia individual concebida como una historia y el relato de esa historia.
>
> Pierre BOURDIEU: *Razones prácticas,* 1994

El presente histórico, como hemos afirmado ya, se construye e identifica culturalmente a partir de la experiencia vivida por los individuos, los grupos sociales y las generaciones. Ahora bien, el presente puede ser plenamente captado bajo la forma y la virtualidad de una *historia* por quienes lo viven cuando se opera un proceso particular de interpretación de los significados que llamaremos aquí de *historización de la experiencia.* Las razones para la elección de esta expresión y lo que conceptualmente quiere expresarse con ella lo discutiremos más adelante, en este mismo capítulo[1]. Podemos adelantar ya, en todo caso, que entendemos tal proceso, después de lo expuesto hasta ahora, y a modo de corolario de todo ello, como la clave fundamental en la comprensión del presente como historia y en la posibilidad de su escritura.

La historización de la experiencia es, desde luego, un fenómeno complejo y que tiene numerosas derivaciones. Los dos términos en que nos apoyamos para su descripción son los de *experiencia,* es decir, en definición sencilla, aquel bagaje de saberes y vivencias que el hombre acumula como efecto de su desarrollo como individuo y de sus relaciones sociales, y, después, el de *historización* de tal experiencia. Por esto último entendemos un fenómeno, una operación, que es doble o que debe ser enfocada desde un doble ángulo, por-

que la realidad que se deriva de ello es asimismo dual. Por una parte, la historización es un hecho subjetivo, un fenómeno de conciencia adquirida, una autorreflexión desde el ángulo temporal sobre la experiencia misma y la interpretación de su significado, que conduce a un entendimiento particular de la temporalidad. Por otra, sin embargo, *historizar* (cosa bien distinta de *historiar)* la experiencia es una elaboración intelectual, una operación de conocimiento historiográfico, que, con los instrumentos del trabajo científico, enfoca la trayectoria social de personas y grupos, todavía en trayectoria existencial, para explicarla en forma de discurso histórico e historiográfico. En este segundo orden de conceptos produce una *historiografía.* La experiencia y su historización son la sustancia de la historia del presente. La historización de la experiencia se basa, en definitiva, en la convergencia de una precisa subjetividad propia de nuestro tiempo y su traducción y conversión en un proceso objetivo.

Ciertamente, al hablar de una *historización* de la experiencia no descubrimos nada nuevo. Toda historia recoge la experiencia o experiencias humanas y toda historiografía consiste en la historización de experiencias[2]. Tanto el proceso subjetivo de interpretar y configurar la experiencia propia como historia, cuanto la operación cognoscitiva que construye un discurso histórico, contienen, en realidad, como connotación sustantiva, las dimensiones que caracterizan cualquier experiencia histórica común. Pero lo que rompe con esta realidad común de Historia como experiencia humana es el hecho de que la *experiencia vivida* se haga Historia por obra mismo de quienes que la viven. La doble operación de la historización adquiere un carácter particular cuando se trata de la experiencia *propia.* Aquí se presenta, en una palabra, un doble recorrido, subjetivo y objetivo, a cuyo través se desarrolla una conciencia peculiar. La experiencia individual y colectiva, personal y de grupo, la vida vivida socialmente, adquiere el estatus de una historia formalizada. Lo que llamamos historia del presente se caracteriza, pues, por la confluencia peculiar de lo subjetivo y lo objetivo.

Está claro que el primero de estos dos procesos que conforman la historización condiciona y determina al segundo, porque este mismo ha nacido del primero. Sin una especial forma de percibir la *historicidad* que penetra la vida vivida no podría escribirse la historia del presente. Por ello mismo el intento de conceptualizar la historia del presente se ha convertido en una empresa que está caracterizando una época histórica determinada, la que vivimos nosotros, justamente, como una exigencia de nuestro tiempo. También cabe señalar desde ahora que la designación *historización de la experiencia* es, al menos en alguna medida, sinónima de historización de la *memoria* y, en definitiva, la significación más global y comprehensiva de ella es la de histo-

rización del *presente.* Pero esas sinonimias tienen sus matices y sus límites de los que nos ocuparemos a lo largo de este capítulo.

La naturaleza de la experiencia

¿Cómo definir *experiencia?* Si bien la semántica del término no ha permanecido fija, su raíz etimológica nos remite, en primer lugar, al saber que se extrae de alguna acción, a la enseñanza o conocimiento que se adquiere en el actuar[3]. Como en el caso de otros muchos términos utilizados por la filosofía y las ciencias sociales, su uso es muy frecuente en diversos tipos de especulaciones sobre los individuos y la sociedad, elaboradas en la actividad de esas ciencias, incluida la historiografía. De ese uso frecuente, y en diferentes contextos, además de su empleo común, se derivaría, a su vez, la polisemia de su significado —recuérdense los casos análogos de términos tan conocidos como *cultura*, *civilización*, *estructura*, *sujeto*, *identidad*, etc.—, lo que obliga, aun cuando todos poseemos una noción primera del contenido básico del concepto, a la búsqueda de una definición aquilatada. Por todo ello, la exposición en pocas palabras y la comprensión del significado de experiencia en su relación con el sujeto histórico no son tareas fáciles.

Como hemos hecho ya anteriormente al introducir algún concepto complejo útil en la explicación del presente histórico que intentamos definir —los conceptos de tiempo presente o de generación, por ejemplo—, no sería improcedente ahora tampoco comenzar por una breve visión en perspectiva del uso del término experiencia y de sus acepciones más comunes. Esta perspectiva nos mostraría que tradicionalmente se ha considerado a la experiencia desde dos acepciones distintas, aunque complementarias: se trataría tanto de una operación para el conocimiento, como de una *matriz* o modelo para la acción práctica. Sería, por tanto, una vía y principio para el conocimiento, cosa en la que siempre insistió la filosofía empirista, y una capacidad de respuesta ante las situaciones de la vida práctica, visión elaborada por el pragmatismo. La posición, por otra parte, de la filosofía alemana heredera del kantismo y el idealismo ha ligado la experiencia a los fenómenos de «conciencia» a través de la producción de las *vivencias.*

La experiencia como facultad humana ha sido comúnmente ligada también a las vicisitudes de la vida cotidiana como un resorte de la acción que se apoya en el *significado* que se da a situaciones anteriores. Un hombre «experimentado», «experto» o «experienciado» es el que dispone de esa sabiduría que parte de haber vivido ya situaciones anteriores y conocer su desenlace, con las que pueden ponerse en contraste las nuevas. Sea ello una experiencia general o sea en determinados asuntos o situaciones de la vida.

En el lenguaje filosófico, por tanto, que es donde el término adquiere su más compleja significación, aparecen explícitamente esas acepciones, las referidas al conocimiento y a la conciencia, al tenérsele bien por «la aprehensión sensible de la realidad externa» o bien por «la enseñanza adquirida con la práctica»[4]. La consideración de la experiencia como un presupuesto específico para el conocimiento o bien su tratamiento como algo ligado a la existencia misma, como una totalidad existencial, son los dos polos entre los que se desenvuelven la mayor parte de los enfoques filosóficos del problema. Pero la experiencia como origen de todo conocimiento fue la primera acepción utilizada por la filosofía.

En la lengua griega experiencia equivale a *empiria,* que indica, a su vez, lo que se adquiere no como producto de la actividad discursiva del hombre, sino como percepción de algo por los sentidos de forma inmediata, antes de toda elaboración y por ello es frecuente hablar de la experiencia como percepción de lo particular antes de toda reflexión. Experiencia es también el resultado de la acción que redunda, a su vez, en la creación de nuevas realidades. Una vez más, es Aristóteles la referencia antigua de partida para el análisis del concepto filosófico. La experiencia, según el filósofo griego, se compone «de la multiplicidad numérica de recuerdos»[5], con lo que es considerada un contenido de memoria, a partir de la cual se forman las nociones universales. Para Aristóteles, la experiencia es algo que poseen todos los seres vivientes y está siempre en la base del impulso para la acción.

La moderna filosofía de la experiencia tiene su origen más inmediato en los empiristas escoceses del siglo XVIII y como representantes más cualificados a John Locke y David Hume. Los empiristas hicieron de la experiencia el eje de sus proposiciones acerca del conocimiento humano. La experiencia sería el producto de la convergencia de las sensaciones y las reflexiones; éstas, en forma de interpretación de las sensaciones, constituirían la *percepción*, la cual, a su vez, sería el origen de las ideas[6]. La percepción se constituiría así en un elemento fundamental que cualificaría el conocimiento por experiencia, relacionado con las *impresiones* de las que hablaría Hume como comienzo de ese mismo conocimiento[7]. Para las filosofías encuadradas en el amplio espectro de las que han aceptado alguna forma de empirismo, el conocimiento está siempre basado en la experiencia como vía por la que los sentidos adquieren las sensaciones del mundo exterior.

La visión fundamentalmente gnoseológica de la experiencia, basada en la conexión entre las facultades sensoriales del hombre y su raciocinio, es decir, la experiencia como origen o fundamento del conocimiento no es, desde luego, el aspecto fundamental de lo que nos ocupa aquí. Para la conformación de una conciencia histórica, la experiencia tiene mucha más importancia

como condición para toda acción que como requisito del conocimiento. Por ello, es interesante resaltar las visiones contrapuestas a la filosofía empirista que han tenido dos fuentes fundamentales. La que procede del idealismo de Kant, de donde derivaría toda una larga tradición alemana, y la que introduciría después el pragmatismo de inspiración esencialmente norteamericana. Y es que interesa aquí más a nuestro objeto la experiencia en cuanto *conciencia*, en cuanto resultado del encuentro el hombre con el mundo que le rodea, como contenido de la interpretación de éste y norma para la acción. Esta visión se encuentra realmente tanto en la tradición filosófica alemana, que desembocaría en el historicismo, la hermenéutica y la fenomenología, como en el pragmatismo.

Por otra parte, la cuestión de la conciencia como producto de la *praxis*, la íntima relación entre conciencia y acción («es la acción social la que determina la conciencia»), es, según se sabe, un objeto filosófico básico también para el marxismo. La experiencia, pues, como la encrucijada entre praxis, conciencia adquirida, temporalidad y, en última determinación, como fundamento del sentido histórico o *historicidad*, es el objeto de nuestra primera exploración aquí en la búsqueda de una conceptuación histórica de la experiencia vivida.

La concepción pragmatista de la experiencia liga ésta estrechamente a las condiciones necesarias para toda acción humana. En ese sentido, no sería un pasivo contacto con los datos sensibles, sino un producto interpretado de la relación del hombre con su entorno. El pragmatismo ha puesto énfasis en la permanente pero cambiante relación del hombre con la realidad de su entorno y, también, en lo que la experiencia tiene de primario y de potencia relacional, más que de mera adquisición de conocimiento. La experiencia es, sobre todo, algo que se «tiene» más que algo que se «conoce». Estaría determinada igualmente por los intereses y las necesidades. Sería, por tanto, el producto de una práctica en continua modificación y enriquecimiento, no se limitaría a su propio contenido adquirido de una vez, sino que incluiría modos o tramas de significados sociales, morales, etc. La experiencia no es así, aun estando estrechamente relacionada con la memoria, una situación que nos liga al pasado, sino que está volcada hacia el futuro. En todo caso, experiencia y conocimiento teórico no son para los pragmatistas dos cosas contrapuestas ni separadas[8].

En su *Introducción a las ciencias del espíritu*, una obra estrechamente ligada a la filosofía historicista y escrita a fines del siglo XIX, Willhelm Dilthey mantenía que todo estudio del «espíritu», de la conformación del hombre como ser histórico, equivalía a la consideración de la *Erlebnis*, la experiencia viva o experiencia inmediata, o en términos más precisos, la *vivencia*, como foco de toda interpretación. «Toda ciencia —escribiría— es ciencia de experiencia;

pero toda experiencia tiene su conexión originaria y su validez, determinada por ella, en las condiciones de nuestra conciencia... sólo poseemos la realidad tal como es en los hechos de conciencia dados en la experiencia interna. El análisis de estos hechos es el centro de las ciencias del espíritu...» [9]. El concepto de vivencia será ampliamente utilizado por la filosofía posterior.

En la tradición alemana, aparte del historicismo, ha sido la fenomenología la que ha propuesto un análisis de la experiencia más complejo entre las filosofías con más decisivo influjo en la teoría de las ciencias sociales. El eje de su planteamiento ha sido el concepto particular de mundo del hombre, o «mundo de la vida», como definición del ámbito donde tiene lugar toda experiencia, relacionada siempre con la conciencia. Existe una clara relación entre este punto de partida y las especulaciones también de la hermenéutica contemporánea, de las que diremos algo después. La experiencia se adquiere a través de la «constitución de los objetos en la conciencia». No puede conocerse a través de realidades «meramente sabidas», sino a través de las que se han visto.

Para el pensamiento fenomenológico, por tanto, la experiencia es el resultado de la vida vivida. Para Husserl, el curso de la historia sólo puede entenderse relacionado con experiencias, de ahí que el pasado sea inteligible por una cierta unidad o permanencia de las experiencias humanas. «El mundo no es lo que yo pienso sino lo que vivo»; «por estar en el mundo estamos condenados al sentido; y no podemos hacer nada, no podemos decir nada, que no tome un nombre en la historia» [10]. Todo cuanto sé del mundo, añadirá Husserl, incluso lo sabido por la ciencia, lo sé a partir de una visión o de una experiencia del mundo sin la cual los símbolos de la ciencia no significarían nada. Así, todo el universo de la ciencia está construido sobre el mundo vivido. «Buscar la esencia del mundo no es buscar lo que éste es en idea, una vez reducido a tema de discurso, sino lo que es de hecho, antes de toda tematización, para nosotros». Esta idea de un mundo vivido como condición de todo análisis es, sin duda, la que ha dado a la fenomenología su fuerza para influir poderosamente en muchas concepciones de las ciencias sociales [11].

Algunos fenomenólogos han considerado que, de hecho, el mundo de la filosofía se mueve siempre en torno al problema de la elaboración de la experiencia y la intersección entre las experiencias particulares de los sujetos. «Nosotros tomamos en nuestras manos nuestro destino, nos convertimos en responsables de nuestra historia mediante la reflexión, pero también mediante una decisión en la que empeñamos nuestra vida; y en ambos casos se trata de un acto violento que se verifica ejerciéndose» [12]. «El mundo fenomenológico de la subjetividad e intersubjetividad constituye su unidad a través de la reasunción de mis experiencias pasadas en mis experiencias presentes. Inferi-

mos lo no experimentado a partir de lo directamente experimentado (de lo percibido y lo recordado)»[13].

En cuanto a la hermenéutica reciente, la remisión a la obra de H.-G. Gadamer o de Ricoeur parece obligada. Para Gadamer, las formas de la experiencia quedan fuera de la ciencia. La de la filosofía, la del arte y la de «la misma historia», dice, «son formas de experiencia en las que se expresa una verdad que no puede ser verificada con los medios de los que dispone la metodología de la ciencia»[14]. La experiencia es una cuestión de interpretación. Así, la propia experiencia de la historia es algo que queda fuera de la ciencia. «La experiencia de la tradición histórica va fundamentalmente más allá de lo que en ella es investigable». La hermenéutica entiende, pues, básicamente, que toda experiencia está antes, y fuera, de la investigación científica, y que sólo es captable mediante la interpretación de su sentido.

Una importancia destacada ha tenido también el continuado planteamiento del marxismo que ha visto siempre en la experiencia un producto de la *praxis* social. Si bien el término mismo no es usual en el tratamiento marxista, la idea de praxis representa una transcripción adecuada del propio concepto de experiencia. Tempranamente Marx señalaría que es el mundo social el que determina la conciencia y no al revés en contra de la posición idealista e historicista. «No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia»[15].

La función de la praxis ocupa amplio espacio en la obra de marxistas como Lukácz —en su *Historia y conciencia de clase*, fundamentalmente— o Gramsci, siendo este último el que consolida la expresión concreta de «filosofía de la práctica (praxis)», aunque una noción semejante había sido empleada también anteriormente por Labriola. La experiencia no puede adquirirse sino con la práctica, lo que lleva a la adquisición de conciencia, fundamentalmente la conciencia de clase. La experiencia equivale al conocimiento «práctico», que elabora un «mundo objetivo» que reproduce la naturaleza entera. La experiencia o la praxis, pues, recrea el mundo, dice Marx al tratar del concepto de alienación. Engels, por su parte, afirmaría que los hombres «antes de pensar habían actuado».

En las posiciones más recientes del marxismo historiográfico, la cuestión relativa a la experiencia y la praxis social, la experiencia como presupuesto y como resultado de la praxis social en la creación de la conciencia, ha tenido un tratamiento ejemplar en la obra de E. P. Thompson y sus fundamentales estudios sobre la formación de la conciencia obrera, un tipo de trabajo que ha distinguido, en general, a todo el llamado marxismo historiográfico británico. La experiencia recoge, o incluye, las respuestas mentales y emocionales de los sujetos a los acontecimientos[16]. Es esencialmente una forma de

conocimiento, pero todo conocimiento, a su vez, se fundamenta en la praxis. Thompson destacó enfáticamente el papel de la experiencia en la formación de una cultura de clase y, por ende, en la formación de todo conocimiento social[17]. La experiencia sería la huella que deja la acción social, la interacción social de los sujetos, por lo que no puede sino cristalizar fundamentalmente en conciencia social.

La idea misma de experiencia está ligada ineluctablemente a la de «recuperación de la experiencia». Siendo la recuperación una forma de acción, según Thompson, la experiencia es «el término medio (la mediación) entre el ser social y la conciencia social». Como la creación de una conciencia es, igualmente, el resultado de la acción, toda acción histórica crea conciencia histórica, un paso estrechamente ligado con lo que aquí llamamos la historización de la experiencia. La propia experiencia es la materia básica de la creación de «culturas» particulares cuya existencia no obsta para que pueda hablarse de la existencia de una «experiencia unitaria» como determinación última de la acción humana, frente al juego de los «niveles», «instancias» y otros componentes de la estructura social.

Las posiciones filosóficas sobre la naturaleza de la experiencia han tenido repercusiones directas y diversas para la teoría de la sociedad y la acción social. El problema reside en que la experiencia no sólo es tratada de forma dispar y con énfasis distinto según sean las posiciones sociológicas, sino que unas teorizaciones tienen en cuenta la «experiencia vivida» como elemento más o menos central en todo tratamiento de la acción social y del problema estructuras-sujetos, mientras otras no la consideran o la reconvierten en extremos referentes a la construcción del mundo simbólico, la intencionalidad, la conciencia, la praxis y demás.

El carácter social de toda experiencia del individuo fue ya puesto de relieve por G. H. Mead[18]. Cabe afirmar que todo tipo de experiencia no puede ser desligado del sistema social donde se produce, mientras que son las experiencias mismas las constructoras de estructuras. La experiencia tiene siempre el carácter de «mediada», no es ni espontánea ni autónoma y el primer vehículo de tal mediación, del entorno al sujeto y viceversa, no es otro que el lenguaje. No nos podemos detener aquí en los problemas profundos de la relación entre lenguaje y experiencia, por lo que destacaremos algunos otros aspectos concretos de la relación entre experiencia, estructura y función social, porque el análisis sociológico de la experiencia humana nos aporta, en todo caso, puntos de vista más cercanos a lo que es realmente nuestro objeto: la experiencia como fundamento de toda *historización*. Max Weber, por su parte, se refirió a la cuestión de la experiencia, además de en otros muchos pasajes de su obra, en una discusión sobre la posición que pretendía que «el contenido

más seguro de nuestro saber es el proporcionado por nuestra propia *experiencia vivida*»[19]. Weber se muestra en desacuerdo con ella poniendo condiciones al concepto mismo de experiencia para que pueda ser base de un conocimiento. El problema importante que Weber planteaba realmente era, de nuevo, el de la relación entre la experiencia y el conocimiento, el de la posibilidad de hacer de la experiencia propia un objeto de conocimiento y la validez que éste tendría en el conocimiento general.

La influencia de Weber y su teoría de la acción se sumaría a la de la fenomenología en la obra de Alfred Schütz, uno de los sociólogos que más atención han prestado a la cuestión de la «experiencia viviente» o vivencia, el concepto que introdujo Dilthey, en cuanto una de las condiciones de la realidad y de la relación social como construcciones con «significado». La experiencia no puede separarse de su relación con la vivencia, estando conformado el sentido de ésta por los productos de la experiencia. Según Schütz, la experiencia es un depósito de sentido, de significados y un presupuesto básico de la acción social, del «acto significativo del individuo», idea clave de la sociología comprensiva[20]. La vida social ordinaria no podría entenderse desligada de la experiencia depositada en las vivencias como estado consciente que «se está viviendo». No existen vivencias aisladas, su permanente enlace y modificación es lo que confiere a la experiencia su carácter de «configuración de significado». La experiencia, pues, es vista por el sujeto como un contexto total no como un conjunto de vivencias aisladas. Toda vivencia está ordenada según esa totalidad.

El mundo de la experiencia, y esto tiene un especial significado en todo el proceso de internalización de lo histórico, es una construcción permanente, progresiva y siempre compartida. Toda vivencia posterior está «parcialmente determinada» por las vivencias anteriores[21] al tiempo que toda experiencia es igualmente producto de una interacción social. En cada momento vivenciado el hombre común reordena experiencias pasadas que están contenidas en la conciencia. Con esta retrospección continua se crea siempre un nuevo «aquí y ahora» que modifica de forma determinante la experiencia anterior y la ubica en relación coherente con la experiencia total, haciendo que ésta se convierta en un esquema interpretativo al que se ajusta la acción. En definitiva, la experiencia se constituye como una continua autoexplicación.

Pero existe una diferencia decisiva entre la realidad directamente vivenciada y aquella que está fuera de la experiencia vivida. La experiencia está inserta en la vida social cotidiana y ordinaria, está indisolublemente ligada a la intersubjetividad, a la relación del hombre con sus *consociados*, en el lenguaje de Schütz, es decir, a los demás sujetos que participan de una experiencia directa. El problema central sería, pues, el de comprender las relaciones in-

tersubjetivas en «el mundo de la vida», en expresión tomada de Husserl, para cuya dilucidación se apoya también en el concepto de acción social de Weber. En función de las experiencias vividas, según se vivan en común o no, Schütz distinguiría a los consociados de los contemporáneos y a éstos de los predecesores y los sucesores en una conceptuación del movimiento generacional que muestra alguna similitud con los planteamientos de Ortega[22]. Sin duda, sus conclusiones tienen una considerable importancia para la caracterización de las realidades de la experiencia humana y permiten ahondar mejor en el fenómeno de su historización.

Cabe mencionar aquí también, como una referencia importante para la sociología de la experiencia, la atención a las realidades de la «vida cotidiana» que ha ocupado un lugar importante en la fenomenología y que ha señalado precisamente la fundamental dimensión de la experiencia del sujeto como producto de su interacción rutinaria con sus semejantes, lo que da lugar a la aparición de un *saber cotidiano*[23]. Se ha dicho que «la vida cotidiana tiene también una *historia*», que se muestra como una continuidad y que es el ámbito preciso donde se contrastan el hombre particular y el mundo objetivado[24]. Por supuesto, las sociedades contemporáneas poseen poderosos medios de registro de la experiencia cotidiana, tanto la de los sujetos personales como la de los colectivos autoidentificados. Los nuevos medios de comunicación han hecho que la experiencia cotidiana aparezca como contrapunto ineludible de dimensiones tales como la reflexividad, la integración acumulativa, la irreversibilidad de los procesos sociales y tecnológicos.

La «experiencia de la vida», aquel bagaje en el que Dilthey pensaba como fundamento de toda reconstrucción de la realidad histórica, se relaciona con los procesos de construcción social de la realidad, a los que prestaría un fundamento imprescindible la experiencia de la vida cotidiana, pues ésta sería «una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente»[25]. En cuanto fundamento y origen de la percepción del mundo como historia, la experiencia significaría la adquisición de una vivencia y, por ende, de una conciencia, de una globalidad, de un «símismo vivenciante» [26]. Sin embargo, parece indicado antes de abordar la cuestión de la «conciencia histórica» no olvidar que tal forma de conciencia es una facultad adquirida, siempre en perfeccionamiento y que se posee en grado variable, mientras que la experiencia vital es una potencia común de todo humano.

La *vida cotidiana* se entrevera siempre con los contenidos de experiencia, dando lugar a una realidad humana que ha llamado la atención de antropólogos, sociólogos e historiadores, cosa que se recoge, justamente, en la propuesta de hacer una «historia de la vida cotidiana», modelo u objeto historio-

gráfico de amplio desarrollo reciente[27]. Los trabajos pioneros de E. Goffman o de la etnometodología de H. Garfinkel dedicaron atención a algo esencial también como es la función del lenguaje cotidiano en la estructuración de las experiencias. Su punto focal ha sido el de la construcción del mundo social por los sujetos y en ese sentido son un reflejo de la «vuelta y reflujo a lo privado»[28]. E. Goffman, en concreto, intentaba hacer una sociología del individuo, una ciencia de las reglas que controlan socialmente la interacción en la vida cotidiana. Son esas formas de la vida cotidiana, o las nuevas reglas sociales de la cotidianeidad, las que interesan como el lugar en el que surgen los más claros impulsos a la objetivación de las experiencias.

En las sociologías más recientes referidas a la acción social y que se centran en el problema clave de la relación entre sujeto y estructuras sociales como conformadoras de la sociedad, el tratamiento de la experiencia como factor social es diverso. Los casos típicos podrían ser los de M. Archer y sus tesis sobre la morfogénesis, de A. Giddens y la estructuración o de P. Bourdieu y la teoría de la práctica centrada en el concepto de *habitus*. No podríamos detenernos aquí en un análisis mínimamente pormenorizado de esas teorías, pero sí conviene señalar que en todas ellas el lugar de la experiencia se subsume en el contenido de la «acción» social. Mientras las sociologías de inspiración más fenomenológica o hermenéutica insistirán en el problema de los significados de la acción y en la autonomía relativa del individuo respecto de las imposiciones y vigencias sociales[29].

De otra parte, es evidente que los factores psicológicos tienen una presencia determinante en la elaboración de la experiencia en la conciencia, de la misma manera que la tiene también la función de recordar, pero no es nuestro objeto detenernos aquí en la psicología, salvo en lo que diremos después sobre la memoria misma. Bastará advertir que en su dimensión psicológica la experiencia se manifiesta, en lo esencial, como acumulación de esquemas de prácticas que quedan en la memoria. La experiencia es un bagaje mental cuyo soporte psíquico es la memoria, donde permanecen los trazos del proceso de socialización atravesado. No se concibe, en efecto, separada de la memoria, aunque no se confunda con ella.

En definitiva, el sentido de *experiencia*, ligando el concepto a su doble acepción principal, es decir, como el proceso primario de cualquier conocimiento o como reflejo o depósito ordenado en la conciencia de las vicisitudes vividas, equivale siempre a un bagaje de representaciones mentales y de disposiciones organizadas por la memoria que expresan el intercambio entre el sujeto y el mundo exterior. Esas representaciones adquieren siempre un nuevo valor y significación cada vez que el hombre se encuentra en situaciones nuevas pero homologables o análogas de alguna forma a otras anteriores. Por

ello decimos que alguien tiene «experiencia» sobre o en las técnicas de yoga, el bricolaje, los estados afectivos, los efectos de la lluvia o la ingesta de alcohol, porque ha vivido situaciones previas en las que ha adquirido conocimiento sobre ello. En la experiencia, pues, confluyen percepciones, saberes, prácticas y, en definitiva, reglas, que conjuntamente organizan la asunción por el sujeto del mundo en que vive.

La experiencia, como se dice también de la conciencia, es «experiencia de algo». La experiencia es un bagaje múltiple, pero diferenciado y organizado. No hay una experiencia en sentido general, sino experiencia de cosas concretas que nace de la relación sujeto-estructuras. El bagaje de representaciones adquiridas en el mundo de las relaciones sociales se refiere a concretas acciones realizadas. La experiencia es, pues, en su sentido primario, un conjunto de saberes o destrezas adquiridas en el curso del vivir cotidiano vertido sobre actividades que adquieren su sentido en el entorno social en el que se vive. Las experiencias nacen siempre del «estar en el mundo», pero no tienen un camino único para su adquisición ni tienen todas el mismo valor.

La experiencia está indisolublemente unida a la memoria, permanece viva y puede servir de pauta en situaciones nuevas por lo que el presente nos aparece, por tanto, como la confluencia de acontecimiento y memoria, convertidos en un *ahora* y un *aquí* desde los que se construye el tiempo todo. El devenir de todo hombre sólo puede ser entendido desde la contemplación de toda una trayectoria, y en cada momento de la vida ese final provisional de lo vivido se identifica con el presente. Gracias también a la experiencia, y a su reelaboración, el presente está siempre proyectado hacia el futuro.

Pero cuando nos adentramos realmente en el meollo de nuestro propósito es al abordar la relación entre experiencia e historia o, mejor, entre aquélla y la percepción, la interpretación y la escritura de una *historia vivida*. La consideración de la Historia como una *tematización* de la experiencia, el entendimiento de esta misma como «condición de posibilidad» de todas las historias, ha sido uno de los temas característicos de la obra de Reinhart Koselleck, cuyas tesis son de particular importancia aunque no se coincida enteramente con ellas. Cabe coincidir, sin duda, en que la Historia es inseparable de la experiencia y que, en consecuencia, la historiografía es ella misma una «ciencia de la experiencia». Koselleck señala que «en griego "historia" significa inicialmente lo que en alemán se denomina "experiencia"»[30]. De hecho, la *istorie* griega es susceptible de interpretaciones entre las que, sin duda, cabría ésta.

Siguiendo su acostumbrado proceso analítico centrado en la historia de los conceptos (las variaciones semánticas), Koselleck encuentra que experiencia está ligada a la voz griega *historein*, de la que ha derivado el concepto posterior de historia, ligado al de investigación. Pero históricamente el contenido de

la voz experiencia ha variado y en algún momento ha llegado a restringirse al «mero percibir las cosas». La experiencia será definida, por tanto, como «el pasado actual, en el que se han integrado los acontecimientos y pueden ser rememorados»[31]. En ella se amalgaman la elaboración racional y los comportamientos inconscientes que no están obligatoriamente presentes en nuestro saber. En otro pasaje de sus obras, Koselleck insistirá, basado en el diccionario de Grimm, en la relación entre experiencia y reconocimiento, investigación o examen.

En todo caso, en la voz experiencia han concurrido a lo largo del tiempo las dos significaciones distintas de realidad vivida y de actividad intelectual[32]. De esta forma, el concepto moderno de historia ha incluido en sí la «vieja» experiencia y el concepto griego de la *istorie* como investigación. Sin embargo, Koselleck había expresado también que en el lenguaje cotidiano ni «experiencia», ni «expectativa» «transmiten en cuanto que expresión ninguna realidad histórica», como lo hacen, por el contrario, los rótulos con los que conocemos hechos históricos concretos: «paz de Amiens» o «Revolución Francesa»[33]. La Historia, pues, fundada sobre las experiencias humanas, no recoge éstas sin alguna forma de mediación, la de la *historicidad* y/o la de la *historiografía*, según la doble vía de relación historia-memoria acerca de cuya precedencia mediadora se preguntaba Ricoeur[34].

Seguramente, un asunto que debe ser elucidado de manera previa en el complejo problema de la transcripción de las experiencias como Historia es el del significado «temporal» de toda experiencia. De forma radical puede decirse que la experiencia es *tiempo*, que ella misma configura el tiempo. Toda experiencia particular, en definitiva, y como parte ella misma de otra más global y constitutivamente social, está siempre en movimiento, está siendo modificada, enriquecida o, incluso, desmentida y rehecha por la acumulación de los acontecimientos vividos. Por esto decíamos que el acontecimiento tiene siempre la consecuencia de «fundar» el tiempo. La cuestión clave es ésta: toda nueva vicisitud que entra a formar parte de la experiencia de un sujeto reordena la experiencia anterior. La vicisitud temporal del hombre o, si se quiere, la vicisitud histórica, es interpretada siempre desde la situación presente.

La idea de que toda experiencia y todo conocimiento proceden por dualidades, por comparación de lo anterior y lo posterior, según la secuencia del presente al pasado, es también fundamental, y de tal comparación nacen nuevos contenidos de experiencia que interactúan con los anteriores. Tal manifestación da, por otra parte, sentido al pasado, especialmente al pasado-presente y ahí se fundamenta la posibilidad de que toda experiencia sea refigurada como historia. El hombre puede representarse su trayectoria vital

completa como un continuo presente que se reconstruye en cada rememoración. El resultado es que su contenido total se reordena continuamente. Ello no está en absoluto en pugna con la aseveración certera de que «la sensación de ser uno mismo, de ser el mismo, de ser la misma persona a lo largo del tiempo, es quizá la experiencia más básica y fundamental de nuestro yo»[35], idea relacionada claramente con las argumentaciones que hiciese H. Bergson acerca de la duración como permanencia del yo. En esa dialéctica se basa la historicidad.

Con ello enlaza, obviamente, la referencia de toda experiencia a una percepción de la realidad siempre en su dimensión «temporal», un hecho que no puede entenderse, a su vez, sin la presencia de la memoria en tanto que ésta es «constitución temporal de una conciencia» y que denota «este dominio temporal tan propio de la experiencia humana»[36]. La memoria tiene una relación inmediata con la percepción del tiempo y los actos de memoria están ligados a la representación que las sociedades se hacen de la sucesión temporal[37]. En todo caso, sobre la relación entre experiencia y memoria habremos de volver de inmediato.

Experiencia, memoria e historia

Sin la memoria no existe posibilidad de experiencia, había dicho ya Aristóteles. Como hemos señalado aquí también, la *memoria* tiene una función decisiva en todo hecho de experiencia. Ocurre así dada la multiplicidad operativa de la memoria como contenido vivencial, como «presentificación» —en expresión de Giddens— del tiempo, como función recuperadora mediante el recuerdo o discriminadora mediante el olvido, como reordenación continua de las representaciones de la mente y, en fin, como suministradora de pautas para la acción. La memoria, en consecuencia, figura también entre las potencialidades que mayor papel desempeñan en la constitución del hombre como ser histórico. Ella es el soporte de la percepción de la temporalidad, de la continuidad de la identidad personal y colectiva, y, consiguientemente, es la que acumula las vivencias donde se enlazan pasado y presente.

Sin la capacidad de recordar, de hacer presente lo pasado, no existiría modo de llegar a elaborar una historización de la experiencia o una captación del presente como historia, es decir, no habría posibilidad de vivir históricamente. La importancia, por tanto, de analizar la memoria con independencia de lo expuesto ya sobre la experiencia humana se acrecienta aún, dada la insistencia de un gran número de tratadistas actuales en la relación entre memoria y recuperación del pasado tanto como entre éste, o sea, lo convencionalmente

llamado Historia, y la percepción del presente en cuanto parte constitutiva del proceso histórico.

No es preciso entrar aquí, por supuesto, en mayores detalles sobre los múltiples enfoques y doctrinas que confluyen en el análisis de la naturaleza y función de la memoria, es decir, en los aspectos neurológico, psíquico, antropológico, cognitivo, etc., en cuanto no tenga una referencia directa a su función social y su dimensión histórica[38]. La memoria en su definición más sencilla posible, o sea, como la facultad de recordar, traer al presente y hacer permanente el recuerdo, tiene, indudablemente, una estrecha relación, una confluencia necesaria, y tal vez una prelación inexcusable, respecto de la noción de experiencia, al igual que con la de conciencia, porque, de hecho, la facultad de recordar ordenada y permanentemente es la que hace posible el registro de la experiencia. La temporalidad humana tiene en la memoria su apoyo esencial[39], mientras que la continuidad que facilita a la acción humana es la clave de la función estructurante que tiene también en la constitución de las relaciones sociales.

Por lo pronto, parece importante señalar que no es posible la consideración separada, autónoma e independiente, de la facultad memorizadora fuera del conjunto del aparato y las facultades mentales completas del hombre, ni vale para ella el símil de las memorias mecánicas. En el hombre no existe nada parecido a una memoria *exenta*, desconectada de sus facultades cognoscitivas, afectivas, y de sociabilidad básica. La memoria no es un mero depósito de información acumulada y recuperable, por lo cual la mente, donde reside la memoria, no admite la «metáfora computacional», o metáfora del ordenador, en la explicación de su funcionamiento[40]. Es la computación la que se presenta más bien como una metáfora de las potencias humanas. La memoria presupone un cerebro, pero aún más una *mente* como estado cerebral.

La memoria es constitutivamente bastante más que un «depósito» de sensaciones y percepciones o, sencillamente, algo más que la facultad mental que permite traer al presente, mediante el recuerdo, las vicisitudes del pasado. Es decir, estamos, en este caso también, ante una facultad fundamentalmente activa, reorganizadora y coordinadora, estructurante, que no se limita en manera alguna al registro, aunque lo realice, de lo percibido o «experienciado». Gracias a la memoria, el hombre puede tener ante sí su trayectoria vital *completa*, su biografía, como algo unitario, puede reproducirla en una secuencia ordenada temporalmente, del presente al pasado y viceversa. Puede también imaginar el futuro, y, de esta forma, puede acceder a la imagen de un *presente continuo*.

Ahora bien, ¿cómo está *representada* la experiencia en la memoria humana? Topamos aquí con la cuestión del significado mismo de representación y su

importante relación con las formas de comportamiento[41]. Y también con el hecho de que al hablar de representación se está presuponiendo que *no* todos los contenidos de la experiencia pasan de forma permanente a la memoria. La respuesta a esta suposición es afirmativa en cuanto que ciertas corrientes de la psicología, especialmente la cognitiva, mantienen que la función real de la memoria estriba no en la retención de las vicisitudes de todo orden que se atraviesan, sino en la reconversión de ellas, o su representación, a través de categorías y conceptos. La memoria se puebla de «estructuras interactivas» a las que se denomina *esquemas*. Estos esquemas se abstraen de la experiencia de forma que constituyen modelos del mundo exterior, que sirven a su vez «para procesar» toda nueva información. La memoria no es, pues, una reproducción del mundo exterior, sino un aparato para interpretarlo[42].

De otra parte, la memoria no se constriñe tampoco a la capacidad de recordar, de traer al presente el pasado, sino que alcanza también a la de *olvidar* en su función selectiva. La memoria como capacidad de recordar tiene su contraimagen en la capacidad de *olvidar*, teniendo a ésta, claro está, por algo más que una simple deficiencia patológica. El olvido, pues, no es en modo alguno una deficiencia de la memoria nemónica. El olvido, como capacidad psíquica, es también una facultad activa, aunque peor estudiada que la del recuerdo, si bien los análisis filosóficos o sociales de la memoria como recuerdo van comúnmente acompañados de su función inversa como olvido. El *silencio* y el *olvido* tienen un «uso», ejercen un papel en el mantenimiento de las vivencias y ocupan un lugar de relevante importancia en la reproducción social y en la plasmación del discurso histórico[43]. La *expulsión de la memoria* de determinados pasajes de ella tiene tanta significación como su conservación[44]. La memoria, en resumen, funciona siempre en pluralidad, de manera limitada y selectiva, frágil y manipulable, se vierte, sobre todo, hacia la percepción del cambio y ejerce un trabajo simbólico de sustitución y de restitución.

También es preciso aludir de inmediato a un asunto de particular importancia para lo tratado aquí: la dimensión social de la memoria. Es decir, el hecho de que esta facultad, en cuanto que trasciende las potencias del individuo aislado, tiene por lo mismo variadas determinaciones sociales. Por una parte, la memoria siempre incluye a los demás; de otra, en efecto, es también un presupuesto de la actividad social. En el plano antropológico y sociológico, al tiempo que la memoria actúa como un soporte fundamental de la temporalidad, destaca también como un componente imprescindible en la construcción de las realidades sociales. Su relación con éstas es recíproca: la memoria actúa y es explicable dentro de unos «cuadros [o marcos] sociales», como los llamara M. Halbwachs, uno de los clásicos en el estudio

sociológico de la memoria, pero contribuye igualmente a la simbolización y reproducción de ellos.

Siguiendo precisamente a Halbwachs, suele hablarse de la existencia de memorias *individual, colectiva* y *social.* Tres especificaciones o grados distintos e inclusivos. Más allá de la memoria individual, aparecería la memoria colectiva o memoria del grupo, mientras que la social sería la de una sociedad globalmente considerada. Maurice Halbwachs abordó en la primera mitad del siglo XX un análisis detallado de la relación entre memoria individual y memoria colectiva y, lo que es más importante, entre la memoria colectiva y la memoria histórica, un estudio que apareció en una obra póstuma[45]. Según él, existe un proceso de recuerdo que está más allá de cada individuo, que es impersonal, en el cual los individuos participan aunque sea parcialmente y según sus intereses particulares. Toda memoria individual supone el marco o cuadro de la social[46], lo que descartaría la superficial visión de la memoria colectiva como alguna forma de mera síntesis o construcción basada en las memorias individuales. «Para evocar su pasado, el hombre necesita frecuentemente acudir a los recuerdos de los otros»[47].

Según esa misma dualidad, Halbwachs proponía distinguir entre una memoria interior y una exterior al individuo, una personal y una social y, además, más importante para lo que dilucidamos aquí, entre «memoria autobiográfica y memoria histórica». La memoria histórica sería, pues, una especificación temporal de la memoria colectiva. Sería externa al individuo, objetivada y socializada. Con indudables ambigüedades, esta posición recoge mucho, sin embargo, de la mantenida por Durkheim —de hecho, maestro de Halbwachs— acerca de la objetividad impersonal de todos los hechos sociales, que «se imponen» al individuo.

La proposición de que existe una memoria colectiva, es, sin duda, de notable importancia y no está exenta de analogías —en la misma medida en que existe una acción colectiva, una conciencia colectiva, etc.— pero ha suscitado después tantas dudas como la definición de cualquier concepto que representa una cualidad social emergente, que trasciende al actor individual y que no puede entenderse como la suma de las acciones de muchos actores. La memoria presupone una mente, en efecto, está relacionada siempre con una experiencia determinada y concreta. ¿Quién o quiénes serían, pues, el sujeto —familia, clase, grupo étnico, generación histórica, etc.— de tal memoria colectiva?; ¿dónde está depositada?; ¿qué contenidos selecciona? Si bien cualesquiera contenidos de memoria tienen siempre una indudable proyección colectiva, son el reflejo de la realidad social y en ellos desempeña un papel esencial el contexto de la socialización, es el sujeto de ella el que representa un problema de la teoría social e histórica[48]. La memoria colectiva es un

concepto atractivo no exento de problemas, que ha suscitado menos estudios de los deseables y que constituye un poderoso instrumento de análisis de los recuerdos «socialmente compartidos»[49].

Conviene resaltar, desde luego, el interés de esta visión *holista* de los problemas de la memoria, que evita los psicologismos frente a los que prevendría asimismo Durkheim, pero omite dimensiones esenciales en la proyección y la inserción social de la memoria, que hoy no pueden ser, en manera alguna, obviados. En efecto, en la obra de Halbwachs están prácticamente ausentes los problemas derivados de los *usos* de la memoria, la manipulación de la memoria colectiva, su importancia ideológica y como instrumento de poder, su papel en la lucha por la dominación y la hegemonía y, en último extremo, su fragmentación. La memoria colectiva no parece en absoluto un producto inmediato de la actividad social, sino que es una construcción cultural muy elaborada. ¿Existe algún colectivo con una memoria única? O bien, ¿cómo se constituye esa memoria común? La memoria colectiva es el lugar común de todas esas importantes realidades sociales y, de paso, todas las dificultades epistemológicas, a las que Halbwachs no se refiere. Sus estudios, sin embargo, siguen prácticamente insuperados en lo que atañe a la tesis de que la memoria individual y colectiva, y, por supuesto, la memoria histórica, son siempre en efecto construcciones en las que la dimensión social no es meramente un contexto sino una causa. La memoria es una dimensión más de las relaciones sociales que precisa siempre una contextualización, contrastación y, sobre todo, objetivación.

Las peculiaridades de la memoria social y la memoria histórica, sin embargo, no se agotan ahí. Importa tanto más señalar, entre otras muchas cosas posibles, que, por lo que atañe a la función y al «uso» de la memoria como factor de concienciación histórico-social y cultural, existen decisivas diferencias entre las memorias sociales justamente en relación con la experiencia. Existen una memoria *directa*, llamada también, a veces, *espontánea*, frente a otra *adquirida* o *transmitida*, o, lo que es lo mismo, una memoria ligada a la experiencia vital, propia y directa, del individuo o el grupo, la memoria *viva*, y otra que es producto de la transmisión de otras memorias, de la memoria de los predecesores, la memoria *heredada*. Los entrecruzamientos de estas memorias son absolutamente esenciales para el análisis a fondo de la *memoria histórica*. La memoria, por lo demás, es una referencia decisiva también en procesos como los de identidad, integración grupal o generacional y en la elucidación del significado de la acción pública, social y política. Hay, en fin, una memoria *institucional* (lugares de memorias, liturgias y rememoraciones públicas, utilización política, derechos de la memoria y prácticas del olvido) cuyos contenidos son clave para la práctica y la reproducción social.

Los fenómenos que se producen en nuestro propio tiempo ilustran de manera nítida la importancia de la memoria no sólo como valor, sino como reivindicación social. Esa densa problemática de la memoria colectiva, social e histórica y de la relación entre memoria e historia ha sido objeto de una amplia atención de los tratadistas actuales, por más que pueda decirse que no poseemos aún una interpretación convincente y fundada «que dé cuenta de la reciente expansión de la cultura de la memoria en sus variados contextos nacionales y regionales»[50]. Vivimos, se ha dicho, el «tiempo de la memoria» o, también, el «tiempo del testigo»[51]. Es incuestionable que nuestro mundo de hoy se ha convertido en un extraordinario «consumidor de memoria». ¿Por qué y para qué recordar?, es una doble pregunta frecuente en nuestro tiempo para la que existen múltiples respuestas cargadas siempre de una notable derivación ideológica[52]. Los estudios sobre la memoria histórica se han multiplicado en la década de 1990 y se ha podido decir que «uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años es el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales»[53]. En efecto, desde los ámbitos políticos y sociales más diversos se ha venido reclamando la preservación de la memoria, especialmente la memoria del dolor, de las guerras, de las injusticias, la represión y los genocidios. Se ha hablado de una «saturación de memoria» y también, en fin, de una «crisis de la memoria»[54]. Y, por lo demás, ha aparecido una explícita dedicación a construir una historia de la memoria, a convertir ésta en un objeto historiográfico.

El cambio puede rastrearse con cierta claridad desde el giro decisivo que se produce en los contenidos culturales occidentales a partir de finales de la década de 1960. Se ha dicho que si la cultura de la modernidad a comienzos del siglo XX tenía la perspectiva de los «futuros presentes», la que ha traído la posmodernidad, acusadamente desde la década de los ochenta, se ha vertido hacia los «pretéritos presentes». Nuestro tiempo padece el «síndrome de la memoria recuperada» y desarrolla, en consecuencia, una «cultura de la memoria». La memoria se ha convertido en una «obsesión cultural de monumentales proporciones en el mundo entero»[55]. Tal cultura de la memoria, por lo demás, no restringe el ámbito de su expansión a ese afán por la recuperación del pasado, sino que abarca igualmente la impregnación de las perspectivas temporales por la fijación del «tiempo vivido» y también por las funciones del olvido.

La memoria, pues, entendida como la más potente y vital ligazón de la experiencia al pasado y el mayor resorte para su conservación, cuando no el agente de su «invención», se ha situado como una de las más reiterativas reivindicaciones culturales actuales, de forma que puede pensarse que, bajo

la forma de memoria colectiva especialmente, una de las connotaciones de nuestro presente es una nueva valoración de la función y la importancia de la memoria como definidora de pautas culturales.

No es difícil entender, como consecuencia de todo lo expuesto, que el problema central al que debemos dirigir la atención es la manera exacta en que se establece la relación entre *memoria* como representación permanente de la experiencia e *historia* como racionalización temporalizada, por decirlo así, de tal experiencia. Porque a partir del esclarecimiento de ese enlace esencial podremos penetrar con mayores garantías en el problema mayor de la función de la memoria en la construcción del presente histórico.

Memoria e Historia

La memoria tiene dos funciones importantes en la aprehensión de lo histórico, sobre el plano general de su función como sustento de la continuidad de la experiencia. Una de ellas es la capacidad de reminiscencia de las vivencias *en forma de presente.* La memoria, como decimos, es capaz de *reasumir* la experiencia pasada como presente y, al mismo tiempo, como duración, lo que no equivale a decir que no contenga su propia temporalidad interna, que no dé cuenta de la sucesión temporal. El presente histórico, como percepción subjetiva, se fundamenta justamente en la extensión de la *memoria de vida*, y excluye en buena medida, aunque no de forma absoluta, la memoria transmitida, sin mengua de que esta última tenga naturalmente una importante función también para interpretar y dotar de significado la memoria vivida. En su sentido extendido, un presente es el contenido completo de una memoria viva, no heredada, aunque el tiempo esté en ella ordenado según la secuencia pasado-presente.

La segunda función destacable deriva de su papel no ya como presupuesto, predisposición o, si se prefiere, umbral, de lo histórico, sino como *soporte mismo de lo histórico*, y como vehículo de su transmisión, limitada prácticamente a ella cuando se trata de la transmisión oral. Definitivamente, no hay historia sin memoria. Aun así, una afirmación de tal género tiene que ser cuidadosa porque corre el riesgo de ser equívoca: la memoria y la historia no son, a pesar de su estrecha relación, entidades correlativas relacionadas en un sentido único. ¿Cuál es el sentido propio de esa estrecha relación entre memoria e historia? ¿Debe continuar manteniéndose «el estatuto de matriz de la historia otorgado comúnmente a la memoria»?[56].

El problema esencial queda ya enunciado. Memoria e Historia son realidades distinguibles la una de la otra y, desde luego, separables. No son necesa-

riamente coincidentes ni aún necesariamente convergentes en su naturaleza, su relación es contingente de forma inequívoca, como tendremos ocasión de discutir después. Las acerca una relación que sólo se entiende si se tiene en cuenta, al menos, un requisito que el propio Halbwachs acertó a expresar con precisión: para que la experiencia o la imagen de lo vivido alcance la realidad de lo histórico será preciso que salga de sí misma, que se coloque en el punto de vista del grupo, que pueda denotar que un hecho marca una determinada época porque ha penetrado en el círculo de las preocupaciones y de los intereses colectivos[57]. No hay Historia sin memoria, repitamos, y si lo contrario no es también cierto, como creemos, ello quiere decir que no puede descartarse la confrontación conflictiva entre ellas. La Historia tiene su propia autonomía, no coincide necesariamente con la Memoria.

En consecuencia, siendo cierta la importancia que la cultura actual da a la función social de la memoria, e innegable su extraordinaria relevancia en las formas en que percibimos hoy la *historicidad*, es erróneo, a nuestro juicio, extraer de todo ello la consecuencia de que la lucha por la memoria es específicamente análoga a la lucha por la historia, y por la verdad de ésta... Es erróneo, en fin, suponer que ambas cosas son sinónimas y que la lucha por la memoria es la muestra de una «persistente conciencia histórica» como «característica emblemática de nuestra condición de contemporáneos»[58]. Esa homologación incurre en una petición de principio.

En efecto, memoria y conciencia histórica pueden coexistir sin que su correlación e interdependencia sean necesarias ni enteramente discernibles, ni sus manifestaciones convergentes por obligación. Una correlación de ese género no podría ser postulada, tiene que demostrarse. Quienes claman por la preservación de la memoria de determinados hechos del pasado, no reclaman necesariamente una mejor investigación histórica de ellos. Quienes exigen su conservación y se lanzan a la «lucha por la memoria» son, de forma destacada, los *portadores* mismos de ella. Son los depositarios concernidos de forma directa por los hechos cuyo recuerdo permanente se reclama, sus beneficiarios o sus víctimas. En manera alguna queremos decir que ello afecte a la legitimidad de los valores reclamados, sino que esa reclamación implica la preeminencia de las pretensiones de retribución de la memoria sobre la verdad de la historia. Por ello puede llamarse a nuestra época la del testigo[59].

La reclamación de memoria no es estrictamente correlativa y sintomática del aumento de conciencia histórica o de conciencia de la *historicidad*, aunque pueda serlo, sino que se incardina primariamente en la lucha por las identidades, las restituciones y reparaciones, por la «justicia sobre el pasado», el reconocimiento de las diferencias y los protagonismos, el rescate del olvido y el desvelamiento de las biografías marginadas. Y todo ello obediente, ahora

sí, de manera estrechamente correlativa, al reflejo directo del peso de la cultura actual de la comunicación de masas.

Mientras la Memoria es valor social y cultural, es reivindicación de un pasado que se quiere impedir que pase, la Historia es, además de eso, un discurso construido, ineluctablemente contrastable y objetivado o, lo que es lo mismo, sujeto a un método, que puede ser distinto de los contenidos, o de algunos contenidos, de la memoria. La relación entre la memoria y la historia es por fuerza muy determinante, pero de ahí no se infiere la identidad de ambas realidades. La relación entre ellas es compleja, sinuosa y en modo alguno unidireccional. Por ello, considerar, por otra parte, que la memoria y sus usos son la antesala necesaria de toda historia y que ésta prolonga, solidifica y legitima directamente aquélla, es otro error de concepto.

Como en el caso de la conciencia histórica, la relación de la memoria con la historia como operación intelectual es inestable. No hay memoria *neutral*, ni inocente, como no hay ninguna facultad humana que sea ambas cosas. Por lo demás, «no siempre resulta fácil trazar la línea que separa el pasado mítico del pasado real». Y es que «el pasado recordado con intensidad puede transformarse en memoria mítica»[60]. Por lo general, los sujetos y los grupos organizan su memoria como autojustificación y autoafirmación, pero no necesariamente como contribución histórica desinteresada. Las memorias colectivas de grupo son la expresión de un *nosotros*, y están ligadas a los intereses de quienes la expresan. De ahí que *los olvidos* cumplan muchas veces en negativo esa misma función de la representación de intereses. La Historia, como dijese François Bédarida, ve el acontecimiento desde fuera, mientras la memoria se vincula a él y lo vive más bien desde dentro. La Historia no pretende, en cualquier caso, ni monopolizar el aporte de la memoria, ni agotar su significado, y, sin embargo, «son los mismos que proclaman la necesidad de mantener la llama de la memoria y subsidiariamente de establecer la verdad de la historia los que solicitan a los historiadores para ayudarles y para legitimar sus resultados»[61].

Conservar la memoria, en definitiva, no equivale inmediatamente a construir la historia. Pero hay en realidad, pese a todo ello, un par de extremos en el que Memoria e Historia están sujetas a las mismas determinaciones y cumplen de forma paralela una misma función. Uno es su significación de batalla contra el olvido, el otro es la imposibilidad de ambas de contener en sí «todo el pasado»[62]. Sin embargo, la conservación de la memoria, incluso «el deber de memoria» del que hablan sus mantenedores, no asegura necesariamente una historia más verídica, porque la memoria como facultad personal y como referencia de un grupo, de cualquier carácter, es siempre subjetiva, representa una visión parcial, no contextualizada y no objetivada.

Para que la memoria trascienda sus limitaciones y sea el punto de partida de una historia, es preciso que se opere el fenómeno de su historización, o, lo que es lo mismo, de la historización de la experiencia, cuyo sentido perfilaremos con más detalle después. La memoria puede ser, y es de hecho, objeto de una historización, en el sentido subjetivo y objetivo de tal expresión, pero ello no es un proceso *necesario* ni indefectible. Esa historización es ella misma un producto histórico, sujeto a determinaciones externas, como muestra el hecho de su presencia desigual en unos u otros momentos históricos. Justamente, una de las características culturales más acusadas de las sociedades actuales es la profundidad del fenómeno de historización de la memoria, pero ello no puede predicarse en la misma medida de todas las épocas. La memoria no lleva naturalmente a producir una historia; tampoco es la historia *aún*, sino que es una *pre*-historia, una «materia de historia», de eficacia diversa. No es una historia construida, sino una materia que debe ser historizada. Por lo dicho, la reivindicación de la memoria no siempre conduce a una mejor verificación de la Historia. La Historia, la Historia verificada, se entiende, no puede legitimarse por la justicia y oportunidad de la preservación de una determinada memoria.

Además, la memoria en cuanto *fuente* de historia debe estar sujeta, y en las mismas condiciones que todas las demás, a los requisitos metodológicos aplicables a cualquier género de fuente histórica. Ello conduce al mismo género de operaciones que en todos los demás casos: identificación como fuente idónea, contrastación, contextualización temporal, relativización, objetivación y construcción de un discurso metodológicamente fundamentado. El ejemplo de las fuentes orales y las cautelas metodológicas a que obligan es ampliamente demostrativo de estas necesidades[63]. Las memorias pueden llegar o no al grado de una verdadera construcción histórica, para lo que han de pasar por su reelaboración en forma de discurso objetivado y probado, con una certificación intersubjetiva, es decir, una aceptación que nunca es perfecta ni absoluta.

La Historia restituye la memoria del pasado pero puede también rectificarla. La tensión entre la memoria de los testigos y la construcción del historiador está siempre presente y puede llegar a ser conflictiva. La historia más reciente está poblada de ejemplos de ese tipo[64]. La memoria retiene el pasado pero es la Historia el que lo explica. La falibilidad de la memoria debe ser un presupuesto a la hora de basar en ella la Historia. Como dijese Ch. Wright Mills, «el historiador representa la memoria organizada de la humanidad y esa memoria, como historia escrita, es enormemente maleable»[65]. La misma falibilidad de la memoria condiciona esa maleabilidad de la historia escrita. Afirmar, por tanto, que la función de hacer, de escribir, la Historia, equivalga a la restitución de la

memoria es un error por exceso, no siempre desinteresado, y existen buenos ejemplos contemporáneos de ello. Cuando el historiador se cree el guardián de la memoria, o es tenido por tal[66], es víctima de una ilusión. Existen «trabajos de la memoria» que son el soporte y hasta la legitimación de la Historia. Pero la Historia no vive de tales trabajos[67].

Historizar la memoria es, por lo pronto, tomar conciencia de que existen cambios en su percepción que modifican el sentido que damos al pasado[68]. El contenido de la memoria puede ser reinterpretado, como el de la Historia, pero la argumentación de esta última tiene que pasar siempre por una prueba. La memoria es mucho más libre, no necesita poner su legitimidad a prueba. El sentido que tienen las experiencias que la memoria actualiza es visto de manera distinta a causa no del alargamiento en el tiempo de la experiencia misma, sino, sobre todo, del sentido de esa experiencia que cambia a medida que se prolonga[69]. En este orden de cosas, la historización equivale también al intento de explicar la vida personal o colectiva en el contexto y significado de la Historia que nos ha precedido, de la Historia que se nos ha legado. Es interpretar la historia vivida a la luz de la no vivida. La historización de la memoria que tiene como operación esencial, de hecho, la relativización temporal de lo rememorado, es la condición previa para poder historiarla, lo que significa igualmente racionalizarla, antes de su inserción en un discurso histórico verificable.

Nunca puede obviarse el hecho de que la memoria colectiva y la memoria social han de ser *públicas* para poder ser tenidas por «hechos sociales». Ello las relaciona con la cuestión de los poderes, de las hegemonías ideológicas y sociales, de la dominación y el sometimiento, y, en ese contexto, son objeto siempre en disputa. La memoria se ha convertido, de alguna manera, en una formidable arma de combate cultural y político. De ahí la existencia de emprendedores de la memoria y de políticas de memoria[70]. Existe un permanente *debate* de la memoria, en especial acerca del pasado reciente, mientras la «obsesión» por ella se manifiesta en la sinonimia, muchas veces abusiva, que se hace entre «pasado» y «memoria». «La memoria constituye la denominación actual, dominante, para designar el pasado, no de una manera objetiva y racional, sino con la idea explícita de que es preciso conservar tal pasado, mantenerlo vivo, atribuyéndole un papel, sin que, por otra parte, se precise cuál»[71].

En una sociedad y en un momento histórico dado jamás existe una *sola* memoria, sino varias en pugna. De ahí que la idea de memoria colectiva deje muchos cabos sueltos. Además, junto a la «memoria combate» aparece muchas veces la *no-memoria*, es decir, el intento de expulsión de ciertos hechos fuera de la memoria. En efecto, las memorias del pasado pueden enfocar su luz sobre una parte de sus contenidos y dejar a otros conscientemente en la oscuridad.

Ocurre esto en especial en el fenómeno señalado por Hobsbawm según el cual el pasado parece quedar absorbido en el presente; pero, añadamos, ello ocurre selectivamente. El fenómeno nos instruye sobre el valor de lo olvidado en contraposición a lo rememorado. Podría ejemplificar este hecho el caso de una sociedad como la española, donde una transición política de la dictadura a la democracia ha sido un ejercicio colectivo de recuerdo y de olvido selectivos.

De otro género, pero con consecuencias que impiden igualmente hablar de la Historia como simple transcripción de la Memoria, es la característica de una memoria tan omnipresente hoy como la de la *shoah*, el genocidio de los judíos centroeuropeos en las cercanías de la mitad del siglo XX, un hecho cuya entidad no ha hecho sino adquirir relieve desde la posguerra de 1945. Estamos aquí ante el ejemplo de una memoria extraordinariamente activa y legítima pero puesta en muchos casos al servicio de intereses que van mucho más allá que la preservación de una historia ejemplar y paradigmática por su horror. «El Holocausto se transformó en un signo del siglo XX y del fracaso de la Ilustración»[72]. Si con toda justicia se ha hablado de «los asesinos de la memoria» que han intentado negar aquel hecho, con no menos se ha hecho de la «industria del Holocausto»[73]. Esta selectividad u orientación particular de la memoria opera en muchas ocasiones magnificando una barbarie a costa del ocultamiento o minusvaloración de otras, en su propia identidad y cualidad y en sus consecuencias[74], justificando el sufrimiento de unos en el presente por los sufrimientos de otros en el pasado. Los «lugares de memoria» y sus simbolismos no son, en modo alguno, de manera inmediata y por la sola virtud de su potencia rememorativa, «lugares de Historia».

Naturalmente, el tema específico de la relación entre memoria y construcción del presente histórico, participando de todas las connotaciones que ya hemos señalado, presenta algunas otras más particulares. La posibilidad de definir, en el plano subjetivo al menos, un presente histórico «propio» se apoya también, sin duda, en la capacidad de la memoria para sustentar historias particulares aunque en absoluto baste la transcripción del pasado al presente, su actualización, para poder disponer de un discurso histórico articulado y verificado. Por su propia naturaleza, la memoria del presente no puede ser otra primordialmente que la directa, la espontánea o viva, aunque en la construcción de un presente histórico esté también presente la memoria heredada. La cuestión es la determinación de en qué grado las procedencias de los diversos contenidos de memoria (la directa y la heredada, la individual, colectiva o social) participan en la delimitación del presente histórico.

Además de ello, entender el presente como historia y conceptualizar a partir de ello una historia del presente no es posible tampoco sino como operación de *objetivación* de la memoria, como racionalización de ella y como

comunicación fenomenológica interpersonal. Por tanto, la memoria en la que se basa un presente histórico ha de ser memoria *pública,* como cualidad emergente en el colectivo social. Esa memoria pública que conforma el presente no puede, sin embargo, prescindir de la memoria heredada, de la continuidad de la transmisión histórica. De esa forma, memorias individuales y colectivas, memorias sociales, memorias vivas y heredadas, pueden adquirir el calificativo de *memoria histórica.*

Si bien las posiciones de M. Halbwachs sobre la memoria histórica no resultaban del todo convincentes, de él proceden algunas observaciones sobre la «memoria vivida» que son, a nuestro juicio, mucho más aceptables. Halbwachs, que empieza afirmando que «un acontecimiento no adquiere su lugar en la serie de los hechos históricos sino algún tiempo después de haberse producido», no duda luego en remachar que «no es en la historia aprendida sino en la historia vivida en la que se apoya nuestra memoria»[75]. Con ello, efectuaba una asimilación de la historia «contemporánea» —es el término que emplea— a la historia vivida. Una historia contemporánea, que hoy estaríamos obligados a llamar *coetánea,* o simplemente historia presente, se construye necesariamente sobre la memoria e imagen de lo vivido.

La historia empieza a ser vivida desde el uso de la razón, continúa Halbwachs, aunque no se posean entonces las necesarias referencias a una historia externa, una historia englobante, para encuadrar y valorar la nueva historia particular que empieza a nacer. Desde entonces comienza la participación en la memoria colectiva y el momento en que los hechos históricos se comprenden como tales se produce cuando el recuerdo está aún vivo. «Es entonces cuando del recuerdo mismo, de su entorno, vemos de alguna manera irradiar su significación histórica». Halbwachs retoma así el tema de que los recuerdos más lejanos de la infancia son siempre reactualizados, pero ningún recuerdo prevalecería si en el momento en que el hecho recordado era una realidad no se le hubiera adjudicado ya un sentido que, en todo caso, el paso del tiempo clarificará[76].

Puede decirse también que, desde el punto de vista generacional, la transmisión cultural desde los antecesores a los sucesores opera de forma que ha de confrontarse con el doble origen y doble naturaleza que tienen los *contenidos de memoria.* En la memoria permanecen tanto el recuerdo de lo «que fue *individualmente obtenido por uno mismo»* como los contenidos procedentes de lo que se llama la *apropiación,* que debe entenderse como memoria adquirida[77]. Una cosa es la experiencia de lo realmente vivido y otra lo que nos transmite la tradición, lo que nos incorpora la memoria anónima del grupo. Sólo el contenido de la memoria personal es parte de la experiencia historizable aun-

que tal historización recurra también realmente a la memoria *histórica*. Sólo ese recuerdo personal se posee verdaderamente.

El saber obtenido en situaciones reales es el que *queda fijado*, diría Mannheim. Y añadiría: «alguien es viejo, ante todo, cuando vive en el contexto de una experiencia específica que él mismo obtuvo y que funciona como una preconfiguración, por cuyo medio cualquier nueva experiencia recibe de antemano, y hasta cierto punto, la forma y lugar que se le asignan»[78]. La configuración completa de la memoria es la que asigna su lugar a la memoria heredada entre los contenidos de la memoria directa. Ello forma parte de la madurez progresiva de la experiencia. He aquí una adecuada manera de distinguir entre una experiencia realmente vivida por la generación de más edad, que nos fija el límite cronológico más lejano de una cierta historia del presente, y la escasa experiencia de aquella más nueva que está en trance de construir su propia configuración.

La coetaneidad está marcada asimismo por la realidad, la expresión y la presión de la memoria y las memorias. El depósito más completo de la memoria colectiva de una sociedad suele residir e, incluso, estar encomendado a la generación existente más antigua. Ello implica el problema de la relación entre las memorias de al menos dos de las generaciones coexistentes, la de los antecesores y la activa. ¿Cómo se percibe una historia que tiene su momento axial en un hecho de la memoria personal de la generación más antigua? ¿Qué peso tiene esa memoria en la acción histórica de los actores convivientes? No es negable que algún hecho importante no vivido por las generaciones coetáneas puede ser clave, sin duda, en la memoria del presente. Por ello decimos a veces que el pasado se resiste a pasar... y afirmamos que la coetaneidad no representa en forma alguna un corte con el pasado histórico mientras éste permanezca como contenido de experiencia y memoria para una generación viva. Un ejemplo patente de ello lo tenemos, una vez más, en España en la influencia de la memoria de la guerra civil en la generación que protagonizó la transición posfranquista a la democracia[79]. La guerra civil era un hecho de memoria heredada para la generación que surge a la vida política activa española en los primeros sesenta y que no la había vivido, pero había sido socializada en su memoria, la memoria de los vencedores, por cierto. El peso de la memoria de los hechos no vividos puede ser importante, pero sólo en cuanto pasa a integrarse como memoria viva.

El presente concita sobre sí una memoria propia, de la misma forma que dijese Unamuno que podía concitar también una tradición[80]. El presente histórico, del que se ocupa la historia del presente, sólo es definible por la relación y el juego de las memorias *vivas*, pero puede decirse también que sin esas memorias parcialmente heredadas la historización del presente no sería

La historicidad equivale a la «condición de ser histórico» del hombre, como traducción del término heideggeriano de *Geschichstlichkeit.* La historicidad es, pues, una dimensión constitutiva de lo humano pero es también una asunción consciente de la temporalidad que hace al hombre adquirir conciencia histórica, considerarse él mismo producto de la historia. Con ello, toda la experiencia se relativiza, se hace singular, se destaca como propia, sin dejar de integrarse en una historia más general. La historicidad del hombre y, en lo que cabe, de las cosas, es la inmediata derivación de su temporalidad, pero, «la historicidad añade una dimensión nueva —original, *cooriginaria*— a la temporalidad»[84].

Lo propio de la temporalidad del hombre es ser precisa y específicamente histórica, peculiar y exclusiva de él, de tal forma que esa temporalidad humana se diferencia por ello de la que no lo es. La historicidad moldea el contenido de un tiempo irreversible, discontinuo, pero recuperable como vivencia y capaz, desde luego, de producir una conciencia. Así, de la misma manera que el hombre siente «el paso del tiempo», es capaz de discernir las distintas modulaciones y ritmos que en él se encierran, su distinto valor y su significado. En consecuencia, el hombre vive distintas categorías sociales y «anónimas» del tiempo, tales como la instantaneidad, la sucesión, la duración, la previsión y, también, la *coetaneidad*, otro concepto complejo, del que ya hemos tratado, y que nos importa aquí. «La historicidad es un dato radical de la vida social»[85].

Sin embargo, al tratar de la historicidad nos encontramos, una vez más, ante un concepto que recoge una realidad de extrema importancia, pero que es difícil de perfilar. La idea de historicidad se presta a equívocos e imprecisiones, primero, por su cercanía y su parcial solapamiento con otras determinaciones de lo histórico, como las de conciencia y sentido históricos, contingencia, singularidad, temporalidad, etc.; y, después, por comparación entre las disquisiciones filosóficas y el uso diferenciado y mucho más simple, homogéneo y pragmático, que de ese término se hace en el lenguaje de la ciencia y del análisis social, un campo donde designa llanamente la cualidad que presentan ciertos procesos de tener de presentarse en un tiempo discontinuo, cualitativo y acumulativo —la *historicidad* de la naturaleza, o de la sociedad, la *reflexividad* de lo social—. Como vemos, desde el punto de vista de una teoría de lo histórico, la historicidad aparece tanto como una cualidad inseparable de toda realidad social cuanto como una conciencia adquirida por los sujetos. Cuando se la enfoca desde la práctica historiográfica, en fin, la historicidad nos aparece como una determinación subjetiva pero bien delimitable por inferencia, mediante sus síntomas y huellas, y con una connotación particularmente acusada en la historia social y cultural.

Las decisiones de los hombres y los resultados de sus acciones plasmadas en la historia real, empírica, están sujetos a esa historicidad, pero es muy oportuna la pregunta que hace Paul Ricoeur acerca de «si es a la ciencia historiográfica a la que debemos el hecho de pensar históricamente o más bien si la investigación histórica adquiere sentido porque el ser-ahí se *historiciza*» o, formulada por el mismo pensador en otras palabras, la de «en qué sentido la historicidad es el fundamento ontológico de la historia y, recíprocamente, la epistemología de la historiografía una disciplina fundada sobre la ontología de la historicidad»[86]. La relación entre historicidad e historia se presenta, según se ve, indudable pero problemática. La historicidad y la tarea de la historiografía están íntimamente unidas, pero la precedencia de la una sobre la otra es difícil de establecer. Y ello es un fundamento más para afirmar que el proceso de historización de la experiencia es doble: subjetivo pero también construido historiográficamente.

Lo cierto es que la historiografía y otros tipos de análisis sociales de nuestro tiempo predican casi unánimemente que en la contemporaneidad tardía puede hablarse de una cultura de las sociedades desarrolladas en la que se han introducido nuevas formas de percibir la historicidad. Podría sostenerse, en principio, que el hombre de nuestro tiempo es más consciente que en ninguna época anterior de que realmente hace la historia, *hace su historia.* Fue la cultura de la Ilustración —aunque desde el nacimiento de los Tiempos Modernos es perceptible el rastro de ello— la que introdujo un nuevo tipo de conciencia histórica, la que descubrió una nueva forma de historicidad que se plasmaría definitivamente en lo que ha venido en llamarse la contemporaneidad[87]. Ella ha fundado y alimentado el sentido que se ha dado a la Historia en el curso de la contemporaneidad, desde que la Revolución Francesa asentó la certidumbre de estar abriendo una historia diferente.

Una historia como la del siglo XX, en la que han convergido la carga de las tragedias sociales y morales con el despegue de un progreso tecnológico y material acelerados y sin precedentes, parece haber suministrado las condiciones para que la percepción de la historicidad o, lo que es lo mismo, la de la contingencia de las acciones humanas y de sus resultados, no haya hecho sino profundizarse. La aceleración del cambio histórico ha modificado igualmente esa percepción de historicidad con muchas manifestaciones inéditas y diversas. La sensibilidad por lo histórico, la forma nueva e intensa de elaborar y conservar la memoria colectiva, el concepto mismo de duración o, por el contrario, la sensación de fugacidad, vienen acompañados de otra serie de fenómenos contemporáneos, o propios del hombre actual, entre los que destaca visiblemente la lucha por la *identidad* y el *reconocimiento* personales, el *particularismo*, en medio de tendencias de fondo que son propiamente

universalistas, con el resultado paradójico, y dialéctico, de la pugna entre una y otra de tales tendencias. Justamente, la variación de este sentido de la historicidad, o el fin de la historicidad nacida con la Ilustración, es lo que adelantó en su momento el posmodernismo. El fin de la modernidad equivaldría al fin mismo del sentido de la historicidad creado por la racionalidad ilustrada[88].

La reflexión que los sujetos y las sociedades efectúan sobre sí mismos, la acumulación y hasta la «desmesura» de las experiencias[89], el autoconocimiento de donde parte el sentido histórico, no sólo dan un nuevo sentido al pasado, sino que modifican los comportamientos sociales y, de esta forma, están íntimamente relacionados con la reflexividad de lo social. Historicidad es también una conciencia de libertad de opción, de apertura, subjetiva y objetiva, a infinitas posibilidades o, en términos de R. Koselleck, de «posibilidad de historias». La historicidad contiene en sí muchas cosas más, entre las que destacan esa circularidad de la interacción entre decisiones del sujeto y presencia de las estructuras objetivas de las que derivan *rutinas* y *habitus* y la percepción clara de la diferencia entre lo efímero y lo durable.

La constatación de que la específica temporalidad humana no es en modo alguno lineal, lo que es también una de las claves de la historicidad, posee otra raíz en el tiempo vivido al ser éste acumulación de experiencias y recomposición continua de ellas, que reciben una nueva interpretación global después de cada episodio; en cada nuevo caso esas experiencias se reordenan, lo que es algo distinto de la sucesión invariante o de la superposición de simples ciclos. En este sentido, la *narración*, como configuradora, o refiguradora, del tiempo, acertaría a definir lo histórico, aunque, a nuestro modo de ver, no lo explique[90].

En las sociedades avanzadas, la historicidad se manifiesta expresamente en forma de impulsos a ser «dueñas» de la propia historia. La historicidad *radical*, según la define Giddens, va asociada a la modernidad, lo que permite modos de inserción dentro del tiempo y el espacio que no los había en sociedades premodernas. Y así estamos ante la «historia como apropiación sistemática del pasado que ayuda a configurar el futuro»[91]. El tiempo que no desaparece es el que se reconfigura como historia y se integra en la tradición del grupo. Lo inédito de la modernidad tardía estriba en que junto a la sensación de «desmesura de las experiencias» a la que hemos aludido se vive la de la aceleración profunda de los acontecimientos, lo que produce una concepción de lo histórico mucho más ligada a la experiencia del presente.

Se ha destacado también «el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y la relatividad de todas las opiniones»[92], lo que, indudablemente, es una proposición que refleja estas condiciones del hombre de hoy. De ahí que el sentido histórico haya podido ser definido como

> la disponibilidad y el talento del historiador para comprender el pasado, quizás incluso exótico, a partir del contexto propio donde él se encuentra. Tener un sentido histórico es vencer de manera consecuente esta ingenuidad natural que nos haría juzgar el pasado según los parámetros considerados evidentes en nuestra vida cotidiana, en la perspectiva de nuestras instituciones, de nuestros valores y de nuestras verdades adquiridas [93].

Cosa que no refleja menos aquellas mismas condiciones con las que se mira la relatividad de lo histórico, a que hemos aludido antes.

Una percepción nueva de la historicidad como la que vive nuestro tiempo, al menos en las pautas del desenvolvimiento cultural de las sociedades desarrolladas de hoy, las de la comunicación de masas, tiene algunas formas de incidencia particular sobre las concepciones mismas de la cultura. Son evidentes las tendencias a la homogeneización cultural, a encuadrar la vida cotidiana según pautas uniformistas, pero no lo son menos las tensiones y las resistencias que, como contraste, originan el afán de los individuos y grupos por la diferenciación, por la construcción de identidades particulares, de definiciones individualizadoras, de referentes específicos para el yo y el nosotros. Esa variación cualitativa que se ha producido en la percepción de su historicidad por los sujetos y, en consecuencia, los fenómenos particulares que nos señalan tal cambio, tienen una vertiente especialmente llamativa relacionada con la forma en que los hombres de hoy se sienten sujetos y agentes de una historia también propia.

La búsqueda de la diferencia y la distinción, de la salida del anonimato, la construcción y preservación de tradiciones e identidades, el afán de protagonismo, y toda otra serie de mecanismos de singularización en el mundo de hoy, son elementos culturales de destacada importancia. Pero, al mismo tiempo, se patentizan las reacciones personalizadas frente a fuerzas sociales y culturales que, haciendo tangible el fenómeno del «desenclave»[94] en una sociedad marcada por el globalismo, tienden, en realidad, a desarraigar las culturas particulares de su tiempo y su espacio propios, a crear unas relaciones mucho más anónimas, mucho más impersonales y pretendidamente homogeneizadoras entre los individuos.

Esta contradicción fundamental tiene su mejor expresión en el desarrollo de una universal *reclamación de biografía.* El individuo y los grupos constituidos pugnan por mantener *su* propia biografía, su singularidad. Las resistencias a la homogeneización surgen en un mundo en el que la comunicación es el esencial vehículo de la indiferenciación. La contradicción cultural es patente: la progresiva transformación de los sujetos en espectadores, imitadores, receptores y «consumidores», en un mundo de poderes homogeneiza-

dores, tiene su reverso en una especie de «rebelión» en forma de relativismo individualista[95], de la vuelta de los sujetos como átomos del devenir social. Existe como una historicidad escindida entre los polos de la uniformidad o la identificación. La reclamación de biografía se encuentra en el origen, sin duda, del proceso de historización de la experiencia propia.

Por supuesto, se habla aquí de la entidad de la biografía en un sentido genérico, de componente de los rasgos culturales de hoy, categorial en cierto modo. No nos referimos simplemente al género de escritura-relato en el que se materializa una vicisitud particular o personal[96]. Se habla de la tendencia social a personalizar trayectorias de vida, a la reafirmación pública de la diferencia, lo que constituye en principio una «historia de vida» particularizada, que pretende hacerse notar ante los interlocutores sociales, los espectadores, utilizando cualquier medio. Por construcción o reclamación de biografía entendemos el afán redoblado de resaltar la propia individualidad en el seno de una sociedad de masas. Así, en algún sentido, puede hablarse de una nueva «rebelión de las masas» para retomar, aunque sobre supuestos distintos, el viejo tópico que Ortega y Gasset trajo a colación en los años veinte del pasado siglo[97], un fenómeno sobre el que volveremos en la segunda parte de este libro.

El sujeto de nuestro tiempo «vive una biografía», una experiencia que es precisamente la que construye la historia. Ya en los años sesenta del siglo XX, el sociólogo Ch. Wright Mills, en *La imaginación sociológica*, describió perfectamente ese fenómeno, que tiene justamente su arranque en aquella época de crisis de los valores de la modernidad:

> En nuestro tiempo —escribía Mills— hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a la otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia[98].

Mills afirmaba que tal «imaginación» era precisamente la que permitía captar «la historia y la biografía», además de la relación entre ambas en la sociedad[99]. Para el autor, todos los grandes teóricos sociales no habían hecho sino reconocer que esa captación de la historia y la biografía eran la tarea y la promesa de la sociología.

Parece posible, pues, enlazar la dimensión de la historización con esta tendencia descrita orientada a la búsqueda de una auto-biografía que se construya y se viva antes de ser escrita o sin necesidad de serlo, que acuse «sentido histórico» y que se presente con la pretensión de convertirse en historia registrada, aunque no se consume enteramente en ella. Porque, de alguna

manera, la historización es la búsqueda de la singularización que pretende dejar poso y memoria, cosa siempre presente en el comportamiento humano pero más acusada ahora. Historización es una huida, un repudio de la historia anónima, de la «historia sin historia» y de la «historia sin sujeto», lo que en la historiografía de nuestro tiempo se ha materializado igualmente en la elaboración de una historia «de la vida cotidiana» o una historia «desde abajo». Se trata del desvelamiento público de vidas anónimas en un mundo plagado de historias anónimas.

A veces, en efecto, la historiografía ha pretendido construir esa versión categorizada de historia-biografía, de historia diferenciadora en la que la trayectoria vital de los sujetos se ha mostrado con eficacia historizadora en razón de que las vidas privadas son llevadas a su transcripción pública. La microhistoria mostró ya esta predilección por mostrar universos personales, por transformar en arquetipos las experiencias singulares. La biografía no sería ya la enfática singularización del gran personaje, sino la individuación del personaje común. Pierre Bourdieu habló por su parte de la «ilusión biográfica» a propósito de las historias de vida, y dijo algo de gran importancia: «hablar de historia de vida es presuponer al menos, lo que no es poco, que la vida es una historia y que una vida es inseparablemente el conjunto de los acontecimientos de una existencia individual concebida como una historia y el relato de esa historia»[100].

Giddens ha identificado la biografía con el «sostenimiento de una crónica del yo», lo que equivale a decir de la «identidad del yo». La «crónica» del yo puede no ser sino un estadio que no trasciende el relato testimonial, la autobiografía en el sentido más estricto, y tiene la forma única de relato secuencial. A veces, la escritura de un diario o una autobiografía se ha recomendado, incluso, como terapia. La historia de vida equivale a una crónica sostenida, lo que está aún lejos de ser una verdadera historia. Es cierto, en efecto, que esta biografía reflejo de la existencia social «común» no es una *historia* y que puede no pasar de ser una *story*, es decir, el relato de una vida sin problematización y sin preguntas. Está bien establecido que nuestro tiempo tiende justamente a confundir la historia y el relato. No obstante, esto no es ajeno, en nuestra opinión, al nuevo sentido de la historicidad que apoya sus percepciones, sobre todo, en la experiencia común vivida y no en la heredada y confiere una especial significación al valor y la eficacia de la biografía[101].

Por tanto, cabría entender esa crónica del yo como preparación, como intuición primera de una historia de vida subjetivamente entendida como la condición primera para una más elaborada historización de la experiencia. Y es que la historia de vida no es todavía una historia en cuanto que sólo es interna, privada, secuencia de desenvolvimientos temporales, de acontecimientos, sin

más vínculos entre sí que su referencia a un «sujeto» singular. Para que haya Historia tiene que existir con plena consciencia una relación con la temporalidad que no equivale meramente a la ordenación cronológica de los acontecimientos. De hecho, el propio Giddens señala que la autobiografía es una «intervención correctora en el pasado y no una mera crónica...»[102]. Tiene que existir una objetivación y una universalización de las vicisitudes personales y conciencia de que más que un tiempo existen «tiempos», modulaciones diferentes del tiempo. Así, identificar biografía y «relato de vida» es, cuando menos, una simplificación.

Puede concluirse que, de la misma forma que no lo era la memoria, tampoco la experiencia reflejada en un relato, en una *story*, es todavía en sí misma una historia. El proceso de la identificación biográfica no constituye por sí una historia, sino sólo un presupuesto para ello. Algún biógrafo ha dicho explícitamente que «no escribimos historias sino vidas»[103]. La biografía de los sujetos aspira a ser una historia cuando hay en ella alguna forma de «planificación», contiene, en mucha mayor medida que el mero relato, una proyección de futuro y ese ajuste de cuentas con el pasado que ya hemos sugerido. Por ello, las biografías más perfiladas quieren parecerse a una historia construida, o se pretende construirlas como historia, dotarlas de significado paradigmático. Y esto por la razón primera de que la Historia es algo más que la reunión de las biografías, como es más que la preservación de las memorias. Es cierto también que la biografía representa, según hemos dicho, una de la pruebas, aunque no la única, de la «vuelta del sujeto» a los análisis sociales. Una vuelta que, en forma alguna, debe verse sin más como la orientación fundamental del análisis social e histórico en nuestro tiempo, sino que más bien es la consecuencia de la percepción prevaleciente de los sujetos como realizadores de estructuras, de la presencia de una potente «tendencia a la individuación»[104]. Así, el síntoma de una nueva historicidad se acusa también en esa vuelta a la biografía como género historizador.

La historización de la experiencia

Los individuos, y cabe decir que también los grupos humanos identificados, atraviesan una trayectoria vital y social cuyo «registro» queda depositado o, mejor, activado, como experiencia. La trayectoria temporal es rememorada y reactualizada por la memoria, de modo que la experiencia es un bagaje siempre presente a través del recuerdo y de la reordenación de las vivencias. La experiencia construye ella misma el tiempo del hombre y lo ordena del pasado al futuro con la condición de que tal reordenación sólo puede hacerse desde un

momento temporal que será siempre el presente. El curso personal de cada individuo es una vicisitud necesariamente compartida con los demás, de forma que si la experiencia es, naturalmente, un curso temporal es también una interacción social. El «cruce» de la temporalidad y la interacción social es lo que se manifiesta precisamente en la *coetaneidad.* La plasmación efectiva, materializada, de las trayectorias vitales se refleja en la bio-*grafía*, registrada o no pero irrepetible e irreversible, pautada por los acontecimientos, ajustada al tiempo biológico y al social. Esta múltiple condición de la vida del hombre constituye radicalmente su historicidad. Cuando la historicidad, un elemento de la reflexividad social, se «revela», por decirlo así, al hombre, cuando pasa a ser un contenido claro de conciencia, cuando, además, «sale de sí misma», estamos ante el fenómeno personal y colectivo de la *historización de la experiencia*, cosa de la que nos ocuparemos ahora para concluir este estudio introductorio a la historia del presente.

Una vez más, estaría indicado también avanzar en las argumentaciones reparando primero en los términos lingüísticos con los que operamos. ¿Por qué el neologismo *historizar*?; pues si bien el significado de ese verbo nuevo parece inteligible en su acepción general de «convertir en historia», es patente que léxica y fonéticamente no se caracteriza por su gran eufonía ni el lenguaje ordinario hace uso común de él. En consecuencia, no son impertinentes aquí unas muy breves consideraciones sobre su semántica. Si en español el verbo *historizar* es un neologismo que el diccionario no contempla aún, su uso está admitido en italiano (*storicizzare, storicizzazione*) y es utilizado en el lenguaje especializado en inglés (*historicization*), francés (*historisation*) y alemán (*Historisierung*). Se trata de una forma verbal que parece, en principio, desprovista de ambigüedad: valorar o considerar algo como proceso histórico, llegar a ser histórico, incluir como historia algo que constitutivamente no cae bajo el campo semántico estricto de esa denominación: así, aparecen procesos de historización de la ciencia, de la cultura, del universo o, en nuestro caso, de la experiencia. Ninguno de esos vocablos, sin embargo, puede ser intercambiado con *historiar*, palabra cuyo sentido es bien diferente y que en modo alguno recoge lo que se quiere expresar mediante la primera.

En efecto, mientras la acción de historiar habla de «componer, contar o escribir una historia» o «exponer las vicisitudes por las que ha pasado una persona o cosa»[105], con *historizar* hablamos no ya de relatar la historia que existe, sino de conocer «bajo la categoría de Historia» algo que es una realidad, histórica en sí como todas las humanas, la experiencia, pero no formalizada en ese sentido. Historiar es el resultado de un oficio que manipula una materia; historizar es una operación mental y una elaboración conceptual que, mediante la correspondiente técnica, también, produce una realidad simbólica

y discursiva nueva. Este orden de cuestiones nos parece que justifica, y hace inevitable, la introducción de un neologismo, de un verbo incoativo que indica el comienzo de una acción nueva.

Hay, pues, una «experiencia de la Historia», pero recíprocamente toda Historia (historiografía) tiene como objeto la experiencia. Ahora bien, cuando ese objeto lo constituye la *experiencia vivida,* estamos ante una historia distinta. El fenómeno que, según lo argumentado hasta ahora, es inherente a toda experiencia humana pero que no tiene las mismas manifestaciones ni intensidad en todas las épocas, consistente en que el hombre y la sociedad *cosifican,* y codifican, valoran y organizan la interpretación de sus propias experiencias vitales pretendiendo dotarlas de la permanencia y la coherencia que le prestaría su carácter de *historia vivida,* es lo que estamos llamando *historización de la experiencia.* Ello es, en nuestra opinión, el presupuesto de partida de toda posibilidad de considerar históricamente el presente, cualquier presente y, por tanto, de hacer de la historia del presente una empresa intelectual bien definida.

No se trata sólo de que la historia nazca de las experiencias, sino de que los sujetos «lleguen a saber» que la experiencia se constituye con un significado nuevo de historia al tiempo que se va consumando, y no bajo la forma sólo de historia-pasado. O, lo que es lo mismo, que existe la posibilidad subjetiva y objetiva de construir una historia relativa al presente mismo. La historización de la experiencia es el fenómeno que resume en sí de forma privilegiada la historicidad del hombre y es el resultado conjunto de los procesos particulares que hemos descrito antes. Por tanto, la historización concede significados nuevos a la experiencia, en el sentido fenomenológico, y como producto cultural puede orientar la acción. La historización es la revelación de la historicidad en forma de historia positiva y es la forma en que la biografía se hace pública y creadora de relaciones sociales.

Decíamos también que la historización de la experiencia debe ser entendida desde dos enfoques distintos y complementarios. El primero de ellos, el subjetivo, lo hemos descrito como un proceso que tiene como manifestación la percepción de la experiencia propia como devenir histórico, más o menos consciente y formalizada, como una reflexión de la que deriva una actitud social y cultural fundada en los contenidos de conciencia, pero que los trasciende. Como dijera Gadamer, ese proceso indica la existencia de una «sobreexcitación de la conciencia histórica» en nuestro tiempo. O, según lo han expresado autores como Pierre Nora, E. J. Hobsbawm o F. Jameson, en términos más historiográficos, indicaría que el presente histórico y, por tanto, el presente en relación con la historia convencional, ha adquirido una nueva dimensión y perspectiva: la asunción en él del pasado, la inte-

gración permanente del pasado en la consideración que las gentes hacen del mundo.

El segundo, es decir, el objetivo, nos coloca ante la construcción concreta de un *discurso historiográfico* específico, de una *escritura*[106], de forma que quien escribe tal historia refleja en ella su *propia experiencia*, pero que, en cuanto operación propia de una «ciencia», debe desbordar aquélla para alcanzar el nivel de las experiencias anónimas, del análisis objetivo, que lleve el proceso hasta el nivel de un conocimiento sistematizado. Por tanto, la historización de la experiencia es una operación también lingüística, textual. El análisis histórico se orienta por el, y se dirige al, fondo común de las experiencias compartidas por los sujetos sociales vivos, se convierte en una especie de biografía colectiva.

Ahora bien, dicho esto, es preciso referirse a algunas cuestiones básicas incardinadas en la naturaleza más primaria de ese doble proceso y, en especial, la de ese fenómeno interno o subjetivo por el que los individuos, los agentes sociales, reelaboran sus experiencias de vida como historia. ¿Qué quiere decir exactamente que los contenidos de la experiencia son *percibidos* como historia? ¿En qué forma confluyen ahí *experiencia*, *memoria*, *lenguaje*, *historicidad* y *biografía*? ¿Cómo se produce esa reconstrucción, digamos, de los contenidos de experiencia? ¿Dónde tiene su origen? ¿Qué resultados produce? ¿Cómo se percibe socialmente?

Son, sin duda, muchas preguntas y ninguna de ellas ociosa. Sobre todas se ha sugerido ya algo en los largos párrafos precedentes, pero aun así permanece en pie la dilucidación más acabada de la forma en que esas experiencias se traban y entrelazan en los comportamientos sociales. Hacer del presente historia, configurar la propia experiencia *como* una historia, e intentar escribirla, es una tendencia social que ha existido siempre, como hemos dicho, que es connatural al hombre y es, también, una forma más de reproducción social, un fenómeno de estructura. De ello se derivan percepciones y producciones culturales que tienen su transcripción en las ciencias sociales y en la historiografía en especial.

Destaquemos ya una cautela previa que es preciso adoptar a la hora de responder a las preguntas formuladas antes y en relación con el doble contenido de la historización de la experiencia. La historización como tal no es una «acción», sino más bien una de las formas de «elaboración reflexiva de las experiencias», individuales y colectivas, a través de mediaciones de la representación o mediación simbólica[107]. Está relacionada, por supuesto, con la acción pero en cuanto significado que se integra en esa acción. La historización pertenece al mundo de los significados reflexivos y como tal forma parte de «los significados subjetivos de la acción», que, según Max Weber,

constituían el objeto de conocimiento propio de la sociología y de la historia. La historización de la experiencia es, en sí mismo, pues, un objeto historiable. Las acciones del hombre pueden estar conscientemente mediadas por el significado histórico que aquél atribuye a sus acciones. El conjunto de esos significados pertenece al ámbito de la cultura.

La historización de la experiencia, como fenómeno subjetivo, es, por supuesto, un resultado que no implica la plena posesión por los individuos de la conciencia de estar pretendiéndolo. Se puede generar una conciencia histórica en relación con la propia experiencia sin la conciencia de estar haciéndolo. La historización no es un acto social e intelectual necesariamente programado, no es una opción deliberativa ni tiene que ser verbalizada de forma explícita, tiene más bien la forma de una imposición, de algo devenido. Es en sí un resultado emergente, un efecto de situaciones históricas globales y particulares, aunque sus síntomas y manifestaciones en lo individual y lo social pueden ser percibidos externamente. Si bien para ejemplificar esto es difícil el recurso a las conciencias individuales una a una, la conciencia colectiva puede ser constatada externamente a través de indicadores muy diversos.

Es cierto que toda experiencia *tematiza* históricamente sus contenidos, como ha señalado Koselleck, lo que quiere decir que, en algún momento, la experiencia se construye explícitamente como Historia. La función de *historiar* es la de objetivar experiencias y «las historias surgen en primer lugar de las propias experiencias de los participantes». «Toda historia trata, directa o indirectamente, de experiencias propias o de otros»[108]. Las experiencias engendran historias y podría pensarse, en un enfoque como ése, que toda experiencia es en sí misma una historia y que, en consecuencia, resulta perfectamente ocioso hablar de historización alguna. Sin embargo, a nuestro modo de ver, la consideración de que la experiencia propia sería ya en sí misma una historia no es suficiente para explicar que se constituya como una *historia vivida*. O, tampoco, que la experiencia genere automáticamente una *consciencia* de la historicidad y se vea a sí misma como historia. Por esto es precisa la *tematización*. Es justamente ésta la que hace de la experiencia una historia y no de una manera inconsciente ni automática, porque, precisamente, «toda experiencia contiene *in nuce* su propia historia»; es decir, la contiene, pues, en germen o embrión. La singularidad de las experiencias, la imposibilidad de repetirlas como tales, es lo que, según el propio Koselleck, da lugar al nacimiento de la historiografía.

Nada puede ejemplificar realmente estas proposiciones mejor que la conversión de su presente por los sujetos en un *tema* de historia. Una tal tematización llevaría a fundamentar una historia, ciertamente, y hasta a *historiarla*, pero sólo puede ser historiado realmente lo que antes se ha presentado como algo más que la simple *story*, el relato de vida, es decir, algo con mayor gra-

do de trascendencia. Al hablar de *historizar* la experiencia no nos referimos, pues, a una transferencia simple de los significantes de un registro a otro de la historicidad, sino a la posibilidad y necesidad misma de que la experiencia se estructure primero como «historia personal» y se objetive luego externa y conscientemente para inscribirse en una «historia universal». Es cierto, por el contrario, que pueden existir experiencias no historizadas, no objetivadas, que no harán parte de una historia aunque puedan hacerla de un relato o una historia de vida, al tiempo que es posible también, como han señalado a su modo Koselleck o Ricoeur, que la historiografía potencie la objetivación misma de la experiencia, que sea la historiografía la que dé su relieve a la historicidad. Aun así, las experiencias sin elaborar que son transferidas a las narraciones como mero registro de memoria no pueden ser entendidas por sí mismas como el producto de una historización[109].

También es cierto que la «verdad propia de la historia», según Gadamer, se potencia con esas historizaciones. «Nuestra tradición histórica, si bien es convertida en todas sus formas en objeto de investigación, habla también de lleno de su propia verdad. Ella no es sólo verdad o falsedad en el sentido en que decide la crítica histórica; ella proporciona siempre verdad, una verdad en la que hay que lograr participar»[110]. La tradición histórica tiene su «propia verdad», pues. Pero, por ese camino, la hermenéutica no acaba de poder explicar cumplidamente la contingencia, al tiempo que las determinaciones sociales, a que obedecen todas las acciones históricas. Esa verdad propia, al contrario de lo que dice Gadamer, no puede ser desligada de la crítica histórica, ni tiene existencia ajena a ésta. La historización parece representar esa forma de *participación* de cada sujeto particular en algo que, en último extremo, está, dice Gadamer, más allá, o deja algún resquicio fuera, de la propia investigación histórica. Esa participación en una verdad que está fuera de la investigación de la ciencia no puede hacerse sino como un contenido de experiencia. Y todos los contenidos de experiencia son investigables.

Pero es cierto, no obstante, que si son los propios actores los que deben transferir sus experiencias a una cierta forma de historia, la posibilidad y, más aún, la efectiva realización de esa operación, no es evidente en todos sus extremos. Toda historia es el resultado de la experiencia humana pero la experiencia primaria en sí misma no se da como Historia. La experiencia no es *ya* Historia. Sólo lo es cuando es, en efecto, *tematizada* como tal, cuando se consuma el proceso de su historización. La historización es primariamente un conjunto de representaciones, pero su manifestación como *práctica* es siempre aleatoria, sustancialmente *histórica.* La historia del presente es la que tematiza *nuestra* propia experiencia como Historia. La representación se explicita como «tendencia», la práctica aboca a la reclamación de biografía.

Por otra parte, existe un tipo de experiencia individual, se ha dicho, que permanece intransferida e intransferible. La «experiencia de la vida» no sería objetivamente historizable. En ese sentido de «experiencia de la vida», en cuanto recolecta de sentimientos y convencimientos personales, no es tampoco parte de cultura, mientras que todo lo historizable es cultura[111]. Pero la empresa misma de la historia de «la vida cotidiana» parece dar un mentís claro a estas suposiciones. La «experiencia de la vida» no es irreductiblemente un mundo interior, sino que forma parte de la realidad social. Por ello, lejos de coincidir en que existe una experiencia necesariamente no historizable, creemos, justamente, que la historización de la experiencia es la transformación de ésta en *cultura* y es un aspecto más de la construcción social de la realidad cotidiana.

De otra parte, todo este proceso tiene como fundamento imprescindible, sin duda, una particular historización de la memoria. La memoria no es la historia, hemos dicho, pero de la misma manera que la memoria es un «presupuesto» de la historia, recíprocamente la historia dota de sentido y referencia a la memoria, la contextualiza y la rectifica si es preciso, la coloca dentro de un orden de realidades y de conocimientos que trascienden al individuo. La historización de la memoria tiene mucho que ver con el proceso que se ha descrito de la memoria como hábito frente a la memoria-recuerdo. Sólo puede construirse una historia sobre la memoria que no se limita a los recuerdos, sino que es una búsqueda, una ordenación y un presupuesto de la acción[112]. Por ello, la historización, a través de la memoria, «integra» al individuo particular en la experiencia social, colectiva, de la historia, en la experiencia anónima, en palabras de Ricoeur. El hombre entiende entonces, y reinterpreta, su experiencia vital en un contexto más amplio, en el espacio y el tiempo, el único que tiene inteligibilidad universal.

Pero hay aún una dimensión más por cuanto la historización, la transcripción de la experiencia como historia, debe interpretarse como algo bien distinto de un anclaje inmovilizador en el tiempo, aun cuando la lectura de la experiencia como historia pudiera interpretarse como una forma de perpetuar un cierto presente. La persistencia del cambio acelerado, el continuo flujo de la información y del conocimiento, la presencia del conflicto y la crisis como formas permanentes de desenvolvimiento, la percepción nueva de la temporalidad, hablan en contra de esa inmovilización. El presente es esencialmente dinámico y la experiencia historizada, precisamente, integra en él al pasado impidiendo su «fosilización».

Lo nuevo en nuestro mundo es que esta expansión de la experiencia ligada a la percepción particular de un presente continuo es un dato determinante de nuestros convencimientos actuales. Y conviene insistir en esto porque, muchas

veces, se confunde la remisión de algo a «lo histórico» como su relegación a un pasado perfecto o, lo que es lo mismo, intocable. Historizar la experiencia es objetivar la memoria, pero en modo alguno petrificarla. La historización de la experiencia es, en última instancia, la manifestación de una dialéctica entre la ampliación de las experiencias individuales y los constreñimientos de la vida colectiva o, dicho de otra manera, de la tendencia a la individualización frente a la indiferenciación en la globalidad. Las experiencias privadas tienen una precisa extroversión hacia las manifestaciones públicas, intersubjetivas.

Junto a la historización de la experiencia-memoria, hemos de llamar también la atención acerca de lo que en este proceso representa el lenguaje. El lenguaje de la historización es específico en el contexto de la revelación de las experiencias. La cultura está cargada de referencias históricas, de simbolismos sobre el tiempo vivido. Una prueba más de la historización es la carga sobre el lenguaje de las referencias históricas, la tensión también, muchas veces, entre lo recordado y la Historia como discurso. En términos precisos, el proceso de la historización es consustancial con toda idea de historia del presente expresada en un discurso formalizado. La historia del presente se vuelca sobre el contenido de la memoria coetánea. Y el fenómeno no es indiferente para la propia historiografía surgida de ahí. La historización no sólo registra el presente, sino que revive y reubica el pasado. Con historización de la experiencia estamos aludiendo también, en consecuencia, al nacimiento de un objeto histórico nuevo, de un modelo historiográfico distinto cuyas influencias culturales habrán de hacerse notar.

La historización de la experiencia, pues, en el doble sentido que aquí le adjudicamos, es, definitivamente, una designación no ambigua para un desarrollo cultural en el que convergen la elaboración de las vivencias como contenido simbólico y la transformación en una creación objetiva de ese mismo contenido a través de un discurso historiográfico. Como proceso sociocultural, independiente de su conversión en historia escrita, la historización de la experiencia da a los sujetos una dimensión diferenciadora, aunque se trate históricamente de algo común, y añade un contenido nuevo a la cultura. Como producto explícito de la cultura es, de otra parte, una construcción cognoscitiva, de lenguaje, una forma de investigación que nos permite un análisis de la realidad presente en cuanto historia, que nos conduce a enriquecer nuestro autoconocimiento a través de una operación objetiva o de objetivación. El historiador tiene un papel propio en este segundo proceso, el de convertir experiencias vividas en historia; está pronto a «tratarlas como un objeto de historia completo, a "historizarlas"»[113].

La historización de la experiencia puede verse también, en un enfoque subjetivo pero que no es ambiguo, como la adquisición contemporánea de

la conciencia de ser no sólo herederos de toda historia, sino actores de ella. Los individuos se han adjudicado el papel consciente de sujetos activos en la reestructuración continua de su mundo, cada vez más libres frente al pasado y más proyectados al porvenir, y que, como hemos dicho ya también, subsumen el pasado en el presente. Este hecho parece reflejar la demanda de las gentes de «ser ellas mismas historia», lo que equivale a creerse con derecho a estar incluidas en el discurso de la celebridad, pasar a la memoria de las generaciones venideras y permanecer en ella. Lo fundamental, por añadidura, es la llegada de un mundo en el que la «comunicación de masas» se ha convertido en el vehículo estructural que posibilita la expansión de ese proceso.

Y no debemos limitarnos aquí únicamente a los individuos sino que esta descripción debe extenderse a la percepción colectiva en la que se reflejan grupos, instituciones y «masas». La conciencia que se tiene hoy de una Historia que es producción continua de acontecimientos, que son conocidos, además, *en tiempo real* por prácticamente todo el orbe, dota de un contenido nuevo la experiencia histórica, como experiencia singular y presente. La salida del anonimato social al que las experiencias individuales tienden es ella misma una manifestación de temporalidad, un incremento de la percepción de ella. La historización opera una intermediación entre el tiempo privado y el público. Y tiene que constituirse como *escritura,* sea cual sea su carácter y el soporte que la materialice.

La historización de la experiencia es, en principio, un proceso subjetivo, pero para que sea propiamente historia tiene que pasar a ese plano de las «relaciones anónimas», que es lo que representa la objetivación. La experiencia *historizada* tiene que ser pública y, como tal, adquirir un sitio en el mundo social cotidiano o mundo común. El único camino para que esto sea posible es el de la intermediación que procura la interacción social y las simbologías. Estamos ante una historia que tiene cada vez el carácter de *vivida* justamente por su universalidad. Porque todos los contenidos de experiencia que determinan los comportamientos humanos no se hacen operativos sino en la interacción. El individuo no construye su experiencia sino actuando, no pensando ni sintiendo, porque no es concebible la experiencia aislada, sino la que se configura a través de interacciones mediatas o inmediatas. Sólo hay experiencia acabada como resultado de la acción social, que da lugar a la aparición de conciencias colectivas, sean éstas de pertenencia o de separación, de clase, etnia, género o generación. Frente a ello, una experiencia individual es siempre sólo una realidad virtual.

Síntomas e indicadores de la historización

Ahora bien, mantenemos todavía sin respuesta otra pregunta que debería inquirir si esa historización es algo más que un conjunto de impresiones no probadas o si se manifiesta *realmente* como fenómeno observable, empíricamente comprobable y contrastable, como basamento para afirmar que el presente tiene específicamente una dimensión histórica sobre la que se apoyaría la posibilidad de su *escritura*, el segundo elemento que encierra en sí la historización de la experiencia. ¿Cuáles son, pues, los síntomas, los *indicadores* en la vida social y cultural, que mostrarían la presencia de esa tendencia social a que las experiencias individuales y colectivas sean percibidas como historia fluyente? Existen algunas pistas propiamente históricas que permiten adentrarnos en una posible respuesta.

Primero, se ha dicho, «en el curso de los tiempos modernos, la diferencia entre experiencia y expectativa no ha dejado de crecer, o, más exactamente, los tiempos modernos no pueden ser captados como tiempo nuevo sino desde el momento en que las expectativas de lo que ha de venir se encuentran cada vez más alejadas de todas las experiencias vividas hasta entonces»[114]. Si se acepta como comprobada esa proposición, plenamente aceptable, de ella se deduciría que la *modernidad* tiene como base primera de su configuración histórica particular la inmensa apertura de las expectativas, la presencia de un futuro cada vez menos condicionado por la experiencia anterior, y ello explicaría mejor, creemos, la persistente pulsión del hombre a *esperar* el futuro desde una *historización* de la propia experiencia, desde su relativización. La historización de la experiencia vivida ha devenido, sin duda, en una reordenación de las expectativas de futuro.

Existe, después, unanimidad acerca de la *novedad* del mundo histórico que ha alumbrado el siglo XX, cuyas consecuencias finales vivimos todavía frente a un futuro incierto y problemático. El XX es visto como el siglo cargado de unos particulares rasgos generados en las grandes catástrofes de su periodo central y, junto a ello, como el tiempo también decisivo para el cambio de los grandes paradigmas culturales y morales alumbrados por la modernidad. Citemos, para ilustrar esto con mayor claridad, la ajustada síntesis de la nueva percepción histórica que ha acertado a hacer Henri Rousso. En los últimos decenios del siglo XX, dice, «las sociedades desarrolladas han conocido un cambio profundo en sus modos de relación con el pasado...», lo que constituye, en efecto, podríamos añadir, un síntoma y un punto central de reflexión sobre el presente. Ese cambio se manifiesta en algunas evoluciones en el medio plazo concernientes a

> los usos del pasado; la preservación en todos los sentidos de las huellas del pasado; el desarrollo a la escala internacional, nacional, regional y local de políticas de patrimonio; la hegemonía de la memoria entendida como «valor» y opuesta a veces a la historia; voluntad de actuar sobre el pasado, de repararlo, de volverlo a juzgar como ilustra bien toda la historia reciente de la memoria de la Shoah; debates, a veces muy nebulosos, sobre el «fin de la historia» que son interesantes porque muestran la «crisis del futuro», el «desvanecimiento del porvenir»[115].

De ser esto así, ¿no representaría este cuadro ya un indicador inequívoco de que estamos ante un proceso de *historización* nuevo, según las líneas que hemos apuntado, y que se manifiesta de manera desconocida antes en una visión nueva del valor y función del pasado? Ahora bien, ¿de qué pasado se habla aquí? Por lo común, de un pasado que *no* se quiere dejar pasar..., de un pasado sobre el que se vuelcan hoy las visiones encontradas, pero complementarias en último extremo, de las generaciones convivientes. Es decir, de un pasado que, de alguna forma, sigue siendo *vivido* por las gentes de hoy. Lo que viene a representar una exposición algo más circunstanciada pero complementaria de lo afirmado antes por Pierre Nora con énfasis:

> ninguna época ha vivido tanto como la nuestra su presente como embargado de sentido histórico[116].

La experiencia como historia vive un presente nuevo, no rechazando el pasado, sino asumiéndolo en una nueva síntesis. La apropiación del presente como historia podemos percibirla a través de otros muchos indicadores. Podemos descubrir síntomas, rastrear inferencias, encontrar huellas, detectar tendencias. Bien es verdad que esa conciencia de un presente que descubrimos ahora como historia rara vez ha sido ella misma objeto de un discurso específico como pretende serlo hoy. Ocurre como con la temporalidad: una dimensión tan absolutamente internalizada que no es objeto de reflexión específica por el común de las gentes, aunque forme parte inseparable de su ser.

Sin embargo, conviene limitar también a sus términos justos estas formas de la historicidad presente. En buena manera, como ya apuntamos, es la propia marcha de la historia como globalidad la que modifica esa conciencia histórica. El mundo moderno al crear una sociedad laica introdujo en buena parte las condiciones para la historización de la experiencia. Mientras los hombres vivían inmersos en una tradición de historias cuyo fin se adelantaba ya en una teleología y una escatología religiosamente fijadas, historias que desembocaban en «nuevos reinos» prescritos por la divinidad, podía aceptarse que la experiencia era una parte del plan de la providencia. Lo sobrenatural

sustituía aquí a la conciencia de lo histórico. Es la modernidad la que introduce la posibilidad de historizar la experiencia por cuanto la historia será ya, sobre todo, libertad, no tendrá un destino providencialmente fijado. El libre albedrío y, después, la razón ilustrada, convierten a la historia en la historia de la libertad. A partir de ese momento, la historia la hacen más que nunca los hombres, el papel de la providencia queda relegado y el futuro permanece abierto. Y todo ello se asume como experiencia y crea una conciencia nueva.

Ni que decir tiene, por tanto, que como proceso cultural subjetivo, como una reconversión antropológica, estamos ante una historia nueva que se inserta en la cultura de la contemporaneidad sustentada en el laicismo. La cultura contemporánea es esencialmente historicista. A medida que fue evolucionando la contemporaneidad, la reflexión social se hizo más histórica, y la consecuencia de la libertad no se creía que pudiese ser otra que el crecimiento como metáfora y el progreso como necesidad[117]. La historización de la experiencia en el hombre contemporáneo acusa muy directamente el entresijo de una cultura nueva; más que obedecer a estímulos externos a esa misma cultura parece representar una forma peculiar de vivir la experiencia.

Algunos otros síntomas de la historización se encuentran en la encrucijada compleja de los flujos de tendencias culturales de hoy. Una de ellas, ya señalada, es la búsqueda de la identidad y la reclamación de la diferencia biográfica, en el marco, además, de la «sociedad del espectáculo». Nunca la pretensión de «hacerse historia» de cada actor se mostró más acusadamente que ahora. Aquella vida callada y silenciosa que hace un siglo alababa Unamuno como *intra-historia* ha devenido en la sonora y hasta escandalosa ostentación que los sujetos persiguen como testimonio de su presencia en la vida pública. Pero aquí lindamos con otro síntoma de la historización, que es, seguramente, más importante y más profundo. Nos referimos al primado absoluto que parece tener hoy al considerar el proceso en el que se engendran las relaciones sociales básicas la eficacia y perdurabilidad de la *acción* sobre la *estructuración.*

De esto que creemos que es una nueva forma de vivir la historicidad se ha derivado, por lo demás, una situación inédita en las formas de construcción social del presente histórico. A las viejas nociones que particularizaban y cualificaban el tiempo histórico-social, la duración y el acontecimiento, la sucesión y la ruptura, el progreso o la modernidad, el pasado y el presente, entre otras, se ha sumado ahora, bajo la presión de la búsqueda de un presente que se pretende durable, una percepción nueva capaz de determinar más nítidamente la situación histórica de los sujetos: la de *coetaneidad.*

Como se ha dicho, «las perspectivas que se configuran en la experiencia del cambio histórico corren siempre peligro de desfigurarse porque olvidan la latencia de lo permanente... Lo que se transforma llama sobre sí la atención

con mucha más eficacia que lo que queda como estaba». Y por ello se creía poder detectar una sobreexcitación de la conciencia histórica[118]. La acción que produce el acontecimiento cualifica mucho más a sus autores, los exalta y los individualiza como espectáculo, los «inmortaliza» en alguna manera, mientras se valoran mucho menos, si algo, las funciones rectificadoras, la creación de estructuras durables. La sociedad de la acción es la de las experiencias continuas, desmesuradas y rememorables. Pero ello mismo la induce al cambio y a la inestabilidad.

La búsqueda de la identidad «memorable» enlaza de inmediato con la memoria de la conservación. La historización se manifiesta, pues, en dos tendencias que pueden parecer antagónicas: la necesidad de actuar en la búsqueda de la perduración frente a lo efímero. La nueva percepción del pasado introduce una memoria «ejemplarista» y por ello ha podido hablarse de la «fase ética» en la rememoración de los grandes hechos centrales del siglo XX; la memoria pide corrección y rectificación, porque pide justicia. La memoria pide ser escrita y convertida en Historia. Tal vez por ello, justamente, nunca como hoy se han intercambiado y, de hecho, se han confundido tanto, la memoria con la historia.

Es hoy también una percepción cultural común la del cambio acelerado de las formas de *estar en el mundo*, cambio acelerado, en definitiva, de casi todas las determinaciones del desenvolvimiento social. En la economía y la tecnología, capaces de alterar significativamente, y en poco tiempo, la vida cotidiana, en las mismas pautas del comportamiento afectivo, en la inserción o la salida del mundo productivo, en la aceleración de la información, en la adscripción a lo privado o lo público de muchas de las realidades básicas derivadas de la actividad social —el «secuestro» de la enfermedad y la muerte, la privatización de la pasión pero la publicidad del sexo, el «secuestro de la experiencia» en definitiva[119]—, en los simbolismos en que quedan reflejados y esquematizados muchos desarrollos sociales. Como se ha señalado, la socialización del hombre de hoy raramente permanece estable en el curso de una vida. Y así, la generación activa de la década de 1990 ha vivido, al menos, dos mundos diferentes.

Existe, pues, una conciencia nada difusa de la velocidad del cambio y de lo efímero de todas las situaciones, por cuanto unos escenarios son sustituidos rápidamente por otros. Respuesta y producto de esta situación capaz de caracterizar ella sola el momento histórico vivido es, justamente, la tendencia a instituir la experiencia como historia, como momento significativo para cada cual. Es, en definitiva, una búsqueda de la duración. Historizar la experiencia es dotar a ésta de sobresignificación, que parece ligada en el hombre de hoy a la vivencia de una historia plagada de acontecimientos. La segunda mitad del siglo XX ha visto acelerarse la Historia.

Se ha producido un espectacular cambio caracterizado por la aceleración, generalización, mundialización y «mass-mediación» de los procesos socioculturales. La idea de contemporaneidad misma ha sufrido tal evolución que ya no representa de manera unívoca la relación de los procesos de la historia de hoy con los surgidos hace más de doscientos años. Pero, además, la diferenciación entre una historia contemporánea y un presente histórico, cuya explicación no queda satisfecha en las coordenadas clásicas del «mundo contemporáneo», pueden identificarse en dos procesos. De una parte, en «una ruptura de la continuidad temporal, en una inversión de la relación entre pasado y presente», y de otra, en el cambio acelerado desde los años setenta del siglo XX, en medio de una crisis que explica ese vuelco de la atención hacia lo presente en lugar de lo convencionalmente contemporáneo.

Asistimos a «una extraordinaria *dilatación de la historia,* la emergencia de un sentimiento histórico de fondo» y así la vieja historia contemporánea se ha transformado en «un presente histórico que no se contenta con anexionar a la historia tradicional una página temporal reciente, sino que se encarga en su caso de un peso, de una especificidad, que no solamente tiene sus exigencias propias, sino que trabaja en profundidad la manera de hacer historia de los periodos precedentes»[120].

La visible y hasta dramática dialéctica instantaneidad/permanencia había sido señalada ya por Gaston Bachelard al reparar en «la vida ardiente de lo efímero», y ello constituye una expresión afortunada para una cultura que vive de fogonazos y de extinciones. Nuestro tiempo parece abocado a lo efímero y hay muchas realidades que están diseñadas para serlo así, incluidos los productos industriales: hay una «fecha de caducidad» para todo. Se consumen acontecimientos, la comunicación necesita continuamente, más bien devora, nuevos contenidos. Lo efímero forma parte de la naturaleza de nuestro mundo. La duración no puede concederla sino la historización, que asienta y recupera las experiencias. Por ello se agudizaría el deseo de dar al «instante» una dimensión, de hacer de él un átomo temporal que conservara en sí cierta duración: «un acaecimiento aislado debería tener una breve historia lógica referente a sí mismo, en el absoluto de su evolución interna»[121].

Existen, igualmente, connotaciones claras de esa historización que se sitúan en el plano no ya de percepciones comunes, sino de las formas del conocimiento social. Seguramente, lo más explícito de esta reconversión es la tantas veces comentada ya «vuelta del sujeto» a la explicación de los fenómenos sociales. Se trata de un proceso con implicaciones de muy diversa índole, en las que no podemos entrar aquí, y que se ha desencadenado tras atravesar la ciencia social una notable «crisis de representación» después de su auge creciente en los años sesenta y setenta del pasado siglo. Frente a la ciencia

social estructuralista, teoricista, dialéctica, del grupo frente al individuo, de la determinación por las «condiciones objetivas», parece haberse levantado una ciencia de los actores de carne y hueso, del intencionalismo y la decisión racional, del individualismo frente al holismo.

La vuelta del sujeto personal a las ciencias sociales y, en el mismo sentido, la historización del pensamiento social muestran también sintomáticamente la agudización de un nueva conciencia de la Historia como desenvolvimiento vital, biográfico y singularizado. Pero esta indudable reconversión no en pocas ocasiones es torcidamente interpretada. De hecho, la idea de que los procesos sociales tienen «sujetos», «actores», identificables a nivel personal, responsables de la toma de decisiones y de la acción histórica, en modo alguno tiene por qué significar la vuelta incondicional a la visión individualista, ni el olvido de la determinación de la vida social por la dialéctica actor-estructuras. Pero éste es un largo debate también para poderlo abordar aquí.

Tal deriva representa mucho más la asunción de un deseo de diferencia y de identificación que de regreso a la primacía del «personaje». Lo más llamativo de esa acentuación en el polo del sujeto frente al de las estructuras es el recrudecimiento de la dialéctica entre identidad/indiferenciación y particularización/globalización. En un mundo que tiende a globalizar e indiferenciar, los sujetos se afirman por la reclamación de su individualidad y su derecho a la diferencia. Pero es erróneo suponer que, si bien la experiencia histórica tiene siempre, desde luego, su punto de partida en la persona, no exista una forma colectiva de experiencia sustentada decisivamente por las nuevas funciones sociales de la memoria como reivindicación. Esto no ignora que la historización de la experiencia se muestra en muchas ocasiones como un proceso esencialmente individualizador.

El significado de la historización, pues, se desvela antes que nada en el contraste que se ha producido entre el sentimiento nacido en otra época y ya superado de que el hombre tiene historia únicamente como herencia de los antecesores, como depósito recibido de las acciones de los predecesores, frente al nuevo sentimiento de que la vida propia es ya historia. Esto es lo esencial: que la historia no es un depósito del pasado, sino la especial temporalidad de la vida vivida. Así se ha abierto paso en nuestro tiempo la percepción de que la historia realmente se comprende cuando se rechaza la idea de que es únicamente *pensiero* para entenderla también como *azzione*, según lo expresara con acierto Benedetto Croce[122]. La experiencia personal se suma y prolonga ahora en la experiencia adquirida, creando una única e indisoluble Historia.

La historización de la experiencia, podemos concluir ya, ha pasado a las conciencias de forma explícita como un proceso inducido. Se ha convertido

en un hecho cultural producto de unas específicas relaciones sociales y es un resultado de la historia misma que vivimos. Es una nueva sociedad la que genera estas formas de historización. El subjetivismo se impone al objetivismo... Nos encontramos ante un nuevo universo de significados. Todo pasa pero todo se resiste a pasar cuanto menos claro se ve el futuro. Entonces, proliferan las más dispares interpretaciones del pasado.

La historia del presente no sería posible sin demostrar que es *real* la existencia de una historia *vivida* y no sólo de una historia *heredada*. Que la historia no concluye en la trayectoria de los *antecesores,* sino que tiene su despliegue decisivo en la historia *activa* de la propia generación que la escribe y que, por tanto, es posible la visión de la propia vida como historia ella misma y no como realidad que *será* historia cuando sea *pasado*. El paso de la consideración de la historia como no más que un bagaje transmitido a entenderla como una empresa personal y vital es absolutamente esencial para comprender lo que quiere decirse con historia del presente, si es que con ese término quiere designarse algo que no sea equívoco, banal o, simplemente, retórico.

[illegible] se impone al [illegible] de significados. [illegible] claro se ve el futuro, [illegible] del pasado.

La historia [illegible] no sería posible [illegible] demostrar que [illegible] historia [illegible] sino que tiene [illegible] que le [illegible] como historia ella [illegible] El paso de la [illegible] transmitido [illegible] como un [illegible] esencial para [illegible] lo que [illegible] historia del presente, si es que con [illegible] simplemente

SEGUNDA PARTE

LA HISTORIA DE NUESTRO PRESENTE

CAPÍTULO 5

LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA DE NUESTRO TIEMPO

En los años finales de la década de 1980 y en los primeros de la de 1990 terminó una época de la historia del mundo para comenzar otra nueva.
Eric J. HOBSBAWM: *Historia del siglo XX,* 1995

Un nuevo mundo está tomando forma en este fin de milenio.
Manuel CASTELLS: *La era de la Información,* 1999

La exposición y el análisis que nos corresponde hacer ahora, en la segunda parte de este libro, deben fundamentarse en los argumentos conceptuales que hemos expuesto en la primera como parámetros sustanciales de la inteligibilidad de la historia del presente. Debemos mostrar que las consideraciones teóricas desarrolladas antes son válidas para explicar históricamente nuestro mundo. Las condiciones de las sociedades desarrolladas actuales, aunque no fuese más que por los propios medios técnicos de que disponen, permiten percibir mejor cómo se articula el devenir histórico. Pero registrar la historia del presente tiene también, como hemos dicho, unos condicionamientos y unas dificultades de orden epistemológico y técnico que hacen de ella una forma especial de historia. En este terreno nos encontramos ante unas condiciones precisas de la información histórica, es decir, un problema de fuentes, de acceso a los hechos y de su análisis en el corto plazo y la necesidad de remitirlos a procesos más amplios en el tiempo. Y, también, de las dificultades de encontrar un engarce claro y coherente entre realidades que son de índole política y estratégica, económica, social, cultural e ideológica. Y ésta no es más que una lista tentativa, indicativa, de las principales connotaciones y dificultades metodológicas de la historia del presente. Somos conscientes de la relación difícil de establecer entre el origen, el desenvolvimiento y el final —que generalmente no conocemos— de muchos fenómenos sociohistóricos del presente.

En todo caso, en nuestro tiempo presente, como en otros presentes que nos han precedido y los que seguirán, es posible descubrir y, luego, desentrañar, describir y explicar una *matriz histórica* inteligible. De hecho, la matriz de un tiempo histórico no debe confundirse nunca con un hecho, con una fecha, aunque ese recurso simplifique la exposición. El origen de un tiempo nuevo suele estar en fenómenos más complejos que pueden tener variada duración. Pero la conciencia de que lo nuevo ha advenido o está adviniendo acaba imponiéndose. Y ésta es la sensación que vive el mundo actual desde la bisagra de 1989 en el orden más global y genérico, o desde algunos años antes si hablamos de las formas específicas de la economía, la sociedad y la cultura.

Por la propia naturaleza del texto aquí presentado sería ingenuo pensar que puede ofrecerse lisa y llanamente una historia completa y total de nuestro tiempo, cosa sobre la que ya advertimos en nuestra consideración preliminar. Por lo tanto, conviene repetirlo con énfasis, no es ese en modo alguno el objetivo que aquí se persigue. No obstante, si un texto como éste debe prescindir de toda pretensión de presentar una historia detallada y minuciosa, descriptiva y explicativa, de nuestro mundo no tiene por qué renunciar a la pretensión de presentar una historia global. Porque, justamente, la historia global no es la descripción pormenorizada y el análisis exhaustivo de un periodo o un proceso, sino una historia que pretende comprender aquellos lineamientos mínimos pero completos, capaces de enmarcar una totalidad, que hacen inteligible una situación dada en un lapso temporal que tiene su propia base de inteligibilidad. En consecuencia, una historia global es una introducción indicativa a los rasgos que definen básicamente un tiempo. Otra cosa es la profundidad con que tales rasgos puedan ser descritos. Sólo estudios detallados y monografías específicas podrán ir construyendo esa historia de manera más precisa.

Conviene destacar, no obstante, que para que haya una verdadera historia de nuestra coetaneidad habrá que abordarla con nuevos presupuestos y objetivos acerca de lo que consideramos relevante como historia vivida y habrá de echar mano de los nuevos recursos metodológicos que la historia coetánea exige, nuevas fuentes, nuevo diálogo con lo que aportan las principales ciencias sociales, nueva distribución de nuestras materias y nuevos intentos de síntesis. Nuestra propia experiencia vital desempeña aquí un papel determinante, sin que ello pueda ser tenido como una coartada para un subjetivismo empobrecedor.

Si atendemos al rasgo que el pensamiento social de hoy considera como el aglutinante fundamental en las formas sociales, a la vez que como producto más determinante de estas mismas, habremos de decir que una historia del

presente habrá de ser ante todo una historia de la cultura de nuestro tiempo, donde deben conjugarse el corto, medio y largo plazo. La idea de cultura resume hoy el gran conjunto de los rasgos explicativos de las acciones y los comportamientos; explica tradiciones y rupturas; alude a muchas de las disposiciones normativas que regulan lo social y localiza una de las más profundas causas de conflicto. La cultura se ha convertido también en variable para diagnosticar sobre homogeneizaciones o pluralidades —mono o multiculturalismo—. De ahí que la historia cultural represente hoy el enfoque más comprehensivo desde el que, en el plano historiográfico, podemos arrojar luz sobre el mundo en que vivimos.

Las necesidades de la exposición, tanto como la idea misma de lo que debemos entender por historia global de nuestro tiempo, nos han llevado a adoptar una estructura tripartita, según tres grandes núcleos de problemas y tres grandes opciones expositivas. Así, tras este primer capítulo, el presente, en el que analizaremos las condiciones, los presupuestos y las dificultades con las que habremos de operar para la «explicación histórica de nuestro mundo», el análisis histórico en sentido estricto lo distribuiremos en tres grandes áreas de atención, que reflejan, creemos, las preocupaciones del hombre de hoy.

Primero, el «orden mundial», el panorama internacional, las relaciones a escala planetaria entre potencias, pueblos, intereses y expectativas que condicionan estratégica y políticamente —y, claro está, desde la seguridad o la inseguridad— el mundo que vivimos. Una segunda cuestión podría formularse como «el destino globalizador» al que parece que no pueden sustraerse las sociedades de hoy. Naturalmente, tal destino tiene muchas más caras que las que suelen considerarse en términos corrientes. La o las sociedades en las que vivimos, sus procesos económicos y culturales, no pueden entenderse ya sino en el contexto de un fenómeno tan real como complejo y problemático que es la globalización. Por ello, nuestra segunda área de interés está nucleada en torno a ese proceso aunque se presta atención a otra serie de condicionantes sociales —desde el progreso tecnológico hasta la expansión de la comunicación, o desde la transformación de las estructuras sociales hasta la pretendida «sociedad informacional»—. En último lugar, planteamos una realidad histórica que parece también inequívoca como es la de vivir bajo el signo de la preponderancia de los «sujetos y las identidades». Así, es preciso explicar tanto los comportamientos de masas como las reclamaciones de la diferencia en el mundo de hoy, bajo el dictado de recursos y resortes culturales nuevos en sentido estricto, que explican muchos de los consensos y los conflictos interindividuales e intergrupales.

Describir históricamente nuestro tiempo no es fácil y no conseguiremos hacerlo sin someter nuestros propios objetivos y el camino para conseguirlos

a muchas pruebas previas. Las opciones adoptadas aquí son, obviamente, contingentes. La prueba que atravesarán será la de demostrar si estos enfoques, estas elecciones de cosas a tratar y de cosas a obviar, son capaces de dar una imagen suficiente del mundo en que vivimos. Si pueden decir algo sobre su origen y, si no decir algo más sobre el futuro, al menos ponernos en la pista del escenario mismo en que ese futuro se está fraguando.

La comprensión historiográfica del presente

Las líneas sustanciales de la historia de nuestro presente, o sea, la que transcurre en el tránsito entre los siglos XX y XXI de la era cristiana, son bastante nítidas en algunas de sus dimensiones, las más superficiales, aunque bastantes más opacas e inciertas por lo que se refiere a otras muchas de ellas. Por una parte, aceptamos hoy que las realidades de escala planetaria más visibles en las que estamos inmersos tienen su punto de arranque bien identificado en el conjunto de acontecimientos que, en Europa y fuera de ella, se produjeron en el tránsito de los años ochenta a los noventa del siglo XX, una bisagra entre dos épocas. Esos grandes cambios parecieron poner punto final a los específicos problemas surgidos de la historia central del siglo, la «época de catástrofes», enmarcada entre las dos mayores guerras conocidas.

Sin embargo, esta que parece una «nueva historia» está plagada igualmente de realidades más complejas, problemáticas y conflictivas. La disolución del mundo estratégico de la bipolaridad, lejos de simplificar el panorama de las relaciones entre estados y pueblos, parece haberlo complicado. Lejos de abrir una época de plenitud, los años de la posguerra fría han traído una perceptible sensación de «crisis», en un amplio espectro de cuestiones, de la política a la cultura. Los problemas nuevos a los que se enfrenta la humanidad han propiciado un sentimiento general de inseguridad, de incertidumbre en un mundo que, por lo demás, cambia a ritmo cada vez más acelerado.

En los años que hemos señalado «terminó una época de la historia del mundo para comenzar otra», ha dicho un historiador respetado como E. Hobsbawm. Hay quien ha indicado también que el cambio de milenio tiene algún sentido más allá del simbólico porque en él «un nuevo mundo está tomando forma». Dos preguntas pueden formularse de inmediato al analizar esta situación, en la que nadie deja de observar la evidencia de un profundo cambio: ¿es posible analizar históricamente los rasgos de este mundo nuevo advenido tan súbitamente? Pero, de otra parte, ¿puede considerarse que el cambio es verdaderamente tan súbito y profundo, que la novedad se presenta en todas

las dimensiones que convergen al considerar la identificación de un supuesto periodo histórico nuevo?

Siempre es difícil desentrañar cuándo comienzan y terminan los ciclos históricos que tienen unidad en sí mismos y, por tanto, las épocas que discernimos a base de ellos. Quienes viven un determinado presente viven también, como es natural, una época propia, aunque como tal, según hemos expuesto reiteradamente ya, no tenga por qué quedar registrada como periodo histórico. En nuestro tiempo puede afirmarse que la conciencia de estar asistiendo al nacimiento de una historia distinta parece haberse generalizado. Sin embargo, y como es también normal en la percepción histórica que cada época tiene de sí misma, podemos constatar que muchas de las realidades que hoy se han normalizado —la civilización tecnológica, la comunicación de masas, la economía del consumo, la universalización de las experiencias, la conciencia de las desigualdades, etc.— tienen unos orígenes más antiguos que contribuyen a explicar la naturaleza particular de nuestro presente. Toda historia del presente tiene la peculiaridad, en cualquier caso, de que, al estar «en curso», debe ser considerada siempre como un suceder cuya evolución y destino posterior no puede el historiador ni prever ni, menos, adivinar.

Hemos planteado dos preguntas de las que debe partir la investigación sobre la historia del presente. La primera de ellas puede reformularse de forma más sencilla: ¿qué implica y cómo puede llevarse a cabo la comprensión histórica del presente? Y, después de ello, ¿cómo puede expresarse esa comprensión en un discurso historiográfico? Esto significa preguntarse, en definitiva, por la aplicación de ese modelo historiográfico nuevo que llamamos historia del presente cuyas líneas maestras hemos intentado definir en la primera parte de este libro.

La exploración de nuestro propio entorno es el primer recurso para la respuesta. Todo parece indicar, en efecto, que nos encontramos hoy en el umbral de una Historia, o de un tiempo de la Historia, distintos, cuya naturaleza tiene como clave un *tempo*, un ritmo, diferente del cambio y de las percepciones mediante las que experimentamos el acontecer. Es decir, el tiempo de la Historia es tenido hoy cada vez menos como el pasado para pasar a ser percibido como tiempo real, o, lo que es lo mismo, tiempo siempre presente. Lo importante, en consecuencia, sería la conceptuación misma, si ello es posible, de una Historia en tiempo real. Si lo vivido se experimenta ya como historia, el registro, y la transferencia, memoria-historia estaría experimentando igualmente un decisivo cambio. Hemos formulado antes la hipótesis de que, en nuestro tiempo, ello sucede realmente así. Y no sólo se estaría produciendo una especie de revolución en la percepción del tiempo histórico y su registro, sino en algo todavía de mayor importancia. Lo que realmente está cambiando también la misma producción de lo histórico. La Historia es experimentada

hoy tejiéndose bajo la propia vista y al ritmo de los acontecimientos que entretejen la vida del ciudadano actor y observador.

La Historia no nos aparece ahora, como lo hizo antes, en tanto que realidad irremediablemente pasada, destinada en lo inmediato al silencio —porque en lo inmediato no nos sea inteligible— para ser más tarde rescata como documento y escrita por el historiador. Por el contrario, se revela y se juzga en cada instante, se registra en el momento y se reconoce a través de ese nuevo noúmeno, que es la comunicación de masas, cuyo paradigma se perfila cada vez más como la red virtual. Por ello, además, otras formas de entender la Historia, que no son la historiografía académica, ganan predicamento e influencia. Quiere decirse que está en juego la sustancia de lo histórico, porque lo están todos sus contenidos sociales y culturales, el modo de su producción, el espacio de su desarrollo. El cambio en la percepción misma del tiempo, del tiempo histórico entre otras especificaciones de él, está íntimamente ligada a la nueva percepción también del espacio como condicionamiento de lo histórico. Está en profunda modificación hoy asimismo la forma de distribución y la recepción del componente cultural e identitario de la Historia, su apropiación por los agentes sociales. Si lo histórico ha pasado a ser como nunca antes un producto más en el marco de las creaciones culturales y a formar parte del lenguaje mismo de la cultura, esta ubicación adquiere un sentido inédito. La Historia vale en nuestro mundo lo que vale el presente y su lenguaje. El final del siglo XX y del segundo milenio nos han traído, en definitiva, formas nuevas de producción y de apropiación social de lo histórico. Esto se encuentra en el centro de todo posible entendimiento del presente como historia, de toda perspectiva posible.

Pero no es cuestión sólo de cambios sociales y culturales que han modificado la manera de concebir y escribir la Historia. La tendencia hacia su presentización, cuyos riesgos intelectuales no deben ser minusvalorados, es ella misma un poderoso factor de cambio cultural y, también, político. En consecuencia, en las nuevas condiciones en que la humanidad ejerce el dominio de la naturaleza, donde se impone la técnica en todos los ámbitos de la actividad, nuestra manera de acceder al entendimiento de la Historia está condicionada de forma también nueva. No está en profunda transformación únicamente la propia idea de lo histórico, sino también los presupuestos con que nos acercamos a ello y los instrumentos con que lo convertimos en discurso. Todo esto forma parte central de los convencimientos desde los que opera una historia del presente.

Es preciso, creemos, que la historiografía tome conciencia de que la forma de construir el discurso histórico cambia a ojos vistas en esta sociedad nueva del siglo XXI. Y que cambiará aún más. En ese panorama, ¿cómo se escribe realmente la historia del presente? ¿Se trata de una historia distinta? Esta

historia ha nacido, sin duda, en un tiempo nuevo, de «crisis estable» con la que las sociedades actuales se han acostumbrado a convivir. Se trata de un cambio efectivo del talante social que ha llevado a demandar lo que llamaríamos una forma específica de hacer histórico el presente. Lo que importa, en consecuencia, es atender también al origen, la naturaleza y el alcance de «la demanda social»[1] de historia «viva» a la que induce la crisis cultural. Y es que la historia del presente como pretensión historiográfica es ella misma histórica, ha nacido en su momento histórico preciso, en un determinado presente. Para que podamos hablar de ella, debemos hablar primero de un cierto tipo de hechos o de un cierto tipo de Historia.

Sin embargo, debemos admitir, antes que nada, que una tarea como la de historiar el presente debe enfrentarse a convenciones persistentes que aún cuentan hoy a su favor con la autoridad de lo ortodoxo: la primera de ellas es, lo hemos dicho ya, la de que no es función de la Historia intentar desvelar el presente, sino que ésa es tarea propia que debe ser desempañada por otros enfoques y tipos de análisis: filosóficos, sociológicos, políticos y, en todo caso, periodísticos, sin dejar a un lado la interpretación del presente que hace el arte o la literatura. Lo más paradójico quizá de esta idea común es que cuenta con un notable arraigo entre los historiadores mismos. Por ello sorprende más el hecho de que «historiar el presente» sea tenida hoy, en todo caso, como una propuesta perfectamente válida y asumible pero sólo si se la considera objetivo peculiar de otras ciencias —la sociología o antropología, por ejemplo— u objetivo de la ciencia social en abstracto y en su conjunto, pero no de la historiografía como tal.

Pero aquí aceptamos plenamente la afirmación de un historiador de nuestros días de que «incluso el pasado muy reciente es Historia y aunque problemas de prejuicios y de fuentes hacen difícil al historiador de la última década "separar lo efímero de lo fundamental" todavía está operando con la misma disciplina académica»[2], por lo que cabe mantener, como hacemos aquí, que la función del historiador de lo «contemporáneo» debe atender al «pasado muy reciente», recomponer sus conceptos y revisar sus métodos. Una realidad particular viene en apoyo de esta posición: el progreso en el talante con que los historiadores, y la mejora de los instrumentos a su disposición, están en condiciones hoy de analizar esa marcha. Y otro hecho más: la Historia del mundo tiene en la actualidad, en las condiciones de globalización, información y tendencias al cambio, una perspectiva enteramente nueva. Historiar la coetaneidad es el reflejo y la consecuencia de una historia distinta percibida con una nueva sensibilidad. Estos hechos obligan a considerar de otra forma el calado de la Historia en la cultura y las circunstancias de su escritura, en la sociedad dominada por la comunicación, la información desmedida —y

el aumento de su manipulación— el culto tecnológico, la globalización y las cada vez más profundas diferencias entre unos ámbitos y otros del planeta.

Pero existen dificultades reales que la historia del presente no puede ignorar. Hay ciencias sociales, como la sociología, la antropología o la politología, que se han atribuido a sí mismas el monopolio de todo el saber social acerca del presente. Como ya había hecho antes Ch. Wright Mills desde la sociología, ciertos antropólogos, como E. Leach, han adjudicado a su labor la tarea de ilustrarnos sobre todo lo que hay que saber acerca del presente: cultura, vida, sociedad, simbología, quedando sólo fuera de su campo la política y el «acontecimiento». Pero las perspectivas que presentan, además de no resultarnos en absoluto satisfactorias, no acaban de agotar la realidad; el enfoque historiográfico tiene mucho que decir sobre el presente.

Podría pensarse que ante las descripciones de muchos procesos del mundo de hoy que proceden de campos como la economía (la globalización, particularmente), la antropología de las sociedades desarrolladas (en la que se mueve, por ejemplo, Marc Augé), la sociología del cambio social (el trabajo, las emigraciones, las percepciones colectivas, los modos de relación social, la moda, las comunicaciones), la politología (la crisis del discurso y el comportamiento políticos, el nuevo papel del Estado o las dificultades de la democracia), o en el terreno del análisis de las nuevas formas de conflictos y de relaciones internacionales, poco es lo que queda que decir a los historiadores. Dos realidades son innegables: en estas empresas, lo *histórico* está sempiternamente presente y, después, la contribución de los historiadores no está ni ha estado nunca ausente en el análisis de lo vivido.

No pretendemos que todo lo dicho alcance a superar de forma completa algunas dificultades que permanecen visibles. Por el momento debe reconocerse, como hicimos ya en la introducción de la obra, que parece escasamente factible el propósito de escribir una historia universal de cada presente. En buena medida, el propio concepto de historia del presente, y seguramente más, la extrema juventud de este tipo de proyecto, resulta incompatible con el intento de grandes síntesis historiográficas de la época vivida, al menos con los procedimientos que hoy son aceptados y desarrollados en la actividad historiográfica. Derivado de ello, el proyecto actual de la historia del presente se orientaría, más bien, a destacar procesos coetáneos en ámbitos particulares, sea por su naturaleza, sea por su alcance. La pretensión de producir una historia total propuesta tanto por la metodología marxista de los años sesenta del siglo XX como por los más destacados impulsores de la escuela de los Annales, sería desmedida y debe ser reconducida al enfrentarse a la historia del presente, sin que deje de influir en ello tampoco el hecho de que tal propuesta raras veces fue entendida en su sentido real y ajustado.

Historia del presente y cultura

Una historia total no puede, desde luego, confundirse con una propuesta tan escasamente elaborada como la de hacer una «historia de todo» lo que el hombre ha experimentado como eventos emergentes, como suceder y como acumulación de memoria. «No existe ningún discurso histórico de la totalidad de la Historia»[3]. La posibilidad de totalidad de una historia reside, por tanto, en su capacidad de comprensión global, articulada y formalizada, de los rasgos esenciales que permitan definir una época histórica. La historia total debe representar, sobre todo, el intento de integrar en una explicación general las diversas instancias sociales que convergen en toda acción humana y sus resultados. La del presente es, por definición, historia vivida y en ella la totalidad tiene que estar remitida o plegada a lo que los sujetos «ven» de sí mismos, a la forma en que se sienten constructores, actores parciales de toda totalidad y partícipes de una historia. Las tradicionales historias sectoriales son también, y por ello mismo, difícilmente mantenibles en este modelo historiográfico.

Cualquier visión totalizadora de la historia de un presente es pensable y plausible, pero en el estado actual de este proyecto tiene que tener forzosamente un carácter introductorio y orientativo. Se orientaría por la necesidad de emplear sistemáticamente visiones comparativas entre espacios y temáticas distintas y de encontrar explicaciones «históricas» para percepciones muy directas de las gentes, cuyo origen y manifestaciones son sumamente complejos. Tiene que establecerse de qué espacio cronológico hablamos en el momento mismo en que emprendemos nuestro trabajo, sabiendo que toda cronología nos «sitúa» en nuestro momento pero no nos «define» como época. Es preciso determinar dónde se encuentra el momento inaugural inteligible de nuestro propio mundo histórico y cómo se ha desenvuelto hasta el día en que reflexionamos sobre él.

En el enfoque que debe orientar la escritura de la historia de nuestro presente ocupará un lugar central el análisis de las condiciones generales en las que se ha originado el mundo histórico que vivimos. Ello incluiría sus antecedentes, los rasgos esenciales de la cultura, lo que ha desaparecido y aquello otro que permanece de la historia anterior, los principales problemas en las relaciones mundiales que inciden realmente sobre las comunidades concretas, las nuevas realidades tecnológicas, económicas, sociales e intelectuales. En fin, las enormes diferencias, que se han agrandado, entre las diversas civilizaciones y espacios geopolíticos del mundo.

Fijadas estas primeras coordenadas y a la vista de ellas, ¿cuáles serían en concreto las líneas maestras, las grandes instancias o núcleos de problemas

de los que debe ocuparse el análisis histórico del presente? Los antecedentes con los que contamos para responder a una pregunta como ésa son más bien escasos. Economía, sociedad, política y cultura son los grandes apartados que convencionalmente nos permiten estructurar la descripción de la experiencia histórica. No es posible ignorar que la vida histórica de las sociedades globales sigue, claro está, ligada a esas grandes instancias o ámbitos, aunque profundamente entreverados, de la dinámica de las estructuras socioculturales en el tiempo. No es posible olvidar tampoco el hecho de que ciertas grandes corrientes historiográficas de nuestro tiempo han pretendido justamente superar esa compartimentación, poco fructífera en muchos casos, mediante nuevos modelos de discurso historiográfico.

Si los hombres materializamos nuestro presente histórico a través de esos tres elementos que hemos analizado antes, es decir, la construcción cultural de un tiempo propio, la historización de nuestras experiencias y la percepción intergeneracional de la historia vivida como producto de la coexistencia y la interacción de generaciones, deberían ser, pues, esos los tres grandes indicadores de la búsqueda que nos orientaran en una definición singular del tiempo histórico que vivimos. Y, efectivamente, en todos los análisis que intentaremos hacer esos puntos de vista tendrán un papel central.

Digamos, en definitiva, que valen poco aquí las especificaciones más comunes que se refieren a los campos de interés del historiador que solemos roturar como historia política, social, económica o cultural. Esas circunscripciones analíticas difícilmente pueden mantener unas nítidas fronteras cuando hablamos de la historia vivida. Tampoco vale mucho la aparentemente sencilla convicción de «que no puede dejarse a los periodistas» este análisis de nuestro tiempo, como cree algún autor, ni es, menos aún, algo que haya de ser discutido o arrebatado a los mismos periodistas, a los políticos o a los ensayistas. El análisis histórico del presente es una empresa de la que no puede excluirse a nadie, pero de la que nadie tampoco puede tener la exclusiva. Hace algunos años el economista Robert Heilbroner dijo que «dar forma al futuro estará más cerca de una posibilidad imaginable en el mañana que en cualquier época histórica»[4]. Dar forma al futuro tiene que partir de la reflexión histórica sobre el presente.

La disposición única que parece poder permitirnos historiar nuestro tiempo es, a nuestro juicio, la que parte del supuesto de que la historia del presente, de cualquier presente, ha de reflejar sustancialmente la realidad de la cultura que crea y conforma cada momento. Todo esfuerzo por construir una disciplina de la historia del presente y, lo que es más, todo intento de escribir la historia de nuestro propio presente —como actividad que da sentido a tal práctica— en cada situación histórica no puede descansar sino en

el presupuesto de que el resultado de la historia es siempre, absolutamente, cultura. Por ello mismo, la historia del presente será siempre una historia de nuestra cultura. Pero al decir esto estamos muy lejos de pretender sencillamente adscribirnos a una determinada corriente de la práctica historiográfica de hoy, aunque hayamos de contar con ella, y de pretender que la historia del presente sea equivalente a una versión más de una historia cultural o sociocultural, en el sentido sobre todo de ciertas posiciones muy identificadas con la versión historiográfica del posmodernismo.

El problema en este caso reside en otro lugar: el del acotamiento suficiente y eficaz de lo que representa la cultura como clave para la definición de una situación histórica. De hecho, son experiencias humanas diversas las que cristalizan en nuestra memoria histórica para engendrar siempre una concepción de la cultura como comportamiento específico de un tiempo. En la creación de una cultura específica confluyen todas las experiencias desde la producción material hasta la elaboración de simbolismos. En consecuencia, una historia orientada hacia las formas culturales del presente ha de dar cuenta de experiencias que integran en sí desde la percepción de los problemas más universales de nuestro mundo —el orden internacional, la comunicación, el globalismo— hasta las más particulares reacciones que obedecen a la percepción de él como más global y más despersonalizado —los particularismos, las identidades, las concepciones éticas y los desequilibrios sociales.

La cultura se convierte así en el instrumento imprescindible para entendernos a nosotros mismos. La cultura y, obviamente, su variabilidad misma, es el sustrato mediante el que podemos entender la relación intergeneracional, aquello por lo que podemos hablar de experiencias separadas que conforman historias comunes. Es a través de la creación de pautas culturales y de su análisis que podemos hablar de consensos y conflictos, de conciencia histórica, de comprensión del presente. La historia del presente no es una más entre las historias políticas, económicas o culturales. Es, más bien, el entendimiento de nuestra historicidad como productora de una determinada cultura. Es una historia, pues, global y relativa, particular y universal, llamada a permanecer tanto como a ser superada. Y es que el presente mismo, como ha señalado Agnes Heller y hemos referido ya, es una estructura cultural y como tal engloba en sí misma las diversas instancias de la actividad social y se diferencia asimismo del tiempo físico. La historia del presente no puede ser sino un desvelamiento de identidades de quienes escriben su historia vivida. La identidad de los individuos y sus problemas tienen que ser necesariamente transcritos hasta el nivel de la identidad colectiva que la historia del presente ha de registrar como producto historiográfico. La construcción del historia-

dor surge en este caso de su propia experiencia, pero no será realmente historia si no alcanza un nivel intersubjetivo, si no es enteramente objetivable.

En estas condiciones, mediante un propósito que no puede ser sino cauteloso y pautado, pero también tenaz, la historia del presente habrá de basarse, primero, en reconocer y objetivar los avatares que vivimos en el día a día desde el presupuesto de que siempre conforman una «experiencia histórica» en la cual no existen jerarquías ni precedencias de relevancia; en el abordaje, después, del significado o el sentido de la agencia humana desde el interior de una tradición, porque ningún acto humano es primero «presente» y luego «historia», sino que es histórico en su raíz y totalidad; en el convencimiento, en fin, de que la humanidad ha llegado a un estado en el que los actores mismos poseen una nueva sensibilidad histórica producto de un inmenso cambio, de que existe una nueva percepción de lo histórico a todos los niveles sociales y ámbitos del pensamiento y reflexión crítica sobre la sociedad.

Escribir la historia de nuestro tiempo no es meramente describirlo, sino convertirlo en un contenido cultural, objetivarlo. Hay que entrar en su entraña y ver de dónde venimos y adónde vamos; es análisis y formalización crítica y en modo alguno la «descripción de lo ocurrido». Y es preciso rechazar una historia que algunos no conciben sino como mero «puntillismo» narrativo, mera superficie de un objeto de mucho más espesor. La historia de nuestro tiempo es un empeño que va mucho más allá de la mera crónica, del periodismo, pero que se queda más acá del diseño de proyectos de futuro. Por esto, la historia del presente no puede, en este ni en otro momento alguno, establecer un diagnóstico o una profecía del futuro, aunque sí puede ofrecer, por supuesto, una prospectiva, como la ofrecen todas las ciencias sociales, lo que no significa otra cosa que un cálculo enteramente hipotético de perspectivas, de ese horizonte de expectativas que podemos abrigar a la luz del estado presente del mundo.

1989: «matriz histórica» de nuestro tiempo

De una u otra manera, el tiempo histórico vivido nos aparece siempre con unos límites temporales, reales o imaginados, simbolizados o no por una fecha, marcados de forma subjetiva por quienes los viven o impuestos por realidades objetivas, colectivas, que desbordan a los individuos particulares. Todo presente histórico tiene ineludiblemente esa fecha de referencia, colocada a veces como icono por quienes viven el presente en cuestión. En todo caso, una fecha que actúa como una solución de continuidad no suele ser en sí misma más que un símbolo, pero al ser asumida como «origen» da un significado nuevo a un tiempo vivido. Es en ese sentido en el que cabe decir

que todo tiempo histórico definible surge de una *matriz*, por emplear una expresión que ya conocemos, de un *acontecimiento monstruo* del que nacen los caracteres esenciales de toda una época, o cabe decir también que ese tiempo parte de un *momento axial*, un punto sobre el que se construye un cierto modelo de inteligibilidad. Son estas matrices o momentos los que ayudan a la autoconciencia de la coetaneidad y, precisamente, los que definen la posibilidad histórica de cada presente, si bien la matriz no se confunde con el acontecimiento, sino que es más bien el nuevo marco en el que la Historia es explicada y que surge del propio acontecimiento.

Partimos hoy de la convicción de que vivimos un presente adecuadamente definible, pero es preciso detenerse primero en su encuadre y precedentes. La diferenciación entre el mundo de nuestra coetaneidad, que entendemos «nuevo», y las realidades históricas que le precedieron y lo han hecho posible nos conduce a una nueva interrogación: ¿cuál sería la matriz histórica, en la que puede decirse que se ha forjado nuestro propio tiempo histórico?; ¿en qué condiciones y bajo qué precedentes se ha producido una situación histórica con la que podemos identificarnos? La idea de matriz de un determinado tiempo histórico ha subyacido en toda la empresa que llevó a la concepción, que ya hemos analizado, de esa nueva historia del presente. Sin duda, se trata de un concepto ligado también al de «espacio de inteligibilidad» histórica sobre el que ha de basarse cualquier definición de «época» histórica.

Si es una tarea difícil definir dentro de cada situación histórica vivida cuáles son los fundamentos y los trazos que hacen inteligible lo que en cada momento se percibe como *nuestro* tiempo, no lo es menos la de determinar el origen de ellos y su punto de partida como nueva situación. Pero es inexcusable intentarlo si se quiere fundamentar lo que se entiende por historia de nuestro presente. El alcance de la definición de un tiempo propio, siempre nuevo, está mediatizado por la percepción personal, subjetiva siempre, de las gentes mismas, pero puede remitirse después a ciertas consideraciones objetivas. Existen acontecimientos, corrientes, perspectivas, percepciones del cambio que pueden perfilar un tiempo histórico distinguible del anterior y abierto al futuro.

Intentemos, pues, encontrar esa perspectiva posible. El acontecimiento crucial del siglo XX fue, no parece dudoso, el gran conflicto bélico que se extendió por el mundo entre 1939 y 1945 que, por lo demás, podría ser visto como la culminación de una época previa de convulsiones. El siglo que ha concluido ha tenido unas coordenadas históricas que, en lo esencial, como movimiento histórico de fondo, podríamos situarlas en un hecho determinante que explicaría la trascendencia de ese tiempo: la denodada lucha desencadenada en sus décadas centrales entre grandes ideologías, concepciones e intereses estratégicos a largo plazo en las que se inspiró la formación de bloques de Estados para

imponer su hegemonía a escala mundial. Una lucha de ese género fue indudablemente la entablada entre el capitalismo liberal de estirpe decimonónica y el socialismo estatalista madurado en el propio siglo XX. El fascismo, opción derrotada como alternativa en la guerra de 1939-1945, podría considerarse, en alguna manera, como una variante de esa gran dicotomía principal (el fascismo es un híbrido que acepta el capitalismo y rechaza la lucha de clases y que propugna el estado totalitario antiliberal como forma política exclusiva). En cualquier caso, la lucha se desarrolló entre tres polos y en función de diversas y cambiantes alianzas.

Partido en dos por una «era de catástrofes», ese corto siglo XX histórico, entre 1914 y 1991, se ha desenvuelto a modo de un gran tránsito o, alternativamente, como una progresiva ruptura, entre el mundo histórico que crearon las grandes revoluciones contemporáneas que comenzaron a fines del siglo XVIII (incluida la revolución industrial) y este otro mundo de las «terceras revoluciones» con que empieza el XXI[5]. En la perspectiva con que hoy podemos analizarlo, el siglo XX ha representado la resolución de la época histórica abierta por la contemporaneidad y la apertura de una historia nueva, poscontemporánea, en cuyos umbrales parecemos encontrarnos. Ha sido en la segunda mitad de ese siglo, concretamente a partir de 1945, cuando se aceleraron las tendencias que llevarían a este tránsito o ruptura con los que ha culminado la contemporaneidad que conocemos hoy.

Desde que se abrió la segunda posguerra del siglo, y a medida que se fue materializando la situación de «Guerra Fría», se sucedieron dos grandes etapas, separadas por sendas coyunturas históricas de ruptura, hasta alcanzar el momento preciso de nuestra coetaneidad. La primera de tales etapas fue la de la reconstrucción de la Europa devastada por la guerra, al tiempo que se gestaba y luego se consolidaba un sistema bipolar en las relaciones internacionales como consecuencia de la derrota en el campo de batalla de los fascismos en sus diversas variantes mundiales y de la disidencia imparable entre los vencedores[6] que sustentaban irreconciliables visiones del mundo. Un nuevo orden, el último, hasta el momento, de los grandes órdenes políticos internacionales que podemos observar en escala histórica, empezó a perfilarse a partir de 1947 aproximadamente. La división del mundo en dos grandes polos caracterizados por pretender proyectos sociopolíticos globales enfrentados —capitalismo y socialismo—, encabezados por dos grandes potencias, EE.UU. y la Unión Soviética, coincidió, por lo demás, con acontecimientos de enorme importancia histórica: un crecimiento económico sin precedentes pero altamente diferenciado, la independencia de las antiguas colonias, el desarrollo de un proyecto de unidad de Europa, la aparición de la amenaza nuclear generalizada o la salida de artefactos tecnológicos y del propio hombre al

espacio exterior a la Tierra, etc. De la misma forma, las culturas de posguerra tuvieron su propia peculiaridad, combativa y dubitativa, en un mundo recorrido por luchas ideológicas y cuestionamientos morales[7]. Los tiempos de la posguerra, de la reconstrucción, desde el plano de la civilización material y su progreso, puede decirse que fueron una época dorada.

1968: la primera ruptura

Pero, transcurridas poco más de dos décadas tras el comienzo de la construcción de ese mundo de posguerra, el modelo y el ciclo de crecimiento económico y de brillantez cultural que llevaron a mediados del siglo XX a una expansión desconocida antes dieron sus primeras muestras de agotamiento y se presentaron los «primeros síntomas de malestar»[8]. La coyuntura de los años sesenta representó una profunda, e irreversible, como veremos, primera ruptura, de las dos que hemos señalado, estuvo cargada de acontecimientos de gran trascendencia e hizo entrar en una nueva fase al mundo de posguerra. En la década de los sesenta se produjeron hechos de tanta trascendencia como los procesos de descolonización, la consolidación del bloque de los «países no alineados» y la manifestación de un «Tercer Mundo», la expansión máxima del capitalismo occidental en su modelo de posguerra y la llegada de la URSS a su mayor potencialidad. Pero se produjeron también acontecimientos más puntuales no menos significativos.

El año 1968 ha quedado como símbolo de una profunda reorientación de las realidades mundiales, aunque lo fundamental del «sistema» no cambiase. Los acontecimientos de todo orden de aquel año acabaron provocando una primera gran quiebra desde 1945, es decir, del orden construido desde veinte años antes y que había sido la gran obra de la generación de la Guerra Mundial. «Mayo de 1968» representa un punto culminante como bisagra del comienzo de una crisis social, política e ideológica que recorrería prácticamente el mundo occidental en su totalidad, pero cuyas manifestaciones y efectos fueron más amplios[9] y cuyas derivaciones se han hecho ya notar en el nuevo gran cambio de la década de 1990. No sería desatinado decir que en 1968 se dio una nueva «primavera de los pueblos» que tenía ciertas resonancias de las revoluciones de 1848.

1968 o «Mayo del 68», o, en fin, las «revoluciones de 1968», tienen en su trasfondo histórico, en primer lugar, un importante cambio generacional. Como dijeron los protagonistas de las «rebeliones de los *campuses*», en Estados Unidos, las grandes protestas estudiantiles, ellos eran los *babyboomers*, los nacidos en el gran *boom* demográfico de la posguerra. Los líderes de los

movimientos de protesta en la calle eran jóvenes nacidos en la posguerra, lo que representaba el relevo de la generación de la guerra por sus hijos[10]. A las protestas estudiantiles se sumaron las revueltas obreras, sin que la izquierda establecida aceptara protagonizar el movimiento[11]. En España fueron los años de la llegada a la vida pública de los jóvenes que ya no habían vivido la guerra civil, de «los hijos de la guerra». Aunque el epicentro de las alteraciones del año 1968 se ubicó tanto en América como en Europa, el mundo socialista no quedó tampoco fuera de las repercusiones del cambio. Si en Occidente el símbolo podía ser las revueltas de mayo en París, en el bloque socialista la morfología y sentido de la crisis la representa arquetípicamente la «Primavera de Praga», en este mismo año de 1968, la más importante rebelión contra el sistema en la órbita de los países del socialismo real y la que más consecuencias tuvo para el futuro de ese sistema a pesar de su derrota[12].

Los años sesenta vivieron en su primera parte una brillante situación económica pero se fueron ensombreciendo por los conflictos sociales y políticos. En EE.UU., al asesinato del presidente Kennedy le sucedieron la intervención definitiva del país en la guerra de Vietnam, las grandes revueltas raciales y estudiantiles y los asesinatos, en 1968, justamente, de relevantes personalidades como Martin L. King, el líder negro, y Robert Kennedy, candidato a la presidencia del país. Como dijo el historiador Arthur Schlesinger Jr., América estaba al borde de una «crisis de confianza». Los años que siguieron fueron, evidentemente, de crisis. En Europa, la tensión estuvo concentrada en Francia, donde se sucedieron revueltas estudiantiles, huelgas obreras y, por fin, el problema político que acabó con el poder del general Charles de Gaulle al año siguiente. El año 1968 fue el arquetípico de esa «revolución inencontrable» de la que habló Raymond Aron. En la segunda mitad de los sesenta se produjeron otros encadenamientos de sucesos que denotaban la apertura de una crisis: la guerra de Vietnam, la aceleración del proceso descolonizador, la creación del movimiento de los no alineados y otros más.

No menos importantes, sino probablemente más, fueron las repercusiones ideológicas, intelectuales, políticas y morales de la crisis del 68. Si en el terreno del orden político las revoluciones no tuvieron efecto directo, la crisis de conciencia fue lo suficientemente importante para que se abriera, ciertamente, una época nueva[13]. Los movimientos del 68 hicieron nacer una «contracultura» cuyos rasgos fundamentales han perdurado hasta hoy. La crisis intelectual, el rechazo del conformismo con las convicciones del mundo de posguerra, abrió perspectivas de combate, significó un cambio en los fundamentos del pensamiento científico-social, con el arranque de corrientes como la posmodernista y produjo la primera crisis seria en el pensamiento marxista en Occidente. Los comportamientos sociales se vieron afectados, igualmente,

por la rebeldía frente a viejos convencionalismos, por la discusión de un poder anquilosado y por la reclamación de una nueva libertad.

Se abrió, en suma, una nueva coyuntura en la visión del pasado, en ambos polos, el capitalista y el socialista. La crisis ideológica del 68 no fue, en todo caso, sino el comienzo de una más amplia deriva hacia el cambio, de forma que podría hablarse, como se ha hecho, de una coyuntura de crisis que se extendería, al menos, entre 1968 y 1973 y que culminaría, pues, al comienzo de la década de los setenta con el derrumbe, o al menos la reconversión, de todo el proceso de crecimiento sostenido de los veinte años anteriores. La crisis que empezó siendo tanto ideológica como social enlazaría pronto, en efecto, con la primera gran quiebra de esa época dorada de prosperidad, que suele situarse normalmente entre 1945 y 1973, a la que se ha llamado la de los «treinta gloriosos» años y que tuvo su manifestación decisiva en la crisis económica que se desarrolla a partir de 1973[14].

«Los sesenta y ocho», en Europa y América del Norte especialmente, representaron una rebelión generacional en regla frente al mundo forjado por los vencedores de la Guerra Mundial, mundo próspero encerrado en el conservadurismo. En Mayo del 68 destacaron los movimientos juveniles, de raíz universitaria, con mentores espirituales e intelectuales como Jean-Paul Sartre, en Francia, o Herbert Marcuse en EE.UU. (a quien se considera inspirador intelectual de los movimientos). El «sesentayochismo» es, probablemente, uno de los mejores ejemplos contemporáneos de una auténtica revolución incruenta —aunque de claros efectos políticos— producto de la insatisfacción generacional frente a una situación excesivamente marcada por un hecho clave, en este caso la guerra general y sin precedentes en la que se vio envuelta la generación anterior.

Tras la crisis del 68 y la quiebra socioeconómica que enlazó con ella a continuación, se abrieron «décadas de incertidumbre», las de los años setenta y ochenta del siglo, que desembocaron finalmente en una última coyuntura que esta vez podemos considerar históricamente como el precedente real que marca, sin duda, el umbral ya de nuestro mismo tiempo. Los años setenta y ochenta fueron de crisis y recomposición del mundo de posguerra. El capitalismo liberal entró en la fase que un teórico marxista llamó del «capitalismo tardío»[15] y se vio abocado a una profunda reconversión organizativa y tecnológica, mientras los nuevos pueblos y estados de reciente descolonización veían aumentar sus dificultades como un «tercer mundo» entre capitalismo y socialismo.

En muchos aspectos, las décadas de los setenta y los ochenta vivieron bajo las profundas consecuencias de la coyuntura crítica de 1968-1973. La resolución de esta época de incertidumbres en un mundo dualista que presentaba

ya claros síntomas también de reacomodación a nuevas circunstancias y de recomposición tiene asimismo su nuevo «momento axial», tiene su símbolo no menos potente que el de Mayo del 68: noviembre de 1989, la «caída del muro de Berlín». Un muro, construido casi una treintena de años antes (1961), que separaba férreamente una ciudad dividida entre dos sistemas políticos y que no podía ser un símbolo más sangrante de la división real del mundo entre dos concepciones incompatibles. Por ello, «la caída» se convertiría en la fecha de enorme carga histórica y simbólica también de la liquidación del mundo bipolar existente durante casi cincuenta años, al producirse la crisis y progresiva disolución de una de las grandes potencias hegemónicas, la URSS, al tiempo que el momento de no retorno del desmantelamiento del «socialismo real» y el comienzo de acelerados procesos en los países ligados a él en Europa y Asia que habían constituido el bloque liderado por la gran potencia socialista[16].

El momento axial de nuestro tiempo: 1989-1991

¿Qué significado histórico tienen realmente el conjunto de los acontecimientos sucedidos en esos años cruciales que van de 1989 a 1991? Más de una vez se ha pretendido destacar su carácter de una nueva «revolución en Europa» que habría cambiado, entre otras muchas cosas, el orden social y político en muchos países, el orden internacional, y que también habría desarrollado la conciencia de la apertura de un nuevo mundo. Tal vez lo que en 1789 fue la toma de la Bastilla, en París, como símbolo de un cambio de época, cupiera ahora atribuirlo a la caída del muro de Berlín en 1989, dos siglos después. Pero esta segunda vez se trataba de un hecho histórico de consecuencias mundiales inmediatas, lo que lo diferenciaría del de doscientos años antes. Si los movimientos del 68 no tuvieron efectos de gran alcance sobre la situación misma del sistema de las democracias liberales y menos sobre el orden internacional bipolar, los movimientos de 1989 representaron una definitiva ruptura con alcance mundial. Por ello podemos decir que abren realmente una «nueva época».

En efecto, en 1989 ocurrieron acontecimientos que modificaron la visión del mundo y la propia situación vital de una generación nueva. En aquel año propiamente, bicentenario de la gran revolución de 1789, setenta años después de la segunda gran revolución, la soviética de 1917, lo simbólico superó a lo fáctico. La caída del muro era más un síntoma que un corte. Su primer sentido podía confundirse, en principio, con el regreso a un estado histórico anterior, a una vieja Europa. Sencillamente, la desaparición de las consecuencias más visibles de una conmoción histórica de la envergadura de la revolu-

ción soviética en la Rusia de 1917 y el imperio que llegó a construirse sobre ella. El máximo dirigente de la URSS en aquel momento, Mijail Gorbachov, imponía medidas que significaban un espectacular cambio de rumbo. De ello se derivaría ese hecho simbólico a escala internacional, como la toma de la Bastilla en París o el asalto al Palacio de Invierno en Petrogrado: la caída o derribo del muro de Berlín.

Lo trascendente fue, más que otra cosa, el proceso de fondo del que 1989 era un testigo. Parecía, pues, desencadenarse un salto histórico cualitativo, que no dejó, ahora tampoco, de compararse con aquella «primavera de los pueblos» que recorrió Europa ciento cincuenta años antes, la de las revoluciones de 1848. Sucedió también la no menos simbólica matanza de la plaza de Tiananmen en Pekín sufrida por una población que pedía libertades. Todo el entorno de países de «socialismo real» que rodeaban a la Unión Soviética en Europa y muchos de que los habían formado la propia Unión emprendían caminos particulares de abandono del sistema socialista. Poco después se producía la Guerra del Golfo y daba comienzo la singular nueva guerra de los Balkanes. Se producirían inmensos cambios de orden interno en muchos países, pero, además, y sobre todo, un cambio fundamental en la propia estructura del orden internacional y en la posición de las grandes concepciones ideológicas enfrentadas. Y esto era lo que de momento importaba.

Aunque nos detendremos más adelante en la morfología concreta de este multipolar fenómeno que abre y cualifica nuestro presente, adelantemos ahora que la caída del comunismo en Europa acarreó, primero, el desconcierto propio ante un fenómeno en modo alguno esperado o no esperado con desarrollo tan súbito y con tanta aparente facilidad. Después, las dudas sobre los objetivos reales, efectividad y resultados del proceso. En Occidente, la información que se manejó a lo largo de aquellos años no destacó precisamente por su exactitud. En cualquier caso, en los medios intelectuales de Occidente se fue abriendo paso la denominación de *revolución* para los vertiginosos sucesos que se iban desencadenando en la mayor parte de los países socialistas. F. Fukuyama, justamente, parece ser el primero que ya en 1989 llamara revolución a lo ocurrido en la URSS, puesto que, según él, desde la llegada de Gorbachov al poder se produjo «un asalto revolucionario a las instituciones y principios más fundamentales del estalinismo»[17]. La amplia andanada de réplicas y exégesis que merecieron las más bien pintorescas posiciones de Fukuyama han mantenido su presencia y eco hasta ahora[18].

Más bien parecía que el nuevo tiempo tendía a comenzar con un intento de restauración: la del antiguo sistema capitalista. Pero ello no podía decirse de todos los países donde esos hechos cruciales estaban ocurriendo, puesto que nunca habían conocido antes un capitalismo desarrollado. Las revolucio-

nes clásicas alumbraban mundos nuevos, inéditos. La caída de los regímenes comunistas en la forma que se produjo, que era algo bien distinto, sin duda, a lo que había en los propósitos de los reformadores liderados por Gorbachov, representaba, por lo general, el intento deliberado de regresar al *statu quo ante*. Sin embargo, el hecho era que su trascendencia equivalía al advenimiento de una situación completamente nueva.

Desde luego, con la crisis final de los años ochenta, cuando se produjo la gran conmoción en el ámbito de los socialismos reales, se vivió un momento de expectación y de esperanza. Afloró entonces, de manera nítida, la percepción de que algo cambiaba profundamente también en el panorama internacional. El hecho de que los acontecimientos de 1989 y los años inmediatos posteriores en una parte importante de la geografía del mundo socialista produjeran expectación y controversia mundial facilita un excelente punto de partida para una visión en perspectiva de la década de los noventa, lo que refuerza la idea, al mismo tiempo, de que los antecedentes de nuestro tiempo quedan jalonados por tres hitos decisivos, 1945, 1968 y 1989. Podría decirse que, en alguna manera, al «sesentayochismo» sucedió un «ochentaynovismo», pues la influencia intelectual y política de esta nueva coyuntura no fue menor que la anterior veinte años antes. Los grandes acontecimientos políticos de aquellos años funcionaron como un aldabonazo a escala mundial que ponía fin al mundo de la posguerra de manera definitiva. Acontecimientos de otros muchos órdenes —económicos, sociales, culturales— habían anunciado y tendrían un protagonismo esencial en este decisivo cambio.

¿Podría ser explicado nuestro tiempo, por tanto, desde las mismas coordenadas históricas que caracterizaron el «corto siglo XX», lo que obligaría a aplicarlas a una historia mundial marcada por hechos nuevos, como el poscomunismo, el neoliberalismo, la posguerra fría, la digitalización, la globalización y el «orden del desorden internacional»? La respuesta parece ahora más fácil. Para la generación activa que vive actualmente el tránsito entre los siglos XX y XXI, parece indudable que el momento simbólico del cambio de época, el momento axial en el que comienza un mundo distinto a escala planetaria, está claramente situado en el tránsito, en la extraordinaria coyuntura que se produjo entre los años ochenta y noventa del pasado siglo. La generación activa en nuestro tiempo tuvo su socialización histórica primaria en las décadas de los setenta y los ochenta, cuando el mundo de la segunda posguerra mundial entraba en una nueva fase y el de capitalismo tardío era un concepto que expresaba bien la situación económico-social y estratégica que parecían ir imponiéndose.

La *matriz* de nuestro tiempo histórico, el comienzo de la verdadera «historia del mundo actual» no se encuentra ya, en modo alguno, en las condi-

ciones del mundo de la posguerra que arranca de 1945, con su inequívoca trascendencia, sino, precisamente, en la definitiva *desaparición* de tales condiciones al comenzar la década de los años noventa. Ha ido imponiéndose una conciencia cada vez más clara de que las condiciones planetarias han entrado en una fase nueva a través de esas llamadas *revoluciones* de 1989-1991, que significaron el fin de la Guerra Fría, el hundimiento de todo el largo sistema de la posguerra y la expansión de cambios económicos, tecnológicos, políticos y sociales y, en consecuencia, culturales, de inmenso alcance hoy en pleno desarrollo. Como todo gran cambio de época, el final del «corto siglo XX» se produjó mediante un proceso imposible de remitir a una fecha simbólica, y que, desde luego, ni siquiera es bien expresado por la rotulación «revoluciones de 1989-1991».

Se trata de la aparición de un conjunto de fuerzas históricas nuevas que representan el fin de algunas de las grandes certezas, también de buena parte de las principales creencias o ilusiones que habían iluminado la época contemporánea. Nuestro tiempo no es ya explicable desde ninguna matriz definidora de una época anterior aunque ésta fuese de la magnitud de un suceso como la II Guerra Mundial. El orden alumbrado por la resolución de aquel conflicto ha quedado derruido desde 1989-1991, y lo sucedido desde entonces ha confirmado la no vigencia de sus fundamentos. La sustitución de un orden por otro tal vez no se ha hecho de forma «revolucionaria», sino que conviene no perder de vista que el mundo de la segunda posguerra mundial y de la Guerra Fría comenzó a experimentar cambios sustanciales desde finales de la década de los sesenta y en toda la de los setenta, como hemos visto. Son los acontecimientos propiamente políticos los que han determinado una ruptura brusca. Otros procesos más de fondo tienen un origen anterior a esa misma coyuntura.

La historiografía actual ha percibido cada vez más nítidamente la importancia de esa ruptura de comienzos de la década de los años noventa del siglo XX. Aunque con poco rigor en la expresión, se ha afirmado un convencimiento cierto y común: «la caída de los regímenes comunistas en Europa, entre 1989 y 1991, ha proporcionado a los historiadores un nuevo hito cronológico para trazar la frontera entre la historia y el presente»[19]. No entre «historia y presente», diríamos, sino entre dos historias diferentes. Sobre la misma asunción de que en 1989 empieza el presente ha podido construirse alguna singular visión de lo ocurrido desde entonces en Europa[20].

Las historias «convencionales» del siglo XX producidas hasta ahora fijan, por lo general, ese momento como indudable final de un gran ciclo histórico. Y ese convencimiento no es hoy ya solamente historiográfico, sino que participan de él todos los análisis sociales y ensayísticos vertidos sobre la

época producidos desde entonces. No pocas veces se ha destacado también que entre la Revolución Rusa de 1917 y la caída del imperio soviético en 1991 han transcurrido tres cuartos de siglo que es imposible no ver como un ciclo histórico con su propia inteligibilidad, de enorme importancia para la humanidad, que ha desembocado en los albores del siglo XXI en un mundo distinto.

No obstante, y conviene también insistir en ello, los jalones cronológicos a los que nos hemos referido no deben ser vistos en sí mismos más que como eso mismo, jalones y referencias que ayudan a situar los hechos. No todos los grandes procesos que marcan el advenimiento de lo tenemos por un mundo nuevo pueden ser analizados con esa precisión de fechas simbólicas. Se han sucedido varias generaciones cuyas vicisitudes interesan a nuestro presente. 1945, 1968 y 1989 son tres fechas simbólicas —el historiador no puede prescindir de las fechas ni de sus simbolismos— de significado distinto, pero todas ellas cargadas de consecuencias decisivas. La última de ellas marca claramente con sus acontecimientos la situación mundial misma en la que vivimos hoy, por más que no hayan dejado de suceder desde entonces acontecimientos de enorme significación y, desde luego, gravedad, por sus consecuencias para el futuro. Es el mundo al que cada vez con más frecuencia se denomina, por inspiración estadounidense principalmente, de la «posguerra fría»[21].

La significación general de los cambios que parecen alumbrar este mundo nuevo es, no cabe duda, compleja y sus consecuencias inmediatas, en nuestra propia experiencia, no pueden calificarse sino de ambiguas. La generación activa actualmente es la que tiene como conciencia básica de sus vivencias la desaparición de un mundo marcado por un largo enfrentamiento dualista, lo que produjo el indudable optimismo de los primeros noventa, y también el acelerado cambio de las condiciones tecnológicas y sociales que han influido decisivamente en las condiciones de vida[22], aunque el fenómeno se concentre de hecho en las sociedades avanzadas, lo que quiere decir que entre esas vivencias se encuentra igualmente el escepticismo sobre la posibilidad y perspectivas de un mundo más equilibrado y armonioso. La «generación de los noventa», o de la «caída del muro», es la vigente en los primeros años del siglo XXI. Los hombres del sesentayochismo —de la «transición», en España— han visto acelerarse el final de su protagonismo en esa década final del siglo. Los años noventa han sido el último momento de su capacidad decisiva.

En los años noventa, tras la crisis de 1989-1991, puede observarse cómo muchas de las grandes ideas clásicas de la cultura del siglo XX y muchas de sus realizaciones culturales y sociales, han agotado su virtualidad o están en camino de hacerlo, según iremos viendo más adelante. En los orígenes de este gran cambio se habló, como hemos señalado, del «fin de la historia», de una nueva

revolución, del triunfo definitivo del sistema «natural» del capitalismo liberal, del advenimiento de una nueva era sin potencias enfrentadas. Muchas ideas, además, que afectan a la consideración misma de la historia y la naturaleza de la sociedad, a las que Charles Tilly llamó los «postulados perniciosos» heredados del siglo XIX, han ido abandonándose[23]. Las consecuencias de los grandes conflictos bélicos del siglo aparecían ya perfectamente superadas, mientras emergían nuevos tipos de conflicto y de actitudes ante ellos.

El mundo de hoy es incuestionablemente distinto del que forjaron y vivieron los herederos de la gran Guerra Mundial de mediados del siglo XX. La inteligibilidad histórica del momento presente no parece posible fijarla ya según esa matriz histórica que se forjó en aquel tremendo acontecimiento. Las condiciones del mundo que aquella contienda, donde se jugaron el destino las democracias liberales capitalistas, el fascismo y el socialismo, introdujo han variado sustancialmente al desaparecer como gran opción estratégica el socialismo «real» que frente al capitalismo liberal constituyó uno de los polos del sistema bipolar de la posguerra. Esa matriz histórica que ha servido de eje para la interpretación de la historia universal en la segunda mitad del siglo XX no explica hoy ya las realidades del mundo en que vivimos. Nuestra propia historia se refiere, con unos u otros matices, a un nuevo marco cronológico de contexto, es decir, el aparecido después de esos metafóricos treinta años gloriosos de desarrollo y cambio posteriores a 1945 y las casi dos décadas de «incertidumbres» posteriores, en las que realmente se gestó nuestro presente, sin duda no menos incierto.

El siglo XX avanzó como un tiempo difícil, equívoco y contradictorio, siendo los juicios históricos y morales que se han vertido sobre él abrumadoramente negativos. Para muchos ha sido un nuevo siglo de barbarie, pero se trata de un juicio precipitado e injusto. La conciencia de que el mundo volvía a sumirse en una crisis se fue desarrollando desde treinta años antes de su final cronológico. Hobsbawm hacía notar en 1993 que los pasados treinta o cuarenta años habían sido los más revolucionarios en toda la historia conocida; nunca antes los hombres habían conocido un cambio tan profundo y sus vidas habían cambiado tan dramática y extraordinariamente como en este breve periodo. Las generaciones futuras difícilmente podrían hacerse una idea de ello. Tal vez, sin embargo, la conciencia de lo nuevo que apareció en 1989 era menos nítida que la que se alumbró en 1789, pero sí era suficiente para hacer notar que ya no éramos «contemporáneos» en sentido histórico pleno de aquellos hombres que vivieron las revoluciones que alumbraron «lo contemporáneo».

Es evidente que la coyuntura del final de la Guerra Fría nos ha aportado una nueva referencia, para la inteligibilidad de la historia mundial en la segunda mitad del siglo XX y también para orientar nuestra explicación de la

historia presente. Fue verdaderamente la II Guerra Mundial la que, a escala planetaria, introdujo la primera ruptura en la visión que unía solidariamente el nacimiento del mundo moderno industrial-capitalista con la estructura de los estados burocrático-nacionales y con la preeminencia del racionalismo y el liberalismo y, en fin, acabó con el proceso que había comenzado con la caída de las sociedades preliberales. No es extraño que esa cesura haya sido muy enfatizada y que se piense que de ella parten los procesos esenciales que nos llevan al presente. La modernidad del segundo siglo XX ha reproducido algunas de las características del mundo anterior, pero con tal fuerza que ha dado lugar al gran salto cualitativo. Así, la fuerte industrialización mundial a lo largo de los treinta gloriosos nos ha llevado al umbral del posindustrialismo, mientras la renovada función de los estados nacionales, por ejemplo, ha conducido a la expansión del supraestatalismo.

Aun con todo esto, es preciso reconocer que la desaparición de las principales connotaciones de ese viejo Mundo no se ha visto aún seguida por el alumbramiento de otro inequívocamente reconocible como nuevo. Todo va sucediendo como si todavía cada día cayera un elemento más de la gran cultura contemporánea, creara un nuevo problema y esperáramos nuevas soluciones. Las nuevas formas de dominio sobre la naturaleza, la genotecnología —más que biotecnología—, la informatización, la globalización, nos van señalando el camino al mundo nuevo que no acaba de instaurarse del todo. El XX ha sido llamado el «siglo de la contingencia»[24]. En efecto, la crisis más honda de nuestro propio tiempo proviene seguramente de la desaparición de las certezas del anterior y la inseguridad de poder sustituirlas por otras. Esto ha ocurrido en muchos momentos de la Historia y no contradice la certera visión de Marx de que ninguna época histórica desaparece enteramente hasta que no ha agotado todas sus potencialidades de desarrollo.

Cambio permanente y «crisis estable»

El mundo histórico actual parece estar determinado en su desenvolvimiento por un factor del que se derivan muchos de los rasgos y de las fuerzas que operan en él. Ese factor básico se encuentra en la naturaleza, la profundidad y, sobre todo, la velocidad, del *cambio* como ingrediente del escenario cotidiano de sociedades e individuos. Vivimos en unas sociedades donde el cambio, de mayor o menor profundidad pero siempre en intervalos de tiempo más cortos, se ha hecho aparentemente consustancial con la propia reproducción social. No sería inapropiado hablar, en consecuencia, de que nuestra historia se mueve en un cambio permanente. Precisamente, esa paradoja de la

«permanencia» del cambio es otro de los caracteres básicos de la historia presente. El cambio se ha convertido en una «constante», es siempre esperado, le da un determinado sentido a la sucesión de acontecimientos y ha alterado, sin duda, la percepción misma del tiempo sociohistórico.

No parece menos cierto tampoco que estamos ante una forma singular de cambio histórico particularizado por un determinado *tempo* o ritmo. El cambio es rápido: la viruela tardó tres milenios en extenderse por el mundo, el sida lo hizo en tres décadas, un virus informático de hoy lo hace en tres días[25]. Pero no es entrecortado, no es un cambio de rupturas globales, no pertenece, en líneas generales, al tipo de cambio histórico social cuyas características permitieron acuñar el concepto o la categoría transformadora que conocemos como revoluciones, factor clave en la edad contemporánea. El cambio, más bien, forma parte ahora de un determinado tipo de discurrir histórico que no ofrece rupturas puntuales y relampagueantes, al que preceden momentos preparatorios y siguen los de consolidación con una recurrencia sintomática. En definitiva, la percepción de este cambio se opera en buena parte por su permanencia en él, su distensión en el tiempo a la vez que su efectividad.

Pero, ¿de qué cambio histórico estamos hablando? El cambio social de hoy está estrechamente relacionado con las innovaciones tecnológicas, con la información y la comunicación «en tiempo real», la rápida transmisión de las ideas, con las nuevas condiciones del llamado «capitalismo flexible». Campos tecnológicos nuevos, como el de la informática y toda la industria relacionada con ella, han ofrecido en los últimos veinte años un extraordinario ejemplo de innovación sistemática, pautada y progresiva que, en determinados momentos, ha tenido, incluso, dificultades para ser asimilada por el sector productivo al mismo ritmo que se producía. El cambio se caracteriza por su selectividad. Su impacto tiene efectos muy distintos según sectores de actividad, instituciones, estructura organizativa y, más aún, según los espacios geográficos, económicos y de civilización. La innovación empresarial en la economía es constante, en la política difícilmente se muestran sus efectos. El cambio científico tecnológico y, como consecuencia de ello, el económico y el social, han sido los más presentes y operativos aunque limitados a las sociedades más avanzadas. Los cambios culturales lo han sido también. Pero la política, la adaptación a nuevas relaciones laborales, la Administración estatal, por ejemplo, lo han sido mucho menos. En definitiva, el cambio, y esto es lo más importante, se ha instalado social y culturalmente como una de las connotaciones distintivas de nuestra época.

Estas características advenidas del cambio sociohistórico son las que han fundamentado la afirmación de que la progresiva entrada de las relaciones

sociales en una nueva etapa, en el último cuarto del siglo XX, se ha percibido bajo la imagen muy presente de una *crisis*, una observación que permitió a A. Giddens hablar, al comenzar la década de los noventa, de la existencia en nuestro tiempo de una crisis estable: «se aplica de modo particular la palabra crisis no como una mera irrupción sino como un estado de cosas más o menos continuo»[26]. Es la analogía con esta apreciación la que permite hablar de un cambio estable, permanente y, en algunos casos (la innovación industrial, por ejemplo), programado. La innovación es una de las garantías de permanencia en el mercado y de la continuidad de los procesos, puede regularse y hacerse modular —puede convivir con zonas de estabilidad completa, de no-cambio—; pero, a veces, aparecen fenómenos de discontinuidad, con retrocesos, con estancamientos, pero sin detención visible.

Si bien esa visión de la crisis a la que hemos aludido procede de la observación de lo que ocurre en el mundo de la cultura y las pautas sociales, tiene la amplitud suficiente para permitir su extrapolación a otras muy diversas manifestaciones de la vida en nuestro tiempo, en la que se presentan evidencias y percepciones diversas de esa crisis. No es meramente la forma de crisis intelectual que parece acompañar las épocas de cambio rápido, o los «fines de siglo», sino que es la transcripción al mundo cultural y social de la perplejidad ante un cambio visible y constante que va de lo tecnológico y económico a las ideas filosóficas, atravesando la política y las formas de los gobiernos, la relación entre Estados y potencias y la generación de conflictos regionales casi continuamente. La interrelación entre todas las formas de novedad no siempre es manifiesta a primera vista. Por ello, este cambio se presenta en múltiples ocasiones con el ropaje de la inestabilidad que afecta igualmente a todos los sectores sometidos a ese movimiento continuo.

El cambio forma parte así de la experiencia de las generaciones actuales como componente sustancial de su trayectoria vital. Durante siglos de Historia, y este hecho no conviene obviarlo en modo alguno, el cambio ha sido excepcional en la vida de las comunidades. Las generaciones han podido transmitir a sus herederos el mismo mundo que recibieron. Durante largos periodos históricos, cosa más notable a medida que retrocedemos en el tiempo, hombres y generaciones enteras han nacido y muerto en un mundo en el que apenas había variaciones sustanciales, o en mundos que habían variado de forma casi imperceptible a impulsos de reacomodaciones graduales que no cambiaban la relación «ecológica» fundamental en el intercambio con su entorno[27]. Los periodos de estabilidad, en lo que sabemos, han sido mucho más «naturales» en la historia humana que los de convulsiones y cambio. A medida que avanzamos temporalmente en el análisis histórico la operatividad del cambio ha ido aumentando, una observación que resulta hasta

trivial: la Historia se acelera. En la edad contemporánea y más a medida que llegamos a nuestro presente mismo, el cambio acelerado se convierte en una constante. Las gentes nacidas en el último tercio del siglo XX lo han hecho en un mundo que ellas mismas han visto ya cambiar en muchos sentidos en su corta experiencia vital.

Indudablemente, ésta es una condición nueva y extraordinariamente importante para la conciencia histórica de hoy. El cambio perceptible y continuado a lo largo de la vida de una misma generación condiciona muchas de las actitudes vitales y no se encuentra ligado necesariamente al clásico cambio generacional. Las variaciones del entorno social y cultural son ahora, pues, más rápidas que el relevo de las generaciones. Los cambios históricos de verdadera ruptura a lo largo de la Historia se han producido de forma mucho más distanciada y su presencia venía a significar así, por lo general, la apertura de nuevas épocas. El cambio histórico ha dejado de tener ese carácter entrecortado. Los hombres cuya trayectoria social activa comenzó a desarrollarse en la segunda gran etapa de posguerra, es decir, desde 1968, han vivido una sucesión de incertidumbres, de transformaciones sin precedentes y con una nueva morfología de las formas mismas del cambio. Ello es igualmente una determinación sobreactuante en nuestro presente.

Las realidades globales más visibles del mundo actual arrancan en su mayor parte de procesos históricos de fondo que empezaron a manifestarse tempranamente en los años sesenta del siglo XX, momento de reestructuración decisiva, como ya hemos señalado, de las condiciones derivadas de la segunda posguerra mundial del siglo. Seguramente, los cambios más cargados de consecuencias futuras que la historia reciente ha experimentado se sucedieron en las décadas de los setenta y los ochenta. Muchas realidades nuevas y, sobre todo, una nueva mentalidad muy abierta al cambio y al futuro, muchas disposiciones intelectuales y científicas rupturistas, nacieron entonces. Pero la definitiva cristalización y productividad de muchos de esos cambios y la conversión de ellos en algo casi habitual, es cosa de los años noventa. Esa transformación se ha operado de forma dispareja pero constante y el hecho de que algunos de esos movimientos tuviesen un profundo calado explica que su convergencia haya potenciado el cambio global propio de finales del siglo XX.

La coyuntura histórica abierta en 1989 ha resultado, en todo caso, bien distinta de otras rupturas anteriores, como la de los años 1930, y su reelaboración cultural e intelectual ha quedado lejos también de visiones como las que presidieron la época de entreguerras (1919-1939) o la que siguió inmediatamente a la posguerra de 1945. Las percepciones de la década de 1990 han estado seguramente más cerca de las que se dieron en la explosión del final de los años

sesenta. No puede olvidarse que las «revoluciones del 89» fueron vistas con expectación y esperanza, bajo el signo de la previsible mejora de un mundo anteriormente cargado de tensiones. La visión fue, en principio, optimista, aunque una década después había dejado ya de serlo. Destaca, pues, una vez más, la rapidez del cambio. Por ello, esa realidad crítica y cambiante del nuevo tiempo dio nacimiento a una clara tendencia que ha empezado a entender lo histórico con distinta disposición y ha elaborado una historización particular de nuestro presente. Tal vez por la aceleración misma de los acontecimientos, la «demanda» de Historia se ha hecho más perceptible en esta época.

De hecho, las grandes conmociones han potenciado en todas las épocas el «consumo» de historia y también su producción. Un historiador centroeuropeo ha llamado la atención acerca del consumo renovado de Historia que ha supuesto el cambio drástico de los regímenes de Centroeuropa a la salida del socialismo. Se ha producido una intensa vuelta a las circunstancias anteriores[28]. Ésta es una de las notas de nuestro tiempo, aquejado de una continua crisis de identidad. Los tiempos de crisis han recorrido ampliamente este «corto siglo XX», pero sólo se han convertido en una premisa histórica a finales del siglo. Lo paradójico es, por tanto, la existencia de una crisis de los fundamentos culturales y sociales, con independencia de los marasmos políticos, de intensidad fluctuante pero de manifestaciones constantes. Los «sesentayocho» marcaron el inicio de una puesta en cuestión de la cultura, de duda y cambio permanentes, de crisis de las democracias y los socialismos «reales», crisis que han tenido después eclosiones poderosas, cuyo ejemplo es el «ochentaynueve» y que nos conducen, sin salir realmente de ese mundo en crisis, hacia un nuevo siglo que comienza igualmente de manera crítica. La época actual no tiene aún la rotulación distintiva que se acuña para periodos históricos. No posee ninguna apelación construida distinta de la de posguerra fría. En algún medio se ha creído que podría fijarse un final de tal posguerra a raíz de las repercusiones mundiales de los sucesos terroristas de 2001. Poco después, la constancia del cambio abre nuevas perspectivas: 2001 no parece ya sino un paso más en una trayectoria de inestabilidad creciente.

Queda aún por perfilar uno de los factores en los que hemos insistido previamente: el de la naturaleza crítica de la experiencia del presente. De hecho, la *modernidad* ha sido toda ella una experiencia crítica, o, dicho de otra manera, una forma de vivir la crisis. ¿Pero qué quiere decir exactamente *crisis* y en qué sentido no trivial y tópico podemos hablar de una crisis en el mundo de la posguerra fría? Se habla del nacimiento de la «sociedad del riesgo»[29], de un sentimiento generalizado de inestabilidad e inseguridad, de un mundo sin rumbo o desbocado[30], de una crisis de la política y de la moral, de la insatisfacción de las experiencias vividas y de su desmesura, de la insatisfacción de

la política en su papel de reguladora social. Ahora bien, la novedad de este mundo no parece residir tanto en la amplitud de las formas de crisis, en la insatisfacción generalizada, sino en la especial toma de conciencia de ellas y en la manera de experimentarlas. La crisis es más viva por cuanto es mejor conocida y parece más difícil de superar. De ahí derivaría esa percepción de que la crisis parece haberse hecho una realidad estable, porque nunca dejará de ser percibida alguna especie de ella.

En una visión global, se trataría sobre todo de la pérdida en el tiempo presente de la referencia clara y la guía para la organización y comprensión del mundo engendrado por la disolución de los equilibrios de posguerra. Era aquel un modelo a escala mundial de hegemonías estratégicas compensadas y contrabalanceadas que nunca, desde luego, permanecieron estables, pero que parecían obedecer a una lógica aceptada. Este modelo entró en quiebra de forma acelerada en la década de 1980, aunque sus debilidades eran ya notorias desde antes. En sentido más lato y, en consecuencia, con implicaciones de mayor calado, la naturaleza de la crisis de fines del siglo XX ha sido repetidamente caracterizada como crisis de la modernidad. Nada menos que como crisis de los fundamentos que desde el siglo XVIII habían convertido a Occidente en espejo de civilizaciones. Las sociedades posindustriales han llegado a alterar seriamente las estructuras consagradas de la segunda contemporaneidad (la que surgió tras la época de las catástrofes): las sociedades de clases, la estabilización de la organización productiva, el estado benefactor, la democracia participativa, la regulación del mercado. Por lo demás, el foso entre espacios culturales y situaciones socioeconómicas en el planeta se ha profundizado.

Ciertamente, es el concepto mismo de contemporaneidad, con sus connotaciones más básicas, el que podría ser objeto directo de cuestionamiento. El largo arco histórico que va de la revolución industrial a la revolución digital parece recubrir por sí mismo, cobijar, un ciclo de historia, la contemporaneidad, que ha llegado a su fin. En general, ya lo hemos señalado, al comienzo de los noventa el optimismo informó una oleada de literatura sobre las posibilidades de un mundo más armónico. Esta impresión, alimentada por intelectuales y políticos, no tardó mucho en verse claramente contradicha por los acontecimientos. Al comienzo del nuevo siglo, la perspectiva había cambiado de forma muy significativa. Se podía hablar entonces de un «fin de siglo oscuro».

Hace ahora doscientos años, en el tránsito de fines del siglo XVIII, o en la bisagra con el siguiente siglo, nació esa contemporaneidad. Los mismos contemporáneos acertaron con la palabra que designaría una nueva percepción de la experiencia histórica: lo —*contemporáneo*— como categoría

analítica mucho más que como época histórica. Lo contemporáneo, para los hombres que vivieron las grandes revoluciones, era —lo hemos dicho ya otras veces— lo radicalmente nuevo, lo creado, justamente, sobre las ruinas, que no dejaban de hacerse presentes, del «régimen antiguo», lo libre, lo ilustrado, lo que garantizaba el progreso y, en definitiva, lo único llamado a tener continuidad, a colonizar el futuro. Nadie nos veríamos hoy como «contemporáneos» de aquellos hombres que vivieron las revoluciones que alumbraron «lo contemporáneo». Y, sin necesidad de buscar ni caer en nuevas paradojas, digamos ya que el mundo que alumbraron las revoluciones del siglo XVIII, que ha visto una transformación de la humanidad de la que no hay precedente comparable, que nos ha llevado en sus condiciones contradictorias al final de otro siglo de incierta perspectiva, no es ya el nuestro aun habiendo nacido en él. Y no lo es, posiblemente, porque es mucho más incierto que fue aquél.

Comunicación, globalización, unilateralismo e identidad

Si bien puede hablarse de que fue esencialmente la profundidad y gravedad de los sucesos políticos en Europa al final de la década de los ochenta del siglo XX lo que condujo a un nuevo escenario mundial, es cierto también que la dislocación del mundo socialista estuvo acompañada, y aun determinada, por otros muchos fenómenos en todo el mundo, por la presencia de fuerzas sociales y procesos económicos que, confluyendo entre ellos, cambiaron no ya sólo el escenario sino abrieron paso a una nueva situación histórica. Por esto, se hace más incierto y más difícil de dilucidar cualitativamente cuál es el origen de nuestro mundo y cuáles son los principales procesos históricos que lo conforman. Evidentemente, este tipo de procesos y realidades tienen siempre un origen, génesis, precedentes y etapas de maduración que es preciso explorar en momentos anteriores. Lo que ocurre es que puede no haber coincidencia de fechas y ritmos entre unos procesos y otros, y puede decirse que la situación histórica que vivió su eclosión al comenzar los noventa tiene antecedentes que no coinciden, ciertamente, en su antigüedad: unos son inmediatos y otros más lejanos. El nuevo mundo procede de la convergencia de fenómenos de muy diversa relevancia que lo hacen más complejo.

Los procesos históricos fundamentales que conforman el mundo de hoy han sido objeto de enumeraciones y descripciones que se ajustarían más o menos estrictamente a la que lo ve caracterizado por «la sociedad mediática, la mundialización y sus avatares, los comportamientos masivos, la digitalización informativa, la intervención globalizada, la demanda ética, la economía

de lo inmaterial»[31]. Una enumeración que condensara en una fórmula aún más sintética las principales fuerzas que conforman nuestro mundo podría limitarse a la identificación de un conjunto de cuatro: *comunicación, globalización, unilateralismo* e *identidad.* Ninguno de estos grandes factores de cambio ha hecho su aparición de forma súbita, como puede suponerse, ni simultáneamente con los demás, pero su progreso y su convergencia han tenido el efecto de producir un decisivo cambio histórico. Estos rasgos esenciales a los que dedicamos ahora unos comentarios introductorios constituyen el fundamento insustituible en cualquier explicación histórica del presente y en ellos se concentrarán después más detenidamente los capítulos que seguirán en esta segunda parte de la obra.

Los nuevos sistemas de comunicación y de transporte de todo orden, la globalización de las relaciones hasta alcanzar la escala planetaria, la reivindicación cultural y política de la diferencia y la identidad y una potente tendencia al hegemonismo político-estratégico son, globalmente considerados, los factores determinantes de la historia de hoy. Ahora bien, estos grandes procesos básicos no dejan de esconder en su relación una significativa paradoja, que no es sino una manifestación más de complejidad creciente. En efecto, comunicación y globalización se presentan como fuerzas inequívocamente «universalistas», unificadoras del planeta, homogeneizadoras y como derivación directa de un potente progreso tecnológico; pero creer que nuestro mundo está orientado tan sólo por ese tipo de factores sería un espejismo. Las otras dos grandes tendencias son precisamente «particularistas»: la defensa a ultranza de las diferencias culturales, y hasta el «choque» entre ellas, y el unilateralismo del poder mundial pretendido por una única superpotencia, y en ambos casos lo que se presenta es como una especie de reverso de los otros dos grandes factores. La lucha universalismo/particularismo es otro de los grandes ejes de nuestro tiempo. No es impertinente pensar que el mundo especialmente conflictivo en el que vivimos tiene mucho que ver con esa contradicción central en la que nos movemos.

En primer lugar, el mundo actual no sería lo que es, ni serían posibles sus realidades más básicas y constantes, si no se hubiese operado en poco tiempo una auténtica *revolución de las comunicaciones* que, como producto de la confluencia de un inmenso progreso técnico y una demanda social equiparable, se ha desencadenado en las últimas décadas del siglo pasado. Desde la vida cotidiana hasta el crucial mantenimiento de los múltiples «sistemas expertos», los grandes mecanismos tecnificados, que manejan las relaciones mundiales a gran escala, dependen hoy del multifacético mundo de la comunicación en su más amplio espectro. La historia del progreso de la comunicación entre los hombres, la comunicación física —es decir, el transporte— y la que se conoce

como inmaterial o social, la transmisión de noticias, información y conocimiento de toda especie, es en sí misma fascinante y ella es, seguramente, el testigo más fiable de algo a lo que pueda llamarse progreso.

Y es que el progreso técnico ha dado una nueva forma y, además, una nueva función a la comunicación. Las comunicaciones a escala planetaria en tiempo real, lo que significa poca o ninguna dilación entre la producción de un hecho y su conocimiento universal, se han convertido en normales. El conocimiento va estrechamente ligado a un concepto nuevo de la «información» basada en la continua transmisión de datos. En cualquier caso, es indiscutible que esa revolución de las comunicaciones sólo puede ser correctamente entendida en el contexto mucho más amplio de una revolución científico-tecnológica cuyas raíces son también históricamente más antiguas y amplias, pero que han cristalizado hasta cambiar los fundamentos de la comunicación en la llamada revolución digital.

Tan espectacular como el progreso tecnológico que ha cambiado las formas de vida en el planeta es el proceso omnipresente a todos los niveles de la llamada *globalización*. No obstante, se trata de un hecho más complejo, por la amplitud y diversidad de sus manifestaciones, que la revolución de las comunicaciones, pues, además, es en sí mismo el resultado convergente de otros muchos desarrollos a la vez que retroactivamente condiciona a cada uno de ellos en particular. La globalización o mundialización (*mondialisation*, en la acepción francesa) es, sin duda, el rasgo particular de nuestro mundo que más atención ha suscitado en los últimos tiempos y, por tanto, el que más dudas y controversias despierta. Su naturaleza, verdadera trascendencia histórica, origen y antigüedad son asuntos sobre los que dista de haber unanimidad. Pero lo cierto es que si hay alguna imagen en la que pueda condensarse la historia de la humanidad al comenzar el siglo XXI, ésa es la de un mundo globalizado.

Puede, como sospechan muchos, que tal imagen no sea más que un espejismo, y, en todo caso, que tenga mucho de utópico; que esa realidad global esté mucho más lejos de conseguirse de lo que piensan quienes precisamente la promueven. Y, puestos en lo peor, que tal globalización a escala planetaria no signifique en modo alguno un progreso general de la humanidad, sino la cristalización, justamente, la consagración de los desequilibrios, las injusticias, la tendencia a la dominación que se han desatado desde la fragmentación que se muestra en la posguerra fría. La globalización se ha dicho que es «un proceso y un destino». Como proceso no parece tener, en cualquier caso, alternativa. Como destino no es deseado ni compartido en forma alguna, al menos en el desarrollo producido hasta ahora, por todos los países del planeta.

En el mundo de hoy casi todo es de naturaleza global: la comunicación, la producción, el intercambio y, aunque en menor medida, el consumo. La glo-

balidad es el signo y parece que el futuro inevitable en el que se desenvolverán las sociedades y culturas. Todas las grandes corrientes históricas de comienzos del siglo XXI tienden a tener carácter global. Sin embargo, la paradoja de la globalización es que es tema antiguo y recurrente, que designa una realidad que es menos real de lo que parece. Una verdadera globalización real existe hoy en escasos sectores de la actividad mundial. El modelo más tangible de un proceso globalizador procede de la economía a escala mundial. Los años noventa marcaron el cambio definitivo, abierto ya desde antes, a pesar de los problemas, a una nueva economía, un capitalismo global, señalado por la globalización financiera y la expansión mundial de las grandes empresas multinacionales.

El encadenamiento de unos procesos con otros es también evidente. Parece claro que el «proceso y destino» del mundo hacia la globalización, como consecuencia de la expansión de la técnica y la cultura globales, ha producido, entre otros, un efecto en sentido contrario. Frente a los intentos globalizadores, uniformizadores, que presionan sobre culturas diversas, individuos, pueblos y países, las instituciones más diversas, movimientos religiosos y conservacionistas, claman y luchan por la preservación de sus *identidades*, por el reconocimiento de sus diferencias, por el derecho de mantener sus propias opciones. Se desencadena así una confrontación paralela entre lo universal y lo particular, entre homogeneización y diferenciación. Mientras pugna por imponerse un patrón universalista de desarrollo, crecen las resistencias a diversos modos de absorción de unas concepciones por otras. Éste es el fundamento de lo que se ha previsto como el «choque de civilizaciones»[32]. Así, estamos ante un fenómeno general para el que algunos han propuesto justamente el nombre de *glocalización*, como jerga que intentaría recoger esa posición de dialéctica entre universalismo y localismo. La cultura del mundo de hoy es la de las identidades como una particular derivación de la cultura de masas, o de comunicación de masas.

Y es que en una época en la que podría haberse creído, a primera vista, que la conciencia de progreso y madurez habría de llevar al universalismo, se presentan corrientes irresistibles de localismos, particularismos, «relativismos», donde se reclama el trato diferenciado para lo que es diferente, donde se ofrece resistencia a adoptar valores comunes; ¿vale una única idea de «derechos humanos» para todas las culturas? Esa pregunta es contestada de maneras diversas, pero la respuesta negativa es la que lleva a la insistencia en que lo desigual ha de ser tratado desigualmente —lo que constituye en esencia lo «políticamente correcto»—. En el corazón de todo esto se encuentra también el multiculturalismo.

Por fin, la cuestión del *poder* y la escala de su disputa en el mundo es, en muy primer lugar, otro de los grandes factores que condicionan nuestra

época. En el plano político y geoestratégico, la significación de la posguerra fría no ha podido manifestarse más espectacularmente. Los años noventa han abierto una nueva época de las relaciones internacionales por cuanto en ellos ha desapareció la organización de los poderes planetarios que quedó diseñada tras el final del II Guerra Mundial (1939-1945). Aquel mundo bipolar que surgió de la derrota de las potencias fascistas y que dividió las áreas de influencia de los vencedores en dos grandes espacios, el del mundo capitalista occidental liderado por Estados Unidos y el del mundo socialista oriental con el liderazgo de la Unión Soviética, ha desaparecido a consecuencia de las convulsiones que se han dado en este segundo espacio en el curso de una rápida transformación entre 1989 y 1991, pero también a causa de la reacomodación operada en el otro bloque.

Sin embargo, la gran cuestión es que de la desaparición del mundo bipolar no se ha derivado el establecimiento de uno *multipolar*, sino, por el contrario, la progresiva implantación, en pleno curso hoy día, de uno precisamente *unipolar*. Ni que decir tiene que éste figura entre los fenómenos cruciales de nuestro tiempo y es el más incierto de todos. La estructura de los poderes a escala mundial que consagró la Guerra Fría dejó, obviamente, de tener validez al comienzo de la década de 1990. La imagen más común en ese sentido del mundo de hoy es la aparición de nuevas y poderosas manifestaciones de confrontación entre fuerzas políticas e intereses estratégicos. Esas confrontaciones adquieren nuevas formas, objetivos y ubicaciones. En los aproximadamente quince años transcurridos desde 1989, el mundo ha podido observar cómo ha desaparecido a cierta velocidad un orden internacional entre potencias sin que en el horizonte haya podido vislumbrarse su sustitución por otro «sistema internacional» definido. El anterior orden bipolar dio paso primeramente a una situación de escasa definición, que ha ido mostrando nuevos caracteres a comienzos del siglo actual y que ha acarreado la agudización de un fenómeno ya anterior: la grave crisis y pérdida de fundamentos jurídicos y de confianza que se ha operado en el organismo garante de la legalidad internacional: la ONU, situación que ha mostrado su cruda realidad con la decisión unilateral de la guerra preventiva que ha llevado a la invasión de Irak en 2003.

Tales son los procesos y fuerzas principales conformadoras de nuestro presente. Su acción conjunta parece producir en el mundo una cierta sensación de desconfianza, desconfianza más consciente y aguda por las posibles consecuencias imprevistas e indeseadas de muchos procesos que nadie dejaría de calificar de progresivos en su origen. A diferencia de lo que ocurrió en el tránsito entre los siglos XIX y XX, este nuevo momento de entresiglos presenta una imagen contradictoria, donde la idea de progreso aplicada sin

matices carecería de sentido. La ciencia y la tecnología siguen siendo hoy más que nunca, aunque siguiendo un proceso que califica íntimamente a lo contemporáneo, parteras del progreso. Ellas son la fuente principal de otros grandes progresos, como la comunicación y la globalización, tan cercanos también entre sí. La presencia de las fuerzas retrógradas no es menos manifiesta. Pero nuestro mundo no puede ser juzgado históricamente desde maniqueísmos. Y a no hacerlo así nos incita, justamente, esa comprensión nueva de lo histórico que hemos dicho también que es característica determinante del nuevo tiempo.

¿Un nuevo tiempo histórico?

Al finalizar el siglo XX, junto a un cierto síndrome propio de «fin de siglo», al que se sumaba también ahora uno de «fin de milenio», era palpable la preocupación intelectual por «pasar revista» a toda la centuria, por interrogar más directamente a la Historia y por intentar encontrar algún sentido trascendente al cambio de fecha. Los juicios sobre el siglo XX han sido abrumadoramente negativos. La mirada a la Historia tenía, desde luego, un nuevo matiz: rezumaba preocupación por desentrañar el significado de ese «cambio de siglo». Una cosa era constatable también: las posiciones generalmente optimistas con que se enfocaron el final de la Guerra Fría, el final de la bipolaridad de dos bloques de potencias y de la amenaza de enfrentamiento, se habían transformado diez años después en un conjunto de nada optimistas presagios. Ya antes, cuando el siglo XX entraba en su último decenio, se habló de «un final de siglo oscuro»[33].

El hecho de que en algo más de diez años las visiones optimistas acerca del futuro se hayan vuelto generalmente pesimistas debe tener algún significado. Lo cierto es también que muchos de los diagnósticos que se hicieron antes de que concluyese el siglo XX sobre las expectativas que cabría hacerse con respecto a la historia del XXI no eran ya nada optimistas[34]. Y es ese cambio el que justifica y aguza el interés de encontrar respuesta fundamentada a una pregunta como ¿fin de una época, comienzo de otra? A lo largo de las páginas precedentes hemos intentado argumentar nuestra opinión favorable a una respuesta positiva. Pero no existe coincidencia en las posiciones. En cualquier caso, que el mundo se encuentra en la encrucijada de un cambio de civilización no parece, en todo caso, prestarse a muchas dudas.

La verdad es que una pregunta como la que precede es propia de los momentos de crisis y cambio acelerado. En los años de la posguerra de 1945, y de nuevo en los sesenta, muchos intelectuales se preguntaron por el sentido

del nuevo mundo aparecido con la derrota de los fascismos y el comienzo de la construcción de un orden nuevo. La misma pregunta había sido formulada por mucha gente en los años veinte a raíz de la crisis abierta por la Gran Guerra. No es dudoso que la respuesta, históricamente hablando, comportaba siempre evidentes riesgos y no podía ser tampoco categórica.

Quienes viven el comienzo del siglo XXI, abierto precisamente con el recrudecimiento de viejos conflictos y la aparición de otros nuevos y, tal vez, más graves, atraviesan una experiencia en la que efectivamente hay mucho de prolongación y agudización de tendencias antiguas, algunas bastante antiguas —globalización, desequilibrio, tecnificación, deterioro medioambiental, cosmopolitismo/particularismo, etc.—, pero tienen el convencimiento de que se asiste a un verdadero cambio global. Un cambio que está, seguramente, presidido por una contradicción en la que se oponen, de una parte, la realidad de un grado de progreso material desconocido y, de otra, la inmensa desigualdad e injusticia en su reparto, una alta conciencia de los problemas del mundo con la inseguridad creciente en casi todos los órdenes. Junto a ello, la evidencia de que permanecen irresueltos bastantes de los principales problemas que afloraron con la sociedad industrial hace doscientos años y se prolongaron con la postindustrial desde hace treinta. Distamos mucho de vivir un mundo que podamos contemplar con optimismo. Pero raras han sido las épocas históricas que han podido hacerlo de otra manera. Como toda época de cambio acelerado, la nuestra lo es igualmente de grandes incertidumbres. En ello puede verse una situación distinta de la que precedió a los comienzos de los dos siglos anteriores.

Puede pensarse legítimamente que más importante que la respuesta misma es el hecho de que esa pregunta no pueda ser tenida por impertinente y que los hombres de hoy se inclinen a interrogarse no sobre si es o no real un cambio de mundo histórico, sino sobre si es posible vivir verdaderamente un cambio de época y tener plena conciencia de ello. Al hablar de las peculiaridades del nacimiento de una historia contemporánea, nos referíamos también a la conciencia misma que tuvieron los coetáneos de las grandes revoluciones del siglo XVIII de estar asistiendo al nacimiento de un mundo nuevo. La reflexión sobre el origen y las manifestaciones de esa conciencia es igualmente precisa en una época como la nuestra. No podemos predecir el futuro, aunque podemos darnos perfecta cuenta del cambio respecto del pasado y podemos proyectar esa impresión hacia el porvenir.

La historia de los años noventa ha continuado y consolidado el desarrollo de algunos grandes cambios que, de hecho, habían comenzado con anterioridad. No obstante, existe una cuestión formal de cierta entidad, aunque su

interés no sea más que instrumental, que es preciso abordar previamente: ¿qué conjunto de rasgos resultarían significativos para poder hablar tipológicamente de un cambio de época? Para responder a esto hemos echado mano en otras ocasiones del concepto de espacio de inteligibilidad histórica. La posibilidad de que todo proceso histórico único pueda ser «entendido», o, lo que es lo mismo, desentrañado en su significado y, por tanto, explicado, se basa en el conjunto de rasgos que lo identifican como nuevo y distinto de lo anterior y que no se confunden simplemente con el descubrimiento de sus «orígenes»[35]. Es preciso recurrir a esa idea de inteligibilidad cuando los presupuestos explicativos que nos hacen entender un momento o época histórica no son ya suficientes para la situación que tenemos bajo observación y que sigue inmediatamente en el tiempo a la que hasta ahora podíamos cualificar según ellos. Debemos sospechar entonces que estamos ante una situación histórica nueva.

Justificábamos, en su momento, la apreciación de la profundidad del cambio en los orígenes de la edad contemporánea no sólo en el hecho de que los hombres del tiempo mostraran conciencia de ello, sino también porque acontecimientos como las revoluciones liberales, políticas y sociales, la revolución industrial y el nuevo orden mundial implantado, introducían un nuevo «espacio de inteligibilidad» en el proceso histórico. Los cambios eran tan profundos que ya no podían ser explicados con arreglo a las grandes coordenadas del tiempo anterior, del Antiguo Régimen, en este caso. Pues bien, ¿estamos ahora en condiciones de decir que entramos en otro espacio distinto de inteligibilidad histórica?; o, dicho de otra manera: ¿a fines del siglo XX ha cambiado tanto el mundo que ya no bastan para explicarlo los grandes principios que nacieron con las revoluciones dieciochescas? Para emitir un juicio histórico ponderado, sería muy conveniente considerar primero de manera muy sintética el contenido de ese cambio mismo que parece haber agotado el «corto siglo» XX.

Como resultado de una mutación en la situación geoestratégica del mundo, de la expansión incontenible de nuevas tecnologías de dominio sobre la naturaleza y de nuevos conflictos y nuevas formas culturales, con el agravamiento de algunos de los problemas de orden ecológico, económico-demográfico y político que venían desarrollándose ya a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX y, especialmente, desde los años setenta, parece definitivamente justificada la suposición de que está fraguándose, si no una nueva era en las civilizaciones con todas sus consecuencias, sí un cambio profundo de los caracteres que han dado su entidad a la edad contemporánea. En el momento que vivimos están surgiendo procesos nuevos comparables por su magnitud con los que dieron nacimiento a la civilización industrial.

Podríamos preguntarnos también si en anteriores momentos históricos, los que definen la contemporaneidad en concreto, se han producido procesos de cambio en los que estuviese presente una tan profunda transformación que, al mismo tiempo, fuese absorbida por las sociedades de manera no necesariamente traumática. En nuestro tiempo, esta absorción progresiva de formas de civilización, sin revoluciones radicales, está potenciada por el enorme impacto de la transmisión inmediata de la información, por la expansión del «poder blando»[36], no menos eficaz que los tradicionales poderes coercitivos, por la presencia de la cultura del espectáculo, la rutinización de la vida política, la experiencia de una nueva ola de migraciones, la eficacia de los nuevos agentes de socialización —y el cambio en el papel de la familia— y la actitud de los jóvenes, entre otros muchos fenómenos socioculturales visibles. Nos encontramos ante sociedades con una cultura de la asunción del riesgo, como se ha señalado, que convive con un conservadurismo generalmente más desarrollado, y el fuerte reclamo por la separación entre el espacio privado y el público[37].

La idea de que estamos «en el umbral de una nueva edad» no es, en absoluto, nueva ni reciente. Está reconocido que el final de la II Guerra Mundial creó ya una poderosa expectativa de aparición de una nueva época. Pero las variables presentes entonces eran distintas de las de hoy. La novedad se centraba esencialmente en lo político y estratégico y, tal vez, tenía como eje una real posibilidad adquirida por la humanidad para su autodestrucción. Ahora, el más poderoso componente de la expectativa de un mundo nuevo tiene verdaderamente un amplio abanico de rasgos nuevos de civilización que pueden sintetizarse en uno: la comunicación globalizada, la expectativa de la sociedad tecnológica a escala planetaria y los problemas irreversibles, parece, que ello mismo trae consigo.

Si nos adentramos algo más pormenorizadamente en estas ideas, lo primero que cabe advertir es el afianzamiento de la convicción de que ahora, de manera seguramente inmodificable, atravesado ya el tránsito entre dos siglos, el tiempo y el despliegue de la contemporaneidad tardía será indiscutiblemente planetario. Es decir, con más propiedad que nunca, puede hablarse del despliegue de una *historia universal*, de un presente en el que todas las civilizaciones de la tierra tienen presencia interactiva con independencia de lo relevante que sea su papel y de su capacidad de influencia en el conjunto. Ahora bien, ese rasgo, no quiere significar de forma decisiva que, pese a la primacía de las corrientes globalizadoras en todas las instancias, pueda preverse en el mundo de hoy ni la homogeneización cultural, ni de ninguna otra índole, de manera inmediata, sino algo distinto: la presencia de una dialéctica irreductible entre esas corrientes realmente universalistas, y, en algunos casos imperialistas, y las

resistencias ante ellas, la lucha de las culturas y civilizaciones por preservar sus propias identidades, su diferenciación. La evidencia más inocultable es la de la posibilidad de conflicto entre culturas. Esta paradoja o contradicción entre los movimientos que podríamos llamar genéricamente globalizadores y los que propugnan la diferenciación se ha hecho más patente desde el gran cambio de los noventa y continúa en el siglo XXI.

Por lo demás, existe un consenso general en que la diferenciación más aparente con la etapa histórica anterior estriba en la desaparición de la experiencia del «socialismo real» en Europa y, prácticamente, en el mundo. Con ello se ha operado un cambio decisivo en esa base de inteligibilidad que ha dado a la historia mundial entre 1917 y 1991, el nudo central del siglo XX, la presencia de dos proyectos de modernidad enfrentados. La inteligibilidad de una época específica de la historia mundial entre esas dos fechas es una tesis plausible y que ha sido defendida. Es posible que esa época que ya hemos sobrepasado pueda ser entendida como determinada por la existencia de dos alternativas industrializadoras, o bien por la existencia, justamente, de una alternativa a la industrialización capitalista[38]. El año1989 representaría así el «final del leninismo» como vía a la modernidad, lo que es reconocido incluso por autores que han valorado en sus efectos positivos la aportación al progreso universal de Marx y sus epígonos[39]. Tras la caída de los regímenes socialistas se produjo más bien una fase de transición en la que la presunción de que la integración de los antiguos países socialistas en la vía capitalista sería un proceso lineal inmediato fue desmentida por los hechos. No está en absoluto claro el futuro mismo de la «gobernabilidad» de las sociedades a través de la fórmula liberal clásica y parece cada día más disparatada la predicación de un «final de la Historia». Tampoco cabe duda de que el modelo con el que se realizó el impresionante crecimiento económico mundial de los «treinta gloriosos» está caducado.

La era de cambio abierta por los años noventa no ha dejado de seguir un curso acelerado y accidentado que los sucesos más traumáticos de comienzos del siglo XXI no hacen sino confirmar. Desde los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos hasta la invasión forzada por esa misma potencia, en un ejercicio de guerra preventiva, de un país como Irak en marzo de 2003, no ha hecho sino ganar terreno la idea de que se acercan tiempos de mayor turbación aún. Pero el objetivo de la Historia no es hacer predicciones sobre el futuro. Recién transcurrida esa década final del siglo XX, puede afirmarse que las predicciones que en ella se dieron sobre el desarrollo de los rasgos básicos de una nueva civilización no han resultado desmentidas, en lo bueno y en lo malo. Ahora bien, si históricamente nunca puede decirse que los procesos de cambio van estrictamente acompasados, que el cambio

afecta a todas las instancias de la actividad social parejamente, menos puede decirse en el caso de hoy. No ya porque la diferenciación entre ámbitos culturales distintos se mantiene viva, sino porque dentro de las propias culturas los rasgos arcaicos, retrógrados, se resisten a desaparecer —exclusiones y discriminaciones diversas, resistencias de privilegiados, etc.

Desde la coyuntura crucial de 1989-1991, que se presentó con todos los rasgos que definen esos momentos axiales o puntos nodales que cambian la Historia, no han sucedido acontecimientos históricos capaces de hacernos ver aquel momento con otra perspectiva que no sea la de su significado como momento clave de ruptura. Lo que ha ido ocurriendo desde entonces debe tenerse más bien como una derivación, más o menos inmediata, de aquella ruptura efectiva. La idea de que el mundo en el tránsito entre los dos siglos está atravesando una profunda crisis que anuncia nuevos tiempos es, por tanto, común y mantiene su plena vigencia. Las premoniciones sobre el futuro reaparecieron con fuerza en los años noventa y tuvieron un momento de especial significación en torno al cambio de milenio. Al tema de «los fines de la historia»[40] se sumaría ahora el efecto ensayístico del «fin de milenio». Hablar de un final de la Historia resultaba ya sintomático. Y se entendió que la nueva época representaría una *simplificación de las perspectivas*, las del mundo único y el pensamiento único, las de la globalidad unidireccional. Conviene insistir, en cualquier caso, en que no es una situación que haya surgido de pronto, ni que carezca, por supuesto, de antecedentes claros. La fecha de 1989, aunque decisiva a escala mundial, no puede verse sino como simbólica.

Seguramente, a fines del siglo XX no podríamos hablar de convulsiones semejantes a las que produjeron las grandes revoluciones del XVIII, aunque es muy posible que el resultado de los cambios que ahora están en marcha no sea en forma alguna de menor importancia que los que impusieron aquéllas, sino quizá todo lo contrario. Ciertos grandes principios de la Ilustración que las revoluciones liberales impusieron y universalizaron se habían venido declarando muertos ya a partir del último cuarto del siglo XX, sobre todo por obra del posmodernismo, a partir de la consideración de la decisiva quiebra que supuso la II Guerra Mundial y la gran catástrofe social, cultural y moral que ésta representó para los ideales de Occidente[41].

Es acertada la idea de que en los quince años transcurridos desde esas nuevas llamadas «revoluciones en Europa» la situación histórica global haya cambiado mucho más deprisa y en mayor profundidad que lo que lo hizo en todo el periodo de la Guerra Fría. Hay, sin embargo, una cuestión de fondo que permite hablar de continuidad: la pugna entre dos concepciones de la hegemonía mundial que se desató a mediados del siglo XX ha concluido medio

siglo después con el agotamiento y la desaparición de uno de los polos de la disputa. Pero el otro no ha desistido por ello de seguir la ruta marcada desde antes: la del hegemonismo a escala mundial en unas condiciones históricas donde ese designio, si bien inalcanzable en términos absolutos, puede ser materializado en una buena parte de su contenido.

En definitiva, nuestro tiempo parece representar la resolución definitiva de la Historia de un «corto siglo XX», 1917-1991, que ahora, a una nueva luz, podemos caracterizar como una especie de gran transición que nos ha llevado desde las realidades de la contemporaneidad clásica, las de la expansión del sistema industrial capitalista y liberal y el nacimiento y disolución de la alternativa socialista, hasta el nuevo mundo que lejos de representar el triunfo de aquel primero ha desembocado en una realidad que se adivina distinta, la del mundo global e informacional, ecológicamente incierto y socialmente por construir. Esa imagen de una «gran transición» que llevaría del clasicismo liberal decimonónico a un mundo postindustrial no es nueva y a ella nos hemos referido antes. La expuso ya, aunque empleando otros parámetros, Geoffrey Barraclough al identificar, con una parecida intención analítica a la que se ensaya aquí, una época de transición, 1890-1961, o sea, el espacio entre la caída de Bismarck y la subida de Kennedy, dándole el sentido de una introducción de la historia contemporánea[42]. Ambas muestran la dificultad de lo contemporáneo e intuyen la caracterización de la historia del presente.

En nuestra época se ha dibujado un nuevo orden mundial —o la carencia de él—, han cambiado profundamente las condiciones materiales de vida, las relaciones sociales clásicas del mundo industrial, la cultura que tenía sus raíces en la modernidad ilustrada; se ha producido un enorme desequilibrio planetario mientras se apuntan graves enfrentamientos entre sistemas, creencias, intereses y perspectivas de futuro, que afectan también muy de cerca ya a las propias condiciones de habitabilidad del planeta Tierra. Seguramente, no es al análisis histórico al que corresponde hacer vaticinios, más o menos fundados, acerca de procesos históricos que hoy son todavía hipotético futuro, por los que discurrirá la humanidad y por ende la historia universal. Por tanto, este tratamiento de la historia de nuestro presente como umbral de una nueva época debe acabar aquí.

Lo que cabe decir es que el cambio histórico se hace cada vez más omnipresente. Que los hombres a comienzos del siglo XXI pueden percibir ese cambio en el curso de una sola generación. Esto ha sido normalmente imposible en la historia anterior. Las sociedades que viven el cambio sólo en situaciones muy excepcionales son capaces de asimilarlo plenamente, de entenderlo y de analizarlo. Una de estas excepciones es, sin duda, la del proceso revoluciona-

rio del último cuarto del siglo XVIII. Otra es, según todos los indicios, la del último cuarto del siglo XX y el comienzo del tercer milenio. Pero lo más importante no es si estamos ante un nuevo mundo. A la historia del presente le interesa, al fin y al cabo, cómo perciben las gentes vivas en cada coetaneidad el mundo en el que han nacido y que va cambiado ante sus ojos. Es menos importante si ese mundo es verdaderamente revolucionario o no.

CAPÍTULO 6

BUSCANDO UN NUEVO ORDEN

La política estadounidense en la era de la información global debería tener una preferencia general por el multilateralismo, pero no todo el multilateralismo.

Joseph S. NYE Jr., *La paradoja del poder norteamericano,* 2002

El multilateralismo es esencial. Garantiza la legitimidad y la democracia, especialmente cuando se trata de decidir sobre el recurso a la fuerza o de acordar normas universales.

Jacques CHIRAC, *Asamblea General de la ONU,* septiembre, 2003

En el «orden internacional», para decirlo convencionalmente, el periodo histórico más largo y característico del siglo XX fue el de la llamada Guerra Fría, una situación que fue estableciéndose tras la conclusión de la segunda Gran Guerra del siglo, la de 1939-1945. Ese orden, cuyas características fundamentales habían pervivido durante casi medio siglo y que se fundamentó sobre la confrontación permanente, aunque sin guerra abierta, de dos bloques de potencias, llegó a su punto final al comenzar la década de los noventa. La Guerra Fría en cuanto «época» histórica concluyó entonces. En los alrededor de los quince años transcurridos hasta hoy desde ese evento, el mundo ha vivido un periodo, para el que no se ha inventado mejor rótulo precisamente que el de posguerra fría, caracterizado por una situación de indefinición e inestabilidad política a escala planetaria, que, al comenzar el siglo XXI, se ha visto perturbada aún más por graves acontecimientos, de características desconocidas anteriormente por su violencia y alcance.

El sistema de relaciones mundiales entre sociedades, estados, ideologías, sistemas políticos y poderes de amplio alcance territorial y militar (poderes estratégicos), que surgió del final de la II Guerra Mundial, conocido como sistema bipolar, acabó con la disolución de uno de los polos del mismo, la

Unión Soviética, y del entramado estratégico, económico e ideológico construido en torno a ella (aunque ello no haya significado, hasta el momento, la desaparición total del «mundo socialista»), sin que en el panorama mundial actual pueda hablarse de su sustitución por ningún otro desde entonces. Por ello, ha sido posible decir que se vive una ausencia de sistema. Y ésa es una situación condicionante de todas las demás realidades históricas del presente.

Con sus connotaciones particulares, semejante realidad es prácticamente inédita en la Historia del Mundo Moderno[1]. En efecto, la gran singularidad de nuestro tiempo, y, quizá, su paradoja más visible, es la inexistencia real de un orden nuevo que hubiera venido a cubrir el vacío dejado por el desaparecido a finales del siglo XX, lo que no quiere decir que no sean visibles tendencias a construir uno distinto. Desde el punto de vista del orden de las relaciones entre estados y potencias, cabe decir, por tanto, que no se ha fraguado ningún nuevo orden internacional, lo que significa que atravesamos una situación relativamente excepcional: la de la carencia de algún tipo de concierto establecido, más o menos explícito, de acuerdos aceptados de facto entre las naciones. Por lo demás, los instrumentos jurídicos e ideológicos en que, al menos formalmente, se había basado el orden anterior están en franca crisis.

La percepción universalmente extendida hoy en todos los medios públicos (Estados y gobiernos, medios de comunicación e intelectuales, producción y ensayística especializadas, instituciones y organismos internacionales) es la del crecimiento de la política que tiende a la creación de un orden basado en el hegemonismo unilateral (y unilateralista) de la única gran potencia existente, los Estados Unidos de América —con el soporte de algunos estados, Gran Bretaña o Israel, por ejemplo (cuyas políticas en este sentido son constantes con independencia del partido en el gobierno)—. Esta tendencia no es enteramente inédita ni apareció realmente al comenzar la década de los noventa. Tiene raíces anteriores que no son ajenas, en modo alguno, al proceso mismo por el que desapareció el sistema bipolar. Junto a ello, no parece menos clara la tendencia a la orientación de los conflictos internacionales en función de la pugna de intereses y la lucha por los recursos de la Tierra presentes y futuros, puesto que es previsible la introducción de nuevos y profundos cambios tecnológicos, energéticos y, en consecuencia, económicos y estratégicos.

La desaparición formal del orden bipolar ha mostrado que su sustitución por un nuevo «sistema de potencias» no es tarea breve ni fácil y que el multilateralismo, o el multilateralismo pleno, es un horizonte difícil e improbable por el momento. La propia crisis de la ONU es un elemento central de la nueva situación y una comprobación de la carencia efectiva de un orden internacional estable. El final de la Guerra Fría no ha supuesto, pues, la desaparición, y menos aún la resolución, de los problemas fundamentales de orden

internacional, sino más bien la continuidad de ciertos viejos conflictos junto a la aparición de otros nuevos. No por ello las tendencias generales en la política a largo plazo de las grandes potencias han cambiado sustancialmente[2].

Siendo este el problema central del orden internacional, no es el único. A la fragmentación de las relaciones estratégicas se ha sumado, o ha convertido en más evidente su presencia, el extremado desequilibrio en las condiciones de todo orden en las que se desenvuelven los países de la Tierra. La dicotomía entre un mundo desarrollado y otro que no lo está se ha agudizado en nuestra época y han aparecido nuevas y negativas perspectivas. De esto existe también una percepción y una experiencia claras, pero hasta ahora las políticas correctoras aplicadas por estados y organismos internacionales han tenido efectos muy pobres. El mundo, por tanto, se encuentra dividido en espacios geopolíticos o geoestratégicos con enormes diferencias entre ellos, lo que es un motivo más de tensión internacional. Los logros efectivos de la geopolítica del desarrollo en la época de la posguerra fría han sido mínimos.

En la actualidad, el problema del orden mundial es interpretado, sobre todo, a partir de los rumbos insospechados, y en rápida evolución, que han afectado a las relaciones entre espacios étnico-culturales, naciones, países y ámbitos regionales, derivados de las estrategias de poder puestas en marcha y cuya referencia inevitable, hoy por hoy, son los sucesos que irrumpieron al comienzo del nuevo milenio, como los del 11 de septiembre de 2001, que, junto a las consecuencias inmediatas que han desencadenado, no han hecho sino culminar el convencimiento de que en el mundo nuevo se atisba un orden distinto basado en la hegemonía de una potencia. Un orden que tiene hoy sus propios teóricos y defensores y un amplio espectro, también, de contradictores. Los sucesos mundiales posteriores a los ataques terroristas del año 2001, la política internacional practicada por la única gran superpotencia existente a comienzos del siglo XXI, se suceden con tal rapidez que cualquier análisis queda pronto superado, pero permanece la conciencia generalizada de que no existen en el horizonte por ahora perspectivas de restauración ni de creación de un orden internacional estable.

La disolución del sistema bipolar y sus consecuencias

En el periodo mismo de la Guerra Fría se abrió una fase nueva al comienzo de la década de 1980 con la llegada a la presidencia de EE.UU. del candidato del partido republicano, el conservador Ronald Reagan (1981-1988), y la rápida evolución de los acontecimientos en la otra gran potencia, la URSS, donde, desde la muerte del dirigente Leonidas Brezhnev y, sobre todo, desde

la llegada al poder del Mijail Gorbachov (1985-1990) se pusieron en marcha intentos de reforma. Luego, en el tránsito entre los ochenta y los noventa, se desencadenaron acontecimientos de una especial trascendencia que, en definitiva, llevarían a la disolución del orden político heredado de la II Guerra Mundial.

Desde del final de esa guerra no se habían producido cambios de tal envergadura, aunque sí notabilísimos reajustes en el panorama mundial, como la aparición de nuevos regímenes socialistas (China, Cuba, los del Sureste Asiático), el proceso descolonizador y, siempre, conflictos de variada índole a escala regional (los principales: Corea, Vietnam y los casi endémicos de Oriente Próximo). Si bien las guerras localizadas estuvieron siempre presentes a partir de 1945, el orden político internacional no fue alterado en sus principios básicos como vino a serlo al comienzo de la década de los noventa[3]. Los años 1989-1991 fueron cruciales en este proceso. Los sucesos de Europa vinieron precedidos de conflictos de envergadura, como la guerra Irak-Irán o la invasión soviética de Afganistán, pero ya en 1989 se produjeron también hechos y conflictos significativos en otras partes del planeta: África, China, agudización de la fractura política y social en Oriente Próximo, culminada con la invasión de Kuwait por parte de Irak, entre otros. Fueron años de agitación y aceleración histórica excepcionales.

Es preciso señalar, sin embargo, que el profundo cambio del orden mundial con el que se abría la década no es atribuible sólo a la imparable declinación de uno de los polos enfrentados, sino a la profunda reconversión operada igualmente en el otro, el mundo del capitalismo de tradición liberal. Efectivamente, suele considerarse con frecuencia, por historiadores y otros analistas, que la disolución del orden mundial bipolar es un hecho histórico cuyo origen se encuentra constreñido en exclusiva al derrumbamiento del mundo socialista en Europa, y es, por tanto, «consecuencia» estricta de aquél. Pero hay que reparar en que ése no es el único sentido del proceso. La reconversión del «capitalismo tardío», seguido del cambio social consecuente, las nuevas políticas militares y la búsqueda de supremacía mundial, y, como un elemento más, la variación en las visiones mutuas de unos y otros, son procesos de los años ochenta precedentes claros del cambio en los noventa[4]. De acuerdo con R. Vinen, «la historia de Europa a finales de los ochenta y comienzos de los noventa debe escribirse a la luz tanto de la transformación del capitalismo como del fracaso del comunismo»[5].

La desaparición de éste como orden social y político estuvo ligada y condicionada en su origen por la política de ruptura del equilibrio que puso en marcha el bloque capitalista occidental bajo el liderazgo de EE.UU. a partir de la presidencia Reagan[6]. A la creciente debilidad del bloque soviético por

sus propios problemas internos, acompañó la doctrina de la remilitarización en el bloque occidental, particularmente en EE.UU., secundado, como siempre activamente, por Gran Bretaña, cuyo mejor ejemplo fue el lanzamiento por la administración Reagan de la llamada «Iniciativa de Defensa Estratégica»[7]. La política basada en la disuasión mutua derivada del equilibrio estratégico entre ambos bloques fue rechazada por la administración Reagan desde el comienzo de los años ochenta, de ahí sus nuevas concepciones estratégicas —como la «militarización del espacio»— y sus planes de rearme. El orden bipolar no fue superado únicamente, en definitiva, por la desaparición de uno de los polos en que se sustentaba, sino igualmente por la voluntad del otro de abandonar toda idea de equilibrio. Esto explica en buena parte la trayectoria política y estratégica mundial de los años noventa y del siglo XXI que tiene unos precedentes bastante anteriores a la coyuntura histórica de 1989-1991.

El hundimiento del sistema de «socialismo real»

En cualquier caso, la crisis interna del sistema socialista liderado por la URSS acusó sus rasgos desde la segunda parte del mandato de Leonidas Brezhnev (1957-1982), a fines de los setenta. La cuestión más difícil de explicar es la rapidez de la crisis final que llevó al cambio sustancial desencadenado desde 1989. Esa rapidez es la que ha propiciado, sobre todo, que cuando se habla de la disolución del sistema mundial bipolar se la entienda como el resultado definitivo de una «revolución en Europa», cuya extensión desbordó el espacio de la URSS en la segunda mitad de los años ochenta para extenderse luego a toda su zona de dominio e influencia en la Europa centro-oriental y en el Asia soviética. Esa visión la exponía muy nítidamente Ralph Dahrendorf en 1990, al hablar de «la revolución de 1989» para todo el conjunto de la Europa central y oriental[8]. El propio Dahrendorf calificó 1989 de *annus mirabilis*. Lo mismo ha hecho Th. Garton Ash, mientras M. Castells ha hablado de la «nueva Revolución Rusa»[9]. Pero no menos extendida está otra interpretación del proceso que lo ha caracterizado como un conjunto de «transiciones en Europa»[10].

Resulta bastante dudoso que la conceptuación apropiada para el conjunto de acontecimientos que llevó al derrumbe del socialismo real en la Europa del Este y la conmoción derivada de él sea el de revolución, sobre todo si ese concepto se aplica con las complejas connotaciones clásicas dadas al mismo fenómeno desde el siglo XVIII. Es posible que la rotulación de *transición* sea mucho más apropiada sobre la base del modelo politológico creado en el úl-

timo cuarto del siglo a partir de los procesos de paso a la democracia liberal desde regímenes dictatoriales acaecidos en Europa y América del Sur. Pero la cuestión importante no fue, ni es, el nombre que se de al proceso, sino, primero, las incertidumbres y reflexiones que de forma inmediata despertaron la trascendencia y rapidez de los acontecimientos, y, segundo, las consecuencias históricas que inmediatamente acarrearon[11].

En el espacio que podemos dedicar aquí al asunto, es imposible dar una descripción detallada del conjunto de acontecimientos que marcaron la ruptura del sistema de posguerra consumada entre los años 1989-1991 con los que se abrió la nueva época. Pero, en todo caso, esa historia detallada no es tampoco nuestro objetivo aquí, siendo la intención ofrecer sólo un enfoque general, comparativo, de la diversidad del fenómeno bajo su aparente homogeneidad, que, por otra parte, en modo alguno se detuvo en 1991, una vez desaparecidos formalmente los regímenes políticos de la URSS y sus satélites[12]. El desmantelamiento fue todo menos un proceso homogéneo sujeto a un modelo único. Hay mucha evidencia histórica de que lo sucedido en el amplio espacio que va desde la Alemania del Este hasta el océano Pacífico obedeció a diferentes procesos que, en función de la propia estructura política y social preexistente, tuvieron una particular incidencia los unos sobre los otros[13].

La situación de los países de socialismo real no había sido nunca homogénea[14]. El grado de socialización de la economía y la propiedad, la presencia de instituciones influyentes, como el caso de la Iglesia católica en Polonia, los movimientos de resistencia y las sublevaciones precedentes, como los de Alemania del Este, Hungría, Polonia o Checoslovaquia, daban diversidad al panorama[15]. El proceso de la disolución de los regímenes comunistas afectó la historia de un conjunto de veintisiete países, bien por la aparición de estados nuevos o por la transformación de otros. En casos como el de Alemania, la división del país desde 1945 concluyó con la integración del estado comunista en el liberal. Checoslovaquia se escindió en dos estados distintos, mientras en la antigua Yugoslavia han nacido cinco entidades políticas diferenciadas[16]. El «imperio soviético» se desintegró en un conjunto de países independientes, siendo con mucho la nueva Federación Rusa el más extenso y potente de ellos. Los procesos internos que se operaron en cada país tuvieron su transcripción también en el conjunto de organismos creados para fundamentar la alianza del bloque del socialismo real. Fueron desapareciendo, primero, ciertas doctrinas que inspiraron la cohesión del bloque —la doctrina de la intervención de Brezhnev, por ejemplo— y después organismos como el Pacto de Varsovia o el COMECOM.

Como detonante y acontecimiento principal de todo el proceso, la desaparición de la URSS figura históricamente entre los más extraordinarios

hechos, y de mayor trascendencia, que se han producido en el mundo contemporáneo desde comienzos del siglo XX. La disolución de la URSS es, desde luego, un fenómeno de tanta importancia como su nacimiento setenta años antes y ambos cambiaron el mundo en su momento. Pero es visible que las condiciones históricas en uno y otro caso son difícilmente comparables[17]. Que el sistema del socialismo real tenía serias dificultades internas fue algo ya percibido en el interior mismo de la URSS desde finales de los años sesenta. La llegada de M. Gorbachov a la secretaría general del PCUS lanzó inmediatamente la imagen del comienzo de una época de profundas reformas, que dieron lugar, además, a una amplia labor de publicística y propaganda y levantaron expectación en el mundo. El entorno ideológico del nuevo líder supo introducir bien la imagen reformista con la creación de dos precisas referencias: las de la *perestroika* (reestructuración) y la *glassnost* (transparencia). Pero cosa muy distinta fueron la propia planificación de la reforma, las políticas concretas aplicadas entre 1985 y 1991, la forma en que la *nomenklatura* y la ciudadanía soviéticas encajaron estas reformas y reaccionaron ante ellas. Toda la bibliografía existente parece coincidir prácticamente en un punto esencial: los reformistas no sólo no tenían planes claros, ni previsiones sobre su aplicación, ni verdaderos proyectos estructurados, sino que todo el proceso estuvo plagado de improvisación y errores[18].

En el itinerario de las reformas pueden diferenciarse tres etapas: 1985-1987, 1988-1989, 1990-1991. Las medidas reformistas se concentraron en tres grandes áreas: la primera fue la marcha hacia una «economía de mercado», después la perestroika o reestructuración política y, tercera y no menos importante, el de la cohesión de la Repúblicas en un estado multinacional y multiétnico (hasta ciento treinta y cinco etnias)[19]. Si las reformas económicas nunca consiguieron su objetivo, el desajuste político fue de parecidas dimensiones. La rápida «democratización» del sistema político soviético tenía un obstáculo fundamental en la absoluta falta, a todos los niveles, de una preparación para ello. Rusia no había tenido jamás una democracia política. Existía el obstáculo, además, de que las ventajas de una liberalización política sólo son un factor progresivo si van acompañadas de una sensible mejora de las condiciones socioeconómicas. Y ocurrió todo lo contrario.

La democratización se cobijaba bajo el gran eslogan de la *glassnost.* Pero la libertad de prensa, que era su punto central, tuvo, entre otras consecuencias, la de producir más caos y desinformación que otra cosa[20]. En la etapa 1988-1989 se intentaron las grandes medidas de reforma del régimen cuyo ideólogo fundamental fue Aleksandr Yakolev. En el aspecto institucional, el proceso que comenzó intentando reformar la Constitución para democratizar el sistema comunista, terminó acelerando una transición hacia un régimen con pluralidad

de partidos políticos. El Congreso de los Diputados de la URSS eligió a Boris Yeltsin como presidente (mayo de 1990) y en el intento de marchar hacia el presidencialismo, Gorbachov había sido nombrado presidente de la URSS (1988).

Mientras los reformadores gorbachovianos pretendían una apertura del sistema, el aumento de la representación y participación, la ruptura del monopolio del PCUS y de la *nomenklatura*, hombres procedentes del viejo aparato, como Boris Yeltsin, que pasó a ser presidente de la Federación Rusa en junio de 1991, proponían el desmantelamiento del sistema socialista y ganaban popularidad mientras Gorbachov la perdía. Ante la marcha crítica de la economía se intentó ya, por tanto, el paso rápido a un sistema de economía de mercado a través del llamado «plan de los quinientos días» de 1990 para la liberalización económica. El rumbo errático de las reformas económicas dejó a la URSS «sin plan y sin mercado», para desconcierto de una población que veía hundirse sus condiciones de vida[21].

La reestructuración de la propia Unión, como consecuencia del creciente problema de las relaciones entre las Repúblicas que constituían la URSS[22] era una tarea urgente que fue la que desencadenó, en definitiva, el intento de golpe de Estado del 19 de agosto de 1991 contrario a las reformas, estando prevista la firma del nuevo Tratado de la Unión para el 20 de aquel mismo mes. El proyecto de Gorbachov de una gran reforma dentro del socialismo quedó definitivamente arruinado. El problema fundamental ahora fueron las corrientes que tendían al desmembramiento de la URSS en un mosaico de repúblicas, en las que participaban unos nacionalismos desatados y, desde luego, las maquinaciones de los líderes territoriales contrarios a Gorbachov, particularmente Yeltsin (Rusia), Kravchuk (Ucrania) y Shuskievich (Bielorrusia), que llegaron al acuerdo de Bielovezh el 7 de diciembre de 1991 para desmantelar la vieja Unión. Se trató entonces de crear una Comunidad de Estados Independientes (CEI), a la vista de que el intento de un nuevo Tratado de la Unión había sido interrumpido por el golpe. La CEI fue promovida por las tres Repúblicas eslavas, Rusia, Bielorrusia y Ucrania, reuniendo en total a doce de ellas incluyendo las surgidas en Europa y Asia de la disolución de la antigua Unión Soviética. No quisieron integrarse en ella las repúblicas bálticas, Estonia, Letonia y Lituania ni tampoco Georgia. Pero la CEI fue incapaz de asegurar la cohesión.

En el proceso completo de las reformas emprendidas, la política exterior de la URSS y su estatus de gran potencia representaban un factor de extrema importancia. Una de las concepciones más profundas que mantuvo Gorbachov y, sin duda, la más admirada en Occidente, aunque en forma alguna dentro de la propia URSS, fue la de unas relaciones internacionales basadas en principios absolutamente contrarios a los de la Guerra Fría. La batalla tecnológica estaba claramente perdida frente al mundo occidental, mientras la administración

Reagan había emprendido una política de reafirmación de la supremacía estratégica ante la que la URSS podía hacer poco militar y tecnológicamente. Aun así, el entendimiento en materia de desarme entre Reagan y Gorbachov tuvo un momento culminante en los acuerdos sobre misiles firmados en 1987. Como se ha dicho, Gorbachov propició «una quiebra optimista del orden europeo»[23].

En Occidente era difícil creer que la URSS abandonase sin más su posición de potencia hegemónica en uno de los bloques. Pero lo cierto es que, bajo la presión de la necesidad de un cambio interno decisivo, renunció completamente a mantener algo del viejo orden, creyéndose, parece, por parte de Gorbachov en la utopía de un orden de multilateralismo real. La política de la URSS fue de gran debilidad, cediendo en todos los terrenos. El Pacto de Varsovia se disolvió en julio de 1991, mientras la OTAN, la alianza occidental paralela, no lo haría y además posteriormente ampliaría el número de sus miembros en dirección a países del antiguo bloque soviético. La disolución del mundo bipolar fue, pues, no sólo asimétrica, sino que en el plano estratégico y político significó realmente el triunfo de una de los bloques por la disolución del otro. Esta situación ha pendido y sigue pendiendo sobre el mundo desde entonces. Parece evidente que una política más pensada, pragmática, menos idealista y más pausada que la practicada por Gorbachov en relación con la renuncia al viejo papel de la URSS habría dado lugar al surgimiento de un orden bastante distinto en Europa, que habría debido atravesar etapas intermedias e, incluso, algunas reacomodaciones entre los dos bloques. Tal vez, una neutralización de toda Europa central, o una «tercera vía» entre capitalismo y socialismo, posibilidades barajadas en su momento[24].

Las reformas puestas en marcha en la URSS en la segunda mitad de los años ochenta actuaron como revulsivo para una actuación pareja en los países que habían constituido, bajo el liderazgo soviético, el bloque socialista en Europa desde los años cuarenta. En todos los países controlados por la URSS, los problemas que planteaba la estructura sociopolítica del «socialismo real» habían venido agudizándose particularmente en la década de 1980[25]. De hecho, existían diferencias notables entre unas Repúblicas Populares y otras. Mientras en unas (Hungría) existía ya un amplio sector de economía privada, en otras, como la propia URSS, Bulgaria o Rumania, tal sector era inexistente o marginal. En Polonia existía también una agricultura con grandes sectores privados. En algunos de estos países, el abandono del sistema socialista fue particularmente rápido y sin grandes traumas: Checoslovaquia (la «revolución de terciopelo»), Hungría, Alemania del Este y algo menos en Polonia. En otros se atravesó un lento movimiento con situaciones intermedias de gran confusión, como el caso de Bulgaria, Albania y Rumania. El caso de Yugoslavia, por su

parte, es peculiar. De hecho, la desaparición allí de un régimen de «socialismo autogestionario» no dependiente de la URSS, con peculiaridades especiales respecto de los demás países socialistas, está estrechamente ligada a un problema de otra índole, como ha sido el enfrentamiento étnico que ha ensangrentado los Balcanes prácticamente durante el decenio de los noventa[26].

En definitiva, entre mediados de la década de 1980 y las mismas fechas de la de 1990 se produjo el conjunto de acontecimientos más importantes de toda la segunda mitad del siglo XX: la crisis, intentos de reforma y hundimiento definitivo de los regímenes del socialismo real en Europa y Asia occidental, es decir, en el bloque hegemonizado por la URSS. Ahora bien, ¿cómo fue posible este rápido derrumbe de un sistema construido con grandes costes, tan rígidamente establecido y que había perdurado ya durante tres generaciones? El derrumbamiento de la Unión Soviética y la desaparición del núcleo central y la base sustentadora del proyecto histórico del socialismo como específica organización social ha dado lugar a arduas polémicas respecto de sus causas. La diversidad de las explicaciones aducidas podría, sin embargo, reducirse a tres tipos. La inviabilidad interna del propio sistema, como han creído muchos de sus enemigos ideológicos y los historiadores ligados a esa misma opinión[27]. Otra tesis que ha contado con audiencia ha sido la de que el problema está relacionado esencialmente con la imposibilidad de mantener un estado sobre múltiples nacionalidades que han acabado por protagonizar un inmenso movimiento centrífugo[28]. Por fin, se ha sostenido la opinión de que el problema del socialismo estatista ha residido en su incapacidad para superar cierto estadio tecnológico ligado al complejo militar-industrial y adaptarse a la situación del postindustrialismo y de las tecnologías digitales, acumulando un retraso que ha resultado fatal[29].

De hecho, los proyectos históricos del socialismo «real» han sido interpretados muy lúcidamente como una vía histórica cuyo objetivo final habría sido introducir de forma acelerada cambios esenciales en las estructuras de países atrasados para provocar un crecimiento económico masivo que respondería igualmente al progreso sin precedentes del mundo occidental. Se trataría de elevar a toda costa el nivel de vida de las sociedades, al tiempo que se intentaba también modificar de forma decisiva sus estructuras sociales y culturales[30]. Logrado ese objetivo de industrialización es cuando el sistema ha entrado en un fatal estancamiento. Esa industrialización representaba el modelo clásico de ella y el propio sistema ha impedido el paso a una situación cualitativa nueva[31].

Pero, como ya se ha dicho, el proceso no puede ser en absoluto desligado del paralelamente atravesado por el capitalismo en esas mismas fechas con el resultado de un gran salto hacia una nueva fase. Era evidente que el sistema

industrial-militar de la URSS no podía dar su propio salto para equilibrar la situación sin reformas profundas. Ése fue el sentido de la empresa emprendida por Gorbachov. La manera en que la propia sociedad soviética vivió las reformas, en un camino que fue desde la gran expectativa de mejora del sistema, no de su destrucción, hasta un desencanto casi insuperable aprovechado por el grueso de la clase política, muestra bien la incertidumbre en la que se desenvolvió aquel proceso[32]. Y a ello se añade el importante hecho de que la destrucción del sistema del socialismo real en manera alguna llegó a producir una «transición» al capitalismo de forma inmediata, ordenada y sostenida sino más bien un caos y una enorme ruptura del orden jurídico y político existente, del que aún no se ha salido enteramente.

Los nuevos espacios estratégicos y políticos

La desaparición del sistema bipolar al comenzar los años noventa del siglo XX trajo como consecuencia una reorganización de los espacios políticos y los intereses estratégicos, del sistema de alianzas, de los objetivos y, también, del respectivo peso internacional de las potencias existentes en el mundo. A mediados de la década, el panorama mundial se presentaba ya con un elenco nuevo de problemas mientras los cambios ocurridos habían dejado una visible huella[33]. Muchos de los cambios debían su desenvolvimiento, naturalmente, a la desaparición de uno de los bloques, pero esto no significa que se hubiese producido la desaparición completa de las condiciones preexistentes. El equilibrio en armamento nuclear, por ejemplo, continuaría, aunque en situación de mayor descontrol, dada la posesión de armas de ese tipo por países del antiguo bloque soviético (Ucrania y alguna otra república ex soviética), aparecerían vacíos de poder donde la nueva Rusia no podía ejercer ahora su influencia y, sobre todo, adquiriría mayor fuerza la tendencia al unilateralismo de la gran potencia perviviente, EE.UU. En el tiempo transcurrido desde entonces, la estructuración del mundo en bloques ideológicos y estratégicos y en alianzas territoriales que, de manera general, se habían constituido como consecuencia de las condiciones subsiguientes a la II Guerra Mundial, ha continuado experimentando cambios de creciente importancia. En algunas partes del mundo, el mapa político quedó modificado a fondo, si no en la dimensión territorial, sí en la naturaleza de los estados. Éste fue el caso en Europa centro-oriental y en Asia. En otros ha persistido una cierta antigua estabilidad y la trayectoria de las relaciones anteriores.

El número de regímenes o entidades políticamente diferenciados ha aumentado en el mundo de la posguerra fría hasta alcanzar los 230 en 2003.

De ellos, 29 son territorios aún «no soberanos», con situaciones políticas de diversos tipo, y tres no formaban parte de la ONU (Taiwan, Timor Oriental y Vaticano). En la década de los noventa, con datos de 1999-2000, el mapa mundial estaba compuesto por 223 territorios diferenciados, de los que 29 eran aún países dependientes y cinco de los independientes no pertenecían a la ONU. Diez años antes, en 1990, los territorios diferenciados eran 196, 25 de los cuales eran colonias o países en situación de dependencia y 13 países independientes no pertenecían a la ONU por motivos diversos[34]. En consecuencia, mientras ha aumentado el número de estados representados en la ONU, los pequeños territorios aún coloniales no acaban de desaparecer.

Sin embargo, el mapa político del mundo actual no es plenamente inteligible atendiendo en exclusiva a las fronteras políticas entre Estados soberanos cuyo número supera ya los dos centenares. La naturaleza del orden internacional y de las entidades que en él tienen un protagonismo de cualquier tipo no puede analizarse, en un mundo como el de hoy, sobre la base de las soberanías estatales entre las que, por lo demás, existen diferencias y desigualdades tan notables, que hacen irrelevante un análisis basado en tales unidades. De otra parte, el cambio en el papel del Estado nacional es una de las señas de identidad de nuestra época. Los ámbitos político-estratégicos y económico-sociales, además de, en ciertos casos, culturales, de nuestro mundo desbordan ya claramente la estructura estatal-nacional[35]. Más allá de ello, la realidad internacional se fundamenta en torno a grandes áreas o espacios supra o multiestatales diferenciados, que son el resultado de una historia cercana pero acelerada en el último cuarto del siglo XX.

En el mundo de hoy encontrar la clave de las interacciones internacionales exige referirse a espacios geopolíticos complejos, dando, no obstante, a este término un valor libre de los condicionantes ideológicos que se insertaban en las viejas consideraciones de la ciencia «Geopolítica» centroeuropea de inspiración alemana. Espacios geopolíticos no son sólo los que se definen a través de las variables referentes a la población, la raza, el poder territorial, la influencia o los intereses estratégicos de grandes potencias, sino que se definirían también como grandes áreas o zonas del mundo que pueden ser diferenciadas de otras considerando elementos como la homogeneidad económica, formas de civilización, tradiciones históricas, religiones, etnias y sistemas socioecológicos, sin descartar, claro está, al menos en ciertos casos, la similitud geográfica o la significación estratégica. En la era de la globalización, el mundo aparece «globalmente fragmentado» en algunos espacios de este tipo, valga la paradoja. Y el dominio en él de los grandes poderes lejos de haberse atenuado se ha acentuado.

Para presentar una imagen coherente de los diversos espacios existentes en el mundo de hoy podría atenderse a dos criterios: el más clásico sería el

que tuviese como eje para la aglutinación de un amplio espacio en una unidad la variable político-estratégica, tradiciones de gobierno, ubicación en las coordenadas de la comunicación global, regímenes políticos y su evolución y, en último caso, cercanía geográfica. Un segundo eje sería el que girase en torno a los factores de desarrollo, los recursos potenciales, y, en definitiva, la caracterización de sus sociedades como más o menos «avanzadas», lo que las relacionaría, precisamente, con las realidades de la globalización, de su participación en el intercambio económico global.

En el primero de esos casos habría una línea de enfoque básica, la que pondría el acento en la *gobernabilidad global*, un concepto muy en boga hoy entre fuerzas políticas y analistas de la política internacional. El segundo de los criterios fijaría la atención sobre los problemas de la *sostenibilidad* en el panorama del desarrollo mundial. Sin embargo, la convergencia de ambos criterios sería plausible y seguramente productiva, aunque a cambio de algunas distorsiones —en los ámbitos geográficos, sobre todo, pero también en los de civilización—. Espacios de gran interés estratégico para la política de las grandes potencias están situados en el mundo no plenamente desarrollado. Civilizaciones y grados de desarrollo, es decir, gobernabilidad y sostenibilidad, no coinciden en modo alguno en sistemas únicos ni convergentes. Los recursos y la estabilidad política pueden o no aparecer juntos. Así, islamismo, cristianismo o religiones extremo-orientales, por ejemplo, constituyen áreas de civilización perfectamente definibles, pero en su seno existen países de muy diverso grado de desarrollo en todos los órdenes. Por el contrario, espacios geoestratégicos coherentes son compartidos, generando perceptibles conflictos, por países de diversas formas culturales y políticas (continente indostánico, África subsahariana, Sureste Asiático).

Para entender las «fuerzas profundas» que condicionan las relaciones internacionales hoy[36], y poder distinguir espacios coherentes, parece preciso hacer un uso ecléctico de diversas categorías. El problema del orden mundial radica, justamente, en la existencia de esos agrupamientos y rupturas y su dinámica en constante cambio. En consecuencia, la distinción y descripción de los espacios geoestratégicos en el mundo de la posguerra fría debe atender a factores que incluirían tanto como las fronteras establecidas, la situación geográfica o el tipo de regímenes políticos, también los niveles de desarrollo, la conformación sociocultural, la historia, la tendencia de los bloques o alianzas y su papel en la política y economía globalizadas. De esta forma, se hacen visibles algunas grandes líneas que ilustran, en principio, sobre la naturaleza compleja de este «nuevo desorden»[37].



Mapa 1. Espacios geoestrátegicos

Los seis grandes espacios estratégicos

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones que preceden, cabe establecer que el mundo de la posguerra fría ha articulado el espacio planetario entre áreas sociopolíticas y geoestratégicas que podrían agruparse según expondremos ahora, si bien es preciso advertir que no se trata de una estructuración absolutamente nueva, sino que en ella el arrastre histórico tiene una presencia decisiva. En el tránsito entre los siglos XX y XXI existen en el mundo, como una síntesis de realidades más complejas, seis grandes áreas distinguibles entre las que se establecen las grandes líneas de las políticas y la gobernabilidad global: la *capitalista desarrollada*, la *postsocialista*, la *asiática inestable*, la *asiática emergente*, la *africana* y la *latinoamericana*.

Tanto los nombres como los adjetivos empleados para caracterizar algunas de ellas pretenden dar una noción directa de la situación más característica de cada espacio considerado. No es ocultable, sin embargo, que ciertos entrecruzamientos y solapamientos —la posibilidad de colocar ciertos países o estados en una u otra área—, las zonas de influencia y evolución mixta (con ejemplo claro en Latinoamérica) o el grado de inestabilidad, hacen que este o cualquier otro intento de caracterizar espacios geoestratégicos homogéneos no sea sencillo y deje siempre extremos discutibles. Por otra parte, parece claro que estos espacios en el mundo actual y en un futuro previsible van a seguir mostrando su condición dinámica, cambiante, de gran variabilidad; no solamente esos espacios no permanecen estáticos, sino que en su interior se presentan movimientos continuos. Se seguirán produciendo reagrupamientos como consecuencia de procesos de crecimiento o crisis, o distanciamientos que se ven ya emerger[38]. Intentaremos hacer una muy breve síntesis de cada uno de esos espacios geoestratégicos.

La hegemonía a escala mundial pertenece hoy, sin duda, al *mundo occidental*, de desarrollo capitalista y política liberal, liderado por Estados Unidos y Canadá en América y por la Unión Europea en el Viejo Continente. Pero es coherente que en cuanto espacio estratégico y económico integre en sí un país como Japón, cuya historia y tradición cultural es tan diferente. Por el contrario, en coherencia con la propia historia occidental, habría que sumar aquí espacios tan separados geográficamente como los países de colonización ibérica y emigración latina en América, o anglosajona como Australia y la República Sudafricana. Naturalmente, en este espacio, que se confunde de hecho con la noción de «mundo desarrollado», en el que se intentarían conjuntar desarrollo y civilización, son perceptibles de inmediato disparidades, lo que muestra una de las dificultades de la convergencia de criterios que hemos expuesto. El mundo desarrollado, pues, no coincide exactamente con

Occidente; la evolución histórica no nos dice todo sobre desarrollo y forma de inserción en el mercado mundial.

Sin embargo, «mundo occidental» es una expresión perfectamente asumida en el lenguaje de hoy que da una idea clara del espacio a que se refiere. Por razones distintas, la presencia de Japón y de América Latina en esta área presenta problemas de coherencia. No obstante, la «occidentalización» del Japón en muchos de sus rasgos es un hecho histórico consolidado con más de un siglo de antigüedad[39]. Indudablemente, Japón tiene como perspectiva básica ese mundo occidental, pero América Latina tiene su propia dinámica y perspectivas. En consecuencia, creemos que lo correcto es categorizar un área de países de capitalismo desarrollado, indudablemente convergentes en sus intereses estratégicos, constituida por la América del Norte, la Unión Europea, Australia, Nueva Zelanda y la República Sudafricana, a los que se añadiría Japón por su significación en el panorama estratégico y como tercera economía mundial[40]. Por el contrario, como decimos, el espacio Latinoamericano constituye un área específica. Dos grandes agrupaciones políticas y económicas son hoy el núcleo de este mundo desarrollado, EE.UU., y la Unión Europea, sobre todo después de que en los años noventa Japón entrase en una recesión de la que no podrá recuperarse enteramente sino a costa de grandes reformas estructurales[41].

De los dos grandes colosos del desarrollo mundial actual, entre los que no dejan de manifestarse algunas contradicciones, no podemos sino hacer una muy breve síntesis aquí. A la cabeza del mundo desarrollado figuran ya desde la segunda mitad del siglo XX los Estados Unidos de América, con una supremacía indiscutible, que no ha hecho sino acrecentarse[42]. Durante la administración del partido demócrata de Bill Clinton (1993-2000), Estados Unidos pasó a consolidar ya su situación de única superpotencia, adquirida bajo el mandato del conservador George Bush (1989-1992). Aprovechando un excepcional periodo de crecimiento económico, ha afianzado sus perspectivas internacionales. Su situación a la cabeza de la «nueva economía» facilitó el afianzamiento del liderazgo político después del éxito de la Guerra del Golfo[43]. Históricamente, la era de Clinton aparece ya como significativa del gran despegue de un nuevo mundo de relaciones económicas y globalización y de una tendencia al liderazgo mundial no exenta de ambigüedades. El programa de Clinton fue de corte progresista en lo socioeconómico, mientras que sus proyectos de política internacional no eran especialmente renovadores: prosecución de la hegemonía militar, intervencionismo bajo la supervisión (de hecho sólo formal) de la ONU, continuación de las alianzas estratégicas existentes, apoyo a la renovación de Rusia impidiendo allí cualquier peligro de estallido, y una política gene-

ral de promoción de los sistemas democráticos y los derechos humanos, con salvaguardia siempre de sus propios intereses (resistencia a la creación de un Tribunal Penal Internacional, al que terminó apoyando en los últimos días de su mandato).

La Europa desarrollada de hoy se identifica con la Unión Europea de los quince países, que pasarán a ser veinticinco el 1 de mayo de 2004. Se constituye así una agrupación supraestatal que comprende desde el Atlántico a las fronteras eslavas del Este y, por el momento, a las del Sur (sólo Eslovenia será por ahora miembro de la UE)[44]. La Unión Europea de la última década del siglo XX y primera del XXI se ha ido perfilando a través de algunos grandes tratados: el de Maastricht, de 1991, que creaba de hecho la Unión, el de Amsterdam, de 1997, y el de Niza, de 2001[45]. En Niza, en diciembre de 2000, la comunidad procedió a una reforma de las instituciones como paso previo al proceso de nuevas integraciones. El acuerdo, o Tratado de Niza, sobre la base de cesiones mutuas, consagró a Alemania como el país predominante por su peso demográfico y al conjunto de los cuatro grandes —Alemania, Francia, Reino Unido e Italia— como determinantes en las decisiones colectivas de la Unión Europea. España perdió peso relativo, pero seguía colocada entre los países con capacidad de bloquear decisiones, unida a otros Estados.

En los años noventa, las dificultades para el progreso de la Unión Europea fueron esencialmente políticas y se centraron en el fortalecimiento de los órganos comunes de la UE pero también en el diseño de la estructuración de una futura Unión con mayor número de miembros. La «apertura al Este» constituía uno de los fundamentales retos de la Europa unida. De la nueva estructura a conseguir se esperaba un cambio en el grado de supraestatalidad alcanzado, en el peso de cada país, la naturaleza del nuevo ejecutivo de la Unión y la representación democrática de los países y, aún más, en los problemas pendientes de la política exterior y una doctrina militar comunes. Una vez puesta en marcha de forma definitiva la nueva moneda común, el euro, a la que se adscribirían doce de los quince países miembros[46], que comenzaría su curso el 1 de enero de 2002, los problemas de la UE se centraban esencialmente en lo político, con la clara necesidad de modernizar las instituciones comunitarias y, después, en los problemas económicos derivados de la ampliación con diez países más.

Ahora bien, al comenzar el nuevo siglo la Unión se ha empeñado en su más ambicioso proyecto, el de dotarse de una Constitución. La iniciativa política en busca de una nueva UE llevó, por tanto, a la creación de una Convención, presidida por el ex primer ministro francés, Valery Giscard d'Estaing, que redactaría un borrador de Constitución Europea que quedó ultimado a mediados de 2003 y pasó a discusión de los órganos colegiados en

el otoño de ese año. De nuevo, figuras coma las del presidente de la UE, los poderes y el número de ministros y comisarios, el número de votos otorgado a cada país a la hora de decisiones y capacidad de bloqueo de esas decisiones colectivas eran los puntos fundamentales.

La Unión Europea se ha convertido definitivamente en la segunda gran potencia económica del mundo después de EE.UU., si bien comenzó el nuevo siglo inmersa en un cambio de ciclo económico que afectó de hecho a todo el mundo, pero que aquí, en algunos países, llegó al límite de la recesión. El euro se ha convertido en la segunda moneda de referencia mundial, compitiendo con el dólar. Considerada como «bloque estratégico» es innegable la solidez de la Unión, único posible contrapeso económico de EE.UU. a corto plazo. Pero para tener real peso estratégico en un mundo con tendencias al hegemonismo unipolar es precisa una solidez política, una importancia militar y unidad de acción internacional, y esas tres condiciones parecen estar muy lejos aún.

El espacio o *área postsocialista*, ex soviética en general, se definiría, claro está, como el conjunto de los países de socialismo real que formaron parte del bloque soviético. Se trata, sin duda, del espacio estratégico sujeto a mayores cambios dado su propio origen y la continua evolución de la situación internacional. Mientras la Federación Rusa, sucesora geoestratégica del viejo «imperio soviético», ha tendido a convertirse en sí misma en un bloque diferenciado —por su historia, situación, posibilidades económicas y extensión—, a caballo entre Europa y Asia, los demás países postsocialistas han tenido en su horizonte perspectivas muy diversas que siguen siéndolo a comienzos del siglo XXI. Por ello, podría decirse que el bloque postsocialista tiene una dinámica histórica que tiende claramente a su desintegración, al menos en lo que respecta al espacio propiamente europeo. En efecto, los países europeos postsoviéticos han visto su destino orientado hacia el ingreso en la UE[47], de forma que en mayo de 2004 sólo quedarían por ahora sin integrar en ella Rumania y Bulgaria. Mucho más inseguro y, por tanto, mucho más inestable, se muestran la Transcaucasia y las Repúblicas de Asia Central, un inmenso espacio de innegable importancia estratégica en el que hoy se juega una batalla apenas disimulada entre los intereses de la propia Rusia y las pretensiones de influencia en la zona por parte de EE.UU[48].

El más importante país de toda el área, la propia Rusia postsoviética, ha tenido muy particular historia desde 1991, bajo la presidencia de Boris Yeltsin y desde 2000 con Vladimir Putin, estando previstas elecciones presidenciales para 2004. Un inmenso territorio, de población heterogénea, en el que se han dado y se dan un cúmulo de problemas de toda índole, presididos por el quizá más importante y relevante de todos: la extrema dificultad de

fundamentar un orden democrático, un mercado y una economía moderna. El golpe de Estado frustrado en Moscú el 19 de agosto de 1991 hizo de Boris Yeltsin el primer personaje de la nueva situación[49]. Yeltsin sería durante casi diez años el presidente de la nueva Rusia, pero la realidad demostró la magnitud del problema de crear un sistema político democrático al estilo de Occidente y, más aún, de recomponer toda la economía desde la planificación central al mercado libre. «La corrupción financiera sin límites, la degradación nacional y el cataclismo económico en los que se debate Rusia desde la llegada al poder de Boris Yeltsin en 1991 no tienen precedente en la historia del siglo XX»[50].

Políticamente, Rusia atravesó tres momentos distintos bajo la presidencia de Boris Yeltsin, marcados por los años 1991, 1993 y 1996. En el año 2000 accedió a la presidencia el último delfín de Yeltsin, Vladimir Putin, que continúa hasta ahora. Yeltsin tuvo varios colaboradores destacados como primeros ministros y asesores económicos: Gennadi Burbulis, Iegor Gaidar, Víctor Chernomirdin y un hombre más distante como Eugeni Primakov. En líneas generales, el poder siguió siendo ostentado por la antigua nomenclatura. Más del 75 por ciento de los nuevos dirigentes procedían de la vieja clase. Las elecciones de 1996 fueron ganadas de hecho por fuerzas representativas de los «patriotas» comunistas liderados por Gennadi Ziuganov, con fuerte presencia además del nacionalismo corrupto de extrema derecha representado por Zhirinovski. Pero el balance de fuerzas fue favorable a Yeltsin que continuó en la presidencia. Esto inauguró la era del presidencialismo que continúa en la actualidad con Putin[51]. Las líneas generales de la política rusa no han variado; un régimen con libertades formales está de hecho gobernado de forma autoritaria, la corrupción económica continúa, aunque en términos globales la economía ha mejorado. Rusia se ha estabilizado como una potencia regional, cuyo problema interno más grave sigue siendo la rebelión de Chechenia[52], mientras lucha contra la fuerte tendencia a la penetración estadounidense en el Cáucaso —donde los intereses petroleros son la clave[53]— y en las nuevas repúblicas ex soviéticas de Asia, que han ganado una relevancia estratégica insospechada ante la inestabilidad general del centro de Asia y su papel en la política estadounidense.

Los dos siguientes bloques o espacios con características peculiares son los que se conforman en marco geográfico de Asia y el océano Índico. Son las que llamamos aquí áreas geopolíticas del *Asia inestable* y del *Asia emergente*. Asia es el continente más complejo por la notable variedad de todos los factores naturales y humanos, así como por las situaciones políticas que se presentan en ella. Además de los territorios pertenecientes a Rusia y los que forman el antiguo espacio soviético, existen cuando menos otras dos «Asias» diferenciadas[54]. Una, a la que llamamos Asia inestable, en su mayor parte no desarrollada, lo

que no equivale de ninguna manera a decir «pobre», tiene una coherencia como espacio estratégico que se apoya en variados factores entre los que tienen un destacado papel la historia de ese ámbito global desde la desaparición del mundo colonial hasta hoy. Se extiende de oeste a este, desde el Mediterráneo hasta el Índico, desde Turquía hasta Filipinas, y, de norte a sur, en toda la franja continental desde la frontera sur de los antiguos territorios soviéticos —Turkmenistán, Tadjikistán, Kirguizistán— hasta el océano Índico, englobando el subcontinente indostánico y la antigua Indochina (Birmania, Tailandia, Camboya, Laos, Vietnam). Evidentemente, estos límites no pueden ser sino aproximativos. Así, al oeste de ese inmenso espacio, muchos países del África norsahariana y del este africano de la costa del Índico podrían englobarse aquí. Por el contrario, en el otro extremo es clara también la ambigüedad de la situación de países como Indonesia o, incluso, de algunos otros, como Tailandia. Pero los conceptos fundamentales que permiten la definición de esta área aparecen bien definidos.

En el *Asia inestable* ocupa un lugar propio el conjunto de países que basan sus ingresos, su economía y desarrollo en la producción y comercio petroleros. Así, podrían incluirse en un grupo de desarrollo particular estos países de alto nivel de renta per cápita —Kuwait, Emiratos Árabes, Qatar, Arabia Saudí[55], etc.— concentrada en un porcentaje minoritario de la población. En ellos se amalgaman la modernización de los medios de vida material con unas estructuras políticas y sociales absolutamente arcaicas, ligadas a poderes estrechamente oligárquicos e ideologías e interpretaciones del islam conservadoras a ultranza. Las situaciones de Irak e Irán son muy diversas. Hasta 2003 en Irak existió el régimen de Saddam Hussein y la década de los noventa fue extremadamente negativa debido a los resultados de la Guerra del Golfo, el bloqueo impuesto especialmente por Estados Unidos y las privaciones derivadas de ello para la sociedad. Pero el régimen de Hussein y el viejo partido baasista resistieron el embate, hasta el completo cambio de la situación con la invasión del país por tropas de una coalición estadounidense y británica con el apoyo explícito de otros países, pero sin acuerdo de la ONU, en marzo de 2003, que ha supuesto la caída del régimen y la ocupación del país, llevándolo a una situación de alta incertidumbre.

El caso del Irán de la revolución jomeinista es también demostrativo de las convulsiones del mundo islámico. Irán es la realización más típica de la República Islámica, es decir, de una política basada en la ley religiosa. El fundamentalismo del ayatollah Jomeini, apuntalado por una economía basada en el petróleo, ha creado un régimen de estricta observancia coránica, en su versión chiita, que produjo un modelo —en ciertos aspectos seguido también por los talibanes afganos— considerado guía por los movimientos islámicos que han

surgido en otros muchos lugares del mundo árabe[56]. Las tensiones, sin embargo, se han acusado progresivamente en el país a causa del enfrentamiento entre las alas conservadora y más aperturista de la ortodoxia político-religiosa, donde los líderes fundamentales son Rafshanyani, Jatamí o Jamenei. Es cierto también que este amplio espacio de países «tercermundistas», según el lenguaje clásico, incluye situaciones bien distintas. La India, el segundo país más poblado del mundo, la democracia más grande, es un mosaico de etnias y culturas, y mantiene un desarrollo contradictorio que incluye la capacidad de producir la bomba atómica o preparar reputados técnicos en informática, junto a la incapacidad de controlar una inmensa pobreza de buena parte de su población. El subcontinente indostánico —Bangladesh, Nepal, India y Pakistán, Sri Lanka— forma un mundo peculiar y muy inestable. Las posibilidades de un rápido desarrollo se encuentran bloqueadas.

Espacio bien distinto es el *Asia emergente* del que forman parte, aún con notables diferenciaciones, China y el Asia del Pacífico compuesta de países que bien han experimentado en esta época un adelanto espectacular hacia la economía industrial de libre mercado, como es el caso chino, o que han desarrollado economías de enorme pujanza e integración como los países de capitalismo emergente de la franja asiática del Pacífico (Corea del Sur, Taiwan, Singapur, la Federación Malaya [Malaisia] y, más lejanamente, Indonesia) [57]. Hong Kong es ya hoy parte de China aunque con un estatuto especial. La disparidad de este mundo es evidente, pero su tendencia a jugar un destacado papel en la economía globalizada (China fue admitida en la Organización Internacional del Comercio) obliga a considerarla como un conjunto especial con ciertas características comunes[58].

La potencia más importante del Lejano Oriente es con mucho China. La evolución del país en un cuarto de siglo desde un régimen de socialismo real como el existente a la muerte del fundador Mao Zedong hasta otro de capitalismo mixto o de «nacionalismo desarrollista», capaz ya de la capacidad tecnológica para enviar un astronauta al espacio (2003), con Estado de Partido único, no puede ser más espectacular[59]. Durante los años noventa, bajo la dirección de líderes como Li Peng y Jiang Zemin, se mantuvieron los lineamientos de ese régimen estricto de partido único, caracterizado por el férreo control político de la población que ahogó cualquier disidencia, como mostraron los impactantes acontecimientos de la plaza de Tiananmen en 1989. Pero China ha desarrollado un modelo económico singular, donde han sido flexibilizadas ampliamente las estructuras estatistas, y que se ha integrado paulatinamente en el mercado internacional. Siendo el país más poblado de la Tierra, con evidente dinamismo y capacidad de asimilación del progreso exterior, no es extraño, por tanto, que en China pueda verse

hoy la prefiguración de una gran contrapotencia frente al mundo capitalista occidental en el siglo XXI.

La gran potencia china y «los cuatro tigres» son los países principales de lo que Castells llama «economía del Pacífico». Corea del Norte, donde pervive un régimen comunista, y Japón, la gran potencia asiática tradicional, están al margen de este escenario[60]. La crisis financiera de 1997-1998 que tuvo su epicentro en estos países, mostró las fragilidades de algunos de sus sistemas económicos pero trajo también a primer plano las consecuencias de la globalización en el movimiento de capitales «en tiempo real» gracias a las nuevas comunicaciones. En el terreno político, la calidad de los sistemas democráticos de la mayor parte de la región es muy inferior a la del mundo occidental.

África, por su parte, es un continente en el que muchos rasgos inclinan a ver un único espacio geoestratégico del que podría hablarse como África subdesarrollada, que abarcaría prácticamente desde el Mediterráneo hasta las fronteras de la Unión Surafricana, aunque dentro de él no pueden ignorarse las claras diferencias que la separan en varios espacios[61]. Éste es el caso de la región del Magreb, el África sahariana, la Subsahariana y las subtropical y ecuatorial al norte y sur del ecuador. Existe un mundo islámico africano, una región de caracteres homogéneos como el Sahel, entre el Sahara y el trópico, lugar del mayor subdesarrollo, que incluiría el llamado «cuerno de África» y espacios homogéneos también, como el de los Grandes Lagos, con Kenia, Tanzania, Malawi, etc.

En África no existen espacios propiamente desarrollados si se exceptúa un país creado por los pobladores europeos, pero con una población muy mayoritariamente autóctona, como es Suráfrica. Se trata del continente plenamente adscrito al «círculo infernal del subdesarrollo». Es habitual, también, considerar, al menos, dos Áfricas distintas a las que suele separarse por el gran corte geográfico y étnico que significa la zona sahariana. Al sur de ésta se encuentra el gran espacio del África negra, que constituye por sí misma un mundo claramente diferenciado hoy. Lo importante es que a comienzos del siglo XXI en África no se han borrado aún las ostensibles huellas de la colonización europea que despreció siempre palmarias realidades de las condiciones étnicas y sociales de sus poblaciones.

En el periodo posterior a 1989 se han producido en el continente africano importantes acontecimientos (se han completado algunos procesos de independencia, como la de Namibia, gobernada por la Organización Popular de África del Suroeste, SWAPO, han aparecido amplios movimientos fundamentalistas musulmanes, como el FIS en Argelia o fue liberado el líder autóctono Nelson Mandela en Suráfrica, emprendiendo una trayectoria del país

hacia la igualdad de sus poblaciones). Aún persiste algún pequeño enclave colonial (Reunión). La estabilidad política de los Estados africanos, cortados por el patrón de las antiguas potencias coloniales, es bastante escasa, pero existen algunos casos donde el prestigio de un líder o la homogeneidad de la población han permitido alcanzarla, como es el caso de Tanzania. El África mediterránea, con la excepción de Argelia, no dio lugar a perturbaciones serias. En cambio, los golpes militares y las dictaduras más o menos transitorias se han sucedido en el África atlántica tropical y ecuatorial y las guerras han sido endémicas en Angola y en los países del Golfo de Guinea, Sierra Leona, Liberia. Pero ningún gran progreso hacia el desarrollo se ha observado en todo el continente. África ha pasado de la indiferencia para los mercados internacionales a la pérdida de interés estratégico al desaparecer la pugna entre dos bloques. África sólo parece interesar a las potencias ex coloniales.

En *América Latina* las realidades de una civilización común, de una población, unas lenguas y unas formas de vida ligadas a Europa, que conviven con un inmenso fenómeno de mestizaje, no permiten, sin embargo, hablar de una inserción plena en el mundo capitalista desarrollado y globalizado del momento, mientras que las evoluciones más recientes (México, Brasil, Chile) y las que hay en marcha (Argentina) obligarían a hacer más necesaria también la distinción de subáreas que diferenciarían entre un cono sur americano, la región andina, el Caribe, Centroamérica y México[62]. El espacio latinoamericano de los años noventa y comienzos de siglo está dominado por la impronta de la ruptura de la oleada de dictaduras de los años sesenta a las que siguieron diversos procesos de transición a la democracia en los ochenta y, junto a ello, por todo el amplio espectro de las dificultades para salir del subdesarrollo, encontrar modelos económicos que puedan armonizarse con la economía neoliberal y globalizada y reaccionar contra la pérdida de peso de la región en el conjunto económico. Desde el comienzo de los años noventa hasta la actualidad se han producido en el espacio latinoamericano procesos muy diferenciados. En el cono sur, Chile con una notable evolución económica, ha encontrado durante más de una década dificultades para una clara transición a la democracia dada la ambigua relación entre el poder militar y el civil. Sin embargo, con la presidencia del socialista Ricardo Lagos la democracia parece estabilizarse claramente[63]. Argentina, Paraguay y Uruguay, se situaban, por el contrario, ante una crisis grave tanto económica como política al comenzar el siglo. Los grandes problemas de la prolongada crisis argentina llegaron a su cenit en diciembre de 2001, obligando a la renuncia del presidente De la Rúa[64]. Tras un periodo de transición, el país parece orientado hacia la salida de la crisis bajo la presidencia del justicialista (peronista) Néstor Kirchner. El caso de mayor resonancia mundial al comenzar el siglo ha sido el triunfo de

un veterano líder sindical izquierdista para la presidencia de Brasil, Luis Inazio da Silva (Lula da Silva). Un país de enorme potencial como Brasil, la primera potencia económica de Latinoamérica, seguida de México, parece poder armonizar, aunque con dificultades que están por ver, una vía de crecimiento capitalista con unas inmensas reformas en el orden social para una población muy mayoritariamente en malas o muy malas condiciones de vida.

Los países andinos —Perú, Bolivia, Ecuador— no salen del subdesarrollo, aunque las dificultades de cada uno son específicas. El Perú de Fujimori acabó hundido en el descrédito por los problemas derivados del autoritarismo y corrupción de la presidencia de Alberto Fujimori, culminados en las accidentadas elecciones generales de 2000 y la posterior dimisión del presidente durante una estancia en Japón. La nueva presidencia de Alejandro Toledo no parece haber superado la crisis. Bolivia es un caso especial de país con predominio de la población autóctona americana, dominado siempre por la población no indígena que han explotado el país en su beneficio. En 2003 una rebelión popular contra el proyectado negocio privado con el gas natural del país, obligó a dimitir y huir al presidente Gonzalo Martínez de Lozada. Por vez primera la población indígena tiene una fuerza política apreciable.

Los de las riberas del Caribe, Colombia, Venezuela, países ricos también, se hallan inmersos en problemas políticos desde mucho antes de empezar la década de los noventa[65]. La situación de un país como Colombia, crónicamente afectado por una guerra civil entre la insurgencia guerrillera y el poder político gubernamental, no ha cambiado en la década sino, tal vez, para empeorar, aunque formalmente se mantiene el régimen democrático. Pero la presidencia de Álvaro Uribe y su política de firmeza han parecido dar una perspectiva nueva a la reforma del país. El caso venezolano con el triunfo en las presidenciales del militar Hugo Chávez, antiguo golpista, que presentó su candidatura como un proyecto de radical regeneración del país, al que se ha empezado dotando de una nueva Constitución, ha sido enjuiciado de manera dispar. La situación debe ser vista para el análisis histórico-político con cautela, pues es evidente la relación estrecha entre el «reformismo» de Chávez y las lacras antiguas del sistema depredador impuesto por los viejos partidos políticos, prácticamente desaparecidos ahora[66]. Pero los riesgos del autoritarismo populista son evidentes.

En alguna manera, el caso de México está dominado por la experiencia nueva de un fenómeno político de gran significación al final de la década de los noventa como fue el fin del largo periodo gubernamental del PRI de setenta años en el México posrevolucionario en el siglo XX, al ganar las elecciones la coalición centroderechista del candidato Vicente Fox. Pero las esperanzas reformistas que el triunfo despertó no se han materializado en el periodo

de su mandato. El inmenso problema social de un México donde se ha dado un movimiento de rebelión tan particular y original como el zapatista se une a un desigual desarrollo económico y a una presión de las clases altas y de los políticos tradicionales en contra de reformas en profundidad.

Persistencia y diversificación de los conflictos

En la posguerra fría han permanecido enteramente activas las consecuencias de todo orden derivadas de la presencia permanente de conflictos nacionales y transnacionales a muy diversas escalas. Se ha calculado que entre 1989 y 2002 se produjeron ciento ocho conflictos armados en el mundo en setenta y tres lugares distintos, bajo la forma o no de guerra abierta; de ellos, noventa y tres fueron conflictos en el interior de un país. Las pérdidas humanas pueden evaluarse en no menos de tres millones de víctimas directas, la mayor parte de ellas civiles, y alrededor de diecisiete millones de personas refugiadas[67]. La permanencia de los conflictos se ha señalado muchas veces entre las caracterizaciones más específicas del siglo XX pero el cambio de siglo, evidentemente, no la ha modificado. En los años que separan el final de la Guerra Fría de la actualidad, no solamente han persistido, e incluso aumentado, los conflictos armados entre pueblos y Estados, sino que, como dato histórico aún más relevante, han aparecido dos connotaciones nuevas: la presencia de nuevos tipos de conflicto y el aumento de ellos en el interior de los estados[68]. La guerra como resolución de conflictos ha adquirido una dimensión particular y preeminente. Bien es verdad que si la posibilidad de guerra nuclear generalizada fue una de las grandes amenazas posteriores a 1945, medio siglo después, concluida esa forma particular de tensión internacional que fue la Guerra Fría, la perspectiva de una conflagración mundial a gran escala se ha ido alejando.

Los años noventa trajeron a primer plano, en efecto, otro tipo de guerras: las llamadas «de baja intensidad», que son un producto derivado de la forma que ha tomado el sistema de dominación a escala planetaria; la «guerra preventiva», «de anticipación» o la guerra «de intervención», pero también la «guerra humanitaria» o guerra por la salvaguarda de los derechos básicos, son algunas de las caracterizaciones, aunque, desde luego, no las únicas, de las nuevas doctrinas y prácticas del conflicto armado que ha traído el siglo XXI. La larga escala de la conflictividad armada ha cubierto una gama que va desde las confrontaciones localizadas en el interior de los Estados hasta las guerras de nivel regional o local, llegando a alcanzar otro tipo de realidad conflictiva, la de las guerras en función de «intereses globales», «de los recursos», etc. En un mundo unipolar, de extraordinario desarrollo tecnológico y globalización

económica, la guerra «moderna» tiende a convertirse sobre todo en un despliegue de técnicas —de información, electrónica, de localización de objetivos, de opacidad de las acciones, de movilidad—[69], de conjunción de esfuerzos civiles y militares, del Estado y de los medios privados. Las guerras de la era global proceden también de conflictos subyacentes desconocidos antes, su base es esencialmente económico-estratégica y no territorial[70]. Sin embargo, las guerras de antiguo carácter —territoriales, étnicas, religiosas, sociales, etc.— siguen produciéndose.

En el tránsito entre los siglos XX y XXI, los rasgos fundamentales del panorama de los conflictos armados se concentran en su persistencia, primero, su diversificación y, sobre todo, en la novedad de sus motivaciones, orígenes y objetivos, con independencia del perfeccionamiento tecnológico y las nuevas doctrinas sobre la destrucción y los «daños colaterales». Al finalizar la bipolaridad, los sistemas estratégicos y militares antiguos entraron en una fase de reconversión acelerada. En la década de 1990 se calcula que en los conflictos entre Estados han muerto unas 220.000 personas mientras que en conflictos internos han perdido la vida 3,6 millones[71]. Más del 90 por ciento de las víctimas eran civiles, la mitad de ellos niños. En definitiva, el fin de la Guerra Fría y del sistema bipolar ha introducido en el mundo un nuevo sistema de guerras, de armamentos, de estrategias y de previsiones de futuro.

En este contexto ha podido plantearse la discusión de lo que se han llamado «guerras del futuro»[72]. Se han hecho también análisis centrados en ese carácter de «nuevas guerras», enfocando el problema desde la nueva naturaleza de las situaciones conflictivas a escala internacional. Mientras Mary Kaldor ha descrito tres connotaciones que caracterizan tales nuevas guerras que afectan a sus objetivos, medios de combate y financiación, Michael T. Klare ha analizado el tipo preciso de «guerras por los recursos[73]. Por otra parte, el concepto de «intervención» y el derecho a ella se han ampliado, supuestamente siempre bajo la decisión final y la vigilancia de la ONU o la «comunidad internacional», se ha introducido el tipo de «guerra humanitaria» y, en fin, de guerra preventiva que tiene su fundamento en una supuesta lucha contra el terrorismo internacional.

En cualquier caso, no es la guerra misma el único tipo de conflicto, ni todos los conflictos previos, cuyo espectro es mucho más amplio, desembocan necesariamente en ella. En el tiempo transcurrido desde que comenzó la década de los noventa se ha señalado la progresiva «militarización» de las confrontaciones ideológicas, identitarias, étnicas, políticas, policiales y estratégico-económicas. Además, una nueva forma de amenaza global ha sido identificada con el resurgimiento del terrorismo bajo nuevas formas y medios, lo que ha dado lugar a la identificación como origen de esa nueva amenaza de un «eje

del mal», según el presidente estadounidense George Bush Jr. La respuesta militar al terrorismo es una doctrina que inspira la política estadounidense actual[74]. El marco tradicional de la resolución de los conflictos internacionales ha sufrido también tanto una espectacular ampliación como una profunda mistificación. Con ocasión de los conflictos balcánicos de los años noventa se produjo, por vez primera, el desencadenamiento de una acción militar conjunta contra un país sin la aprobación de la ONU. Las decisiones tomadas en 2003 por algunas potencias, dirigidas por EE.UU., de atacar Irak sin esperar un mandato explícito de las Naciones Unidas ha precipitado el deterioro del orden jurídico internacional basado en la existencia de tal organismo.

La geografía de los conflictos

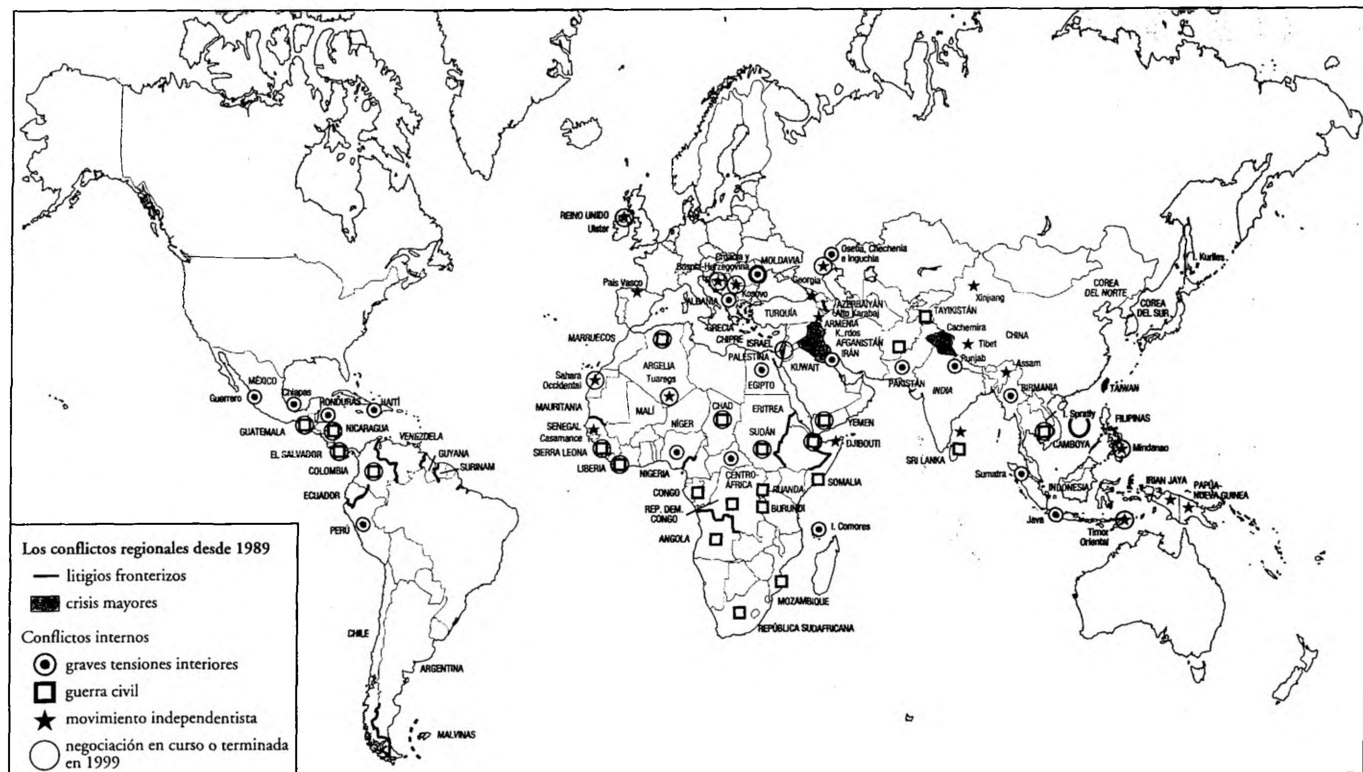
En nuestro tiempo se han sucedido tanto guerras regionales de cierta envergadura con intervención internacional —desde la del Golfo hasta la de Irak, pasando por los Balcanes— como guerras de «baja intensidad» que han afectado casi de forma permanente determinados lugares —Oriente Próximo, Cachemira, África central, Oceanía, América andina—. De hecho, los conflictos armados, o con clara amenaza armada, han sido una constante en casi todas las áreas del mundo, excluida la del mundo occidental desarrollado, pero no el conjunto de Europa. Hay tipos de conflictos nuevos y otros que son antiguos pero toman nuevas formas. En el mundo de hoy, las enumeraciones de las causas de guerra quedan rápidamente anticuadas por la rapidez de los hechos. Podría afirmarse, incluso, que en la historia del siglo XX y lo transcurrido del XXI el proceso de los conflictos bélicos parece haber seguido una lógica discernible derivada del cambio de factores de base: de las guerras intercontinentales, guerras mundiales, que ocupan el periodo 1914-1945, se habría pasado a las guerras regionales (Corea, Vietnam, Oriente Próximo, Afganistán de 1979 a 1989, Irán-Irak de 1980 a 1988), propias de la época de la Guerra Fría, de ahí a las guerras de redistribución (Balcanes, interior de la URSS), hasta las nuevas guerras preventivas o guerras de las recursos (Golfo, Afganistán en 2001, Irak). A estos conflictos de gran o mediana envergadura han acompañado siempre las guerras de baja intensidad o guerras locales (África Central, Cachemira, Chechenia, conflictos en Latinoamérica).

Contemplando la perspectiva que arranca de 1945, han sido guerras intensas las de Corea (1950-1953), Vietnam (1957-1975), árabe-israelí (1967, 1973, 1982), Irak-Irán (1980-1988), de Bangladesh (India-Pakistán), de las Malvinas (1982), de Afganistán (1979-1989), del Golfo (1990-1991),

Balcánicas (desde 1991), Eritrea-Etiopía (1993), Centroafricanas (1994)... (aun sin ánimo de recuento exhaustivo). Pero ello sería sólo considerando los conflictos de más resonancia, lo que llevaría a un error: desde 1945 hasta 1997 ha habido más de ciento cincuenta conflictos e intervenciones armadas, de las cuales algunas están aún obviamente abiertas, con mayor o menor intensidad. Y con un detalle especial: se ha demostrado que pueden alcanzar el corazón de la vieja Europa. En cualquier caso, la posguerra fría ha tenido la particularidad de la presencia en ella de no pocos conflictos armados reales que en los comienzos del siglo XXI han vuelto a tomar un carácter de guerras que si militarmente no son globales son el producto de meditadas estrategias globales y que tienen ese tipo de implicaciones.

La tipología y carácter de los conflictos bélicos que han derivado de las tensiones incontroladas de las zonas más inestables han respondido a algunas grandes direcciones. Descartado el conflicto general, las guerras regionales han surgido de dos presupuestos. Las que han sido resultado de una «intervención internacional» como respuesta teórica a graves desajustes o agresiones localizadas, amenazas territoriales, étnicas o económicas. De ese tipo amplio pueden considerarse las guerras de la década de 1990 en lugares clave: Golfo Pérsico, Balcanes, Somalia. El caso de África es particularmente llamativo, porque esas intervenciones se han producido o no en razón de las condiciones de interés para las grandes potencias que los territorios afectados poseían. Tal es el caso de la zona de los Grandes Lagos, Congo, Sudán. Y las guerras o conflictos locales donde esas intervenciones internacionales no se han producido y la resolución de los conflictos se ha dejado a los países implicados por intereses regionales, pero siempre con el respaldo de grandes potencias. Son los casos del enquistado conflicto Israel-Países Árabes, Cachemira, etc. Con el paso de los años ha ido desarrollándose el concepto tanto de «guerra humanitaria» como el de «guerra antiterrorista», ocupando ésta el lugar esencial a comienzos del siglo XXI, según veremos.

El primer conflicto internacional armado de gran escala de la era de la posguerra fría fue la Guerra del Golfo (Pérsico) desencadenada con la invasión de Kuwait por las fuerzas del Irak de Saddam Hussein, «justificada» en una vieja reclamación territorial histórica de aquel territorio y obligada de hecho por los problemas económicos del régimen iraquí. Comenzaría de hecho el 2 de agosto de 1990 con la invasión iraquí. La guerra se desarrolló entre el 17 de enero y el 28 de febrero de 1991. A la invasión se opuso una coalición de potencias occidentales, dirigida por Estados Unidos, que expulsó a los iraquíes en pocas semanas, imponiendo al país agresor condiciones militares y económicas duras, pero sin forzar la caída de su régimen político, que pervivió algo más de una década.



Los conflictos regionales desde 1989

Se sucedieron luego largos enfrentamientos bélicos en Europa centroriental, en los Balcanes, surgido como conflicto interno de un Estado, Yugoslavia, que ha tenido una inmensa repercusión y consecuencias internacionales, ha reabierto el debate político e ideológico, y acabó provocando un tipo de intervención militar, por obra de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que carecía de antecedentes. El siglo XXI ha visto la Gran Yugoslavia fragmentada en nuevos estados —Eslovenia, Croacia, Macedonia, la Federación Bosnio-Croata-Musulmana— y la Yugoslavia del presidente Kostunica reducida a Serbia y Montenegro, con la amenaza de secesión de este último y el estatuto especial en la antigua región federal de Kosovo.

La nueva guerra de los Balcanes ha sido un factor persistente de conflicto en la posguerra fría, conflicto este que fue paradigmático de la falta de una respuesta internacional suficiente frente a su emergencia —ONU, OTAN, EE.UU., UE, Rusia—, de forma que fue avanzando sin serias medidas internacionales para evitar crímenes. Las primeras separaciones del Estado yugoslavo fueron las de Eslovenia (octubre de 1991) y Croacia (1992). El caso de Croacia fue más complicado porque con esa causa se entabló ya una verdadera guerra civil. El conflicto pasó luego a Bosnia-Herzegovina, que proclamó la independencia en referéndum de febrero de 1992, pero donde había una intrincada complejidad étnica de bosnios —de religión musulmana—, serbios y croatas. La guerra balcánica, una guerra interétnica llena de hechos crueles y descontrolados contra poblaciones civiles, que dio lugar a un importante despliegue publicístico también, se ha desarrollado en diversas fases, arrastrándose durante casi diez años.

El episodio final fue la intervención aérea de la OTAN, seguida de una ocupación internacional terrestre, a causa de la represión serbia en la provincia de Kosovo, en 1999, que ha llevado a la administración internacional de esta provincia. Mientras, la vieja Yugoslavia quedó reducida a los territorios de Serbia y Montenegro, en tanto Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia se convertían en países independientes[75]. La derrota electoral del dictador serbio Slobodan Milósevic a fines de 2000 abrió una posibilidad de iniciar una nueva etapa en la región, caracterizada por el diálogo y la relativa estabilidad conseguida bajo la presidencia de Kostunica.

Guerras «de sucesión» se han producido en el antiguo territorio soviético —Armenia-Azerbaiján, Georgia, Moldavia, Chechenia—. La guerra de Chechenia fue, y continúa siendo, la más grave en el interior del antiguo territorio soviético, más aún que el conflicto armenio-azerí por la disputa del territorio de Nagorno-Karabaj[76]. Si pasamos al Medio y Lejano Oriente, los conflictos más notables tienen también raíces anteriores. El más antiguo conflicto asiático es —con excepción del latente siempre entre las

dos Chinas, la continental y Taiwan— el que enfrenta al Estado de Israel con las poblaciones palestinas de su territorio y de su entorno, que en la década de 1990 conoció novedades como la concesión de autonomía a los palestinos en algunos enclaves, pero en el que no ha cesado, ni hay perspectivas inmediatas de ello, el enfrentamiento violento[77]. Habría luego que citar los casos de Afganistán, con el levantamiento de signo islámico de los talibanes, y la disputa permanente entre India y Paquistán por el territorio de Cachemira.

En el Lejano Oriente pasó ya la época de las grandes guerras poscoloniales, que dejaron una terrible huella en todo el sudeste, la antigua Indochina (Vietnam, Camboya, Laos, Tailandia), pero la inestabilidad en la década afectó también a países como Indonesia, Filipinas y Sri Lanka, todos con graves problemas interiores que han desembocado, en el primero de los casos, en la independencia de la mitad oriental de la isla de Timor.

En África se han desarrollado también algunas de las más devastadoras guerras, originadas en general por los enfrentamientos interétnicos, por el permanente problema de la inestabilidad de los Estados existentes, herencia del periodo colonial, que ignoran las fronteras de las etnias, y por el empobrecimiento en gran escala de todo el continente, desde el Sahara hasta el Kalahari, tras lo cual aparecen siempre motivaciones económicas más o menos ocultas[78]. El conflicto que produjo más víctimas fue el de la zona de los Grandes Lagos, Uganda, Ruanda, Burundi y República del Congo en guerras internas y externas desde 1993. Otros conflictos armados africanos han sido los de las ex colonias portuguesas Angola y Mozambique. La inestabilidad ha afectado durante todo el periodo a la zona del Golfo de Guinea, donde se habían desarrollado anteriormente terribles conflictos, como el de Nigeria, pero que han llegado a alcanzar un país tradicionalmente estable como Liberia, el último, por el momento, de los conflictos internos africanos. En Argelia se ha desarrollado un casi permanente conflicto de la guerrilla islámica antigubernamental y el llamado «cuerno de África» fue otro de los puntos calientes por los enfrentamientos entre Eritrea y Etiopía y la guerra interna en Somalia.

Los conflictos armados de la década en países de Iberoamérica tienen la particularidad de estar muy localizados y de aparecer, en general, como especímenes de la clásica lucha de guerrillas contra el poder gubernamental[79]. Acabado, de manera evidentemente irregular durante la presidencia de Fujimori, el problema del grupo maoísta Sendero Luminoso en Perú, los casos vivos son los de la guerrilla en Colombia, y la rebelión zapatista en México, mientras se resolvían los de América Central en El Salvador y Guatemala. Caso de enfrentamiento entre estados fue la guerra fronteriza entre Perú y Ecuador,

de corto alcance militar pero mucho más político motivada por problemas de delimitación de fronteras.

A la vista de este panorama, no cabe ninguna duda de lo acertado de la consideración que mantiene que una clave de nuestra época es la presencia continua de conflictos regionales, frente a los cuales la intervención de un orden pacificador internacional se ha mostrado impotente. La resolución o no de conflictos a fines del siglo XX no estaba en relación con su gravedad, su persistencia, su antigüedad, el número de sus víctimas o su manifiesta injustificación, sino sencillamente con los intereses, o la falta de ellos, de la «potencias centrales» del mundo desarrollado[80].

Las guerras del siglo XXI

El análisis histórico de los nuevos conflictos bélicos surgidos al comenzar el nuevo siglo, entre 2001 y 2003, no puede prescindir de la consideración de los complejos precedentes políticos y de todo orden que estas nuevas guerras arrastran. La deriva bélica es una dificultad añadida y, seguramente fundamental, para la búsqueda de un orden internacional más justo y estable[81]. Teniendo su origen en la respuesta militar a la acción terrorista de gran alcance desencadenada en septiembre de 2001, la guerra abierta ha llegado de nuevo a la zona más conflictiva del planeta, el Asia inestable. Conflictos persistentes como el israelo-palestino, la disputa de influencias en Asia central, la presencia militar extranjera en países islámicos y la injerencia en sus disensiones, están indudablemente entre los antecedentes de los sucesos recientes[82]. El episodio central del 11 de septiembre de 2001 ha dado un vuelco aún de mayor gravedad a la tensión bélica que venía manifestándose en la posguerra fría.

Existen dos elementos de juicio que deben ser tenidos en cuenta para juzgar la naturaleza de estos nuevos conflictos. Uno es, sin duda, el carácter y amplitud desconocidos de la amenaza «terrorista» y de la respuesta provocada; el otro es la imbricación en el problema de nuevas tensiones que pueden ser catalogadas bajo un rótulo general de conflictos por «la hegemonía» y, no menos, por «los recursos». En ningún caso esos factores tienen carácter coyuntural, sino que, más bien, parecen representar el comienzo de una nueva era en las concepciones y desarrollo de las acciones estratégicas y de la búsqueda de posiciones hegemónicas[83]. Junto a la lucha por el control de espacios estratégico-económicos, parecen incidir también, indudablemente, nuevas amenazas de orden ideológico, conflictos de civilización, reacciones contra la injerencia o búsqueda de vías sociopolíticas independientes del poder do-

minante en determinados ámbitos de civilización. El encadenamiento de los sucesos es intrincado y su presentación mediante unos poderosos medios de influencia y difusión, también. Si la «amenaza terrorista» y la materialización de ella han podido actuar como detonante, razones de mayor profundidad de la nueva situación deben ser buscadas, sin ninguna duda, en otros factores que intentaremos analizar.

Los conflictos bélicos en Afganistán e Irak al comenzar el nuevo siglo, con su peculiar forma de producirse como iniciativa de la única gran potencia, EE.UU., legitimada en cuanto respuesta a esa amenaza supuestamente global —la denominada del «eje del mal»— que practica acciones terroristas, coordinadas a nueva escala, con implicación, también supuesta pero no claramente demostrada, de determinados Estados, presentan un nuevo y extraordinario carácter. La sospecha de que la explicación terrorista no es suficiente como origen del problema y como móvil único, sino que debe ponerse en relación también con movimientos, ligados a intereses explícitos de economía y estrategia, que no son nuevos tampoco[84], ha añadido a la situación una particular vertiente, ha desencadenado un debate político internacional de gran alcance, ha quebrado algunas políticas anteriores y hace muy difícil un juicio bien fundamentado para su explicación histórica. En el terreno estricto de los hechos, un acontecimiento de inmensa resonancia y de consecuencias —a corto, medio y largo plazo— que aún siguen su curso, de desembocadura más o menos previsible, vino, nada más abrirse el siglo XXI, a destacar crudamente la nueva cara de la amenaza terrorista pero también, naturalmente, a mostrar la otra faz a que nos hemos referido de los problemas incubados en diez o más años de carencia de un orden mundial con fundamentos aceptados.

En la mañana del 11 de septiembre de 2001, puntos vitales del aparato económico y político en territorio de EE.UU. fueron objetivo de ataques terroristas que han sido descritos y glosados en todos los medios múltiples veces, en los que, signo de nuestro tiempo, confluyó también la peculiaridad de haber podido ser «visualizados» prácticamente en todo el mundo casi en tiempo real, gracias a la continua cobertura de los medios de comunicación audiovisuales[85]. Cuatro aviones de líneas comerciales estadounidenses, secuestrados en pleno vuelo y en manos de pilotos suicidas, fueron dirigidos a estrellarse con todo su pasaje y tripulaciones contra las dos torres del World Trade Center de Nueva York, contra el centro neurálgico del aparato militar del país, el Pentágono, y del poder político, la Casa Blanca, éstos en Washington. Sólo este último objetivo fracasó de forma completa porque el avión secuestrado no alcanzó su destino sin que hoy se conozca bien la auténtica razón. El ataque neoyorquino fue el que consiguió plenamente su objetivo, dando lugar a un número de víctimas que ha sido imposible calcular de for-

ma exacta, cifrándose ahora, dos años después del suceso, en alrededor de tres mil, la más alta con mucho ocasionada nunca en un ataque terrorista.

El gobierno estadounidense declaró de inmediato el hecho «acto de guerra» y se propuso en consecuencia una respuesta militar. Ello encerraba ya una trascendental importancia. Los hechos tuvieron un enorme impacto interior y en la opinión mundial, y en los círculos políticos, desencadenaron una oleada de condenas y de solidaridad internacional. Esta forma nueva de ataque contra un Estado —que hizo surgir la comparación, impropia, desde luego, con un hecho histórico anterior como el ataque japonés a Pearl Harbour en 1941— colocó al terrorismo, bajo todas sus formas, en una tesitura estratégica de excepcional importancia[86]. El acontecimiento ha sido llamado en términos periodísticos, como hemos visto, la «primera guerra del siglo XXI» y ha creado un arquetipo de conflicto con violencia masiva e indiscriminada como «11 de septiembre» en un paradigma y una referencia llamados a perdurar. Concurre, además, la circunstancia de que el terrorismo atribuido o atribuible a grupos terroristas, ligados en concreto al islamismo radical, ha tenido otras manifestaciones desde entonces —atentados de Bali (Indonesia), Casablanca, Estambul, Palestina e Irak— que han mantenido en primer plano el problema con todas sus derivaciones.

Pero de tanta o mayor importancia que los daños de todo tipo derivados del acontecimiento y de los que le han seguido se han mostrado las consecuencias profundas para la política y estrategia mundiales que han desencadenado. La magnitud y novedad de este tipo de ataque, puesto al nivel de lo «inconcebible», la misma posibilidad de su ejecución frente a un sofisticado aparato de seguridad, la autoría atribuida a una pequeña, pero muy ramificada y bien planificada, organización clandestina, Al-Qaeda, dirigida por un viejo conocido de la política exterior estadounidense, el saudí Osama Ben Laden, cuyo protagonismo en ataques anteriores es conocido también como primer sospechoso de la responsabilidad por los ataques a las embajadas estadounideneses en Tanzania y Kenia, han tenido un impacto extraordinario, de forma que algún autor ha llegado a señalar que el hecho representaba el «final de la posguerra fría»[87]. Pese a la cercanía del hecho, a los muchos puntos oscuros que su ejecución presenta, su inédita magnitud, los intentos de explicarlo en perspectiva histórica han estado presentes desde el primer momento.

¿Cómo puede explicarse y cuáles son las raíces de esta nueva forma de violencia política en gran escala? *How did this happen*?, como se titulaba un conjunto de estudios de autores estadounidenses poco posteriores al suceso[88]. Dos años después, y tras nuevos y graves acontecimientos, esta pregunta es objeto de toda clase de respuestas. Su falta de precedentes, la magnitud, organización y el propio éxito para inspiradores y ejecutores, son claros, pero ¿a qué preten-

den responder exactamente? Como es natural, la respuesta ha variado en un amplio espectro de explicaciones: la convulsión y problemas de modernización en el mundo islámico, la propia política estadounidense y sus fluctuantes precedentes, el reflejo del conflicto entre Israel, gran aliado y protegido de EE.UU., y los palestinos, el choque entre civilizaciones, las ideologías fundamentalistas cuyo ejemplo arquetípico han sido los talibanes afganos...

La relación del suceso con movimientos de resistencia y acción activos en el mundo islámico es indiscutible pero permanece oscura la verdadera extensión de la conspiración y la trama a la que responde. Una práctica del terrorismo basada en acciones suicidas hace más difícil aún la aclaración de su origen. No fueron escasos en el siglo XX las actividades y sucesos de inspiración terrorista, fracasados o exitosos, destinados a producir enormes masacres que obligaran a cambiar el curso de políticas concretas[89]. Pero en el caso de ahora se trataba de un ataque a un país desde el exterior y las acciones han alcanzado después a otras partes del mundo. No es posible ignorar, desde luego, que la amenaza de la violencia terrorista presenta una nueva cara, y tiene un nuevo alcance en los últimos tiempos. Pero es harto conocido que el problema del terrorismo como forma de acción política, incluso a escala internacional, no es nuevo, aunque sus medios de acción se hayan mostrado ahora mucho más sofisticados, poderosos y extendidos que en épocas anteriores a la posguerra fría.

El terrorismo ha sido una amenaza de orden nacional e internacional que adquirió sus primeros visos de problema mundial importante desde los años sesenta, en los ochenta se comenzó a hablar ya del «terrorismo global» y a partir de entonces se ha dedicado un gran esfuerzo a su estudio[90]. La reemergencia de las acciones terroristas en nuestro tiempo ha sido ya repetidamente señalada como fenómeno de especial gravedad. La particularidad más destacada ahora es la insistencia en su carácter de «amenaza global», la insistencia en su carácter de «guerra» y no de producto de situaciones límite no declaradamente bélicas[91]. No se le considera amenaza localizada y de baja intensidad, sino producto de estrategias de grupos y de intereses de alcance internacional.

Desde antiguo, el terrorismo ha respondido normalmente a una forma concreta de ideologización e instrumentalización de la violencia por obra de organizaciones, normalmente clandestinas, adecuadamente estructuradas y orientadas por diversos tipos de motivaciones: religiosas, étnicas, nacionalistas, sociales y, más específicamente, políticas. Pero su naturaleza de instrumento político de grupos minoritarios frente a poderes establecidos ha ganado fuerza e insistencia en detrimento de su frecuente apariencia también de producto de tensiones sociales. Sus causas y objetivos se han hecho más

complejos y más amplios y sus efectos, más destructores. En fin, la nómina histórica de organizaciones terroristas es extremadamente amplia, como cabe suponer, y ocupa un espectro temporal y sociopolítico bastante amplio, desde el siglo XIX y la época clásica del anarquismo hasta las organizaciones actuales del tipo de Hamas, Yihad islámica, Frente Moro o Al-Qaeda y, naturalmente, muchas más[92]. Pero nada de esta diversificación del fenómeno y del crecimiento de su importancia reciente puede ser explicado en relación con la situación de comienzo de siglo si no se atiende muy prioritariamente a la cuestión de las causas de la reemergencia terrorista y no se presta atención a la naturaleza de las respuestas que se sostienen hoy doctrinalmente. El terrorismo internacional de nuestra época no es el «origen» del conflicto, sino el síntoma y el resultado de conflictos previos. Presente, desde luego, una nueva faz del conflicto y ha dado lugar a nuevas formas de política.

Un dato no excluible en la consideración del problema actual es que, en la estela de grandes atentados recientes, que muestran, entre otras cosas, la difusión y sofisticación de los medios de destrucción y de las organizaciones puestas a su servicio, el terrorismo ha sido convertido por ciertos medios políticos, intelectuales, económicos, confesionales, bajo la cobertura general de una visión estrechamente conservadora, del mundo desarrollado, en la gran amenaza o, más aún, la única amenaza de nuestro tiempo. Además, es presentado como amenaza unidireccional, de un solo sentido y un solo objetivo. En su conjunto, estas visiones tienen un sesgo de evidente manipulación y cuentan, por tanto, con sus contradictores[93].

La existencia de poderosas organizaciones terroristas, focalizadas en la organización islámica Al-Qaeda, a la que se le atribuyen hechos anteriores como los ataques a embajadas de EE.UU. en África y posteriores como el atentado en Bali (Indonesia) con decenas de muertos, la ineficacia de los medios de prevención y protección convencionales, la naturaleza militar de la réplica posterior, las políticas antiterroristas a escala mundial y la falta de precisión en el diagnóstico sobre «los terroristas», han introducido un nuevo escenario y han hecho al mundo, indudablemente, más inseguro. La verdadera significación, alcance, posibilidad de extensión e impacto a largo plazo sobre el orden internacional son cuestiones en plena discusión hoy.

Bajo la cobertura de defensa contra la amenaza terrorista y la necesidad de la respuesta militar, que ha llegado a ignorar la legalidad internacional sustentada hasta ahora por la ONU, laten sin duda peligros para el orden mundial que no existían antes. Concepciones como la del «choque de civilizaciones», enfrentamientos entre fundamentalismos, protección —real o supuesta— de derechos básicos, se aducen junto a inequívocas muestras de prácticas políticas de planificación de futuro, de previsiones económicas,

estratégicas o ideológicas, de forma que las verdaderas raíces de los problemas distan de estar explícitas. Parece claro, en definitiva, que el panorama del orden mundial ha experimentado una extraordinaria inflexión negativa desde el otoño de 2001, reapareciendo problemas cuya génesis es anterior a la conclusión misma de la Guerra Fría pero que se presentan desde entonces con una nueva perspectiva.

A partir de las acciones del 11 de septiembre, la política estadounidense y, en su estela, toda la política mundial, estuvieron absolutamente dominadas por la consideración de la respuesta a los hechos mencionados. Atribuida la autoría de los grandes actos terroristas a la organización creada por un activista antiestadounidense como Osaman Ben Laden, y dado que éste tenía su base en el Afganistán del régimen de los talibanes del mulah Mohamed Omar, la iniciativa de EE.UU. se dirigió de inmediato, desde el 18 de septiembre, a pedir a las autoridades la entrega de Ben Laden. A pesar de las presiones de Pakistán, los talibanes se negaron a ello. La administración Bush tomó la decisión definitiva de destruir el régimen afgano y las acciones militares comenzaron en octubre. Ello produjo una nueva guerra de Afganistán que condujo de forma relativamente rápida y sin apenas acciones terrestres a la destrucción de ese régimen y la ocupación militar del país[94]. Después ha venido la etapa de la «reconstrucción» y el intento de establecer allí un régimen de democracia de partidos, bajo la tutela internacional, etapa en la que se permanece por el momento, no sin que todos los demás problemas del país permanezcan pendientes.

Alrededor de dieciocho meses después, Estados Unidos, tras una laboriosa preparación en este caso, lanzó principalmente desde el Golfo Pérsico, una ofensiva militar contra el Irak de Saddam Hussein y su régimen que comenzó el 19 de marzo de 2003. El Consejo de Seguridad de la ONU no llegó a adoptar nunca una resolución que permitiera una acción militar contra el régimen iraquí más allá de la R. 1448, que establecía estrecha vigilancia sobre el armamento del régimen, pero sin prever la intervención militar directa. A la acción militar se opusieron prácticamente todos los miembros de ese organismo, mientras un miembro permanente de él, Francia, decidió oponer su derecho de veto ante una resolución que previera la intervención. Sólo Gran Bretaña, Bulgaria y España dieron su apoyo la Posición prebélica de EE.UU. La decisión de EE.UU. de efectuar en todo caso un ataque inmediato tuvo, en este contexto, el apoyo de Gran Bretaña y España plasmado en la reunión de las islas Azores en marzo de 2003.

El ataque militar se llevó a cabo por fuerzas de EE.UU. y Gran Bretaña sin autorización de la ONU y, en consecuencia, contraviniendo los principios jurídicos y políticos en que se basa la organización. Este acontecimiento ha

significado, por consiguiente, la consagración de políticas internacionales desarrolladas desde el comienzo de la década de los noventa, que han ido ignorando progresivamente esa legitimación y legalidad internacional establecida desde 1945, destinadas a introducir nuevas realidades en el orden internacional de la posguerra fría. En este caso, aunque no sin precedentes (Kosovo, 1999), el orden jurídico internacional ha sido violado sin paliativos. Aunque la acción propiamente militar fue rápida, más de lo supuesto, y un completo éxito, el incendio en Próximo y Medio Oriente estaba prácticamente asegurado[95]. Como episodio militar propiamente dicho la guerra de Irak no pasó del 1 de mayo de 2003[96].

En los años transcurridos del siglo XXI, el camino seguido por el orden internacional no ha dejado de encontrar continuamente nuevas encrucijadas de conflicto. Tanto en Afganistán como en Irak, los medios proclives a estas acciones no han dejado de hablar de la presencia de nuevo del tipo de guerra de «intervención» que se abrió en los años noventa sostenida mediante coaliciones internacionales legitimadas por la ONU. En buena parte, esa visión es una falacia propagandística: no son las mismas guerras ni, desde luego, las mismas coaliciones. Contrasta fuertemente la práctica unanimidad con que los estados e instituciones de todo el mundo respondieron a la llamada de solidaridad de la potencia agredida el 11 de septiembre y los propósitos de acción multilateral contra las bases y las acciones terroristas de aquella índole, que llevaron a un apoyo incuestionado incluso a las acciones militares contra sus focos[97], con la ruptura clamorosa del consenso internacional que la propuesta de «guerra preventiva» contra Irak desencadenó.

La Guerra del Golfo en 1990 suscitó la práctica unanimidad frente a la invasión de Kuwait. Fue aún una guerra de amplia coalición entre potencias y con el acuerdo de la ONU, cuyo gasto fue cofinanciado por estados como Japón y Alemania. En las guerras balcánicas se manifestaron ya las primeras disensiones sobre la intervención internacional al mezclarse en el problema una acción militar coordinada por la OTAN que no contaba con el apoyo de la ONU. La acción contra Afganistán, si bien con escasa intervención militar no estadounidense, fue también consensuada en el plano internacional y autorizada por la ONU. El panorama ha cambiado profundamente en la relación con la acción militar contra Irak, lo que coloca de nuevo al orden mundial en una situación de deterioro que sigue su curso.

La política de la Administración estadounidense presidida por el presidente G. W. Bush a partir del año 2001, condicionada, sin duda, por los episodios sin precedentes del 11 de septiembre, ha llevado las relaciones internacionales a una dinámica nueva e inédita en medio de una disputa política e internacional que ha mostrado una brecha desconocida entre Europa y EE.UU., bajo

la mirada en algún modo expectante de potencias como Rusia y China. La política estadounidense y quienes la apoyaron ahora pretendieron con todo tipo de esfuerzos fundamentar la intervención en la posesión por el régimen iraquí de «armas de destrucción masiva». La larga historia de la búsqueda de tales armas con inspecciones prolongadas, auspiciadas por resoluciones de la ONU y bajo su mandato, a lo largo de la década de 1990 es bien conocida y no consiguió encontrarlas. Algunos analistas norteamericanos, como el historiador Arthur L. Schlesinger, han acertado a describir con brillantez lo que la política de Bush y sus asesores, basada en la «guerra preventiva» o «guerra anticipatoria» contra amenazas emergentes, caracterizadas de terroristas y sostenidas por el «eje del mal», tiene de ruptura de una tradición norteamericana en política exterior, que había rechazado siempre tal tipo de guerra[98].

Buscando un nuevo orden: de la bipolaridad a la unilateralidad

El largo epígrafe dedicado a la descripción —que aun así no puede considerarse más que indicativa— del género de conflictos con los que el mundo se ha enfrentado en la posguerra fría ha dejado aplazada una consideración más detenida referente a la inexistencia, que ya hemos señalado, de un orden internacional sucesor del de la Guerra Fría, cuya búsqueda, o cuya obstaculización también, ha experimentado un dinámico y dramático movimiento en las relaciones internacionales desde 1989. Para terminar el capítulo, es conveniente analizar algo más de cerca cuáles son las circunstancias históricas que presiden, en sus precedentes, realidad presente y perspectivas, lo que de forma reiterada se ha llamado el «desorden internacional» y su evolución.

Partamos de una consideración histórica que nos lleva a señalar que ya en el curso mismo de la última guerra general que asoló el siglo XX empezaron a buscarse y proponerse los fundamentos de un nuevo orden mundial. Ése fue el significado de la Carta del Atlántico y a ello atendieron sucesivas cumbres de los gobernantes aliados antes de 1945. Al finalizar el conflicto, las relaciones entre Estados vinieron a sujetarse a uno nuevo entre los «órdenes mundiales» a los que los Estados habían venido ajustándose en toda la Edad Moderna desde el siglo XVII, por lo menos, en que en las llamadas Paces de Westfalia (1648) se impusieron doctrinas fundamentales sobre las relaciones entre Príncipes y Estados. La preocupación por establecer un orden jurídico, ideológico, incluso moral, claro en las relaciones entre las potencias en la era de los Estados nacionales produjo sucesivamente diversos «sistemas» u «órdenes» en las relaciones internacionales que culminarían en el siglo XX en la obra de la Conferencia de París (1919). Allí quedó constituida la Sociedad de Naciones[99].

Ha sido en el siglo XX, desde luego, cuando esos sistemas internacionales han adquirido el carácter de «sistema mundial» al desbordar el marco histórico europeo. Con anterioridad, el eje de todos los sistemas había estado en Europa. Fue el presidente de EE.UU. W. Wilson, a partir de sus «Catorce Puntos» de 1918, el que definió una nueva doctrina de la diplomacia. La que se plasmó luego en la Sociedad de Naciones, de la que, por cierto, EE.UU. no formó parte al rechazarlo el Congreso. La particularidad de los sistemas de relaciones mundiales del siglo XX estribó precisamente en la nueva concepción de una diplomacia abierta, multilateral e, incluso, en cierta manera, «asamblearia», aunque también jerarquizada. La heredera de la Sociedad de Naciones fue, justamente, la Organización de las Naciones Unidas, constituida en 1945 y cuya sede estuvo ya en América. El sistema internacional basado en la ONU sería, pues, el producto más elaborado de las nuevas concepciones de la diplomacia en el siglo XX y el aparato jurídico-político de referencia en las relaciones internacionales. El lugar también de grandes batallas políticas durante todo el periodo de la Guerra Fría[100].

Conviene, no obstante, tener en cuenta, para cualquier consideración histórica de hecho sobre el funcionamiento de las relaciones internacionales, que el orden jurídico es una cosa y la relación real entre poderes y potencias otra, que no siempre convergen. La ONU, obviamente, con sus instituciones, no detuvo el funcionamiento real de un sistema de alianzas conocido como mundo bipolar. Una cosa es, por tanto, el derecho y otra la política internacional, aunque el ideal ha sido siempre el encuentro de ambas. Pero ello no impedía, precisamente, la consideración convergente de los dos planos, de forma que sistemas de alianzas y alineamientos ideológicos y estratégico-políticos tenían su foro de confrontación en la ONU con arreglo a unas reglas precisas. Muchas de las batallas políticas y diplomáticas a que el sistema obligaba se dieron en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU. El siglo XX aportó, precisamente, con una notable impronta del idealismo político y democrático de Wilson, el principio de una acción política internacional subordinada a ese orden jurídico, estableciendo, incluso, un limitado sistema de sanciones para su incumplimiento.

Ahora bien, en nuestro propio tiempo, como ya se ha apuntado antes, la novedad en cuanto a las relaciones internacionales reside en la ruptura de hecho y progresiva de ese mundo de principios jurídicos que aportó el siglo XX, sin que se haya hecho presente la posibilidad de su sustitución por otro. Mientras el más alto organismo internacional, la ONU, ha permanecido en su función —si bien con un deterioro creciente—, ha sido el orden político mismo, el sistema real de las relaciones entre Estados, el que se ha visto afectado hasta hoy por una clara indefinición en la que, por supuesto,

se han ido dibujando o consolidando, en todo caso, tendencias definidas en el poder internacional. Se ha producido, pues, cada vez en mayor medida, un distanciamiento entre esa concepción de la política remitida a una gran asamblea multilateral —aunque con sus limitaciones— y la práctica real de las estrategias y objetivos de la, o las, grandes potencias. La cuestión es, por otra parte, que tras la desaparición de facto del equilibrio estratégico entre dos grandes bloques, es decir, el sistema bipolar, ningún otro más o menos estable y aceptado ha venido aún a sustituirle. La evolución en la pugna, las tensiones, los movimientos y las reticencias en la búsqueda de ese orden político nuevo han sido la característica de toda la posguerra fría.

En efecto, desde 1989-1991 el viejo orden mundial ha sufrido un decisivo vuelco. Ello es una importante razón de más, hemos dicho, para considerar que la «matriz histórica» del tiempo que vivimos no puede ser ya relacionada con aquel viejo orden, sino precisamente con su paulatina pero profunda transformación o con los cada vez más claros vaticinios de su abandono definitivo. El sistema internacional de las Naciones Unidas no ha desaparecido, pero está en insoslayable crisis, sobre la que cada vez se alzan mayor número de voces. La ONU misma ha insistido recientemente en la necesidad de su reforma, por la que han clamado voces como la de su mismo secretario general, Kofi Annam, y para su estudio se han creado ya comisiones. El sistema de potencias al que respondía la ONU en 1945 y la evolución que en él se ha observado durante los casi cincuenta años posteriores, la ha hecho inadecuada ya para un mundo con tendencia a estructurar las relaciones internacionales, al menos en un lapso previsible, con arreglo a un sistema bien distinto donde no existe el equilibrio.

En el orden jurídico ello ha tenido, además, una consecuencia importante: el grave deterioro de la credibilidad y eficacia de una institución clave como la ONU. La crisis de la ONU es un hecho particularmente notable. El organismo, que arrastra claramente el peso de su origen como voluntad de las potencias triunfadoras en 1945, ha demostrado su inadecuación a las nuevas realidades de la posguerra fría. El Consejo de Seguridad de la ONU, de quince miembros, está de hecho controlado por las cinco potencias con derecho a veto, EE.UU., Gran Bretaña, Francia, Rusia y China, y no responde ya a una representación adecuada de los principales poderes mundiales. Estados poderosos o agrupaciones supranacionales de carácter político, como la Unión Europea, carecen de una representación cualificada en la ONU; el numeroso grupo de países menos desarrollados tiene escaso papel y la voluntad de la superpotencia existente suele imponerse. La ONU es poco más que un foro carente de verdadero poder decisorio. En la toma de decisiones trascendentes el peso de las grandes potencias se ejerce de hecho sin contrapesos. Sólo los

organismos especializados dependientes de ella han cumplido y cumplen funciones más acordes con las necesidades actuales, aunque muy limitadas también por intereses particulares.

El orden mundial de la posguerra fría, en consecuencia, ha ido deslizándose de forma cada vez más acentuada hacia una formulación y una práctica distintas en función de las cuales es adecuado calificarlo, precisamente, como *ausencia de orden*, puesto que realmente no existe uno nuevo definido. El periodo aproximado 1990-2003 podemos caracterizarlo como de una extrema confusión y fluctuaciones en la política internacional, por lo que muy prontamente se habló ya de «desorden político internacional». Visto en una perspectiva algo más amplia, sólo en el curso de aproximadamente veinte años, a contar desde 1985, grandes acontecimientos han trastocado el equilibrio estratégico de posguerra, pero, además, los conflictos sucesivos han ido adquiriendo un nuevo carácter, sin que se hayan creado nuevos instrumentos para negociarlos. Reconocida universalmente, tanto por sus sostenedores como por sus contradictores, la tendencia progresiva del periodo va tendiendo a cristalizar un nuevo e inédito unilateralismo. Inédito, no porque el unilateralismo no tenga ya precedentes históricos claros, sino porque en las condiciones históricas del presente su figura tiene un carácter precisamente desconocido. En especial, porque la acción del poder estratégico hoy puede tener alcance planetario y, sin embargo, no puede dominar enteramente todos los resortes.

La doctrina sobre las decisiones políticas y las acciones militares en el escenario internacional al comenzar la década de 1990, como pudo mostrarse, al menos formalmente, en la Guerra del Golfo de 1990, fue, en líneas generales, multilateralista: la toma de decisiones en común y la puesta de la fuerza militar coaligada y bajo supervisión de la ONU al servicio de acciones de restablecimiento del derecho internacional y de los derechos humanos, contra situaciones de opresión o de conflicto interno insuperable. De esos lineamientos se hizo posteriormente un abundante uso a través de contingentes armados internacionales. En las guerras regionales advenidas en la década hubo ejemplos de esa intervención armada, generalmente bajo los auspicios de la ONU (Golfo, Yugoslavia antes de la intervención de la OTAN, Somalia, Timor). Desde 1999 el panorama pareció cambiar: Kosovo, el nuevo conflicto de Afganistán donde aún se mantuvo un consenso de intervención internacional, bajo la fuerte impresión de los sucesos del 11 de septiembre, y, sobre todo, el de Irak, en 2003, han mostrado la aparición de nuevas doctrinas y nuevas demarcaciones de objetivos.

La renovada aparición de políticas de fuerza, las acciones terroristas insospechadas y sus correspondientes réplicas bélicas, el creciente desprestigio de

instituciones internacionales, las tendencias al rearme militar, la persistencia de conflictos localizados y la inoperancia de hecho en la actualidad de cualquier posible contrapoder frente al unilateralismo, han marcado fuertemente la trayectoria de la política internacional hasta hoy mismo. Los acontecimientos se han acelerado, sin duda, nada más comenzar el siglo XXI. La desaparición de la bipolaridad a escala mundial no ha favorecido, como los hechos han mostrado, un regreso al multilaterismo en las cuestiones internacionales, sino, por el contrario, la marcha hacia el unilateralismo hegemónico. Las consecuencias inmediatas del 11 de septiembre parecieron en un primer momento marchar en la dirección de la recomposición de una política permanente de decisiones multilaterales. Pero la Administración estadounidense, dirigida en buena parte por personas con conocida trayectoria anterior de unilateralismo «reaganiano», convirtió esa imagen en un espejismo.

Paradójico resulta también el hecho de que dándose los condicionamientos para un sistema formalmente multilateral, la realidad unilateral se impone con claridad en los conflictos mayores como muestra bien la situación al comenzar el siglo XXI[101]. Al desaparecer la bipolaridad, por ejemplo, no se produjo la desaparición de las viejas alianzas. Desapareció el Pacto de Varsovia, pero la otra gran alianza homóloga, la OTAN, un fundamento eficiente, sin duda, del poder unilateral, no sólo no lo hizo sino que aumentó su radio de acción y el número de sus miembros con incorporaciones de países de la Europa centro-oriental. De hecho, Rusia, pero sobre todo China, han ido siendo progresivamente entendidas como las contrapotencias emergentes y hacia ellas iba dirigido el mantenimiento del sistema de defensa occidental ligado permanentemente a la potencia estadounidense. No obstante, con el nuevo siglo, ese sistema defensivo ha puesto ante sí nuevos objetivos. La nueva doctrina es la de la necesidad de esa alianza para la protección contra los «Estados canallas» (*rogue states*) o, en su caso, contra los componentes del «eje del mal»: Corea del Norte, Irán, Irak, Libia.

En realidad, todo este abanico de tendencias y problemas de nuestro tiempo en el orden internacional convergen en una cuestión central: la existencia y la estrategia de la única superpotencia existente. Una única superpotencia cuyo poder económico, tecnológico y científico, militar y «cultural» (*soft power* o poder blando) está a considerable distancia de los demás países o bloques de ellos —como podría ser la Unión Europea— que desempeñan también papeles importantes internacionalmente. La tendencia a un orden unilateral dominado, con una escala de jerarquías en sus apoyos y aliados, por esa única gran potencia existente, EE.UU, ha condicionado todas las relaciones entre Estados en la posguerra fría, hasta el punto de convertir en tema destacado la reaparición del «imperio», desembocando, pues, en un mundo

cargado de incógnitas acerca del posible desenlace mismo de esa situación que se perfila. Por ello, este asunto necesita de algunas consideraciones más.

El unilateralismo y sus contradictores

La consecución de la hegemonía en los asuntos mundiales de una gran potencia de sobresaliente poder, EE.UU., constituye una perspectiva posible, excepcional y, por otra parte, difícil de realizar plenamente[102]. Según se ha dicho, en los sistemas de estados creados en el escenario internacional en todo el Mundo Moderno prácticamente existió siempre algún elemento de balance o equilibrio de poderes. Nunca existió un poder hegemónico completo, sino una cierta «simetría de poder»[103]. Ciertas tendencias extremadas en la actualidad propugnan la consolidación de un auténtico polo unilateral por parte de una potencia política de poder muy superior al resto, un designio que hoy parece alcanzable a algunos, pero que no pudo ser contemplado como posible en ningún momento anterior de la historia. Otros analistas más ponderados han estimado que esa realidad no podría permanecer aislada de la existencia de «contrapoderes», reales ya o emergentes, y de la disputa ideológica consiguiente. La práctica imposibilidad del cumplimiento de ese designio, según el escenario de los poderes y tecnologías existentes hoy, ha sido también planteada desde otras doctrinas.

En una visión histórica suficientemente amplia, es posible encontrar la línea de fondo que ha marcado esta marcha de la gran potencia americana hacia la situación actual. El despertar de un imperialismo de EE.UU. tiene un antecedente ya al finalizar el siglo XIX, cuando el país se convierte en una gran potencia industrial después de haber resuelto sus problemas de estructuración interna, a mediados de ese siglo, y se manifiesta en torno a la crisis colonial de 1898 con su participación en la «redistribución del mundo colonial» que se opera en esas fechas[104]. Las convulsiones del siglo XX marcaron el declive del poder europeo y potenciaron el papel estadounidense en la política mundial, con expansión intervencionista que, no obstante, chocó siempre con fuertes tendencias aislacionistas. El gran dilema de la política estadounidense ha girado siempre en torno a esa dicotomía[105]. Pero, no sin razón, se ha llamado al XX, el siglo americano[106].

Entre 1917 y 1990, EE.UU. fue uno de los grandes polos de la política mundial, mientras su potencial de todo orden no hizo sino aumentar. Su presencia fue esencial en esa *«age of containment»* que significó la Guerra Fría como líder y sostenedor de la visión capitalista y liberal del mundo[107] frente a la política expansiva de la URSS. Como ya hemos discutido, la desaparición

de esa situación dicotómica en las concepciones del mundo dejó a EE.UU. como única superpotencia existente. Las corrientes en aquel país que propugnaron esta supremacía americana sin trabas en la política planetaria son antiguas y empezaron a adquirir notable entidad particularmente a partir de la recomposición del mundo capitalista en los años ochenta del siglo XX y la ascensión allí al poder de una fuerte corriente conservadora y nacionalista. En cualquier caso, la política estadounidense estuvo siempre aquejada de dudas y fluctuaciones, pero siempre fue proclive, especialmente su opinión conservadora, a la consecución de esa hegemonía no compartida. La enorme distancia que el país ha sabido establecer entre su potencial y el del resto de países desarrollados ha sido el crisol para la cristalización de esa doctrina. Pero el pensamiento estadounidense ha sabido expresarla con diversos énfasis a lo largo del tiempo y en la historia reciente.

Es cierto que ya la administración Clinton (1993-2000) practicó una hábil política de hegemonismo que evitó, no obstante, despertar inquietudes en aliados y contrincantes bajo la capa de los compromisos negociadores y la ideología de la extensión universal de valores democráticos y de desarrollo económico y social: «Nuestro propósito debe ser extender y fortalecer la comunidad mundial de democracias basadas en el mercado libre..., un mundo de democracias prósperas que cooperen entre sí y vivan en paz», dijo el presidente ante la ONU en 1993. En todo caso, el final de la Guerra Fría hizo que la potencia estadounidense reajustase su política exterior y de defensa previendo ya un escenario nuevo como única superpotencia. En principio, los desafíos entrevistos no eran diferentes de los de la Guerra Fría, pero a lo largo del decenio posterior, con culminación en 2001, se comprobó que ese escenario de las fuerzas en presencia estaba cambiando en profundidad. Los principales conflictos de la década que, como hemos visto, han afectado a muy diversas regiones, se abordaron de hecho con un criterio de pragmático acuerdo, si bien con el liderazgo militar y político indiscutible EE.UU., y con un papel cada vez más subordinado de la ONU[108].

Al comenzar el siglo XXI, esta política de intervencionismo hegemónico en los asuntos mundiales ha tenido consecuencias dramáticas y, según todos los indicios, ha llenado de nuevo de dudas a una parte influyente de la opinión estadounidense sobre la verdadera solidez de su liderazgo y su seguridad. Así, tras ese impacto sobre la seguridad que significaron los hechos de 2001, la política de la administración republicana del presidente Bush Jr., tomaría decididamente la senda del unilateralismo, apoyada por una opinión pública muy mayoritaria, por importantes círculos económicos, intelectuales y políticos y por un conjunto de asesores con una línea política absolutamente decidida a la consecución de un liderazgo indiscutible (Cheney, Rumsfeld,

Wolfowitz, Perle, Rice) y el apoyo externo de analistas como Kagan, Kristol o Muravchik, y la complacencia o el silencio de otros muchos[109].

Consecuentemente, EE.UU. no descuidó nunca el aumento y perfeccionamiento de su poder militar, poniendo a su servicio todo un conjunto de elementos, desde la industria ligada al armamento —el complejo «militar-industrial»— hasta el impresionante desarrollo de los medios de información, invirtiendo más recursos en planes de defensa que los cinco países juntos que le siguen en poder militar. En la exterior política, una de las cuestiones claves fue la integración de su estructura de defensa y de su poder militar como elemento esencial de toda acción política exterior. Nacería así un nuevo concepto de la «seguridad nacional». Conviene, en todo caso, poner énfasis en que la política estadounidense en el siglo XXI no nacía en frío, sino que continuaba poderosas tendencias anteriores, descartando, completamente por ahora, toda veleidad aislacionista[110].

Este gran hecho histórico de nuestro tiempo parece, sin embargo, no haber hecho sino perturbar más las condiciones de la vida internacional sin un claro horizonte de estabilidad sostenible. El orden internacional actual no está sólo traumatizado por acontecimientos conflictivos, que se abrieron con nuestro propio tiempo y se han agravado en su transcurso, sino que se ha extendido esa percepción de inseguridad y carencia de regulaciones eficaces de referencia. En concreto, desde 2001 se han amplificado las disensiones sobre las decisiones a adoptar a escala internacional, han surgido discrepancias en el seno de otrora sólidas coaliciones, como la del «mundo occidental», ha aumentado la confrontación ideológica y se han multiplicado las doctrinas contradictorias, por parte de políticos, militares, asesores, ideólogos, periodistas y analistas que, por una parte, expresan una brecha intelectual desconocida dentro del propio mundo occidental —entre EE.UU. y Europa, en concreto[111]— y, por otra, reflejan la resistencia y la incomodidad de ámbitos de civilización ajenos al occidental —esencialmente el caso islámico, pero también ruso o chino—. Por lo demás, un mundo que tiende al orden unilateral en la política, la estrategia y el poder militar, vive paralelamente un decisivo proceso de globalización en aspectos fundamentales que afectan a los pueblos, sin que, contra lo que podría parecer superficialmente, ambos procesos puedan considerarse contradictorios.

Al unilateralismo oponen sus contradictores en Europa y otros espacios del mundo la reivindicación del multilateralismo[112]. Pero no deja de señalarse tampoco que entre esas dos concepciones del orden mundial se encuentran ciertas propuestas, de uno y otro bando, sugiriendo la posibilidad de acomodaciones: multilateralismo sí, «pero no todo multilateralismo» o hegemonía americana con apertura a las decisiones colectivas. Se ha propuesto un mun-

do que puede ser unilateral o multilateral según el espectro de los problemas confrontados[113]. Ninguna de estas dos grandes concepciones es tampoco enteramente nueva. La propuesta multilateral fue, como hemos visto, la nacida precisamente del arbitraje americano que se atribuyó el presidente Wilson y fue la respuesta a la primera gran catástrofe del siglo XX, la Gran Guerra que igualmente liquidaba todo un mundo precedente. El unilateralismo estaba ya presente, por el contrario, antes del desenlace de la crisis de los ochenta y tiene que ver con los acontecimientos posteriores.

De otra parte, tanto unilateralismo como multilateralismo tienen defensores o detractores dentro y fuera del propio aparato político estadounidense. Hay potencias como Gran Bretaña que representan el más significativo apoyo a una hegemonía unilateralista donde ese país se atribuye un papel preciso que ejercer. Existe una opinión estadounidense, escasa en número, pero de prestigio intelectual que sostiene la imposibilidad del unilateralismo extremado. En cualquier caso, se ha mostrado que las diferencias de concepción van siempre en contra del desempeño de un papel relevante por parte de la Unión Europea, a punto de convertirse en una estructura que englobaría veinticinco países de Europa. El unilateralismo como política real no ha sido impedimento, sino más bien todo lo contrario, para que las acciones internacionales de carácter hegemónico hayan sido presentadas con el ropaje de la acción en coalición, sustitutiva incluso de la voluntad expresada por otras potencias en la ONU, como defensa de la legalidad de esas acciones unilaterales de hecho.

En definitiva, la cuestión de la creciente hegemonía de una sola superpotencia, EE.UU., como derivación automática y natural de la desaparición de la otra superpotencia existente en la Guerra Fría, ha mostrado ser incapaz de asegurar por sí mismo un orden mundial progresivamente más estable. Ningún proceso importante de la política internacional de la posguerra fría, si se descartan, tal vez, ciertas intervenciones «humanitarias», ha desmentido el proceso seguido hacia el crecimiento del desorden. Aun así, ello no debe dar la imagen, que sería errónea, de trayectoria absolutamente unilineal de la política internacional del periodo. La tendencia general no excluye la presencia notable de propuestas para hacer posible ese nuevo orden multilateral, que se han producido en apreciable número al menos hasta comienzos de 2003: acuerdos en la ONU, consensos mínimos sobre intervención exterior en países y regiones, mediación y representación de bloques o de organismos internacionales, acciones no-gubernamentales, etc.

A fines de 2002, el canciller Schroeder dijo en el Parlamento de Alemania que «la política de posguerra está definitivamente superada», al mostrarse partidario de la intervención alemana en las coaliciones militares. Los acon-

tecimientos de comienzos de 2003 mostraron cuán acertada era esta visión, aunque en un sentido distinto del expresado por el canciller. El multilateralismo basado en las decisiones tomadas en la ONU ha sido claramente ignorado. La cuestión central en la nueva política que se abrió es la del destino de las decisiones tomadas a escala internacional para resolver problemas multilaterales. Los trece años transcurridos desde 1990 han mostrado que el pensamiento mundial sobre el destino histórico del orden internacional en la posguerra fría ha cambiado lenta pero inexorablemente.

De manera bien visible había desaparecido del panorama el enfrentamiento global capitalismo-comunismo, la bipolaridad entre capitalismo y socialismo, u occidente-oriente en sus términos más clásicos, aunque el llamado «sistema socialista» siguiese aún vigente en países como China, Corea del Norte, Vietnam o Cuba. El sistema para asegurar la paz y la seguridad a escala mundial fue débil en ese tiempo. En 1991 se establecieron los acuerdos START *(Strategic Arms Reduction Talks)* entre Rusia y Estados Unidos sobre limitación de los arsenales nucleares estratégicos, pero los grandes acuerdos que se llegaron a alcanzar en la década de 1980 no han tenido continuación. Como se ha señalado, diez años después de la caída del muro de Berlín reaparecían proyectos belicistas y aumentaba el gasto en armamento[114]. Incluso, la vieja SDI (Iniciativa de Defensa Estratégica), que fue dejada de lado un tiempo, ha intentado retomarse en la nueva administración Bush Jr. Sobre el trasfondo de un falso equilibrio general, las guerras se han trasladado netamente a escenarios regionales o locales.

La política estadounidense aceptaba el reto de tomar en cuenta el vacío de poder y control producido por la renuncia de la URSS, la nueva Rusia en este caso, a ser una gran potencia mundial. Ciertos antiguos amigos de EE.UU., enemigos de la vieja URSS, abundantes en el Asia inestable, se volvían ahora problemáticos (desde los talibanes a los saudíes pasando por Saddam Hussein...). Además de su situación de cabeza del mundo capitalista desarrollado, EE.UU. pretendía hacerse cargo del orden mundial en calidad de guardián último, lo que significaba el necesario reforzamiento de las bases de su poder, controlando los puntos de mayor interés estratégico en el mundo. La potencia militar estadounidense siguió progresando en función de un sofisticado desarrollo tecnológico, como ha demostrado la variación experimentada en diez años por su capacidad militar desde la Guerra del Golfo a la de Afganistán.

En torno al año 2000, con el cambio de siglo, se acentuaron las premoniciones sobre la inseguridad del futuro tanto como el pesimismo sobre el orden presente[115]. En este sentido, puede decirse que entre septiembre de 2001 y marzo de 2003 se produjeron un conjunto de acontecimientos de extrema gravedad que si no nos permiten decir que hayan cambiado de manera im-

prevista las perspectivas mundiales sí representan una clara inflexión en el camino del desorden mundial, al activar políticas cada vez más lejos del multilateralismo internacional. En el panorama de la política mundial tomó un peso notable la doctrina dispersa de la necesidad de asegurar una gobernabilidad global (*global governance*). La gobernabilidad ha suscitado muchas precisiones sobre un orden mundial ligado ineludiblemente al proceso de globalización[116].

Frente a ello, como un eficiente obstáculo, tomó cuerpo también la visión del «choque de civilizaciones» como hecho prejuzgado a escala planetaria. No se trataba ya del enfrentamiento irresuelto entre grandes concepciones del mundo, sino de la inestabilidad provocada como reacción a un proceso que tendía a cristalizar la hegemonía del mundo desarrollado en todos los terrenos, del económico-tecnológico al cultural, pasando por el político. Hungtinton ha hablado de unos «conflictos de líneas de fractura», materializados en confrontaciones entre Estados vecinos pertenecientes a civilizaciones diferentes, civilizaciones diferentes dentro de un Estado, entre grupos que intentan crear nuevos estados, como en Rusia o Yugoslavia. «Conflictos de estados centrales», o «conflictos centrales entre civilizaciones»[117]. Ese complejo panorama no es independiente, ni se contrapone, a la clara proyección de las relaciones internacionales hacia una jerarquización estricta de los poderes en el mundo.

¿Será el XXI un nuevo «siglo de guerras» como lo fue el XX? ¿Seguirán siendo las políticas de hegemonismo la clave de las actuaciones internacionales? En cualquier caso, ante esa pregunta no es posible perder de vista el propio y continuo cambio de las fuerzas en presencia y de las amenazas emergentes. A este efecto, es notable que ya en 1990 se hacía notar a propósito del final de sistema estratégico de la bipolaridad que mantener preparativos como el de la SDI era un mero despilfarro y que pensar que eso sería útil, desaparecida la URSS, frente a terceros países «en posesión de armas nucleares rudimentarias» era un completo despropósito puesto que los defensores de tal política «olvidan que dichos países pueden golpear con otros medios, contra los cuales de nada serviría la SDI»[118]. Este analista no se equivocaba en forma alguna. Ha tenido que producirse el nuevo golpe para que se imponga una nueva visión de los verdaderos enemigos.

Parecería, para concluir, que esta búsqueda de un nuevo orden, sean cuales sean la disposición de unos y otros para llevarla a cabo, el ritmo de su progreso o retroceso, las dificultades concretas que se oponen a su logro, muestra que la historia más densa y problemática de nuestro tiempo es el reflejo en realidad de un mundo en transición, al que han abocado los inmensos cambios de unos treinta años a esta parte, que gravitan sobre el cambio de siglo,

en dirección a un nuevo orden global que no se divisa en un «horizonte cercano»[119]. Ahora bien, ¿qué orden? Las alternativas sólo pueden ser intuidas, no adivinadas ni predichas, por un análisis histórico que sólo tiene elementos de juicio en el pasado y posibilidad de interpretar no más que el propio escenario de la historia vivida. Como alternativas centrales sólo es posible pensar o en la consolidación de ese hegemonismo unilateral o en la consolidación, a mayor o menor plazo, de contrapoderes que realmente se dibujan ya en el horizonte y que la gran superpotencia conoce. La emergencia de esos contrapoderes nos llevaría de nuevo a un escenario de confrontación polar o a una era de real multipolaridad. De la misma forma que se ha hablado de un «unilateralismo global»[120], cierto pensamiento moderado estadounidense ha señalado que el orden justo del futuro no debe residir ni en el unilateralismo ni en el multilateralismo, sino en una situación distinta donde el poder «duro» y el «blando» de EE.UU. habrán de ser tenidos en cuenta como hecho ineludible. La trayectoria de la posguerra fría apoya la plausibilidad, por ahora al menos, de ese diagnóstico. Una cosa son las pretensiones de la gran potencia y otra la posibilidad efectiva de materializarlas.

CAPÍTULO 7

UN MUNDO LLAMADO GLOBAL

> En esencia, el discurso de la globalización contribuye a justificar y legitimar el proyecto global neoliberal, esto es, la creación de un mercado libre global y la consolidación del capitalismo anglo-americano...
>
> D. HELD y A. MCGREW: *Globalización/Antiglobalización*, 2002

> A medida que aumenta la brecha entre las economías basadas en el trabajo y aquellas basadas en el conocimiento, muchos países... se encuentran en el lado destinado a los perdedores.
>
> Banco Mundial. *Informe «Cerrando la brecha entre educación y tecnología»*, 2003

En los años sesenta del pasado siglo, el comunicólogo canadiense Marshall MacLuhan acuñó el concepto de *aldea global* con el que pretendía caracterizar una civilización humana cada vez más homogeneizada que estaba desarrollándose de manera acelerada, bajo el signo de la comunicación masiva [1]. Fue esta una visión premonitoria, con un amplio sentido de la amplitud de sus caracteres, del fenómeno que hemos conocido después como *globalización* y que parece constituir también uno de los rasgos de identidad de nuestro tiempo. La asimilación del mundo a «lo global» es un hecho, aunque en él se incluyen muy diversos matices y propósitos. La idea de universalidad va unida hoy a la globalización, aunque tampoco esa asimilación sea enteramente exacta.

La *globalización* en el mundo de hoy alude, en primer lugar, a un fenómeno *real*, inducido y derivado de un cambio histórico de fondo; no simplemente a una política, un propósito o una voluntad, primariamente surgida de los poderosos. Pero también globalización es, efectivamente, como advierten Held y McGrew el resultado de una determinada política económica a escala mundial. De ahí, la real complejidad y las incógnitas que penden sobre el

fenómeno en sí. Se trata de un hecho *total*, es decir, que afecta a las manifestaciones prácticamente completas de la actividad social a escala del planeta, tal como lo percibió McLuhan. Y, de otra parte, es también, un designio, un propósito, una política del capitalismo neoliberal hegemónico y, como tal, es igualmente el hecho que ha despertado más oposición y más protestas en el mundo por parte de movimientos sociales alternativos que ofrecen, incluso, una imagen nueva de la entidad misma de los movimientos sociales en nuestro tiempo. Más allá de esta doble faz de la globalización, como fenómeno real y como política capitalista, y más allá de su carácter envolvente sobre todo tipo de relaciones sociales —económicas, políticas y culturales— cada vez entrelazadas, las certezas son ya mucho menores y todo está en el terreno del debate.

Este mundo, al que se acostumbra crecientemente a llamar *global*, está entrecruzado por otro gran número de procesos históricos que no parecen sino contribuir a sus incertidumbres. En efecto, hoy parecen convivir realidades que no pueden ser llamadas sino de *progreso* con otras que muestran cuán lejos está la humanidad de poder compaginar el adelanto material con la mejora moral. Un mundo con extraordinario desarrollo económico, está presidido por la inmensa desigualdad en que se desenvuelven unos ámbitos humanos y otros en el planeta, amenazado por diversos tipos de catástrofes, demográfica, ecológica o de recursos. La globalización, más que un proceso de mejora global, parece de cristalización de las diferencias. Las desigualdades en el desarrollo son inmensas.

El cambio tecnológico, la imbricación del adelanto del conocimiento y su aprovechamiento con la mejora de las condiciones de vida en las sociedades más avanzadas, hacen pensar, por un camino más, que estamos ante un notable cambio de civilización. A esa impresión se suman fenómenos como la revolución digital y realidades como la enorme importancia que hoy se concede al progreso del conocimiento y de la innovación. Todo ello lleva a que las sociedades postindustriales, tras un profundo cambio en las relaciones sociales marchen hacia la «sociedad informacional», aunque sobre ese proceso existan serias dudas y debates. Partiendo de las clásicas estructuras de clases, propias de las sociedades industriales, han aparecido nuevas relaciones de propiedad y trabajo, formas nuevas del capital y de su distribución, que se ha hecho transnacional, y nuevos movimientos sociales y formas de contestación del poder.

La idea de un *mundo global* tiene muy distintas facetas, todas ellas imbricadas, y no parece dudoso que, en cualquier caso, se camina hacia esa globalidad. Históricamente, sólo podemos y debemos decir que esa marcha es inteligible y explicable, que su construcción histórica puede seguirse desde el

pasado al presente y que la consumación de tal globalidad del mundo coloca ya y colocará más en el futuro a la humanidad ante un nuevo desafío. Tenemos que limitarnos a constatar el hecho y a intentar explicarlo, pero no es este el sitio adecuado para juzgar el desafío moral al que también se enfrenta.

Mito y realidad de la globalización

En el capítulo 5 ya hemos dedicado unas líneas introductorias al fenómeno de la *globalización* como uno más de ese tipo de «fenómenos totales» que acaban convirtiéndose en componentes muy destacados de la cultura de una época. La globalización, como hecho histórico de fondo, es un elemento que puede caracterizar por sí solo la especificidad de una época, como decimos, de ahí que sea decisivo dilucidar su naturaleza, su origen y su grado de extensión. La verdadera realidad actual del fenómeno, sus orígenes, la historia de su desarrollo y las perspectivas futuras, así como el conjunto de fenómenos parciales que se integran en él, son los principales asuntos en una discusión actual de gran envergadura.

La idea de la existencia de un *mundo global*, sus logros más o menos reales y la utopía de la globalidad como un futuro ineluctable de la humanidad, que ha dominado el tránsito entre los siglos XX y XXI, no es, sin embargo, una realidad nacida en este tiempo preciso, sino que, por el contrario, resulta recurrente en el pensamiento humano desde siglos antes. La concepción, con variadas manifestaciones, de una humanidad verdaderamente *universal* puede rastrearse en el pensamiento más antiguo y tiene un punto de inflexión, sin duda, con las ideas de la Ilustración. Ello hace que las posiciones sobre el verdadero alcance histórico de la globalización y su significado se contrapongan en función de quienes las sostengan.

La tendencia de la actividad económica a su expansión en forma de ampliación de los mercados por encima de las fronteras políticas, a la constitución de un «sistema mundial» en el que se englobarían las economías territoriales y a crear un centro y una periferia en ese sistema mundial, es de una notable antigüedad. Casi todos los autores destacan que, considerada en un sentido amplio, la globalización de las relaciones económicas en el planeta es un fenómeno a largo plazo que tiene un momento de inflexión indudable hace ya cinco siglos, en el XVI, al comenzar la Edad Moderna[2]. En este contexto, el proceso contemporáneo y, más aún, el más reciente de la *globalización*, presenta como primer problema analítico el de la verdadera entidad histórica, temporal, de su puesta en marcha. Desde los años ochenta del siglo XX, en los albores de la «nueva economía», la globalización se ha presentado como una

tendencia de enorme impacto y con nuevos caracteres. La globalización, por lo demás, es un hecho que desborda con cierta amplitud el campo económico; «influye, recubre, recrea o revoluciona todas las otras formas de organización social del trabajo, producción y vida»[3].

Según uno de los más prolíficos analistas del proceso de la globalización, David Held, aquellos que sostienen que la globalización es un hecho real en nuestro mundo aportan argumentos que tienen que ver con «la cambiante naturaleza de la comunicación, la difusión y aceleración del cambio técnico, la expansión del desarrollo económico capitalista, la extensión de las instituciones de *gobernanza* global»[4] (*global governance*). La idea misma de globalidad, globalización, mundialización (que es el término preferido en los escritos de origen francés), u otras denominaciones aplicadas al mismo hecho, es también extraordinariamente múltiple y dispersa. La cuestión de la que debería partir el análisis es, justamente, la del verdadero alcance en los comienzos del siglo XXI de una efectiva globalización de las relaciones entre los diversos grupos humanos y sus diversas actividades a escala del planeta. Sin duda, la evidencia más amplia de la globalización se presenta en el campo de la economía. La actividad económica en el mundo actual funciona de hecho como una unidad en tiempo real a escala planetaria, gracias a las comunicaciones en red digital, afectando a todos los factores que intervienen en el sistema: «los capitales se movilizan de manera instantánea durante las veinticuatro horas en los mercados financieros; la ciencia y la tecnología también están organizadas en flujos globales, si bien éstos se encuentran concentrados en algunas regiones y en algunas empresas e instituciones. En cuanto al trabajo, aunque su movilidad no puede compararse con la de los otros factores, sí es cierto que las empresas se desplazan para instalarse donde encuentran las condiciones laborales más favorables, como así también están en condiciones de demandar mano de obra de cualquier parte del mundo si ofrecen la compensación adecuada»[5].

En cualquier caso, es cierto que el pensamiento actual sobre la globalización, y su realidad misma, tienen indudables ingredientes nuevos. La novedad misma de la palabra, la multiplicidad de facetas que presenta, la influencia indudable sobre variado tipo de actividades que se desarrollan a escala mundial, ha convertido el asunto en centro de un gran debate y en tema común que afecta hasta la propia vida cotidiana[6]. El sociólogo Zygmunt Bauman, al analizar las consecuencias «humanas», y no meramente económicas, de la globalización, ha escrito que ésta «se transforma rápidamente en un fetiche, un conjuro mágico, una llave destinada a abrir las puertas a todos los misterios presentes y futuros»[7].

Importa enumerar, aunque sea someramente, el conjunto más visible de los rasgos que caracterizan el fenómeno. La globalización está ligada, en

primer lugar, al extraordinario progreso de las técnicas de comunicación, la posibilidad o el anhelo de un mundo intercomunicado u homogeneizado, las nuevas formas del capitalismo posindustrial o «nuevo capitalismo», pero en la misma medida lo está a manifestaciones culturales universalistas que son algo más antiguas y más amplias. En alguna manera, la idea de globalización puede ser asimilada a la de cosmopolitismo. Pero el asunto tiene vertientes muy distintas si la realidad analizada se limita a la tendencia globalizadora de la economía actual. La globalización de la economía capitalista es en buena parte una «política» de los poderes económicos que dominan el mundo, instrumentada a base de grandes y poderosas instituciones internacionales, es decir, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y el Banco Mundial (FMI, BM, OMC), una tríada de instituciones a las que se ha llamado la *Unholy Trinity*[8] y, naturalmente, las grandes corporaciones empresariales o empresas multinacionales, cuya presencia y actividad en todo el mundo está seguida siempre por la controversia y la contestación. De ahí que uno de los variados aspectos de la polémica que despierta el proceso de la *globalización* es la de su concepción como un fenómeno enteramente nuevo frente a la que lo entiende como el punto actual de una vieja tendencia histórica.

En los años ochenta el despliegue de la economía capitalista «neoliberal», con dos puntos de referencia importantes, la administración estadounidense del presidente Reagan y su *reaganomics* y la versión británica sostenida por el gobierno del partido conservador de Margaret Thatcher, fue el hecho más importante en cuanto a las doctrinas y prácticas preponderantes. La década de los noventa no hizo sino acusar y perfeccionar tales tendencias, mientras la lucha contra «el pensamiento único» sostenido por el neoliberalismo hacía nacer la propuesta de una «tercera vía», una concepción de la política, la sociedad y el proceso de globalización que se presentaba como renovación del tradicional pensamiento socialdemócrata, diseñada y presentada por el sociólogo Anthony Giddens y que ha inspirado la práctica política de un sector de la socialdemocracia[9].

En la década de los noventa se presentó en el panorama económico mundial la novedad del derrumbe de las economías del «modo de producción estatista», como las ha llamado Manuel Castells, es decir, las economías de planificación central de los regímenes socialistas, además de la novedosa evolución de China en el sentido del abandono de ese tipo de política económica. Ello dio pábulo precisamente a la expansión del pensamiento único que sostiene la sola validez de la economía ultraliberal. Sin embargo, la década acusó los efectos generales de la inestabilidad; las crisis financieras siguieron el curso de la de Europa en 1992 como consecuencia del debilitamiento del

Sistema Financiero Europeo, la «crisis del tequila» en México a fines de 1994, el *crac* asiático de 1997, la crisis de Rusia en 1998, y la de América Latina en 1998-1999[10]. Sus efectos se vieron multiplicados precisamente por obra del mecanismo de la globalización que en el terreno financiero es donde tiene su realidad más acabada.

En los años noventa, en cualquier caso, el crecimiento económico mundial medio fue, desde luego, alto, del 3 por ciento anual, pero sus diferencias extremas fueron también altas. Los países plenamente industrializados crecieron menos. EE.UU., bajo la administración Clinton, vivió en los noventa el más largo periodo de crecimiento económico de la posguerra y de aumento de la productividad, cuyo punto de partida fue la superación de la depresión que acompañó la presidencia de G. Bush, sr. Una de las claves de la euforia económica americana en la década fue, sin duda, ese aumento de la productividad, muy superior al de la europea. Naturalmente, la nueva *prosperity* fue uno de los fundamentos de la creciente política hegemonista unilateral. Pero las desigualdades sociales crecieron también siguiendo la tendencia abierta en los años ochenta.

El crecimiento de la Unión Europea fue menor y, de hecho, basado en un modelo distinto. En todo caso, los años noventa fueron claves en la construcción de una unión económica que alcanzaría un punto de trascendental importancia con la creación de la moneda única establecida en enero de 1999, creándose un Banco Central Europeo, para circular realmente en enero de 2002. La integración final de doce países que cumplieron las condiciones para entrar en la moneda común fue un éxito evidente. En esta época se consolidó un verdadero mercado único con muy escasas limitaciones (sobre todo por parte de Gran Bretaña). La consolidación de la Unión Europea como el segundo foco económico mundial y la presencia siempre poderosa de la economía japonesa hizo que en la década de los noventa se manifestase como el momento culminante, hasta ahora, del eje globalizador formado por el trío de grandes economías EE.UU./Unión Europea/Japón, sobre el que pivota, indiscutiblemente, la globalización económica[11].

Al comenzar el nuevo siglo esas tendencias al crecimiento sufrieron una modificación importante. Tanto en EE.UU. como en la Unión Europa el crecimiento se vio detenido y, en el caso europeo, algunas de las más importantes economías, particularmente Alemania, pero también Francia e Italia, se vieron situadas al borde o entraron de lleno en la recesión. Al decir de un ilustre economista, los errores de las políticas económicas de los noventa, a pesar del crecimiento, son la causa de la recesión, sobre todo europea, actual[12]. Los países del espacio postsoviético europeo tuvieron crecimientos negativos, con una caída de hasta el 4 por 100, con resultados positivos en

pocos sitios como la República Checa o Polonia, mientras en el interior de la antigua URSS, en la CEI, los años noventa presentaron abundantes perfiles de catástrofe económica. En los demás espacios del mundo, las diferencias fueron también notables. En el Asia emergente destacó un gran crecimiento que estaba alimentado, sobre todo, por la excepcional tasa de crecimiento de China. Por supuesto, el caso más negativo de todo el mundo fue el del África subsahariana. Latinoamérica vivió profundos vaivenes para acabar la década en un crecimiento equivalente a la media mundial.

Aun con ese panorama desigual, en los años noventa el capitalismo dio un paso más, y decisivo, hacia su completa transnacionalización, lo que implica que la *economía global* se ha convertido en aquel ámbito en el que todas las economías particulares deben integrarse para poder tener pleno acceso a mercados e intercambios de capital, mercancías y recursos. Casi todas las economías del mundo, o, al menos, las prósperas, están conectadas entre sí, en todos los niveles pero especialmente en el financiero. Ello no ha asegurado, sin embargo, un crecimiento económico más equilibrado, un mejor reparto de las oportunidades de mercado (por ejemplo, para los productos del mundo en desarrollo en el mundo desarrollado), como muestran los sucesivos fracasos de las negociaciones en el seno de la OMC para mejorar las redes de los intercambios mundiales a favor de todos y no sólo de los más poderosos.

Otra cuestión, aún de mayor relevancia, es la verdadera importancia del fenómeno globalizador en las condiciones del mundo actual. En general, se piensa que las transformaciones tecnológicas que han revolucionado la información, la comunicación, tienen una importancia enteramente comparable a lo introducido por la revolución industrial del XVIII y el XIX, con la particularidad, además, de que lo ha hecho en un plazo de tiempo muy inferior. Ese cambio ha convergido con un salto cualitativo de la economía capitalista en su versión neoliberal: apertura lo más «desregulada» posible de los mercados, libre circulación de los capitales financieros, deslocalización de la producción, libertad absoluta de ubicación de las empresas y, por el contrario, control suficiente de la mano de obra y de su precio. Esta manera de entender la actividad económica, a la que se liga cualquier posibilidad de crecimiento, tiende a la creación de un mercado mundial único como elemento básico, y ello es también el componente esencial del llamado «pensamiento único» que tuvo su manifestación clásica como propósito en expansión en el llamado «Consenso de Washington» como proyecto de política económica a escala mundial.

La idea de que la globalización es una tendencia y un «destino» sin otras alternativas posibles ha calado también hondo en muchos sectores del pensamiento y el poder neoliberal. Las bondades de la globalización económica

fueron expuestas por Mike Moore, presidente de la Organización Mundial de Comercio, diciendo: «No conozco otra forma mejor de sacar al mundo de la pobreza. No va a discutirme que en todas partes se vive mejor que hace veinte años. Yo vengo del Pacífico, y en mi país [Nueva Zelanda], en Singapur, en Indonesia, en Tailandia, en todas partes el *per cápita* es mucho más alto»[13]. Pero esa idea dista de carecer de contradictores, no ya tanto frente al fenómeno mismo de la globalización y su progreso seguramente imparable, sino frente a la idea de que existe una «única» globalización posible y también sobre el papel desempeñado por las instituciones económicas internacionales en el modelo de ella prevalente hoy[14]. El convencimiento de que todo crecimiento económico va ligado al acceso a los mercados globales y a las políticas económicas dictadas por los países centrales de capitalismo es la más difundida, pero igualmente la que genera mayor oposición.

Si los aspectos económicos son esenciales, otro debate no menos importante es el que se ha abierto en torno al presente y futuro de todo el aparato de regulación política tradicional en las sociedades modernas, cuyo centro es, sin duda, el Estado nacional, y la manera en que el fenómeno globalizador y la internacionalización de las decisiones afectan y afectarán al Estado tal como lo conocemos[15]. La «extinción» progresiva del Estado es una de las consecuencias que algunos han previsto. Para otros, en las condiciones actuales no es pensable la desaparición de los estados, pero sí es claro que han de acomodarse a las nuevas condiciones históricas. Las tendencias a la «supraestatalidad» en las relaciones globales son visibles y obvias pero no concluyentes. Por ello, justamente, una de las cuestiones esenciales también es la capacidad de *gobernación* o *gobernabilidad (global governance)* en ese mundo supraestatal[16].

Al hacerse la economía fundamentalmente transnacional, el papel regulador, fiscalizador y de toma de decisiones que el Estado ha desempeñado queda en otro nivel. Las grandes corporaciones transnacionales pueden mover una cifra de negocios muy superior a los presupuestos anuales de varios estados juntos. Es difícil suponer que los estados pueden ejercer el mismo papel que en las economías nacionales tradicionales. Pero la cuestión está en que los estados siguen desempeñando funciones que resultan perfectamente encajadas en esta economía transnacional y que, como piensan bastantes autores, la parte fundamental de las transacciones económicas de hoy siguen teniendo como base los comercios nacionales. Ulric Beck figura entre los más destacados autores que han señalado que la globalización es aún hoy mucho más una expectativa que una realidad consolidada. La transnacionalización de la economía no es todavía en modo alguno la globalización[17]. La globalización como tal es un fenómeno extremadamente complejo, que «es más profundo de lo que salta a la vista», como expone Bauman también, y que en

su expansión no es propiamente global, sino que afecta en particular a ciertos desarrollos más que a otros, empezando precisamente por el campo económico, en concreto, el financiero.

La lucha contra la globalización, es decir, contra el modelo de globalización impuesto por el capitalismo neoliberal, es hoy el núcleo de un movimiento social extendido por el mundo con muy diversas manifestaciones[18]. Un momento clave para este movimiento fue la acción de protesta desarrollada por una gran multitud de oponentes llegados de todo el mundo en la ciudad estadounidense de Seattle, en 1999, con ocasión de la reunión plenaria de la OMC, diez años después, por cierto, de la caída del muro de Berlín. Esa protesta ha llegado a constituir un poderoso y novedoso movimiento social, cuyas manifestaciones han seguido sucediéndose en todas las reuniones posteriores de los organismos económicos mundiales, destacando la concentración que tuvo lugar en Génova posteriormente.

La oposición a la globalización neoliberal es un movimiento de extraordinaria importancia que ha llegado a crear foros alternativos, como el llamado Foro Social reunido por vez primera en Porto Alegre (Brasil), ha dado lugar a la creación de asociaciones influyentes, como ATTAC, y ha creado una conciencia de que «otra globalización es posible», pero tampoco está exenta de contradicciones, entre otras las de sus propias formas de actuación y su relación con la política convencional[19]. La reunión de un Foro Social en Paris, noviembre de 2003, muestra, sin embargo, que es posible consolidar un movimiento frente al neoliberalismo capaz de aglutinar a muchas fuerzas sociales con nuevas formas de actuación pública, bajo el lema generalizado ya de la «altermundialización», donde la comunicación por Internet tiene un especial protagonismo.

Sin embargo, la globalización, en las condiciones tecnológicas, económicas y políticas actuales, es previsible que no haga sino ahondarse y consolidarse en el futuro. En ese sentido se trata de un fenómeno que no puede detenerse. La cuestión está en los evidentes perfiles de nueva dominación capitalista que presenta. La globalización, no como proceso histórico de fondo, sino como política, es un fenómeno que produce unos de los más fuertes enfrentamientos entre visiones sociales y políticas de Estado, que enfrenta a ricos y pobres y que provoca mayor distanciamiento entre los grandes poderes y las protestas de los pueblos que se ven afectados negativamente por un proceso que equivale a imponer las condiciones de los poderosos: mercado libre, ajustes y disciplina monetaria, liberalización y desregulación, destrucción del Estado del bienestar, etc.

La hiriente disparidad del desarrollo

El fenómeno y las políticas de globalización especialmente económica se desarrollan, justamente, en un mundo de extrema disparidad en el desarrollo entre unas sociedades y otras, de enormes diferencias de renta, acceso a todo tipo de bienes y condiciones de vida en general según los países. Que la globalización pudiese significar, de no cambiar esas condiciones, un proceso de homogeneización, como pretenden sus sostenedores, es sencillamente una quimera. Por el contrario, es la acusada fragmentación, es decir, la extrema disparidad o desequilibrio en el desarrollo entre unos pueblos y otros en nuestra época, la división profunda del planeta entre zonas de desarrollo y zonas de depresión, uno de los elementos más llamativos y más desestabilizadores de la historia de nuestro tiempo. Evidentemente, no se trata de un fenómeno nuevo en la Historia, pero adquiere ahora algunas peculiaridades que obligan a calificarlo de *hiriente* como hacemos aquí.

Esas peculiaridades nuevas se basan en realidades nuevas también. La primera es que, pese al enorme incremento de la población mundial desde el siglo XIX, es decir, en toda la edad contemporánea, no puede decirse que la Tierra tenga imposibilidad de alimentarla. Las previsiones de los tratadistas del estilo de Robert Malthus y de algunos demógrafos pesimistas no son aplicables, dado el desarrollo de la tecnología. El problema del subdesarrollo y la pobreza no está correlacionado con la escasez de recursos. La segunda peculiaridad es de otra índole. Es nuestra época la que posee un mayor conocimiento y, en consecuencia, una mayor conciencia, de la extremada desigualdad de las condiciones del desarrollo humano. Círculos sociales, instituciones y organizaciones públicas y privadas, comunidades científicas, tienen un perfecto conocimiento de la entidad del problema. La conciencia de su gravedad está también difundida. Son los poderes dominantes y la naturaleza del sistema económico a escala mundial los que permiten la perpetuación de esta situación. Existen instituciones internacionales cuya dedicación directa es el problema del desarrollo, como es el caso del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), al que nos referiremos después. Muchas Organizaciones No Gubernamentales en el mundo han sido creadas con el objetivo de luchar contra la desigualdad. La cuestión de las flagrantes desigualdades en el desarrollo es uno de los temas más universales de hoy, de los más conflictivos y cargados de consecuencias a medio y largo plazo, pero en la que hay globalmente una menor voluntad de resolución, lo que es, para muchos, una patente muestra de fracaso también del orden mundial[20].

La disparidad en el desarrollo y condiciones de vida en la Tierra y, por tanto, en las perspectivas de mejora, es un dato profundamente contrapuesto

a una realidad de progreso tecnológico y económico también sin precedentes. Fragmentación, desequilibrio y desigualdad, están relacionadas con las enormes diferencias de riqueza, de desarrollo económico y social, de estabilidad política e influencia ideológica, que son una herencia de los años de la descolonización y de concreción de un «tercer mundo». Las razones de la perduración y, más aún, del ahondamiento del desequilibrio no son, en definitiva, de incapacidad para un mayor progreso o el acopio de recursos, sino resultado del modelo mismo de progreso imperante. Como ha dicho el reciente presidente del Brasil, José Inazio (Lula) da Silva, «la pobreza en el mundo no es una cuestión de economía sino de ética». Países pobres, incapaces de integrarse en la economía moderna, siguieron y siguen siendo económicamente dominados, dando lugar a la aparición del concepto de «neocolonialismo», sujetos por ello a la hegemonía de los países desarrollados[21]; sus recursos siguieron siendo explotados desde el exterior y fueron incapaces de hacer surgir élites capacitadas para promover en ellos procesos mantenidos de desarrollo. Esta herencia ha llegado plenamente viva a nuestros días.

Siendo hoy ya inaplicable el concepto de «tercer mundo», la situación en cierto modo se ha simplificado al convertirse en una contraposición dual: existe un área, que no llega a un tercio del espacio planetario ni de la población actual, de países desarrollados que acumula la mayor parte de la riqueza, frente a un área muchísimo más extensa, dispersa y poblada, con dificultades vitales crecientes, aunque no parejas en todos los sitios, dobladas por problemas ambientales crecientes también —agua, vegetación, tierras de cultivo, energía, comunicaciones, etc.— que, por lo demás, presenta visibles diferencias de situación en su interior. Las estadísticas hablan de un 19,5 por ciento de la población mundial en los países industrializados frente a un 80,5 por ciento en los «en desarrollo» en 2001[22]. En el lenguaje común esa diferencia ha cristalizado en la contraposición Norte (desarrollado)/Sur (subdesarrollado), al tiempo que, como decimos, la vieja formulación tripartita en primero, segundo y tercer mundo no define hoy ya ninguna realidad.

Por tanto, las apariencias retóricas de las tendencias universalistas de hoy ocultan un fenómeno que tiene tanta importancia como los progresos de la globalización, que afecta a las relaciones, pero en manera alguna a la homogeneización de las situaciones o al acortamiento de las distancias en los desarrollos particulares, y no significa de ninguna manera un progreso generalizado o un acortamiento de las distancias. La historia presente pivota sobre la decisiva paradoja de que a la globalización le acompaña una extrema diferenciación en la que la desigualdad se afianza con la «globalización de las diferencias». Y esto ocurre en un mundo con mayor conciencia que nunca de la fragmentación, precisamente porque la Historia Universal tiene ahora un carácter realmente

planetario. Ninguna civilización se desarrolla sin conocimiento de las demás. La expresión más patente de estas desigualdades en el desarrollo puede verse en la trayectoria de las instituciones internacionales que tienen una particular presencia en las relaciones económicas internacionales, las ya señaladas FMI, BM y OMC, además de foros menos formalizados, como el G-8 (los siete países más industrializados del mundo con la inclusión posterior de Rusia). Las sucesivas reuniones y asambleas de estas entidades, las de la OMC en Seattle, Doha, Cancún, o las del G-8 en Davos, etc., han mostrado las dificultades presentes de hacer un intercambio económico mundial más equilibrado, una disminución de las trabas al comercio, por las casi irreductibles diferencias de intereses entre los países desarrollados y los menos desarrollados.

Como elemento positivo, como decimos, sólo puede aducirse que la disparidad en el desarrollo, la insatisfacción de las necesidades de gran parte de la población mundial, las carencias y dificultades de todo género que asolan buena parte del planeta, frente al pequeño espacio de él que puede considerarse en desarrollo avanzado, son hoy «científicamente» conocidos, y ello forma parte de la conciencia generalizada sobre el fenómeno. Hay en el mundo actual una fecunda actividad de las organizaciones de asistencia y estudio a las que nos hemos referido, Organizaciones No Gubernamentales (ONG), agencias internacionales —dependientes de la ONU muchas de ellas[23]—, una proliferación de estudios, informes, actividades y flujos de información que alcanzan importante difusión[24] y que serían básicos para cualquier política efectiva.

La medida eficiente de las disparidades en el desarrollo mundial en todos los órdenes se lleva a cabo hoy a través de la elaboración de índices variados, como el de Índice de Desarrollo Humano (IDH), cuya base estadística siguen ofreciéndola los Estados, y que se componen de variables que afectan directamente a las condiciones de vida en cada espacio diferenciado, un concepto capaz de dar buena cuenta de las extremadas diferencias presentes en un mundo regido por el nuevo capitalismo global. Junto a esto, el desarrollo rápido de la economía global ha hecho que la capacidad de los países para superar etapas previas a un desarrollo sostenido se mida mediante el grado de incorporación de territorios y ámbitos políticos y económicos a esa economía globalizada, las formas de relación entre países ricos y pobres, las formas de explotación y las perspectivas de desarrollo.

Las tendencias demográficas generales en el paso entre dos siglos nos facilitan una primera aproximación al análisis del desarrollo. Lo primero que resulta llamativo en la historia social del periodo final del siglo XX es la demografía y sus desarrollos cambiantes, así como su relación con las condiciones naturales y culturales, los recursos y las modalidades del desarrollo de cada

área del planeta. En el año 2001, la Tierra estaba poblada por 6.134 millones de personas; en 1990, por 5.255, y en 1970, por 3.691[25]. El aumento en treinta años se acerca, pues, a la duplicación, favorecida por el camino paralelo seguido por natalidad, esperanza de vida y disminución de la mortalidad. Sin embargo, el desenfrenado crecimiento de la población mundial propio de la segunda mitad del siglo parece haberse ralentizado en los años noventa, en que han aparecido fenómenos diferenciadores entre los países avanzados (prolongación de la esperanza de vida, envejecimiento) y los menos desarrollados (control de natalidad, emigración forzada).

Estas cifras tienen su mayor significación no ya sólo vistas en su magnitud sino más aún en su distribución territorial, analizando la población de las diversas zonas del planeta. Algunos datos relevantes son que el mayor número de personas vive en Asia (60,8 por ciento del total), una situación sin variación respecto a periodos históricos anteriores. Los países industrializados representan sólo el 19,6 por ciento de la población mundial. En África, la zona de mayor crecimiento, vive el 13,2 por ciento y en Latinoamérica, el 8,6 por ciento. El crecimiento demográfico en el mundo desarrollado es mucho menor que en el resto y su población disminuye porcentualmente en relación con el resto. Latinoamérica se encuentra en la parte alta del índice de crecimiento con 1,57 por ciento anual, después de África.

La relación de la población mundial con los recursos y el desarrollo, así como las cifras de los índices más habituales del cambio poblacional —natalidad, mortalidad, esperanza de vida, fecundidad— muestran la continuidad de tendencias que venían manifestándose desde la década de 1970 y que coinciden siempre en colocar a los países no desarrollados en las zonas más desfavorables de tales índices, con excepción de la natalidad o la fecundidad. En este último, África se situaría a la cabeza con un 5,06, prácticamente dos veces por encima del área que le sigue, América Latina (2,60). La ya citada disminución en el ritmo de crecimiento de la población ha determinado que para el periodo 2005-2010, el índice previsto sea 1,11 por ciento, menor que en cualquiera de los periodos anteriores desde 1975.

Las tendencias demográficas tampoco aportarían toda su información sin el dato de la importancia que han adquirido los movimientos migratorios actuales. Las nuevas migraciones, en lo esencial corrientes de población en sentido sur-norte, subdesarrollo-desarrollo, son uno de los más importantes fenómenos de la demografía y uno de los grandes retos para el futuro. El sentido nuevo de las migraciones se acusa también desde los años sesenta[26]. Las migraciones obedecen hoy a corrientes distintas que en el siglo XIX o en la primera mitad del XX. Los emigrantes proceden, desde la época de posguerra y descolonización, de los ámbitos de más acusado subdesarrollo, el África ma-

grebí y subsahariana, el este de Europa, Asia del sudeste, México y América Central, para alcanzar el mundo desarrollado en Europa, el Pacífico y, con dificultades, la América anglosajona.

Las estadísticas elaboradas por el PNUD[27] representan una de las aportaciones informativas de mayor trascendencia e interés sobre el problema de los desequilibrios en el desarrollo. El IDH es el índice más completo elaborado hoy sobre las condiciones de vida en los países del mundo. Tal índice es un agregado de índices particulares como son la esperanza de vida al nacimiento, la alfabetización de adultos, el índice bruto de escolaridad y el PIB real por habitante a paridad de poder adquisitivo, a través de las estadísticas facilitadas por los países. Su elaboración estadística arroja una expresión numérica con espectro entre 0, mínimo y 1, máximo. Se ha convertido, pese a sus problemas de datos y de fiabilidad, según los estados, en el más completo indicador de las condiciones de vida por países. Las fluctuaciones anuales de tal índice y el análisis de los datos constituyen uno de los objetivos del PNUD.

A lo largo de la década de 1990 y primeros años de la del 2000, las tendencias mostradas por el «desarrollo humano» permiten algunas conclusiones someras. El país de mejor índice ha sido en todos estos años Noruega, que alcanzaría en 2001 (últimos datos disponibles) 0,944, el de peor Sierra Leona, con 0,275. La clasificación en países de Desarrollo Humano alto, medio y bajo, coloca 55 países en el primer nivel, 85 en el segundo y 33 en el tercero. No parece preciso insistir en que en el primero figuran todos los países considerados desarrollados y en el último se colocan la inmensa mayoría de los de África y algunos del Asia inestable[28].

Las referencias estadísticas muestran que, más allá de las declaraciones, no existe un impacto positivo de la globalización en la disminución de la pobreza; en el *Informe sobre el desarrollo humano 2000-2001: Lucha contra la pobreza* se destaca que el porcentaje de personas que viven con menos de un dólar al día sólo ha disminuido del 29 al 24 por ciento entre 1990 y 1998 (disminución de 77,5 millones de personas), pero esas cifras se modifican si se excluye a China: los porcentajes pasan a ser, respectivamente, 28,1 y 26,2 por ciento y el número total se ha incrementado en 69,8 millones[29].

Los comentarios que pueden realizarse a partir de estos datos muestran su relevancia: por una parte, la brecha entre los países pobres y los ricos se ha ensanchado considerablemente en el curso de la última década. Por otra, allí donde las distancias se han estrechado nos encontramos con una situación en la cual las posibilidades de mejorar su IDH por parte de los países desarrollados es mucho más limitada que las de los que no lo son, en virtud de que factores como el nivel de alfabetización o la esperanza de vida son muy difíciles de incrementar (en el primer caso, todos los países

considerados desarrollados están en el 99 por ciento). Por lo tanto, un aumento en estos valores por parte de los países atrasados achica la brecha por encima del desfase existente en el PBI. Es decir, que los países pobres están más cerca en cuanto a su «desarrollo humano» pero bastante más lejos en cuanto a su nivel de ingresos.

Desde el punto de vista de las condiciones de vida, el espacio más problemático es África, especialmente la subsahariana. En cuanto a la estabilidad y las relaciones entre comunidades, el continente africano es el que presenta también mayor número de conflictos básicos de población. La evolución de Latinoamérica ha seguido produciéndose con procesos muy diferenciados y no puede hacerse una consideración común de todos ellos, en espacial al comenzar el nuevo siglo. Pero la cuestión, además, es que la extrema disparidad existente no representa ya una siempre fragmentación en las condiciones de vida, sino que, como ha señalado Zygmunt Bauman, lo importante es la polarización en cuyo seno las diferencias representan confrontaciones y donde es muy difícil abandonar la posición en que se está[30]. El mundo se divide no ya mediante grados de progreso, sino mediante extremos de progreso frente a otros de máximo subdesarrollo.

Así, tres grandes objetivos repetidamente referidos en textos, manifiestos y programas políticos: paz mundial, crecimiento socioeconómico equilibrado y sustentabilidad ecológica, distan mucho de verse asistidos con medidas en consonancia, permanecen claramente inalcanzados y distorsionados (ni multilateralismo, ni eficiente ayuda al desarrollo, ni aceptación de los protocolos de reducción de emisiones a la atmósfera), de forma que estas carencias han sido denunciadas repetidamente por organismos internacionales públicos y por ONG[31]. Las instituciones políticas estatal-nacionales no están ya en buena parte de los casos en condiciones de solventar los problemas que se plantean en un mundo cada vez más integrado, al mismo tiempo más diversificado y con problemas a mayor escala. Pero si esas instituciones del Estado-nación no pueden resolver los grandes problemas[32] no existen tampoco instituciones supraestatales y supranacionales dotadas de medios y atribuciones para ello. Los intereses de los Estados nacionales siguen prevaleciendo y en ello los países ricos siguen teniendo la capacidad decisoria.

Organizaciones supranacionales especializadas, sobre todo en el terreno económico, que tienen funciones decisivas en el desarrollo mundial, poseen una estructura organizativa y un sistema de toma de decisiones, según ha sido señalado, completamente antidemocráticos e impuestos de hecho por los grandes poderes económicos. El caso del Fondo Monetario Internacional (FMI) es particularmente indicativo[33]. Las funciones y actuaciones de otros organismos, como la OMC, el Banco Mundial, el grupo G7 (o G8 incluida Rusia) son cada

vez más contestadas en el mundo por los movimientos alternativos. Otros organismos de enorme relevancia en cualquier orden internacional del futuro, la Corte Penal Internacional, por ejemplo, tropiezan con grandes obstáculos para su ratificación por parte de países poderosos (EE.UU., China). Determinados acuerdos internacionales de gran trascendencia, las convenciones y protocolos sobre Medio Ambiente, etc., son bloqueados por las grandes potencias entre las que destaca EE.UU.

De la revolución industrial a la revolución digital

Como bastantes otras de las realidades que han ido tomando cuerpo progresivamente tanto en la vida cotidiana como en las estructuras más relevantes de nuestro tiempo, la que ya se conoce como la *revolución digital* hunde sus raíces, una vez más, en las novedades de todo orden surgidas con anterioridad. En este caso, también pueden rastrearse los cambios que se producirían en los años sesenta tardíos y primeros setenta del siglo XX. La revolución digital es uno de los más complejos, extensos y rápidos fenómenos de cambio tecnológico, económico y social, con las consiguientes implicaciones en la cultura global, que se han presentado en la edad contemporánea. Como prolongación y consecuencia de ella, se habla hoy, además, de una revolución aún más extensa, con implicaciones de cambio global, la *revolución informacional*, cuya capacidad para transformar el mundo se manifiesta cada día más visiblemente y que llevaría supuestamente a una «sociedad informacional» o «sociedad del conocimiento».

En cuanto proceso histórico, nada impide tener a este fenómeno de transformación de las sociedades por homologable con el que produjo la revolución industrial e igualmente con el de la llamada «segunda revolución» industrial en el tránsito entre los siglos XIX y XX. Como en el caso de aquéllas, su desarrollo presenta evidentes inflexiones en su ritmo temporal. Un cambio tecnológico de esta envergadura, que desborda los límites de lo científico-técnico para penetrar en toda su profundidad en un campo que va de lo económico a lo sociocultural obedece, efectivamente, al desarrollo de un ciclo de cambio histórico que desborda las vivencias de una única generación. Estamos llamando *revolución*, pues, a un proceso muy distendido en el tiempo. Sabemos, por lo demás, que esta nueva revolución está aún hoy en pleno curso, su potencia transformadora no ha hecho, tal vez, más que comenzar. Sus resultados más decisivos están por llegar y nos hallamos, con toda seguridad, en el momento temprano de un cambio sin precedentes, que no solamente tiene como fundamento directo la entrada en una era digital,

sino todos los fenómenos inducidos que ese hecho genera. La revolución tecnológica y sus derivaciones inmediatas que vive nuestro tiempo permiten, en cualquier caso, hablar de una «tercera revolución» tecnológica que, precisamente, es la que parece ser el principio de una verdadera civilización posindustrial y, si se quiere, poscontemporánea. Los rasgos más generales, los de más amplia influencia, de esa historia desarrollada ante nuestros ojos son los que queremos considerar aquí brevemente, sin entrar en el detalle de los adelantos tecnológicos[34].

Las innovaciones que mayor significado directo tienen para explicar este salto hacia la verdadera revolución digital se produjeron en la década de 1980, pero se apoyaron sobre descubrimientos e inventos científicos y técnicos que eran, en algún caso, décadas anteriores[35]. Ese gran salto ha estado ligado y condicionado, precisamente, por el proceso de cambio económico que se pone en marcha en las mismas fechas. Fue como si en los años ochenta hubiesen convergido en un ciclo de cambio único el capitalismo industrial clásico con una nueva revolución tecnológica para producir una también decisiva evolución económica que ha llevado al «capitalismo tardío», como se dijo en los años setenta, hasta un neocapitalismo, un «turbocapitalismo»[36], por la conjunción de la economía productiva y, aún más, la economía financiera, con los adelantos tecnológicos. Hasta el punto de que hoy puede distinguirse entre la «economía del trabajo y la economía de la información»[37].

Incluso antes de que esa conexión se hiciese definitivamente determinante, el economista liberal J. Galbraith, que en 1958 había publicado *La sociedad opulenta* escribía ahora, en 1967, *El nuevo estado industrial* y, en 1970, el marxista E. Mandel publicaba a su vez *El capitalismo tardío*. Estos libros estaban ya analizando los albores de la gran inflexión del capitalismo que se producía en esos años. En 1969 aparecía *La sociedad post-industrial*, de A. Touraine, y en 1973, *El advenimiento de la sociedad posindustrial*, de D. Bell. La especificidad de aquel momento de inflexión que representó el paso de los sesenta a los setenta quedaba perfectamente registrada en esas y otras grandes obras. Aun así, el despegue de la nueva fase del capitalismo hubo de esperar todavía a la superación de la primera gran crisis de la posguerra, la de los primeros setenta o la crisis llamada «del petróleo» que tuvo su punto álgido en 1973[38]. Ésta había estado precedida por el fin de la convertibilidad del dólar y tendría repuntes posteriores hasta la segunda crisis del petróleo en los primeros años de la década de 1980. La superación contó, en primer lugar, con la introducción de novedades tecnológicas decisivas, especialmente la informatización, donde el horizonte serían las nuevas tecnologías de la información, el despegue de una economía financiera cada vez más autónoma, nuevos caminos de la ciencia y nuevas políticas económicas que dibujarían un escenario dividido entre las

tendencias al neoliberalismo radical y nuevas soluciones en la línea del pensamiento socialdemócrata. Se reconfiguraba también la «sociedad de consumo» y se vivía el momento seguramente más brillante del Estado del bienestar[39].

Como hemos señalado, los grandes cambios económicos, sociales y culturales que el mundo ha experimentado en ese lapso de un cuarto de siglo que arrancó de la inflexión de los años setenta, después de superar la crisis del modelo de capitalismo de la posguerra, y que alcanzaron su expansión más completa en la década de 1990, no se explicarían sin la nueva revolución tecnológica fundamentada en un espectacular progreso de las ciencias y tecnologías de la computación y la digitalización. La revolución de la computación, la informática, no sólo creaba en sí misma un nuevo universo tecnológico e industrial, sino que, lo que es más importante, penetraba y revolucionaba prácticamente todos los sistemas de producción, organización, comunicación y control de las sociedades avanzadas. Ninguna práctica ha dejado de ser influida por las innovaciones de la digitalización, incluidas las intelectuales.

Nunca tampoco una revolución técnica se había difundido en tan breve tiempo, a semejante velocidad —cuyo elemento de comparación podría ser la expansión de otros cambios decisivos en la historia de la humanidad: la agricultura y la ganadería, la rueda, la navegación a vela, la máquina de vapor, etc.—. La nueva revolución tecnológica tenía ahora también un centro medular muy tipificado: fue una revolución propiamente americana y una vez más también estuvo condicionada por las necesidades de la guerra. El «cálculo electrónico», que es el embrión de la nueva tecnología, estuvo ligado a los sistemas puestos en marcha en la Guerra Mundial. El ENIAC, la primera máquina electrónica de calcular moderna, se presentó el 15 de febrero de 1946. Cincuenta años más tarde, las técnicas informáticas habían revolucionado el mundo. Como una ratificación de la importancia histórica de todo este proceso, en el año 2000 se concedía el premio Nobel de Física a James Kilby, inventor del circuito integrado, el corazón de todos los artefactos informáticos[40].

Al comenzar la década de 1980, las máquinas informáticas, el *hardware*, experimentó un decisivo cambio, técnico y social, al aparecer el ordenador personal (*personal computer*, el PC), el símbolo de la expansión de la nueva revolución, aunque no seguramente su factor más importante, introducido en el mercado por la empresa emblemática también en toda esta revolución, IBM. Su uso tuvo tal difusión que en pocos años transformó las actividades profesionales y la organización de la producción. Empezó entonces también el proceso de investigación para crear máquinas con «inteligencia artificial», es decir, mecanismos de adquisición y procesamiento de la información basados en esa nueva piedra filosofal, el *chip*. Nació así en la realidad el mundo de los

robots, prefigurado mucho antes en el arte —la literatura y el cine— que tendría, desde luego, influencias perfectamente visibles también en más de una de las concepciones más clásicas del humanismo occidental[41].

La «tecnología digital», es decir, la reducción de todos los algoritmos del cálculo al álgebra binaria de Boole sobre la base conceptual de la «máquina de Turing»[42], es, indudablemente, la nueva gran revolución de nuestro tiempo que ha penetrado toda la práctica científica, los sistemas de organización social, y sustentado adelantos en otros muchos terrenos —la biología, la medicina, la agricultura, todo tipo de ingenierías, por ejemplo— y, en relación con los propios desarrollos de la economía global, puede decirse que ha alcanzado ya todos los ámbitos del proceso de producción y de las relaciones sociales. Pero no estamos, decíamos, sino en el momento temprano de la era de la información global. Las tecnologías de la información son el campo donde los progresos cotidianos parecen dejar más claro que no se trata sino de un comienzo. En ningún campo de producción de conocimiento, adquisición de información y su aprovechamiento para el progreso humano, como en éste de la computación y digitalización se ha establecido una correlación tan estrecha entre ciencia y técnica, entre el descubrimiento de principios fundamentales y su conversión en artefactos técnicos, así como en su aplicación a las tareas de otras ciencias. El desarrollo innovador de las técnicas, la creatividad en materia de programas informáticos (*software*), de mejora de las prestaciones de las máquinas, se ha producido de manera exponencial en los años noventa. El estado de la tecnología aplicada a los sistemas digitales en un momento dado ha alcanzado su obsolescencia con tal rapidez que uno de los fundamentos de la industria informática ha sido, precisamente, la administración y control de sus adelantos para lanzarlos al mercado de forma continua, comercialmente favorable.

Al final de la década de 1980 y primeros años de la de 1990 se hablaba ya de la aparición de una «cultura digital». Veinte años después del comienzo de la difusión de la microinformática, junto a la expansión y adelantos de la informatización en gran escala, mediante grandes máquinas —también cada vez más miniaturizadas—, en todos los procesos de producción y de organización de sistemas, el proceso ha llegado plenamente al nivel de la vida cotidiana, la vida doméstica, de forma que la revolución basada en la tecnología de las máquinas informáticas y la digitalización, después de haberse introducido una decisiva novedad en todo tipo de trabajo científico, administrativo, comercial, etc., ha llegado a los primeros escalones en su conversión en producto de consumo. Los principios y técnicas de la digitalización tienen la particularidad de no constituir en manera alguna un mundo técnico aislado, como decíamos, sino de ser un proceso de avance tecnológico capaz de soportar y promover otros muchos. No existe prácticamente hoy ningún ámbito de

la vida social al que la digitalización no pueda favorecer, aplicándose hoy a una amplísima gama de procesos tanto de producción material como «inmaterial», según comentaremos más adelante.

La digitalización es la base de una nueva estructuración, forma de control, regulación y desarrollo, de otros muchos procesos que se basan en ella: la producción en serie de todo tipo de bienes, la regulación y dirección de máquinas y procesos industriales, el transporte y la dirección de vehículos, la organización de sistemas complejos, como los de la Administración pública o el funcionamiento de empresas, la predicción y el cálculo de comportamientos de entidades naturales o sociales, etc. Una buena parte de las máquinas de todo tipo que emplea el hombre en la actualidad se basan o hacen uso de artefactos digitales. Ya se prevén la vivienda robotizada, una nueva concepción de los edificios y la morada humana informatizada de la que se ocupa la *domótica*, la producción enteramente robotizada, etc. La versatilidad de esta revolución es uno de sus caracteres más innovadores. Un ejemplo muy ilustrativo de ello es lo afirmado por J. Rifkin: «El maridaje, en los últimos diez años, de los ordenadores y la ciencia genética ha sido uno de los sucesos germinales de nuestra época, y seguramente cambiará nuestro mundo más radicalmente que cualquier otra revolución en la historia»[43].

Digitalizacion y comunicación social

Entre los impactos más decisivos debidos a la digitalización de procesos de información y producción figura el producido sobre el mundo de las comunicaciones inmateriales o «sociales», las que llevan noticias, datos, textos u órdenes a través de un sistema estructurado de emisor/receptor. La transmisión de información y comunicación «en tiempo real» constituye la base del complejo mundo de las nuevas «tecnologías de la información». En realidad, el avance en las posibilidades y medios de comunicación, en la información en todos sus sentidos, fue una característica destacada del siglo XX, más aún en su segunda mitad. Lo notable es el salto cualitativo dado por ese proceso en función de la inmensa expansión del mundo digital, permitiéndonos hablar de una revolución de la comunicación que incide ya en el cambio mismo de las formas y relaciones internas en las sociedades desarrolladas, que son descritas ahora como «sociedad red» o «sociedad informacional», y, aún más allá, como «sociedad del conocimiento», con la introducción también de una metáfora de esta nueva comunicación como es la de Telépolis[44].

Aunque volveremos a referirnos a esto al hablar de las «sociedades de la comunicación», podemos adelantar ahora que, en el ámbito de las comunicaciones digitalizadas, los años noventa vieron el extraordinario avance —ya

que no el invento— del sistema más característico en la comunicación de nuestro tiempo, el basado en las redes informáticas, es decir, en Internet (red internacional, literalmente). Internet representa el espíritu de innovación de nuestro tiempo como lo hicieron en momentos del siglo XIX y del XX el telégrafo y teléfono, la radio o la televisión, aunque la potencia revolucionaria de la digitalización y su capacidad de diseminación y polivalencia parecen aún más extraordinarias. Con toda probabilidad, se trata del adelanto técnico que más influencia va adquiriendo en el presente y tendrá sobre el futuro de las relaciones sociales y, por otra parte, conviene insistir en la idea generalizada de que este nuevo mundo tecnológico no está sino en sus comienzos, en sus balbuceos[45].

En cuanto a las características técnicas de Internet, nos reduciremos aquí a unas simples precisiones para presentar, justamente, la idea de que la innovación en este campo es permanente, acelerada y clave en su dinámica expansiva[46]. La esencia de la red informática de comunicación mundial es doble: por una parte, consiste en el almacenamiento de una ingente cantidad de información de todo tipo, digitalizada en unos grandes ordenadores, los nodos de la red, verdaderos núcleos en los que entra y sale a través de la línea telefónica, pero hoy ya también mediante transmisión inalámbrica, hacia todos aquellos dispositivos o terminales que están conectados con la red y que acceden a ella a través de los servidores. La información en el momento actual está dispuesta en unas «páginas virtuales» (páginas web) cuyo conjunto constituye la *world wide web*, que inventaron Vinton G. Cerf y Tim Berners-Lee especialmente. Pero la segunda utilidad es que la red sirve para la circulación de un inmenso número de mensajes personalizados, lo que constituye el correo (el *e(lectronic)-mail*). Todo este complicado sistema de transmisión se hace posible por la existencia de unos «protocolos», de códigos y direcciones, a los cuales han de ajustarse todas las informaciones que intenten incorporarse o extraerse de la red.

La cuestión es que desde que se inventó Internet el progreso de su tecnología ha sido constante y el aumento del número de usuarios, impresionante. La comunicación digital no es ya sólo cosa de ordenadores, sino que ha dado el salto a terminales como teléfonos móviles y artefactos multivalentes capaces no sólo de transmitir imágenes y texto sino de integrar el sonido, captar los elementos multimedia completos y transmitirlos desde cualquiera de esos terminales. Los satélites artificiales, manejados también digitalmente, completan el sistema de las comunicaciones mundiales, que incluyen tanto radio como televisión digital. La relación de este potencial técnico con el fenómeno de la globalización es fácilmente detectable. No en vano Internet es un instrumento clave, justamente, del proceso de globalización. Ahora bien, Internet

es un sistema de comunicación normalizado en los países desarrollados, pero su situación es bien distinta en los que no lo son, aunque el aumento de los usuarios haya sido espectacular.

Las estadísticas mundiales que reflejan el uso y acceso a la red muestran el impresionante avance en su expansión (véase cuadro 7.1).

Los EE.UU y Canadá están a la cabeza del número de usuarios, seguidos de Europa y Asia/Pacífico. Zonas como África u Oriente Medio se encuentran enormemente alejadas de esos niveles, y en ellas el acceso a la red es poco más que una curiosidad o un privilegio al que la población corriente no tiene acceso como no lo tiene al teléfono y otros medios más clásicos.

Cuadro 7.1 Usuarios de Internet y población por regiones y países

Regiones	Población (2003 Est.)	Usuarios (año 2000)	Usuarios, dato más reciente	(%) Crecimiento (2000-2003)	(%) Población (penetración)	(%) Usuarios
África	879.855.500	4.514.400	8.073.500	78,8	0,9	1,2
Asia	3.597.465.700	114.303.000	210.902.651	84,5	5,9	30,9
Europa	722.509.070	103.096.493	199.527.277	93,5	27,6	29,2
Medio Oriente	259.318.000	5.272.300	12.019.600	128,0	4,6	1,8
Norteamérica	323.488.300	108.096.800	201.339.798	86,3	62,2	29,5
Latinoamérica/ Caribe	541.378.400	18.068.919	35.466.586	96,3	6,6	5,2
Oceanía	31.528.840	7.619.500	15.090.100	98,0	47,9	2,2
Total Mundial	6.355.543.810	360.971.412	682.419.512	89,1	10,7	**100,0**

NOTAS: (1) Las estadísticas de Internet fueron actualizadas el 10 de noviembre de 2003. (2) Las cifras de población se basan en los datos actuales de gazetteer.de. (3) Los datos más recientes de usuarios corresponden a Nielsen-NetRatings, ITU, NIC's, ISP's y otras fuentes locales. (4) Las cifras de crecimiento se determinaron comparando el dato actual de usuarios de Internet con el dato del año 2000 de las estadísticas ITU. (5) Se autoriza la reproducción de los datos, siempre y cuando se cite a «ExitoExportador.com» como la fuente y se establezca un enlace.

Tomado de www.exitoexportador.com/stats.htm.

La red y las tecnologías de la información están estrechamente relacionadas y condicionadas por las llamadas «autopistas de la información», un término que puso en circulación en los años noventa el vicepresidente estadounidense Alfred Gore, con el que se alude a la transformación del flujo de la información en red en el principal instrumento de comunicación en el mundo en el que se integrarían todos los demás y la necesidad de que tal flujo disponga de las infraestructuras imprescindibles para su desarrollo. La tecnología ha hecho que esos flujos de información tengan cada vez terminales

más variados y sofisticados. No solamente la red tiene sus terminales propios, sino que la digitalización penetra los otros medios como la radio, telefonía o televisión. Por tanto, las autopistas habrían desbordado ya el propio sistema del cable y se habrían hecho mucho más abiertas para evolucionar más bien hacia la «autopista inalámbrica», basada en sistemas de satélites y en telefonía inalámbrica como futuro de toda transmisión.

No caben dudas respecto a que la conexión a Internet se ha convertido hoy en un elemento distintivo del progreso más avanzado en una inmensa mayoría de las actividades de la vida económica, social (a través del correo electrónico), científica, militar, y que está a punto igualmente de revolucionar el mundo de la educación, introduciendo, nada menos, que algo parecido a una nueva alfabetización. La comunicación financiera, por ejemplo, ha sido revolucionada por la transmisión informática (la conexión de todas las Bolsas de Valores del mundo, y la creación de un mercado continuo de valores es un buen ejemplo, así como la creación de una Bolsa específica de «valores tecnológicos» relacionados con el mundo digital). El comercio electrónico es uno de los signos también de la vida económica digitalizada, que no ha hecho más que comenzar y en cuyo campo se observan enormes diferencias de desarrollo entre unos países y otros. La vida financiera internacional, el tráfico de capitales, se encuentra ya hoy prácticamente canalizado en la red y es una clave también de la globalización. Empresas industriales y comerciales, instituciones públicas, universidades y centros de investigación, bibliotecas y museos, así como muchas personas individuales, envían su información a Internet, donde la hacen circular mediante las páginas web. Las grandes empresas que facilitan contenidos o que ayudan a la búsqueda de ellos, los *portales*, son hoy una actividad de la industria cultural de importancia creciente.

Todo este proceso tecnológico ha llevado sus efectos hasta producir un impacto decisivo, como decíamos, en las propias concepciones y prácticas sociales. Uno de los grandes definidores de ideas sobre el caso, N. Negroponte, dijo que el paso «del átomo al bit» era la clave profunda de esta revolución[47]. En este nuevo «mundo digital» se basaría la realidad de una «sociedad informacional», que funcionaría mediante flujos digitales, mientras el desarrollo de una nueva cultura, en el sentido más extenso y profundo de ese término, se materializaría en la aparición de un «tercer entorno» en el mundo del conocimiento y las relaciones humanas[48]. La base sería la posibilidad enorme de aumento del conocimiento, y la rapidez con que se alcanzaría, lo que hace que se hable igualmente de esa nueva sociedad como «sociedad del conocimiento». «Lo que caracteriza a la revolución tecnológica actual —ha escrito Manuel Castells— no es el carácter central del conocimiento y la información, sino la aplicación de ese conocimiento e información a aparatos de generación de

conocimiento y procesamiento de la información/comunicación, en un círculo de retroalimentación acumulativo entre la innovación y sus usos»[49].

Pero la constatación del importante cambio y el enorme progreso que representa para la humanidad el descubrimiento del mundo digital, no puede convertirse en un ingenuo «canto» a ese progreso al que acompaña un elevado número de problemas también y de incógnitas sobre el futuro, en el propio campo digital y, más aún, en el de las influencias externas inducidas por él. La *computer-mediating communication* (CMC), que representa el instrumento básico de futuro en las relaciones entre humanos, acarrea un cúmulo de variadas cuestiones litigiosas que van desde las filosóficas y éticas hasta las jurídicas y legales, que afectan a cuestiones básicas, como la privacidad de las personas, los derechos sobre la creación de contenidos circulantes y de regulación de la red, las de libertad de información, de seguridad y otras, exigiendo definiciones de las instancias políticas de alcance mundial[50].

Se ha creado un *ciberespacio*, un espacio digital virtual distinto del espacio natural, uno de los símbolos más potentes de la nueva era tecnológica, un nuevo entorno virtual para el hombre, representado por «el peculiar espacio/tiempo creado literalmente por millones de seres humanos comunicándose unos con otros a través del mundo por la vía de las redes computerizadas» y esa realidad nueva no puede dejar de tener inmensas consecuencias para todas aquellas otras en las que incide[51]. Pero lo más determinante, quizás, es que esta nueva forma de comunicación no es meramente un vehículo. En realidad, es posible que cambie a corto plazo el concepto mismo de comunicación, de escritura, de transmisión de la cultura y se modifiquen también todos los soportes donde se acumula la memoria humana, al reforzar aún la idea de «memoria exenta» que introdujo el sistema de memoria del ordenador.

Este mundo informático y su impacto sobre la economía no dejan tampoco de suscitar dudas, al menos en cuanto a la capacidad y ritmo de su expansión. La potencialidad de la «nueva economía» es discutida[52]. La expansión no se ha hecho sin altibajos. Al comenzar el nuevo siglo, la industria de lo digital en sus más extensas manifestaciones ha sufrido un cierto estancamiento del que parece recuperarse después. Las empresas tecnológicas han visto detenerse, incluso fracasar, sus proyectos, lo que ha obligado a notables reconversiones empresariales. Por una vez, la capacidad tecnológica parece haber desbordado la auténtica capacidad de absorción de ella por la demanda social. Ello prueba, si es que hacía falta, que la tecnología no es en manera alguna independiente de la sociedad que debe «socializarla». Ocurre como si la nueva capacidad tecnológica no estuviera en condiciones de ser aprovechada aún íntegramente o que necesitase una reconversión continua hacia nuevas demandas. Un fenómeno de extraordinarias perspectivas.

El mercado y la aplicación de la informática han parecido atravesar una cierta saturación (el caso de la telefonía inalámbrica, de las empresas de comunicación o de comercio vía Internet, etc., y del mercado financiero ligado a ellas) al comenzar el siglo XXI de la que parecen no poder salir sino con la extensión de estos nuevos medios, cada vez más, a campos nuevos de alto consumo y, desde luego, con la conversión de la innovación en una condición absolutamente imprescindible para la extensión del mercado. Tanto esa enorme expansión como los síntomas continuos de reorientación de ella muestran bien dos cosas: la capacidad tecnológica casi ilimitada y las dificultades de su absorción por las formas sociales existentes. Lo cierto es que en los años ochenta, la transformación del mundo y la sociedad por obra de la informática, la inteligencia artificial y la robótica, parecía que habría de operarse en unos plazos mucho más breves de lo que la realidad nos muestra realmente en los primeros años del siglo XXI. Pero no es menos cierto que el capitalismo que viene estará siempre involucrado en el círculo innovación/demanda/innovación.

De la sociedad postindustrial a la sociedad informacional

En el lapso histórico transcurrido entre las «revoluciones del 68» y los primeros años del siglo XXI se ha operado, junto a otras que hemos referido, una profunda transformación (revolución) social en todo el espacio del planeta que, en líneas generales, y, naturalmente, con especificidades propias en cada ámbito, ha afectado tanto a sociedades en rápido desarrollo como a otras que lo han tenido menos. El grado de esta transformación es, en todo caso, tan dispar como lo observado en el terreno económico y lo que observaremos después también en el cultural, pero certifica que en el tránsito entre los dos siglos se han manifestado todos los rasgos que marcan la apertura de una época nueva. El desarrollo social en el último cuarto del siglo XX acusa, como todas las demás variables que caracterizan nuestro mundo, las enormes diferencias entre unos y otros espacios culturales y espacios geoestratégicos. Por tanto, difícilmente podríamos pretender presentar una imagen de la «sociedad global» en la que vivimos hoy sin atender a esa diferenciación. El mundo desarrollado y las sociedades avanzadas son sólo una parte de la realidad histórica de hoy y, además, pequeña. Un hecho nuevo, sin embargo, de capital importancia, es la desaparición en los años noventa de los modelos existentes de sociedades socialistas, entre otras cosas por su incapacidad para incorporar un impulso tecnológico que sí sirvió al capitalismo para su transformación.

En consecuencia, el profundo desfase que existe entre las formas sociales más comunes en los países desarrollados de capitalismo avanzado, las difi-

cultades para la modernización social —según los parámetros occidentales que se presentan en la mayor parte de los países en desarrollo—, y, en tercer lugar, las particularidades propias de la «construcción del capitalismo» que se manifestaron palpablemente en muchos países salidos del régimen socialista, particularmente en el Oriente europeo y en el Asia ex soviética, hacen que sólo sea posible un lenguaje aproximativo al hablar de una evolución de las sociedades hacia nuevas formas «a escala mundial» y que sea preciso hacerlo con profundas matizaciones y diferenciaciones. Los cambios de las sociedades «poscapitalistas» son sólo una parte de lo que ocurre en el planeta y por ello tiene un sentido más problemático, precisamente, el proceso de la globalización. Es preciso, por tanto, explicitar de qué espacio del mundo se está hablando cuando lo hacemos de los cambios sociales y culturales que están en curso hoy. Para establecer un panorama de la historia de la evolución social en nuestra época, es preciso, en cualquier caso, tomar alguna referencia. La nuestra será la de las sociedades occidentales.

Este cambio acelerado, si se parte para su análisis de la profunda evolución experimentada desde los primeros años setenta del siglo XX, tiene una perfecta coherencia como «cambio global», es decir, que se da en todas las instancias del sistema. Esa coherencia quedó reforzada al desaparecer el proyecto de socialismo real o modo de producción estatista —en palabras de M. Castells—, puesto que, a partir de ese momento, la marcha del nuevo capitalismo pareció no tener, en principio, alternativa como vía de progreso hacia nuevas formas sociales. El capitalismo pareció entonces, al comenzar los noventa, el «único» camino al futuro. De otra parte, resulta claro que en el tránsito entre los dos siglos las estructuras y las dinámicas sociales en los diversos espacios de civilización del mundo no hicieron sino acentuar y acelerar tendencias que se pusieron ya en marcha en la gran fase histórica de la prosperidad generalizada de posguerra y que hubieron de superar la crisis de los setenta. Nuestro mundo social es una continuación de aquél en muchos aspectos, pero en otros presenta un agudo contraste, porque en el largo plazo las sociedades postindustriales han introducido una profunda modificación de las estructuras que se crearon en aquella época irrepetible de la historia contemporánea.

Los cambios en la estructura de las sociedades, en la naturaleza y función de muchas instituciones sociales básicas, en las relaciones de trabajo y, en definitiva, en la articulación del aparato productivo en general, todo ello sobre la base del gran cambio económico-tecnológico del último cuarto del siglo XX, llevan a pensar en la aparición a corto plazo de realidades sociohistóricas que poco tendrán que ver ya con el sistema social del antiguo industrialismo, e, incluso, con el que se llamó la sociedad postindustrial, descrita, como vimos, en los primeros setenta del siglo pasado. Desde la primitiva sociedad indus-

trial contemporánea, que podríamos ver reflejada en las descripciones hechas por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, de 1847, hasta esta supuesta sociedad informacional de comienzos del siglo XXI, se ha recorrido un largo camino histórico, que tuvo igualmente un momento de inflexión inequívoco al alcanzarse el estadio del industrialismo maduro y el paso subsiguiente al tipo de sociedades postindustriales que describieron en su momento Dahrendorf, Touraine o Bell, entre otros.

Desde esa inflexión hacia un nuevo capitalismo, se ha recorrido de nuevo un lapso histórico en la transformación social verdaderamente acelerado en el último cuarto del siglo XX, como parte de un fenómeno más global de transformación del mundo, a algunos de cuyos aspectos particulares nos hemos referido. En el momento actual de la evolución histórica, lo que podemos observar es la penetración en el tejido social de las sociedades avanzadas —y también en las menos avanzadas— de reacomodaciones intensas en el mundo del trabajo, de la información, de los grupos y de los movimientos sociales y, en fin, de los procesos de socialización. Todo ello parece estar básicamente referido al inmenso cambio tecnológico con sus implicaciones sobre la producción, la distribución y la comunicación.

Treinta años de evolución social acelerada

Los más conocidos diagnósticos sociológicos sobre la naturaleza y los rasgos distintivos de las sociedades que hoy siguen inmersas en una visible transformación, tienen entre sí fundamentales puntos en común, pero también notables divergencias. Hay una muy convergente descripción de los rasgos principales pero discrepancias en cuanto al origen de ellos, su incidencia y, más aún, su posible evolución. La sociedad de hoy ha señalado, por ejemplo, Alain Touraine, «está fragmentada entre las estrategias de cambio y la obsesión de la identidad, entre el consumo de masas y las jerarquías sociales, entre los sistemas políticos frecuentemente abiertos y una concentración de centros de decisión a nivel nacional e internacional»[53]. Touraine, que en esta observación se encuentra cerca de lo expuesto igualmente por Giddens, observa que el mundo contemporáneo aparece dividido en dos series de hechos cuyo desenvolvimiento es paralelo pero cuya relación no es siempre directa: por una parte, está el orden de los sistemas (el mundo de los sistemas expertos, que dirá Giddens) y, por otra, el orden de las subjetividades de los actores. Las nociones de institucionalización y de socialización han quedado vacías de gran parte de su contenido y la de clase ha desaparecido casi de la sociología, dice Touraine. En su significado general, esta idea es equivalente a la expuesta

por M. Castells de que las nuevas sociedades pivotan sobre los dos ejes maestros de la *globalización* y la *identidad.* Sin embargo, no puede pensarse que la ruptura en el interior de la sociedad actual sea total y se haya alcanzado una sociedad verdaderamente posmoderna, es decir, en la que sistemas y actores estén absolutamente disociados, como si el navío social estuviera completamente gobernado por los «sistemas expertos» impersonales.

En la segunda mitad de los años ochenta, Ulrich Beck propuso el concepto de «sociedad del riesgo» para expresar el fundamento de las transformaciones experimentadas en las sociedades posindustriales. Recogía la idea de una modernidad que de forma ya clara habría superado los presupuestos del siglo XIX, a la que cabría aplicar, pues, el calificativo de posmodernidad. La visión de Beck perfilaba de manera más concreta, a la vista de los nuevos desarrollos históricos, las visiones de la sociedad postindustrial que se había producido en torno a diez años antes, a las que nos hemos referido, bajo el impacto de las conmociones del 68. Para Beck, que escribía después de la catástrofe nuclear de Chernobil, esa nueva sociedad sería la que estaría integrando el control de la naturaleza, la cual se habría convertido en algo «producido» sobre la base del riesgo permanente, de forma que tendría que asumir que la producción de riqueza era siempre la producción de riesgos[54]. Beck afirma que en los años setenta se habrían puesto en marcha dos procesos nuevos; uno, el final de las utopías políticas y, otro, las posibilidades de cambio social basadas en «la interacción entre investigación, tecnología y economía»[55]. Visión plenamente acertada.

Además de ello, debe añadirse, uno de los mayores cambios en la dinámica social se ha presentado bajo la forma de tendencias hacia una creciente individualización de los comportamientos, hacia los movimientos de adaptación a nuevas realidades hechos de forma individual, más que al reforzamiento de la acción de grupos o instituciones colectivas. Han cambiado las formas de reparto del trabajo y, en parte, la naturaleza misma de éste, la cohesión y representación de los grupos sociales, los instrumentos de hegemonía empleados por los grupos poderosos en el interior de las sociedades. Una de las instituciones que seguramente más profunda transformación ha experimentado es la familia, cosa que va estrechamente ligada al cambio en el papel social de la mujer, y las resistencias a que se enfrenta, al tiempo que la mayoría de las formas de asociación se han visto también modificadas. Individuos, grupos, instituciones, funciones sociales que desempeñan unos y otros, sentidos de lo público y lo privado en el espacio social, entre otras dimensiones sociales, han experimentado modificaciones decisivas en el curso de treinta años o, si se quiere, en el transcurso de la vida activa de una generación.

La estructura de las sociedades contemporáneas, como producto de la transformación impuesta por la revolución industrial, tuvo como entramado

fundamental a las clases sociales. Las relaciones sociales típicas de las sociedades industrializadas fueron las relaciones de clase y el conflicto esencial fue también el conflicto entre clases, si bien tampoco puede descartarse la centralidad de lo que R. Dahrendorf llamó el conflicto «entre gobernantes y gobernados», es decir, el conflicto político. La propia evolución de la sociedad industrial, con un segundo gran impulso a comienzos del siglo XX, la introducción de nuevos sistemas productivos y el cambio de las relaciones mundiales entre las potencias industrializadas e imperialistas, introdujo variaciones profundas que eran más que visibles al comenzar la segunda mitad del siglo XX. La maduración de esa sociedad, hemos dicho, se había producido ya en los años sesenta[56].

En la evolución de las sociedades desarrolladas, el fenómeno central es la disolución de pautas como la conciencia de clase, sustituida por las reagrupaciones en función de la naturaleza misma de un trabajo cada vez menos mecánico, la distribución del salariado o la participación en el capital de las empresas; la dilución del viejo proletariado en agrupaciones de profesionales mucho menos solidarias y más fragmentadas; la movilidad en el empleo y el continuo reciclaje; la aparición de potentes vínculos de afinidad cultural, en sentido amplio, en sociedades cada vez más multiculturales, el reforzamiento de solidaridades como las de género, tendencia sexual, origen territorial, etnia, religión, y la reivindicación más viva de políticas sociales a practicar desde el Estado —grandes servicios públicos, seguridad social, acceso a la información y a bienes no materiales—[57]. En palabras de Castells: «la segmentación de la mano de obra, la individualización del trabajo y la difusión del capital en los circuitos de las finanzas globales ha inducido en conjunto la desaparición de la estructura de clases de la sociedad industrial»[58].

La nueva y profunda transformación (revolución, tal vez) que despunta desde entonces ha ido modificando en profundidad la estructura de las sociedades industrializadas para llevarlas a esa situación «postindustrial», «poscapitalista» y, en función del salto económico-tecnológico decisivo, hacia el estado «informacional», «de la comunicación», «del conocimiento» o cualquier otro apelativo que refleje el sentido del cambio, es decir, al nuevo tipo de sociedad que se desarrolla con la revolución de la informatización, la economía global, la cultura de comunicación de masas y la evolución de las instituciones y aparatos políticos. Las sociedades de clases se han modificado por el sesgo del capitalismo hacia la automatización y la nueva organización del trabajo y la distribución del producto. Por la complejidad y multiplicidad creciente de los grupos de intereses, por la más flexible distribución del excedente económico, lo que no significa la disminución de las desigualdades, el nuevo papel del Estado y la aparición de contradicciones de otros signos, en

definitiva, por la implantación efectiva de las sociedades de «alto consumo de masas» que vaticinó el economista W. W. Rostow en los años sesenta. Las clases y su conflicto en función de la posesión del capital siguen existiendo, pero no se trata ya de la dinámica fundamental en la confrontación, reproducción y cambio social[59].

Las sociedades desarrolladas han tendido a acusar las diferencias de estatus y poder que ostentan determinados grupos o que se atribuyen a ciertas funciones sociales. La «política» se ha convertido, por ejemplo, en una profesión con todos los atributos propios de un estatus y un poder bien determinados y perpetuables. Se ha agrandado la brecha en las diferencias de posición económica a cambio de la extensión en la garantía de un «mínimo vital» para muchas gentes, mientras que han crecido diversos tipos de marginación. Grandes corporaciones como las iglesias, grupos religiosos, agrupaciones de base étnica, sectas u otras se han multiplicado, siguen teniendo influencia ideológica pero han perdido capacidad para dirigir conciencias. Las diferencias entre las sociedades del mundo desarrollado y las de los espacios en desarrollo o menos desarrollados se han acusado, pero a la diferenciación basada en las condiciones mismas del desarrollo económico se han unido cuestiones como la preservación de las identidades comunitarias que hacen más difícil el acercamiento.

También es perceptible la enorme diferencia de cultura entre los trabajadores de países como Japón o los emergentes del Pacífico y el trabajador europeo, y aun entre éste y el norteamericano. Se ha tendido a sacrificar la igualdad a la eficacia, con lo que el espectro de las situaciones posibles se ha agrandado. Ya no puede hablarse en términos globales de la existencia de una burguesía y un proletariado según las condiciones de la antigua sociedad industrial. Las estructuras sociales se han hecho mucho más fragmentadas y la dominación se basa en grupos de intereses, relacionados con la economía informacional y no en las clases sociales. La sociedad tiende quizás a lo que se ha llamado una situación «neofeudal», donde los dueños de los emporios de la información son los nuevos señores en la «telépolis».

Instituciones sociales como la familia nuclear, el partido político, el sindicato de clase, la iglesia, etc., que tuvieron un papel esencial en la política reivindicativa, en la protección y socialización de los individuos durante la era industrial, tienden a cambiar en profundidad. Los sindicatos ya no plantean globalmente reivindicaciones de clase sino de intereses concretos. Las iglesias, con independencia del papel siempre presente de la religión, son poco más que el conjunto de intereses de sus propios cleros. Los partidos políticos están en crisis, y si bien la familia sigue siendo clave en la protección frente al desempleo, en la redistribución, también ha experimentado profundas modificaciones en el conjunto de sus funciones y en su misma estructura[60]. El régimen

social en el que ha predominado la condición masculina bajo formas más o menos atenuadas de patriarcado está claramente en crisis en Occidente —no en otros ámbitos—, aumenta el número de familias monoparentales, cambia profundamente la situación de la mujer, y los núcleos familiares aumentan su significación como agentes económicos, lo que para algunos autores es la clave de un nuevo comportamiento de la dinámica social.

Los comportamientos diferenciados en función de comunidades naturales de edad u otros condicionamientos de naturaleza dentro de la sociedad se han hecho mucho más patentes. Jóvenes, «mayores», mujeres, homosexuales, etc., constituyen la base de movimientos sociales diferenciados. La variación, por ejemplo, en el comportamiento de la juventud entre los años sesenta y noventa no puede ser más notable. La juventud «rebelde» de los años sesenta ha sido sustituida por la mucho más imbricada en el sistema de los noventa. La preocupación por un futuro normalizado es mucho mayor, las condiciones del empleo en una sociedad de menores oportunidades inmediatas y con necesidades nuevas de especialización marcan los comportamientos de una juventud más conservadora. Seguramente es la aparición de una «nueva consideración del trabajo», o bien, la extraordinaria reestructuración del propio sistema del empleo y régimen de salarios, son las condiciones que han impuesto de forma más contundente las transformaciones sociales de mayor trascendencia[61].

En efecto, si el mercado fue siempre, en todas las sociedades capitalistas, el gran regulador social, es la misma «desregulación» a ultranza de los mercados por parte del Estado la que ha inducido consecuencias sociales más decisivas. La desregulación de los mercados ha llevado su influencia al mundo del trabajo un ámbito que en las sociedades capitalistas constituye la médula de toda relación social. R. Sennett, M. Carnoy, Z. Bauman, J. Rifkin y otros autores han realizado agudas observaciones sobre la variación en las formas de trabajo y la relación laboral, especialmente en aquellas sociedades más evolucionadas en la vida laboral como es la estadounidense. La «flexibilización» de la relación de trabajo es un fenómeno extremadamente indicativo de la nueva situación[62]. El asalariado, situación que es la de una inmensa mayoría de los sujetos en la sociedad capitalista avanzada, ha experimentado la novedad de que el entorno no es ya el del «viejo capitalismo de clase». Si la indiferencia por la situación de los individuos era antes «crudamente material», ahora «la indiferencia que emana del capitalismo flexible es más personal porque el sistema mismo está menos marcado, es menos legible en su forma»[63].

El «desanclaje», analizado por Giddens, es un fenómeno que se refiere a la desubicación en la localización social del trabajo, es decir, al debilitamiento, y hasta la desaparición, de su ligazón con un espacio social y natural concreto.

Esa deslocalización lleva al desarraigo de los individuos. Antiguamente, el trabajo ligaba al trabajador de manera perdurable a un espacio social concreto, a una empresa localizada de forma permanente. En función de la globalización, el mundo del trabajo ha experimentado una, en algunos casos brutal, recomposición, como analizó también Bauman. La mano de obra es un elemento de la producción totalmente recambiable, de forma que es buscada donde sus costes son menores. La sociedad-red, la economía transnacional, lleva a un debilitamiento del carácter, a una «corrosión», en expresión introducida por R. Sennett. En consecuencia, se ha debilitado de forma impresionante la realidad de las clases sociales tal como existía hace veinticinco años, porque respondía a un proceso de trabajo enteramente distinto. Pero, en cualquier caso, las diferencias en el mundo desarrollado entre América y Europa son notables; en América, la conceptuación de la clase se hizo siempre mucho más en términos de estatus económico que de posición real en la producción.

En la actual sociedad de mercado, las instituciones económicas practican algo parecido a ciclos constantes de renovación, vaciado o tirado, de las experiencias antiguas para realimentar el funcionamiento del aparato económico con capacidades nuevas. Una habilidad artesanal tardaba en el XVIII dos generaciones en ser sustituida, dice Sennett, y ello, puede añadirse, si se prescinde de la evolución de las técnicas campesinas, más lenta aún. En el sistema del fordismo, por el contrario, una técnica tardaba veinte años en ser sustituida. En la sociedad informacional tarda mucho menos. El reciclaje es una necesidad permanente. En todo caso, la experiencia como saber adquirido con la práctica es una realidad social, colectiva, que forma parte del mundo del trabajo, por ejemplo, y que ha sufrido variaciones en su valoración según los modelos de sociedad existentes. En consecuencia, deduce Sennett, hoy la experiencia acumulada puede hacer pensar que el tiempo pasa más bien «vaciándonos». La experiencia parece una cita con una realidad pasada de moda, parece poner en peligro la percepción de nuestra propia valoración a través del paso inexorable de los años[64].

La posición económica, la situación de mercado, es la que se ha erigido en las nuevas sociedades como la dispensadora de distinciones y capacidades de acceso a todo tipo de bienes sociales y la que, por tanto, impone las fundamentales pautas culturales. El «prestigio» de las funciones sociales desempeñadas tiene frente a ello menos valor. Los ingresos marcan la pauta que emerge claramente ante la vieja idea de estatus. El único magisterio es el valor de mercado. El estatus tiene escaso sentido frente a la capacidad de consumo. La excelencia está absolutamente ligada a la capacidad económica. Son las condiciones impuestas por el mercado universal... Sennett concluye sus reflexiones con una cita de H. G. Gadamer acerca de la naturaleza del sujeto que no se posee a

sí mismo, que está ligado a los accidentes del tiempo y a los fragmentos de la historia. El problema reside en la autoconciencia del individuo. El nuevo capitalismo obliga a la adquisición de un nuevo «carácter»: «hay historia, pero no una narrativa compartida de dificultad y, por lo tanto, no hay un destino compartido. En estas condiciones el carácter se corroe...»[65]. El dominio del individualismo es prácticamente absoluto en el seno de las fuerzas que domina el capitalismo flexible o el capitalismo del espectáculo, de «ficción», una situación que, verdaderamente, está dando lugar a un nuevo «estilo del mundo»[66]. De ahí, la faz enteramente nueva también, sobre todo en cuanto a la composición de sus integrantes, de los movimientos sociales.

Sin entrar aquí en discusión a fondo sobre el asunto —la pertinencia misma de la calificación de «nuevos»—, sí cabe decir que los movimientos sociales actuales presentan la importante novedad frente a los clásicos de obedecer a génesis y objetivos que amplían el espectro de los antiguos, lo que incide directamente sobre los ámbitos de extracción de sus componentes. Los nuevos movimientos sociales, en efecto, tienden a ser entendidos a través de una sociología que cambia el énfasis en los elementos socioestructurales y organizativos que los explican, en los que habían insistido visiones funcionalistas o posmarxistas, marxista-analíticas, de la teoría de la elección racional o la acción colectiva (los que aparecen en trabajos como los de Oberschall, Tilly, Tarow, Elster o Mann), por enfoques en los que «las nuevas formas de acción colectiva se piensa que están profundamente relacionadas con cuestiones de identidad individual y colectiva, de salud y sexualidad, con metas centradas en el desarrollo personal y el cambio en las formas de interacción»[67]. Esos nuevos movimientos sociales se caracterizarían también, frente a los clásicos —el viejo movimiento obrero, el sindicalismo, el mutualismo, por ejemplo—, por su relativa indiferencia frente a los rasgos estructurales de sus militantes y seguidores, por la importancia de creencias, símbolos, valores y atribuciones de significado, o condiciones de género, que los seguidores aportan, por la ausencia de objetivos de clase, en definitiva, y por el recelo frente a organizaciones clásicas como los partidos políticos[68]. Sus miembros persiguen la construcción de identidades colectivas como imagen integrada y duradera y la definición de los límites del grupo en función de algún «determinante» o «caracterizador». La identidad se ve así más como acción que como situación, según expresión de Alberto Melucci[69].

El nuevo paradigma de la «sociedad informacional»

En cuanto que todos estos rasgos descritos, o se han consolidado o están en trance de conseguirlo, nos encontramos aquí, sin duda, en el umbral, o algo

más, de una reestructuración aún más profunda de los lazos y las relaciones sociales, aunque las perspectivas sean desiguales e inciertas, como en todos los demás parámetros y variables de la historia del presente que hemos ido analizando. En definitiva, el último eslabón histórico alcanzado o a punto de serlo en la evolución social de nuestro tiempo es lo que se ha considerado como el paradigma de una nueva sociedad, la *sociedad informacional*. Resumiendo, podría decirse que todos los síntomas e indicadores del fin de la «sociedad industrial» de clases que creó la revolución industrial, y la propia «sociedad postindustrial» emergida en los años setenta del siglo XX, parecen estar presentes sin que estén perfilados del todo los rasgos de la nueva sociedad del conocimiento, aunque hace tiempo que se viene hablando de ella. Seguramente, la expresión «sociedad de la información», es la que mejor expresa el proceso en marcha, por lo que tiene de insistencia en la «virtualización» de las relaciones de producción, de trabajo y de poder. La tercera gran revolución tecnológica de la edad contemporánea tiende a producir unas consecuencias de cambio social de la misma importancia, o mayor, que las que tuvieron las anteriores. Las sociedades coincidentes con la revolución del poscapitalismo han llegado a alterar seriamente las estructuras del mundo contemporáneo consagradas: las clases, el proceso industrial, la estructura del capital, la propiedad y la regulación del sistema laboral. Además, el problema del sostenimiento de las sociedades de pleno empleo, el ideal keynesiano que tuvo su punto culminante en los setenta y ochenta, ha tomado un cariz distinto en los noventa.

Ahora bien, no transcurrido aún el primer lustro del siglo XXI, una mirada con sentido de la perspectiva histórica sobre esa noción del informacionalismo, a la vista de lo que proponen sus propios analistas y teóricos, tendrá que reconocer que por el momento nos desenvolvemos más en un umbral o, quizá, en una expectativa, de semejante conformación social, que en un hecho real, sobre todo, justamente, en la compleja escala de una consideración «global» de ella. Ésta nos parece la debilidad fundamental de la, por otra, parte extraordinariamente sugerente posición de M. Castells sobre la realidad informacional, que no ha dejado de levantar reticencias de diverso signo. En general, tanto la historiografía como la sociología aceptan que se han producido y siguen produciéndose grandes cambios sociales en la historia reciente, que estaban ya prefigurados en el arranque de las sociedades de capitalismo tardío o del «postindustrialismo» desde los años setenta y que se ligan ahora al progreso de las «sociedades del conocimiento» en los años noventa. En general, se acepta también que el cambio advenido es «histórico» en cuanto que representa un salto irreversible e impredecible a una nueva situación con su propia inteligibilidad. Es preciso hablar, en consecuencia, de una «reconstrucción» de la sociedad con respecto a la contemporaneidad[70].

En lo que respeta a los signos de identidad fundamentales que se atribuyen a esa nueva sociedad, podría partirse de la ya vieja apreciación del sociólogo Daniel Bell cuando en la década de 1970, al definir los caracteres de lo que él llamaba ya «sociedad postindustrial», afirmaba que el presupuesto básico que organizaría un nuevo sistema productivo no podría fundamentarse, ni por lo tanto analizarse, desde la vieja plataforma del valor-trabajo, sino, precisamente, desde la del valor-conocimiento. A su vez, A. Touraine utilizó el apelativo de «sociedad programada» para designar el perfil general de la nueva sociedad que se avecinaba, una expresión de la que posteriormente se ha alejado. Para M. Castells, esa nueva sociedad de la información y del conocimiento es, precisamente, la que debe ser llamada sociedad informacional. De la misma forma que existe un mundo económico de la información, un poder del conocimiento (científico-tecnológico, estratégico y práctico), se perfila también una estructuración social basada sobre la producción y posesión de conocimiento y el poder de comunicarlo y transmitirlo, sobre los que se moldea una nueva cultura.

Bien es verdad que la sociedad de la información, en sus términos más amplios, alude a concepciones que tienen de hecho, digámoslo una vez más, precedentes notablemente anteriores. Anteriores al gran salto tecnológico, a la expansión misma de la informática y la digitalización[71]. Las formas que hoy tienen plena vigencia arrancan de procesos que empezaron a darse en la inmediata posguerra de 1945 y que alcanzaron su concreción ya en la década de 1960 para perfeccionarse desde entonces. La revolución en el sistema tecnológico de la información cristalizó, se ha dicho, en la California de la década de 1970. La digitalización de todo el sistema de comunicaciones en el mundo, que es la tendencia imparable y que justifica hablar igualmente de una «sociedad de la comunicación» —asunto sobre el que volveremos—, es el principal de los elementos de cambio, pero no el único. La sociedad de la información tiende a la cuantificación de todo, a la disputa por el control de la técnica en general y a la continua «virtualización» y automatización de todas las actividades. En la sociedad informacional se imponen las «tecnologías intelectuales», existe un cálculo basado en las teorías de la decisión, la teoría de juegos, la de la información y la de la utilidad y la decisión racional que sustituyen a los juicios sobre valores[72].

La revolución tecnológica de la información, la revolución de la sociedad digital es, en definitiva, la que ha derivado de la suma de la tecnología informática a la potenciación de las telecomunicaciones. Pero no se trata, o no se trata sólo, como han observado Nye y otros autores, de la mayor velocidad con que se difunde la información, porque, se añade, desde la invención del teléfono y el telégrafo la situación ha cambiado poco. Aunque esta afirmación necesite

de matizaciones evidentes —el teléfono es el soporte todavía fundamental del flujo informático, pero no puede equipararsele en forma alguna—, es preciso considerar que la clave de la sociedad de la información es la «generación» misma de ingentes cantidades de información, que es capaz de difundirse en muchas más direcciones y que la cualidad del mensaje, por decirlo en términos inspirados por McLuhan, ha cambiado decisivamente: la información es transmitida por muchos más soportes, más rápidos e inmensamente expansivos. Y ese cambio, como ya advertimos, empezó afectando al mundo de la economía de forma directa, a los flujos financieros, llegándose a un tipo de revolución de las comunicaciones al que se ha llamado «globalismo denso», que tiene como fundamento a Internet[73].

Ciertamente, con la variada obra de M. Castells nos encontramos ante una de las formulaciones más recientes y completas del concepto de sociedad informacional y es preciso hacer una breve exégesis de ella. Atenderemos, pues, primeramente a glosar las sugerentes posiciones de Castells, desde una posición más historiográfica, para mostrar después algunas de las discusiones que se han propuesto. La idea de *sociedad red* nos coloca ante un cambio de paradigma en la definición de la sociedad, según este autor. El esfuerzo sociológico de Castells tiene como objeto integrar el análisis de la tecnología como una parte de la teoría social. La relación entre tecnología y sociedad es compleja, reconoce. La tecnología se convierte así en el elemento central de una estructuración social, si bien, asevera Castells, «la tecnología no determina la sociedad» y el dilema del determinismo tecnológico es un falso problema. No es sencillamente que la introducción de una nueva tecnología induzca ciertos cambios sociales, pues ése es un fenómeno bien conocido históricamente, sino que se ha introducido un cambio semejante al del paso de un modo de producción a otro. Según esto, la estructura de la sociedad que está generándose estaría ligada íntimamente al *informacionalismo*[74].

Pero el informacionalismo es un paradigma tecnológico, no social, lo cual es una distinción importante, si bien ese paradigma informacionalista resulta clave a la hora de definir el modo de desarrollo social. La explicación del paradigma informacional que Castells aplica al análisis de las sociedades ya presentes o hacia las que el mundo tiende no es sencilla pero puede sintetizarse en unos cuantos puntos básicos. Lo específico en forma destacada de las nuevas sociedades es, en cualquier caso, el papel de la tecnología y, por tanto, el papel de la revolución tecnológica de la información. En cuanto a esa revolución, dice Castells, podrían plantearse, a modo de hipótesis, algunas de sus cualidades específicas, que serían éstas: 1. La capacidad autoexpansiva en términos de procesamiento. 2. La capacidad de recombinación. 3. La capacidad de flexibilidad distributiva. Todo ello, señala Castells, tiene

un motor recóndito y decisivo: la revolución microelectrónica cuya clave es el *chip*.

En cuanto a lo primera de esas características, cabe decir que estamos ante un proceso que se hace progresivamente más rápido y más complejo. La expansión de la capacidad de procesamiento revierte directamente sobre el aumento del conocimiento. El problema reside en los límites de este aumento. En los primeros veinticinco años de la puesta en marcha de un nuevo modo de desarrollo se produce la innovación. Pero luego aparecen sus límites y es en el momento de tal aparición en el que parece que nos encontramos. Es previsible, en consecuencia, la aparición de nuevos paradigmas tecnológicos con nuevos saltos cualitativos. La segunda característica es la capacidad de recombinación. De ello son ejemplos tecnologías como la del hipertexto, la *world wide web*, de cuyas recombinaciones se desprende la esencia de este paradigma. La recombinación misma no es innovación pero ésta surge de ella. En Internet se puede recombinar toda clase de información. La tercera es la capacidad distributiva, que significa la distribución en red, el desarrollo de las redes y la capacidad de crear siempre unas nuevas. Lenguajes informáticos como el Java o la telefonía celular son ejemplos de ello. Podría decirse, de paso que el impacto de la nueva genética tiene una explicación esencial en el paradigma de la revolución de la información. Sin ordenadores no habría revolución genética y en ésta está inserta igualmente una lógica de redes. Pero es que, podríamos añadir, las concepciones sobre la sociedad misma, en su significado de prolongación de una realidad «natural», proceden de ese mismo paradigma informacionalista que aplica la sociedad como una red[75].

Castells construye su concepción de la sociedad informacional a partir de conceptos clásicos reformulados en función de la revolución de las tecnologías de la información que han plasmado una transformación de la sociedad capitalista y han acabado con el sistema de la sociedad estatista (socialista). Simplificando, puede decirse, según Castells, que existen unos *modos de producción* que serían el capitalismo y el estatismo (socialismo) y unos *modos de desarrollo* a los que se llamaría industrialismo e informacionalismo. Es evidente que, tras lo sucedido en el último cuarto del siglo XX, el estatismo está a punto de desaparecer completamente, mientras que el capitalismo ha tenido su propia forma de *perestroika* que le ha llevado del industrialismo al informacionalismo. Estamos hablando, pues, del modo de producción capitalista en su modo de desarrollo informacional, o, lo que es lo mismo, del *capitalismo informacional*.

Las estructuras de la sociedad son como su «sistema operativo», empleando un símil extraído de la informática. Los actores generan las estructuras y las materializan. El modo de desarrollo informacional dispone sus estructuras

en forma de *sociedad-red*; desde el punto de vista de la diposición de sus estructuras la sociedad informacional es la sociedad-red. La conciencia de los individuos suministra las referencias de sentido y orienta el conocimiento. Todas las sociedades se organizan, a su vez, en torno a *relaciones* de producción, experiencia y poder. La producción es la actuación sobre la materia para beneficiarse de ella. La experiencia representa la acción de los humanos sobre sí mismos y siempre en relación con el entorno; toda experiencia es originada en la búsqueda ilimitada de satisfacción de deseos. La experiencia se estructura con independencia de las relaciones de producción e incluye otro tipo de ellas como las relaciones sexuales y de género. En fin, otro factor destacado es el poder. El poder incluye siempre violencia, violencia simbólica, de forma que sin violencia no hay poder. La violencia puede interpretarse como la acción de un código para borrar otro. El poder es el que decide qué es lo que tiene valor en la sociedad. Las relaciones sociales son contradictorias porque en ellas interviene el poder. El poder produce conflictos y por ello las sociedades cambian, de ahí que pueda basarse una teoría del cambio en la acción del poder. El Estado, propiamente, no es una institución llamada a disminuir sino a estructurarse de otra manera. Las *formas* sociales, por último, serían las instituciones o corporaciones.

En relación con esta tríada estructuras-relaciones-formas sociales en esta sociedad-red debe añadirse que las estructuras sociales están siempre en función de la tecnología y que Castells llama, precisamente, *modo de desarrollo* a las relaciones que se establecen en una sociedad entre estructuras y tecnología. Así podemos hablar de unas estructuras del industrialismo y otras del informacionalismo y, por tanto, de un modo de desarrollo industrialista y un modo de desarrollo informacional, según hemos visto. Las formas sociales, a su vez, son la materialización de las estructuras en el tiempo y el espacio y evolucionan en ese tiempo y espacio. Las estructuras y las formas se diferencian porque se trata sobre todo de niveles distintos. Las formas sociales se materializan en las instituciones y en ello juegan papeles fundamentales los lenguajes. Las expresiones culturales se organizan igualmente en redes, están diversificadas pero integradas como si funcionaran como un hipertexto electrónico.

Históricamente, lo que nos interesa tener en cuenta es que en este gran cambio operado el tránsito entre los siglos XX y XXI las sociedades se han desarrollado según el «paradigma tecnológico» bajo la forma del informacionalismo, lo que representa dejar atrás históricamente el anterior paradigma industrialista. El gran salto histórico sería caracterizado así como el que va del industrialismo al informacionalismo. Ahora bien, aunque para el análisis detenido de lo sucedido es preciso confrontar el modo de desarrollo industrialista con el informacionalista, el primer reparo histórico que se ha puesto a esta concepción es que el paradigma industrialista no ha desaparecido en forma

alguna. En la actualidad, lo que puede decirse no es que hemos pasado de un modo de desarrollo al otro, sino que, como mucho, *estamos inmersos* en tal paso. Puede verse ahora en una nueva perspectiva el hecho de que los antiguos sistemas socialistas fueron incapaces de superar este primer modo de desarrollo. Tal vez China está en trance de ello. Pero, además, en el mundo de hoy siguen emergiendo sociedades bajo el paradigma o modo de desarrollo industrialista y no bajo el informacionalista.

Nos hallamos ante las estructuras sociales de mayor eficiencia que las sociedades han conocido históricamente. Y ello por tres razones o tres propiedades: por la propiedad de la flexibilidad-reprogramación, por la escalabilidad expansión/reducción y por la capacidad de supervivencia, dado que esta sociedad-red no tiene centro ni es fácil eliminar todo su complejo. A la red pueden conectarse o desconectarse elementos. Es difícil destruirla, parece claro, porque no hay un punto más vital que otro. Nadie pretende nunca destruir una estructura, sino ocuparla, pero para conseguir ocupar una red hay que cambiar sus códigos, para hacerse con ella hay que reprogramarla. Aun así, si hablamos de estructuras en red, ¿cómo es posible el cambio si permanecen estables los programas que la hacen funcionar? O bien: ¿cómo se cambiarían los objetivos sociales? Lo cierto es que, de hecho, ese sistema no desconoce los enfrentamientos. Hay casos, dirá Castells, en que la sociedad ignora la red y existen procesos que funcionan fuera de la red. Esto es así cuando los movimientos sociales acuden a valores que funcionan en comunas: los fundamentalismos, por ejemplo. Se producen así identidades fundamentalistas... Se construyen redes alternativas, cosa que pueden, pensarse también de los movimientos antiglobalización. O los ecologismos y las luchas por los derechos humanos. Todo el movimiento de cambio depende de la capacidad de comunicabilidad de los códigos. De ahí que pueda decirse que en los procesos de cambio de las estructuras históricas actuales existen dos tipos de acciones: los movimientos basados en códigos comunicables y los que lo están en códigos no comunicables.

Insuficiencia del paradigma informacional

Ahora bien, según el criterio de otros analistas de la sociedad actual, las posibilidades de explicar el trastrocamiento de las antiguas relaciones industriales no se agotan en la metáfora informacional. A. Touraine, por ejemplo, ha señalado las diferencias entre la sociedad posindustrial prevista en los setenta y las que realmente han aparecido en el umbral del siglo XXI. Estas nuevas sociedades estarían, por el momento, «desestructuradas» si se

las compara con la sociedad industrial del siglo XX, una visión que, de alguna manera, nos parece una vuelta a la vieja tesis de la «modernización». El cambio de mundo se vaticinaba ya desde los sesenta pero seguramente cuando los efectos del cambio se han hecho plenamente visibles ha sido en los noventa. En el mundo sociohistórico en el que nos movemos, la tecnología es, ciertamente, por vez primera, un *primum movens*, un primer motor del cambio, lo que significa que tendemos hacia unas sociedades extremadamente abiertas. Puede decirse que el progreso tecnológico no es dirigido por nadie, sino que el fenómeno fundamental es más bien el contrario: no es la organización social la que condiciona, como ha ocurrido históricamente, lo que aparece como innovación técnica, sino que es la tecnología absolutamente no dirigida la que condiciona el cambio. Por ello, asegurará Touraine, las nociones de sociedad e información son, en principio, contradictorias para definir por sí mismas y de modo convergente un modelo de sociedad.

En las sociedades actuales, el cambio es una eventualidad siempre presente. Todo intento de reflexión teórica, globalizante, explicativa, del mundo en que vivimos puede saltar por los aires al minuto siguiente en función del cambio súbito. Lo verdaderamente estable en los años noventa resultó ser la continua capacidad de adaptación de las formas capitalistas al cambio acelerado y, en consecuencia, lo que verdaderamente habría que explicar son ciertos bloqueos de esa adaptación —crisis de la «nueva economía», crisis de la economía de las nuevas tecnologías— que se produjo al arrancar el tercer milenio. La tecnología, en cualquier caso, es el elemento decisivo, mientras todo lo demás es aleatorio, aunque, desde luego, sigue en pie el hecho de que no todas las producciones tecnológicas son siempre socialmente útiles de inmediato.

Existe, por lo demás, en las sociedades de hoy una separación creciente entre los diversos niveles de experiencia. No cabe hablar tanto de un creciente y progresivo retroceso del Estado como de un fenómeno más amplio aún, que es la creciente separación entre instancias sociales. El tiempo y el espacio se encuentran disociados y fuera de socialización. Muchos procesos sociales se producen ajenos al tiempo y tienden a salir de una ubicación concreta. Pero, lo que es más importante aún: los periodos sociales y vitales de la vida humana empiezan a tener claramente un sentido distinto del anterior. La propia pertenencia generacional carece ya de las virtualidades anteriores[76]. La actividad social ligada a la pertenencia generacional tiende a desaparecer, la edad y la experiencia generacional no son ya determinantes para el desempeño de las funciones sociales. De ahí que la pertenencia generacional disminuya su fuerza discriminatoria en lo social y las relaciones intergeneracionales tiendan a presentar nuevas facetas. Podríamos hablar de que en la historia de nuestro presente se gesta una relación nueva entre generaciones.

El poder y la autoridad presentan ahora una imagen que podría llamarse «arquitectónica», una situación que ya adelantaron los análisis de Michel Foucault[77]. En una sociedad en la que las normas son cada vez menos relevantes no es posible una normalidad establecida. Situación que también describía bien la apreciación de otros sociólogos de que una de las características esenciales de ella es la desaparición de «lo dado por supuesto»[78], o la de la presencia de una crisis estable de la que habló Giddens. El fenómeno viene siendo notable desde los años ochenta. En el aspecto propiamente cultural, la transcripción de ello es el hecho de que lo permanente no son ya las normas, sino los valores. La desestructuración en estas sociedades de la posguerra fría tiene también indicativos síntomas en la preeminencia como motor del cambio de la introducción libre de las tecnologías, la globalidad en la que las variables económicas están por encima de otros impulsos de cambio, con una especie de autonomización de lo económico, como han mostrado procesos concretos del tipo de la construcción europea.

No sólo se debilitan las normas, sino que se presenta también una nueva situación de las instituciones sociales. Estamos en el tránsito de una sociedad de instituciones a otra plagada de «contrainstituciones». La familia, la escuela, son buenos ejemplos de ello. La escuela, por ejemplo, más que resultar un agente de integración y socialización, desempeña muchas veces un papel de individualización. Es la nueva cara del problema de las identidades. Esta sociedad relega cada vez más la herencia de la Ilustración y la necesidad de la idea de progreso, presentando una clara ambivalencia frente al cambio[79]. En definitiva, parece producirse un fenómeno de abandono del «concepto social» de la sociedad. El bien y el mal no son captados en términos de definición del interés general. Es decir, la definición del mundo está basada en términos no sociales, sino en valores, en experiencias disociadas[80]. El principio fundamental es el de individualización, todo se basa en experiencias particulares. Se trataría del intento de «controlar los espacios privados de la construcción de lo colectivo»[81]. Como si la única historia vivida válidamente fuese la personal. Esto explicaría bien igualmente fenómenos vistos hoy bajo un prisma nuevo, como el de las relaciones de género, la relación hombre/mujer, basada en experiencias desiguales pero de valor idéntico.

Asistimos, en definitiva, concluirá Touraine, a un cierto desmantelamiento de lo social. Un cambio significativo de la acción social misma que explica la nueva situación de los movimientos sociales. En una fragmentación social de ese tipo, los movimientos sociales tal como los hemos conocido en los siglos XIX y XX tienen ahora difícil desarrollo, porque en todo movimiento colectivo subyace hoy la pretensión de la individualización. En las sociedades

ligadas al uso permanente de las altas tecnologías se produce una «desocialización» y se amplía el campo de los conflictos sociales. Si bien la idea de sociedad no puede darse en forma alguna por desaparecida, pervive en los términos menos favorables posibles, afirma Touraine. Adquiere fuerza la idea de la homogeneización, para aceptarla o rechazarla, mientras el vínculo social se reputa peligroso dada la búsqueda de la identidad como clave de la acción. La idea de sistema es sustituida por la de proceso y cambio, buscando fundamentos no sociales para toda actividad: derechos humanos, libertades ilimitadas; todo ello está más allá de lo social. En consecuencia, como insistirá de nuevo Touraine, no puede hablarse propiamente de una sociedad de la información.

Tampoco otro sociólogo influyente hoy, A. Giddens, se muestra especialmente proclive a la explicación de la evolución social actual sobre la base exclusiva de la metáfora informacional, desde una posición, diríamos, más historicista, en la línea que este autor ha mantenido siempre. Para él, es preciso discutir la propuesta de la sociedad-red al tiempo que insistir en que las ideas de espacio y de tiempo presentan mayor relevancia de la que esa propuesta les concede. El cambio social opera de forma que las novedades y las permanencias no son absolutas: algo cambia, pero algo permanece. El pasado vuelve y existen los paralelos con el pasado. ¿Estamos verdaderamente inmersos en la sociedad-red? Fuera de la red quedarían más cosas que los fundamentalismos que pretende Castells. Las redes son más bien *parte* de la sociedad, pero no su *estructura.* Una parte de la sociedad, no la sociedad misma. Por otra parte, ¿son las redes tan robustas como puede pensarse? No. Las redes son vulnerables. La interdependencia las hace precisamente más vulnerables.

En la teoría de la sociedad actual no puede prescindirse de la existencia del «lugar físico» que, al hablar de redes, parece quedar diluido. La materialidad de la sociedad sigue basándose en «ver gente». Siguen existiendo, y mucho, los servicios personales. Los planteamientos de Castells olvidan algo esencial como es la idea de sociabilidad, aunque sea en negativo. Lo interesante, insiste Giddens, sería ver cómo afectan a las relaciones sociales esa convivencia de red/personas. En realidad, podríamos hablar mejor de una sociedad de flujos, y ello es algo más que las redes. La relevancia decisiva del cambio tecnológico se presta también a ciertas dudas. La relación de la sociedad con la tecnología sigue siendo algo dialéctico. Las redes no son tan autónomas como se piensa y los propios mercados financieros son reflexivos, no tan autónomos como aparentan. Castells parece olvidarse también de la reflexividad social. Las redes no valen, pues, como metáfora y no desaparece con ellas el principio de jerarquía. A la sociedad-red parece poderse oponer la sociedad-riesgo, en la línea de lo planteado por Beck. Todo esto tiene gran importancia cuando

lo aplicamos a distinguir sociedades y a detenernos en las de los países en desarrollo. Por otra parte, el poder político se vuelca hoy en el problema de la *governance* global, en el de la seguridad a escala planetaria. El Estado, pues, se encuentra en una encrucijada y a ello se encuentra ligado el no menos relevante asunto de por qué la gente desconfía del Estado.

En definitiva, y para concluir: ¿cuáles son las novedades que propone el paradigma de la sociedad-red? Su fundamento es la separación de tres niveles de análisis: informacionalismo, estructura social, forma social. La cuestión central es la de las redes, claro está. Es preciso dar al concepto de red un sentido más específico. Existe un problema de distinción entre la flexibilidad del concepto de red y la flexibilidad misma de la red real. En todo caso, como reconocerá Touraine, es más aceptable la idea e imagen de una sociedad-red que la de sociedad-programada[82]. Pero no todo en las sociedades actuales puede resumirse y entenderse como el resultado de una red, desde luego. En todo caso, la red tiende siempre a expansionarse y reconfigurarse. La red es lo dominante. Frente a ello, sigue existiendo ese «lugar», la ubicación, que dirá Giddens, pero no debe olvidarse que el mundo de la globalización tiende a desarraigar las ubicaciones, pretende la ubicuidad. Existen los lugares, claro está, pero incluso ellos adquieren sentido en la red. Las redes son, pues, reales. En cuanto a estructuras y formas sociales, empezando por esto último, ¿qué es una forma social? Se trata de una noción basada en factores referentes a la cultura e instituciones y, por otra parte, a la experiencia humana que hoy constituye un patrimonio que se pretende individualizar, o quizá debe decirse privatizar, al máximo. Por tanto, con la idea de formas sociales quiere describirse el funcionamiento de las estructuras y como tal resultaría válida. El informacionalismo como estructura general es transversal a los tres niveles clásicos: estructuras, formas y relaciones. Pero hay que reconocer que al paradigma general de la sociedad-red le falta el sentido diacrónico, todo está concentrado en el sincrónico.

Es preciso, por tanto, dotar a estos esquemas de mayor capacidad de explicar históricamente. Hoy nos hallamos ante procesos de cambio histórico que aportan una novedad desconocida. Si se acepta que las características centrales de las sociedades industriales han ido siendo sustituidas por unas postindustriales y que el postindustrialismo como tal se dispone a entrar de lleno en las sociedades-red, esa mutación puede ser la clave de partida para explicar el cambio sociohistórico central de nuestro tiempo. La marcha hacia la sociedad-red tiene que aportar necesariamente consecuencias para la propia concepción de la Historia y de su explicación. Esas consecuencias no podemos aún sino apuntarlas. Frente a una sociedad que parece cada vez menos «humana» es visible la reacción que señala hacia lo que aquí nos interesa

sustancialmente dilucidar: el carácter nítido de la historización de las realidades y las trayectorias sociales, su despliegue «programado» en el tiempo, la recuperación de la autoconciencia de los individuos como agentes y sujetos históricos, de la reestructuración de las masas sociales como conjuntos de «sujetos con historia», saliendo cada vez más de su materialización como un conjunto de consumidores anónimos. Por el contrario, los simbolismos culturales amenazan, como veremos, con quedar desprovistos de casi toda su fuerza creadora hasta el punto de que es difícil hablar de cultura verdaderamente creadora.

CAPÍTULO 8

CULTURAS, SUJETOS E IDENTIDADES

> Una esfera independiente de la producción más o menos ajena a la cultura iba perdiendo sentido..., toda teoría mayor de la cultura estaba obligada a abarcar una proporción más grande que nunca de la civilización del capital.
>
> Perry ANDERSON: *Los orígenes de posmodernidad,* 1998

> Sin la comprensión de la gramática de los medios de comunicación, no podemos aspirar a conseguir una conciencia contemporánea del mundo en que vivimos.
>
> M. MC LUHAN: *Explorations in Communication,* 1960

Toda experiencia histórica queda integrada como un elemento más, como dimensión añadida y sustancial, de la cultura. Recíprocamente, en consecuencia, la cultura humana es siempre el producto de la acumulación de experiencias históricas. En el sentido amplio en que utilizamos aquí esa polivalente palabra, *cultura* incluye todo aquel bagaje mental orientado al entendimiento y uso del mundo simbólico y, en función de ello, a la producción y práctica de un conjunto de pautas o patrones de comportamiento, siempre en recomposición, que dan sentido y condicionan la acción social de individuos y colectivos [1]. La interdependencia inseparable entre las formas sociales y la cultura obliga a que todo análisis histórico que pretenda ser completo haya de incluir necesariamente ambas instancias. Por tanto, hoy se considera que lo sociocultural es un espacio histórico dotado de unidad y con su propia inteligibilidad.

La cultura se manifiesta como el gran aparato y depósito de todos los recursos, representaciones y objetos simbólicos que una sociedad maneja. Para construir la realidad social se utilizan un repertorio de descubrimientos y experiencias, normas y tradiciones, todos los cuales integran la cultura de un determinado grupo, de forma que toda acción histórica que se plasma

en determinados resultados acaba produciendo, además de otras cosas, un objeto cultural. En términos generales, esa cultura se interioriza como contenido de conciencia, como transcripción de la actividad social, y, al contrario, la transcripción colectiva de las experiencias en forma de cultura del grupo produce un sistema de relaciones donde se imbrican, símbolos, lenguajes verbales, depósitos de conocimiento y capacidades concretas para la acción[2].

Estas breves precisiones conceptuales pueden ayudarnos a abordar el último de los objetivos del recorrido que hemos emprendido: la cultura de nuestro tiempo como realidad histórica con rasgos propios, pero en permanente dinámica, en una dialéctica incesante con factores de toda índole, económicos y políticos, sociales y ecológicos. La realidad cultural de nuestro mundo es, como cabe suponer, difícil de aprehender en una descripción rápida. Es realmente compleja y representa una excepcional transformación de las formas culturales imperantes anteriormente en la contemporaneidad. Sin embargo, es posible, e ineludible, partir en su análisis de una afirmación taxativa: si es que nos encontramos en el umbral de la sociedad informacional, estamos absolutamente inmersos en la «cultura de masas». Ésa es la connotación posiblemente más universal de nuestro tiempo. La «cultura de la modernidad» es la que ha informado la edad contemporánea. Por muchas razones, es la modernidad misma la que ha sido puesta en cuestión al ritmo en que han ido cambiando también en la segunda mitad del siglo XX fundamentales realidades de todo género que nacieron con la contemporaneidad. La llamada «posmodernidad» es, tal vez, la más clara muestra de una crisis también de las formas culturales establecidas en casi dos siglos de historia anterior.

No será difícil entender, pues, que en este terreno, más incluso que en otros, sea imposible hablar de «una» cultura, pues el hecho esencial es la existencia de culturas diversas, vigentes y en evolución ellas también en el mundo de hoy. Nuestra referencia inevitable, pero no nuestro modelo, es ahora también la cultura occidental. A pesar de ello, sería el mayor error olvidar que precisamente las tensiones entre culturas, como entre civilizaciones, es una de las constantes más conspicuas de nuestro tiempo. Y desde este reconocimiento universalista de que la humanidad no tiene una cultura sino que ha creado culturas diferentes según los ámbitos, ha ganado fuerza la tendencia al relativismo cultural, una de cuyas realidades más patentes es el multiculturalismo. Las culturas y sus relaciones constituyen así, en definitiva, otro de los grandes problemas abiertos al comenzar el siglo XXI.

Cultura, mercado y comunicación de masas

Una de las características básicas de las sociedades actuales, su naturaleza de «sociedades de masas», es un hecho insoslayable pero bastante anterior a nuestro tiempo mismo[3]. Ahora bien, la sociedad de masas preexistente ha devenido hoy en la «sociedad de la comunicación de masas», una connotación en la que insistiremos después. La sociedad de las masas y la comunicación, profundamente alterada también en sus relaciones sociales básicas por la revolución de la información, es una de las connotaciones básicas que se integran en el concepto, que ya conocemos, de sociedad de la información o «informacional», como nueva forma de entender un tipo de relaciones sociales e, incluso, un nuevo «modo de producción».

En cualquier caso, todas las ideas generales que atraviesan hoy la obra de sociólogos, comunicólogos, economistas, historiadores y teóricos de la cultura, necesitan de muchas matizaciones. Por lo pronto, necesitaría matizarse el concepto mismo de «sociedad de la comunicación». Aquí, entenderemos por tales aquellas, como las de nuestro tiempo en el mundo desarrollado, en las que la transmisión de potentes flujos de información, en su forma *mediática*, el uso de la información cada vez más densa como medio de producción y circulación de bienes de todo tipo, ha llevado a una cierta homogeneización cultural, acompañada de un aumento generalizado de los niveles de vida, una reestructuración del mundo del trabajo. Obviamente, este tipo de sociedades marchan en el sentido de dislocar las estructuras heredadas de la sociedad industrial clásica.

Realmente, la caracterización de una sociedad como de «comunicación de masas» tiene más un alcance cultural que social, aunque ambas instancias no puedan ser disociadas. Ese estadio social donde la comunicación masiva y la prevalencia, por tanto, de los «medios de comunicación» inducen nuevas relaciones sociales es una faz o cara de un fenómeno que equivale a un verdadero cambio en la estructura de la sociedad, o en el modo de producción, implicado por la extensión de la «sociedad red» o «sociedad informacional». Se trata de enfoques diferentes de una realidad única y a ellos nos referiremos después. También dejaremos para el capítulo siguiente los aspectos propiamente culturales de estas nuevas sociedades. Con la comunicación y la digitalización de la sociedad se alcanza un grado particular de las sociedades complejas en las que el cambio se convierte en un ingrediente siempre presente en su desenvolvimiento y su proceso de reproducción[4].

No es preciso insistir en que cambios culturales de gran envergadura se encuentran también en el origen del mundo en que vivimos y que ese tipo de cambios sigue siendo uno de los componentes más calificados de la historia

actual. Una vez más, el origen de esta nueva cultura, y el proceso mismo de la transformación que ha llevado hasta ella, es preciso rastrearlos en la huella de la expansión del capitalismo tardío. Convergieron en ello la novedad que representó el pensamiento posmodernista, la crisis del «cientificismo» en la investigación social, el auge del pensamiento neoliberal y la crisis del marxismo, que contribuyeron a promover un cambio intelectual profundo en los años sesenta y setenta del pasado siglo. Los caminos seguidos desde entonces por la cultura, y las culturas, no son difíciles de distinguir, al menos en grandes trazos. Tampoco es discutible que el símbolo del asalto a todo el sistema cultural heredado de la posguerra fueron las «revoluciones del 68».

El «sesentayochismo», al que ya nos referimos antes, tuvo una inmensa importancia como cambio cultural durable. No sólo promovió nuevos valores sostenidos por una generación emergente sino que trajo algo de no menor importancia: el nacimiento de la «contracultura». La existencia de una lucha abierta entre cultura «oficial» y contracultura, la contestación creciente a las formas culturales establecidas, se convertiría en un fenómeno permanente y en un elemento nuevo del cambio histórico. Como ha señalado Huyssen, mucho de la cultura del 68 se ha semejado a un palimpsesto, sobre él se ha seguido «escribiendo, reescribiendo, sobrescribiendo y borrando»[5]. Los cambios culturales se han sucedido, claro está, profundamente entreverados con los sociales y los generacionales.

Los profundos cambios culturales de nuestro tiempo

En el complejo sociocultural occidental (y, bajo su influencia, en otros espacios también) se han producido cambios en las costumbres de todo orden y en instituciones básicas tales como la familia, los sistemas educativos, el papel de la ciencia[6], las relaciones de género y la sexualidad[7], las relaciones de trabajo, las concepciones del poder, la disposición para el ocio y el consumo, la percepción y los comportamientos políticos, las formas de la religiosidad, etc. La evolución señalada ha afectado a un numeroso conjunto de variables consideradas componentes del comportamiento social que entendemos como culturalmente pautado. La pérdida de vigencia, o la transformación, de una buena parte de los contenidos culturales de la modernidad, la profunda revisión y redefinición, a veces, de ese mismo concepto y su significación histórica, que es lo que ha proclamado el *posmodernismo*, han sido, en el último cuarto del siglo XX, determinantes de una nueva forma de concebir el mundo. Con el paso del tiempo, el cambio cultural ha podido verse con perfiles más nítidos, de la misma manera que se ha discernido entre lo que en la revolución de los

sesenta y setenta hubo con carga de futuro y lo que fue una reacción efímera. Gran parte del movimiento posmodernista tenía mucho de esta segunda categoría. Las propias políticas culturales de los poderes públicos han fomentado, en sentido general, esos cambios. Se han modificado las significaciones y las proporciones respectivas del espacio público y el privado, la relación de los individuos y el trabajo. Y, sobre todo, ha ganado una densidad histórica enteramente decisiva para la cultura la presencia intrusiva de los medios de comunicación social, especialmente en su forma audiovisual.

En función de los cambios en las estructuras sociales, las elaboraciones y las corrientes culturales han perdido en gran parte su viejo contenido de clase, como parte de un proceso único y generalizado que hemos observado también en los movimientos sociales en sentido estricto. Hoy no existe una clara distinción entre culturas y lenguajes de clase; la base social de las culturas diferenciadas se identifica en instancias nuevas: el género, la raza o la etnia, el estatus, la cercanía al poder, la edad, la vecindad o, simplemente, la asociación como respuesta a idénticos problemas. El conflicto de clase tiene mucha menor transcripción cultural que en las sociedades industriales clásicas. La nueva cultura abandona, pues, el marco y el molde de la clase social. Ello no significa una disociación sociedad/cultura, sino todo lo contrario. La cultura tiene una estrecha relación con el mercado y, en consecuencia, son las posiciones de mercado las que dominan en ella. Las relaciones sociales y la cultura que las interpreta, las crea, a veces, y las condiciona siempre, siguen siendo realidades históricas inseparables. Ahora bien, se ha hablado, por ejemplo, de que frente a la anterior pretensión de explicar la «historia social de la cultura», lo que debe explicarse ahora es «la historia cultural de la sociedad»[8].

La omnipresencia y poder del mercado se ha constituido en factor condicionante de la cultura, y ello está relacionado de forma explícita con otro hecho de trascendental importancia al que ya nos hemos referido: la orientación «de masas» de la generalidad de los fenómenos culturales. Pero la «cultura de masas» es asunto complejo cuyos antecedentes vienen de antiguo. Los teóricos del comportamiento y cultura de masas coincidieron hace ya tiempo en que la expansión o ampliación a las masas de la cultura de grupos elitistas minoritarios revertía en una pérdida de trascendencia, de densidad, de las creaciones culturales propiamente dichas. Como demostración de lo espectacular del cambio cultural operado, se ha producido el triunfo definitivo y completo de esa cultura, de forma que ha perdido prácticamente toda su virtualidad cualquier magisterio de las élites «cultas». La figura del «intelectual» orientador de la cultura ha perdido casi todo su valor, un valor del que ahora disponen quienes poseen y manejan los resortes de la comunicación. Por una parte, esto representa la generalización del disfrute de bienes inmateriales y, en general

también, una indistinción, o dificultad de distinción, en la calidad intrínseca de estos mismos. Que todo esto represente un deterioro de la creación y la pauta cultural actual se muestra bien en expresiones como «la democratización cultural en forma de cultura de masas ha propagado un nivel indigno»[9].

La relación del cambio cultural con las pautas de cambio que atraviesan todo el sistema social, sobre la base del cambio básico económico-tecnológico, que se ha operado en las décadas transcurridas de los sesenta a los noventa del siglo XX, ha sido percibida y analizada igualmente en varias ocasiones. Perry Anderson, a propósito del fenómeno posmodernista, ha señalado que tras la evolución representada por el capitalismo tardío, y la definición certera que de él hizo Ernst Mandel, en nuestro tiempo «toda teoría mayor de la cultura estaba obligada a abarcar una proporción más grande que nunca de la civilización del capital», porque lo que se desarrolla es «una cultura de acompañamiento, más que de antagonismo, al orden económico»[10]. Nada más cierto. Es preciso convenir que en el paso a las sociedades postindustriales las formas culturales se convirtieron en aquello que F. Jameson vio como significado profundo del posmodernismo: su carácter de «lógica cultural del capitalismo tardío»[11]. Como hemos señalado ya, la relación entre cultura y mercado se ha hecho cada vez más patente y el hecho de que pueda hablarse, precisamente, de «un mercado de bienes culturales» no es más que un reflejo de ello, aunque seguramente no el más importante.

El nuevo capitalismo ha propiciado, en definitiva, una forma nueva y avanzada de la cultura de masas. El capitalismo ha incluido en su órbita racionalizadora del lucro todos los productos culturales como mercancías y todos los valores se han relativizado en función de la mecánica de esa órbita. La cultura ha pasado a «producir para el mercado» en forma bastante significativa para una parte de su producción. Una rama de la administración pública moderna es la «administración de la cultura». Entre los grandes servicios estatales está el del apoyo a la producción de ideas y espectáculos. Todo ello tiene unas consecuencias muy directas para la caracterización más propia de la nueva cultura de masas, cuya difusión tiene como vehículo esencial los medios de comunicación de masas[12]. Las leyes del mercado han impuesto asimismo la estandarización de los productos culturales y, en consecuencia, el nacimiento de una «industria cultural» con sus manifestaciones típicas, su sentido empresarial y sus propias formas de adaptación al mercado.

La extensión de la «sociedad de consumo» que caracteriza a los países ricos e invade espacios cada vez más amplios de los menos desarrollados, favorecida por el influjo de los media, ha hecho nacer y crecer igualmente tanto una «cultura del consumo» o consumismo cultural, como ha propiciado que se aplicable a la cultura la denominación de «cultura de consumo». Se trata de

la cultura de lo efímero, lo desechable, lo rápidamente sustituible, lo inestable por naturaleza[13]. La cultura, en sus más diversas manifestaciones, tanto en cuanto pauta de comportamiento como en cuanto hecho de consumo se ha convertido por naturaleza en algo sujeto a las modas[14]. En un sentido distinguible, esa cultura de lo efímero muestra algo nuevo acerca de la forma de entender una cierta historicidad, basada sobre la conciencia de la velocidad y la inevitabilidad del cambio, lo que ha hecho expandirse una clara cultura del relativismo. La cultura de la posmodernidad ha hecho cada vez menos uso de la tradición, la emplea menos como marco y referencia, la ha reducido a lo folclórico con una buena parte de invención. La percepción de que es imposible una «tradición» hace que la Historia se cree cada día. «El presente mismo ha soltado las amarras de la tradición...»[15].

Sin embargo, estos rasgos generales, aun mostrando bien la envergadura del cambio experimentado por las pautas colectivas que homogeneizan la creación cultural, no agotan todos los fenómenos que en el plano cultural distinguen a nuestra época. Si hay algo también que concede un carácter nuevo y específico a la cultura de este tiempo es que la evolución descrita va acompañada, quizá paradójicamente, de una general insatisfacción que produce una forma particular de «malestar de la cultura» propia de épocas que por significar un tiempo de transición tienen dificultad en hallar referentes claros. Lo expresa así la literatura y lo entienden en esta forma moralistas, filósofos y comunicólogos. Charles Taylor escribió sobre las «tres formas de malestar» de la modernidad que se fundamentan en «rasgos de nuestra cultura y nuestra sociedad contemporánea que la gente experimenta como pérdida o declive». La primera de las fuentes del malestar es el individualismo; la segunda, la primacía de la razón instrumental; la tercera, la limitación de nuestras opciones de libertad[16]. Las formas fundamentales de una cultura expansiva resultan ser poco satisfactorias. De otra parte, se ha hablado del surgimiento en la cultura de nuestra época de una «crisis de sentido» por la pérdida, justamente, de esos puntos de referencia fuertes que apuntalan un cierto orden moral. Tanto la modernidad como la posmodernidad representan una dispersión del sentido en la regulación del comportamiento: «el desarrollo global genera sobre todo un alto grado de inseguridad, tanto en la orientación de las acciones individuales como de la vida entera»[17].

Las sociedades actuales han modificado, obviamente, su orden de valores. No existen ya valores aplicables por igual a la totalidad de una sociedad delimitada por su marco político, social o lingüístico, sino que priman los valores de grupos particulares. Las crisis de sentido tiene carácter global por cuanto afectan a casi todas las sociedades, pero no lo tienen en cuanto que una sola sociedad puede albergar en su seno crisis diversas. La cultura ha perdido su

vieja relación con la moralidad impregnada, ésta de valores religiosos. La cultura es laica como lo es también la moral. Pero esta realidad puede esconder algunas apariencias engañosas: el hecho religioso no parece estar ausente de la sociedad actual, sino refugiado y actuante con apariencias nuevas. En el mundo siguen existiendo, vigorosamente asentados, los modelos de sociedades teocráticas, de las que el mejor ejemplo son las de religión islámica. Sin embargo, los fundamentalismos religiosos no son, en manera alguna, patrimonio exclusivo del islam, sino que se producen igualmente en el ámbito cristiano, en el hinduista y en prácticas religiosas menos elaboradas.

La creciente secularización propia de la modernidad debe ser entendida con un cierto escepticismo. Se produjo un fenómeno de «desclericalización» de las instancias públicas que puede ser algo distinto de la pérdida de influencia de la religión. La tesis convencional de la secularización creciente pierde también fuerza, como hemos señalado, a medida que nos apartamos del mundo occidental. La religión parece recobrar en nuestro tiempo el sentido básico que descubrió ya en ella Durkheim: no meramente el de un sistema de creencias en lo sobrenatural, sino su carácter de forma global simbólico-direccional. Entre la población más joven, nadie o casi nadie duda de que la religión es una «opción personal». Pero «el modelo europeo de modernidad secularizada sólo tiene un valor de exportación limitado», como ha dicho Sartori. En todo caso, los fundamentalismos religiosos, islámico, cristiano o de otros géneros, no pertenecen simplemente a las manifestaciones del fenómeno del renacimiento religioso, sino que tienen un alcance mayor que excede esa órbita.

Es preciso reparar también en otro gran fenómeno. El que ha sido definido como «los efectos interconectados de las acciones económicas, políticas, sociales y culturales en el mundo globalizado»[18]. Esos efectos resultan operar, en más de un sentido, aparentemente opuestos entre sí. En una época de tendencia irreductible a una «homogeneización cultural», o, cuando menos, a la «transnacionalización» también de la cultura, se producen movimientos y entrecruzamientos que acercan entre sí culturas diversas, influencias culturales que se difunden fuera de sus círculos propios. El «Occidente», como denominación genérica, ha producido la cultura que sigue siendo dominante al comenzar el siglo XXI y que es la más expansiva, pero la corriente contraria es igualmente cierta. Y es que la globalización tiene, naturalmente, una potente transcripción cultural y el «imperialismo» no tiene sólo vertientes políticas o económicas, sino también, y de forma muy prioritaria, culturales. La «aldea global» que imaginara McLuhan es hoy más que nunca una realidad cercana, aunque tal vez pueda expresarse mejor como el «ecúmene» cultural del que hablaron los griegos. La transculturalidad es un hecho real, aunque parcial[19].

Un efecto contrario al anterior parece ser la resistencia cultural. Está claro que todavía pueden distinguirse, y se seguirán distinguiendo durante mucho tiempo, «círculos culturales» o ámbitos de civilización de una larga historia que resisten tenazmente el cambio o se adaptan a él con desigual eficacia. Los choques entre culturas producen fenómenos que no son sino el reflejo también de la tensión viva entre lo universal y lo local, entre la homogeneización y la reivindicación de identidad, asunto sobre el que volveremos. El hecho del *multiculturalismo* y las dimensiones adquiridas por él —como los problemas— tiene su raíz en ese nuevo universo de contactos entre culturas y lugares que domina el mundo actual. El multiculturalismo representa un fenómeno complejo de contacto de culturas constituido por la obligada convivencia de varias de ellas en un mismo espacio[20]. El multiculturalismo, como fenómeno real del que se derivan problemas de choque cultural, afecta a muchos ámbitos sociales y políticos donde el dinamismo ha sido una potente característica de la evolución reciente. Emigraciones antiguas o recientes, mestizajes de diverso signo, han obligado a un pluralismo forzado por la convivencia en un mismo espacio y el intercambio simbólico entre sistemas culturales de distinto origen e historia. La condición multicultural se ha desarrollado, por las nuevas condiciones impuestas a través del cambio tecnológico, las migraciones y la comunicación, en el interior de bastantes sociedades; el multiculturalismo es un fenómeno, un debate y, muchas veces, un problema.

Las sociedades multiculturales típicas, la estadounidense, algunas de origen colonial, como la brasileña y la caribeña, con convivencias y mestizajes antiguos, han mostrado la capacidad de innovación cultural mestiza. Las ciudades han sido, sobre todo, el lugar propio del intercambio cultural y el arte, en sus diversas facetas, el vehículo más conspicuo y refinado del mestizaje. Las sociedades desarrolladas han debido aceptar un pluralismo cultural «institucionalizado», como forma de enfrentar los conflictos derivados del choque cultural y han hecho de la tolerancia un valor tanto cívico como cultural. Este hecho no ha impedido, en todo caso, la diferenciación creciente, a pesar de influencias y contactos, o como reacción misma ante ellas, entre culturas particulares que persiguen identidades propias y las defienden.

Estas diversas formas de mestizaje cultural que parecen signo de nuestro tiempo, no deben ocultar, no obstante, el hecho de que ninguna cultura se deja absorber sin resistencia[21] y, como hemos señalado, las diferenciaciones y los intentos de preservar las diferencias son otra constante del mundo de hoy. Donde seguramente es más visible este «choque» es en el mundo cultural islámico, con una historia antigua y densa, una lengua y unos textos sagrados que siguen siendo guía, no obstante lo cual se han desarrollado en su seno

corrientes muy complejas, religiosas, políticas, sociales y étnico-identitarias, como muestra la compleja historia del fundamentalismo en el mundo islámico. En el interior del mundo islámico puede hablarse, seguramente más que en ningún otro, de una cultura que amalgama elementos de todo orden, aunque lo básico sea la tradición religiosa[22]. Ello ocurre con mucha más fuerza que en el mundo cristiano (dividido en orbes culturales dispares, católico occidental, eslavo ortodoxo, protestante americano). Pese a las rupturas en su seno (sunnitas y chiitas, integristas y modernizadores), el mundo islámico unifica espacios culturales desde el Atlántico africano hasta Oriente Extremo[23].

Junto a ello, han perdido en buena parte su coherencia culturas de muy lejana tradición histórica como puedan ser la hinduista o la china, siendo un caso extremo el del viejo Japón sintoísta. La cultura japonesa recibió un profundo choque tras la derrota en la II Guerra Mundial a partir de la cual ha sabido reconstruir una tradición al tiempo que continuaba una marcha acelerada hacia la modernización[24]. El impacto de choques externos, en los que el viejo colonialismo tiene un gran papel, ha dejado también su impronta en el continente indostánico, mientras que las culturas autóctonas africanas, de etnia negra, con muchas variedades en su seno, están afectadas de los mismos problemas devastadores que el espacio humano que la soporta. El caso chino es otro más en el que antiquísimos contenidos de civilización han sido profundamente alterados por ideologías contemporáneas, pero aquí la evolución ha tenido un fuerte contenido de respuesta ante la presión externa. Resulta reveladora la conocida incompatibilidad entre el confucianismo y la ideología derivada del maoísmo, una relación que ha sido cambiante y sigue siéndolo. Posiblemente, sea esta riqueza de respuestas en China la que conduzca a la forja de una síntesis nueva[25].

La cultura de la «comunicación de masas»

Nada, sin embargo, caracterizaría de forma más específica y determinante las formas de la cultura global de nuestro tiempo como el hecho de su casi absoluta inmersión, su dependencia y, al tiempo, su difusión, en el omnipresente aparato de los *medios de comunicación*. La cultura —si se entiende por ello generalización de estereotipos y acceso a todo tipo de «bienes culturales»— y la específica cultura de masas son inseparables de la nueva cultura de la comunicación. El mundo de la comunicación social o la comunicación audiovisual impone sus propias normas en la esfera cultural y la «comunicación» es hoy una instancia social de descomunal importancia. Todo ello justifica que hablemos de una sociedad de masas que está fundamentada por

la sociedad de la comunicación. La cultura pública se convierte cada vez en el uso de un alto número de signos y mensajes estereotipados, cuyo vehículo esencial son los medios de comunicación audiovisual. Tal vez no existe una constante más visible que ésta en nuestros días[26].

La importancia del fenómeno de la comunicación masiva es tal que en función de ella se ha construido la metáfora de un «tercer entorno» en que el hombre desarrolla su actividad, como propone la obra de J. Echevarría. El primer entorno es el medio ambiente natural; el segundo no es ya natural, sino social y culturalmente construido, es la ciudad, la vida en la ciudad como creación esencial para la civilización. El tercer entorno es el que el hombre ha constituido sobre las «teletecnologías», la capacidad de la comunicación inmaterial a distancia, el conjunto etéreo pero no inmaterial de lo comunicado y sus soportes. Ese tercer entorno se basaría en «el teléfono, la radio, la televisión, el dinero electrónico, las redes telemáticas, los multimedia y el hipertexto»[27]. Es fácil observar que todo ese sistema ha sido finalmente revolucionado por la aplicación de la digitalización, aunque originariamente comprenda otros medios técnicos. El tercer entorno tiende a crear un ciberespacio.

Paralelamente, el adjetivo de uso universal *mediático/a* es el que caracteriza como ninguno una de las connotaciones especiales de, si no la totalidad, sí una parte importantísima de la creación cultural hoy. La condición de cultura integrada en los media lleva aparejada de manera estrecha el carácter determinante también de cultura de masas. Los condicionamientos y orientaciones del mundo de la comunicación de masas son de tal manera connaturales y dominantes en la cultura actual, que la mediática equivale a la real cultura visible, la que impregna indiferenciadamente a todos los estratos sociales. Los medios de comunicación han creado una nueva realidad construida y virtual que tiene una forma de relación especial con la realidad directamente percibida, a la que intenta representar, pero a la que transmite según el código particular de esos mismos medios. Entre los medios de comunicación de masas, prensa, radio, televisión, y, crecientemente, la red digitalizada Internet, bien en sí misma o como soporte de otros medios, cada día con nuevas formas de acceso, ha sido hasta ahora indudablemente la televisión el que más influjo ha tenido en la aparición de nuevas pautas culturales[28]. De todos los medios modernos de comunicación de masas que han influido en la transformación sociocultural a escala mundial en la segunda mitad del siglo XX, la televisión es, con mucho, el que más ha revolucionado la propia naturaleza del mensaje, el más potente de todos. El número de telespectadores y de aparatos en hogares no ha hecho sino aumentar vertiginosamente en todo el mundo, coincidiendo con una continua mejora técnica, a lo largo de casi medio siglo. En la actualidad, además de ser el principal medio de difusión de masas, su

capacidad de influencia sobre la creación y difusión cultural, junto a los problemas de toda índole derivados de los contenidos emitidos, ha atraído una notable atención[29].

La cultura de masas servida por los *media* ha ido desplazando todo el equipamiento cultural producido tradicionalmente como elaboración de un ámbito social determinado y en un espacio concreto hacia su conversión en una cultura de flujos generalizados y estandarizados, que ya no depende del lugar social y físico. Es decir, se ha sustituido la cultura de los espacios por la de los flujos, en expresión de M. Castells que ya hemos mencionado. El cambio económico y tecnológico ha propiciado una nueva sociedad, donde existe en apariencia una amplia libertad de creación cultural, pero donde los medios y los condicionantes de la difusión —desde la política editorial hasta las imposiciones para la captación de audiencia— constriñen esa creación en la dirección que imponen los «poderes mediáticos». El «acontecimiento mediático» es ahora el punto nodal de toda comunicación de masas, es el elemento esencial de la comunicación[30]. Aunque las diferencias entre sociedades y culturas del mundo en muchos aspectos dan lugar a confrontación, es evidente que fenómenos como el acceso a la información, la posesión de los medios, la rapidez en la transmisión, han potenciado los mismos fenómenos en todas partes, hasta incluir en su campo de influencia zonas que antes quedaban fuera de él. En sociedades o en grupos con graves carencias básicas —por ejemplo, sin viviendas o saneamientos adecuados, o sin teléfono— no deja de recibirse la televisión... Se ha señalado, en consecuencia, que muchas de esas formas culturales efímeras son «formas de histeria de masas»[31].

El mundo de la comunicación y la revolución tecnológica que lo ha transformado no sólo ha tenido unos fulminantes efectos culturales, sino que éstos no serían tampoco plenos sin su efecto propio sobre las relaciones sociales mismas, como ya hemos apuntado antes. Debemos hablar de una sociedad y una cultura, o sea, de una realidad sociocultural, determinada esencialmente por la aparición de una masiva comunicación mediática, basada en el ingente desarrollo de los medios de difusión transformados por las tecnologías de la información. Seguramente, la realidad que se ha ido creando en los años noventa no es sino el umbral de una sociedad plenamente virtualizada por la comunicación permanente que podemos imaginar bien, aunque no seamos capaces de imaginar de igual forma el ritmo con que los cambios harán sus transformación. No tan rápido como pudo creerse en los orígenes de la revolución digital, pero, en cualquier caso, ineluctable. Esto permite hablar, junto a otras denominaciones en uso, de una sociedad de la comunicación que ha cambiado en unos treinta años el comportamiento de los individuos y las instituciones y apunta a profundizar sin tregua tal cambio.

La revolución tecnológica en las comunicaciones sociales ha tenido, en definitiva, el efecto decisivo de hacer de las sociedades de cultura de masas otras de la «comunicación de masas». Seguramente, en el campo de la historiografía al menos, no se ha estudiado lo suficiente la inmensa transformación de los comportamientos que representó, por ejemplo, la introducción masiva de la televisión en los hogares. La multiplicación exponencial de los efectos de sucesivas innovaciones en una misma línea ha ido transformando comportamientos en los que suele repararse poco, como los políticos. Ha creado una nueva vía de influjo del poder, cuyo ejercicio no se concibe ya fuera de la difusión mediática. La comunicación, por otra parte, ha tendido a convertirse en un bien individualizado. Porque ahora el ciudadano común dispone de un flujo de información particularizado, como muestra la ampliación de los canales de la información al teléfono móvil, producto técnico cuya innovación es constante en función de la tecnología digital. Se ha dicho que las tecnologías digitales han comprimido el tiempo y el espacio, y han hecho variar profundamente el sentido de esas dos dimensiones básicas. Esa presunción puede matizarse aún más si se observa la nueva cualidad del flujo informativo que consiste en su transmisión «en tiempo real», fenómeno clave de extraordinaria influencia sobre la relación con el tiempo y el espacio, con la velocidad a la que se adquiere el conocimiento y éste se convierte en determinante de la acción social.

El nuevo mundo de la comunicación, que tiende a integrarse todo él en los adelantos de la digitalización, ha impuesto, o trata de hacerlo, nuevas reglas para los valores sociales más básicos. Ha facilitado, coincidiendo con su espectacular ampliación, el control y la manipulación de la información, ha aumentado la capacidad técnica para ello y lo ha convertido en primordial para toda acción de poder[32]. La prensa escrita, el medio de comunicación social más clásico y antiguo, ha aumentado su cuota de influencia en la misma medida que los demás medios, de forma que ha sido llamada el «cuarto poder», como adición a los tres poderes políticos clásicos, aunque alguien le ha llamado también «el segundo»[33]. La información se ha convertido en un verdadero círculo cerrado de poder o contrapoder con las mismas características de las más clásicas formas de su ejercicio. La libertad de la información, reclamada como un bien general, es una realidad, por ello, sometida a inmensos riesgos frente a la puesta de la información en servicio de la hegemonía de poderosos grupos.

La comunicación de masas ha tenido también dos efectos inmediatos cuya contradicción mutua, o su difícil compatibilidad, no se descarta. De una parte, se ha producido la extensión casi universal de la información de todo orden, aunque siempre sujeta a los filtros a que la someten los emiso-

res del mensaje, que no deja fuera de su campo ninguna actividad social: la economía, la política, el arte plástico o audiovisual, el conflicto o el suceso, los cambios y las novedades. Todo ello en flujo constante, en transmisión casi instantánea. Hoy pueden ser verbalizados y visualizados en los medios, como todo el mundo ha comprobado, golpes de Estado y ataques terroristas, efectos de las acciones militares y grandes acontecimientos sociales, fenómenos naturales, catástrofes y acontecimientos deportivos. Lo ocurrido prácticamente en cualquier parte del mundo es susceptible de hacerse conocer casi al instante en cualquier otra parte del planeta.

Pero, por otro lado, ello produce de inmediato un efecto directo. La comunicación de masas crea un mundo propio virtual distinto y separado del real. O, dicho de otra manera, los medios de comunicación son capaces de crear su propia realidad, de crear un mundo propio, porque toda comunicación es ella misma una reelaboración de la realidad. La existencia de la noticia, su necesidad, es una condición del funcionamiento constante de los medios. Si la noticia no existe, se crea. De forma que la inmensa facilidad con que se produce información veraz, lleva aparejada igualmente la facilidad para producir falsa información, o como se dice en el lenguaje mismo de los medios, desinformación. Éste es un proceso de extraordinaria importancia que tiene repercusiones decisivas en todos los ámbitos de las sociedades: en el del poder político y económico y en el de la cultura. La manipulación de la realidad por los medios de comunicación es, tal vez, uno de los hechos centrales del nuevo tiempo y uno de los que más contribuirán a hacer más complejo y conflictivo el futuro. Todo ello, por lo demás, es también un proceso que viene de antiguo. El comienzo de la amplia difusión de la prensa, la noticias vía telégrafo, la radio después, la televisión como momento fundamental y la digitalización de las comunicaciones como el proceso central del mundo entre dos siglos han presentado esas connotaciones. La realidad presente es la de su extraordinaria acentuación.

De esta forma, la sociedad de la comunicación ha engendrado un salto, que ya hemos analizado, a la sociedad de la información, si bien con esa conceptualización no se alude específicamente a una sociedad cuyo conocimiento ha aumentado o donde la transmisión del saber, de la noticia, del mutuo conocimiento, sean las pautas clave, sino más bien donde el centro lo ocupan precisamente los flujos, el control del conocimiento y los grandes medios de transmitir prontamente lo conocido, así como su utilización para el dominio, lo que resulta fundamental[34]. De ahí que en la nueva sociedad de los grandes medios técnicos de información y comunicación tengan enorme importancia la cuantificación y el control mismo de lo que se difunde como información.

Con todo esto se encuentra ligado otro fenómeno de extraordinaria influencia en los flujos culturales. En la información entendida hasta ahora como vehículo al servicio del conocimiento, la red informativa estaba siempre al servicio de lo comunicado, de los contenidos que había que seleccionar y priorizar porque la capacidad de comunicación había sido siempre menor que el volumen posible a transmitir. La revolución de las comunicaciones ha hecho que la situación se invierta. Las vías y redes de la comunicación tienen hoy tal capacidad que su problema es de contenidos a transmitir. El mundo de la información absorbe y quema contenidos continuamente. Por tanto, la cantidad y la cualidad de lo transmisible prácticamente carecen de límites objetivos. El problema es alimentar los medios con un flujo constante de acontecimientos, es suministrar sin tregua a los medios de difusión hechos que difundir. Como decimos, los medios no sólo transmiten, sino que crean la realidad. El viejo aforismo de McLuhan de que «el medio es el mensaje» ha quedado convertido en «el medio crea el mensaje». Es preciso transmitir aunque no haya nada que merezca la pena ser transmitido. Los medios no pueden quedar inactivos. Por tanto, la industria de «los contenidos» se ha convertido, en buena parte, en el eje del sistema. La inmensa importancia de la comunicación convertida en una máquina imparable, que no puede ser detenida, consiste en que debe transmitir sin descanso como parte de la propia producción y estabilidad de la realidad cultural y los flujos sociales.

Pero, además, los progresos tecnológicos no han ocultado ni evitado un proceso que se ha venido acusando al paso de la innovación: la no coincidencia entre las posibilidades de una ampliación constante de la capacidad de los flujos y la real demanda y posibilidad de utilización de tales capacidades por una sociedad cuya velocidad de adaptación es siempre menor. Así, la industrialización de la comunicación no ha dejado de sufrir vaivenes y retrocesos. El caso de las empresas cuyo negocio se ha canalizado en Internet, la crisis atravesada por la industria ligada a las empresas «punto com», puede ser un ejemplo gráfico de ello. En algún momento se ha producido una desconfianza en las capacidades de una oferta de enorme impacto económico a la que la circulación de la innovación no permite potenciar su utilidad.

La sociedad-conectada-al-televisor fue la primera realidad de esa sociedad de la comunicación, mientras que hoy la imagen real empieza a ser la de la sociedad-conectada-a-la-red, que es mucho más omnicomprensiva porque puede engullir a todos los demás canales. ¿No cambia esto enteramente la relación social? El camino hacia la creación de la telépolis se abrió ya con el comienzo del siglo XX. Un horizonte histórico continuado nos ha ido llevando desde la comunicación como expansión a la comunicación como estructura y como cultura. A la comunicación se hallan estrechamente ligadas nuevas

relaciones sociales y de poder. De hecho, el mundo de la comunicación ha creado una nueva forma o un nuevo instrumento de poder, como lo ha hecho también el mundo digital. Y, desde luego, otra posible brecha de discriminación social. Se ha llamado «brecha digital» a esa diferenciación creciente que se origina entre masas de población en relación con el uso del ordenador, la red y todas las ventajas que ese uso proporciona como una verdadera nueva alfabetización. La red comunicacional puede crear nuevos problemas de exclusión, como una derivación más de los déficits de universalización de los procesos educativos[35].

La cultura, en expresión de M. Castells, acentúa sus aspectos públicos y se transforma cada vez más en la manipulación de signos a través de los grandes medios de comunicación[36]. La cultura de la comunicación de masas es seguramente el elemento más definitorio de la nueva sociedad y no tanto las nuevas formas de producción y distribución social. La «homogeneización» de las masas es sobre todo cultural, y ello no tiene por qué coincidir con ninguna homogeneidad en otras dimensiones sociales. La diversidad de las situaciones en las relaciones de producción no queda afectada por la homogeneización de la cultura.

Parece, pues, bastante plausible la existencia de una situación que ha sido señalada con perspicacia: estamos ante una forma nueva de producción, que alcanza plenamente a lo cultural. Se trata de la inmersión en el *modo de información* como ámbito global de la cultura, en expresión acuñada por Poster, porque la información y la escritura han entrado en un nuevo y revolucionario nivel ante el hecho de la escritura electrónica[37]. Esto lleva a una puesta en cuestión del hecho mismo de la identidad. Pero es cierto también que junto a esa poderosa tendencia de la información y comunicación informática a despersonalizar y destruir el viejo sujeto cartesiano —«pienso, luego existo»— se produce una fuerte tendencia al reforzamiento de las identidades[38]. A esto obedecen los impulsos diferencialistas: a la rebelión contra las formas culturales abstractas, sin discutirlas en el fondo. Ahora parece que no se existe porque se piensa sino porque se comunica. Se ha producido, pues, una especie nueva de rebelión de las masas, a la que nos referiremos después. Una rebelión dentro de la revolución (comunicativa).

La importancia de que la creación cultural esté enteramente determinada por su difusión y su capacidad de influencia como hemos visto anteriormente, ha dado lugar a la acuñación del concepto de «poder blando» o poder derivado de la influencia cultural, pero que alcanza a mucho más que a la simple imitación de formas culturales. El concepto de «poder blando», introducido por J. S. Nye jr., tiene mucho que ver con la enorme influencia basada en los medios de comunicación capaces de crear grandes espacios de

ocio o cultura de masas que difundirían unos productos culturales específicos: lengua, costumbres, mitos y héroes, tendencias en el arte popular, modas y demás. La existencia de ese poder blando es una de los grandes resultados de una información dirigida y es uno de los más poderosos elementos de uniformización cultural. Las primeras grandes exploraciones sobre el poder de este resorte globalizador las llevaron a cabo comunicólogos como los de la escuela canadiense de Harold McInnis y Marshall MacLuhan. Así se crearon los conceptos de «aldea global» y el «aula sin muros». De ahí, esa construcción ha venido a representar una tendencia típicamente estadounidense, derivada de la pujante preponderancia de la máquina productiva en lo cultural montada en EE.UU. El cine, la música, las costumbre juveniles y las formas de vida ligadas a la abundancia de medios materiales, ciertos mitos ligados a la liberación ética, sexual, etc., han impuesto una poderosa imagen particular del mundo en la que se basaría tal tipo de poder del imperio americano[39]. Frente a ello, es de notar que en Europa, o en ciertos ámbitos europeos, especialmente el francés, se proponga firmemente la protección de una cultura europea, la creación de una política de «excepción cultural» —y una industria cultural, en consecuencia— contra la influencia absorbente de culturas foráneas, basada en otras tradiciones y destinada a un público autóctono a través de medidas comerciales de protección.

Ideologías y ciencia en la posmodernidad

En la esfera del pensamiento y las creaciones intelectuales, nuestra época ofrece un panorama con fuertes contrastes. Las ideologías de diverso género, políticas, sociales, estéticas, religiosas u otras, son, en sus líneas generales, producto derivado en lo inmediato de la gran efervescencia experimentada por la cultura global desde los años setenta del siglo XX. Podríamos decir que en el tránsito entre dos siglos no han aparecido «nuevas ideologías». Ahora bien, la ciencia, aunque en alguna de sus dimensiones y direcciones haya seguido ese mismo proceso derivado, figura, seguramente, como la más brillante creación intelectual aportada por nuestro tiempo. Y no sólo se trata de los avances, descubrimientos o innovaciones de la investigación científica. El hecho es que la ciencia ha pasado a ocupar un lugar absolutamente determinante entre las realidades históricas actuales, más allá de lo intelectual, como factor económico, como fenómeno social y como preocupación política. En el panorama de la ciencia como hecho sociohistórico se ha producido una mutación profunda. Es la ciencia la que inspira hoy a determinadas ideologías. No todo lo aparecido es positivo, claro está, pero todo es indicativo,

también ahora, de que un nuevo mundo está adviniendo. Intentaremos ver las razones que apoyan tales asertos.

Las posiciones filosóficas, ideológicas, intelectuales en sentido general, nacidas en la nueva cultura significaron, en principio, una amplia discusión de la herencia de la *modernidad*, es decir, de la Ilustración y su ideal racionalista, como forma de entender el mundo, de la racionalidad ilustrada que constituyó el más sólido soporte filosófico de la revolución contemporánea en todos los órdenes[40]. Esa problemática ha resultado en buena manera recurrente desde entonces. En este sentido, la nueva ideología o filosofía fue el triunfo claro del relativismo. Una nueva filosofía hablaría de la llegada de una «condición posmoderna», si nos atenemos al conocido título de uno de los libros que se consideran fundadores de la nueva mentalidad[41]. De nuevo aleteaba la muerte de la razón ilustrada. Así, se ha proclamado la «crisis de la modernidad», o se ha señalado la necesidad de matizar ese concepto de modernidad con una referencia a un estadio tardío de ella, la modernidad tardía o modernidad reciente[42]. Pero la plasmación más influyente de la crítica de la modernidad tomó la forma concreta del movimiento filosófico, científico, estético y artístico, moral y político, que fue conocido como *posmodernismo*, acuñando, en consecuencia, el término, *posmodernidad*.

Posmodernidad y posmodernismo

La naturaleza de la modernidad, su crisis y su reconstrucción, fue un tema destacado, digámoslo así, de la cultura occidental en las décadas de incertidumbre de finales del siglo. La reconversión del pensamiento, del arte y de los hábitos mentales en occidente, hizo juego con la transformación de los demás tipos de realidades, las económicas y sociales, incluso las políticas, que ya hemos tratado. Lo posmoderno sería, en todo caso, una resolución condenatoria de lo moderno, un rechazo del contenido de esa herencia histórica concreta. No hay inconveniente, pues, en admitir que la crisis de nuestro tiempo posterior al 68 es una crisis de la modernidad concebida por la Ilustración que solidificó el siglo XIX y produjo sus últimos desarrollos en el XX[43].

En cierto sentido, el posmodernismo, o, al menos, su más clara formulación, sería el resultado del repudio de la cultura de posguerra —en el arte, la filosofía, la crítica social y la literatura— al final de la década de 1960. Pero no cabe duda que sus orígenes pueden ser rastreados en momentos anteriores[44]. Sus fundamentos partieron de la consideración del fin de la vigencia del legado de la Ilustración, de la «razón» instrumental tal como la entendió

el pensamiento occidental moderno. Como idea particular acerca del conocimiento del mundo, las ideas posmodernistas tuvieron un especial impacto sobre la teoría social. De hecho, el impacto posmodernista en las ciencias sociales ha sido perdurable, pues fue el condicionante de lo que se llamó un tiempo la «crisis de representación» de esas ciencias, es decir, la puesta en cuestión misma de que las ciencias sociales fuesen capaces de representar la realidad social a través de la «teoría»[45]. El posmodernismo no creía que hubiese una explicación única de la realidad ni un solo criterio de verdad. Las ciencias sociales serían una forma más de retórica y la realidad social difícilmente podría se aprehendida a través del camino normalizado de la ciencia. La reflexividad social, el autoconocimiento, no sería en modo alguno un mecanismo regulador fiable de la vida social. No es posible una racionalidad universal. El posmodernismo rechaza la generalización abstracta como gran logro del pensamiento moderno.

Lo que el posmodernismo venía a combatir en esencia sería el ideal racionalista a ultranza como iluminador de todo conocimiento, en las dos vertientes de la razón discursiva y la razón instrumental, que fue la herencia fundamental de la Ilustración. En el fondo, se trata de mostrar que la racionalidad ilustrada era, justamente, la que no podía explicar ni menos justificar la regresión a la barbarie, la aparición de Auswischtz, el exterminio sistemático como premisa y precio de la construcción de un mundo de racionalidad instrumental. El posmodernismo rechazaría, en consecuencia, el poderío indiscutido de la razón, de todo absolutismo del conocimiento generalizador que pretenda explicar el mundo mediante la gran teoría, de la misma manera que rechaza el discurso de la Historia que reconstruye la trayectoria de «Occidente» a través de la «Gran Narrativa». El mundo se encuentra adscrito a otras muchas potencialidades humanas, ninguna de las cuales puede irrogarse poseer la clave en exclusiva. Para el posmodernismo, pues, no es posible un conocimiento generalizador basado en la razón ilustrada que explique la totalidad del mundo.

El relativismo como posición intelectual adecuada a un tiempo con pocas certezas fue producto de este pensamiento. El pensamiento relativista se ha mostrado a favor de la equiparación de la verdad que las posiciones intelectuales poseen por sí mismas de forma que ninguna pueda ser considerada superior en sus propuestas. El relativismo cultural, es decir, la creencia en que se carece de criterios válidos para discriminar la superioridad de ningún entendimiento de la jerarquía de los valores humanos sobre otro distinto, estableciendo el principio de la validez equiparable de todos, socava la posibilidad de elección entre opciones. Sin embargo, el relativismo ha cedido en su aceptación en la década de 1990. Se produciría entonces una recuperación de la creencia en el valor normativo de la racionalidad y la significación de la

teoría[46]. Ha vuelto el primado de la ciencia, de forma que lo que se presenta ahora en el panorama es el intento de una nueva síntesis intelectual.

Si la modernidad ilustrada había representado la quiebra del marco o nicho histórico en el que construían su universo simbólico comunidades dirigidas por la tradición, sustituyendo esta elaboración de culturas particulares por complejos mentales colectivos más abstractos e impersonales, la modernidad tardía o posmodernidad pedía el regreso a la visión de la pequeña comunidad, de la identidad local[47]. El problema de la identidad se encontraba también, en efecto, en el meollo de este regreso. La modernidad racionalista haría cada vez menos uso de la tradición, la emplearía menos como marco y el individuo común casi la desconocería. La Historia ilustrada había dejado prácticamente de tener algo que ver con la Tradición. Pero el posmodernismo significaba una recuperación de ella.

El posmodernismo vendría a rechazar el conjunto de las realizaciones históricas que habrían concedido su configuración a las sociedades «modernas». Rechazaría las dimensiones de la modernidad responsables de la aparición de sociedades basadas en un sistema de relaciones abstractas, desenclavadas, articuladas en institucionalizaciones imperativas sustentadas por poderosos mecanismos de control social, es decir, según el conocido esquema de las sociedades «deshumanizadas», de individuos anónimos, marcadas por una creciente reflexividad de la evolución social misma y la interpenetración de lo global. La modernidad se caracterizaría también por una dialéctica constante entre lo local y lo universal. En la crisis de la modernidad se opera un regreso a la ubicación en el mundo local.

Pero no debe olvidarse que la expansión de la corriente posmodernista tuvo en los años noventa del pasado siglo una inversión y un reflujo. Acusó el impacto de una nueva cultura «fin de siglo» y «fin de milenio» que no ha dejado de tener algunas consecuencias ideológicas. El pensamiento en el tránsito entre dos siglos ha acusado el impacto y la incertidumbre propia de una época de cambio profundo y relativamente rápido. Lo cierto es que la posición posmoderna tampoco ha sido capaz de explicar el meteórico cambio de las condiciones presentes desde 1989. La escasa capacidad de adecuación de las principales posiciones posmodernistas se ha hecho patente en la década de 1990, por su falta de respuesta a nuevos problemas a los que ya no cabe responder justamente desde las posiciones del capitalismo industrial tardío. De ahí que, en contraste, el «futuro» haya empezado a ser un objeto pensable con detenimiento y se pretenda a veces que el mismo, sobre todo el tecnológico, está ya prefijado y dispuesto.

El mundo de las ideologías se ha fragmentado en medida equiparable a la fragmentación operada en todos los demás ámbitos. La pérdida de las

referencias dominantes se ha producido en una situación donde impera la convicción de que las opciones alternativas son siempre mundos a considerar y que las visiones del mundo incompatibles han concluido. Las confrontaciones y alternativas fundamentales en el mundo de hoy no se producen entre grandes concepciones ideológicas o discernimientos filosóficos excluyentes, sino que se incardinan en torno a «opciones» relacionadas íntimamente con las posibilidades de fortuna y desarrollo; son político-sociales, y se generan a partir de la situación presente con la vista siempre en las expectativas de futuro. En la nueva época, las ideologías que pretenden ser universalistas —y debe tenerse en cuenta que sigue presente la dicotomía universalismo/localismo y diversas opciones para compaginarla— establecen sus debates en torno a cuestiones como la convivencia y la tolerancia, los derechos humanos y la identidad cultural, la inmigración y la redistribución de la riqueza. Se discuten mucho menos los sistemas políticos, pero sí se debaten las diversas quiebras de la democracia, las crisis de los partidos políticos y de la misma acción política y la función del Estado.

El pensamiento crítico sobre la sociedad y la cultura, desde la filosofía al ensayismo periodístico —género este que ha ganado en importancia y volumen— insiste en que la sociedad postindustrial debe ser caracterizada como una inconfundible época de crisis o, en todo caso, un momento claro de transición hacia formas culturales nuevas, obligadas por el cambio social mismo. En el curso de ese cambio, decíamos, el posmodernismo ha perdido gran parte de su vigencia. Por algo Frederic Jameson en una brillante definición le llamó «la lógica cultural del capitalismo tardío». Esa lógica tiene menos sentido ahora, pues las sociedades actuales proceden de los cambios propios de la fase tardía del capitalismo pero están ya en el umbral de un capitalismo informacional, fase distinta, más allá del modo de producción capitalista clásico.

La función decisiva de la ciencia

Las nuevas proyecciones culturales, hemos dicho, no se explicarían sin tener en cuenta la importancia que la ciencia ha adquirido en las sociedades avanzadas de hoy. Aquel viejo problema que develó C. P. Snow, el del desconocimiento mutuo o el enfrentamiento entre las *dos culturas*, la humanística que contempla al hombre y la científica que mira a la naturaleza, cuyos instrumentos de conocimiento serían claramente distintos, o no tiene hoy virtualidad alguna o se plantea en unos términos muy distintos[48]. La revolución informacional ha tenido su origen en una espectacular reconversión tecnológica del mundo industrial contemporáneo, cuyo ritmo de desarrollo histó-

rico contrasta, por su velocidad, con lo sucedido con otros grandes cambios tecnológicos. El cambio tecnológico tiende a acelerar su *tempo*[49]. Pero antes aún que ello, subyaciendo a todo el proceso, lo que se ha operado en nuestro tiempo es una reconversión de la relación entre el conocimiento, el científico en especial, el desarrollo de las técnicas y la penetración de ambas cosas en la estructura y la práctica social. Las sociedades operan en sus procesos de mayor desarrollo y reproducción con una especial relación con el conocimiento, lo que equivale a decir con la ciencia y la técnica, lo que nos coloca en una nueva fase de la historia de las revoluciones científico-tecnológicas[50].

La «cientifización» y tecnificación del mundo, acusada de forma espectacular desde los años noventa del siglo XX, ha superado ya su dimensión de fenómeno del conocimiento y de mejora de las condiciones de vida humana para convertirse, además, en una realidad que entra en dos terrenos nuevos: en el de los problemas sociales, políticos y, desde luego, morales, que plantean los nuevos adelantos de la ciencia y la técnica (la biotecnología, la energía, la digitalización, etc.) que dejan abiertos muchos interrogantes para el futuro, y en el del destino del planeta mismo como receptáculo de la vida y como elemento natural en el que se ha desarrollado la civilización, es decir, en el terreno de los problemas ecológicos[51].

Como una constante que ha ido aumentando su importancia en el siglo XX, y que según todos los indicios condicionará igualmente el XXI, se ha manifestado una extraordinaria novedad en la vida científica y tecnológica con respecto a lo ocurrido desde el siglo XVII, momento de la primera gran revolución científica. Se trata de la nueva consideración de la ciencia y la técnica por las sociedades y por los ciudadanos, de su papel histórico como impulsora del cambio, del progreso, pero también como origen previsible de supuestas catástrofes. La ciencia pasó progresivamente a convertirse a lo largo del siglo XX en un factor de extraordinaria influencia en la economía y en las manifestaciones sociales y políticas. A la cabeza del mundo están situados hoy los países que poseen una ciencia y técnica más potentes, lo que tiene una influencia directa sobre la economía y sobre todas las manifestaciones del poder «duro» y «blando», en la terminología empleada por J. Nye jr.

La ciencia ha dejado de ser una actividad particular, de escasa publicidad y reducida resonancia, para convertirse en algo absolutamente contrario: una de las preocupaciones de los Estados, un «sector estratégico», mientras los centros de investigación públicos o privados, las «comunidades científicas» y sus resultados, se han convertido en un factor de la vida pública de extraordinaria importancia[52]. La actividad científica se organiza ahora por campos de conocimiento muy específicos —biología, física, economía, psicología o lingüística—, pero no sólo responden a las viejas ciencias, sino que esos

campos tienden a ser cada vez más especializados en el momento en que cada uno de ellos consigue ese mínimo de especialistas que constituyen lo que se llama la *masa crítica*, un número suficiente como para que cualquier presunto descubrimiento pueda ser valorado, discutido, sometido a prueba y, en su caso, rechazado. No hay ciencia sin contrastación, y ésta no existe si no hay suficientes científicos para realizarla y valorarla.

La ciencia se ha transformado, pues, de forma acusada crecientemente a fines del siglo XX, en un bien social y económico de extraordinaria importancia, además de ser ya desde antiguo un bien cultural que no la tiene menos. Mientras el progreso humano no se concibe hoy sin la ciencia y la técnica, es también clara su tendencia a la deshumanización y a la mercantilización. La ciencia se ha convertido asimismo en objeto de empresas que producen una mercancía en competencia con otras y tiene, en consecuencia, un concreto valor de mercado. Es por eso que se distancian también peligrosamente la investigación en la ciencia básica, que puede no tener una aplicación inmediata —aunque sí la tiene siempre a más largo plazo— y la investigación en ciencia aplicada, que es la que mayor interés y aplicación de recursos suscita. Algo de esto ocurre con las ciencias sociales que, salvo en el caso peculiar de la economía y alguna otra derivación de los análisis sociales, tienen menos aplicación «práctica» que, no obstante, esas mismas ciencias se afanan en encontrar.

Existen algunos desarrollos científicos actuales cuya relevancia se ha incrustado entre las grandes atenciones y preocupaciones de nuestro tiempo. Seguramente, son tres los campos donde el desarrollo científico actual tiene una extraordinaria relevancia. El de la investigación sobre los mecanismos que dan lugar a la vida, el del funcionamiento de la mente humana y el de la producción de nuevas energías. Ello, sin dejar al margen la actividad de la física cosmológica, afanada en la exploración del mundo exterior a la Tierra, o el referente a la ciencia de información y computación. El más espectacular y el que más proyección social directa ha tenido ha sido, sin duda, el extraordinario progreso de las ciencias de la vida y, relacionado con ello, las ciencias de la salud o, medicina. Desde que en 1953, Francis Crick y James Watson descubrieron la estructura molecular del ADN el progreso científico en biología, apoyado en la química y luego en la informática, siguió un impresionante camino que desembocó en el desciframiento o *mapeado* del genoma —o conjunto de los genes del ser vivo en los que reside la clave de su constitución.

En octubre de 1990 se constituía en Estados Unidos el consorcio científico público Proyecto Genoma Humano, un gran grupo de investigación al que se sumaron Francia, Gran Bretaña, Alemania y Japón, cuyo objetivo era llegar a establecer el «mapa» del genoma humano. Se concedía al proyecto un plazo de quince años. No fue preciso tanto tiempo; el 26 de junio de 2000

el presidente estadounidense W. Clinton, acompañado de dos científicos, Francis Collins, que representaba al consorcio público citado, y Craig Venter, presidente de una empresa privada, Celera Genomics, que había avanzado en la secuenciación más aún que el equipo público, anunciaban que el genoma humano había sido secuenciado por completo. Sin embargo, en 2003, los científicos reconocían que nuestro desconocimiento del mundo genético es aún notablemente alto.

El conocimiento de la composición y los mecanismos químicos de la herencia y el comportamiento biológico ha desencadenado el extraordinario desarrollo, inquietante o a la vez, de la ingeniería genética, que permite hoy la manipulación de los seres vivos, vegetales o animales, mediante el mecanismo de la clonación. La primera clonación de un animal a través de un proceso complejo de manipulación de células en el laboratorio fue anunciada el 23 de febrero de 1997 por el biólogo Ian Wilmut, en Edimburgo; se trataba de la clonación de una oveja a la que se llamó *Dolly*, un personaje que se incorporó a la mitología popular. Desde ese momento pasó a primer plano el problema de la clonación de seres humanos. Lo más trascendental históricamente es, por tanto, que la clonación de un ser humano es posible. En un plano más directo y efectivo, las políticas científicas actuales de los estados se enfrentan, sobre todo, a la cuestión de la investigación con embriones humanos y células madre a través de los cuales es posible la producción y reproducción en laboratorio de tejidos humanos y se potencia la posibilidad de curar ciertas enfermedades.

Un problema de trascendencia distinta es el del funcionamiento del cerebro y la existencia, por tanto, de una *mente*, factor radical de la condición humana. James Watson, uno de los descubridores de la estructura del ADN, según hemos visto, ha insistido últimamente en que uno de los problemas actuales más relevantes es que no sabemos cómo funciona de hecho el cerebro humano[53]. Tanto los adelantos de la biología, la bioquímica y la clínica médica como los de la psicología, a partir de las posibilidades nuevas que brindan la cibernética y la informática, permiten asegurar que el siglo XXI será también el del estudio intenso de los mecanismos psíquicos y su base biológica en el ser humano. La *mente* humana, las capacidades cognitivas y afectivas, los estados y las experiencias y su memorización se basan en la actividad del cerebro pero no se confunden con él. Hoy se han descubierto mecanismos químicos o eléctricos relacionados con la actividad del cerebro, pero el conocimiento de cómo se forma la mente humana es un paso más allá de todo esto.

Existe otra cuestión importante: la de la diferenciación en el hombre de rasgos somáticos y rasgos culturales, la autonomía de éstos y el problema de su

transmisión. Los caminos esenciales de ese conocimiento se orientan hacia el análisis de hasta qué punto las funciones propiamente «humanas» del hombre, el mundo de los comportamientos racionales, puede ser explicado por lo biológico, por aquello que es común a todos los seres vivos, o pueden explicarse por el proceso de aprendizaje típicamente humano que constituye la «cultura». Esto tiene una derivación de extraordinaria importancia también: lo que podríamos llamar la «tendencia unificadora» en la explicación de todo el mecanismo completo de *la vida*. Desde la vida biológica elemental, o desde la existencia «prebiótica», hasta las complejas organizaciones sociales creadas por algunos animales y, sobre todo, el hombre, se piensa que debe encontrarse un nexo que una ese fenómeno de lo vital, a través de mecanismos evolutivos —sobre cuya interpretación se vuelve una y otra vez— desde sus manifestaciones más simples a las más complejas. La ciencia de la vida no es ya, pues, simple biología y la interdisciplinariedad en su estudio se cree hoy que es absolutamente imprescindible para avanzar en este tipo de conocimiento[54].

La compleja relación entre sociedad, ciencia y técnica es fuente de una serie de derivaciones sociales, científicas y éticas en el panorama intelectual de hoy que se dirigen, sobre todo, a la consideración de las consecuencias del avance científico y técnico para el propio futuro de la humanidad, lo que contiene, como es natural, una vertiente histórica que no es posible ignorar. El incuestionable desarrollo de la ciencia plantea tan alto número de problemas extracientíficos, de índole moral, filosófica, jurídica, social y política, ahora y para el futuro de la humanidad, que nunca antes se había presentado nada semejante. ¿Es lícito que el hombre altere voluntariamente o manipule en alguna forma los mecanismos de la naturaleza que hacen que el ser humano sea lo que es, en su soma y en su psiquis? ¿Es lícito que el hombre pueda producir otros hombres alterando los mecanismos naturales, como es la clonación, o la programación de las características de un ser humano antes de nacer? Este amplio espectro de problemas son los que estudia la *bioética*, una disciplina ya más antigua, pero que tomó un especial incremento en la década de 1990[55].

El debate de la biotecnología y sus límites, por ejemplo, enfrenta, en líneas generales, posiciones definidas desde creencias ligadas a religiones con otras de espíritu laico, ajenas a la teología o la moral confesional, si bien dentro de este mismo campo hay también posiciones diversas. La cuestión afecta medularmente al concepto mismo de la persona humana según algunos moralistas. Un ser creado artificialmente no es ya libre desde su concepción misma. Por el contrario, la biotecnología puede perfeccionar la especie humana al mejorar de forma insospechada las condiciones del nacimiento, la reproducción, el cuidado de las enfermedades y la regeneración de los órganos. Otro problema

importante, que llega ya al nivel de lo político, es la regulación, y qué tipo de ella, que habría de hacerse de todas las operaciones de biotecnología en humanos o en otros seres vivos. En Estados Unidos existe la National Bioethics Advisory Commisión que vigila las prácticas y las investigaciones biotecnológicas en centros públicos. Al comenzar el siglo XXI los problemas de la reproducción de la vida, la clonación y la investigación sobre células humanas continúan vivos en las más altas instancias políticas y morales, donde la Iglesia católica representa la posición más restrictiva.

La actividad científica se ha convertido, pues, en una instancia social que no puede disociarse de la realidad social misma que la soporta. Pero sería un error sobrevalorarla. La ciencia no es, indudablemente, el único tipo de conocimiento que tiene gran influencia social, como demuestran bien ciertos procesos y movimientos actuales, que reclaman otro entendimiento del mundo (movimientos religiosos, de pensamiento irracionalista, etc.). La ciencia como actividad intelectual es, por principio, neutral con respecto a otros tipos de problemas pero en modo alguno puede considerársela ajena al proceso social ni únicamente en su vertiente provechosa, abierta al futuro e imprescindible. La ciencia es generalmente considerada hoy como parte esencial de las *formas culturales.* En muchos casos, y por circunstancias diversas —o mejor, por el uso que el hombre hace de ella—, representa un riesgo, en ocasiones un peligro inmediato, o una fuente de dudas morales. Pero lo más destacable de todo es que, como hemos señalado, la actividad científica se ha convertido hoy ella misma en un *servicio*, en una parte básica del sector cuaternario de la economía. Su progreso, sobre todo acompañado de la tecnología, puede generar enormes recursos. Las patentes y las *royalties* son hoy un ingreso económico para ciertos países —Estados Unidos a la cabeza— valorado en miles de millones de dólares.

Por fin, existe un problema más que liga indisociablemente la ciencia, la técnica y el desarrollo social. Nos referimos a lo que en términos amplios se denomina problema *ecológico*, es decir, la ubicación del hombre en su medio natural y la tensión que esa relación determina. «La humanidad se enfrenta a tres crisis a la vez: la mengua de la reserva de energías no renovables en la Tierra, una peligrosa acumulación de gases de calentamiento global y un declive constante de la diversidad biológica»[56]. Ese proceso es debido a la acción del hombre con su incesante e inmoderado consumo de recursos no renovables y la producción de materiales y residuos, fundamentalmente en forma de gases que van a la atmósfera —los clorofluocarbonados, esencialmente— o de vertidos líquidos a las corrientes de agua o los mares, que alteran la composición de esos medios y, en fin, la acción destructora sobre otros seres vivos, en contra del mantenimiento de la *biodiversidad*[57].

La civilización industrial ha propiciado el cambio del medio natural desde el siglo XIX, pero es, sobre todo, en la segunda mitad del XX, con la enorme expansión del industrialismo y, en especial, con el uso de los combustibles fósiles ricos en hidrocarburos, cuando el deterioro se ha acelerado hasta extremos claramente peligrosos. En todo caso, no puede decirse que en el escenario previsible en el futuro no vayan a cambiar en profundidad algunos de los parámetros existentes hoy. La transformación misma de la civilización industrial, el uso de energías limpias, la introducción de otros productos y materiales, un mejor control de la contaminación, etc. Pero el propio desequilibrio del desarrollo planetario es hoy una fuente de amenazas concretas. Los países industrializados, los que más contaminan, se niegan a realizar esfuerzos significativos para controlar el deterioro. El efecto científicamente previsto ya se manifiesta en el clima, en forma de subida lenta pero constante de la temperatura media de la biosfera, calculándose que a lo largo del siglo XXI podrá llegar a un aumento de dos grados centígrados o más, según las predicciones.

Los problemas de deterioro del medio natural en el planeta fueron ya advertidos hace decenios. Los países en desarrollo nunca aceptaron las recomendaciones de ciertas instancias internacionales, como el Club de Roma, que les pedían esfuerzos y limitaciones en su emisión de sustancias tóxicas proporcionalmente más costosos que los pedidos a los países desarrollados, unos esfuerzos que estos mismos, fundamentalmente EE.UU., han rechazado también en buena parte, pero la idea del crecimiento o *desarrollo sostenible* fundamentado en el Informe del Club de Roma de 1970 pasaron a formar parte del acervo ecologista. A partir de la insistencia de los movimientos ecologistas, los Estados han acabado tomando una cierta conciencia del peligro, de ahí que en los años noventa se hayan convocado foros internacionales sobre la biodiversidad, sobre el cambio climático y sobre la emisión de gases a la atmósfera. El más llamativo fue la conferencia de Kyoto sobre el clima (1992), que se saldó con pocos acuerdos, y algo similar ocurrió en La Haya (2000) y posteriormente ya en este siglo en Johannesburgo. EE.UU ha visto siempre con reticencia las medidas restrictivas y no aceptó el Protocolo de Kyoto. El problema permanece en pie y muy amenazante en el siglo que se inicia.

Sujetos e identidades como nuevos «agentes históricos»

Nos hemos referido ya a la presencia en este nuevo mundo cultural, dominado por los fenómenos globalizadores y uniformizadores, de fuertes corrientes diferencialistas, por decirlo así, resistentes a la uniformización, que se manifiestan de forma eminente en la reivindicación de la identidad. La identidad

es un concepto y una reivindicación propios de la modernidad tardía. Identidad como un bien o cualidad insertos en el terreno de la acción social, política y cultural, de la que pueden ser portadores sujetos singulares o colectivos, que buscan su «identificación» diferencial, es una concepción tan compleja y multivalente como tantas otras —experiencia, estructura, cultura y demás— que estamos obligados a utilizar en el análisis sociohistórico. La llamada «vuelta del sujeto» a la teoría social y a la exploración de la historia está efectivamente ligada a la «reclamación» de la identidad, y no cabe duda de que es hoy también uno de los componentes mayores de nuestra cultura, cuyas contradicciones se acusan más claramente.

La «identidad del yo» —un yo no necesariamente individual, que puede transcribirse en un «nosotros»— es un asunto bastante tratado por la sociología en una situación que ha experimentado profundos cambios en el último cuarto del siglo XX. La identidad de cada sujeto, sea cual sea la forma social que éste presente, se ha convertido en el agente fundamental de toda acción y todo cambio en las sociedades de hoy. Indudablemente, además, la insistencia en la búsqueda y la reclamación de identidades diferenciadas como uno de los factores de mayor impacto en la realidad sociocultural está estrechamente relacionada con todas las demás tendencias de gran alcance propias de nuestra época. El impulso identitario tiene igualmente que ver con la lucha por la posesión del poder, duro y blando, la preservación y privatización de los recursos, la pulsión primaria a la defensa frente a desigualdades y desequilibrios socioeconómicos, la resistencia a los movimientos migratorios o la oposición a la explotación, todas ellas realidades cuya ligazón descubren cada día la observación y la crítica sociales.

Sociedades y culturas que tienen entre sus caracteres visibles la continua percepción de la realidad como espectáculo, obviamente favorecida por la omnipresencia de los medios, parece natural que se encuentren atravesadas por las aspiraciones de sus miembros a una forma de participación en ese espectáculo de la sociedad virtual presentada por los medios. Es el ingrediente más caracterizado del «capitalismo de ficción». El fenómeno complejo presente en la sociedad de hoy consistente en que los sujetos reclaman su presencia visible en ese espectáculo sociocultural, reclaman una identidad personal diferenciada y explícita, en un mundo en el que los poderes buscan la indiferenciación generalizada, y vuelven sobre sus raíces en un ambiente de universalismo trivializador, constituye un componente muy eficaz de lo que hemos llamado la tendencia universal también a una historización de la experiencia. La experiencia vivida se vierte en un curso constante de manifestaciones transmisibles, comunicables, se envuelve en una narrativa peculiar y autobiográfica. A través de ella, toda vida vivida se intenta cristalizar en

un presente permanente y perdurable, del que se guarda memoria mientras se hace público y no se confunde con la vivencia convencional del pasado histórico. La vida hecha espectáculo tiene sus propios modelos, es preciso llenarla de «contenidos» y de singularidades, dentro, eso sí, de unos moldes previamente aceptados y valorados. La vida vivida, la memoria personal, el lugar social de los sujetos, se historiza, adquiere espesor biográfico y se identifica como diferente.

Anthony Giddens ha señalado, glosando apreciaciones anteriores de Christopher Lasch, que existe un «sujeto narcisista» contemporáneo que experimenta apatía hacia el pasado, una renuncia al futuro y una determinación de vivir al día como puntos característicos de la vida ordinaria, todo ello en situaciones determinadas por influencias sobre las que los individuos sienten que posen poco o ningún control[58]. Aunque esta apreciación parezca difícil de mantener sin profundas matizaciones, no es negable que en la modernidad los sujetos buscan compulsivamente su identidad y se desarrollan nuevos movimientos sociales con fuentes, soportes y objetivos nuevos. Han aparecido unas dimensiones culturales nuevas en las que se impone la conciencia de la extrema variabilidad de las condiciones sociales. Ello impulsa a «vivir al día». El contraste entre lo efímero y lo permanente se presenta a una nueva luz. El entorno sociocultural se ha transformado en forma que parece irreversible, pero de forma también cargada de inseguridad.

Frente al tipo de realidades que un tan poderoso medio como la televisión pretende imponer día a día como estereotipo, se enfrenta una peculiar forma de hacer patente el hastío de lo ya conocido, lo repetitivo, lo indiferenciado, se descubre un cierto prurito de distinción, una pretensión de seducir, «la seducción está en todas partes, subrepticia o abiertamente», como ha dicho Jean Braudillard[59], una rabiosa búsqueda de independencia frente al otro, de «desmarque», en suma, de tal forma que en la interacción social están presentes dos perfiles en apariencia contradictorios: la pugna que se emprende por «acceder» a la realidad visible y ficcional junto a la que se mantiene por el impulso a «separar». Y es por ello que conviven en los comportamientos singularización y homogeneización, identidad e indiferenciación, complicidad y aislamiento. Amalgamas siempre contradictorias, por seguir con juegos de palabras, que definen bien evidencias palpables en las sociedades actuales.

Sobre la naturaleza y función de la biografía se ha hablado ya en la primera parte. Sólo nos detendremos aquí en ello de manera breve. De hecho, la comprensión del entorno sociocultural está ahora necesariamente ligada a un mundo poblado de sujetos, de «yoes», donde es necesario «biografiar», cuando en estadios anteriores ese mismo mundo se «leía» como mucho más ligado a estructuras. Lo que gana la sobrevaloración de los sujetos parecen perderlo

las estructuras y viceversa. Sin embargo, las ciencias sociales caminan por una vía de exploración que entiende que ambos extremos son necesariamente conciliables y nos colocan en una dialéctica que ha cambiado la comprensión de lo social y lo cultural. La necesidad universalmente sentida —en nuestro propio medio cultural, al menos— de poseer y mantener una biografía es también una forma particular, sin duda, de otra necesidad de mayor alcance sociocultural: la de la construcción de identidades. Toda reivindicación de una identidad lleva aparejada la necesidad de poseer una biografía. «Sostener» una biografía equivale a buscar una historia... vivida. Los anacronismos o ucronismos de esta construcción de identidades son muchas veces palmarios, pero ciertos colectivos, como los nacionalistas, se construyen con esa particular visión histórica.

Un hecho no menos visible es, en consecuencia, el de la biografía como espectáculo. Lejos de aceptar hoy la reducción al anonimato, el común de las gentes pretende y ansía mostrar, aparecer o figurar en cualquier medio. Es esta una forma de autoafirmación que ejemplifica bien el anhelo de distinción complaciente y no problemática. P. Bourdieu expresaba agudamente eso mismo con referencia a lo que ocurre en el mundo de la televisión como mediadora universal de esas biografía-espectáculo. La televisión funciona «ofreciendo a los espectadores productos sin refinar cuyo paradigma es el *talk-show*, retazos de vida, exhibiciones sin tapujos de experiencias vividas, a menudo extremas e ideales, para satisfacer la necesidad de voyeurismo y de exhibicionismo (como, por lo demás, los concursos televisivos, en los que la gente se desvive por participar, incluso a título de mero espectador, con tal de conseguir por un instante que la vean)»[60].

La reclamación de biografía es, en un sentido, una especial percepción del particularismo; pero, por otra parte, la biografía no es posible sin alguna forma de universalismo. Si en otras épocas podía decirse que los hombres hacían su historia sin ser conscientes de ello, no es posible mantener hoy lo mismo sin serias matizaciones. Los hombres, los individuos, son más bien, conscientes de la realidad de «su» propia historia, se esfuerzan en dotarse de una biografía diferenciada, pero su autobiografía no discute nunca o casi nunca la cultura en cuyo seno buscan la diferenciación. Porque se asume sin discutirla una dialéctica entre cultura global y biografía particular que, como efecto del narcisismo, excluye la tensión entre ellas, creando unas extrañas formas de diferenciación que podríamos llamar, paradójicamente, indiferenciadas o clónicas.

En nuestro mundo cultural, a medida que aumenta la significación e intrusión de «sistemas abstractos» en la producción y reproducción social, se refuerzan igualmente las tendencias hacia la defensa de la identidad del

sujeto. Uno de los extremos peculiares de la sociedad de la comunicación de masas en los comienzos del siglo XXI, como fenómeno inserto en la gran transformación de la era de la información, es el fenómeno, paradójico también a primera vista, de la resistencia a la uniformidad, y la forma en que tal resistencia opera, de la lucha por la salida del anonimato. Las expectativas de participar en formas diversas de representación, y los instrumentos por los que se pretende vehicular tales expectativas, la manera de hacer públicas las trayectorias personales, constituyen la médula de la «sociedad-espectáculo». El fundamento de la sociedad del espectáculo es el deseo de los individuos de participar en él y ello crea los nuevos mitos «mediáticos». Éstas son, en definitiva, manifestaciones subyacentes del papel de la identidad.

La identidad del individuo es una cuestión refleja, en discusión y construcción constante. Aunque no siempre lo consiga, el hombre de hoy está en permanente y afanosa búsqueda de una crónica particular sobre unos modelos precisos, lo que puede expresarse también de otra manera: el hombre ha perdido su referencia teológica, cósmica, que tenía antes cuando se sentía una criatura sujeta, entre otras muchas, a designios que no podía controlar —la Providencia, por ejemplo—. Hoy es absolutamente prioritario el yo compulsivo y expansivo. La vuelta del sujeto a las ciencias sociales, tema reiterativo en la crisis de esas ciencias tras la década de 1960, superado el vendaval «estructuralista» de la sociedad «estructura sin sujeto», está estrechamente relacionada con la potente vuelta del yo a lo social. Los modelos de acción social se institucionalizan sobre el modelo de aquellos individuos que son capaces de sobreponerse al nivel común de los innumerables yoes anónimos. Por ello ha regresado el sujeto. La vuelta del sujeto en las ciencias sociales equivale, entre otras cosas, a la reivindicación del individuo personalizado, a la ruptura de lazos solidarios de cualquier otra índole y heredados del pasado.

Para que el sentimiento del yo sea completo debemos también «poseer una idea de cómo hemos llegado a ser y de dónde venimos»[61]. Ello tiene una enorme importancia para calibrar el nuevo sentido de la posesión de una historia, pero sobre todo tiene enorme importancia para calibrar la necesidad de una historia «explicativa». Este nuevo sentido histórico no se detiene en la recuperación de la biografía. Es cierto que son claves las reivindicaciones identitarias, pero su presencia no puede limitarse a recoger experiencias tempranas del yo, a seguir su génesis, sino que la experiencia del individuo debe cristalizar por el establecimiento de un puente entre la memoria personal y la memoria colectiva institucionalizada. Tal vez, no es la identidad del yo, a la que pormenorizadamente se refiere Giddens, la clave de toda esta inquietud, sino que es más trascendente aún el problema de la identidad del nosotros. Las sociedades

contemporáneas están atravesadas por dos series de hechos cuyas relaciones son cada vez más indirectas: el orden de los sistemas y el orden de las subjetividades de los actores, según exponía Alain Touraine [62].

El narcisismo, analizado por Lasch y también por Sennett, sería «una preocupación por el yo que impide al individuo establecer límites válidos entre el yo y los mundos externos»[63]. El narcisismo sería para Lasch un producto de la condición en cierto modo caótica y apocalíptica de la vida social moderna. Sennett mismo relacionó la muerte del espacio público en las sociedades contemporáneas con la extensión del narcisismo. Lo que el espacio público negaba se buscaba en la recóndita vida personal. En algún sentido, esto está relacionado con el culto al individualismo. Aunque se ha dicho también que la reducción del espacio público o su decadencia no tiene como causa al narcisismo, sino que éste es más bien el efecto de la decadencia de lo público[64]. Existe una nueva búsqueda de la intimidad, aunque el narcisista, en todo caso, puede ser la especie actual más vivaz y prolífica, creemos, del ciudadano-masa. En la personalidad narcisista que define Lasch podríamos ver muchas de las cualidades de este nuevo sujeto, de este nuevo «rebelde-masa», del que tendremos ocasión de hablar después.

La construcción de la identidad sólo es posible desde la conciencia de la pertenencia al sistema. Las «identidades colectivas» o las identidades de los sujetos colectivos no pueden ser aprehendidas como meras prolongaciones o sumas de las de los individuos. Por supuesto que al entrar en el debate sobre la supremacía de individuos o colectivos, la elección entre el individualismo y el holismo, entre el colectivo y el individuo, el análisis de la cultura se complica. Muchas corrientes sociológicas, incluidas posiciones como las de Giddens y la teoría de la estructuración, o Bourdieu y la noción de *habitus*, no hacen sino considerar que individuo y colectivo son en mucha mayor medida relaciones que categorías ontológicas, mientras que en otros casos se les tiene tanto a la categoría sujeto como a la de relaciones por «realidades sociales virtuales», dialécticamente ligadas, como hace P. Sztompka[65].

Un fenómeno que ejemplifica adecuadamente el problema de las identidades colectivas es, sin duda, el de los llamados nuevos movimientos sociales, de los que hemos hecho anterior referencia. Entre ellos seguramente el más extendido, complejo e influyente como movimiento identitario es el neonacionalismo, que merece algunas observaciones breves. De entrada, parece adecuado emplear el prefijo situacional y caracterizador «neo» para destacar la novedad de los movimientos nacionalistas posteriores a la II Guerra Mundial, en cuanto movimientos esencialmente identitarios, diferencialistas, etnicistas, en definitiva. Ello tiene como consecuencia directa que los contenidos de clase queden más indefinidos o subsumidos y que se haya podido insistir, con

escasa justificación, creemos, en la diferenciación de nacionalismos culturales frente a nacionalismos políticos.

El nacionalismo en nuestro tiempo no es sólo un movimiento político que busca crear un Estado propio allí donde se descubre una nación; basan sus reivindicaciones en un análisis etnicista tan excluyente como el poder al que estos nacionalistas suelen acusar de opresor, el de los más viejos Estados-nación europeos. Los casos más notables en Europa son el norirlandés, el flamenco, el bretón, el corso, el catalán, el vasco, el gallego y los múltiples que han reverdecido en el espacio postsoviético. Por supuesto, también existen fuera de este continente. Frente a las dimensiones impositivas del fenómeno de la globalización, estos movimientos se han transformado en factores políticos y culturales de gran importancia, mostrando las insospechadas dimensiones retardatarias de ciertos problemas que plantea la sociedad emergente de la era de la información[66]. Por otra parte, nadie duda ya de que las identidades nacionales, los nacionalismos, las tradiciones nacionales y las nacionalizaciones no son sino construcciones de los sujetos en estrecha relación con los procesos de generación o degeneración de los Estados. Hoy se habla del abandono de la «óptica primordialista» en el tratamiento del nacionalismo, para insistir en su creación desde precisos contextos sociales y políticos que se fundamentan en ciertas diferencias étnicas[67].

La dialéctica universalismo/particularismo

El problema de las identidades, como una de las más efectivas e influyentes peculiaridades que caracterizan los comportamientos culturales en nuestro mundo, desemboca casi obligadamente en la realidad insoslayable también: la activa contraposición universal/particular que subyace en toda una historia como la nuestra recorrida y problematizada por el fenómeno de la globalización. De hecho, son tres los valores de carácter cultural, social y ético que se encuentran más sujetos a debate ideológico en el panorama intelectual de hoy y de los años noventa en su totalidad: el universalismo, la identidad y la tolerancia.

En cuanto a la identidad, como asunto que puede encajarse, entre otros sitios, en su referencia a un cierto rechazo del universalismo, por cuanto busca la diferenciación, la particularización. Podría entenderse construida desde ese punto de vista de las diferenciaciones en el sentido expuesto por N. Luhmann como un proceso de reducción de la complejidad, como referencia localizadora, instrumento de reubicación, de complementaridad y no de distanciamiento. Esta búsqueda se encierra en la jaula de hierro que representa

la imposibilidad de construir una identidad si no es como oposición: presupone ya la existencia de lo que se busca. «Desde la recuperación de la diferencia viene a la mente el descubrimiento intelectual del romanticismo, la vuelta al nacionalismo, el llamado multiculturalismo o la redefinición de la ciudadanía»[68].

El universalismo o, si se prefiere, el cosmopolitismo, aparece como la forma de pensamiento y pauta de acción intelectual que mejor parece encajar en las tendencias de fondo que marcan la historia y el espíritu de nuestro tiempo. Porque el universalismo del presente tiene fundamentos bastante enraizados, aquí también, en el desarrollo científico-tecnológico de la época; es la ideología que acompaña a la expansión de las comunicaciones, la información, el contacto de culturas y las interpenetraciones entre ellas. Pero ha engendrado su propia antítesis: el localismo, la identidad localista y el localismo identitario. Como reacción contra un cierto universalismo que es sobre todo uniformista, ha surgido la rebelión localista, la reivindicación de la identidad personal y de la propia biografía. Nada más universalista que los movimientos sociales clásicos, el movimiento obrero, esencialmente. Pero hoy los nuevos movimientos sociales están afectados de una clara ambivalencia. Son relativistas dentro de lo universal o universalistas a partir de lo particular, buscan siempre las diferencias. El problema es que si la búsqueda de identidad tiene que desembocar necesariamente en el hallazgo de la diferencia, se llega entonces, como ocurre en buena parte de los movimientos nacionalistas, a la «invención de las identidades».

La tolerancia es una reivindicación intelectual que se ha renovado en la década de 1990 y que, sin duda, tiene mucho que ver con los fenómenos masivos de migración, con el contacto renovado de culturas o multiculturalismo y con los esfuerzos de bastantes pensadores, desde los filósofos hasta los juristas y los politólogos, por la renovación y profundización de la democracia[69]. La tolerancia impone el respeto a las opciones de los individuos con abstracción de su procedencia étnica, pensamiento religioso, opciones sexuales, etc. En un mundo que tiende a globalizarse culturalmente se dan lo mismo estas corrientes de universalismo y tolerancia que sus contrarias como reacción.

La dialéctica universalismo/particularismo ha sido objeto frecuente de análisis como uno de los rasgos que mejor darían cuenta de los entresijos de una cultura normalmente cargada de antinomias. Carlos Thiebaut ha señalado que se trataría, en efecto, de una tensión dialéctica entre dos polos y que esa misma polaridad dialéctica sería aplicable también al par identidad/indiferenciación[70]. Pero tales pares no tienen el mismo alcance ni sentido. Thiebaut advierte igualmente que las tensiones globalidad/diferencia, universalismo/particularismo, ni son propias de nuestro siglo ni forman

de hecho una oposición irreductible, sino que se trata de «momentos» que forman una «dúplice conciencia». La paradoja de la complementaridad globalismo/particularismo sería también aplicable a la interpretación del nuevo sentido de los movimientos sociales. Son las tendencias globalizadoras las que han engendrado su propio polo dialéctico en la reivindicación del localismo en forma tal que esa irreductible dicotomía se resuelve a veces en lo que se ha llamado la *glocalización*.

Evidentemente, la comunicación masiva tiene como efecto una «masificación», en el sentido general de la indiferenciación y la reducción simplificadora de las pautas socioculturales. Pero también da lugar a fenómenos de otro tipo, en particular el de la búsqueda compulsiva de la diferenciación, como hemos expuesto. A este efecto resultan, por ejemplo, instructivas unas consideraciones hechas al hilo de los conflictos interétnicos yugoslavos de los años noventa: «no siempre los conflictos nuevos expresan antiguas diferencias sedimentadas por la historia», decía un sociólogo; «por el contrario, estos conflictos posmodernos explotan diferencias nuevas, que podríamos considerar pretextos o incluso invenciones. La necesidad de encontrar una identidad propia en la diferencia es tal que cualquier distinción, aunque sea pequeña o esté superada, resulta adecuada». Y, además, «el conflicto no señala, pues, lo que es radicalmente distinto en el otro..., sino la urgente necesidad de diferenciarnos de lo que se nos parece... estalla un rabioso deseo de distinguirse y separarse. Sólo para ciertos prejuicios sociológicos resulta una paradoja»[71].

En el terreno de la cultura, la globalización adquiere un sentido particular que se distendería también en dos resultados: de una parte, globalización sería un proceso histórico que afectaría a las relaciones interculturales e internacionales, entre otras dimensiones en aquella expresada por S. P. Huntington: «espoleada por la modernización, la política global se está reconfigurando con arreglo a criterios culturales»[72]. Sería, pues, una generalización de relaciones a escala planetaria, la interdependencia cada vez más fuerte entre los fenómenos localizados en tiempo o espacio en cualquier ámbito mundial. Pero también, en otro sentido más estrictamente cognitivo, la globalización se entendería afecta a una forma precisa de pensamiento filosófico y de análisis social enfrentado al relativismo (no como forma de pensamiento holista, sino de pensamiento relacional) y, en fin, afectaría a las formas del pensamiento globalizador mismo porque la medida, la evaluación de los contenidos sociales del pensamiento se hacen descansar o se encomiendan cada vez más a instituciones globalizadoras como el mercado que es «ahora, y cada vez más..., reconocido como instancia de legitimación»[73].

Parece claro que la relación entre reivindicaciones identitarias que tienden al particularismo y, de otra parte, las «necesidades planetarias» nos señala que

la contradicción entre universalismo y particularismo no es absoluta, sino mediada también. Los intereses privados de los individuos, por un mecanismo que puede recordar el de «la mano invisible» de los economistas clásicos, conducen a veces al encuentro de lo particular con lo universal. Particular y universal no son necesariamente excluyentes, como ya hemos sugerido. En realidad, la progresiva consolidación de las sociedades de la comunicación y la información, de los flujos y las redes, nada dice directamente de un real progreso de ciertos valores básicos de la cultura universal y universalista que en nuestro tiempo se consideran en peligro. El gran cambio operado en nada garantiza la supervivencia de bienes como la libertad, la democracia, el reparto de la riqueza, el control de la violencia o la expansión de los derechos básicos. Y, sin embargo, la cultura actual es más consciente de la importancia de tales valores, tal vez porque los particularismos pueden propiciar su pérdida. Ligar la expansión de un cierto progreso social global con la mejora de las condiciones morales no parece estar seriamente fundamentado. Ambas cuestiones no son necesariamente convergentes. Pero en nuestra época, como en todo el siglo XX, los grandes adelantos materiales han desatado, en una parte de la sociedad al menos, movimientos de la lucha por los derechos (esencialmente los llamados derechos humanos) y la conciencia de la desigualdad se ha hecho mucho más patente.

La cultura y la nueva rebelión de las masas

Nos hemos referido ya al fenómeno de las sociedades de masas como algo que cualifica muy estrechamente la historia social del siglo XX y conviene citar como referencia clásica del análisis de su realidad la obra de Ortega y Gasset[74]. Éste diría que la técnica y la democracia liberal eran las que habían dado lugar al hombre-masa. Ahora, una nueva revolución tecnológica ha convertido las sociedades de masas en sociedades de la comunicación, hemos dicho antes, en las que persisten, o se han potenciado, los parámetros descubiertos entonces que determinaban la tendencia a una cultura uniformadora y la pérdida del magisterio de las élites. Esto no es ya, por tanto, novedad alguna. Lo nuevo son los términos en que la cultura de masas se expresa y se multiplica. Y es en ese contexto donde surge la interrogación posible sobre si seguiría teniendo algún alcance explicativo para las transformaciones de hoy la vieja consideración orteguiana de la existencia de una «rebelión de las masas».

Bastante tiempo después de que apareciese el ensayo de Ortega, un discípulo suyo, Julián Marías, decía que el ensayo en cuestión le parecía «mucho más verdadero que hace cuarenta y cinco años; se ha ido haciendo verdadero, es decir,

verificando». De forma que «apenas podría encontrarse una página en *La rebelión de las masas* que no tenga actualidad»[75]. Esto se decía al comenzar el último cuarto del siglo XX, pero lo cierto es que la exégesis posible de las ideas orteguianas no agota las nuevas características de esas sociedades de masas. La cultura de masas es un hecho consolidado, pero se trata de una cultura con connotaciones nuevas también. Entre otras cosas por su universalización. Pero también porque la cultura de masas es, como hemos dicho, una cultura de la comunicación con un nuevo papel del mercado en ella. Resulta, en cualquier caso, plausible la posibilidad de señalar que la «rebelión», una cierta forma de rebelión, sigue siendo característica de la sociedad de «comunicación de masas».

El tema orteguiano no nos interesa ahora en lo que es uno de sus aspectos esenciales: el de la división, y la oposición, entre «minorías excelentes» y masas. El problema es más bien el de la universal extensión del comportamiento «de masas» y el cambio de significado del papel de las minorías. Sigue siendo cierto que la plenitud de la sociedad de masas aparece como un resultado central de la tendencia social hacia una mayor complejidad de la propia sociedad y que sus efectos, en función de la expansión de la comunicación, parecen apuntar hacia la disminución del gradiente diferenciador entre los grupos sociales. La masa es expansiva; la élite ha ido refugiándose en sí misma y perdiendo de forma continuada su capacidad directiva. La dialéctica universalismo/particularismo podría ser enfocada, pues, desde otra perspectiva que puede ser ilustrativa.

La implantación completa de la sociedad de masas ha sido un fenómeno absolutamente irreversible; por ello, seguramente, aquel diagnóstico de Ortega parece hoy, no sin algunos perfiles engañosos, tan rabiosamente actual. ¿Queda prácticamente algo hoy que no sea el reflejo y el producto de una sociedad y una cultura de masas? Y, sin embargo, asumiendo y englobando una evolución social que puede tenerse, en efecto, por muy antigua, la sociedad de comienzos del nuevo milenio es profundamente distinta, aunque no oculte, de ninguna manera, el legado de aquella otra. Aun así, esta sociedad distinta, en la que con seguridad se han verificado algunas de las percepciones y definiciones de Ortega, puede decirse que vive hoy también una especial versión de una rebelión de las masas, por lo que las caracterizaciones que hiciese Ortega, las categorías formales de una sociedad de masas y una rebelión dentro de ella, resultan útiles, precisamente por el papel de estereotipo que mantienen. El hecho parece ser, en definitiva, y ello es lo que queremos analizar para terminar, que estamos ante una sociedad de masas con nuevos perfiles, los de la comunicación de masas, hemos dicho, y ante una rebelión de ellas, efectivamente, en un sentido muy concreto: el de la individualización de las masas o, si se prefiere, como más explícito, el de la autoidentificación de las masas.

Una vez más es observable que lo que caracteriza nuestro tiempo es, ciertamente, una rebelión pero contra el anonimato, contra la des-identificación, contra la in-diferenciación, en el seno de unas formas culturales que marcan casi sin posibilidad de respuesta a una amplia base social. La nueva comunicación se empeña en hacer al hombre más masificado; frente a ello el sujeto se rebela, en la particular forma que describiremos después, en busca de su biografía, en busca de «hacerse un sitio», de construir su individualidad. Pero lo hace aceptando, en realidad, el tipo de dominación cultural establecida. Por ello, esa realidad de la rebelión no es contradictoria con la otra de que amplias capas sociales se identifiquen con el espeso entrelazamiento de un conjunto de rasgos culturales estandarizados, siempre que el individuo que los acepta se sienta en algún modo partícipe de su creación. De esta forma tiene menos sentido la distinción entre una «cultura de las masas» y una «cultura para las masas» porque, de hecho, creadores y destinatarios son los mismos. La cultura de masas tiene hoy unas formas bien establecidas de retroalimentación. En ella se impone, como en otros aspectos que caracterizan la ideología del hombre de hoy, el «pensamiento desechable».

La rebelión, por tanto, podría ser caracterizada como la de aquellos que buscan la identificación dentro del magma cultural de la des-identificación, sin discutir los fundamentos mismos de la indiferenciación. Estamos ante una rebelión no creativa, sino en cierta manera conservadora; no es una respuesta contra la pobreza simbólica, instrumental o institucional de una cultura-espectáculo, sino una búsqueda de su reproducción a partir del protagonismo que se tiene en ella. En alguna manera, puede hablarse de una rebelión dentro del espectáculo mismo, de una rebelión de los «actores secundarios». Las gentes se esfuerzan, en comportamientos dramáticos a veces, por «aparecer en el escenario». Es la rebelión por el protagonismo, de quienes quieren participar en la representación.

Y, en fin, estamos ante una rebelión contra el uniformismo tan paradójica como lo es la pretensión de diferenciación sin ruptura de la homogeneidad, una rebelión particularista en sus límites que al mismo tiempo manifiesta inequívocos signos de respeto por ciertas formas del universalismo. Entre los años veinte y los noventa del siglo XX, se sucedieron cambios profundos en el imaginario cultural de las sociedades, la mayor parte de ellos ligados a la expansión del consumo y las crecientes posibilidades de acceso a la comunicación. La ruptura del viejo equilibrio que tuvo ya su primer escenario en la historia de la segunda posguerra aceleró su marcha tras las revoluciones de los años sesenta.

La cultura de la comunicación ha propiciado, efectivamente, una forma de rebelión, pero se trata de la acción de quienes quieren tener en ella un puesto visible. Y esa pretensión es universal. No asistimos, por tanto, a una rebelión por un cambio cultural, sino por un puesto generalizado en la cultura esta-

blecida. Con propiedad, tanto valdría hablar de nueva rebelión de las masas como, quizá con mayor adecuación, de un nuevo gregarismo cultural. Semejante tendencia no es localizable en entornos o ámbitos particulares de la masa social. De hecho, las diferencias culturales tienden a identificarse cada vez más con diferencias en la situación de mercado, según la vieja distinción de Weber. Tienen escasa fuerza las culturas de grupo, por cuanto existe un gregarismo de las élites en una cultura del «todo vale» en lo que lo único discutible son los personales protagonismos. Un nuevo gregarismo que se manifiesta crudamente en todas las formas de la transmisión comunicativa, en el periodismo como en el arte, en la acción política como en la imposición de valores.

Casi en el mismo sentido en que resultan paradójicos en el mundo de hoy tanto los acuerdos como las confrontaciones entre universalismo y localismo, globalización y relativismo, lo son también las orientaciones a hacer la cultura primordialmente «participativa» antes que «creativa», a hacer una rebelión sin ruptura esencial. Una rebelión por la reacomodación en el sistema. La observación de Lasch, que hemos comentado, acerca de la promoción de un público educado y entendido, promoción que ha sucumbido hace mucho a la generalización del consumismo en una sociedad «dominada por las apariencias», es susceptible de una amplia ejemplificación. La cultura actual de la «participación masiva» no es más que efecto-masa. La cultura es «acercada» a las masas —eufemísticamente «al pueblo»—, pero no se pretende que sea crítica, condición consustancial con cualquier participación en la cultura, sino todo lo contrario. La cultura es espectáculo del que todos tienen derecho a una localidad, pero sin que pueda ni deba cambiar nada. Es preciso llenar los museos, dar conciertos masivos de bel canto, pero sólo tienen real posibilidad de educar su gusto estético quienes disponen de una favorable posición en el mercado.

Ciertos espectáculos, como los políticos, en los que los profesionales de la política de partidos pretenden «aperturas al pueblo» tienen ese mismo carácter de ceremonia de la diferenciación, sin desbordar en forma alguna los límites de una cultura de masas aceptada y fomentada. La constante manipulación partidista de la comunicación, asunto casi asumido hoy como prácticamente trivial, tiende a producir la falsa sensación de que cada sujeto común es un «nodo» de información, cuando de hecho cada individuo no es más que una «terminal» en la trayectoria de un flujo, cuyos verdaderos nodos están en otra parte. El individuo corriente es siempre receptor y transmisor de mensajes; tiene muy pocas posibilidades de ser emisor de ellos. Las nuevas élites de nuestro tiempo son «los señores del aire», los poseedores y dispensadores de la información con plena capacidad de elegir su difusión.

Más que anteriormente, en nuestro tiempo la cultura ha pasado a ser un conjunto de estereotipos que en los casos más intrusivos pueden convertirse

en eslóganes difícilmente desmontables. La clave de tales formas primigenias o patrones de la cultura de masas reside en el «personaje exitoso», en cualquiera de los campos a los que esos medios prestan especial atención, ya sea el del arte popular, el espectáculo, el deporte, la vida social o, incluso, la política. La expresión o vehículo expreso en el que se expansionan tales estereotipos no es ya la descripción literaria, la construcción verbal, sino que nuestro tiempo tiene como expresión fundamental de estereotipos culturales a la imagen visual. Uno de los cambios culturales esenciales en el presente es este cambio a la cultura de lo visual. Por ello se ha insistido tanto en la universalidad de la nueva cultura basada en lo (audio)visual, en detrimento de la cultura basada en la palabra que era la forma central de la cultura anterior.

El problema central no es ahora, obviamente, el de la rebelión de la masa frente al poder de la minoría y menos aún el de las rebeliones fundadas en las reivindicaciones de clase. Más bien se trata de una ascensión de las masas mediante la que éstas no pretenden en modo alguno adquirir poderes que antes no les pertenecieran, como diagnosticaba Ortega, sino que lo que desean es ser dueñas y protagonistas de la cultura realmente existente, la de masas. Ello conlleva un movimiento progresivo o una tendencia poderosa hacia la «individualización», pero dentro siempre de la composición estable y estabilizada de las manifestaciones de masas. La recuperación de la individualidad dentro de la masa.

Los sujetos aspiran a través de muchas vías a protagonizar el espectáculo, que nunca han diseñado ellos, mediante todos los mecanismos que hacen posible la visualización. Obviamente, el más potente y plurivalente de todos esos mecanismos lo constituye la televisión. Las gentes desean ser noticia, aun en las crónicas de sucesos. Aspiran a figurar en toda clase de crónicas, a significarse por no sujetarse a las normas sociales establecidas, a no reconocer la autoridad y a discutir sistemáticamente el reparto de las funciones. El éxito equivale al estruendo. Las masas no aspiran a poseer un poder cuyos poseedores reales resultan, por lo demás, cada día más opacos. Aspiran sólo a convencerse a sí mismas de que no están sujetas a él. Lo que antes era muchedumbre aspira a separarse de ella, pero sin perder las formas de la muchedumbre. Es suficiente la salida del anonimato no la ruptura de las condiciones que relegan a tantas gentes al anonimato. Es decir, la cuestión central es la «recuperación del nombre» en la cultura establecida. Esto es el fenómeno descrito por Ortega, pero tal vez exactamente al revés. Las masas han triunfado ya tanto en su rebelión que es muy difícil que nada pueda masificarse más. Estamos ante un nuevo tipo de masa..., cuyo comportamiento y aspiraciones requieren análisis enteramente nuevos.

La sensación de estar en el imperio de lo pasajero, de las propuestas efímeras, la sensación del escaso espesor de los convencimientos y las referencias, de

lo recambiable que resultan las realidades establecidas, parecen incitar poderosamente a las gentes en el intento de hacer perdurable la identidad. Los procesos de socialización han cambiado profundamente en su objetivo, en sus contenidos y en sus agentes. Tal vez ya no se educa para la integración en la sociedad, como hemos tenido ocasión de comentar antes, sino sistemáticamente para el éxito social como valor que no es un sobreañadido a aquella integración o a la utilidad y la adecuación social, sino un objetivo propio y distinto en sí mismo. Tal vez por ello resultan incomprensibles para otras muchas personas las acciones de gentes corrientes. Son más escasas las pautas para juzgar actitudes sociales.

En definitiva, resulta común la existencia de variados sujetos individuales que aspiran a distinguirse de la masa, pero que no aspiran a adquirir, y menos a fundar, una cultura distinta de la cultura de masas establecida misma. El problema no es la dicotomía minoría/masas según la describiese Ortega, sino la imposición a la masa de muchas pautas desde poderes que no pueden ser bien controlados y que ni siquiera son bien visibles. Los poderes son reales, pero quieren permanecer opacos. La naturaleza de la masa social y su comportamiento tipo son muy distintos porque en las sociedades occidentales al menos no existe problema real de carencia generalizada de ciertos tipos de bienes. La cuestión parece ser más bien que en la sociedad consumista, en la que hay un número alto de bienes de consumo a la altura de un razonable número de personas, esa posibilidad común iguala excesivamente a estas personas, según el sentimiento común. Y contra esa forma de igualación social reaccionan gentes de situaciones sociales diversas. Así estamos, pues, ante una rebelión contra el anonadamiento de la identidad. Para Ortega, lo que se imponía entre estas nuevas masas es el hecho de que el «alma vulgar» tiene «el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera». Es el sentido mismo de la «vulgaridad» lo que en la sociedad de la comunicación ha dejado prácticamente de ser aplicable.

De un par de décadas a esta parte, la cultura de la nueva sociedad salida del posindustrialismo, particularmente las viejas democracias en riesgo de esclerotización, la cultura masificada y banalizada, tiene menos claro que antes el horizonte de su futuro. El desorden de este nuevo mundo lo es también en el plano cultural. Existe un cierto vacío que no puede rellenar la sobreabundancia de las posibilidades técnicas. La comunicación está más sujeta a la necesidad de comunicar y mucho menos preocupada por la propiedad y pertinencia de lo que comunica.

NOTAS

Consideración preliminar

[1] M. Bloch: *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien,* París, Librairie Armaud Colin, 1949.

Capítulo 1. Sobre la «historia del presente»

[1] En las páginas de este libro se verá escrito tanto «Historia», con mayúscula, como «historia». Este doble uso no es caprichoso. La palabra Historia la emplearemos para designar el proceso objetivo, trascendente y universal de la temporalidad humana, mientras que historia, con minúscula, se refiere en general al «discurso histórico» o a la historia propia de cada sujeto o a la disciplina historiográfica. Este doble significado de la palabra está bien expresado en lenguas como el alemán, en la que se diferencian mediante el uso de vocablos distintos *Historie* y *Geschichte.* Véase R. Koselleck: «Le concept d'Histoire», en R. Koselleck: *L'experience de l'Histoire,* París, Gallimard Le Seuil, 1997, pp. 15 y ss.

[2] Lo que quiere decirse con ambos conceptos puede verse en J. Arostegui: *La investigación histórica: teoría y método.* Barcelona, Crítica, 2001 (2.ª ed.), pp. 65 y ss.

[3] A. Soto Gamboa: «Historia del presente. Un concepto en construcción». *Revista Chilena de Historia y Geografía,* n.º 165, Santiago de Chile, 1999/2000, pp. 55-102, una estimable puesta a punto sobre el concepto con algunas derivaciones nuevas.

[4] P. Lagrou: «De la actualité de l'histoire du temps présent». En el dossier *L'Histoire du temps présent, hier et aujourd'hui. Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent,* 75, junio, París, 2000, p. 11. Puede verse también en Internet www.ihtp.cnrs.fr

[5] Una carencia reconocida, aunque sea con medias palabras, desde luego, por algún autor en el dossier del IHTP citado en la nota anterior.

[6] Si bien debe decirse que sus recientes *Memorias* han colmado en parte esa laguna.

[7] Una excelente ejemplificación de lo que decimos la muestra el abordaje del hecho histórico de la *transición posfranquista* en España, un trascendental suceso en el que los historiadores profesionales entraron mucho más tarde y con mucho menos empuje que politólogos, sociólogos o periodistas. Esto es extraordinariamente revelador de algunos de los problemas reales que muestra la historia del presente.

[8] En los someros detalles que damos acerca del nacimiento institucional de la historia del presente en Francia, nos valemos de los datos aparecidos en diversos números del Bulletin citado del IHTP, en la publicación *Histoire et Temps Présent. Journées d'études des correspondants départamentaux, 28-29 novembre 1980.* París, CNRS, 1981, y en el colectivo *Écrire l'histoire du temps présents. Hommage a François Bédarida,* París, Maison des Sciences de l'Homme, 1993. Contamos también con lo aprendido en bastantes conversaciones personales con algunos de los protagonistas de ese nacimiento, en especial con François Bédarida, desgraciadamente ya desaparecido.

[9] Véase A. Chauveau y Ph. Tétart (eds.): *Questions á l'Histoire des Temps Présents.* Bruselas, Éditions Complexe, 1992, p. 17.

[10] Pierre Nora ha recordado que en ese mismo año de 1978 se le encargó en la EHESS de París una Dirección de Estudios sobre «Histoire du Présent» y que fue Jacques Le Goff el que sugirió ese nombre precisamente. El encargo no llegó a fructificar, a lo que parece. Véase P. Nora: «De l'histoire contemporaine au présent historique». En *Écrire l'Histoire..., op. cit.*, p. 43.

[11] El Centro de Estudios de la Guerra Civil, en el Ministerio de Información y Turismo regentado por Manuel Fraga, que dirigiría Ricardo de La Cierva. Tal organismo realizó importantes compras de fondos bibliográficos y documentales sobre el asunto y publicó algunos trabajos. De manera independiente trabajaba asimismo sobre la guerra civil desde el plano oficial el Servicio Histórico Militar.

[12] Así lo dice R. Koselleck: «Continuidad y cambio en toda historia del tiempo presente. Observaciones histórico-conceptuales». En *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia.* Barcelona, Ediciones Paidós-ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2001, p. 116, citando a H. Auerbach.

[13] Una exposición muy sintética y ejemplarmente clara de estas vicisitudes en G. Capellán de Miguel: «Orígenes y significado de la Zeitgeschichte: concepto, institucionalización y fuentes». En C. Navajas Zubeldia (dir.): *Actas del II Simposio de Historia Actual.* Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000, pp. 317-330.

[14] V. Galimi: «De l'Histoire de la Résistance à l'histoire du XXª siècle: "l'Istituto nazionale per la storie del movimiento de Liberazione in Italia" et le réseau des Instituts associés». En *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Present, op. cit.*, pp. 55-68.

[15] Algunas ideas sobre la evolución de la historiografía occidental en la posguerra pueden obtenerse en A. Morales Moya: «La Historiografía en Occidente desde 1945». En *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporanea,* n.º 8, Madrid, Universidad Complutense, 1987, pp. 291-296. I. Olávarri y V. Vázquez de Prada (eds.): *La historiografía en Occidente desde 1945* (III Conversaciones Internacionales de Historia). Pamplona, Eunsa, 1985. P. Rossi (ed.): *La Storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi.* Milán, Arnoldo Mondadori, 1987. G. Iggers y H. T. Parker (eds.): *Internacional Handbook of Historical Studies.* Londres, Methuen and Co., 1979.

[16] Una visión de gran interés sobre la historiografía española de la posguerra civil, en G. Pasamar Alzuria: *Historiografía e ideología en la posguerra española. La ruptura de la tradición liberal.* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991.

[17] Las publicaciones de esas instituciones, el *Bulletin* del IHTP o los *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte,* en el caso del instituto alemán, son, naturalmente, la guía más apropiada para seguir tal cambio.

[18] Véase la exposición que sobre «Historia Inmediata» hace el propio J. Lacouture en *La Nueva Historia*, bajo la dirección de J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel, Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 331-354.

[19] J. F. Soulet: *L'Histoire Immédiate.* París, PUF, 1994, p. 35, J. F. Soulet y S. Guinle-Lorinet: *Précis d'Histoire Immédiate. Le monde depuis la fin des années 60.* París, Armand Colin, 1989, en su primera parte, de interés, titulada «Un nouveau champ: l'histoire immédiate». Y un texto más reciente del mismo autor: *La historia inmediata en la Europa occidental,* que puede consultarse en http://perso.wanadoo.es/fherna1/soulet.doc.

[20] Véanse las noticias que aportan para Francia las dos obras citadas en la nota anterior.

[21] Es de reconocer que ello coincidió con el viento de «apertura» que apadrinaría Manuel Fraga, con la aparición ya señalada de un Centro de Estudios de la Guerra Civil en el Ministerio de Información y Turismo y con la presencia ya en el mercado mundial, y clandestinamente en España, de obras sobre la guerra civil como las de Gabriel Jackson y Hugh Thomas, entre otras, mientras se publicaban por entonces en España las primeras versiones del asunto pretendidamente científicas, fundamental, aunque no exclusivamente, obra de R. de La Cierva.

[22] Un caso peculiar en Francia ha sido la crítica reiterada de la producción existente formulada por Gérard Noiriel en diversos escritos. Puede verse de este autor *Les origines républicaines de Vichy.* París, Hachette, 1999, cuya introducción se titulaba justamente «Por otra historia del tiempo presente». Y también G. Noiriel: *Sobre la «crisis» de la Historia.* Valencia, Cátedra-Frónesis, 1997 (original francés de 1996).

[23] D. Voldman (dir.): «La bouche de la verité? La recherche historique et les sources orales». En *Les Cahiers de l'IHTP*, París, n.º 31. Y también de esta misma autora, «Le témoignage dans l'histoire du temps présent», en *Bulletin, op. cit.,* pp. 41-54.

[24] G. Noriel: *Sobre la crisis..., op. cit.,* p. 46.

[25] He discutido esto con alguna profundidad en J. Arostegui: «Tiempo contemporáneo y tiempo presente. Una reconsideración necesaria». En M. P. Díaz Barrado (coord.): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología.* Cáceres, Universidad de Extremadura, 1998, pp. 31-45.

[26] Y decimos esto después de que nosotros mismos los hemos empleado en textos anteriores. Cfr. J. Arostegui: «La historia reciente o el acceso histórico a realidades sociales actuales». En J. Rodríguez Frutos (ed.): *Enseñar Historia. Nuevas propuestas.* Barcelona, Laia, 1989, pp. 33-52. Aunque creemos que bastantes de las propuestas que se contenían allí siguen siendo válidas no nos parece que lo sea el rótulo indicado.

[27] Un ejemplo bien patente de ello es el que se muestra en un texto de un, por otra parte, excelente historiador americanista G. Céspedes del Castillo: «La Historia del Presente y sus problemas». En *Boletín de la Real Academia de la Historia,* Madrid, 2, 2002, pp. 179-220. Creer que la historia del presente es, sencillamente, lo que no es «historia a distancia» (temporal, se entiende) no satisface la más mínima exigencia conceptual.

[28] M. Trebitsch: *Écrire l'histoire..., op. cit.,* 64.

[29] Aunque semejante artificiosidad no esté desprovista de un contenido filosófico. Véase lo que se dice en el cap. 2 de este libro a propósito de los trabajos de N. Luhmann.

[30] La introducción de la expresión Historia del Mundo Actual en el lenguaje académico español a comienzos de la década de 1990 tiene un origen más complejo. Recogiendo, por una parte, la tendencia a considerar que a partir de la II Guerra Mundial se abría otra historia, concurrieron circunstancias de carácter mucho más prosaico en las que parece lo más indicado no detenerse aquí.

[31] Al nacimiento de la contemporaneidad se han dedicado no pocos estudios, entre los que figuran los repetidamente utilizados aquí de P. Nora, R. Koselleck, G. Barraclough o E. Hobsbawm.

[32] Puede verse una breve pero sustanciosa exposición de estos avatares en J. F. Soulet: *L'Histoire immédiate, op. cit.,* pp. 10 y ss.

[33] De los que hace una breve secuencia P. Nora: «Presente», en *La Nueva Historia, op. cit.,* p. 532.

[34] Puede seguirse ese proceso en Ch.O. Carbonell: *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885.* Toulouse, Privat, 1976.

[35] J. F. Soulet: *L'Histoire immédiate, op. cit.,* pp. 16-17.

[36] *Ibidem,* 19.

[37] M. Trebitsch: «La quarantaine et l'an 40. Hypothéses sur l'étymologie du temps présent». En *Écrire l'histoire..., op. cit.,* p. 69.

[38] Un tratamiento breve y brillante de este periodo de la historia francesa puede verse en J. P. Rioux: *La France de la Quatrième République. 1: l'ardeur et la nécessité, 1944-1952.* París, Éditions du Seuil, 1980. El tema de Vichy desde la consideración de un tratadista de la historia del presente, en H. Rousso: *Vichy, un passé qui ne passe pas.* París, Gallimard, 1996.

[39] En su *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien,* varias veces traducido al español con el título de *Introducción a la historia,* Bloch dedicó al asunto dos capítulos a los que tituló muy signi-

ficativamente «Comprender el presente por el pasado» y, recíprocamente, «conocer el pasado por el presente», pero habla de ello también en un parágrafo anterior dedicado a «Los límites de lo actual y lo inactual». Es preciso reconocer que la intuición siempre lúcida de Bloch le coloca como un claro precedente de la empresa de historiar el presente.

[40] Como muestra estadísticamente F. Dosse: *La historia en migajas. De los Annales a la «Nueva Historia»*. Valencia, Edicions Alfons el Magnánim, 1988.

[41] A. Chauveau y Ph. Tétart (eds.): *Questions..., op. cit.*, p. 17.

[42] M. Trebitsch: *La quarantaine et l'an 40..., op. cit.*, p. 64. Se trata de uno de los más sugerentes, incisivos e interesantes textos que se contienen en esa obra colectiva.

[43] En *Écrire l'histoire..., op. cit.*, p. 65. Véase también F. Bédarida: «Definición, método y práctica de la historia del tiempo presente». En *Historia y Tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporaneista* (dossier). *Cuadernos de Historia Contemporánea,* Madrid, Universidad Complutense, n.º 20, 1998, pp. 19-27.

[44] J. E Soulet: *L'Histoire immédiate, op. cit.*, p. 19.

[45] En todo lo que sigue utilizamos fundamentalmente el texto «Continuidad y cambio en toda historia del tiempo presente. Observaciones histórico-conceptuales». En *Estratos del tiempo, op. cit.*, pp. 115 y ss.

[46] R. Koselleck: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten.* Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1979. Existe una mala traducción castellana de este libro: *Futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos.* Barcelona, Paidós, 1993. Aquí citamos por la edición francesa *Le Futur Passé. Contribution à la sémantique des temps historiques.* Paris, Éditions de la EHESS, 1990, p. 275.

[47] *Ibidem,* 276.

[48] R. Koselleck: *Los estratos del tiempo..., op. cit.*, p. 122 y *passim.*

[49] *Ibidem,* p. 124.

[50] Cfr. G. Barraclough: *Introducción a la Historia Contemporánea.* Madrid, Guadarrama, 1966. Propugnaba considerar una historia contemporánea nacida con la presidencia de los EE.UU. por John F. Kennedy y el notable cambio advenido en la política mundial en la Guerra Fría.

[51] Véase I. Peiró: *Los guardianes de la Historia. La Historiografía académica de la Restauración.* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.

[52] J. Arostegui: «Introducción». En A. Pirala: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista...* Madrid, Turner-Historia 16, 1984, 6 vols. (reed. del original de 1857). Vol I, pp. VII-LXIII. Se considera aquí a Antonio Pirala como una figura muy representativa de esos analistas, aunque se intenta hacer una caracterización general de los contemporaneístas del siglo XIX.

[53] Una formulación que he aplicado inspirándome, justamente, en el título de la más famosa obra del mismo Antonio Pirala: *Historia Contemporánea. Anales desde el final de la última guerra civil...*, aparecida igualmente en la mitad del siglo XIX.

[54] En este sentido es de interés el libro de Rafael Altamira *Cuestiones modernas de Historia*, aparecido en 1904, del que existen reediciones actuales. Altamira afirma que en lo histórico «hay hechos que el historiador puede ver por sí» (p. 126) y da cuenta de que en el nuevo plan de estudios de las Facultades de Filosofía y Letras en España se establecía una licenciatura en Historia en la que aparecía la materia «Historia moderna y contemporánea» tanto de España como Universal. Es la primera aparición de tal cosa en España. Es de interés también el trabajo del propio Altamira «Direcciones fundamentales de la Historia de España en el siglo XIX», publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* 1923, n.os 759 a 761.

[55] R. Koselleck: *Estratos del tiempo, op. cit.*, p. 116

[56] A. Chauveau y Ph. Tétart (eds.): *Questions..., op. cit.*, p. 23.

[57] Destaquemos algún texto ilustrativo. M. Augé: *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos.* Barcelona, Gedisa, 1995 (edición original de 1994). A. Giddens: *Consecuencias de la modernidad.* Madrid, Alianza Editorial, 1993 (edición original, 1990). Queremos decir con esto que muchos análisis de las características históricas del presente no proceden del mundo académico de la historiografía.

[58] «Pour une histoire contemporaine». En *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel.* Vol. II: *Méthodologie de l'Histoire et des Sciences Humaines.* Toulouse, Privat, 1973, p. 423.

[59] Entre los historiadores franceses no dejan de aparecer trazas de esa forma de entender el asunto en Bédarida, Pechanski, Trebitsch, Frank. Pero no aparecen en Nora o Rioux.

[60] La verdad es que lo salvable de este escrito son apenas media docena de contribuciones, entre las que destacan las de Pierre Nora, Michel Trebitsch, Eric Hobsbawm y Alain Touraine, en un conjunto de cuarenta y nueve. La escrita en aquella ocasión por Mercedes Vilanova referente a España es sencillamente ajena al asunto que le da título.

[61] «Le temps présent, une démarche historienne à l'épreuve des sciences sociales». En *Les Cahiers de l'IHTP*, 18, junio 1991, pp. 9-26

[62] J. P. Rioux: «Peut-on faire une histoire du temps présent ?» En A. Chauveau, Ph. Tétart (eds.): *Questions, op. cit.*, p. 44

[63] En *Histoire du Temps Présent. Journées..., op. cit.*, p. 7.

[64] Como lo hacen Nora, Bédarida, Soulet, Hobsbawm y en lo que insiste también J. Cuesta en «España, siguiendo la estela de Nora». Véase la obra citada en nota siguiente.

[65] J. Cuesta: *Historia del Presente.* Madrid, Eudema, 1993, p. 31.

[66] Conozco una excepción: la inclusión de una «Historia del Presente» en los planes de estudio de la Licenciatura en Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid.

[67] M. Trebitsch: «El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente». En *Historia y tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporaneista..., op. cit.* pp. 29-40.

[68] P. Nora: «De l'histoire contemporaine au présent historique». En *Écrire l'Histoire..., op. cit.*, p. 391.

[69] «Presente». En *La Nueva Historia, op. cit.*, p. 531.

[70] «De l'histoire contemporaine au présent historique». En *Écrire l'Histoire..., op. cit.*, pp. 43 y ss.

[71] P. Nora: «Presente», *op. cit.*, p. 531.

[72] E. H. Hobsbawm: «Un historien et son temps présent». En *Écrire l'Histoire..., op. cit.*, p. 95.

[73] Citado por Ph. Burrin: «L'historien et l' "historisation"». En *Écrire l'Histoire..., op. cit.*, p. 77.

[74] Aspectos del problema desde un enfoque relacionado con la memoria y el olvido de esa época son tratados por H. Mommsen: «El Tercer Reich en la memoria de los alemanes». En Y. Yerushalmi, N. Loraux, H. Mommsen y otros: *Usos del olvido.* Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1998, pp. 53 y ss.

[75] W. L. Bernecker: «La investigación el "tiempo presente" en Alemania». En *Historia y tiempo presente...* (dossier), *Cuadernos de Historia Contemporánea, op. cit.*, pp. 83-98.

[76] Un buen ejemplo ilustrativo de ello, pero en modo alguno el único, en F. Furet y E. Nolte: *Fascismo y comunismo.* Madrid, Alianza Editorial, 1999. Se trata de un conjunto de cartas cruzadas entre ambos historiadores, cuya publicación original es de 1998. Véase también el dossier de H. Rousso (dir.): *Stalinisme et nazisme. Histoire et memoire comparées.* Bruselas, Complexe, 1999.

[77] Todavía en el año 2002, un coloquio internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid, sobre la «Memoria histórica e historiografía de la guerra civil» ha puesto de relieve que la memoria de sucesos traumáticos de este tipo, como la del nazismo alemán o la del caso judío o la de la guerra civil en España, no sólo siguen siendo extremos culturales de extraordinaria viveza, sino que la memoria misma ha experimentado una metamorfosis extraordinariamente significativa (las Actas de tal reunión están pendientes de ser publicadas en plazo breve).

[78] El primer estado de la cuestión publicado en España sobre el tema fue el de J. Cuesta: «La historia del tiempo presente. Estado de la cuestión». *Studia Historica. Historia Contemporánea* (Salamanca), I, 4, (1983), pp. 227-241.

[79] Un breve texto de conjunto sobre la materia es el ya citado de J. Cuesta: *Historia del Presente.*

[80] *Actas del primer Simposio de Historia Actual de la Rioja (1996)*, 1996. *Actas del II Simposio de Historia Actual (1998)*, 2000. *Actas del III Simposio de Historia Actual (2000)*, 2 vols., 2002. Todos ellos editados por C. Navajas Zubeldia en el IER de Logroño. El IV Simposio se celebró en octubre de 2002 y sus Actas están pendientes de publicación.

[81] Universidad de Extremadura, 1998.

[82] La ya citada *Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la historigrafía contemporaneísta* (1998). En este seminario participaron miembros actuales o antiguos del IHTP, como F. Bédarida, M. Trebitsch, J. P. Rioux, además de W. Bernecker, M. Vilanova, M. P. Díaz Barrado y el coordinador de él, J. Aróstegui. Otra publicación reseñable, de interés colateral para el asunto, ha sido la de A. Alted

Vigil (coord.): *Entre el pasado y el presente. Historia y Memoria.* Madrid, UNED, 1995. Los artículos diversos el autor de este libro pueden verse relacionados en la Bibliografía final.

[83] La revista tuvo siempre su sede en Barcelona y comenzó a publicarse en 1989 y ha lanzado hasta el momento veintiocho números. Su eje temático central es, naturalmente, el trabajo sobre fuentes orales e historias de vida, pero se ha ocupado de otro numeroso elenco de temas.

[84] Véase la Editorial de su n.º 1, 2002 (Madrid, Asociación de Historiadores del Presente).

[85] J. Tusell: «Historia y Tiempo Presente». En *Claves de Razón Práctica,* Madrid, n.º 31, abril de 1993.

[86] *Ibidem.* A J. Tusell se deben también interesantes aportaciones en algunas de las publicaciones colectivas citadas antes. Por ejemplo, «La historia del tiempo presente. Algunas reflexiones sobre el caso español». En *Actas del II Simposio de Historia Actual, op. cit.,* 2000, pp. 15-37.

[87] A. Mateos: *Historia del Tiempo Presente y memoria histórica.* Inédito consultado por amabilidad del autor, en el que se recogen y amplían intervenciones en diversas reuniones científicas. Véase igualmente una versión de este texto como «Historia, Memoria, Tiempo Presente», en *Hispania Nova,* n.º 1, 1998.

[88] Además de algunos trabajos que permanecen aún inéditos debidos a los argentinos Jorge Saab y Jorge Saborido, y los publicados de G. de Amézola, pueden citarse como ejemplos el de A. Soto Gamboa en el notable trabajo ya citado *Historia del presente. Un concepto en construcción,* y el de I. Mudrovic: *Algunas consideraciones epistemológicas para una «historia del presente»,* http: //hispanianova,rediris.es, n.º 1, 1998. Sabemos que existen otras realizaciones en marcha. Varias universidades de esos países han acogido sistemáticamente seminarios sobre las problemáticas de la historia del presente que tiene en ellos especiales resonancias bien conocidas, dada su agitada historia desde los años setenta del siglo XX.

[89] P. Lagrou: *De la actualité..., op. cit.,* p. 13. En el dossier citado ya «L'Histoire du Temps Présent, hier et aujourd'hui», *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent* (París), n.º 75, 2000, pp. 7-78, y en el que escriben, entre otros, H. Rousso, P. Lagrou y D. Voldman.

[90] P. Lagrou, *op. cit.,* p. 13.

[91] *Ibidem,* p. 14.

[92] Lagrou cita como autor de este aserto a Ulrich Raullf.

[93] *Ibidem,* 15. El subrayado es nuestro.

[94] H. Rousso: «L'histoire du temps présent, vingt ans »près», en *Bulletin..., op. cit.,* p. 27

[95] Las citas concretas en *ibidem,* pp. 30-31.

[96] *Ibidem,* p. 33 y *passim.* Rousso desarrolla la relevancia de cada uno de esos goznes en un texto de notable interés.

[97] H. Rousso hace observaciones combativas contra las críticas que a la práctica actual de la historia del presente ha hecho reiteradamente Gerard Noiriel, a las que nos hemos referido, y, en especial, a las que se contienen en su obra *Les origines républicaines de Vichy.* Según Rousso, las críticas de Noiriel, que versan sobre la presión de la demanda social de esta historia, la falta de una verdadera historia-problema, el concepto de acontecimiento, etc., ni están justificadas ni aportan de hecho alternativa alguna. Nuestra opinión no coincide enteramente con la de Rousso. A nuestro juicio, Noiriel no carece de razón en algunas de sus críticas.

[98] R. Koselleck, *Estratos del tiempo, op. cit.,* pp. 116-117.

[99] En *La Nueva Historia... op. cit.,* artículo «Memoria Colectiva».

[100] E. Hobsbawm: *Un historien et son temps présent, op. cit.,*

[101] A. Heller: *Historia y futuro, ¿sobrevivirá la modernidad?,* Barcelona, Península, 2000 (2.ª ed.), 19.

[102] A. Chauveau, Ph. Tétart (eds.): *Questions, op. cit.,* p. 30.

Capítulo 2. El presente, tiempo real de la historia

[1] Véanse a este efecto K. Pomian: *El orden del tiempo.* Madrid, Ediciones Júcar, 1990 (original francés de 1984), G. J. Withrow: *El tiempo en la historia. La evolución de nuestro sentido del tiempo y de la perspectiva temporal.* Barcelona, Crítica, 1990 (original inglés de 1988).

[2] Parece casi innecesario señalar que la conocidísima obra de St. Hawking: *Historia del Tiempo. Del big-bang a los agujeros negros.* Barcelona, Crítica, 1988, es la mejor de las obras de divulgación sobre el asunto. Pero se obtendrá provecho también de la lectura de St. Weinberg: *Los tres primeros minutos del universo.* Madrid, Alianza Editorial, 1989.

[3] La obra muy conocida de Bergson en la que discutió la relatividad de Einstein fue *Durée et simultaneité (A propos de la fhéorie d'Einstein),* aparecida en 1922. Sobre el impacto de las teorías de Einstein en el mundo de la cultura, muy relacionado con el asunto de la percepción del tiempo, puede verse la antología de textos A. Einstein, A. Grünbaum, A. S. Eddington y otros: *La teoría de la relatividad. Selección de L.P. Williams.* Madrid, Alianza Editorial, 1989 (10.ª ed.). No se contiene ahí, sin embargo, ningún texto de Bergson. De Ortega y Gasset se recoge precisamente un breve ensayo sobre «El sentido histórico de la teoría de Einstein», pp. 164-172.

[4] Es interesante M. Guyau: *La genèse de l'idée de temps.* París, Alcan, 1890, especialmente por la época en que fue escrito, antes de la gran renovación científica del siglo XX. Como contraste, pueden verse obras que reflejan ya esa renovación, así H. Reichenbach: *El sentido del tiempo.* México, UNAM, 1959 o, más reciente, K. G. Denbigh: *Three concepts of Time.* Berlín, Heidelberg, Nueva York, Springer Verlag, 1981, libro escrito por un físico.

[5] Entre los que son clásicos están los estudios de Jean Piaget, como, por ejemplo, *El desarrollo de la noción de tiempo en el niño.* México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

[6] Ocurrió esto, sobre todo, en el momento de la primera expansión de la informática y de los ordenadores. Véase R. Wallis: *El tiempo, cuarta dimensión de la mente.* Buenos Aires, El Ateneo, 1976 (edición original inglesa de 1968, Nueva York, Harcourt, Brace & World).

[7] La cita detenida de obras y autores sería también prolija. No obstante, debe señalarse que nombres como los de Robert K. Merton, Niklas Luhmann o Norbert Elias en la sociología; Herbert Mead, Claude Lévi-Strauss o Mircea Eliade, en la antropología; J. Piaget, Johnson-Laird o los conductistas, en la psicología, son imprescindibles, pero no más que una muestra. Por lo demás, el tiempo es asunto también de estudios interdisciplinares, de los que son reflejo revistas como *Time & Society.*

[8] A. Abbott: «La síntesis de otros tiempos y la del futuro. Respuesta a Hanagan y Tilly». En *Historia, Antropología y fuentes orales,* Barcelona, n.º 16, 1996, p. 37. La cosa reviste mayor interés porque este texto está dedicado a la discusión del problema de la síntesis entre historia y sociología.

[9] E. Jaques: *La forma del tiempo.* Buenos Aires, Paidós, 1984 (edición original de 1982).

[10] H. Martín: *Tiempo y teoría en sociología,* 1974. Versión española en R. Ramos Torre (ed.): *Tiempo y sociedad.* Madrid, CIS, 1992, p. 208.

[11] R. Koselleck: *Estratos del tiempo: estudios sobre la historia.* Barcelona, Ediciones Paidós-ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2001, p. 35.

[12] Además de las ya citadas obras de Pomian y Withrow, las referencias son J. Le Goff: *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario.* Barcelona, Paidós, 1991 (traducido de la versión italiana de 1977); A. Momigliano: «Time in Ancient Historiography», *History and Theory,* Beiheft 6, 1966 *(History and the concept of Time)* (suplemento dedicado al tiempo histórico); S. Toulmin y J. Goodfield: *El descubrimiento del tiempo.* Barcelona, Paidós, 1990 (2.ª ed.) (edición original de 1965).

[13] Pero lo verdaderamente impresionante es la larga lista de obras de introducción teórico-metodológica a la historia o la historiografía que ignoran completamente el problema del tiempo histórico.

[14] F. Braudel: «Histoire et sciences sociales: la longue durée». *Annales, E.S.C.,* n.º 4, octubre-diciembre, 1958. En español, ese texto puede verse en F. Braudel: *La historia y las ciencias sociales.* Madrid, Alianza Editorial, 1968, pp. 60 y ss.

[15] R. Koselleck: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten.* Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1979. Existe traducción castellana de ínfima calidad: *Futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos.* Barcelona, Paidós, 1993. Emplearemos la edición francesa *Le Futur Passé. Contribution à la sémantique des temps historiques.* París, Éditions de la EHESS, 1990. Puede verse también de R. Koselleck: *Estratos del tiempo..., op. cit.,* y R. Koselleck y H. G. Gadamer: *Historia y hermenéutica.* Barcelona, Ediciones Paidós-ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1997. S. Kracauer: *Time and History* y Ch. G. Starr: *Historical and Philosophical Time,* ambos en *History and Theory,* Beiheft, 6, 1966, *op. cit.,* P. Nora ha producido escritos variados de interés para el problema,

especialmente los dedicados a los conceptos de acontecimiento, contemporaneidad y presente, a los que nos referiremos después. G. Kubler: *La configuración del tiempo. Observaciones sobre la historia de las cosas.* Madrid, Nerea, 1988 (el original inglés es de 1962).

[16] Véase, por ejemplo, F. Spier: *The Structure of Big History. From the Big Bang until Today.* Ámsterdam University Press, 1996.

[17] Es el caso de J. Attali: *Histoires du temps.* París, Fayard, 1982 [ed. cast: *Historias del tiempo.* Madrid, FCE, 2001].

[18] N. Elias: *Sobre el tiempo.* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 55.

[19] P. Ricoeur: *Temps et récit.* 3 vols. París, Éditions du Seuil, 1985. Existe versión española de esa obra, en Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, los dos primeros volúmenes y una edición completa de Editorial Siglo XXI, cuyo tercer volumen, México, FCE, 1996, empleamos aquí.

[20] M. Paty: «Le temps physique et les fhénomènes». En E. Klein y M. Spiro (eds.): *Le temps et sa flèche,* París, Éditions Frontières, 1994, pp. 21 y ss. Desde la introducción de la teoría de la relatividad ya no cabe hablar sino de un espacio-tiempo integrados. Sobre concepciones del tiempo enfocadas desde la ciencia K. G. Denbigh: *Three concepts of Time, op. cit.*

[21] Véase E. Klein y M. Spiro (eds.): *Le temps et sa flèche.* París, Éditions Frontières, 1994. Para lo tratado aquí, el artículo de M. Paty al que nos hemos referido.

[22] La expresión «flecha del tiempo» fue empleada por vez primera por el físico A. Eddington. Existen algunas obras asequibles sobre el tema. Véanse P. Coveney y R. Highfield: *La flecha del tiempo: la organización del desorden. Prólogo de Ilya Prigogine.* Barcelona, Plaza y Janés, 1992. R. Morris: *Las flechas del tiempo: una visión científica del tiempo.* Barcelona, Salvat, 1994.

[23] I. Prigogine e I. Stenger: *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia.* Madrid, Alianza Editorial, 1990 (2.ª ed. aumentada), p. 14, (original de 1986).

[24] P. Ricoeur: *Tiempo y narración*, especialmente el vol. III, *El tiempo narrado.* México, Siglo XXI editores, 1996 (edición original francesa de 1985). Por supuesto, son importantes también las obras citadas de Koselleck y Le Goff.

[25] P. C. W. Davies: *El espacio-tiempo en el universo contemporáneo.* México, FCE, 1986, pp. 109 y ss.

[26] F. Spier, *The Structure..., op. cit.*, pp. 45 y ss.

[27] I. Prigogine: *Las leyes del caos.* Barcelona, Crítica, 1999, pp. 43 y ss. De este mismo autor, *El nacimiento del tiempo.* Barcelona, Tusquets, 1991. También plantea el asunto desde el ángulo sociológico A. Heller: *Sociología de la vida cotidiana.* Barcelona, Península, 1998 (5.ª ed.), p. 386.

[28] G. Bachelard: *La intuición del instante.* México, FCE, 1987 (2.ª ed. 1999. El texto original apareció en 1932), p. 80.

[29] *Futuro pasado, op. cit.*, p. 10. Debe tenerse en cuenta que nos referimos a la numeración de páginas de la edición francesa citada.

[30] *Estratos del tiempo..., op. cit.*, p. 36.

[31] *Futuro pasado..., op. cit.*, p. 23.

[32] *Estratos del tiempo..., op. cit.*, p. 37.

[33] *Ibidem*, p. 38.

[34] *Futuro pasado..., op. cit.*, p. 310.

[35] *Ibidem*, p. 321.

[36] Aristóteles: *Física.* Traducción, Introducción y comentario de Alejandro Vigo. Buenos Aires, Biblos, 1995, vol. 2, pp. 84-85. El subrayado es nuestro.

[37] Tomado de P. Ricoeur: *La Memoria, la Historia, el Olvido.* Madrid, Trotta, 2003, p. 458 (edición original francesa de 2000).

[38] San Agustín: *Las Confesiones.* Madrid, Akal, 1986, edición de O. García de la Fuente, p. 295. Recuérdese el célebre pasaje del libro XI, capítulo XIV, donde Agustín dice: «En definitiva, ¿qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta lo sé. Si quisiera explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé», p. 297.

[39] Transcrito en Y. Prigonine e I. Stengers: *La nueva alianza..., op. cit.*, Apéndice I: «La inquietud del tiempo».

[40] La obra clásica de J. M. E. McTaggart es *The Nature of Existence,* cuya edición original apareció en Cambridge University Press, 1927, uno de cuyos capítulos se titulaba «Time». Pero las ideas fundamentales sobre el tiempo las había expuesto en un artículo de 1908 titulado «The Unreality

of Time». Este capítulo de McTaggart, donde recogía las ideas de 1908, puede verse reimpreso en R. Le Poidevin y M. MacBeath: *The Philosophy of Time.* Oxford University Press, 1993, pp. 23-35. Este volumen es de gran interés sobre muy diversas cuestiones filosóficas relacionadas con el tiempo, desde las orientaciones más activas de la filosofía actual. Sobre las posiciones de McTaggart hay una excelente exégesis también en E. Jaques: *La forma del tiempo, op. cit.*, especialmente en su parte «El tiempo y la flecha del tiempo», pp. 40 y ss.

[41] «The Unreality...», *op. cit.*, p. 31.

[42] E. Jaques, *La forma del tiempo, op. cit.*, pp. 40 y ss.

[43] En este sentido se orientan algunas disquisiciones que, no obstante, no consiguen pasar de una exposición sin puntos claros de referencia teórica. Es el caso de I. Izuzquiza: *Filosofía del presente. Una teoría de nuestro tiempo.* Madrid, Alianza Editorial, 2003, cfr. pp. 17-38.

[44] A. Heller: *Teoría de la Historia.* Barcelona, Fontamara, 1985.

[45] Miguel de Unamuno: *En torno al casticismo.* En *Obras Selectas.* Madrid, Pléyade, 1946, pp. 3 y ss. He realizado unas reflexiones más amplias sobre la posición de Unamuno en J. Arostegui: «El presente total o la experiencia como historia (sobre el presente de la historia)». En *Año Mil, Año Dos mil. Dos milenios en la Historia de España.* Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, vol. 1, pp. 129 y ss.

[46] G. Bachelard: *La intuición del instante, op. cit.*, p. 54.

[47] *Ibidem*, p. 11.

[48] *Ibidem*, p. 21.

[49] Cfr. A. Heller: *Teoría de la Historia..., op. cit.*, pp. 41 y ss.

[50] *Ibidem*, p. 44.

[51] *Ibidem*, p. 45. Todos los subrayados son del texto de Heller.

[52] *Ibidem*, p. 47.

[53] C. Moya: *Teoría sociológica*, Madrid, Taurus, 1982, p. 14. El subrayado es nuestro.

[54] A. Heller: *Sociología de la vida cotidiana.* Barcelona, Península, 1998 (5.ª ed.), p. 385. El subrayado es de la autora.

[55] P. Berger y Th. Luckmann: *La construcción social de la realidad.* Buenos Aires, Amorrortu, 1986, p. 44.

[56] *Ibidem.*

[57] P. Ricoeur: *Tiempo y narración, op. cit.*, III: *El tiempo narrado*, p. 788.

[58] *Ibidem*, p. 789

[59] *Ibidem.*

[60] *Ibidem*, p. 790.

[61] *Ibidem*, p. 939.

[62] *Ibidem*, p. 973.

[63] Subrayado del autor.

[64] *Ibidem*, p. 978.

[65] *Ibidem*, p. 988. El subrayado es nuestro.

[66] *Ibidem*, p. 252.

[67] E. Leach: *Two essays concerning the symbolic representation of Time.* Puede verse en español este texto en la obra del mismo autor *Replanteamiento de la antropología*, Barcelona, Seix Barral, 1972, pp. 193-194.

[68] *Ibidem*, p. 206.

[69] N. Luhmann: «El futuro no puede empezar. Estructuras temporales en la sociedad moderna». Aparecido originalmente en *Social Research*, 43, 1976, se publica traducido en R. Ramos Torre: *Tiempo y sociedad, op. cit.*, pp. 161-182, la cita en p. 169. Afirma Luhmann también, señalando la analogía del caso con el problema que plantea Kant acerca de la posibilidad y necesidad del conocimiento del tiempo, que «nos sentimos incapaces de pensar el futuro como algo que empieza a convertirse en presente».

[70] *Ibidem*, p. 176.

[71] *Ibidem.* Todo el subrayado es nuestro. Para el análisis de las posiciones de Luhmann respecto a la cuestión temporal en relación con los sistemas sociales es imprescindible ver también sus proposi-

ciones en «Estructura y Tiempo», en *Sistemas Sociales. Lineamientos para una teoría general.* Barcelona, Anthropos, 1998 (1.ª ed. alemana de 1984), pp. 255 y ss.

[72] *Ibidem*, p. 177.

[73] Subrayado del propio Luhmann, pp. 178-177.

[74] A. Schütz: *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva.* Barcelona, Paidós, 1993, p. 27. La obra original de Schütz apareció en los años treinta y no es preciso destacar su importancia como sociología de la acción significativa y la experiencia que bebe en las fuentes alemanas, en Husserl y Weber, y que ha inspirado otras muchas posiciones.

[75] Ésa es, al menos, la traducción española, que no parece muy afortunada, en el texto «La naturaleza del pasado». En R. Ramos Torre: *Tiempo y sociedad, op. cit.*, pp. 63 y ss. En realidad, el concepto de «presente especioso» *(specious present)* equivaldría a «falso presente», la conjunción como presente o instante de sucesos que constituyen de hecho una sucesión con un antes y un después, pero que se perciben como presente. Mead dice exactamente que «si alargamos un presente especioso de forma tal que... cubra varios acontecimientos y abarque parte del pasado y eventualmente parte del futuro, los acontecimientos así incluidos no pertenecerían al pasado ni al futuro sino al presente». Sin duda, el término que mejor expresa esa idea es el de «presente extendido». Véase también B. Russell: *El conocimiento humano.* Barcelona, Orbis, 1983, p. 221, en el cap. «El tiempo en la experiencia humana».

[76] B. Russell: *El conocimiento..., op. cit.*, p. 221. El subrayado es del autor.

[77] F. Crespi: *Acontecimiento y estructura. Por una teoría del cambio social.* Buenos Aires, Nueva Visión, 1997, pp. 7-16. Para Crespi el acontecimiento se identifica con la «acción» social, mientras las estructuras son «sistemas de significados». Acción y estructura son, pues, un par de polos simétricos de acontecimiento y duración.

[78] G. Bachelard, *La intuición..., op. cit.*, p. 81.

[79] *Ibidem*, p. 82.

[80] Bergson trata de la duración en múltiples pasajes de su obra. Pueden señalarse como escritos centrales *Durée et simultaneité*, aparecida originalmente en la década de 1920 como una discusión de las ideas de Einstein, según dijimos. Pueden citarse también *La pensée et le mouvant.* En español puede verse la antología preparada por Gilles Deleuze, *Memoria y Vida*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.

[81] G. Bachelard: *La intuición..., op. cit.*, p. 80.

[82] J. Arostegui: *La investigación histórica..., op. cit.*, pp. 247 y ss.

[83] Esta frase se contiene en la presentación de E. Morin del número extraordinario de la revista *Communications*, 18, 1972, dedicado íntegramente a «L' événement». El número contiene un conjunto de colaboraciones de gran interés entre las que destacan las del propio Morin, Henri Atlan, Anthony Wilden, Henri Laborit, Emmanuel Le Roy Ladurie, etc. Haremos uso de este texto en lo que sigue. Una reconsideración del asunto más reciente se ofrecía en «L'événement en perspective», en *Raisons Pratiques*, 2 (París), EHESS, 1991 (número monográfico).

[84] E. Morin: «Le retour de l'événement». En *Communications*, número citado, p. 18.

[85] P. Nora: «Le retour de l'événement». En J. Le Goff y P. Nora (dirs.): *Faire de l'Histoire.* París, Gallimard, 1974, 3 vols., pp. 210 y ss. Véase también del mismo autor la voz «Presente», en *La Nueva Historia*, bajo la dirección de J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel, Bilbao, Mensajero, 1988. Un tratamiento reciente es el ya citado de M. Trebitsch.

[86] M. Trebitsch: «El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente». En *Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporaneista..., op. cit.*, *Cuadernos de Historia Contemporánea* (Madrid, Universidad Complutense), 20, 1998, pp. 29-40. (Dossier del Seminario Internacional Complutense de ese mismo título.)

[87] Se entiende que tomamos aquí esos tres vocablos como perfectamente sinónimos, a los que se podrían añadir algunos más, como acaecimiento, avatar, vicisitud, fenómeno, etc. También es asimilable la propia palabra «hecho». En la Física, por ejemplo, suceso es una situación dada, un supuesto o alteración producida en cualquier proceso bajo análisis.

[88] Sobre el acontecimiento visto esencialmente como fenómeno de comunicación P. Aubert: «El acontecimiento». En C. Garaitaonaindía (coord.): *La prensa de los siglos* XIX *y* XX. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1988, pp. 47 y ss.

[89] G. H. Von Wright, *Explicación y comprensión.* Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 31.

[90] Una cuestión discutida con cierta detención en M. Bunge: *La investigación científica.* Barcelona, Ariel, 1975, pp. 717 y ss.

[91] G. H. Von Wright: *Explicación..., op. cit.*, p. 19.

[92] Para un tratamiento más detenido de estas cuestiones véase la citada obra de Arostegui: *La investigación histórica..., op. cit.*, pp. 247 y ss.

[93] P. Aubert: *El acontecimiento..., op. cit.*, p. 50.

[94] P. Sztompka, «La ontología del llegar a ser social. Más allá del individualismo y el holismo». En T. González de la Fe (coord.): *Sociología: unidad y diversidad.* Madrid, CSIC, 1991, p. 66.

[95] F. Crespi: *Acontecimiento y estructura..., op. cit.*, p. 8.

[96] A. Giddens: *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración.* Buenos Aires, Amorrortu, 1995, p. 113 y, en general, todo el capítulo 2.

[97] R. Nisbet: «El problema del cambio social», en R. Nisbet, T. S. Kuhn, L White y otros: *Cambio social.* Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 35.

[98] N. Luhmann: *Sistemas sociales..., op. cit.*, p. 263.

[99] Tal como se expone en textos como la Parte Primera de *La ideología alemana* o en el Prefacio a la *Contribución a la crítica de la Economía Política.*

[100] H. Bergson: *Essai sur les données immédiates de la conscience* (original de 1889). Tomo la presente cita de Bergson y las que siguen de *Memoria y Vida,* textos escogidos por Gilles Deleuze, *op. cit.*, la presente en p. 9.

[101] Todas las citas de Bergson en *ibidem*, p. 15 y *passim.*

[102] F. Crespi: *Acontecimiento y estructura..., op. cit.*, p. 12.

[103] *Futuro pasado..., op. cit.*, p. 312 y *passim.*

[104] Las citas en los libros ya citados de G. Deleuze y F. Ramos Torre, respectivamente.

[105] B. Lepetit: «Le présent de l'histoire». En B. Lepetit (dir.): *Les formes de l'experience.* París, Albin Michel, 1995, pp. 296-297.

[106] P. Lagrou: «De la actualité de l'histoire du temps présent». *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent, op. cit.*, pp. 10-22.

[107] N. Luhmann: *El futuro..., op. cit.*, la cita en p. 164.

[108] E. Benveniste: *Problemas de Lingüística General.* Madrid, Siglo XXI editores, 1979 (3.ª ed.). En el capítulo «El lenguaje y la experiencia humana», p. 78 (edición original francesa es de 1974).

Capítulo 3. Historia del presente e interacción general

[1] En el libro de J. Marías: *El método histórico de las generaciones.* Madrid, Revista de Occidente, 1961 (3.ª ed.), se contiene una breve pero muy indicativa historia del empleo del concepto de generación en la ensayística y la filosofía desde Comte en adelante, pp. 31 y ss. Una revisión general breve y reciente del asunto, en J. Zarco y A. Orueta: «La idea de generación: una revisión crítica». En *Sistema,* Madrid, 144, mayo de 1998, pp. 107-115 (Bibliografía actualizada).

[2] W. Pinder: *Das Problem der generationen in der Kuntsgeschichte Europas.* Leipzig, Poeschel und Treple, 1928. Existe una traducción española: *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa.* Buenos Aires, Losada, 1948.

[3] S. N. Eisenstadt: *From Generation to Generation. Age Groups and Social Structure.* Glencoe (Ill.), The Free Press, 1956, pp. 16-17.

[4] Una exposición sintética de ello, en Richard G. Braungart: «Historical Generations and Youth Movements: A theoretical perspective». En *Research in Social Mouvements, Conflict and Change,* 1984, 6, pp. 95-142.

[5] Véase esa voz en la *International Encyclopaedia of the Social Sciences,* vol. 2, p. 546. Nueva York, The Free Press, 1968.

[6] En R. Braungart, *op. cit.*, pp. 101 y ss.

[7] Eisenstadt: *From Generation..., op. cit.*, p. 24.

[8] J. Marías, *El método..., op. cit.*, p. 132.

[9] P. Laín Entralgo: *La generación del noventa y ocho.* Madrid, Imprenta Diana 1945. Es bastante más frecuente que la explicación basada en lo generacional se aplique al estudio del comportamiento y el cambio político o a ciertos tipos de conflictos o políticas laborales.

[10] E. Hobsbawm: «The Present as History». En *On History*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1999, 230 [ed. cast.: *Sobre la historia,* Barcelona, Crítica, 1998].

[11] K. Mannheim: *Das problem der generationen. Kölner Vierteljahreshefte für Soziologie,* VII, 2 (1928) pp. 157-185; y 3, pp. 309-330. De este texto se han hecho después ediciones en muchos idiomas. Su traducción española es tardía y puede verse en «El problema de las generaciones». *REIS, Revista Española de investigaciones Sociológicas,* Madrid, 1993, n.º 62, pp. 193-242. Nuestras citas proceden siempre de esa traducción. La referenciada, en p. 195. Subrayado del autor.

[12] *Ibidem,* p. 206.

[13] *Ibidem,* p. 217.

[14] *Ibidem,* p. 221.

[15] *Ibidem,* p. 230.

[16] *Ibidem,* pp. 231-232.

[17] K. Mannheim, *Ideologia y Utopía.* Madrid, Aguilar, 1966, p. 191.

[18] *Ibidem,* p. 348. Mannheim remite explícitamente a su obra de 1928.

[19] La primera vez que Ortega se ocupa del asunto es en *El tema de nuestro tiempo* (1923), Madrid, Revista de Occidente (Alianza Editorial), 1987. El tratamiento más extenso se presenta en «En torno a Galileo (Esquema de las crisis)», curso dictado en 1933 y publicado fragmentariamente en 1942 y completo en 1947. Puede verse en Revista de Occidente (Alianza Editorial), 1982.

[20] *El tema de nuestro tiempo. I: la idea de las generaciones, op. cit.,* p. 78. Recuérdese que la edición original de este texto es de 1923.

[21] *Ibidem.*

[22] J. Ortega y Gasset: «La generación de 1857». Prólogo a A. Ganivet: *Cartas Finlandesas y hombres del Norte,* Madrid, 1940.

[23] N. Jensen: *La teoría de las generaciones y el cambio social.* Madrid, Espasa Calpe, 1977. La autora parece ser una discípula muy observante de Julián Marías.

[24] F. Crespi: *Acontecimiento y estructura..., op. cit.,* pp. 117 y ss, especialmente.

[25] Tanto las teorías de cambio histórico como las del cambio social tienen hoy casi enteramente marginadas las consideraciones sobre el papel de las generaciones. Véase una comprobación de ello en el manual de P. Sztompka: *Sociología del cambio social.* Madrid, Alianza Editorial, 1995. Lo que constituye, por otra parte, una situación que merecería reflexión.

[26] P. Lain Entralgo: *Las generaciones en la historia.* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1945. pp. 238 y ss. Laín muestra una posición mucho menos determinista en relación con las generaciones que Ortega y sus discípulos directos. Para él, las generaciones biológicas como medida del cambio histórico son «un truco intelectual»

[27] A. Schütz: *La construcción..., op. cit.,* pp. 235 y ss. La parte que resulta del máximo interés en el acercamiento al tema de las generaciones es «El mundo de los predecesores y el problema de la historia».

[28] *Ibidem,* p. 242. Debe tenerse en cuenta que Schütz emplea el término consociados para designar a todos los integrantes de una misma generación.

[29] *Ibidem,* p. 238. El subrayado es del autor.

[30] P. Ricoeur: *Tiempo y narración, op. cit.,* III, p. 783.

[31] *Ibidem,* p. 792.

[32] *Ibidem.* p. 794.

[33] *Ibidem,* p. 798.

[34] *Estratos del tiempo, op. cit.,* p. 39.

[35] R. Koselleck y H. G. Gadamer: *Historia y hermenéutica.* Introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina. Barcelona, Paidós-ICE de la UAB, 1997. El texto de Koselleck en este volumen es el que se titula justamente «Historia y hermenéutica». La cita en p. 82.

[36] *Ibidem,* p. 83.

[37] K. Mannheim: *El problema, op. cit.,* p. 215.

[38] Sería impertinente introducirnos aquí en las cuestiones de fondo que la simultaneidad temporal y su imposibilidad plantea en la Física. En la ciencia social la simultaneidad de determinados procesos tiene un sentido claro y suficiente para nuestro propósito.

[39] K. Mannheim, *El problema, op. cit.*, p. 216.

[40] M.ª I. Mudrovic: *Algunas consideraciones epistemológicas..., op. cit.*

[41] N. Jensen: *La teoría de las generaciones..., op. cit.*, p. 168.

[42] *En torno a Galileo, op. cit.*, p. 55.

[43] J. P. Rioux: «Historia del Tiempo Presente y demanda social». En *Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la Historiografía contemporaneista..., op. cit.*, pp. 71-81

[44] M. Trebitsch: *La quarantaine et l'an 40. Hypothèses sur l'étymologie du temps présent... op. cit.*, p. 69.

[45] Este fenómeno es abordado con numerosas evidencias documentales por S. N. Eisenstadt: *From Generation..., op. cit., passim.*

[46] R. Heberle considera que la generación política activa o dominante es la comprendida aproximadamente entre los cuarenta y los sesenta y cinco años, que tiene una visión de las cosas que la distingue, sobre todo, de la generación más joven, *op. cit.*, p. 132.

[47] S. N. Eisenstadt, *From Generation..., op. cit.*, cap. VI. La influencia del funcionalismo parsoniano sobre el autor es evidente sobre todo en este pasaje.

[48] Cabe decir que el tratamiento generacional de todo el procesos de la transición española no ha merecido sino algunas observaciones más o menos puntuales. Véanse las interesantes apreciaciones sobre este fenómeno que centradas, no obstante, en el cambio generacional en torno a 1996 hacen A. Ortega y P. Gangas: «Renovación generacional y cambio político». En *Claves de Razón Práctica* (Madrid), 66, octubre de 1996, pp. 30-36.

[49] Son interesantes dos textos de P. Aguilar Fernández: *Memoria y olvido de la guerra civil española.* Madrid, Alianza Editorial, 1996, y «Justicia, política y memoria: los legados del franquismo en la transición española». En A. Barahona de Brito, P. Aguilar Fernández y C. González Enríquez (eds.): *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias.* Madrid, Istmo, 2002, pp. 135-194. También J. Arostegui: «La mémoire de la guerre civile et du franquisme dans l'Espagne démocratique». En *Vingtième Siècle* (París), 74, abril-junio, 2002, pp. 31-42. Todo ello tiene también estrecha relación con la cuestión de la memoria histórica a la que nos referiremos en el capítulo siguiente.

[50] El caso español es señalado igualmente por Ch. Powell: *España en democracia, 1975-2000.* Barcelona, Plaza y Janés, 2001, pp. 569 y ss. Véase también el artículo ya citado de A. Ortega y P. Gangas: «Renovación generacional...», *op. cit.*

Capítulo 4. La historización de la experiencia

[1] Pero advirtamos ahora que se adopta la expresión *historización* como el resultado de la acción, sea cualquiera la naturaleza de ésta, de historizar, y descartamos la palabra *historicización* que han empleado algunos otros autores, que parece una versión innecesariamente seguidora del término correspondiente en francés y que no contiene una semántica diferente.

[2] Como lo afirma R. Koselleck: *Estratos del tiempo..., op. cit.*, p. 59.

[3] Según la definición del diccionario de la RAE. Obsérvese que la voz latina *experientia* procede, a su vez, de la raíz del verbo *experior*, de donde procede también experto, ligado a la idea de poner a prueba, intentar. La experiencia es el «resultado de lo hecho», de la puesta a prueba, en cuyo caso es la voz «experimento», de la misma raíz, la que mejor designa el hecho. El estudio etimológico podría perfilar más estas ideas; no nos parece, sin embargo, que sea inexcusable hacerlo aquí.

[4] J. Ferrater Mora: *Diccionario de Filosofía.* Vol. 1. Madrid, Alianza Editorial, 1987. Desde el punto de vista de su empleo filosófico es muy útil el texto de Ferrater. En A. Lalande: *Vocabulaire technique et critique de la Philosophie*, vol. 1. París, PUF, 1991 (1.ª ed. 1926), se define experiencia en sentido general como «el conjunto de modificaciones ventajosas que aporta el ejercicio de nuestras facultades, las adquisiciones que el espíritu hace a partir de este ejercicio y, de una manera general,

de todos los progresos mentales resultantes de la vida». Se enfoca experiencia aquí, pues, como un resultado de la actividad del hombre.

[5] En J. Ferrater, *op. cit.*, vol. 1, p. 297. La cita procede de la *Metafísica* del filósofo griego.

[6] J. Locke: *Ensayo sobre el entendimiento humano.* Buenos Aires, Aguilar Argentina, 1982. Puede verse en especial su libro II, «De las ideas».

[7] D. Hume: *Tratado de la naturaleza humana.* Madrid, Editora Nacional, 1977, 2 vols. También del mismo autor, *Investigación sobre el conocimiento humano.* Madrid, Alianza Editorial, 1977.

[8] J. Dewey: *Experience and Nature.* Chicago (Illinois), Open Court, 1971 (1.ª ed. 1925). Puede verse también W. James: *Pragmatismo. Un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar.* Barcelona, Ediciones Orbis, 1985 (1.ª ed. 1907)

[9] W. Dilthey: *Introducción a las Ciencias del Espíritu.* Madrid, Revista de Occidente, 1966, p. 30.

[10] E. Husserl: *La idea de la fenomenología. Cinco lecciones.* México, FCE, 1989, p. 16 *passim.*

[11] Véase acerca de la fenomenología y las ciencias sociales, J. F. Lyotard: *La fenomenología.* Barcelona, Ediciones Paidós, 1989 (edición original francesa de 1954). Especialmente su segunda parte, «Fenomenología y ciencias humanas», pp. 61 y ss.

[12] M. Merleau-Ponty: *Fenomenología de la percepción.* Barcelona, Península, 2000 (5.ª ed.), p. 20.

[13] *Ibidem,* pp. 19 y 26.

[14] H. G. Gadamer: *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica.* Salamanca, Ediciones Sígueme, 1991, vol. I, p. 24.

[15] Cita del célebre texto del *Prefacio a la Contribución a la crítica de la Economía Política.* Madrid, Alberto Corazón, 1970, p. 37. La cuestión de la praxis es desarrollada mucho más ampliamente por Marx en los *Manuscritos económico-filosóficos* y en las *Tesis sobre Feuerbach.*

[16] H. Sorgentini: «La recuperación de la experiencia histórica: un comentario sobre E. P. Thompson». En *Sociohistóricas,* La Plata, n.º 7, 2000, p. 55.

[17] La obra de Thompson está plagada de consideraciones sobre la experiencia como praxis. Un lugar importante de ello es *Miseria de la Teoría.* Barcelona, Crítica, 1981 (1.ª ed. 1978). Pero la cuestión impregna igualmente todos sus trabajos sobre la formación de la primitiva clase obrera. El caso de la experiencia y el lenguaje en la formación de la clase es abordado por G. Stedman Jones: *Lenguajes de clase.* Madrid, Siglo XXI, 1989.

[18] G. H. Mead: *The Philosophy of the Present, op. cit.,* pp. 32 y ss.

[19] M. Weber: *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales.* Madrid, Tecnos, 1985, p. 122.

[20] A. Schütz: *La construcción significativa..., op. cit.,* p. 37.

[21] *Ibidem,* pp. 104-108.

[22] Se trata aquí de asuntos que hemos abordado ya en el capítulo anterior referido a las generaciones.

[23] Véase M. Wolf: *Sociologías de la vida cotidiana.* Madrid, Cátedra, 1982, donde se hace un estudio muy útil de las posiciones de la etnometodología, como sociología de la intersubjetividad. Más complejo es el libro de A. Heller: *Sociología de la vida cotidiana.* Barcelona, Península, 1998 (5.ª ed.). Por supuesto, el modelo historiográfico conocido como historia de la vida cotidiana tiene una relación estrecha con estos planteamientos.

[24] A. Heller, *Sociología, op. cit.,* p. 124.

[25] P. Berger y Th. Luckmann: *La construcción social de la realidad..., op. cit.,* p. 36.

[26] E. Jaques: *La forma del tiempo..., op. cit.,* pp. 241 y ss.

[27] El origen de ellos se encuentra en la práctica alemana de la *Alltagsgeschichte.* Véase un conjunto excelente de trabajos sobre el asunto en L. Castells (ed.): «La historia de la vida cotidiana», *Ayer,* Madrid, n.º 19, 1996. Estudios de interés sobre la sociología de la vida cotidiana son los de A. Heller: *Sociología de la vida cotidiana, op. cit.,* J. Ibáñez: *Por una sociologia de la vida cotidiana,* Madrid, Siglo XXI, 1994; A. Lindon (coord.): *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad.* Barcelona, Anthropos, 2000.

[28] M. Wolf: *Sociologías de la vida cotidiana, op. cit.,* p. 17.

[29] Puede consultarse la idea de conjunto de este panorama que presenta F. Crespi: *Acontecimiento y estructura..., op. cit.,* pp. 67 y ss., y 93 y ss.

[30] R. Koselleck: *Estratos del tiempo, op. cit.,* pp. 36 y 46.

[31] *Ibidem*, p. 311.
[32] *Ibidem*, p. 44.
[33] R. Koselleck: *Futuro pasado, op. cit.*, p. 308.
[34] P. Ricoeur: *La Memoria, la Historia..., op. cit.*, pp. 494 y ss.
[35] E. Rabossi, en Y. Yerushalmi, N. Loraux, H. Mommsen y otros: *Usos del olvido*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1998 (2.ª ed.), p. 8.
[36] A. Giddens: *La constitución de la sociedad..., op. cit.*, p. 84.
[37] J. Candau: *Anthropologie de la mémoire*. París, PUF, 1996, pp. 38-39.
[38] Una recopilación de trabajos psicológicos se contiene en J. M.ª Ruiz Vargas (comp.): *Claves de la memoria*. Madrid, Trotta, 1997. Por su carácter de puesta a punto general es especialmente recomendable el texto contenido en ella de J. M.ª Ruiz Vargas: «¿Cómo funciona la memoria? El recuerdo, el olvido y otras claves psicológicas», pp. 121-152.
[39] Véase B. Russell: «El tiempo en la experiencia», en *El conocimiento humano*, Barcelona, Orbis, 1983, pp. 220 y ss.
[40] Es sabido que la metáfora computacional es el punto fuerte de la ciencia cognitiva o psicología cognitiva. Véase el excelente libro de A. Rivière: *Objetos con mente*. Madrid, Alianza Editorial, 1991, en especial sus capítulos 3 y 4, donde se trata centralmente ese asunto. En relación concreta con la psicología cognitiva de la memoria se recoge mucha información en «Psicología cognitiva de la memoria», *Revista Anthropos* (Barcelona), n.os 189-190, 2000 (monográfico), con bibliografía.
[41] Es importante en este terreno el tratamiento histórico e historiográfico del problema hecho por R. Chartier: *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 45-63.
[42] B. Sierra Díez: «¿Cómo está representada la experiencia en la memoria?». En *Psicología cognitiva de la memoria. Revista Anthropos* (Barcelona), *op. cit.*, p. 126.
[43] Véase el interesante aunque desigual conjunto de estudios ya citado, Y. Yerushalmi, N. Loraux, H. Mommsen y otros: *Usos del olvido, op. cit.*
[44] Véanse también las útiles y asequibles apreciaciones de J. Cuesta, en *Historia del presente*, Madrid, Eudema, 1996, y en el estado de la cuestión con relación bibliográfica igualmente en J. Cuesta: «De la memoria a la Historia», en A. Alted Vigil (coord.): *Entre el pasado y el presente. Historia y Memoria*. Madrid, UNED, 1996, pp. 55-89. Con amplia bibliografía.
[45] M. Halbwachs: *La mémoire collective*. París, Presse Universitaires de France, 1968 (2.ª ed.). Un pasaje justamente celebrado del libro póstumo de Halbwachs es el dedicado a «La memoria de los músicos».
[46] *Ibid.: Les cadres sociaux de la mémoire*. París, Alcan, 1925. Una obra clásica que ha tenido multitud de ediciones posteriores.
[47] *Ibid.: La mémoire collective, op. cit.*, p. 36.
[48] Problema comentado por H. Rousso: «La mémoire n'est plus ce qu'elle était». En *Écrire l'histoire du temps présent. Hommage a François Bédarida..., op. cit.*, pp. 106-107, e igualmente por J. Candau: *Anthropologie..., op. cit.* Obra importante también es la de G. Namer: *Mémoire et societé*. París, Meridiens Klincksieck, 1987. Los estudios sobre las dimensiones sociales de la memoria que se han hecho en Francia tienen siempre como referente último la obra de M. Halbwachs. Véase también el estudio citado de J. Cuesta: «De la memoria a la Historia». En A. Alted Vigil (coord.): *Entre el pasado y el presente, op. cit.*, pp. 55-89.
[49] A. Blanco: «Los afluentes del recuerdo». En J. M.ª Ruiz Vargas (comp.): *Claves de la memoria..., op. cit.*, pp. 83 y ss.
[50] A. Huyssen: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México, FCE, 2002, p. 13.
[51] Algunas referencias a ello serían E. Jenin: *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI de España, 2002; A. Viewiorka: *L'ère du témoin*. París, Plon, 1998; H. Rousso: *Vichy, un passé qui ne passe pas*, París, Gallimard, 1996, y también H. Rousso: *La hantise du passé*, París, Les Éditions Textuel, 1998 (transcripción de una entrevista al autor).
[52] Tal como muestra un libro de ese título *¿Por qué recordar?* Buenos Aires, Granica, 2002, sobre una edición original francesa de 1999, producto de un simposio internacional sobre «Memoria e

Historia» organizado por una «Academia Internacional de las Culturas» presidida por el conocido militante sionista Elie Wiesel y auspiciado por la Unesco.

[53] A. Huyssen: *En busca del futuro perdido..., op. cit.*, p. 13.

[54] J. F. Colmeiro: «La crisis de la memoria». En *Revista Anthropos, op. cit.*, pp. 221-227. El autor se refiere especialmente al caso español.

[55] Las citas en A. Huyssen: *En busca del futuro perdido..., op. cit.*, p. 13 y *passim.*

[56] P. Ricoeur: *La Memoria, la Historia..., op. cit.*, p. 128.

[57] M. Halbwachs: *La mémoire..., op. cit.*, p. 45.

[58] J. K. Olick: «Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público». En *Historia y Memoria, Ayer* (Madrid), 32, 1998, p. 119. Este desacuerdo no impide reconocer la importancia e interés de ese artículo.

[59] Un texto lleno de extraordinarias sugerencias sobre ello es el de D. Voldman (dir.): «La bouche de la verité? La recherche historique et les sources orales», *Les Cahiers de l'IHTP.* París, n.º 31. Y también de esta misma autora «Le témoignage dans l'histoire du temps présent», *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent* (París), 75, junio, 2000, pp. 41-54.

[60] A. Huyssen: *En busca del futuro perdido..., op. cit.*, p. 148.

[61] D. Voldman: *Le témoignage dans l'histoire française du temps présent..., op. cit.*, p. 50.

[62] H. Rousso: «El estatuto del olvido». En *¿Por qué recordar?, op. cit.*, pp. 87 y ss.

[63] La naturaleza e importancia para la historia más reciente de las fuentes orales y, en mayor grado aún, para la historia del presente es un asunto ampliamente tratado en la metodología actual. Buenas guías, en principio, para sus análisis pueden ser el libro clásico de Ph. Joutard: *Esas voces que nos llegan del pasado.* México, FCE, 1986 (original francés de 1983). P. Folguera: *Cómo se hace historia oral.* Madrid, Eudema, 1994. Lo más recomendable, en todo caso, es el seguimiento de la colección completa de la revista *Historia y Fuente Oral (Historia, Antropología y Fuentes Orales),* Barcelona.

[64] Véase el interesante texto de P. Baboulet-Flourens: «Anciens résistants e historiadores». En *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 29 (2003), pp. 143-153. En realidad, a este mismo efecto interesa todo el dossier que presenta este número de la revista bajo el título «Divergencias entre testimonios e historiadores», pp. 143 y ss.

[65] Ch. Wright Mills: *La imaginación sociológica..., op. cit.*, p. 158.

[66] Cosa por la que le tiene erróneamente J. C. Milner al referirse a los historiadores como «los profesionales de la memoria, erigidos ellos mismos en guardianes de la moralidad», una afirmación tan extravagante como desinformada. En *Usos del olvido..., op. cit.*, p. 68.

[67] Expresión que recoge precisamente el título ya citado de E. Jenin: *Los trabajos de la memoria..., op. cit.*

[68] E. Jenin: *Los trabajos de la memoria..., op. cit.*, p. 2.

[69] *Ibidem,* p. 69.

[70] La expresión «emprendedores de la memoria» es también de esta misma autora, *op. cit.*, p. 48. A este efecto es sumamente instructivo el libro J. S. Pérez Garzón y otros: *La gestión de la memoria. La Historia de España al servicio del poder.* Barcelona, Crítica, 2000, un texto orientado, sobre todo, al análisis de la memoria y la enseñanza de la historia en los procesos de reivindicación nacionalista de cualquier signo. La disputa de la memoria y su relación con el poder es el objeto de un trabajo colectivo de gran importancia, P. Aguilar: *Las políticas hacia el pasado..., op. cit.*

[71] H. Rousso: *La hantise du passé, op. cit.*, p. 16.

[72] A. Huyssen: *En busca de futuro perdido..., op. cit.*, 17.

[73] P. Vidal-Naquet: *Los asesinos de la memoria.* México, Siglo XXI, 1994, frente a N. G. Finkelstein: *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío.* Madrid, Siglo XXI de España, 2002 (la primera edición inglesa es del año 2000). Ni que decir tiene que la resonancia de este asunto en la historiografía y, mucho más, en la política actual es tan extraordinaria como para que sea imposible dar cuenta cumplida aquí de ello.

[74] Sobre los genocidios del siglo XX puede verse un libro tan aleccionador como el de Y. Ternon: *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo XX.* Barcelona, Península, 1995. Por lo demás, la literatura de todo orden sobre la barbarie del siglo XX es extensísima.

[75] M. Halbwachs, *La mémoire collective..., op. cit.*, p. 43.

[76] Las citas en M. Halbwachs, *op. cit.*, pp. 46 y ss.

[77] K. Mannheim: *El problema..., op. cit.*, p. 214.

[78] *Ibidem.*

[79] Sobre ello son de interés las ya citadas P. Aguilar Fernández: *Memoria y olvido de la guerra civil española..., op. cit.*, y J. Arostegui: *La mémoire de la guerre..., op. cit.* Pero véase también un sugerente conjunto de ensayos en F. Moreno Gómez, C. Mir Cucó, A. Reig Tapia y otros: *Memoria y olvido sobre la guerra civil y la represión franquista.* Lucena, Córdoba, Ayuntamiento de Lucena, 2003.

[80] M. de Unamuno: *En torno al casticismo..., op. cit.*

[81] Véase el artículo «Memoria Colectiva», en J. Le Goff y otros (dir.): *La Nueva Historia.* Bilbao, Mensajero, 1988, pp. 455 y ss.

[82] R. G. Collingwood: *Idea de la Historia.* México, FCE, 1952 (1.ª ed. 1946), especialmente en sus pp. 212 y ss. y 271 y ss.

[83] El término historicidad es en castellano un neologismo también, que el diccionario de la RAE define como «condición de histórico», definición lo suficientemente breve como para no prestarse a equívocos, pero con el inconveniente de su escasa virtualidad explicativa.

[84] P. Ricoeur: *Tiempo y narración, op. cit.*, vol. III: *El tiempo narrado,* p. 737. Posteriores y amplias reflexiones del mismo autor, en la estela también siempre de la fenomenología, de la hermenéutica y de Heidegger, sobre la historicidad y la experiencia temporal se contienen en *La Memoria, la Historia..., op. cit.*, particularmente en pp. 463 y ss.

[85] E. Lamo de Espinosa: *La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico.* Madrid, CIS, 1990, p. 64.

[86] P. Ricoeur: *Tiempo y narración*, III, pp. 737-738.

[87] St. Toulmin: *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad.* Barcelona, Península, 2001 (original de 1990), pp. 68 y ss. y 169 y ss.

[88] El lugar más conocido de estas reflexiones es el libro de J. F. Lyotard: *La condición postmoderna.* Madrid, Cátedra, 1984. Dos reflexiones en sentido distinto, J. Habermas: *El discurso filosófico de la modernidad.* Madrid, Taurus, 1989, y A. Touraine: *Critique de la Modernité.* París, Fayard, 1992 [ed. cast.: *Crítica de la modernidad,* Madrid, Temas de Hoy, 1993].

[89] Es un concepto tomado de A. Giddens: *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea.* Barcelona, Península, 1995 (original inglés de 1991), pp. 37 y ss.

[90] P. Ricoeur: *Tiempo y narración, op. cit.*, I. La narratividad es, según se sabe, el *leit motiv* de todo este trabajo, teniéndola por una verdadera reconstrucción, configuración o refiguración, expresión del autor, del tiempo. Su Cuarta Parte (vol. 3) es «El tiempo narrado», la conclusión general.

[91] A. Giddens: *Consecuencias de la modernidad..., op. cit.* p. 31.

[92] H. G. Gadamer: *El problema de la conciencia histórica.* Madrid, Tecnos, 1993, p. 41.

[93] *Ibidem,* pp. 42-43.

[94] A. Giddens: *Modernidad e identidad del yo..., op. cit.*, pp. 30 y ss.

[95] Unas precisiones muy ilustradoras sobre el verdadero sentido del relativismo en A. Valdecantos: *Contra el relativismo.* Madrid, Visor, 1999.

[96] Desde el plano historiográfico, véase A. Morales Moya: «En torno al auge de la biografía». *Revista de Occidente* (Madrid), n.º 74-75, julio-agosto, 1987, pp. 61-76 (número dedicado a la Biografía). Y de este mismo autor también, «Biografía y narración en la historiografía actual». En *Problemas actuales de la Historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos.* Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 229-257.

[97] Al hablar de las formas de la cultura en las sociedades actuales, capítulo 8, volveremos a insistir de modo algo más ejemplificador en estas características.

[98] Ch. Wright Mills: *La imaginación sociológica, op. cit.*, p. 25.

[99] *Ibidem,* pp. 25-26.

[100] P. Bourdieu: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción.* Barcelona, Anagrama, 1997 (original de 1994), p. 74.

[101] Por mi parte, me he referido concretamente a esto con alguna detención en «Identidad, mundialización e "historización de la experiencia"». *Hispania,* Madrid, LVIII/1, n.º 198 (1998), pp. 100 y ss.

102 A. Giddens: *Modernidad...*, *op. cit.*, p. 95.

103 E. Gallego: «Flotante en la biografía». *Revista de Occidente*, Madrid, *op. cit.*, p. 49

104 A. Morales Moya: *En torno al auge actual de la biografía...*, *op. cit.*, p. 65.

105 Ambos significados son las dos primeras acepciones propuestas por el diccionario de la RAE, que, como con frecuencia, ni es preciso ni es completo en sus definiciones.

106 M. de Certeau: *L'ecriture de l'histoire*. París, Éditions Gallimard, 1975.

107 F. Crespi: *Acontecimiento y estructura...*, *op. cit.*, p. 58.

108 Las citas proceden de R. Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, *op. cit.*, pp. 49 y 50.

109 *Ibidem*, p. 62.

110 Gadamer, *Verdad y Método...*, *op. cit.*, p. 25. Las cursivas son de Gadamer.

111 J. Mosterin: *Filosofía de la Cultura*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 31 y ss.

112 Véase la exposición de P. Ricoeur: *La Memoria, la Historia...*, *op. cit.*, p. 44 y ss., en la que parte de las explicaciones previas que diera Bergson sobre la diferencia entre memoria-hábito y memoria-recuerdo.

113 Ph. Burrin: «L'historien et l'historisation». En *Écrire...*, *op. cit.*, p. 77.

114 R. Koselleck: *Futuro pasado*, *op. cit.*, p. 315.

115 H. Rousso: «L'histoire du temps présent, vingt ans après». *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, París, 75, juin, 2000, p. 28.

116 P. Nora, *Presente*, *op. cit.*, p. 531.

117 R. Nisbet: *Historia de la idea de progreso*. Barcelona, Gedisa, 1991, pp. 254 y ss. También del mismo autor, *Social Change and History*, Oxford U.P., 1969, donde estudia la «metáfora del crecimiento» como carácter esencial de toda la teoría occidental del desarrollo.

118 H.-G. Gadamer: *Verdad y Método*, *op. cit.*, pp. 25-26.

119 Todas estas expresiones están tomadas de A. Giddens: *Modernidad e identidad el yo...*, *op. cit.*, véase el epígrafe «La experiencia secuestrada», pp. 185 y ss.

120 P. Nora: *De l'histoire contemporaine...*, *op. cit.*, p. 45.

121 G. Bachelard: *La intuición...*, *op. cit.*, p. 24.

122 B. Croce: *La storia come pensiero e come azzione*. Bari, Laterza e Figli, 1943.

Capítulo 5. La explicación histórica de nuestro tiempo

1 Véase J. P. Rioux: *Historia del Tiempo Presente y demanda social...*, *op. cit.*, p. 72

2 P. Kennedy: *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona, Plaza y Janés, 1994 (1.ª ed. estadounidense de 1987), p. 683

3 Esta idea la he desarrollado y argumentado más detenidamente en J. Arostegui: *La investigación histórica...*, *op. cit.*, pp. 225 y ss., por lo que no parece preciso insistir aquí en ello.

4 R. Heilbroner: *Visiones del futuro. El pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana*. Barcelona, Paidós, 1996 (1.ª ed. estadounidense de 1995), p. 112.

5 La expresión terceras revoluciones la empleamos por analogía con las expresiones comúnmente empleadas de una tercera revolución industrial, de la que se habla a propósito de la digitalización, de una tercera ola de democratizaciones o a un tercer orden internacional en el siglo XX, el de posguerra fría. Una exposición más detallada de ese tránsito puede verse en J. Arostegui, C. Buchrucker y J. Saborido (dirs.): «Introducción», en *El mundo contemporáneo: Historia y problemas*. Barcelona, Crítica-Biblos, 2001.

6 La historia de la Guerra Fría cuenta con una producción bibliográfica muy extensa. Como introducción puede verse el muy completo libro de F. Veiga, E. U. da Cal y A. Duarte: *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría, 1941-1991* (con Cronología y Bibliografía), Madrid, Alianza Editorial, 1997. También, para los orígenes del periodo. W. Knapp: *A History of War and Peace, 1939-1965*. Londres, Oxford University Press, 1967. D. Rees: *The Age of Containment. The Cold War*. Londres, The McMillan Press, 1967. Pueden ayudar Ch. Zorgbibe: *Historia de las relaciones internacionales. 2. De Yalta hasta nuestros días*. Madrid, Alianza Editorial, 1997 (original francés de 1995), y J. C. Pereira (ed.): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Barcelona, Ariel, 2001.

[7] G. Parmentier: *Le rétour de l'Histoire. Strategie et rélations internationales pendant et après la Guerre Froide.* Bruselas, Éditions Complexe, 1993. Seguramente fueron los años sesenta el momento álgido de la polémica ideológica entre Este y Oeste, o entre intelectuales influidos por el marxismo y aquellos otros que rechazan de plano su influencia. La comparación entre Marcuse y Popper (o entre neopositivismo y Escuela de Frankfurt) puede ser un ejemplo de esto. Una muestra del pensamiento sobre la Europa de la época, en «A New Europe?» *Daedalus* (Richmond, Viriginia), invierno, 1964 (número monográfico sobre el asunto). También P. A. Sorokin: *Tendencias básicas de nuestro tiempo.* Buenos Aires, La Pléyade, 1969, donde cree que habrá una conciliación o hibridismo entre el Oeste y el Este.

[8] Se trata de una nueva situación descrita con precisión por Luis E. Otero: «Hacia una nueva era...». En *Historia del Mundo Moderno,* vol. 3. Barcelona, Océano (2000), pp. 326 y ss.

[9] La literatura de todo orden sobre las crisis de 1968 es también amplia. Véase el interesante libro de E. Pinilla de las Heras: *Reacción y revolución en una sociedad industrial.* Buenos Aires, Signos, 1970. Y también R. Aron: *La Révolution introuvable. Rélexions sur les événements de mai.* París, Fayard, 1968. Igualmente, A. Touraine: «Una reflexión al hilo de la ruptura de mayo». En: *La sociedad post-industrial.* Barcelona, Ariel, 1969 (original francés del mismo año).

[10] Un testimonio de primera mano de uno de los principales líderes D. Cohn-Bendit: *La revolución y nosotros que la quisimos tanto.* Barcelona, Anagrama, 1987 (original francés de 1986).

[11] A. Nieto: *La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos.* Barcelona, Ariel, 1971 (el libro fue escrito en 1969).

[12] J. Lukaszewski (ed.): *Las democracias populares después de Praga.* Madrid, Moneda y Crédito, 1973 (original belga de 1970). Un conjunto de trabajos de analistas occidentales, de la Comunidad Europea mayoritariamente, sobre las perspectivas y bloqueos del mundo comunista tras la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia.

[13] Un análisis muy lúcido, que compara América y Europa, en relación con las repercusiones culturales del 68 es el de A. Huyssen: «Palimpsesto 1968: Estados Unidos/Alemania». En: *En busca del futuro perdido..., op. cit.,* pp. 227 y ss. Otra perspectiva de la crisis abierta y su prolongación en los años setenta la presenta M. Gallo: *Manifeste pour un Fin de Siècle obscure.* París, Éditions Odile Jacob, 1989.

[14] Se trata de las conocidas periodizaciones introducidas por E. J. Hobsbawm: *Historia del siglo XX, 1914-1991.* Barcelona, Crítica, 1995 (original inglés de 1994).

[15] E. Mandel: *El capitalismo tardío.* México, Era, 1979 (1.ª ed. alemana de 1972).

[16] La descripción histórica precisa de esa caída puede seguirse en varias obras, como las ya citadas de Veiga y otros, Zorgbibe, etc. Véanse las reflexiones contenidas I. de la Nuez (ed.): *Paisajes después del Muro. Disidencias en el poscomunismo diez años después de la caída del Muro de Berlín.* Barcelona, Península, 1999.

[17] F. Fukuyama: «The End of History?». En *The National Interest,* (Washington), verano, 1989.

[18] Cfr. C. Bertram , A. Chitty (eds.): *Has History ended? Fukuyama, Marx, Modernity.* Aldershot, Avebury, 1996. Ch. Hill, St. Rugby, H. Brogan y otros: *A propósito del fin de la historia.* Introducción de Alan Ryan. Valencia, Editions Alfons el Magnànim, 1994 (original inglés de 1992). «La fin de l'Histoire» (dossier). En *Communications* (París), n.º 50, verano, 1990. Contiene una «Réponse à mes contradicteurs» del propio Fukuyama.

[19] R. Vinen: *Europa en fragmentos. Historia del Viejo Continente en el siglo XX.* Barcelona, Península, 2002, p. 16 (original inglés de 2000).

[20] Es el caso de la difundida obra de Th. Garton Ash: *Historia del Presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90.* Barcelona, Tusquets, 2000 (original inglés de 1999).

[21] J. L. Gaddis: «The Post-cold war era –let us call it that for want of any better termo– began with the collapse of one structure, The Berlin Wall on November 9, 1989...». En S. Talbott y N. Chanda (eds.): *The Age of Terror. America and the World alter september 11.* Nueva York, Basic Books and Yale Center for the Study of Globalisation, 2001, p. 3.

[22] En el caso de España esta experiencia de la generación activa o central no es ya propiamente la de la transición, sino que ha sido transferida hacia la experiencia propia de los años noventa, la postransición...

[23] Ch. Tilly: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes.* Madrid, Alianza Editorial, 1991 pp. 33 y ss. (original estadounidense de 1984).

[24] R. Rémond: *Introduction à l'Histoire de notre temps. 3. Le XXe siècle.* París, Éditions du Seuil, 1974.

[25] Ejemplo citado en J. S. Nye jr.: *La paradoja del poder norteamericano.* Madrid, Taurus, 2003, p. 128 (original de 2002).

[26] A. Giddens: *Modernidad e identidad del yo..., op. cit.*, 23. (1.ª ed. inglesa de 1991). A. Giddens ha vuelto sobre este mismo problema de los desajustes en una nueva obra, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas.* Madrid, Taurus, 2001 (original inglés de 2000).

[27] Un ejemplo de análisis especialmente célebre de la estabilidad de las condiciones de la relación del hombre con el entorno durante siglos se contiene en F. Braudel: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II.* México, FCE, 1953 (y ediciones posteriores), 2 vols. Véase especialmente su Primera Parte, vol. 1. Sobre la Historia inmóvil ha escrito otro de los integrantes de la escuela de los Annales, E. Le Roy-Ladurie. La observación ha sido hecha igualmente por R. Heilbroner en la obra ya citada, *Visiones de futuro,* así como la evolución a muy largo plazo es analizada en obras también citadas ya aquí que enfocan la *big history* como la de E. Spier.

[28] J. Jedlicki: «La revolución de 1989: el peso de la Historia». En *Historia y Fuente Oral* (Barcelona), vol. 5, 1991, pp. 5 y ss. En cualquier caso, el desconocimiento por parte del autor de algunas características de la Historia europea contemporánea desmerecen en este interesante texto.

[29] Es el tema de U. Beck: *La sociedad del riesgo.* Barcelona, Gedisa, 1998 (la edición original es de 1986).

[30] Cuestiones a las que aluden los ya citados libros de A. Giddens y, por ejemplo, el de I. Ramonet: *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo.* Madrid, Temas de Debate, 1997.

[31] J. Vidal Beneyto (dir.): *La ventana global. Ciberespacio, esfera pública mundial y universo mediático.* Madrid, Taurus, 2002, p. 14.

[32] S. P. Huntington: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial.* Barcelona, Paidós, 1997 (la edición original es de 1996). De nuevo ha vuelto sobre el tema en *¿Choque de civilizaciones?* Madrid, Tecnos, 2002 (original de 2001).

[33] M. Gallo: *Manifeste..., op. cit.*

[34] A este efecto pueden recordarse algunos de esos pronósticos de fuentes diversas. P. Kennedy: *Hacia el siglo XXI.* Barcelona, Plaza y Janés, 1993 (original estadounidense de 1993); G. O. Barney (dir.): *El mundo en el año 2000. En los albores del siglo XXI. Informe técnico.* Madrid, Tecnos, 1982 (original estadounidense: *The Global 2000. Report for the President,* 1981); L. Thurow: *La guerra del siglo XXI.* Madrid, Vergara editor, 1992; de R. Heilbroner, además del libro ya citado, puede verse *La economía del siglo XXI.* Barcelona, Península, 1996 (original de 1992).

[35] Una confusión sobre la que alertó con la acostumbrada lucidez Marc Bloch al hablar del «mito de los orígenes» como explicación inadecuada de los procesos históricos nuevos.

[36] Un concepto definido y empleado por J. S. Nye: *La paradoja..., op. cit.,* sobre el que volveremos más adelante.

[37] A. Giddens: *Consecuencias de la modernidad..., op. cit.*

[38] R. Bahro: *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente.* Madrid, Alianza Editorial, 1980 (original alemán de 1977).

[39] Éste es el tono general de los textos que se contienen en el libro ya citado *A propósito del fin de la Historia..., op. cit.*

[40] P. Anderson: *Los fines de la Historia.* Barcelona, Anagrama, 1996 (original inglés de 1994).

[41] F. Lyotard: *La condición posmoderna. Informe sobre el saber.* Madrid, Cátedra, 1984. Como es sabido este libro es fundamentalmente una crítica de la razón ilustrada.

[42] G. Barraclough: *Introducción a la historia contemporánea.* Madrid, Guadarrama, 1965 (y ediciones posteriores, 1.ª ed. inglesa 1964).

Capítulo 6. Buscando un nuevo orden

[1] Un libro que sigue conservando su valor como amplia introducción a las estrategias mundiales en el mundo moderno es el de P. Kennedy: *Auge y caída de las Grandes Potencias, op. cit.* También conserva su interés el completo libro de C. Alonso Zaldívar: *Variaciones sobre un mundo en cambio.*

Madrid, Alianza Editorial, 1996, a pesar de que este tipo de libros quedan rápidamente desfasados por los acontecimientos.

[2] Una visión histórica en el largo plazo, del siglo XIX al XXI, en J. J. Mearsheimer: *The Tragedy of Great Powers Politics.* Nueva York, W.W. Norton & Company, 2001.

[3] Véase la bibliografía sobre la Guerra Fría citada anteriormente. Recursos de trabajo en www.wwics.si.edu/:Cold War Internacional History Project. Son de interés los «Working Papers» publicados por este proyecto, disponibles on-line.

[4] Este proceso puede seguirse bien en algunos testimonios de primer orden, como el del antiguo secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger. Véase su obra *Diplomacia.* Barcelona, Ediciones B, 1996 (original de 1994), cap. 1 y pp. 819 y ss.

[5] R. Vinen: *Europa en fragmentos..., op. cit.*, p. 565. Libro, desgraciadamente, muy descuidado en su traducción castellana.

[6] Como escribiera el citado H. Kissinger, la detente entre los bloques puesta en marcha en los años setenta suscitaba sus «descontentos». Esa situación fue evolucionando hacia la búsqueda de la supremacía definitiva en los años ochenta. H. Kissinger: *Diplomacia..., op. cit.*, p. 787.

[7] Una de las más extendidas denuncias de esta política fue la formulada por E. P. Thompson: *La guerra de las galaxias.* Barcelona, Crítica, 1984 (con la colaboración de Ben Thompson).

[8] R. Dahrendorf: *Reflexiones sobre la revolución en Europa. Carta pensada para un caballero de Varsovia.* Barcelona, Emecé, 1990, p. 7.

[9] Th. Garton Ash: *Historia del Presente, op. cit.*; M. Castells: *La nueva Revolución Rusa.* Madrid, Sistema, 1992.

[10] Cfr. C. Taibo: *Las transiciones en la Europa Central y Oriental. ¿Copias de papel carbón?* Madrid, Los Libros de la Catarata, 1998.

[11] «El Este va al Oeste», *El País*, Madrid, 22 de marzo de 1990, páginas extra. En ellas, el dirigente socialista francés Michel Rocard escribía un texto titulado «El siglo XXI ha comenzado ya». Otra prueba más del nuevo ambiente en «El mundo de los 90», *El País*, Madrid, Extra, 17 de diciembre de 1990, 95 pp. Informe preparado por World Media que contaba con amplia colaboración de políticos y ensayistas del momento, de Europa y América.

[12] Sobre la historia factual de las transformaciones en la Europa centro-oriental, existe, como puede suponerse, amplia bibliografía internacional. Una visión general excelente del panorama histórico de la II Guerra Mundial a la década poscomunista, en J. Rothschild y N. M. Wingfield: *Return to Diversity. A political History of East Central Europe since World War II.* Nueva York, Londres, Oxford University Press, 2000 (3.ª ed.) (hay edición en e-book). Véase en castellano J. Giron (ed.): *La transición democrática en el Este y Centro de Europa.* Oviedo, Universidad de Oviedo, 1997; C. González Enríquez y C. Taibo: *La transición política en Europa del Este.* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1996; R. M. Martín de la Guardia y G. A. Pérez Sánchez: *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días.* Madrid, Síntesis, 1995, y A. Biagini y F. Guida: *Medio siglo de socialismo real.* Barcelona, Ariel, 1996 (original italiano de 1994).

[13] C. Taibo: *Las transiciones..., op. cit.*, véase su punto 5.

[14] Los modelos de socialismo establecidos en cada país, especialmente en lo económico, pueden verse en R. F. Staar: *La Europa comunista: economía y sociedad.* Barcelona, Playor, 1983 (original estadounidense varias veces reeditado por la Universidad de Stanford entre 1967 y 1982). Es también importante D. Lane: *El estado socialista industrial. Una sociología política del socialismo de estado.* Madrid, Pirámide, 1979 (original inglés de 1976). Trata de los diferentes modelos en la Parte Segunda.

[15] Un panorama que puede seguirse también muy bien en la conocida obra de F. Fejtö: *Historia de las democracias populares.* Barcelona, Martínez Roca, 1971, 2 vols., que llega prácticamente a 1970 (edición original francesa de 1969).

[16] Eslovenia, Croacia, Macedonia, Federación Bosnia-Croata-Musulmana, Yugoslavia (con el estatuto particular provisional de Kosovo, bajo control internacional).

[17] También es extensa la bibliografía acumulada ya sobre la desaparición de la URSS, en todas las lenguas. Véanse bibliografías de la producción en inglés en www.russian-history.com. R. Service: *Historia de Rusia en el siglo XX.* Barcelona, Crítica, 2000 (original inglés de 1997). Una visión de conjunto, en C. Taibo: *La explosión soviética.* Madrid, Espasa Calpe, 2000: *El espacio ruso-soviético en el siglo XX (Nueva edición actualizada).* Madrid, Síntesis, 1999. H. Carrere D'Encause: *El triunfo*

de las nacionalidades. El fin del imperio soviético. Madrid, Rialp, 1990. Un relato periodístico de gran calidad, en R. Poch de Feliú: *La gran transición. Rusia, 1985-2002*. Prólogo de Roi Medveded. Barcelona, Crítica, 2003.

[18] M. Malia: *The Soviet Tragedy. A History of Socialism in Russia (1917-1991)*, Nueva York, The Free Press, 1994. M. McAuley: *Russia's Politics of Uncertainty*. Cambridge, Cambridge University Press, 1997. Véase también R. Poch de Feliú: *La gran transición..., op. cit.*, pp. 31 y ss.

[19] El problema de las nacionalidades en todo este procesos ha sido especialmente destacado por H. Carrere D'Encause, *El triunfo de las nacionalidades..., op. cit.* Existe una amplia publicística producida en la URSS del momento, por cuenta de las editoriales del Estado, en apoyo de la política de Gorbachov, traducida a las principales lenguas. A propósito de las nacionalidades, M. Dzhunúzov: *Las naciones y la perestroika*. Moscú, Agencia de Prensa Novosti, 1989.

[20] R. Poch de Feliú: «Los desconciertos de la glassnost», *La gran transición..., op. cit.*, pp. 67 y ss.

[21] A. Shleifer y D. Treisman: *Without a map: political tactics and economic reform in Russia, 1991-2000*. Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 2000. Véase el artículo del economista español L. A. Rojo: «La URSS sin plan y sin mercado». En *Claves de Razón Práctica* (Madrid), n.º 1, abril de 1990, pp. 26-33, y en el mismo número de esa revista, M. Castells: *El fin del comunismo*, pp. 33-40.

[22] Las Repúblicas federadas eran, además de la Federación Rusa, Bielorrusia, Ucrania, Lituania, Estonia, Letonia, Armenia, Azerbaiyán, Georgia, Kazajistán, Kirguizhistán, Tadzjikistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Moldavia. Dentro de muchas de las Repúblicas federadas había subdivisiones en Repúblicas y Regiones Autónomas.

[23] R. Poch de Feliú: La gran transición..., *op. cit.*, pp. 103 y ss.

[24] Las obras de los primeros noventa muestran estas creencias y posibilidades. Véase R. Dahrendorf: *La revolución en Europa..., op. cit.*

[25] Cfr. las obras ya citadas en nota 21. Será muy útil también la consulta de la revista electrónica *Papeles del Este, Transiciones Poscomunistas*. www.ucm.es/BUCM/cee/papeles/, seis números publicados desde 2000, con numerosos artículos de interés sobre el asunto.

[26] Como información general, véase C. Taibo y J. C. Lechado: *Los conflictos yugoslavos. Una Introducción*. Madrid, Fundamentos, 1995 (3.ª ed.). F. Veiga: *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo*. Barcelona, Grijalbo, 1995, y la nueva edición de ese mismo libro *La trampa balcánica*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 2002.

[27] Véanse los libros ya citados de M. Malia: *The Soviet Tragedy..., op. cit.*, y McAuley: *Russia's Politics of Uncertainty..., op. cit.*

[28] H. Carrère D'Encausse: *El triunfo de las nacionalidades, op. cit.*

[29] M. Castells: «La crisis del comunismo». En *La nueva revolución rusa, op. cit.*, especialmente pp. 29 y ss.

[30] Es la tesis expuesta por el reformista marxista alemán R. Bahro en *La alternativa..., op. cit.*

[31] Hay muchas muestras de la dificultad que había en 1989-1990 para enjuiciar el fenómeno que se estaba produciendo y vaticinar su resultado. Véase el conjunto de estudios, bastante escépticos, reunido en J. E. Tedstrom: *Socialism, Perestroika, and the Dilemmas of Soviet Economic Reform*. Boulder, Westview Press, 1990. Y en J. Girón (ed.): *La transición democrática..., op. cit.* Lo mismo se observa en toda la prensa occidental de la época.

[32] «Varios cientos de millones de personas que habían vivido bajo regímenes marxistas de repente se convirtieron en ciudadanos de Estados dispuestos a conceder una oportunidad a los mercados», P. Krugman: *El retorno de la economía de la depresión*. Barcelona, Crítica, 2000, p. 96.

[33] Véase «Retos», *El País*, Madrid, Extra preparado por World Media, 1 de febrero de 1996. Los asuntos contemplados eran los nacionalismos, la izquierda política, Asia y su despertar, el desafío verde, las religiones y las mafias.

[34] Las fuentes estadísticas consultables son numerosas. Pueden obtenerse en las distintas páginas web de la ONU, y de otros organismos internacionales y entidades privadas www.unodc.org /unodc/en/unlinks.htm. Véanse anuarios como *El Estado del Mundo, 2003*. Madrid, Akal, 2002, o *Informe sobre el Desarrollo Humano. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo* (PNUD), que se publica anualmente desde 1990. Páginas web de interés son www.cidcm.ucm.edu/inscr/polity donde se encuentra el Proyecto Polity IV con información especialmente política de todo el mundo.

[35] El hecho de que la consideración de la Historia Política debe desbordar ese marco es cosa aceptada. Obras de referencia son M. Mann: *Las fuentes del poder social.* Madrid, Alianza Editorial, 1991-1997, 2 vols. (original inglés de 1986 y 1993). Véase también «La Historia Transnacional», en *Studia Historica. Historia Contemporánea,* Salamanca, vols. 16 y 17, 1998-1999, dos monográficos dedicados al asunto.

[36] Lo de las «fuerzas profundas» que dirigen la política internacional fue un concepto acuñado por P. Renouvin: *Historia de las relaciones internacionales.* Madrid, Aguilar, 1969 (reedición de Akal, Madrid, 1982. Original francés de 1955).

[37] Una página de Internet que presenta una variada perspectiva de problemas internacionales actuales se contiene en http://www.globalissues.org/

[38] Además de las orientaciones que sobre estos espacios se presentan en el libro de M. Castells: *La era de la información.* Madrid, Alianza Editorial, 1998, 3 vols. (1.ª ed. en castellano del original inglés de 1996-1998), especialmente en el vol. 3: *Fin del milenio,* véanse C. Alonso Zaldivar: *Variaciones..., op. cit.;* A. Ortega: *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio.* Madrid, Taurus, 2000.

[39] Para una visión de la occidentalización japonesa puede verse E. O. Reischauer: *Japan, the History of a Nation.* Nueva York, A. Knopf, 1986 (2.ª ed.) (hay traducción francesa). También C. Schirokauer: *A Brief History of Japanese Civilization.* Fort Worth, Harcour Brace & Co., 1993. Con amplia bibliografía inglesa.

[40] Acerca del desarrollo más reciente de Japón puede verse M. Kane: *Breve historia de Japón.* Madrid, Alianza Editorial, 2003.

[41] Una recesión que no fue prevista en ciertas exposiciones hechas en los años ochenta o noventa como las citadas de P. Kennedy: *Hacia el siglo XXI, op. cit.,* o L. Thurow: *La guerra del siglo XXI..., op. cit.,* entre otras.

[42] Para una primera perspectiva de la historia estadounidense más cercana, véase *The United Status History Index* en www.ku.edu/history/VL/USA . Aprovechemos la ocasión para señalar la extraordinaria utilidad a todos los efectos de la WWW Virtual Library, www.vlib.org

[43] Las luces y sombras del proceso económico pueden verse en R. Brenner: *La expansión económica y la burbuja bursátil.* Madrid, Akal, 2003 (edición original de 2002), donde se intenta explicar la desembocadura en la crisis de 1998. O la última, hasta el momento, lección del prolífico J. Stiglitz: *Los felices 90. La semilla de la destrucción.* Madrid, Taurus, 2003 (original de 2002), un análisis de los problemas y errores de la economía norteamericana en esa década y sus consecuencias actuales.

[44] Un estudio muy completo sobre los problemas de la ampliación en http://www.iberglobal.com/redri/link.asp?destino; http://www.mcx.es/polcomer/estudios/ice/ICE4.asp

[45] Entre la muy abundante bibliografía puede consultarse C. M. Bru Purón (dir.): *Diccionario de la Unión Europea.* Madrid, Universitas, 1999. También «Breve Diccionario del Tratado de Unión Europea». En *Politica Exterior* (Madrid), VI, n.º 29, otoño 1992. Ch. Piening: *Global Europe. The European Union in World Affairs.* Londres, Lynne Rienner Pub., 1997. Toda la información en Internet sobre la UE en http://europa.eu.int/; igualmente www.europa.eu.int/treaties

[46] Los países que permanecen fuera son Suecia, Dinamarca y Gran Bretaña. En Dinamarca antes y en Suecia en 2003 sendos referéndums rechazaron la entrada. Gran Bretaña no ha efectuado ese referéndum.

[47] Cfr. *Papeles del Este,* www.ucm.es/BUCM/cee/papeles/, n.º 2, 2001.

[48] St. White: *Russia's new politics: the management of a postcommunist society.* Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

[49] B. Yeltsin: *Los diarios del presidente.* Barcelona, Plaza y Janés, 1995; E. Sakwa: *Russian politics and society.* Londres, Routledge, 1997; C. Taibo: *La Rusia de Yeltsin.* Madrid, Síntesis, 1995; *ibidem: La lucha por una nueva Rusia,* Madrid, 1998. Testimonios periodísticos de interés son, además del ya citado de Poch de Feliú, el de P. Bonet: *La Rusia imposible: Boris Yeltsin, un provinciano en el Kremlin,* Madrid, El País-Aguilar, 1994, y D. Remnick: *Resurrection, The Struggle for a New Russia.* Nueva York, Vintage Books, 1998, que cubre el periodo hasta 1996.

[50] M. McAuley: *Russia's Politics of Uncertainty, op. cit.* Véase también J. Saborido: *La economía entre dos siglos. El capitalismo globalizado y la restauración capitalista en Rusia y China.* Buenos Aires, Biblos, 2001.

[51] N. Robinson (ed.): *Institutions and political change in Russia.* Nueva York, St. Martin's Press, 2000. Sobre la subida de Putin al poder, P. Rutland: «Putin's Path to Power». En *Post-Soviet Affairs,* que puede consultarse también en www.uh.edu/~pgregory/conf/Rutland

[52] A. Lieven: *Chechnya. The Tombstone of Russian Power.* New Haven-Londres, Yale University Press, 1997. Véase también R. Poch de Feliz: *La gran transición..., op. cit.,* pp. 324 y ss.

[53] M. T. Klare: *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global.* Barcelona, Urano-Tendencias, 2003, pp. 111 y ss.

[54] Para el conocimiento de la historia y actualidad del conjunto del continente asiático existen algunos importantes recursos en Internet. Véanse, por ejemplo, *The Asian Studies www Monitor,* en www.coombs.anu.edu.au/asia-www-monitor.html. La revista *Asia Source,* en www.asiasource.org y www.ciolek.com *Asia Pacific Research on line.* También http://www.hartford-hwp.com/archives/55/index.html. En español puede verse http://www.casaasia.es/

[55] Estos países se incluyen en el segmento alto del ingreso per cápita y del Índice de Desarrollo Humano, salvo Arabia Saudí que lo hace en el medio.

[56] Como introducción a los problemas generales del mundo árabe hoy, véanse A. Segura: *Aproximación al mundo islámico.* Barcelona, UOC, 2002, y las obras de dos grandes especialistas franceses: G. Kepel: *La Yihad. Expansión y declive del islamismo.* Barcelona, Península, 2001 (original francés de 2000), y O. Roy: *Genealogía del islamismo.* Barcelona, Bellaterra, 1996 (original francés de 995). Sobre el Afganistán de los talibanes puede verse el excelente libro de un periodista A. Rashid: *Los Talibán. El Islam, el petróleo y el nuevo «Gran Juego» en Asia Central.* Barcelona, Península, 2001 (edición original de 2001), anterior a los problemas derivados del 11 de septiembre.

[57] A. Mc Grew y Ch. Brook: *Asia-Pacific in the New World Order.* Londres, Nueva York, Routledge, 1998.

[58] S. S. Kim (ed.): *East Asia and Globalization.* Nueva York, Rowman y Littlefield, 2000 (2.ª ed.).

[59] Véase la interesante síntesis que hace M. Castells: *La era..., op. cit.,* 3.ª ed., pp. 318 y ss. No más que como introducción a la historia china, pueden verse los excelentes y clásicos libros en buena parte autobiográficos de E. Snow, en especial *China. La larga revolución.* Madrid, Alianza Editorial, 1974 (aparecido en 1971). También P. Cavendish y J. Gray: *La revolución cultural y la crisis china.* Barcelona, Ariel, 1970 (original de 1968). Para los tiempos que han seguido a la muerte de Mao, J. K. Fairbank y M. Goldman: *China: A new History.* Harvard University Press, 1998 (edición ampliada), y B. J. Dickson: *Red capitalist in China: the Party, private Entrepreneurs and Prospects for Political Change.* Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

[60] M. Castells: *La era de la información..., op. cit.,* 3.ª ed., pp. 235 y ss. Castells incluye a Japón en este área. Aquí hemos mostrado ya la incertidumbre de esa ubicación.

[61] También se dispone en Internet de abundantes recursos para el estudio de la realidad africana reciente. Consúltese http://www.columbia.edu/cu/lweb/indiv/africa/cuvl/ y http://www.hartford-hwp.com/archives/30/index.html

[62] Como referencia general en Internet, http://lanic.utexas.edu/las.html . Para una visión general del desarrollo latinoamericano, véanse las publicaciones del IHEAL, en concreto G. Couffignal (dir.): *Amerique Latine.* París, IHEAL-La Documentation Française, 2002. También las publicaciones del Programa para el desarrollo de las Naciones Unidas, www.undp.org. Véase también el interesante colectivo «América 1992», en *Revista de Occidente,* Madrid, 131, abril 1992.

[63] S. Correa, C. Figueroa, A. Jocelyn-Holt y otros: *Historia del siglo XX chileno.* Santiago, Sura-mericana chilena, 2001.

[64] Un relato personal y explicativo de la crisis de diciembre de 2001, R. O. Fradkin: *Cosecharás tu siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina de diciembre de 2001.* Buenos Aires, Prometo libros, 2002.

[65] Sobre Centroamérica, véase A. S. Cardenal y S. Martí i Puig (comps.): *América Central, las democracias inciertas.* Madrid, Tecnos-UAB, 1998.

[66] M. Caballero: *La gestión de Hugo Chávez.* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2000.

[67] Datos extraídos de Center for Systemic Peace (http://members.aol.com/CSPmgm/). Véase I. Ramonet: *Las guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas.* Barcelona, Mondadori, 2002

(original de 2002). Y, además, para una visión general cuantitativa de los conflictos de la época Heidelberg Institute of International Conflict Research (HIIK) http://www.hiik.de/de/index_d.htm (en alemán e inglés. Publica en Barómetro anual de conflictos, el último de 2002), Institute of Global Conflict and Cooperation http://www-igcc.ucsd.edu/ entre otras consultas posibles.

[68] Este segundo aspecto tiene un tratamiento especial en P. Waldmann y F. Reinares (comps.): *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos en Europa y América Latina.* Barcelona, Paidós, 1999.

[69] V. Fisas Armengol: *Adiós a las armas ligeras. Las armas y la cultura de la violencia.* Barcelona, Icaria, 2000; A. Ruiz Miguel: «La violencia en las relaciones internacionales». En *Sistemas,* Madrid, 1996, pp. 132-133.

[70] I. Ramonet: *Las guerras..., op. cit.,* pp. 96 y ss.

[71] PNUD: *Informe sobre desarrollo Humano, 2002: Profundizar la democracia en un mundo fragmentado.* Madrid, Mundi Prensa, 2002

[72] A. Toffler: *Las guerras del futuro.* Barcelona, Plaza y Janés, 1993.

[73] M. Kaldor: *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global.* Barcelona, Tusquets, 2001, pp. 23 y ss. (original de 1999); M. T. Klare: *Guerras por los recursos..., op. cit.*

[74] Véanse los Anuarios del Centro de Investigación para la Paz y especialmente M. Aguirre y M. González Bustelo (coord.): *Tiempos difíciles. Guerra y Poder en el escenario internacional. Anuario CIP.* Barcelona, Icaria Editorial, 2003.

[75] Sobre el conflicto yugoslavo véase la bibliografía citada antes de C. Taigo, F. Veiga y J. Girón y S. Pajovic (eds.): *Los nuevos estados de la antigua Yugoslavia.* Oviedo, Universidad de Oviedo, 1999.

[76] A. Lieven: *Chechnya..., op. cit.*

[77] Entre la amplia bibliografía sobre el conflicto árabe-israelí puede verse en castellano Sh. Ben Ami: *¿Cuál es el futuro de Israel?* Barcelona, Ediciones B, 2002, e *Historia del Estado de Israel. Génesis, Problemas, realizaciones* (con Zvi Medim). Madrid, Rialp, 1992. M. A. Bastenier: *Israel-Palestina. La casa de la guerra.* Madrid, Taurus, 2002. Por su información jurídica, R. Bermejo García: *El conflicto árabe-israelí en la encrucijada: ¿Es posible la paz?* Pamplona, Eunsa, 2002. Y entre las diversas obras de D. Solar: *Sin piedad, sin esperanza: palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa.* Granada, Almed, 2002, y *El laberinto de Palestina. Un siglo de conflicto árabe-israelí.* Madrid, Espasa Calpe, 1997.

[78] Una visión amplia y completa de los conflictos africanos en http://www.globalissues.org/Geopolitics/Africa.asp

[79] Véase P. Waldmann y F. Reinares (comps.): *Sociedades en guerra civil..., op. cit.,* pp. 235 y ss.

[80] V. Fisas Armengol: *Cultura de la Paz y gestión de conflictos.* Barcelona, París, Icaria, UNESCO, 1998, y también del mismo autor, *Alerta 2002! Informe sobre los derechos humanos, conflictos armados y transferencias de armas...* Bellaterra, Cátedra-UNESCO sobre la Pau, 2002.

[81] Véanse las reflexiones generales de P. Heywood Hirst: *War and Power in the 21st Century: The State, Military Conflict, and the International System.* Oxford, Polity Press, 2002.

[82] M. Aguirre y M. González: «De Nueva York a Kabul». *Anuario CIP, 2002.* Barcelona, Icaris-Centro de Investigación para la Paz, 2002.

[83] Véase G. Kolko: *¿Otro siglo de guerras?* Barcelona, Paidós, 2003 (original estadounidense de 2002).

[84] N. Chomsky: *11/09/2001.* Barcelona, RBA, 2001, pp. 16 y ss. «Pura propaganda», dice Chomsky.

[85] Relatos los hay de todo tipo. La información en Internet es también muy amplia. Un dossier muy completo fue publicado por el diario *El País,* Madrid, 20 de septiembre de 2201, con el título «La primera guerra del siglo XXI». Véase la colección de documentos del gobierno de EE.UU. generados por el ataque en http://www.yale.edu/lawweb/avalon/sept_11/sept_11.htm , entre otras muchas páginas consultables.

[86] Es decir, en la consideración de movimiento conspirativo apoyado comprobadamente por organizaciones más o menos extensas, incluso Estados, cuyo objetivo sea conseguir resultados por el terrorismo sistemático. Un ejemplo del impacto de esta situación sobre las publicaciones del momento en F. Heisbourg y Fundación para la Investigación Estratégica: *Hiperterrorismo. La nueva guerra.* Madrid, Espasa Calpe, 2002 (original francés de 2002). El libro aporta amplia información sobre movimientos terroristas actuales.

[87] S. Talbot y N. Chanda (eds.): *The Age of Terror, op. cit.,* p. 2. El libro contiene contribuciones de autores importantes, como Paul Kennedy o Niall Ferguson.

[88] J. F. Hoge, Jr., y G. Rose (eds.): *How Did this Happen? Terrorism and the New War.* Nueva York, Public Affairs (Persesus Books), 2001.

[89] Algunas obras generales sobre terrorismo consultables son G. Wardlaw: *Political Terrorism. Theory. Tactics and counter-measures.* Londres, Cambridge University Press, 1982; W. Laqueur: *Fanaticism and the the Arms of Mass Destruction.* Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1999 (disponible también como e-book); M. Viewiorka: *El terrorismo. La violencia política en el mundo.* Barcelona, Plaza y Janés, 1991 (original francés de 1988); E. González Calleja: *El terrorismo en Europa.* Madrid, Arco/Libros, 2002; M. Reinares y B. Hoffman: «Una nueva era del terrorismo». En *Sistema,* Madrid, 132-133, junio 1996, pp. 289 y ss. (este número monográfico dedicado a «Violencia y Política» es de interés general para el asunto). Una información exhaustiva sobre los problemas mundiales del terrorismo en www.uncjin.org (United Nations Crime and Justice Information Network).

[90] Además de la bibliografía citada véase también S. del Campo (dir.): *Terrorismo internacional.* Madrid, Instituto de Cuestiones Internacionales, 1984.

[91] La ciencia política estadounidense y los funcionarios del aparato del Estado han dedicado mucho trabajo al asunto del terrorismo. Véase R. Clutterbuck: *Terrorism in a unstable World.* Londres y Nueva York, Routledge, 1994. En enero de 2001 aparecía P. R. Pillar: *Terrorism and U.S. Foreign Policy.* Washington, Brooking Institution Press, 2001. Véase también el documento de la ONU A/ 57/273 S/2002/875: «Informe del Grupo Asesor sobre las Naciones Unidas y el Terrorismo».

[92] A raíz de septiembre de 2001 EE.UU. ha promovido la confección de un registro de organizaciones calificadas de terroristas en todo el mundo.

[93] El caso de mayor resonancia es el de la variada obra de N. Chomsky, de quien puede verse, además de su página web http://www.zmag.org/chomsky/index.cfm, entre otras cosas *Secretos, mentiras y democracia.* Madrid, Siglo XXI, 1997 (conversaciones originales de 1994), *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales.* Barcelona, Paidós, 2002 (original de 2001), *Dos horas de lucidez.* Barcelona, Península, 2003 (original de 2001). En esa denuncia participaron ya también B. Russell o E. P. Thmpson.

[94] Véase el testimonio sobre el origen de esta decisión en B. Woodward: *Bush en guerra.* Barcelona, Península, 2003, especialmente pp. 63 y ss. (original estadounidense de 2002).

[95] Los momentos precedentes al comienzo de la guerra según la visión estadounidense pueden seguirse en «The Global Beat. The Center for War, Peace and the News media at New York University», http://www.nyu.edu/globalbeat/index031003.html

[96] Existen informaciones periodísticas de gran calidad sobre el comienzo de la guerra, como la contenida, por ejemplo, en «La misión de Bush», *El País,* Madrid, Extra, 21 de marzo de 2003, o «La guerra de los 20 días», *ibidem,* 13 de abril de 2003.

[97] Puede seguirse una sintética exposición de ello en M. González Bustelo: «Europa, ¿aliada o ayudante de campo?». En «De Nueva York a Kabul». *Anuario CIP, 2002..., op. cit.,* pp. 89 y ss.

[98] Véase de este autor «La guerra de Irak no fue anticipatoria», *El Mundo,* Madrid, 21-22 de octubre de 2003.

[99] Véase la obra citada de Ch. Zorgbibe: *Historia de las relaciones internacionales..., op. cit.,* vol. 1. Una referencia clásica sigue siendo P. Renouvin (ed.): *Historia de las relaciones internacionales, op. cit.,* y sobre la Sociedad de Naciones la obra de consulta obligada es F. P. Walters: *Historia de la Sociedad de Naciones.* Madrid, Tecnos, 1971.

[100] Sobre la ONU, además de las obras citadas, véase el dossier «Cincuenta años de Naciones Unidas». En *Cuadernos de Historia Contemporánea,* Madrid, Universidad Complutense, n.º 17, 1995, con una relación de bibliografía en castellano.

[101] Lo que resulta el caso de la guerra contra Irak. Véase «La Guerra contra Irak». En *Tiempos difíciles. Guerra y poder en el sistema internacional, Anuario CIP,* 2003, pp. 29 y ss.

[102] P. K. O'Brien y A. Clesse: *Two Hegemonies: Britain 1846-1914 and the United States 1941-2001.* Aldershot (R.U.), Asghate, 2002. A propósito de la invasión de Irak, véase el artículo de un estratega «clintoniano». J. S. Nye: «EE.UU. no puede lograr unilateralmente sus objetivos», *El País,* Madrid, 24 de marzo de 2003.

[103] G. Kolko: *¿Otro siglo de guerras?..., op. cit.,* pp. 103 y ss. J. Mearsheimer: *The Tragedy of Great Power Politics..., op. cit.,* p. 360.

[104] Cfr. el clásico estudio de J. M.ª Jover: *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial.* Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.

[105] J. B. Duroselle: *La política exterior de los Estados Unidos. De Wilson a Roosevelt (1913-1945).* México, FCE, 1965.

[106] Véase J. P. Fusi: «El siglo americano». En *Cuadernos de Historia Contemporánea,* Madrid, 21, 1999, pp. 83-105.

[107] Entre la amplia bibliografía que puede consultarse sobre el tema, véase R. Aron: *La República imperial. Los Estados Unidos en el mundo (1945-1972).* Madrid, Alianza Editorial, 1976 (el original francés es de 1973). St. E. Ambrose: *Rise to Globalism. American Foreing Policy, 1938-1976* (ed. revisada). Harmondsworth, Penguin Books, 1979, y el revelador libro de W. W. Rostow: *La difusión del poder, 1957-1972.* Barcelona, Dopesa, 1973 (original de 1973).

[108] A. Robert y B. Kingsbury (eds.): *United Nations, Divided World. The UN's roles in International Relations.* Oxford, Oxford University Press, 1994.

[109] I. H. Daalder y J. M. Lindsay: *American Unbound. The Bush Revolution in Foreign Policy.* Nueva York, Brooking Institution Press, 2003. También J. Newhouse: *Imperial America. The Bush Assault on the World Order.* Nueva York, A. Knopf, 2003.

[110] F. I. Greenstein (ed.): *The George W. Bush Presidency. An early Assessment.* John Hopkins University Press, 2003.

[111] La más conocida exposición de estas diferencias es la del decidido teórico del unilateralismo estadounidense R. Kagan: *Of Paradise and Power. America and Europe in the New World Order.* Nueva York, Alfred Knopf, 2003 [ed. cast.: *Poder y debilidad...* Madrid, Taurus, 2003].

[112] Una de las más enérgicas contradicciones surgidas en ambiente europeo es la de E. Todd: *Después del imperio: ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano.* Madrid, Foca, 2003 (versión original francesa de 2003), pero podrían citarse muchas más obras.

[113] Ésta es la tesis de J. S. Nye: *La paradoja..., op. cit.,* pp. 212 y ss., que hace un análisis de las dos posturas enfrentadas.

[114] Cfr. V. Fisas Armengol: *Adiós a las armas..., op. cit.*

[115] Ejemplos de ello serían las obras citadas ya de Ramonet, Ortega, Kaldor, Giddens, Attali y otras muchas.

[116] Estudios y organizaciones dedicadas al estudio de la «gobernabilidad global» tienen una amplia representación en Internet. Puede consultarse, entre otras muchas cosas, http://www.sovereignty.net/p/gov/, y http://www.sovereignty.net/p/gov/timeline.html que contiene una cronología. http://www.iigov.org/seguridad/ , http://www.arts.ualberta.ca/ globalgovernance/espanol/ toc/v9n4.htm

[117] S. P. Huntington: *El choque..., op. cit.,* pp. 349 y ss.

[118] R. E. Hunter: «Ante los años 90», *El País,* Extra, 1990, p. 54.

[119] Tomo esta expresión del libro citado de A. Ortega: *Horizontes cercanos..., op. cit.*

[120] La expresión es del antiguo secretario general de la OTAN y actual mister PESC de la UE, Javier Solana.

Capítulo 7. Un mundo llamado global

[1] M. McLuhan: *War and peace in the global village; an inventory of some of the current spastic situations that could be eliminated by more feedforward.* Nueva York, McGraw-Hill [1968]. Véase también del mismo autor: *The global village: transformations in world life and media in the 21st century.* Nueva York, Oxford University Press, 1989 (existe versión castellana).

[2] I. Wallerstein: *El moderno sistema mundial.* Madrid, Siglo XXI, 1979-1999, 3 vols. que cubren hasta 1850. Wallerstein ha expuesto sus ideas sobre el *world system* en otros muchos textos. Véase también de él mismo, *The end of the World as we know it. Social Science for the Twenty-First Century.* Minneapolis, Minnesota University Press, 1999, con varios capítulos donde se discute el asunto.

[3] Cfr. O. Ianni: *Teorías de la globalización.* México, Siglo XXI, 1998. Una amplia discusión también del hecho en U. Beck: *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización.* Barcelona, Paidós, 1998 (original alemán de 1997).

[4] La obra clave de D. Held sobre la globalización es *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita.* Barcelona, Paidós, 1997 (edición original inglesa de 1995). La cita procede de un texto más reciente, D. Held y A. McGrew: *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial.* Barcelona, Paidós, 2003 (original de 2002), p.138.

[5] J. Saborido: «La globalización como proceso y destino», «La economía de la globalización», en J. Arostegui, C. Buchrucker, J. Saborido (dirs.): *El mundo contemporáneo..., op. cit.*, pp. 792 y ss.

[6] C. Taibo: *Cien preguntas sobre el nuevo desorden.* Madrid, Suma de Letras, 2003. El tema del libro es más amplio que la globalización, pero parte de ese asunto central.

[7] Z. Bauman: *La globalización, consecuencias humanas.* México, FCE, 1999 (1998), p. 135.

[8] Las respectivas direcciones de sus páginas web son http://www.imf.org/, http://www.wto.org/ y http://www.worldbank.org/.

[9] Giddens: *La Tercera vía. La renovación de la socialdemocracia.* Madrid, Taurus, 1999 (original inglés de 1998) y, del mismo autor, *La Tercera Vía y sus críticos.* Madrid, Taurus, 2001 (2000).

[10] J. Saborido: «La economía de la globalización», en J. Arostegui, C. Buchrucker, J. Saborido (dirs.): *El mundo contemporáneo..., op. cit.*, pp. 792 y ss.

[11] Véase como obra de conjunto sobre el panorama económico mundial *Claves de la Economía Mundial,* Madrid, Instituto Español de Comercio Exterior-Instituto Complutense de Estudios Internacionales, 2003, con abundante aparato estadístico.

[12] J. Stiglitz: *Los felices 90..., op. cit.*

[13] *El País,* Madrid, 7 de mayo de 2000. Agradecemos la cita a J. Saborido.

[14] El exponente mejor de esa discusión es J. Stiglitz: *El malestar en la globalización.* Madrid, Taurus, 2002, pp. 133 y ss. Consúltese http://globalresearch.ca/

[15] Son de extraordinario interés las consideraciones generales del libro citado de D. Held y A. McGrew: *Globalización/Antiglobalización..., op. cit.,* a partir de pp. 13 y ss.

[16] Relacionado con estos problemas se encuentra la concepción de una sociedad civil, supraestatal, es decir, «global». Véase el completo conjunto de estudios reunidos en J. Vidal Beneyto (dir.): *Hacia una sociedad civil global.* Madrid, Tarus, 2003.

[17] U. Beck: *¿Qué es la globalización?..., op. cit.* La discusión se aborda especialmente en pp. 99 y ss.

[18] Las resistencias y movimientos contrarios a la globalización «neoliberal» han ocupado también a bastantes autores, de los que presentan panoramas tanto los libros de Held, como los de Joseph Stiglitz, Susan George y otros más. Véase un interesante recuento de ello en P. Roma: *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales y alternativos.* Barcelona, Random House Mondadori, 2002. Un panorama más teórico de los problemas políticos y sociales de la globalización en J. C. Monedero (ed.): *Cansancio de Leviatán. Problemas políticos en la mundialización.* Madrid, Trotta, 2003. Con contribuciones de V. Navarro, M. Mann, C. Offe, entre otros.

[19] Véase, R. Fernández Durán, M. Etxezarreta y M. Sáez: *Globalización capitalista. Luchas y resistencias.* Barcelona, Virus y Baladre, 2001.

[20] Véase, a título ilustrativo, C. Taibo: «Pobreza y exclusión». En *Cien preguntas sobre el nuevo desorden..., op. cit.,* pp. 104 y ss.

[21] Es ese otro fenómeno al que se dedicó una especial atención en los tiempos posteriores a la descolonización sobre la base de la realidad del «intercambio desigual», con estudios tan significativos como los de P. Emmanuel, S. Amin, P. Bairoch, E. Mandel y demás, en los que no podemos detenernos aquí.

[22] Datos tomados de *El Estado del Mundo, op. cit.,* 2003.

[23] El alto número de agencias dependientes de la ONU puede ser analizado y sus producciones, parcialmente, consultadas a partir de www.un.org/spanish, que es la página principal de la organización. Existen otras muchas páginas particulares.

[24] En Internet también la ya citada página http://www.globalissues.org/

[25] ONU, *Estadísticas.* www.unstats.un.org

[26] Puede verse *Las nuevas invasiones.* Suplemento de *El País,* Madrid, 1991.

[27] www.undp.org

[28] No podemos extendernos en el desarrollo de estas cifras, por lo que es recomendable ver el «Informe» correpondiente a 2003, último aparecido hasta el momento.

[29] *Informe sobre el desarrollo humano 2002. Profundizar la democracia en un mundo fragmentado.* PNUD, edición en español, Madrid. Mundi-Prensa, 2002.

[30] Z. Bauman: *La globalización..., op. cit.*

[31] Un caso ilustrativo de la retórica de las declaraciones frente al reconocimiento de que los objetivos propuestos jamás son alcanzados puede verse en los *Objetivos de Desarrollo del Milenio.*

[32] Véase C. Taibo: *Cien preguntas sobre el nuevo desorden..., op. cit.,* especialmente su parte VIII.

[33] J. Stiglitz, antiguo funcionario de esa entidad, ha insistido particularmente a través de libros y escritos periodísticos en el papel en general nefasto para los países en desarrollo del FMI y el BM.

[34] Como una primera introducción crítica al asunto puede verse A. Mattelart: *Historia de la sociedad de la información.* Buenos Aires, Paidós, 2002 (original francés de 2001).

[35] Para una idea somera del desarrollo de la computación, la informática y toda la industria ligada a ello pueden verse, como introducciones sencillas, R. Michael: *A History of Computing Technology.* Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1985. W. Aspray: *John von Neumann y los orígenes de la computación moderna.* Barcelona, Gedisa, 1993. Un libro que presta atención a las consecuencias sociales y culturales del hecho, Ph. Breton: *Historia y crítica de la Informática.* Madrid, Cátedra, 1989 (1987). Desde un punto de vista distinto, N. Negroponte: *El mundo digital. El futuro que ha llegado.* Barcelona, Ediciones B, 2000 (original de 1995), entre otras muchas lecturas posibles. La revista más completa sobre cuestiones del mundo digital, dirigida por Negroponte puede verse en: www.wired.com.

[36] Según el apelativo que da título al libro de E. Luttwak: *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden con la globalización.* Barcelona, Crítica, 1998.

[37] En la terminología del Banco Mundial, por ejemplo.

[38] E. Mandel: *El dólar y la crisis del imperialismo.* México, Ediciones Era, 1974. Ese momento de crisis y nuevo punto de partida es también brillantemente analizado en E. J. Hobsbawm: «Las décadas de crisis». En *Historia del siglo XX... op. cit.,* pp. 404 y ss.

[39] A. Martínez Estévez: *Diez años de crisis en la economía mundial.* Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1985. Un panorama general de la economía de la década de 1980, en M. I. Barbero, R. L. Berenblum, F. García Molina y J. Saborido: *Historia económica y social general.* Buenos Aires, Bogotá, Ediciones Macchi, 2001.

[40] Véase la bibliografía citada en nota 35. Añádase el curioso libro de E. Dyson: *Release 2.0.* Barcelona, Ediciones B, 2000.

[41] Ph. Breton: *Historia y crítica de la informática, op. cit.,* pp. 7 y ss.

[42] Una excelente exposición divulgativa de los fundamentos científicos de la computación digital en R. Penrose: *La nueva mente del emperador.* Madrid, Mondadori, 1991 (edición original inglesa de 1989). En el tránsito de los años ochenta a los noventa se vivió la época dorada de los libros de divulgación de la nueva ciencia y tecnología, un dato más para calibrar la entidad del cambio histórico advenido.

[43] J. Rifkin: *El siglo de la biotecnología. El comercio genético y el nacimiento de un mundo feliz.* Barcelona, Crítica-Marcombo, 1999 (1998), p. 17.

[44] Véase lo que se dice en el epígrafe siguiente a propósito de las nuevas sociedades. J. Echevarría: *Los señores del aire. Telépolis y el tercer entorno.* Barcelona, Destino, 1999.

[45] Acerca de Internet existe, naturalmente, bastante material de estudio en la propia red. Consúltese, entre otras cosas, www.isoc.org/internet/history/brief,shtml, página web de la Internet Society. También www.w3.org/history.html, perteneciente a la World Wide Web Consortium. Dos textos introductorias de diverso carácter. M. Martínez de Velasco: *Los orígenes de internet.* En http://hispanianova.rediris.es, vol. 2, 2001-2202. M. Castells: *La galaxia internet.* Barcelona, Debolsillo, 2003.

[46] F. Badía: *Internet, situación actual y perspectivas.* Barcelona, La Caixa-Servicio de Estudios, 2002. J. E. Katz y R. E. Rice: *Social consequences of internet use: access, involvement, and interaction.* Cambridge (Mass.), Londres, MIT Press, 2002.

[47] N. Negroponte: *El mundo..., op. cit.,* p. 20.

[48] J. Echevarría.: *Los señores..., op. cit.,* pp. 27 y ss.

[49] M. Castells: *La era de la información..., op. cit.,* vol. 1, p. 369.

[50] Un trabajo de conjunto Ch. Ess (ed.): *Philosophical perspectives on Computer-Mediating Communication.* Nueva York, State University of New York Press, 1996. Existe ya una cierta bibliografía

especializada en los diversos problemas planteados por la red. Véase también G. Graham: *Internet, una indagación filosófica.* Madrid, Valencia, Cátedra-Frónesis, 2001 (original de 2000).

[51] Ch. Ess (ed.): *Philosophical perspectivas..., op. cit.*, p. 2

[52] Véase J. S. Nye: *La paradoja..., op. cit.* p. 121.

[53] A. Touraine: *Écrire l'histoire..., op. cit.*, p. 342.

[54] U. Beck: *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad.* Barcelona, Paidós, 1998 (edición original alemana de 1986). Véase la parte «... los contornos de la sociedad del riesgo».

[55] *Ibidem*, p. 278.

[56] Puede hacerse aquí referencia al hecho de que un país como España alcanza en ese momento histórico su estado social de «país industrial».

[57] A propósito del papel del Estado en la definición de políticas sociales, véase V. Navarro: *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar.* Barcelona, Ariel, 2000.

[58] M. Castells: *La era de la información..., op. cit.*, vol. 1, p. 302.

[59] Véase A. Giddens: *La estructura de clases en las sociedades avanzadas.* Madrid, Alianza Editorial, 1983 (edición original inglesa 1980), E. Olin Wright: *Clases.* Madrid, Siglo XXI, 1994 (original estadounidense de 1985). Una referencia clásica también es R. Dahrendorf: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial.* Madrid, Rialp, 1979 (4.ª ed.) (original alemán de 1957).

[60] G. Esping-Anderson: *Fundamentos sociales de las economías postindustriales.* Barcelona, Ariel, 2000 (1999), pp. 69 y ss. y 133 y ss.

[61] Una excelente introducción a la historia moderna del trabajo, en F. Díez: *Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo.* Barcelona. Península, 2001.

[62] M. Carnoy: *El trabajo flexible en la era de la información.* Madrid, Alianza Editorial, 2000.

[63] R. Sennett: *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.* Barcelona, Anagrama, 2000 (original de 1998), p. 153. M. Carnoy: *El trabajo flexible..., op. cit.*, pp. 36 y ss.

[64] R. Sennett: *La corrosión del carácter, op. cit.*, p. 100

[65] *Ibidem*, p. 154.

[66] Véase el tan certero como divertido libro de V. Verdú: *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción.* Barcelona, Anagrama, 2003.

[67] E. Laraña y J. Gusfield (eds.): *Los nuevos movimientos sociales, de la ideología a la identidad.* Madrid, CIS, 1994. Introducción, p. XI.

[68] Un tema tratado tempranamente por C. Offe: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales.* Madrid, Sistema, 1988 (edición original alemana de 1977).

[69] A. Melucci: *Vivencia y convivencia: teoría social para una era de la información.* Madrid, Trotta, 2001.

[70] Algunas de las ideas generales acerca del análisis de las sociedades actuales y su evolución que van a ser utilizadas aquí están inspiradas en las exposiciones, y los debates que les siguieron, hechas por A. Touraine, A. Giddens y M. Castells en un seminario sobre las sociedades de nuestro tiempo celebrado en junio de 2001 en Madrid. La procedencia concreta de esas ideas, en cada caso, se cita explícitamente en el texto.

[71] A. Mattelart: *Historia de la sociedad de la información..., op. cit.*, pp. 57 y ss.

[72] *Ibidem*, p. 87.

[73] Las ideas aludidas de J. S. Nye, en *La paradoja..., op. cit.*, pp. 128 y ss.

[74] M. Castells, en el debate en seminario citado pero también en su trilogía *La era de la información, op. cit.*, repetidamente citada.

[75] F. Capra: *Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo.* Barcelona, Anagrama, 2003 (original norteamericano, 2002).

[76] Hágase referencia a lo dicho en el capítulo 3 de esta obra.

[77] M. Foucault: *Microfísica del poder.* Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1992 (3.ª ed.). Se trata de un conjunto de trabajos y entrevistas con el autor sobre el tema general del poder, la represión, etc., donde se examinan muchas de las obras de Foucault sobre el problema del poder.

[78] P. Berger y Th. Luckmann: *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno.* Barcelona, Paidós, 1997 (edición alemana de 1995), pp. 79 y ss.

[79] A. Touraine: *Critique de la modernité…, op. cit.* La cuestión de la ambivalencia en los comportamientos o ambivalencia sociológica, las relaciones sociales en las que conviven impulsos contradictorios (amor/odio, aceptación/rechazo), fue el objeto de un celebrado trabajo de K. R. Merton: «Ambivalencia Sociológica». En *La ambivalencia sociológica y otros ensayos.* Madrid, Espasa Calpe, 1980 (original inglés de 1976). El tema ocupó también a sociólogos como Georg Simmel y Norbert Elias.
[80] P. Berger y Th. Luckmann: *Modernidad, pluralismo..., op. cit.*, p. 95.
[81] A. Touraine, en seminario citado.
[82] Que fue la propuesta por el propio A. Touraine en su obra *La sociedad postindustrial.*

Capítulo 8. Culturas, sujetos e identidades

[1] Sobre el concepto y uso del término cultura, entre las muchas obras citables, véase el clásico L. White: *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización.* Barcelona, Paidós, 1983. Se compone de un conjunto de trabajos anteriores a los años cincuenta cuya doctrina nunca ha envejecido. D. Cuche: *La noción de cultura en las ciencias sociales.* Buenos Aires, Nueva Visión, 1999 (original francés de 1996). M. Harris: *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna.* Barcelona, Crítica, 2000. G. Yudice: *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global.* Barcelona, Gedisa, 2002. Una visión muy disitinta en G. Bueno: *El mito de la cultura. Ensayo de filosofías materialista de la cultura.* Barcelona, Prensa Ibérica, 1996.
[2] J. Arostegui: «Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e Historia en tiempo de crisis». En *Cultura y Culturas en la Historia.* Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1995, pp. 205-234.
[3] Sobre la sociedad de masas, puede verse la obra de conjunto de S. Giner: *Sociedad masa. Crítica del pensamiento conservador.* Barcelona, Península, 1979. Libro de referencia es, naturalmente, J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas,* y puede verse también otro libro clásico, el de W. Kornhauser: *Aspectos políticos de la sociedad de masas.* Buenos Aires, Amorrortu, 1969 (original de 1959).
[4] F. Crespi: *Acontecimiento y estructura..., op. cit.*, especialmente su parte «La administración del cambio en las sociedades complejas», pp. 187 y ss.
[5] A. Huyssen: *En busca..., op. cit.*, p. 227.
[6] P. Bourdieu: *Los usos sociales de la ciencia.* Buenos Aires, Nueva Visión, 2000 (original francés de 1997).
[7] Sobre la evolución de la sexualidad, véase A. Giddens: *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.* Madrid, Cátedra, 1995 (original inglés de 1993).
[8] Véase el conjunto de textos de R. Chartier: *El mundo como representación, Estudios sobre historia cultural.* Barcelona, Gedisa, 1992. Interesa su primera parte dedicada a debates e interpretaciones.
[9] V. Verdú: *El estilo del mundo..., op. cit.*, p. 94.
[10] P. Anderson: *Los orígenes de la postmodernidad.* Barcelona, Anagrama, p. 101.
[11] F. Jameson: «Posmodernism, or the Cultural Logic of late Capitalism». En *New Left Review*, (Nueva York), n.º 146, 1984, pp. 53-93. [ed. cast.: *Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío,* Madrid, Trotta, 1996, que no es la traducción de este artículo sino la de un libro posterior de 1991].
[12] J. L. Sánchez Noriega: *Crítica de la seducción mediática: comunicación y cultura de masas en la opulencia informativa.* Madrid, Tecnos, 2002 (2.ª ed.).
[13] G. Lipovetsky: *El imperio de lo efímero.* Barcelona, Anagrama, 1990.
[14] R. Inglehart: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas.* Madrid, Siglo XXI-CIS, 1991 (original inglés de 1990).
[15] A. Huyssen: *En busca..., op. cit.*, p. 276.
[16] Ch. Taylor: *La ética de la autenticidad.* Barcelona, Paidós-ICE/UAB, 1994, pp. 37 y ss. (original de 1991).
[17] P. Berger y Th. Luckmann: *Modernidad..., op. cit.*, p. 66
[18] G. Lins Ribeiro: *Postimperialismo. Cultura y política en el mundo contemporáneo.* Barcelona, Gedisa, 2003.
[19] U. Hannerz: *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares.* Madrid, Frónesis (Cátedra-Universidad de Valencia), 1998, pp. 17 y ss. (original de 1996).

[20] Véase «Ciudadanía e interculturalidad». *Revista Anthropos* (Barcelona), n.º 191, 2001. Sh. Benhabib: *The claims of Cultura. Equality and Diversity in the Global Era*, Princeton University Press, 2002. E. Lamo de Espinosa (ed.): *Culturas, Estados, Ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa.* Madrid, Alianza Editorial, 1995. G. Sartori: *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo, extranjeros e islámicos.* Madrid, Taurus, 2003 (3.ª ed.).

[21] E. Gellner: *Naciones y nacionalismo.* Madrid, Alianza Editorial, 1988 (original de 1983), pp. 176 y ss.

[22] Véase «La política del Islam». *El País*, Extra, 21 de febrero de 1991, un interesante conjunto de textos de expertos españoles, con bibliografía. También A. Segura: *Más allá del Islam. Política y conflictos actuales en el mundo munsulmán.* Madrid, Alianza Editorial, 2201.

[23] Véase, además de la bibliografía ya citada sobre el mundo árabe, J. Cooper, R. Nettler y M. Mahmoud (eds.): *Islam and Modernity: Muslims intellectuals respond.* Nueva York, Saint Martín's Press, 1998. L. Davidson: *Islamic Fundamentalism.* Londres, Greenwood Press, 1998.

[24] Resulta sintomático que en la capitulación japonesa en 1945 la única condición pedida, y aceptada por la potencia vencedora, fuese la continuación de la vieja monarquía, su exención de responsabilidad y la no discusión de su carácter divino.

[25] J. N. Spence: *The Search for Modern China.* Nueva York, W. W. Norton, 2001. Véase también la síntesis sobre la nueva China que hace M. Castells: *La era de la información..., op. cit.*, vol. 3, pp. 311 y ss.

[26] A consecuencia de lo dicho, puede suponerse que el estudio de la comunicación, desde todos los puntos de vista, haya dado lugar a una «ciencia» de la comunicación, a una comunicología. Véase J. Yarce (ed.): *Filosofía de la comunicación.* Pamplona, Eunsa, 1986, y las obras citadas en notas siguientes.

[27] J. Echevarría: *Los señores del aire. Telépolis y el tercer entorno..., op. cit.*, véase todo el apartado primero «Los entornos de la humanidad».

[28] Un fenómeno que fue ya perfectamente detectado en los años cincuenta del siglo XX por los comunicólogos más en vanguardia. Véase E. Carpentier y M. McLuhan: *Explorations in Communication.* Boston, Beacon Press, 1967 (3.ª ed.) [ed. cast.: *El aula sin muros. Investigaciones sobre técnicas de comunicación*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968].

[29] P. Bourdieu: *Sobre la televisión.* Barcelona, Anagrama, 1996, y G. Sartori: *Homo videns. La sociedad teledirigida.* Madrid, Taurus, 2000 (2.ª ed. ampliada) (original de 1998). G. Bueno: *Telebasura y democracia.* Madrid, Suma de Letras, 2003.

[30] Véanse las apreciaciones de un periodista sobre la capacidad de los medios para crear un «acontecimiento» basado en hechos falsos. A. Espada: «La construcción del acontecimiento, la destrucción del hecho». En *Revista de Occidente*, Madrid, 208, 1998. Monográfico «La realidad inventada: mitos y delirios de la cultura de masas», pp. 45 y ss.

[31] La frase es de M. Ignatieff y se recoge en una cita del libro de E. Showalter: *Hystories: Hysterial Epidemics and Modern Culture*, en Revista de Occidente, Madrid, 208, 1998. Monográfico «La realidad inventanda...», *op. cit.* p. 35.

[32] El más completo estudio sobre el mundo de la comunicación actual, Internet incluido, es seguramente el colectivo ya citado de J. Vidal Beneyto (dir.): *La ventana global. Ciberespacio, esfera pública mundial y universo mediático.* Madrid, Taurus-UNESCO, 2002, con un amplio elenco de autores y materias acerca de la comunicación mundial en el mundo globalizado. Otro libro colectivo de menor calidad es J. Benavides, D. Alameda, E. Fernández: *Las convergencias de la comunicación. Problemas y perspectivas investigadoras.* Madrid, Fundación General de la Universidad Complutense, 2000.

[33] Véase M. Riviére: *El segundo poder. Cincuenta y cuatro entrevistas sobre los grandes cambios del periodismo actual.* Madrid, El País-Aguilar, 1998. Un entrevistado comenta: «¿el cuarto poder?, ¡el segundo, al menos!...», p. 13.

[34] A. Mattelart: *Historia..., op. cit.*, p. 66.

[35] Véase el muy didáctico libro de F. Ballestero: *La brecha digital. El riesgo de exclusión en la sociedad de la información.* Madrid, Fundación Retevisión, 2002.

[36] M Castells: *La era..., op. cit.*, vol. 3, p. 382.

[37] M. Poster: *The Mode of Information. Poststructuralism and Social Context.* Cambridge, Polity Press- Basil Blackwell, 1990.

[38] Debo mucho en estas apreciaciones al texto escrito y expuesto por Jenaro Talens: «Modo de información y tipologías de cultura», en el Seminario «Identidad, Diferencia y Representación», Universidad Carlos III de Madrid, 1998.

[39] Como defiende J. S. Nye: *La paradoja..., op. cit.* pp. 110 y ss.

[40] A. Padgen: *La Ilustración y sus enemigos. Dos ensayos sobre los orígenes de la modernidad.* Barcelona, Península, 2002

[41] J. F. Lyotard: *La condición posmoderna..., op. cit.*

[42] Que es el lenguaje empleado por A. Giddens: *Consecuencias de la modernidad..., op. cit.,* p. 10 y *passim.*

[43] Véase el recorrido intelectual del pensamiento posmodernista como concepción del mundo, desde el pensamiento de la Ilustración hasta la nueva visión que presenta R. Hollinger: *Postmodernismo and the Social Sciences. A thematic approach.* Londres, Sage Publications, 1994.

[44] Una revisión muy completa de los orígenes intelectuales del posmodernismo se contiene en S. Best y D. Kellner: *Postmodern Theory. Critical interrogations.* Londres, MacMillan Press, 1991, que relaciona los principales pensadores que se encuentran en el origen y las consecuencias para la teoría social y de la cultura. La bibliografía sobre posmodernismo y posmodernidad es también, como puede suponerse, amplia. Además de las referencias que haremos después, puede verse D. Lyon: *Posmodernidad.* Madrid, Alianza Editorial, 2000 (original en su 2.ª ed. inglesa de 1999) y el ya citado de P. Anderson: *Los orígenes de la posmodernidad..., op. cit.*

[45] Véase el muy completo panorama de este problema que se presenta en St. Seidman (ed.): *The Postmodern Turn. New Perspectives on Social Theory.* Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 119 y ss.

[46] A. Valdecantos: *Contra el relativismo..., op. cit.* Véase también J. J. Sebreli: *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural.* Barcelona, Ariel, 1992, pp. 23 y ss.

[47] A. Giddens: *Modernidad..., op. cit.,* p. 50.

[48] C. P. Snow: *Las dos culturas y un segundo enfoque.* Madrid, Alianza Editorial, 1977 (1.ª ed. 1952).

[49] Véase la exposición de las distintas teorías propuestas sobre ello en J. Elster: *El cambio tecnológico. Investigaciones sobre la racionalidad y la transformación social.* Barcelona, Gedisa, 1992 (1.ª ed. 1983). Especialmente su Segunda Parte, «Teorías del cambio tecnológico».

[50] Éste de la relación entre cambio social e histórico y desarrollo del conocimiento y las técnicas no es un tema sencillo sobre el que no haya controversia. Sobre él trabajó ya largamente K. R. Popper, y sigue siendo un campo de disputa filosófica e histórica. Véase M. González García (ed.): *Ciencia, tecnología y sociedad.* Madrid, Tecnos, 1996.

[51] A. Domingo y T. Domingo: *Ciencia, tecnología y sociedad.* Madrid, Ediciones SM, 1999.

[52] A. Fernández-Rañada: *Los muchos rostros de la ciencia.* Oviedo, Nobel, 1995.

[53] J. Watson: *ADN.* Madrid, Taurus, 2003. Véase también su entrevista en *El País,* Madrid, 2 de noviembre de 2003.

[54] Véase el ya citado F. Capra: *Las conexiones ocultas..., op. cit.,* como tratamiento muy reciente de este tipo de orientación. De ese tipo son también las más antiguas posiciones de I. Prigogine. Véanse de este prolífico autor, entre otras posibles obras *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia.* Madrid, Alianza Editorial, 1990 (2.ª ed. corregida y aumentada), en colaboración con I. Stengers, G. Nicolis e I. Progogine: *La estructura de lo complejo. El camino hacia una nueva comprensión de las ciencias.* Madrid, Alianza Editorial, 1994.

[55] A. Ridley y otros (eds.): *Beginning Bioethics. A text with integrated readings.* Nueva York, St. Martin's Press, 2000.

[56] J. Rifkin: *El siglo de la biotecnología..., op. cit,* p. 18.

[57] El problema del agua ha sido estudiado en un excelente libro por M. de Villiers: *Agua. El destino de nuestra fuente de vida más preciada.* Barcelona, Península, 2001 (edición original canadiense de 2001).

[58] Ch. Lasch: *The Culture of Narcisism. American Life in an Age of Diminishing Expectations.* Nueva York, W. W. Norton & Co, 1991 (2.ª ed.).

[59] J. Braudillard: *De la seducción.* Madrid, Cátedra, 1998, p. 165 (original francés de 1996).

[60] P. Bourdieu: *Sobre la televisión..., op. cit.*, pp. 69-70. Resulta llamativa la «escenificación» con que se presentan ciertas crónicas luctuosas en el medio televisivo, una realidad tan común que puede mencionarse sin necesidad de ejemplificarla en un hecho concreto.

[61] Ch. Taylor citado en A. Giddens: *Modernidad..., op. cit.*, p. 74.

[62] A. Touraine: «Sociologie et Histoire du Temps Présent». En *Écrire l'histoire..., op. cit.*, pp. 341 y ss.

[63] R. Sennett: *El declive del hombre público.* Barcelona, Península, 1978 (2.ª ed. 2002) (original estadounidense de 1976), pp. 576 y 671 y ss.

[64] H. Béjar: *El ámbito íntimo (privacidad, individualismo y modernidad).* Madrid, Alianza Universidad, 1990, p. 211.

[65] A la obra de A. Giddens: *La constitución..., op. cit.*, nos hemos referido ya. De P. Bourdieu véase *El sentido práctico.* Madrid, Taurus, 1991 (edición francesa de 1980), donde se expone el concepto de *habitus* como conformador de relaciones sociales. P. Sztompka: «La ontología del llegar a ser social. Más allá del individualismo y el holismo». En T. González de la Fé (coord.): *Sociología, unidad y diversidad.* Madrid, CSIC, 1991, pp. 33-74. Del mismo autor: *Society in Action. The Theory of Social Becoming.* Cambridge, Polity Press-Basil Blackwells, 1991.

[66] La bibliografía sobre nacionalismo es tan extensa que resulta difícil la cita de algunos pocos libros indicativos. Nos limitamos al ya citado de E. Gellner: *Naciones..., op. cit.*, el de E. J. Hobsbawm: *Naciones y nacionalismos desde 1780.* Barcelona, Crítica, 1991, y los brillantes ensayos de J. Habermas: *Más allá del Estado Nacional.* Madrid, Trotta, 1998, y *La constelación posnacional. Ensayos políticos.* Barcelona, Paidós, 2000.

[67] Estas últimas apreciaciones, no enteramente compartibles, son de R. Maïz en la Presentación del monográfico «Nacionalismos y Movilización Política», *Zona Abierta,* Madrid, 79, 1997.

[68] H. Béjar: *El ámbito íntimo... op. cit.*, p. 121.

[69] C. Thiebaut: *De la Tolerancia.* Madrid, Visor, 1999. El tema de la democracia contemporánea ha sido muy extensamente tratado en el campo de la politología y la filosofía política. Limitémonos a señalar el nombre de los principales tratadistas contemporáneos, como J. Rawls, R. Dworkin, M. Walzer, N. Bobbio, G. Sartori, D. Held, J. Habermas, entre otros.

[70] Véase C. Thiebaut: «¿Democracia de iguales, democracia de diferentes?», presentado en el seminario citado, «Identidad, diferencia y representación», Madrid, Universidad Carlos III, 1998.

[71] R. Scartezzini: «Las razones de la universalidad y las de la diferencia». En S. Giner y R. Scartezzini (eds.): *Universalidad y diferencia.* Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 31-32.

[72] S. P. Huntington: *El choque de civilizaciones..., op. cit.*, p. 147.

[73] P. Bourdieu: *Sobre la televisión, op. cit.*, p. 34.

[74] J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas.* Madrid, Espasa Calpe, 1976. Es sabido que la obra se gestó primero como colaboraciones periodísticas que fueron luego reunidas en un libro aparecido por vez primera en 1929

[75] J. Marías: *Introducción* a J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas.* Madrid, Espasa Calpe, 1976, pp. 29-30.

BIBLIOGRAFÍA[1]

Primera parte

ABBOTT, A. (1996): «La síntesis de otros tiempos y la del futuro. Respuesta a Hangan y Tilly». En *Historia, Antropología y Fuentes orales,* Barcelona, 16.

ACADEMIA UNIVERSAL DE LAS CULTURAS (2002): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia... 25-26 de marzo de 1998. Prefacio de Elie Wiesel.* Buenos Aires, Granica (original francés de 1999).

Actas del I Simposio de Historia Actual (1996) (1998). Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

Actas del II Simposio de Historia Actual (1998) (2000). Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

Actas del III Simposio de Historia Actual (2000) (2002). Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2 vols.

ALTAMIRA, R. (1904): *Cuestiones modernas de Historia.* Madrid, Daniel Jorro editor.

ALTAMIRA, R. (1923): Direcciones fundamentales de la Historia de España en el siglo XIX, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* Madrid, n.º 759 a 761.

[1] La Bibliografía reseñada contiene estrictamente las obras que aparecen en las notas del estudio. Refleja, pues, el material que hemos utilizado directamente. Dada la índole diversa de las dos partes del trabajo, la Bibliografía se agrupa en función de ellas y por eso tiene dos partes también. La Bibliografía de la parte segunda no señala las obras empleadas que aparecen ya en la primera.

ALTED VIGIL, A. (1995) (coord.): *Entre el pasado y el presente. Historia y Memoria.* Madrid, UNED.

ARISTÓTELES (1995): *Física.* Traducción, introducción y comentario de Alejandro Vigo. Buenos Aires, Biblos, 2 vols.

ARÓSTEGUI, J. (1984): «Introducción». En A. Pirala: *Historia de la Guerra Civil y de los Partidos Liberal y Carlista...* Madrid, Turner-Historia 16, 6 vols. (reed. del original de 1857). Vol I, pp. VII-LXIII.

— (1989): «La historia reciente o el acceso histórico a realidades sociales actuales». En J. Rodríguez frutos (ed.): *Enseñar Historia. Nuevas propuestas.* Barcelona, Laia, pp. 33-52.

— (1998): «Identidad, mundialización e "historización de la experiencia"». En *Hispania* (Madrid), LVIII/1, n.º 198.

— (1998): «Tiempo contemporáneo y tiempo presente. Una reconsideración necesaria». En M. P. Díaz Barrado (coord.): *Historia del Tiempo Presente. Teoría y Metodología.* Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 31-45.

— (2001): *La investigación histórica: teoría y método.* Barcelona, Crítica (2.ª ed.).

— (1996): «La memoria de la guerra civil en la sociedad española de la transición». En W. L. Bernecker (comp.): *De la Guerra Civil a la Transición. Memoria histórica, cambio de valores y conciencia colectiva.* Augsburg, ISLA (Mesa Redonda. Neue Folge, n.º 9).

— (2002): «La mémoire de la guerre civile et du franquisme dans l'Espagne démocratique». En *Vingtième Siècle* (París), 74, abril-junio, pp. 31-42.

— (2001): «El presente total o la experiencia como historia (sobre el presente de la historia)». En *Año Mil, Año Dos mil. Dos milenios en la Historia de España.* Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, vol. 1, pp. 129 y ss.

ATTALI, J. (1982): *Histoires du temps.* París, Fayard [ed. cast.: *Historias del tiempo.* Madrid, FCE, 2001].

AUBERT P. (1988): «El acontecimiento». En C. Garaitaonaindía (coord.): *La prensa de los siglos XIX y XX.* Bilbao, Universidad del País Vasco, 1988, pp. 47 y ss.

AUGÉ, M. (1995): *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos.* Barcelona, Gedisa.

BABOULET-FLOURENS P. (2003): «Anciens résistants e historiadores». En *Historia, Antropología y Fuentes Orales,* 29.

BACHELARD, G. (1987): *La intuición del instante.* México, FCE (2.ª ed. 1999, original de 1932).

BARRACLOUGH, G. (1966): *Introducción a la Historia Contemporánea.* Madrid, Guadarrama.

BÉDARIDA, F. (1998): «Definición, método y práctica de la historia del tiempo presente». En *Historia y Tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporaneista* (dossier). *Cuadernos de Historia Contemporánea,* Madrid, Universidad Complutense, n.º 20, pp. 19-27.

BENVENISTE E. (1979): *Problemas de Lingüística General.* Madrid, Siglo XXI (3.ª ed.).

BERGER, P. y LUCKMANN, Th. (1986): *La construcción social de la realidad.* Buenos Aires, Amorrortu.

BERGSON, H. (1945): *Essai sur les données inmédiates de la conscience.* Génova, Albert Skira (obra aparecida en 1889).

— (1923): *Durée et simultaneité (A propos de la théorie d'Einstein).* París, Firmin Didot.

— (1934): *La pensée et le mouvant. Essais et Conférences.* París, Felix Alcan.
— (1977): *Memoria y Vida,* Madrid, Alianza Editorial. (Textos escogidos por Gilles Deleuze.)
BERNECKER, W. L. (1998): «La investigación el "tiempo presente" en Alemania». En *Historia y tiempo presente...* (dossier), *Cuadernos de Historia Contemporánea, op. cit.,* pp. 83-98.
BLOCH, M. (1949): *Apologie pour l'Histoire ou métier d'historien.* París, Albin Michel (trad. cast.: en 1952 con el título *Introducción a la Historia,* 1952).
BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción.* Barcelona, Anagrama (original de 1994).
BRAUDEL, F. (1958): «Histoire et sciences sociales: la longue durée». *Annales, E.S.C.,* n.º 4, octubre-diciembre.
BRAUDEL, F. (1968): *La historia y las ciencias sociales.* Madrid, Alianza Editorial.
BRAUNGART, R. G. (1984): «Historical Generations and Youth Movements: A theoretical Perspective». *Research in Social Mouvements, Conflict and Change,* 6, pp. 95-142.
BURRIN, Ph. (1993): «L'historien et l' «historisation»». En *Écrire l'Histoire du temps présent. Hommage a François Bédarida.* París, Maison des Sciences de l'Homme, 1993.
CANDAU, J. (1996): *Anthropologie de la mémoire.* París, PUF.
CAPELLÁN DE MIGUEL, G. (2000): «*Orígenes y significado de la Zeitgeschichte: concepto, institucionalización y fuentes*». En C. Navajas Zubeldia (dir.): *Actas del II Simposio de Historia Actual.* Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 317-330.
CARBONELL, Ch.-O. (1976): *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885.* Toulouse, Privat.
CASTELLS, L. (ed.) (1996): «La historia de la vida cotidiana», *Ayer,* Madrid, n.º 19.
CERTEAU, M. DE (1975): *L'ecriture de l'histoire.* París, Éditions Gallimard.
CÉSPEDES DEL CASTILLO, G. (2002): «La Historia del Presente y sus problemas». *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Madrid), 2, pp. 179-220.
COLMEIRO, J. F.: «La crisis de la memoria». En «Psicología cognitiva de la memoria» *Revista Anthropos,* Barcelona, n.os 189-190.
COLLINGWOOD, R. G. (1952): *Idea de la Historia.* México, FCE (1.ª ed. de 1946).
COVENEY, P. y HIGHFIELD, R. (1992): *La flecha del tiempo: la organización del desorden. Prólogo de Ilya Prigogine.* Barcelona, Plaza y Janés.
CRESPI, F. (1997): *Acontecimiento y estructura. Por una teoría del cambio social.* Buenos Aires, Nueva Visión (original italiano de 1993).
CROCE, B. (1965): *Teoría e Historia de la Historiografía.* Buenos Aires, Escuela.
— (1943): *La storia come pensiero e come azzione.* Bari, Laterza e Figli (trad. cast.: *La Historia como hazaña de la libertad).*
CUESTA, J. (1993): *Historia del Presente.* Madrid, Eudema.
— (1983): «La historia del tiempo presente. Estado de la cuestión». *Studia Historica. Historia Contemporánea* (Salamanca), I, 4, pp. 227-241.
CHARTIER, R. (1992): *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural.* Barcelona, Gedisa.
CHAUVEAU, A., TÉTART, Ph. (eds.) (1992): *Questions á l'Histoire des temps présents.* Bruselas, Éditions Complexe.
DAVIES, P. C. W. (1986): *El espacio-tiempo en el universo contemporáneo.* México, FCE.

DENBIGH, K. G. (1981): *Three concepts of Time.* Berlín, Heidelberg, Nueva York, Springer Verlag.
DEWEY, J. (1971): *Experience and Nature.* Chicago (Illinois), Op. Court (1.ª ed. 1925).
DILTHEY, W. (1966): *Introducción a las Ciencias del Espíritu.* Madrid, Revista de Occidente.
DOSSE, F. (1988): *La historia en migajas. De los Annales a la «Nueva Historia».* Valencia, Edicions Alfons el Magnánim.
Écrire l'Histoire du temps présent (1993): *Hommage a François Bédarida.* París, Maison des Sciences de l'Homme.
EINSTEIN, A.; GRÜNBAUM, A.; EDDINGTON, A. S. y otros (1989): *La teoría de la relatividad. Selección de L. P. Williams.* Madrid, Alianza Editorial (10.ª ed.).
EISENSTADT, S. N. (1956): *From Generation to Generation. Age Groups and Social Structure.* Glencoe (Illinois), The Free Press.
ELIAS, N. (1989): *Sobre el tiempo.* Madrid, Fondo de Cultura Económica.
FERRATER MORA, J. (1987): *Diccionario de Filosofía de Bolsillo.* Madrid, Alianza Editorial. 2 vols.
FINKELSTEIN, N. G. (2002): *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío.* Madrid, Siglo XXI de España (edición inglesa de 2000).
FURET, F. y NOLTE, E. (1999): *Fascismo y comunismo.* Madrid, Alianza Editorial.
GADAMER H. G. (1993): *El problema de la conciencia histórica.* Madrid, Tecnos, 1993.
— (1991): *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica 'filosófica.* Salamanca, Sígueme, 2 vols.
GALIMI, V. (2000): «De l'Histoire de la Résistance à l'histoire du XXª siècle: l' "Istituto nazionale per la storie del movimiento de Liberazione in Italia" et le réseau des Instituts associés». En *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Present,* París, 75, junio, pp. 55-68.
GALLEGO, E. (1987): «Flotante en la biografía». En *Revista de Occidente,* Madrid, n.º 74-75, julio-agosto.
GIDDENS, A. (1993): *Consecuencias de la modernidad.* Madrid, Alianza Editorial, p. 31 (original de 1990).
— (1995): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración.* Buenos Aires, Amorrortu editores (3.ª ed. inglesa 1986).
— (1995): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea.* Barcelona, Península (original inglés de 1991).
GOFFMAN, E. (2001): *La presentación de la persona en la vida cotidiana.* Buenos Aires, Amorrortu editores (5.ª ed.) (original estadounidense de 1959).
GUYAU, A. (1890): *La genèse de l'idée de temps.* París, Alcan.
HABERMAS, J. (1989): *El discurso filosófico de la modernidad.* Madrid, Taurus.
HALBWACHS. M. (1925): *Les cadres sociaux de la mémoire.* París, Alcan.
— (1968): *La mémoire collective.* París, Presse Universitaires de France (2.ª ed.).
HAWKING, St. (1988): *Historia del Tiempo. Del big-bang a los agujeros negros.* Barcelona, Crítica.
HELLER, A. (1998): *Sociología de la vida cotidiana.* Barcelona, Península (5.ª ed.).
— (1985): *Teoría de la Historia.* Barcelona, Fontamara.
— (2000): *Historia y futuro, ¿sobrevivirá la modernidad?,* Barcelona, Península (2.ª ed.).
HISTOIRE ET TEMPS PRESENT (1981): *Journées d'études des correspondants départamentaux, 28-29 novembre 1980.* París, CNRS.

HISTORIA Y TIEMPO PRESENTE (1998): «Un nuevo horizonte de la historiografía Contemporaneista». *Cuadernos de Historia Contemporánea,* Madrid, UCM, 20.
HOBSBAWM, E. H. (1999): «The Present as History». En *On History,* Londres, Weidenfeld and Nicolson.
—, «Un historien et son temps présent». En *Écrire l'histoire du temps Présent. Hommage à François Bédarida.*
HUME, D. (1977): *Tratado de la naturaleza humana.* Madrid, Editora Nacional, 2 vols.
— (1977): *Investigación sobre el conocimiento humano.* Madrid, Alianza Editorial.
HUSSERL, E. (1989): *La idea de la fenomenología. Cinco lecciones.* México, FCE.
HUYSSEN, A. (2002): *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización.* México, FCE.
IBÁÑEZ, J. (1994): *Por una sociología de la vida cotidiana,* Madrid, Siglo XXI.
IGGERS, G. y PARKER, H. T. (eds.) (1979): *Internacional Handbook of Historical Studies.* Londres, Methuen and Co.
IZUZQUIZA, I. (2003): *Filosofía del presente. Una teoría de nuestro tiempo.* Madrid, Alianza Editorial.
J. LE GOFF, J. (1991): *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario.* Barcelona, Paidós (traducido de la edición italiana de 1977).
JAMES, W. (1985): *Pragmatismo. Un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar.* Barcelona, Orbis (1.ª ed. 1907).
JAQUES, E. (1984): *La forma del tiempo.* Buenos Aires, Paidós (1.ª ed. 1982).
JENIN, E. (2002): *Los trabajos de la memoria.* Madrid, Siglo XXI.
JENSEN, N. (1977): *La teoría de las generaciones y el cambio social.* Madrid, Espasa Calpe.
KLEIN, E. y SPIRO, M. (eds.) (1994): *Le temps et sa flèche.* París, Éditions Frontières.
KOSELLECK, R. (1979): *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten.* Frankfurt, Suhrkamp Verlag.
— (1990): *Le Futur Passé. Contribution à la sémantique des temps historiques.* París, Éditions de la EHESS.
— (1993): *Futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos.* Barcelona, Paidós.
— (2001): *Estratos del tiempo: estudios sobre la historia.* Barcelona, Paidós-ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona.
— (1997): *L'experience de l'Histoire.* París, Gallimard Le Seuil (traducción del alemán de A. Escudier).
—, y GADAMER, H. G. (1997): *Historia y hermenéutica. Introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina.* Barcelona, Paidós-ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona.
KRACAUER, S. G. (1966): «Time and History», *History and Theory,* Beiheft, 6.
KUBLER, G. (1988): *La configuración del tiempo. Observaciones sobre la historia de las cosas.* Madrid, Nerea (original inglés de 1962).
— (1991): «L'événement en perspective», en *Raisons Pratiques,* 2 (París), EHESS (número monográfico).
LAGROU, P. (2000): «De la actualité de l'histoire du temps présent». En el dossier «L'Histoire du temps présent, hier et aujourd'hui». *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent* (París), 75, junio, p. 11.

LAÍN ENTRALGO, P. (1945): *Las generaciones en la historia.* Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

LALANDE, A. (1991): *Vocabulaire technique et critique de la Philosophie.* París, PUF (1.ª ed. 1926), 2 vols.

LAMO DE ESPINOSA, E. (1990): *La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico.* Madrid, CIS.

LE GOFF, J., CHARTIER, R. y REVEL, J. (1988): *La Nueva Historia.* Bilbao, Mensajero.

LE POIDEVIN, R. y MACBEATH, M. (1993): *The Philosophy of Time.* Oxford University Press.

LEACH, E.: *Two essays concerning the symbolic representation of Time* [ed. cast.: E. Leach: *Replanteamiento de la antropología,* Barcelona, Seix Barral, 1972].

LEPETIT, B. (1995): «Le présent de l'histoire». En B. Lepetit (dir.): *Les formes de l'experience.* París, Albin Michel.

LINDON, A. (coord.) (2000): *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad.* Barcelona, Anthropos.

LOCKE, J. (1982): *Ensayo sobre el entendimiento humano.* Buenos Aires, Aguilar Argentina.

LUHMANN, N. (1992): «El futuro no puede empezar. Estructuras temporales en la sociedad Moderna». En R. Ramos Torre (ed.): *Tiempo y sociedad.* Madrid, CIS.

— (1998): *Sistemas Sociales. Lineamientos para una teoría general.* Barcelona, Anthropos (1.ª ed. alemana 1984).

LYOTARD, J. F. (1984): *La condición postmoderna. Informe sobre el saber.* Madrid, Cátedra.

— (1989): *La fenomenología.* Barcelona, Paidós (1.ª ed. francesa 1954).

MANNHEIM, K. (1966): *Ideología y Utopía.* Madrid, Aguilar.

— (1928): «Das problem der generationen». *Kölner Vierteljahreshefte für Soziologie,* VII, 2, pp. 157-185, y 3, pp. 309-330 [ed. cast.: «El problema de las Generaciones». *REIS, Revista Española de investigaciones Sociológicas,* Madrid, 1993, n.º 62, pp. 193-242].

MARÍAS, J. (1961): *El método histórico de las generaciones.* Madrid, Revista de Occidente (3.ª ed.).

MARTÍN, E. (1974): *Tiempo y teoría en sociología* [ed. cast.: R. Ramos Torre (ed.): *Tiempo y sociedad.* Madrid, CIS, 1992].

MARX, K. (1857): *Prefacio a la Contribución a la crítica de la Economía Política* [ed. cast., de Alberto Corazón, 1970).

MARX, K. (1974): *La ideología alemana.* Barcelona, Grijalbo Mondadori. Trad. de W. Roces.

MATEOS, A. (1998): «Historia, Memoria, Tiempo Presente», en *Hispania Nova,* http: //hispanianova.rediris. es, n.º 1.

MCTAGGART, J. M. E. (1927): *The Nature of Existence.* Cambridge, Cambridge University Press.

MEAD, G. H. (2002): *The Philosophy of the Present.* Amshert (Nueva York), Prometheus Books (1.ª ed.: Chicago, Op. Court Pub., 1932).

MERLEAU-PONTY, M. (2000): *Fenomenología de la percepción.* Barcelona, Península (5.ª ed.).

MOMIGLIANO, A. (1966): «Time in Ancient Historiography», *History and Theory,* Beiheft 6 (monográfico *History and the concept of Time).*

MORALES MOYA, A. (1933): «Biografía y narración en la historiografía actual». En *Problemas actuales de la Historia.* Terceras Jornadas de Estudios Históricos. Salamanca, Universidad de Salamanca.

— (1987): «En torno al auge de la biografía». *Revista de Occidente,* n.os 74-75, Madrid, julio-agosto.

— (1987): «La Historiografía en Occidente desde 1945». En *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea,* n.º 8, Madrid, UCM, pp. 291-296.

MORIN, E. (1972): «Le retour de l'événement». En *Communications,* 18, número citado, p. 18.

MORRIS, R. (1994): *Las flechas del tiempo: una visión científica del tiempo.* Barcelona, Salvat.

MOSTERIN, J. (1993): *Filosofía de la Cultura.* Madrid, Alianza Editorial.

MOYA, C. (1982): *Teoría sociológica,* Madrid, Taurus.

MUDROVIC, M.ª I. (1998): «Algunas consideraciones epistemológicas para una «historia del presente»». En *Hispania Nova,* http://hispanianova.rediris.es, n.º 1.

NAMER, G. (1987): *Mémoire et societé.* París, Meridiens Klincksieck.

NISBET, R. (1969): *Social Change and History. Aspects of the Western Theory of Development.* Londres, Oxford U.P.

— (1988): «El problema del cambio social». En R. Nisbet, T. S. Kuhn, L. White y otros: *Cambio social.* Madrid, Alianza Editorial.

— (1991): *Historia de la idea de progreso.* Barcelona, Gedisa.

NOIRIEL, G. (1999): *Les origines républicaines de Vichy.* París, Hachette.

— (1997): *Sobre la «crisis» de la Historia.* Valencia, Cátedra-Frónesis (original francés de 1996).

NORA, P. (1993): «De l'histoire contemporaine au présent historique». En *Écrire l'Histoire du temps présent. Hommage à François Bédarida,* París, EHSS.

— (1973): «Pour une histoire contemporaine» en *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel. Vol. II: Méthodologie de l'Histoire et des Sciences Humaines.* Toulouse, Privat, p. 423.

— (1974): «Le retour de l'événement». En J. le Goff y P. Nora (dirs.): *Faire de l'Histoire.* París, Gallimard, 3 vols. En vol. 1.

— (1988): «Presente», en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (dirs.): *La Nueva Historia,* Bilbao, Mensajero.

— (1988): «Memoria Colectiva», en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel (dirs.): *La Nueva Historia,* Bilbao, Mensajero.

OLÁVARRI, I., VÁZQUEZ DE PRADA, V. (eds.) (1985): *La historiografía en Occidente desde 1945. (III Conversaciones Internacionales de Historia).* Pamplona, Eunsa.

OLICK, J. K. (1998): «Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito Público». En «Historia y Memoria», *Ayer,* 32, Madrid.

ORTEGA, A. y GANGAS, P. (1996): «Renovación generacional y cambio político». En *Claves de Razón Práctica* (Madrid), 66, octubre.

ORTEGA Y GASSET, J. (1987): *El tema de nuestro tiempo* (1.ª ed. 1923), Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial.

— (1982): *En torno a Galileo (Esquema de las crisis).* Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial.

— (1940): «La generación de 1857». Prólogo a A. Ganivet: *Cartas Finlandesas y hombres del Norte,* Madrid.

PASAMAR ALZURIA, G. (1991): *Historiografía e ideología en la posguerra española. La ruptura de la tradición liberal.* Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

PATY, M. (1994): «Le temps physique et les fhénomènes». En E. Klein y M. Spiro (eds.): *Le temps et sa flèche.* París, Éditions Frontières.

PECHANSKI, D., POLLACK, M. y ROUSSO, H. (1991): «Le temps présent, une démarche historienne à l'épreuve des sciences sociales». En *Les Cahiers de l'IHTP, 18,* junio.

PEIRÓ, I. (1995): *Los guardianes de la Historia. La Historiografía académica de la Restauración.* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

PÉREZ GARZÓN, J. S. y otros (2000): *La gestión de la memoria. La Historia de España al servicio del poder.* Barcelona, Crítica.

PIAGET, J. (1978): *El desarrollo de la noción de tiempo en el niño.* México, Fondo de Cultura Económica.

PINDER, W. (1926): *Das Problem der generationen in der Kuntsgeschichte Europas.* Leipzig, Poeschel und Treple [ed. cast.: *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa.* Buenos Aires, Losada, 1946].

POMIAN, K. (1990): *El orden del tiempo.* Madrid, Júcar (original francés de 1984).

POWELL, CH. (2001): *España en democracia, 1975-2000.* Barcelona, Plaza y Janés.

PRIGOGINE, I. (1991): *El nacimiento del tiempo.* Barcelona, Tusquets.

— (1999) *Las leyes del caos.* Barcelona, Crítica.

— (1990) y STENGER, I.: *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia.* Madrid, Alianza Editorial (2.ª ed. aumentada), p. 14 (original de 1986).

PSICOLOGÍA COGNITIVA DE LA MEMORIA (2000): *Revista Anthropos,* Barcelona, n.º 189-190 (monográfico).

RABOSSI, E., YERUSHALMI, Y., LORAUX, N., MOMMSEN, H. y otros (1998): *Usos del olvido.* Buenos Aires, Nueva Visión (2.ª ed.).

RAMOS TORRE, R. (ed.) (1992): *Tiempo y sociedad.* Madrid, CIS, p. 208.

REICHENBACH, H. (1959): *El sentido del tiempo.* México, UNAM.

RICOEUR, P. (1985): *Temps et récit.* París, Éditions du Seuil. 3 vols. (Existe versión castellana de los dos primeros volúmenes de esta obra, en Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, y una edición completa de México, Siglo XXI).

— (2003): *La Memoria, la Historia, el Olvido.* Madrid, Trotta, p. 458 (1.ª ed. francesa, 2000).

RIOUX, J. P. (1998): «Historia del Tiempo Presente y demanda social». En «Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la Historiografía contemporaneista» (dossier), *Cuadernos de Historia Contemporánea,* Madrid, UCM, n.º 20.

— (1980): «La France de la Quatrième République. 1: l'ardeur et la nécessité, 1944-1952», *Nouvelle Histoire de la France Contemporaine,* 15. París, Éditions du Seuil.

—, «Peut-on faire une histoire du temps présent ?». En A. Chauveau, Ph. Tétart (eds.): *Questions à l'Histoire du temps présent.*

RIVIÈRE, A. (1991): *Objetos con mente.* Madrid, Alianza Editorial.

ROSSI, P. (ed.) (1987): *La Storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi.* Milán, Arnoldo Mondadori.

ROUSSO, H. (2000): «L'histoire du temps présent, vingt ans après». *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent,* 75, París, junio.

— (1998): *La hantise du passé,* París, Les Éditions Textuel.

— (1993): «La mémoire n'est plus ce qu'elle était». En *Écrire l'histoire du temps présent. Hommage a François Bédarida,* París, EHSS.

— (1996): *Vichy, un passé qui ne passe pas,* París, Gallimard.

— (1999) (dir.): *Stalinisme et nazisme. Histoire et mémoire comparées.* Bruselas, Complexe.
— (2002) «El estatuto del olvido». En *Academia de las Culturas: ¿Por qué recordar?* Buenos Aires, Granica.
RUIZ VARGAS, J. M.ª (comp.) (1997): *Claves de la memoria.* Madrid, Trotta.
RUSSELL, B. (1983): *El conocimiento humano.* Barcelona, Orbis.
SAN AGUSTÍN (1986): *Las Confesiones.* O. García de la Fuente (ed.). Madrid, Akal.
SCHÜTZ, A. (1993): *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva.* Barcelona, Paidós.
SIERRA DÍEZ, B. (2000): «¿Cómo está representada la experiencia en la memoria? En Psicología cognitiva de la memoria». *Revista Anthropos,* n.º 189-190, Barcelona (monográfico).
SORGENTINI, H. (2000): «La recuperación de la experiencia histórica: un comentario sobre E. P. Thompson». En *Sociohistóricas,* n.º 7, La Plata, p. 55.
SOTO GAMBOA, A. (1999/2000): «Historia del presente. Un concepto en construcción». *Revista Chilena de Historia y Geografía,* n.º 165, Santiago de Chile.
SOULET, J.-F., y GUINLE-LORINET, S. (1989): *Précis d'Histoire Immédiate. Le monde depuis la fin des années 60.* París, Armand Colin.
— (1994): *L'Histoire Immédiate.* París, PUF.
SPIER, F. (1996): *The structure of Big History. From the Big Bang until Today.* Amsterdam, Ámsterdam University Press.
STARR, Ch. G. (1966): «Historical and Philosophical Time», *History and Theory,* Beiheft, 6.
STEDMAN JONES, G. (1989): *Lenguajes de clase,* Madrid. Siglo XXI.
SZTOMPKA, P. (1991): «La ontología del llegar a ser social. Más allá del individualismo y el Holismo». En T. González de la Fe (coord.): *Sociología: unidad y diversidad.* Madrid, CSIC.
— (1995): *Sociología del cambio social.* Madrid, Alianza Editorial.
TERNON, Y. (1995): *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo XX.* Barcelona, Península.
THOMPSOM, E. P. (1981): *Miseria de la Teoría.* Barcelona, Crítica (1.ª ed. inglesa, 1978).
TOULMIN, St. (2001): *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad.* Barcelona, Península (original de 1990).
—, y GOODFIELD, J. (1990): *El descubrimiento del tiempo.* Barcelona, Paidós (2.ª ed.) (1.ª ed. 1965).
TOURAINE, A. (1992): *Critique de la Modernité.* París, Fayard (existe versión española).
TREBITSCH, M. (1993): «La quarantaine et l'an 40. Hypothéses sur l'étymologie du temps Présent». En *Écrire l'Histoire du temps présent. Hommage à François Bédarida,* París, EHSS.
— (1998): «El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente». En «Historia y tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historigrafía contemporaneísta» (dossier), *Cuadernos de Historia Contemporánea,* 20 (Madrid, UCM).
TUSELL, J. (1993): «Historia y Tiempo Presente». *Claves de Razón Práctica,* n.º 31, Madrid, abril.
UNAMUNO, M. DE (1946): «En torno al casticismo». En *Obras Selectas.* Madrid, Pléyade.
VALDECANTOS, A. (1999): *Contra el relativismo.* Madrid, Visor.
VIDAL-NAQUET, P. (1994): *Los asesinos de la memoria.* México, Siglo XXI.
VIEWIORKA, A. (1998): *L'ère du témoin,* París, Plon.
VOLDMAN, D. (dir.): «La bouche de la verité? La recherche historique et les sources Orales». *Les Cahiers de l'IHTP,* n.º 31, París.

— (2000): «Le témoignage dans l'histoire du temps présent», *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent,* 75, París, junio.
WALLIS, R. (1976): *El tiempo, cuarta dimensión de la mente.* Buenos Aires, El Ateneo (1.ª ed. inglesa, 1968).
WEBER, M. (1985): *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales.* Madrid, Tecnos.
WEINBERG, St. (1989): *Los tres primeros minutos del Universo.* Madrid, Alianza Editorial.
WITHROW, G. J. (1990): *El tiempo en la historia. La evolución de nuestro sentido del tiempo y de la perspectiva temporal.* Barcelona, Crítica (original inglés de 1988).
WOLF, M. (1982): *Sociologías de la vida cotidiana.* Madrid, Cátedra, 1982.
WRIGHT, G. H. VON (1987): *Explicación y comprensión.* Madrid, Alianza Editorial.
WRIGHT MILLS, Ch. (1999): *La imaginación sociológica.* México, FCE (3.ª ed.) (original estadounidense de 1959).
ZARCO, J. y ORUETA, A. (1998): «La idea de generación: una revisión crítica». En *Sistema,* 144, Madrid, mayo.

Segunda parte

A New Europe? (1964): En *Daedalus,* (Richmond, Viriginia), invierno (número monográfico).
AGUIRRE, M. y GONZÁLEZ, M. (coords.) (2002): *De Nueva York a Kabul. Anuario CIP, 2002.* Barcelona, Icaria-Centro de Investigación para la la Paz.
— y GONZÁLEZ BUSTELO, M. (coords.) (2003): *Tiempos difíciles. Guerra y Poder en el escenario internacional. Anuario CIP, 2003.* Barcelona, Icaria.
ALONSO ZALDÍVAR, C. (1996): *Variaciones Sobre un mundo en cambio.* Madrid, Alianza Editorial.
AMBROSE, St. E. (1979): *Rise to Globalism. American Foreign Policy, 1938-1976 (revised edition).* Harmondsworth, Penguin Books.
«América 1992» (1992): *Revista de Occidente,* Madrid, 131, abril (monográfico).
ANDERSON, P. (1996): *Los fines de la Historia.* Barcelona, Anagrama (original inglés de 1994).
— (2000): *Los orígenes de la postmodernidad.* Barcelona, Anagrama (original inglés de 1998).
ARON, R. (1976): *La República imperial. Los Estados Unidos en el mundo (1945-1972).* Madrid, Alianza Editorial (original francés de 1973).
— (1968): *La Révolution introuvable. Rélexions sur les événements de mai.* París, Fayard.
ARÓSTEGUI, J. (1995): «Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e Historia en tiempo de crisis». En *Cultura y Culturas en la Historia.* Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
—, BUCHRUCKER, C., SABORIDO, J. (dirs.) (2001): *El mundo contemporáneo. Historia y Problemas.* Barcelona, Buenos Aires, Crítica-Biblos.
ASPRAY, W. (1993): *John von Neumann y los orígenes de la computación moderna.* Barcelona, Gedisa.
BADÍA, F. (2002): *Internet, situación actual y perspectivas.* Barcelona, La Caixa-Servicio de Estudios.
BAHRO, R. (1980): *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente.* Madrid, Alianza Editorial (original alemán de 1977).

BALLESTERO, F. (2002): *La brecha digital. El riesgo de exclusión en la sociedad de la información.* Madrid, Fundación Retevisión.

BARBERO, M. I., BERENBLUM, R. L., GARCÍA MOLINA, F. y SABORIDO, J. (2001): *Historia económica y social general.* Buenos Aires, Bogotá, Macchi.

BARNEY, G. O. (dir.) (1982): *El Mundo en el Año 2000. En los albores del Siglo XXI. Informe técnico.* Madrid, Tecnos (original estadounidense: *The Global 2000. Report for the President,* 1981).

BASTENIER, M. A. (2002): *Israel-Palestina. La casa de la guerra.* Madrid, Taurus, 2002.

BAUMAN, Z. (1999): *La globalización, consecuencias humanas.* México, FCE (original inglés de 1998).

BECK, U. (1998): *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización.* Barcelona, Paidós (original alemán de 1997).

— (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad.* Barcelona, Paidós (original alemán de 1986).

BÉJAR, H. (1990): *El ámbito íntimo (privacidad, individualismo y modernidad).* Madrid, Alianza Universidad.

BEN AMI, Sh. (2002): *¿Cuál es el futuro de Israel?* Barcelona, Ediciones B.

— (1992): *Historia del Estado de Israel. Génesis, Problemas, realizaciones (con Zvi Medim).* Madrid, Rialp.

BENAVIDES, J., ALAMEDA, D. y FERNÁNDEZ, E. (eds.) (2000): *Las convergencias de la comunicación. Problemas y perspectivas investigadoras.* Madrid, Fundación General de la Universidad Complutense.

BENHABIB, Sh. (2002): *The claims of Culture. Equality and Diversity in the Global Era.* Princeton, Princenton University Press.

BERGER, P. y LUCKMANN, Th. (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno.* Barcelona, Paidós (1.ª ed. alemana de 1995).

BERMEJO GARCÍA, R. (2002): *El conflicto árabe-israelí en la encrucijada: ¿Es posible la paz?* Pamplona, Eunsa.

BERTRAM, C., CHITTY, A. (eds.) (1996): *Has History ended? Fukuyama, Marx, Modernity.* Aldershot, Avebury.

BEST, S. y KELLNER, D. (1991): *Postmodern Theory. Critical interrogations.* Londres, MacMillan Press.

BIAGINI, A. y GUIDA, F. (1996): *Medio siglo de socialismo real.* Barcelona, Ariel (original italiano de 1994).

BONET, P. (1994): *La Rusia imposible: Boris Yeltsin, un provinciano en el Kremlin,* Madrid, El País-Aguilar.

BOURDIEU, P. (1991): *El sentido práctico.* Madrid, Taurus (1.ª ed. francesa de 1980).

— (2000): *Los usos sociales de la ciencia.* Buenos Aires, Nueva Visión (original francés de 1997).

— (1997): *Sobre la televisión.* Barcelona, Anagrama (original francés de 1996).

BRAUDEL, F. (1953): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II.* México, FCE (y ediciones posteriores), 2 vols.

BRAUDILLARD, J. (1998): *De la seducción.* Madrid, Cátedra, p. 165 (original francés de 1996).

BRENNER, R. (2003): *La expansión económica y la burbuja bursátil.* Madrid, Akal (original estadounidense, 2002).

BRETON, Ph. (1989): *Historia y crítica de la Informática.* Madrid, Cátedra (1.ª ed. 1987).
Breve Diccionario del Tratado de Unión Europea (1992): En Política Exterior, VI, n.º 29, Madrid, otoño.
BRU PURÓN, C. M. (dir.) (1999): *Diccionario de la Unión Europea.* Madrid, Universitas.
BUENO, G. (1996): *El mito de la cultura. Ensayo de filosofías materialista de la cultura.* Barcelona, Prensa Ibérica.
BUENO, G. (2003): *Telebasura y democracia.* Madrid, Suma de Letras.
CABALLERO, M. (2000): *La gestión de Hugo Chávez.* Madrid, Los Libros de la Catarata.
CAMPO, S. DEL (dir.) (1984): *Terrorismo internacional.* Madrid, Instituto de Cuestiones Internacionales.
CAPRA, F. (2003): *Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo.* Barcelona, Anagrama (original estadounidense, 2002).
CARDENAL, A. S. y MARTÍ I PUIG, S. (comps.) (1998): *América Central, las democracias inciertas.* Madrid, Tecnos-UAB.
CARNOY, M. (2000): *El trabajo flexible en la era de la información.* Madrid, Alianza Editorial.
CARPENTIER, E. y MCLUHAN, M. (1968): *El aula sin muros. Investigaciones sobre técnicas de comunicación.* Barcelona, Cultura Popular [ed. cast.: *Explorations in Communication.* Boston, Beacon Press, 1967, 3.ª ed.].
CARRERE D'ENCAUSE, H. (1990): *El triunfo de las nacionalidades. El fin del imperio soviético.* Rialp. Madrid.
CASTELLS, M. (1998): *La era de la información.* Madrid, Alianza Editorial, 3 vols. (1.ª ed. cast. del original inglés de 1996-1998).
— (1990): «El fin del comunismo». En *Claves de razón práctica,* n.º 1, Madrid, abril, pp. 33-40.
— (2003): *La galaxia internet.* Barcelona, Debolsillo.
— (1992): *La nueva Revolución Rusa.* Madrid, Sistema.
CAVENDISH, P. y GRAY, J. (1970): *La revolución cultural y la crisis china.* Barcelona, Ariel (original de 1968).
CHOMSKY, N. (2003): *Dos horas de lucidez.* Barcelona, Península (original de 2001).
— (2002): *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales.* Barcelona, Paidós (original de 2001).
— (1997): *Secretos, mentiras y democracia.* Madrid, Siglo XXI (conversaciones originales de 1994).
— (2001): *11/09/2001.* Barcelona, RBA.
«Cincuenta años de Naciones Unidas» (1995): En *Cuadernos de historia contemporánea,* n.º 17, Madrid, UCM.
«Ciudadanía e interculturalidad» (2001): *Revista Anthropos,* 191, Barcelona.
Claves de la Economía Mundial, (2003): Madrid, Instituto Español de Comercio Exterior-Instituto Complutense de Estudios Internacionales.
CLUTTERBUCK, R. (1994): *Terrorism in an unstable World.* Londres & Nueva York, Routledge.
COHN-BENDIT, D. (1987): *La revolución y nosotros que la quisimos tanto.* Barcelona, Anagrama (original francés de 1986).

COOPER, J., NETTLER, R. y MAHMOUD, M. (eds.) (1998): *Islam and Modernity: Muslims intellectuals respond.* Nueva York, Saint Martín's Press.

CORREA, S.; FIGUEROA, C.; JOCELYN-HOLT, A. y otros (2001): *Historia del siglo XX chileno.* Santiago, Suramericana chilena.

COUFFIGNAL, G. (dir.) (2002): *Amerique Latine. 2002.* París, IHEAL-La Documentation Française.

CUCHE, D. (1999): *La noción de cultura en las ciencias sociales.* Buenos Aires, Nueva Visión (original francés de 1996).

DAALDER, I. H. y LINDSAY, J. M. (2003): *American Unbound. The Bush Revolution in Foreing Policy.* New York, Brooking Institution Press.

DAHRENDORF, R. (1990): *Reflexiones sobre la revolución en Europa. Carta pensada para un caballero de Varsovia.* Barcelona, Emecé.

— (1979): *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial.* Madrid, Rialp (4.ª ed.) (original alemán de 1957).

DAVIDSON, L. (1998): *Islamic Fundamentalism.* Londres, Greenwood Press.

DICKSON, B. J. (2003): *Red capitalist in China: the Party, private Entrepreneurs and Prospects for Political Change.* Cambridge, Cambridge University Press.

DÍEZ, F. (2001): *Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo.* Barcelona, Península.

DUROSELLE, J. B. (1965): *La política exterior de los Estados Unidos. De Wilson a Rossevelt (1913-1945).* México, FCE.

DYSON, E. (2000): *Release 2.0.* Barcelona, Ediciones B.

DZHUNÚZOV, M. (1990): *Las naciones y la perestroika.* Moscú, Agencia de Prensa Novosti, 1989.

El Estado del Mundo, 2003. Madrid, Akal, 2002.

«El Este va al Oeste». *El País* (Madrid), *Extra,* 22 de marzo.

ELSTER, J. (1992): *El cambio tecnológico. Investigaciones sobre la racionalidad y la transformación social.* Barcelona, Gedisa (1.ª ed. 1983).

ESPADA, A. (1998): «La construcción del acontecimiento, la destrucción del hecho». En *Revista de Occidente,* 208, Madrid, Monográfico: *La realidad inventada: mitos y delirios de la cultura de masas.*

ESPING-ANDERSON, G. (2000): *Fundamentos sociales de las economías postindustriales.* Barcelona, Ariel.

ESS, Ch. (ed.) (1996): *Philosophical perspectives on Computer-Mediating Communication.* Nueva York, State University of New York Press.

FAIRBANK, J. K. y GOLDMAN, M. (1998): *China: A new History.* Harvard University Press (edición ampliada).

FEJTÖ, F. (1971): *Historia de las democracias populares.* Barcelona, Martínez Roca, 2 vols. (1.ª ed. francesa, 1969).

FERNÁNDEZ DURÁN, R.; ETXEZARRETA, M. y SÁEZ, M. (2001): *Globalización capitalista. Luchas y resistencias.* Barcelona, Virus y Baladre.

Fin de l'Histoire, La (dossier) (1990): En *Communications,* n.º 50, París, Eté.

FISAS ARMENGOL, V. (2002): *Alerta 2002! Informe sobre los derechos humanos, conflictos armados y transferencias de armas...* Bellaterra, Cátedra-UNESCO sobre la Pau.

— (2000): *Adiós a las armas ligeras. Las armas y la cultura de la violencia.* Barcelona, Icaria.
— (1998): *Cultura de la Paz y gestión de conflictos.* Barcelona, París, Icaria-UNESCO.
FOUCAULT, M. (1992): *Microfísica del poder.* Madrid, La Piqueta (3.ª ed.).
FRADKIN, R. O. (2002): *Cosecharás tu siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina de diciembre de 2001.* Buenos Aires, Prometeo libros.
FUKUYAMA, F. (1989): «The End of History?» En *The National Interest* (Washington), verano.
FUSI, J. P. (1999): «El siglo americano». En *Cuadernos de Historia Contemporánea,* 21, Madrid, UCM, pp. 83-105.
GALLO, M. (1989): *Manifeste pour un Fin de Siècle obscure.* París, Éditions Odile Jacob.
GARCÍA CANCLINI, N. (2001): *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad.* Buenos Aires, Paidós.
GARTON ASH, Th. (2000): *Historia del Presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90.* Barcelona, Tusquets (original inglés de 1999)
GELLNER, E. (1998): *Naciones y nacionalismo.* Madrid, Alianza Editorial (original de 1983).
GIDDENS, A. (1983): *La estructura de clases en las sociedades avanzadas.* Madrid, Alianza Editorial (1.ª ed. inglesa, 1980).
— (1995): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.* Madrid, Cátedra (original inglés de 1993).
— (1999): *La Tercera vía. La renovación de la socialdemocracia.* Madrid, Taurus (original inglés de 1998).
— (2000): *La Tercera Vía y sus críticos.* Madrid, Taurus.
— (2002): *Un mundo desbocado, cómo está modifcando la globalización nuestras vidas.* Madrid, Taurus (original inglés de 2000).
GINER, S. (1979): *Sociedad masa. Crítica del pensamiento conservador.* Barcelona, Península.
GINER, S. y SCARTEZZINI, R. (eds.) (1996): *Universalidad y diferencia.* Madrid, Alianza Editorial.
GIRÓN, J. (ed.) (1997): *La transición democrática en el Este y Centro de Europa.* Oviedo, Universidad de Oviedo.
GIRÓN, J. y PAJOVIC, S. (eds.) (1999): *Los nuevos estados de la antigua Yugoslavia.* Oviedo, Universidad de Oviedo.
GONZÁLEZ BUSTELO, M. (2002): Europa, ¿aliada o ayudante de campo? En *De Nueva York a Kabul.* Anuario CIP, Barcelona.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2002): *El terrorismo en Europa.* Madrid, Arco/Libros.
GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, C. y TAIBO, C. (1996): *La transición política en Europa del Este.* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
GRAHAM, G. (2001): *Internet, una indagación filosófica.* Madrid, Valencia, Cátedra-Frónesis (original de 2000).
GREENSTEIN, F. I. (ed.) (2003): *The George W. Bush Presidency. An Early Assessment.* John Hopkins University Press.
«Guerra de los 20 días, La» (2003): *El País* (Madrid, Extra,13 de abril).
HABERMAS, J. (2000): *La constelación posnacional. Ensayos políticos.* Barcelona, Paidós.
— (1998): *Más allá del Estado Nacional.* Madrid, Trotta.

HANNERZ, U. (1998): *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares.* Madrid, Valencia, Cátedra-Frónesis.

HARRIS, M. (2000): *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna.* Barcelona, Crítica.

HEILBRONER, R. (1996): *Visiones del futuro. El pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana.* Barcelona, Paidós (1.ª ed. estadounidense 1995).

— (1996): *La economía del siglo XXI.* Barcelona, Península (original de 1992).

— y FUNDACIÓN PARA LA INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA (2002): *Hiperterrorismo. La nueva guerra.* Madrid, Espasa Calpe (original francés de 2002).

HELD, D. (1997): *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita.* Barcelona, Paidós (1.ª ed. inglesa 1995).

— y MCGREW, A. (2003): *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial.* Barcelona, Paidós (original de 2002).

HEYWOOD HIRST, P. (2002): *War and Power in the 21st Century: The State, Military Conflict, and the International System.* Oxford, Polity Press.

HILL, Ch.; RUGBY, St.; BROGAN, H. y otros (1994): *A propósito del fin de la historia. Introducción de Alan Ryan.* Valencia, Editions Alfons el Magnànim (original inglés de 1992).

«Historia Transnacional» (1998-1999): En *Studia Historica. Historia Contemporánea* (Salamanca), vols. 16 y 17 (monográficos).

HOBSBAWM, E. J. (1995): *Historia del siglo XX, 1914-1991.* Barcelona, Crítica (original inglés de 1994).

— (1991): *Naciones y nacionalismos desde 1780.* Barcelona, Crítica.

HOGE, J. F. jr. y ROSE, G. (eds.) (2001): *How Did this Happen? Terrorism and the New War.* Nueva York, Public Affairs (Persesus Books).

HOLLINGER, R. (1994): *Postmodernism and the Social Sciences. A thematic approach.* Londres, Sage Publications.

HUNTER, R. E. (1990): «Ante los años 90», *El País,* Madrid, Extra 54.

HUNTINGTON, S. P. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial.* Barcelona, Paidós (1.ª ed. 1996).

— (2002): *¿Choque de civilizaciones?* Madrid, Tecnos (original de 2001).

IANNI, O. (1998): *Teorías de la globalización.* México, Siglo XXI.

Informe del Grupo Asesor sobre las Naciones Unidas y el Terrorismo. ONU A/57/273 S/2002/875.

Informe sobre el desarrollo humano 2002. Profundizar la democracia en un mundo fragmentado (2002): Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Madrid, Mundi-Prensa (edición en castellano).

Informe sobre el Desarrollo Humano 2003. Los objetivos de desarrollo del milenio. Un pacto entre las naciones para eliminar la pobreza (2003) (PNUD), Madrid, Mundi-Prensa, 2003 (edición en castellano).

INGLEHART, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas.* Madrid, Siglo XXI-CIS (original inglés de 1990).

JAMESON, F. (1984): «Posmodernism, or the Cultural Logic of late Capitalism». En *New left review,* 146, Nueva York, pp. 53-93 (ed. cast.: *Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío,* Madrid, Trotta, 1996, que no es la traducción de este artículo, sino la de un libro posterior de 1991).

JEDLICKI, J. (1991): «La revolución de 1989: el peso de la Historia». En *Historia y Fuente Oral,* 5, Barcelona.

JOVER, J. M.ª (1979): *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial.* Madrid, Fundación Universitaria española.

KAGAN, R. (2003): *Of Paradise and Power. America and Europe in the New World Order.* Nueva York, Alfred Knopf (ed. cast.: *Poder y debilidad...* Madrid, Taurus, 2003).

KALDOR, M. (2001): *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global.* Barcelona, Tusquets (original de 1999).

KANE, M. (2003): *Breve historia de Japón.* Madrid, Alianza Editorial.

KATZ, J. E. y RICE, R. E. (2002): *Social consequences of internet use: access, involvement, and interaction.* Cambridge (Mass.), Londres MIT Press.

KENNEDY, P. (1994): *Auge y caída de las grandes potencias.* Barcelona, Plaza y Janés (edición original norteamericana de 1987).

KENNEDY, P. (1993): *Hacia el siglo XXI.* Barcelona, Plaza y Janés (original estadounidense de 1993)

KEPEL, G. (2001): *La Yihad. Expansión y declive del islamismo.* Barcelona, Península (original francés de 2000).

KIM, S. S. (ed.) (2000): *East Asia and Globalization.* Nueva York, Rowman and Littlefield (2.ª ed.).

KISSINGER, H. (1996): *Diplomacia.* Barcelona, Ediciones B (original de 1994).

KLARE, M. T. (2003): *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global.* Barcelona, Ediciones Urano-Tendencias.

KNAPP, W. (1967): *A History of War and Peace, 1939-1965.* Londres, Oxford University Press.

KOLDO, G. (2003): *¿Otro siglo de guerras?* Barcelona, Paidós (original estadounidense de 2002).

KORNHAUSER, W. (1969): *Aspectos políticos de la sociedad de masas.* Buenos Aires, Amorrortu (original de 1959).

KRUGMAN, P. (2000): *El retorno de la economía de la depresión.* Barcelona, Crítica, p. 96.

LAMO DE ESPINOSA, E. (ed.) (1995): *Culturas, Estados, Ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa.* Madrid, Alianza Editorial.

LANE, D. (1979): *El estado socialista industrial. Una sociología política del socialismo de Estado.* Madrid, Pirámide (original inglés de 1976).

LAQUEUR, W. (1999): *Fanaticism and the Arms of Mass Destruction.* Nueva York, Oxford, Oxford University Press (disponible también en *e-book*).

LARAÑA, E.y GUSFIELD, J. (eds.) (1994): *Los nuevos movimientos sociales, de la ideología a la identidad.* Madrid, CIS.

LASCH, Ch. (1991): *The Culture of Narcissism. American Life in an Age of Diminishing Expectations.* Nueva York, W. W. Norton and Co. (2.ª ed.).

LIEVEN, A. (1997): *Chechnya. The Tombstone of Russian Power.* New Haven-Londres, Yale University Press.

LINS RIBEIRO, G. (2003): *Postimperialismo. Cultura y política en el mundo contemporáneo.* Barcelona, Gedisa.

LIPOVETSKY, G. (1990): *El imperio de lo efímero.* Barcelona, Anagrama.

LUKASZEWSKI, J. (ed.) (1973): *Las democracias populares después de Praga.* Madrid, Moneda y Crédito (original belga de 1970).
LUTTWAK, E. (1998): *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden con la globalización.* Barcelona, Crítica.
LYON, D. (2000): *Posmodernidad.* Madrid, Alianza Editorial (original en inglés en su 2.ª ed. de 1999).
MAÍZ, R. (1997): «Presentación». En *Nacionalismos y Movilización Política, Zona abierta,* 79, Madrid.
MALIA, M. (1994): *The Soviet Tragedy. A History of Socialism in Russia (1917-1991),* Nueva York, The Free Press.
MANDEL, E. (1979): *El capitalismo tardío.* México, Era (1.ª ed. alemana 1972).
— (1974): *El dólar y la crisis del imperialismo.* México, Era.
MANN, M. (1991-1997): *Las fuentes del poder social.* Madrid, Alianza Editorial, 2 vols. (original inglés de 1986 y 1993).
MARÍAS, J. (1976): «Introducción». En J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas.* Madrid, Espasa Calpe.
MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M. y PÉREZ SÁNCHEZ, G. A. (1995): *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días.* Madrid, Síntesis.
MARTÍNEZ DE VELASCO, M. (2001-2002): *Los orígenes de internet.* En *Hispania Nova* http: //hispanianova. rediris.es, vol. 2.
MARTÍNEZ ESTÉVEZ, A. (1985): *Diez años de crisis en la economía mundial.* Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
MATTELART, A. (2002): *Historia de la sociedad de la información.* Buenos Aires, Paidós (original francés de 2001).
MCAULEY, M. (1997): *Russia's Politics of Uncertainty.* Cambridge, Cambridge University Press.
MC GREW, A. y BROOK, Ch. (1998): *Asia-Pacific in the New World Order.* Londres, Nueva York, Routledge.
MCLUHAN, M. (1989): *The global village: transformations in world life and media in the 21st century.* Nueva York, Oxford University Press (existe ed. cast.).
— (1968): *War and peace in the global village; an inventory of some of the current spastic situations that could be eliminated by more feed forward.* Nueva York, McGraw-Hill.
MEARSHEIMER, J. J. (2001): *The Tragedy of Great Powers Politics.* Nueva York, W. W. Norton and Company.
MELUCCI, A. (2001): *Vivencia y convivencia: teoría social para una era de la información.* Madrid, Trotta.
MERTON, K. R. (1980): «Ambivalencia Sociológica». En *La ambivalencia sociológica y otros ensayos.* Madrid, Espasa Calpe (original inglés de 1976).
MICHAEL, R. (1985): *A History of Computing Technology.* Englewood Cliffs, Prentice Hall.
«Misión de Bush» (2003): *El País* (Madrid), Extra, 21 de marzo.
MONEDERO, J. C. (ed.) (2003): *Cansancio de Leviatán. Problemas políticos en la mundialización.* Madrid, Trotta.
Mundo de los 90 (1990): *El País* (Madrid), Extra. 17 de diciembre.

NAVARRO, V. (2000): *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar.* Barcelona, Ariel.
NEGROPONTE, N. (2000): *El mundo digital. El futuro que ha llegado.* Barcelona, Ediciones B (original de 1995).
NEWHOUSE, J. (2003): *Imperial America. The Bush Assault on the World Order.* Nueva York, A. Knopf.
NIETO, A. (1971): *La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos.* Barcelona, Ariel.
Nuevas invasiones (1991): *El País* (Madrid).
NUEZ, I. DE LA (ed.) (1999): *Paisajes después del Muro. Disidencias en el poscomunismo diez años después de la caída del Muro de Berlín.* Barcelona, Península.
NYE, J. S. jr. (2003): *La paradoja del poder norteamericano.* Madrid, Taurus, p. 128 (original de 2002).
— (2003): «EE.UU. no puede lograr unilateralmente sus objetivos». *El País* (Madrid), 24 de marzo.
O'BRIEN, P. K. y CLESSE, A. (2002): *Two Hegemonies: Britain 1846-1914 and the United States 1941-2001.* Aldershot (R.U.), Asghate.
OFFE, C. (1988): *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales.* Madrid, Sistema (1.ª ed. alemana 1977).
OLIN WRIGHT, E. (1994): *Clases.* Madrid, Siglo XXI (original estadounidense de 1985).
ORTEGA, A. (2000): *Horizontes cercanos.* Madrid, Taurus.
ORTEGA Y GASSET, J. (1976): *La rebelión de las masas.* Madrid, Espasa Calpe (1.ª ed. 1929).
OTERO, L. E. (2000): «Hacia una nueva era...» En *Historia del Mundo Moderno,* vol. 3. Barcelona, Océano.
PADGEN, A. (2002): *La Ilustración y sus enemigos. Dos ensayos sobre los orígenes de la modernidad.* Barcelona, Península.
PARMENTIER, G. (1993): *Le rétour de l'Histoire. Strategie et rélations internationales pendant et après la Guerre Froide.* Bruselas, Editions Complexe.
PENROSE, R. (1991): *La nueva mente del emperador.* Madrid, Mondadori (1.ª ed. inglesa de 1989).
PEREIRA, J. C. (ed.) (2001): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas.* Barcelona, Ariel.
PIENING, Ch. (1997): *Global Europe. The European Union in World Affairs.* Londres, Lynne Rienner Pub.
PILLAR, P. R. (2001): *Terrorism and U.S. Foreing Policy.* Washington, Brooking Institution Press.
PINILLA DE LAS HERAS, E. (1970): *Reacción y revolución en una sociedad industrial.* Buenos Aires, Signos.
POCH-DE-FELIÚ, R. (2003): *La gran transición. Rusia, 1985-2002.* Prólogo de Roi Medveded. Barcelona, Crítica.
POSTER, M. (1990): *The Mode of Information. Poststructuralism and Social Context.* Cambridge, Polity Press-Basil Blackwell.
«La primera guerra del siglo XXI» (2001): *El País* (Madrid), Extra, 20 de septiembre.
RAMONET, I. (1997): *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo.* Madrid, Temas de Debate.

— (2002): *Las guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas.* Barcelona, Mondadori (original de 2002).

RASHID, A. (2001): *Los Talibán. El Islam, el petróleo y el nuevo «Gran Juego» en Asia Central.* Barcelona, Península (1.ª ed. 2001).

REES, D. (1967): *The Age of Containment. The Cold War.* Londres, The McMillan Press.

REINARES, M. y HOFFMAN, B. (1996): «Una nueva era del terrorismo». En *Sistema,* n.os 132-133, Madrid, junio (monográfico «Violencia y Política»).

REISCHAUER, E. O. (1986): *Japan, the History of a Nation.* Nueva York, A. Knopf (2.ª ed.).

REMNICK, D. (1998): *Resurrection, The Struggle for a New Russia.* Nueva York, Vintage Books.

RÉMOND, R. (1974): *Introduction à l'Histoire de notre temps. 3. le XXe siècle.* París, Éditions du Seuil.

RENOUVIN, P. (1969): *Historia de las relaciones internacionales.* Madrid, Aguilar (reedición de Akal, Madrid, 1982. Original francés de 1955).

«Retos» (1996): En *El País* (Madrid), *Extra.* 1 de febrero.

RIFKIN, J. (1999): *El siglo de la biotecnología. El comercio genético y el nacimiento de un mundo feliz.* Barcelona, Crítica-Marcombo (1998).

RIVIÉRE, M. (1998): *El segundo poder. Cincuenta y cuatro entrevistas sobre los grandes cambios del periodismo actual.* Madrid, El País-Aguilar.

ROBERT, A. y KINGSBURY, B. (eds.) (1994): *United Nations, Divided World. The UN's roles in International Relations.* Oxford, Oxford University Press.

ROBINSON, N. (ed.) (2000): *Institutions and political change in Russia.* Nueva York, St. Martin's Press.

ROJO, L. A. (1990): «La URSS sin plan y sin mercado». En *Claves de razón práctica,* n.º 1, Madrid, abril.

ROMA, P. (2002): *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales y alternativos.* Barcelona, Random House Mondadori.

ROSTOV, W. W. (1973): *La difusión del poder, 1957-1972.* Barcelona, Dopesa (original de 1973).

ROTHSCHILD, J. y WINGFIELD, N. M. (2000): *Returno to Diversity. A political History of East Central Europe since World War II.* Nueva York, Londres, Oxford University Press (3.ª ed.) (hay edición en *e-book*).

ROY, O. (1996): *Genealogía del islamismo.* Barcelona, Bellaterra (original francés de 1995).

RUIZ MIGUEL, A. (1996): «La violencia en las relaciones internacionales». En *Sistema,* n.os 132-133, Madrid.

RUTLAND, P. (2000): «Putin's Path to Power». En *Post-soviet affairs,* 16, Berkeley, n.º 2.

SABORIDO, J. (2001): *La economía de la globalización,* en J. Aróstegui, C. Buchrucker, J. Saborido (dirs.): *El mundo contemporáneo. Historia y Problemas.* Barcelona, Buenos Aires, Crítica-Biblos.

— (2001): *La economía entre dos siglos. El capitalismo globalizado y la restauración capitalista en Rusia y China.* Buenos Aires, Biblos.

SAKWA, E. (1997): *Russian politics and society.* Londres, Routledge.

SÁNCHEZ NORIEGA, J. L. (2002): *Crítica de la seducción mediática: comunicación y cultura de masas en la opulencia informativa.* Madrid, Tecnos (2.ª ed.).

SARTORI, G. (2000): *Homo videns. La sociedad teledirigida.* Madrid, Taurus (2.ª ed. ampliada) (original de 1998).
SARTORI, G. (2003): *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo, extranjeros e islámicos.* Madrid, Taurus (3.ª ed.).
SCHIROKAUER, C. (1993): *A Brief History of Japanese Civilization.* Fort Worth, Harcour Brace and Co.
SCHLESINGER, A. jr. (2003): «La guerra de Irak no fue anticipatoria». En *El Mundo* (Madrid), 21-22 de octubre.
SEBRELI, J. J. (1992): *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural.* Barcelona, Ariel.
SEGURA, A. (2001): *Más allá del Islam. Política y conflictos actuales en el mundo munsulmán.* Madrid, Alianza Editorial.
— (2002): *Aproximación al mundo islámico.* Barcelona, UOC.
SEIDMAN, T. (ed.) (1994): *The Postmodern Turn. New Perspectives on Social Theory.* Cambridge, Cambridge University Press.
SENNETT, R. (1978): *El declive del hombre público.* Barcelona, Península (2.ª ed. 2002) (original estadounidense de 1976).
— (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.* Barcelona, Anagrama (original de 1998).
SERVICE, R. (2000): *Historia de Rusia en el siglo XX.* Barcelona, Crítica (original inglés de 1997).
SHLEIFER, A. y TREISMAN, D. (2000): *Without a map: political tactics and economic reform in Russia, 1991-2000.* Cambridge, Massachusetts, The MIT Press.
SNOW, E. (1974): *China. La larga revolución.* Madrid, Alianza Editorial (1.ª ed. 1971).
SOLAR, D. (1997): *El laberinto de Palestina. Un siglo de conflicto árabe-israelí.* Madrid, Espasa Calpe.
— (2002): *Sin piedad, sin esperanza: palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa.* Granada, Almed.
SOROKIN, P. A. (1969): *Tendencias básicas de nuestro tiempo.* Buenos Aires, La Pléyade.
SPENCE, J. N. (2001): *The Search for Modern China.* Nueva York, W. W. Norton .
STAAR, R. F. (1983): *La Europa comunista: economía y sociedad.* Barcelona, Playor (original norteamericano reeditado por la Universidad de Stanford entre 1967 y 1982).
STIGLITZ, J. (2002): *El malestar en la globalización.* Madrid, Taurus.
— (2003): *Los felices 90. La semilla de la destrucción.* Madrid, Taurus (original de 2002).
SZTOMPKA, P. (1991): *Society in Action. The Theory of Social Becoming.* Cambridge, Polity Press-Basil Blackwells.
TAIBO, C. (2000): *La explosión soviética.* Madrid, Espasa Calpe.
— (1998): *Las transiciones en la Europa Central y Oriental. ¿Copias de papel carbón?* Madrid, Los Libros de la Catarata.
— (1999): *El espacio ruso-soviético en el siglo XX* (nueva edición actualizada). Madrid, Síntesis.
— (1995): *La Rusia de Yeltsin.* Madrid, Síntesis.
— (1998): *La lucha por una nueva Rusia,* Madrid.

— (2003): *Cien preguntas sobre el nuevo desorden.* Madrid, Suma de Letras.

— y LECHADO, J. C. (1995): *Los conflictos yugoslavos. Una Introducción.* Madrid, Fundamentos (3.ª ed.).

TALBOTT, S. y CHANDA, N. (eds.) (2001): *The Age of Terror. America and the World alter september 11.* Nueva York, Basic Books and Yale Center for the Study of Globalisation.

TALENS, J. (1998): *Modo de información y tipologías de cultura,* Seminario «Identidad, Diferencia y Representación», Madrid, Universidad Carlos III (inédito).

TAYLOR, Ch. (1994): *La ética de la autenticidad.* Barcelona, Paidós-ICE/UAB, pp. 37 y ss. (original de 1991).

TEDSTROM, J. E. (1990): *Socialism, Perestroika, and the Dilemmas of Soviet Economic Reform.* Boulder, Westview Press.

THIEBAUT, C. (1998): *¿Democracia de iguales, democracia de diferentes?* Seminario «Identidad, diferencia y representación», Madrid, Universidad Carlos III (inédito).

— (1999): *De la Tolerancia.* Madrid, Visor.

THOMPSON, E. P. (1984): *La guerra de las galaxias.* Barcelona, Crítica (con la colaboración de Ben Thompson).

THUROW, L. (1992): *La guerra del siglo XXI.* Madrid, Vergara editor.

TILLY, Ch. (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes.* Madrid, Alianza Editorial (original estadounidense de 1984).

TODD, E. (2003): *Después del imperio: ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano.* Madrid, Foca (original francés de 2003).

TOFFLER, A. (1993): *Las guerras del futuro.* Barcelona, Plaza y Janés.

TOURAINE, A. (1969): *La sociedad post-industrial.* Barcelona, Ariel (original francés del mismo año).

— (1993): «Sociologie et Histoire du Temps Présent». En *Écrire l'histoire du temps present. Hommage a François Bédarida.* París, Maison des Sciences de l'Homme.

VEIGA, F. (1995): *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo.* Grijalbo. Barcelona (nueva edición: *La trampa balcánica,* Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 2002).

VEIGA, F.; DA CAL, E. U. y DUARTE, A. (1997): *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría, 1941-1991.* Madrid, Alianza Editorial.

VERDÚ, V. (2003): *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción.* Barcelona, Anagrama.

VIDAL BENEYTO, J. (dir.) (2002): *La ventana global. Ciberespacio, esfera pública mundial y universo mediático.* Madrid, Taurus-UNESCO.

VIDAL BENEYTO, J. (dir.) (2003): *Hacia una sociedad civil global.* Madrid, Taurus.

VIEWIORKA, M. (1991): *El terrorismo. La violencia política en el mundo.* Barcelona, Plaza y Janés (original francés de 1988).

VILLIERS, M. DE (2001): *Agua. El destino de nuestra fuente de vida más preciada.* Barcelona, Península.

VINEN, R. (2002): *Europa en fragmentos. Historia del Viejo Continente en el siglo XX.* Barcelona, Península (original inglés de 2000).

WALDMANN, P. y REINARES, F. (comps.) (1991): *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos en Europa y América Latina.* Barcelona, Paidós.

WALLERSTEIN, I. (1979-1999): *El moderno sistema mundial.* Madrid, Siglo XXI, 3 vols.
— (1999): *The end of the World as we know it. Social Science for the Twenty-First century.* Minneapolis, Minnesota University Press.
WALTERS, F. P. (1971): *Historia de la Sociedad de Naciones.* Madrid, Tecnos.
WATSON, J. (2003): *AND.* Madrid, Taurus.
WARDLAW, G. (1982): *Political Terrorism. Theory. Tactics and counter-measures.* Londres, Cambridge University Press.
WHITE, L. (1983): *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización.* Barcelona, Paidós.
WHITE, St. (2000): *Russia's new politics: the management of a postcommunist society.* Cambridge, Cambridge University Press.
WOODWARD, B. (2003): *Bush en guerra.* Barcelona, Península.
YARCE, J. (ed.) (1986): *Filosofía de la comunicación.* Pamplona, Eunsa.
YELTSIN, B. (1995): *Los diarios del presidente.* Barcelona, Plaza y Janés.
YUDICE, G. (2002): *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global.* Barcelona, Gedisa.
ZORGBIBE, Ch. (1997): *Historia de las relaciones internacionales. 2. De Yalta hasta nuestros días.* Madrid, Alianza Editorial (original francés de 1995).

Direcciones en Internet (citadas en el texto)

http://www.nyu.edu/globalbeat/index031003.html
http://www.columbia.edu/cu/lweb/indiv/africa/cuvl/
http://www.hartford-hwp.com/archives/30/index.html
http://www.ihtp.cnrs.fr
http:://www.unodc.org /unodc/en/unlinks.htm
http://www.cidcm.ucm.edu/inscr/polity
http://www.globalissues.org/
http://hipanianova.rediris.es
http://perso.wanadoo.es/fherna1/soulet.doc.
http://www.wwics.si.edu/
http://www.russian-history.com.
http://www.ku.edu/history/VL/USA
http://www.vlib.org
http://www.europa.eu.int/treaties
http://www.uh.edu/~pgregory/conf/Rutland
http://www.coombs.anu.edu.au/asia-www-monitor.html
http://www.asiasource.org
http://www.ciolek.com
http://www.hartford-hwp.com/archives/55/index.html
http://www.casaasia.es/

http://lanic.utexas.edu/las.html
http://www.undp.org
http://members.aol.com/CSPmgm/
http://www.hiik.de/de/index_d.htm
http://www-igcc.ucsd.edu/
http://www.globalissues.org/ Geopolitics/Africa.asp
http://www.yale.edu/lawweb/avalon/sept_11/sept_11.htm
http://www.uncjin.org
http://www.zmag.org/chomsky/index.cfm
http://www.nyu.edu/globalbeat/index031003.html
http://www.imf.org/
http://www.wto.org/
http://www.worldbank.org/
http://www.un.org/spanish
http://www.unstats.un.org
http://www.undp.org
http://www.isoc.org/internet/history/brief,shtm
http://www.w3.org/history.html
http://www.exitoexportador.com/stats.htm
http://www.wired.com
http://europa.eu.int/
http://www.sovereignty.net/p/gov/,
http://www.sovereignty.net/p/gov/timeline.html
http://www.iigov.org/seguridad/
http://www.arts.ualberta.ca/ globalgovernance/espanol/toc/v9n4.htm
http://globalresearch.ca/
http:// www.uh.edu/~pgregory/conf/Rutland

ÍNDICE ONOMÁSTICO[1]

Alcalá Galiano, Antonio, 43
Altamira, Rafael, 43
Anderson, Perry, 333, 338
Annam, Kofi, 279
Archer, Margaret, 153
Aristóteles, 78, 87, 89, 111, 146, 156
Aron, Raymond, 204, 212

Bachelard, Gastón, 83, 92, 99, 191
Barraclough, Geoffrey, 42, 237
Bauman, Zygmunt, 292, 296, 303, 319, 320
Beck, Ulric, 296, 316, 330
Bédarida, François, 22, 39, 46, 48, 50, 164
Bell, Daniel, 305, 315, 323
Ben Laden, Osama, 272, 275
Benveniste, Émile, 87, 98, 105
Berger, Peter, 94
Bergson, Henri, 65, 66, 74, 82, 92, 93, 99, 101, 156
Bernecker, Walter L., 49
Berners-Lee, Tim, 309
Bismarck, Otto von, 42, 237
Blanc, 34
Bloch, Marc, 37, 73
Bourdieu, Pierre, 94, 143, 153, 177, 362, 364
Bracher, Karl Dietrich, 28
Braudel, Fernand, 68, 74, 75, 93, 99, 100
Braudillard, Jean, 361
Brezhnev, Leonidas, 241, 243, 244
Broszat, Martin, 49
Burbulis, Gennadi, 257

[1] Este índice recoge los nombres de personas que aparecen en el cuerpo del texto. No incluyen las citadas en las Notas ni en la Bibliografía.

Burckhardt, Jacob, 41
Bush, George (padre), 254, 294
Bush, George W., 265, 275, 276, 277, 283, 286

Carnap, Rudolph, 78
Carnoy, Martin, 319
Castells, Manuel, 197, 243, 260, 293, 311, 314, 316, 317, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 330, 344, 348
Cerf, Vinton G., 309
Chávez, Hugo, 262
Cheney, Richard, 283
Chernomirdin, Víctor, 257
Chirac, Jacques, 239
Clinton, Bill, 254, 283, 294, 356
Collins, Francis, 356
Collingwood, Robin Georg, 171
Comte, Auguste, 111
Crick, Francis, 355
Croce, Benedetto, 171, 192

Dahrendorf, Ralph, 243, 315, 317
Díaz Barrado, Mario P., 50
Dilthey, Willhelm, 111, 118, 147, 151, 152
Dromel, Justin, 111
Droysen, Joham Georg, 41
Durkheim, Emile, 159, 160, 340
Duruy, Victor, 32

Echevarría, Javier, 343
Einstein, Albert, 65, 66, 78, 87
Eisenstadt, Stuart N., 128
Elias, Norbert, 69
Elster, Jon, 321
Engels, Friedrich, 149, 315

Febvre, Lucien, 36, 37
Fernández de los Ríos, Ángel, 43
Fest, Joachim C., 49
Foucault, Michel, 329
Fox, Vicente, 262
Franco, Francisco, 50, 141
Fujimori, Alberto, 262, 269
Fukuyama, Francis, 215
Furet, François, 57

Gadamer, Hans-Georg, 86, 149, 171, 180, 183, 320
Gaidar, Iegor, 257
Galbraith, John, 305
Galilei, Galileo, 66
Garfinkel, Harold, 153
Garrido, Fernando, 43
Garton Ash, Timothy, 243
Gaulle, Charles de, 25, 212
Giddens, Anthony, 94, 97, 153, 156, 174, 177, 178, 222, 293, 315, 319, 329, 330, 331, 361, 363, 364
Giscard d'Estaing, Valery, 255
Goethe, Johann Wolfgang, 40
Goffman, Erving, 153
Goodfield, June, 68
Gorbachov, Mijail, 215, 216, 242, 245, 246, 247, 249
Gore, Alfred, 310
Gramsci, Antonio, 149
Guizot, François, 34

Habermas, Jürgen, 49
Halbwachs, Maurice, 143, 158, 159, 160, 163, 168
Hegel, Georg Wilhelm Freidrich, 59
Heidegger, Martin, 66, 75, 86, 99, 115, 116, 171
Heillgrüber, Andreas, 49
Heilbromner, Robert, 206
Held, David, 289, 292
Heller, Agnes, 81, 84, 85, 86, 102, 105, 207
Hermes, 142
Heródoto, 30, 40, 111, 141
Hesíodo, 111
Hildebrand, Hans H., 49
Hobsbawn, Eric J., 19, 22, 41, 47, 48, 58, 114, 167, 180, 197, 200, 219
Ho Chi-Minh, 25

Hume, David, 146
Hungtinton, Samuel P., 287, 367
Hussein, Saddam, 258, 266, 275, 286
Husserl, Edmund, 66, 86, 148, 152
Huyssen, Andreas, 336

Jaques, Elliott, 66, 79, 80
Jameson, Frederic, 180, 338, 353
Jamanei, Alí, 259
Jatamí, Mohammed, 259
Jiang Zemin, 259
Jomeini, Rudollah, 258

Kagan, Robert, 284
Kaldor, Mary, 264
Kennedy, John F., 212, 237
Kennedy, Robert, 212
Kilby, James, 306
King, Martin L., 212
Kirchner, Néstor, 261
Klare, Michael T., 264
Koselleck, Reinhart, 19, 40, 41, 45, 56, 57, 68, 74, 75, 76, 89, 99, 101, 123, 142, 154, 155, 174, 182, 183
Kostunica, Vojislav, 268
Kracauer, Sigfried, 68
Kravchuk, Leonid, 246
Kristol, William, 284
Kubler, George, 68

Lacouture, Jean, 25, 38
Lagos, Ricardo, 261
Lagrou, Pieter, 52, 53, 54
Laín Entralgo, Pedro, 114, 120
Lamartine, Alphonse de, 34
Lasch, Christopher, 361, 364, 371
Lavisse, Henri, 33
Leach, Edmund, 88, 204
Le Goff, 68
Leibniz, Gottfried W., 65
Lepetit, Bernard, 101
Le Roy Ladurie, Emmanuel, 74
Li Peng, 259

Locke, John, 146
Luckmann, Thomas, 94
Luhmann, Niklas, 89, 90, 98, 102, 365
Lukácz, Georg, 84, 149

Mach, Ernst, 70
MacLuhan, Marshall, 289, 290, 324, 333, 340, 347, 349
Malthus, Robert, 298
Mandel, Ernst, 305, 338
Mandela, Nelson, 260
Mandeville, Bernard, 132
Mann, Michael, 321
Mannheim, Karl, 109, 110, 111, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 125, 131, 132, 169
Mao Zedong, 259
Marcuse, Herbert, 213
Marías, Julián, 368
Martínez de Lozada, Gonzalo, 262
Marx, Karl, 99, 132, 149, 220, 235, 315
McGren, A., 289
McInnis, Harold, 349
McTaggart, John, M. E., 73, 78, 79, 84
Mead, George Herbert, 90, 101, 150
Melucci, Alberto, 321
Mentré, François, 111, 118
Merleau-Ponty, Maurice, 171
Michelet, Jules, 34
Mignet, François-Auguste, 34
Mill, John Stuart, 111
Mills, Charles Wright, 94, 109, 165, 176, 204
Milósevic, Slobodan, 268
Momigliano, Arnaldo, 68
Mommsen, Hans, 49
Moore, Mike, 296
Morazé, François, 74
Morin, Edgar, 94
Muravchik, Joshua, 284

Navajas, Carlos, 50
Negroponte, Nicholas, 311

Newton, Isaac, 65, 99
Niebuhr, Barthold G., 41
Nietzsche, Friedrich, 88
Nisbet, Robert, 98
Noiriel, Gerard, 27
Nolte, Ernst, 49
Nora, Pierre, 33, 36, 37, 38, 46, 47, 48, 50, 58, 63, 64, 68, 94, 98, 105, 180, 188
Nye, Joseph S., 239, 323, 348, 354

Oberschall, Anthony R., 321
Omar Mohamed, 275
Ortega y Gasset, José, 73, 77, 103, 111, 112, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 121, 128, 130, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 152, 176, 368, 369, 372, 373

Pechanski, Denis, 46
Perle, Richard, 284
Pinder, Wilhelm, 111, 114, 130
Pirala, Antonio, 43
Platón, 111
Polibio, 40
Pollack, Michel, 46
Pomian, Krzysztof, 68
Poster, Michael, 348
Prigogine, Ilya, 71, 73
Primakov, Eugeni, 257
Prometeo, 142
Putin, Vladimir, 256, 257

Rafshanyani, Alí, 259
Ranke, Leopold von, 41
Reagan, Ronald, 241, 242, 243, 247, 281, 293
Reichenbach, Hans, 66
Rémond, René, 38, 39
Rice, Condoleezza, 284
Ricoeur, Paul, 70, 72, 86, 87, 88, 123, 132, 149, 155, 171, 173, 183, 184
Rifkin, Jeremy, 308, 319
Rioux, Jean-Pierre, 28, 46, 135
Rodríguez de las Heras, Antonio, 50
Roncayolo, Marcel, 46
Rostow, Walt W., 318
Rousso, Henri, 46, 55, 187
Rúa, Fernando de la, 261
Rumsfeld, Donald, 283

san Agustín, 64, 65, 78
Sartori, Giovanni, 340
Sartre, Jean Paul, 171, 213
Schlesinger, Arthur Jr., 66, 212, 277
Schrödinger, Erwin, 66
Schroeder, Gerhard, 285
Schütz, Alfred, 86, 90, 94, 122, 123, 128, 151, 152
Schwann, Karl, 40
Schwartz, Hans-Peter, 28
Seignobos, Charles, 33
Sennett, Richard, 319, 320, 364
Shuskievich, Stanislav, 246
Silva, Luis Inazio da (Lula da Silva), 262, 299
Smith, Adam, 132
Snow, C. P., 353
Soulet, Jean François, 34, 39
Spengler, Oswald, 68
Starr, Charles George, 68
Stieler, Kaspar von, 40
Stürmer, Michael, 49
Sybel, Heinrich von, 41
Sztompka, Piotr, 364

Tácito, 40
Tarow, Sidney, 321
Taylor, Charles, 339
Thatcher, Margaret, 293
Thiebaut, Carlos, 366
Thompson, Edward, P., 149, 150
Tilly, Charles, 219, 321
Tocqueville, Alexis de, 34, 59
Toledo, Alejandro, 262
Tönnies, Ferdinand, 115
Toreno, conde de, 43

Toulmin, Stephen, 68
Touraine, Alain, 305, 315, 323, 327, 328, 329, 330, 331, 364
Toynbee, Arnold, 68
Trebitsch, Michel, 30, 34, 38, 48, 94
Tucídides, 30, 40
Turing, Alan, 307
Tussell, Javier, 50

Unamuno, Miguel de, 63, 82, 83, 87, 101, 169, 189
Uribe, Álvaro, 262

Venter, Craig, 356
Vilanova, Mercedes, 51
Vinen, R., 242

Watson, James, 355, 356
Weber, Max, 150, 151, 152, 181, 371
Wilmut, Ian, 356
Wilson, Woodrow, 278, 285
Withrow, George J., 68
Wolfowitz, Paul, 284
Wright, Georg Henrik von, 88, 95, 96, 98

Yakolev, Aleksandr, 245
Yeltsin, Boris, 246, 256, 257

Ziuganov, Gennadi, 257
Zhirinovski, Vladimir, 257

ÍNDICE ANALÍTICO

acción intergeneracional, 103, 119, 135
acontecimiento, 91-101, 103, 105, 190-191, 204, 209-210
histórico, 96-97
mediático, 344
monstruo, 105, 133, 138, 140, 209
ADN, 355
ahora extendido, 83, 102, 105
aldea global, 289, 340, 349
altermundialización, 297
amenaza terrorista, 264, 270, 273-274
analística contemporánea, 43
Antiguo Régimen, 59, 233
armas de destrucción masiva, 277
ausencia de orden, 280
aula sin muros, 349
autoidentificación de las masas, 369
autopistas de la información, 310-311

biodiversidad, 358-359
bioética, 357
biotecnología, 220, 357
bipolaridad, 200, 230, 231, 264, 277-282, 287
brecha digital, 348

caída del Muro de Berlín, 54, 141, 214, 215, 218, 286, 297
cambio, 94-96, 220-226
global, 223, 314
histórico, 95, 115, 119, 131-133, 139, 141, 189, 221, 223, 237, 304, 322, 331
tecnológico, 221, 240, 290, 304, 314-315, 330, 338, 341, 344, 354
campo de experiencia, 75, 88
capitalismo
de ficción, 321, 360
del espectáculo, 321
flexible, 221, 319, 321

informacional, 325, 353
tardío, 213, 216, 242, 305, 322, 336, 338, 352-353
Carta del Atlántico, 277
Catorce Puntos (Presidente Wilson), 278
choque de civilizaciones, 229, 273-274, 287
ciberespacio, 312, 343
ciencia, 147-148, 181, 231, 292, 305-307, 349-350, 353-359
ciencias sociales, 66, 86, 148, 204, 355, 363
clases sociales, 290, 315-316, 318, 320, 322, 337
clonación, 356-358
Club de Roma, 359
coetaneidad, 27, 30, 55, 68, 101, 112, 117-118, 126-134, 169, 172, 179, 189, 198, 203, 209-210, 238
coexistencia intergeneracional, 120
complejo militar-industrial, 284
computer mediating communication (CMC), 312
comunicación de masas, 164, 186, 201-202, 229, 317, 342-349
Comunidad de Estados Independientes (CEI), 246, 295
conciencia, 147-150, 157
de clase, 149, 317
histórica, 59, 68, 119, 150, 152, 163-164, 172, 180, 182, 188, 190, 207, 223
conflicto
intergeneracional, 113
por la hegemonía, 270
consociados, 122, 126, 151
construcción de identidades, 124
contemporaneidad, 26, 31-36, 59, 92, 112, 117, 122, 130, 135, 173, 189, 191, 210, 225, 234, 237, 322, 334
Contemporary History, 23, 41
corto siglo XX, 210, 216-217, 224, 233, 237
crisis
de la modernidad, 225, 350, 352
de sentido, 339
estable, 203, 220, 222, 329
cronología, 54-55, 81, 101, 104-105, 118, 205
móvil, 102
cronológico, 56, 136
cruce de generaciones, *véase* generación
cultura, 80, 145, 150, 175, 184-185, 199, 205-208, 333-334, 335-336, 337, 348, 357, 367, 368-373
de consumo, 338-339
de la memoria, 161
de masas, 229, 334, 337-338, 342-345, 348-349, 368-373
digital, 307
malestar de la, 339
Current History, 23

desanclaje, 175, 319
desarrollo, 298-304
humano, 302-303
sostenible, 359
desocialización, 320
desorden político internacional, 216, 277, 280
desregulación, 297, 319
dialéctica universalismo/particularismo, 192, 227, 229, 352, 365-368
discurso historiográfico, 77, 181, 185, 201, 206
disputa de los historiadores, 49
domótica, 308
duración, 80, 82-83, 86, 89, 91-101, 103
histórica, 74-75, 100

economía
global, 204, 229, 259, 300, 307, 317
informacional, 318
ENIAC, 306
entelequia, 110, 115, 117-118, 131, 138, 140

era
de las catástrofes, 35, 200, 210, 225
del testimonio, 170
escuela de los *Annales*, 37, 74, 93, 204
espacio
cronológico, 56, 205
de inteligibilidad, 209, 233
geoestratégico, 241, 249-252, 253-263
geopolítico, 205, 241, 249-252, 257
histórico presente, 133
Estado
del bienestar, 297, 306
nacional, 250, 296
Nación, 300, 303, 326, 331, 359, 365
extinción progresiva del, 296, 328
estructura histórica, 93, 96, 327
estructuración, 94, 97, 153, 189, 253, 323, 364
excepción cultural, 349
experiencia, 143, 145-162, 178-179, 181, 183
histórica, 76, 142, 186, 206, 208
historizada, 186
humana, 122, 150, 155-156, 180, 207, 331
vivida, 80, 143-144, 150-151, 169, 177, 180, 187, 360

fenomenología, 86-88, 147-148, 152-153
fin de la historia, 75, 218, 235-236
flecha del tiempo, 71
fordismo, 320
fuente
para la historia, 53
de historia, 165

generación, 57, 75, 109-110, 111-121, 324
activa, 110, 117, 124-125, 126, 128, 131-133, 135-138, 141-142, 190, 216, 218
antecesora, 105, 117, 125, 135, 138-139, 141, 169
cruce de generaciones, 117, 129
expectativa, 139, 142
interacción, 109-110, 113-114, 121, 133, 136, 206
sucesora, 117, 125, 132-133, 135, 138, 141
transmisora, 139, 142
de los sesenta, 140-141
genoma, 355-356
genotecnología, 220
giro lingüístico, 61
glassnost, 245
globalismo denso, 324
globalización, 199, 203-204, 216, 220, 226-231, 232, 250-251, 260, 263, 284, 289-290, 291-297, 298-299, 309, 311, 314, 316, 320, 340, 365, 367, 371
de las diferencias, 299
global governance, 287, 296, 331
glocalización, 229, 367
gobernabilidad, 235, 251, 287, 296
gobernanza global, 251, 253, 292
grupos de edad, 111, 319
Guerra Fría, 53, 210, 217, 219, 230, 231, 236, 239-240, 241, 246, 263-264, 265, 275, 278, 282-283, 285
guerra
preventiva, 230, 235, 263-264, 265, 276-277
anticipatoria, 263, 277
habitus, 153, 174, 364
hegemonismo unilateral, 240-241, 256, 281, 282-285, 288, 294
historia, 61, 63, 81, 88, 141, 143, 152, 154, 156-170, 171, 173, 177-178, 208
actual, 25, 29-31, 336
coetánea, 27, 29, 198
contemporánea, 23, 31, 33-35, 38, 42, 47-48, 58, 168, 171, 191, 232, 237
cultural, 172, 199, 206-207, 337
del mundo actual, 28, 31, 60, 216
del presente, 9-11, 13, 19, 29, 30, 31-36, 44, 45, 51, 52, 55-56, 57, 58, 60, 64, 81, 85, 104-106, 129-131, 167, 134-142, 167

del tiempo presente, 21-23, 29, 37, 46, 49, 52
fluyente, 22, 29
global, 183, 198-199, 207
heredada, 12, 170, 193
historizante, 36
inmediata, 25-26, 29, 60
oral, 53
reciente, 29, 60
sincrónica, 40
sin sujeto, 177
vivida, 9-10, 12-13, 19-20, 27, 31, 49, 57-61, 101-102, 126-127, 129-130, 135, 138, 143, 154, 166, 168, 180, 182, 186, 193, 198, 205-207
historicidad, 68, 71, 76, 82, 84-85, 102, 104, 107, 144, 147, 155-156, 163, 171-178, 179-180, 188, 207, 339
historización, 73, 92, 150, 171, 181, 183, 187-193
de la experiencia, 57-58, 83, 125, 135, 143-193, 206, 360
de la memoria, 144, 166, 170, 184-185
del presente, 85, 144-145, 169
historizar, 136, 143, 165-166, 173, 179, 185, 361
Holocausto, 167
homogeneización cultural, 234, 340, 348
horizonte de expectativas, 75, 88, 288

identidad, 68, 139, 145, 173, 189-190, 226-227, 229, 316, 330, 348, 359-365, 373
colectiva, 139, 207, 321, 364
construcción de la, 362, 366
del sujeto, 360, 363
del yo, 177, 360, 363
invención de la, 366
IHTP (Institut d'Histoire du Témps Present), 23-24, 28, 39, 46, 50
Ilustración, 26, 59, 111, 167, 173-174, 236, 329, 350-351
Índice de Desarrollo Humano, 300, 302
individualismo, 321, 339, 364
individualización, 316, 317, 329
de las masas, 369, 372
industria cultural, 311, 338, 349
informacionalismo, 220, 307, 322, 324-327, 331
Iniciativa de Defensa Estratégica, 243, 286-287
instante, 77, 80, 83, 91-92, 95
Institución Libre de Enseñanza, 43
institucionalización, 315
Institut d'Histoire du Temps Présent, *véase* IHTP
Institut d'Histoire Moderne et Contemporaine, 23
Institut für Zeitgeschichte, 24, 28
Institut of Contemporary British History, 24
Internet, 297, 309-311, 313, 324-325, 343, 347
inteligencia artificial, 306, 313
intra-historia, 82, 189

larga duración, 74, 99-100
localismo, 229, 366-367, 371

máquina de Turing, 306
matriz, 35, 145, 162
del tiempo presente, 54
de nuestro tiempo, 49
histórica, 57, 198, 208-211, 219, 279
mayo de 1968, 141, 211, 213-214
medios de comunicación, 271, 308, 335, 337-338, 342-344, 346-348, 360
memoria, 13, 25, 64, 78, 90, 92, 102, 104, 129, 132, 139, 143, 153-154, 156-170
adquirida, 160, 168
colectiva, 159-161, 164, 166-169, 173, 363
directa, 132, 160, 167, 171
de vida, 162, 170
espontánea, 160
exenta, 157, 312

heredada, 132, 160, 167, 171
histórica, 68, 159-161, 168-169, 207
individual, 159, 167
institucional, 160
lucha por la, 163
lugares de, 160, 167
objetivación de la, 159-160, 167
políticas de, 166
social, 159-161, 166-167
transmitida, 160, 170
viva, 162, 169-170
mente humana, 157, 355-356
mestizaje cultural, 341
modernidad, 26, 59, 89, 174, 187, 224, 235, 237, 316, 334, 336, 339-340, 350, 352, 360-361
Modern History, 41-42
modo de información, 348
modo de producción estatista, 293, 314, 325
momento axial, 87, 98, 102, 105, 133, 138, 169-170, 209, 214-220, 236
movimientos sociales, 128, 315, 319, 321, 327, 329, 337, 361, 364, 366
multiculturalismo, 229, 334, 341, 366
multilateralismo, 240, 247, 280-281, 284, 286-288, 303
multipolaridad, 230, 288
mundo
actual, 253
de la vida, 152
occidental, 211, 230, 246, 248, 253-254, 260, 284, 340

neocolonialismo, 299
neonacionalismo, 364
nueva economía, 254, 291, 312, 328

olvidar, 158
olvido, 158, 160-161, 164
ONG (Organización No Gubernamental), 298, 300
ordenador personal, 306, 348
orden unilateral, 240, 281, 284
Organización de las Naciones Unidas (ONU), 230, 240, 250, 254, 258, 265, 268, 274-277, 278-280, 283, 285-286, 300

Paces de Westfalia, 277
participación masiva, 371
particularismo, 173, 207, 227, 229, 232, 362, 368
pensamiento único, 293, 295
perestroika, 245, 325
periodo histórico, 55, 101, 201
permanencia, 83, 85, 95, 99, 221
perspectiva temporal, 74
PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), 298, 302
poder, 229
blando, 234, 348-349, 360
estratégico, 239
mediático, 344
poscapitalismo, 317, 322
posguerra fría, 22, 52, 200, 216, 218, 224, 228, 230, 239, 241, 249, 251, 253, 263, 266, 270, 272-273, 276, 277, 279-281, 285-286, 288, 329
posindustrialismo, 220, 248, 317, 331, 373
posmodernidad, 26, 316, 334, 339, 349-353
posmodernismo, 174, 207, 212, 236, 336-338, 350-353
praxis, 147, 149-150
presente, 11, 30, 63-107, 162, 208
continuo, 80, 157
de la historia, 80, 106
especioso, 90
extendido, 102
histórico, 11, 49, 55, 61, 70, 80-81, 84-85, 87-88, 91, 101-107, 111, 120, 121, 125, 126-134, 135, 138, 167, 169, 180, 189, 191
historiográfico, 104

primavera de los pueblos, 211, 215
problema ecológico, 233, 358
proletariado, 317-318
Proyecto Genoma Humano, 355

rebelión de las masas, 176, 348, 368-373
reclamación
de biografía, 175-176, 183, 362
de la identidad, 360
reflexividad de lo social, 172, 174, 330, 351-352
relativismo, 176, 229, 334, 339, 350-351, 366-367, 371
revolución, 59
de 1989, 214-216, 224, 243
de Europa, 214, 236, 243
de las comunicaciones, 227, 308, 324, 347-348
de terciopelo, 247
digital, 225, 228, 290, 304-308, 344
industrial, 210, 225, 233, 304-308, 316
informacional, 304, 317, 325, 335, 353
tecnológica, 228, 305-306, 311, 322, 324, 345
revoluciones
de 1989-1991, 214, 217

sesentayochismo, 213, 216, 218, 224, 336
shoah, 167, 188
sistema
bipolar, 210, 219, 239-240, 241-243, 249, 264, 278-279
experto, 227, 315-316
mundial, 278, 291
socialista, 247, 286, 327
socialismo
autogestionario, 248
real, 212, 214, 215, 219, 224, 235, 243-249, 259, 314
socialización, 131, 159, 190, 216, 244, 315, 328, 373
sociedad
de comunicación de masas, 28, 175, 335, 345, 363, 369
de consumo, 306, 338
de flujos, 330
de la comunicación, 94, 308, 317, 323, 335, 343-344, 346-347, 368, 373
de masas, 176, 335, 342, 368-369
del conocimiento, 304, 308, 311, 317, 322-323
del riesgo, 224, 316, 330
espectáculo, 363
global, 206, 313
industrial, 232, 290, 314-315, 317, 322, 328, 331, 335
informacional, 199, 290, 304, 308, 311, 313-315, 317, 320, 321-327, 330, 334, 335, 346, 368
poscapitalista, 314, 317
posindustrial, 225, 232, 290, 313-315, 316-317, 322-323, 327, 331, 338, 353
programada, 323, 331
red, 308, 320, 324, 326-327, 330-331, 335
Sociedad de Naciones, 277-278
sucesión
de las generaciones, 109, 113, 117, 119-120, 121-123, 125, 130, 133
de los presentes, 130, 133
generacional, 122, 124-125, 131-133
supraestatalismo, 220, 296, 303

técnica, 229, 307, 354-355, 357-358
tecnologías
de la información, 305-307, 308, 310, 325, 344
intelectuales, 323
Telépolis, 308, 318, 347
televisión, 309, 311, 343-346, 361-362, 372
temporalidad, 55, 65, 69-70, 96, 102, 105-106, 126, 128, 172, 179, 184, 186, 188

teoría
de las generaciones, 111, 116, 139
del tiempo, 65-67
tercera vía, 247, 293
tercer entorno, 311, 343
tercer mundo, 211, 213, 299
terrorismo, 224, 264-265, 272-274
global, 273
tiempo, 64-72, 85, 155
físico, 70, 87
histórico, 64, 68-77, 86-87, 89-90, 99-100, 101, 201-202, 206, 208-209, 231-238
humano, 70
irreversibilidad del, 71-104
presente, 30, 54, 56, 77, 89, 114
universal, 65, 70, 72, 87
vivido, 82, 87, 161
tolerancia, 353, 365
tradición, 82, 87, 116, 147-148, 168-169, 174, 183, 208, 339, 342, 352
transición
democrática, 50, 261
española posfranquista, 44, 139-141, 169, 218
treinta gloriosos años, 213, 235
turbocapitalismo, 305

unilateralismo, 226-227, 249, 277-288
universalismo, 186, 229, 360, 362, 365-366, 368-372

vida cotidiana, 86, 152-153, 177, 184, 190, 292, 304
vivencia, 145, 147, 151-152, 162, 185
vuelta del sujeto, 178, 191-192, 360, 363

world wide web, 309, 325

Zeitgeschichte, 23-24, 40

11 de Septiembre, 235, 241, 270-272, 275-276, 280-281, 283